VIDA DEL PADRE CLARET



L. CALLEJA Encuadernador MADRID

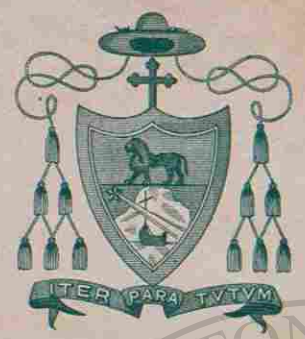
P. Aguilar

VIDA
del
P. CLARET

TOMO I.

BX4705
.C5
A3
v.1

009154



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080016611

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al Hno. y Amo L. Dr.

D. Quetes a Valor de Teller Dgmo. Discípulo de León, en testimonio de gratitud, respeto y cariño en nombre de la Comunidad de Misioneros, Obispo del Obo. de Tabasco.

León 3 de Marzo de 1910

Benito Rojo Obispo

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

P. ANTONIO MARÍA CLARET

TOMO PRIMERO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Retrato del Siervo de Dios, P. Claret, recién ordenado de sacerdote.

JA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

NTO MARÍA CLARET

NDADOR DE LA CONGREGACIÓN

PADRES HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

POR EL

P. MARIANO AGUILAR

MIEMBRO DE DICHO INSTITUTO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

45710



Retrato del Siervo de Dios P. Claret [illegible] sacerdote.

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

P. ANTONIO MARÍA CLARET

FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN
DE LOS MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

POR EL

RDO. P. MARIANO AGUILAR

MIEMBRO DE DICHO INSTITUTO

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica.

TOMO PRIMERO

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

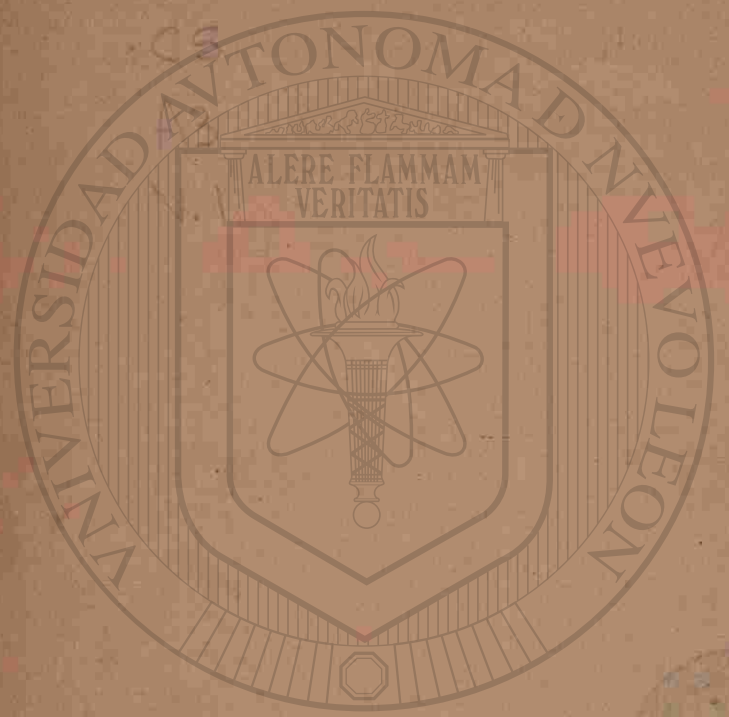
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Teléfono 4.181.
1894

45710

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V
922
C
BX4705
C3





FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INFORME DEL CENSOR

Excmo. Sr.:

En virtud del oficio en que con fecha 9 de Enero del corriente año me encarga V. E. Rma. censurar la obra intitulada Vida admirable del Siervo de Dios P. Antonio María Claret, escrita por el Rdo. P. Aguilar, Misionero del Inmaculado Corazón de María, fundación hermosa del mismo reverendísimo señor, el susodicho Padre Claret, debo manifestar á V. E. Rma. haber leído con el debido cuidado y detenimiento la referida obra, sin lograr encontrar en ella cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe católica y moral cristiana. Todo lo contrario: los dos volúmenes no pequeños de que consta la nueva obra del P. Aguilar, ofrecen al público los hechos grandes y admirables de aquel Varón de Dios que fué modelo de virtudes y devoción desde su misma niñez; ejemplar de escolares y seminaristas aplicados, que con suma diligencia saben armonizar el estudio y el amor á la ciencia con la santidad, fuente de la verdadera sabiduría, espejo del sacerdote y ministro del Altísimo, que tiene el pecho ardiendo, encendido en llamas de fuego del Espíritu Santo; maestro de Misioneros, gente tocada, como los profetas, del soplo de Dios, y por Dios enviados á los pueblos de todo el mun-

000154

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do para arrojar en unos la divina semilla de la Cruz y del Evangelio, y por lo mismo de la civilización, y regar en otros las plantas espirituales de la Iglesia, defendiéndolas de la cizaña sembrada en el campo del Señor por el hombre enemigo; dechado de Prelados, aunque se tuvo siempre por el menor y postrero de todos ellos, que supo hacer de su palacio casa de oración, de caridad y de justicia; de sus familiares, Misioneros incansables, émulos del celo que le consumía el corazón por la gloria de Dios y la salud eterna de las almas, y, en fin, que convirtió muchísimos pueblos de España y América, madrigueras entonces de serpientes y leopardos, en fragantes y bellísimos jardines de nuestra sacrosanta Religión. Esto que aquí ahora queda dicho es sombra solamente de la realidad maravillosa que presenta muy de relieve en su libro el Rdo. P. Aguilar, refiriéndonos la historia minuciosa del insigne y santísimo Varón de Dios el P. Claret, fundador de su benemérito Instituto. Y si tal es el libro, y tan grande, admirable y ejemplar la figura que allí se ostenta, desde luego resulta justo, conveniente y provechoso dar la licencia correspondiente para que corra de mano en mano impreso en letras de molde, de donde grandes y pequeños, sabios é ignorantes, podremos sacar frutos dulcísimos y saludables para nuestro bien eterno y temporal.

Dios guarde á V. E. Rma. muchos años.

José F. Montaña,
Presbítero.

Madrid, fiesta de Nuestra Señora del Carmen de 1894.

NOS EL DOCTOR D. JOSÉ MARÍA DE COS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, ETC., ETC.,

HACEMOS SABER:

Que por el presente y por lo que á Nos corresponde, damos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **VIDA ADMIRABLE DEL SIERVO DE DIOS P. ANTONIO MARÍA CLARET**, escrita por el Rdo. P. Aguilar, Misionero del Inmaculado Corazón de María, mediante que de nuestra orden ha sido leida y examinada, y, según la censura anterior, nada contiene que sea contrario al dogma católico y sana moral.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 21 de Julio de 1894.

JOSÉ MARÍA,
Arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá.

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo-obispo mi Señor,
DR. JULIÁN DE DIEGO ALCOLEA,
Arcediano Secretario.

L. ✠ S.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO

EMPRESA difícil es, á la verdad, escribir la vida de un Santo. Lo primero que en el escritor requiere es tener el corazón lleno de amor de Dios y de caridad para con el prójimo, y ya por sólo este concepto jamás me hubiera atrevido á tomar parte en la vida del P. Claret, á quien siempre he mirado como á un santo, á no habérmelo ordenado la Obediencia. Para penetrar en el alma de los santos, descubrir la sobrenatural belleza de la gracia que en ella resplandece, y con estilo sencillo, pero noble y majestuoso, con la nobleza y dignidad que nace de la misma grandeza del asunto, ponerla de manifiesto á los ojos de los lectores; para comprender su carácter distintivo, la unción de sus virtudes y el buen olor de Jesucristo que exhalan sus obras y acciones, y retratar este hermosísimo conjunto en la palabra, menester es, sin duda, ser también santo, porque sólo los santos entienden bien lo que es la santidad; sólo ellos, como quien lo ha experimentado, pueden pintar con vivos y exactos colores las luchas de la gracia con la naturaleza, los consuelos y dulzuras inefables que recibe el alma en sus comunicaciones con Dios, el fuego devorador que abrasa sus corazones al contemplar las maldades de los hombres, y el modo secreto y maravilloso con que el divino Amor inspira todas sus obras, que con frecuencia tiene el mundo por locuras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El nombre del P. Claret es conocido y venerado en toda España por sus predicaciones apostólicas y por las numerosas obras ascéticas que dejó escritas. Los que en vida le oyeron recuerdan aún entusiasmados aquella palabra fácil y sencilla, de verdadero apóstol, que movía á compunción y obraba tan numerosas conversiones. Cataluña, Canarias y Cuba, teatro principal de sus Misiones, vieron en él resucitado el celo evangélico de San Vicente Ferrer y del beato Diego de Cádiz. Millares de personas amigas de oirle le seguían en sus correrías apostólicas; donde él predicaba, á muchas leguas á la redonda quedaban los pueblos desiertos, y cuando iba de un punto á otro, las plegarias de las muchedumbres que le despedían se mezclaban con los cantos de las que alegres salían á recibirle. Por todo esto, y por las Misiones que dió en casi todas las provincias de España cuando, como confesor de Isabel II, acompañaba á ésta en sus célebres viajes de verano, fué el P. Claret llamado con razón el apóstol de España, y como tal le han conocido cuantos no se cegaron con las pasiones políticas de los que tan atrozmente le calumniaron.

Mas aunque esto es verdad y contribuyó no poco á fomentar tan ventajosa opinión la Vida publicada por el Ilmo. Sr. Obispo de Segorbe, D. Francisco de Asís Aguilar, junto con otras biografías, como la redactada por un socio de la Academia de San Miguel, que es el difunto catedrático de la Universidad Central, D. Vicente Lafuente, y sobre todo el ilustrado compendio de ella, escrito por el Rdo. P. Jaime Clotet, de nuestra Congregación, acompañado de aquella hermosa colección de documentos justificativos que forman brillante aureola de santidad alrededor de las sienes del Siervo de Dios, todavía no se ha dado á conocer, á lo menos cual se merece, la vida interna y espiritual del que tan asombrosas obras llevó á cabo, ni su importancia como fundador de una Congregación religiosa tan floreciente y de tantas esperanzas para la católica España y sus colonias y para las Repúblicas americanas, como la de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, ni su influjo en las fundaciones religiosas verificadas en su tiempo, ni lo mucho que puede para con Dios, como lo prueban los numerosos milagros realizados por su intercesión y por sus reliquias.

A llenar todos estos vacíos se ordena la presente Vida, escrita

sin pretensiones literarias, pero con verdad y rigurosa crítica. Nada aseguro en ella que no esté apoyado con la autoridad de testigos irrecusables ó con documentos autógrafos que tenía á la vista al redactar lo que á ellos se refiere.

Los principales datos están tomados del Proceso informativo para la Causa de su beatificación, que está ya en poder de la Sagrada Congregación de Ritos, y cuyo original se conserva en la curia eclesiástica de Vich. Para esto hice un viaje expreso á la ciudad inmortalizada por Balmes; registré los dos grandes volúmenes de la Causa, que componen cerca de dos mil folios; examiné los muchos documentos referentes al P. Claret que se conservan en los archivos de nuestra Casa-Misión de Vich, y tomé nota de lo que me pareció oportuno.

Como deber de justicia declaro que hubiera sido para mí tarea dificilísima coordinar tantísimos documentos á no hallar casi enteramente hecho este trabajo en unas piadosas Memorias escritas por el Rdo. P. Clotet para la Vida del Siervo de Dios, que intentaba dar á luz, pero que le fué imposible llevar á cabo á causa de sus muchas ocupaciones y de los achaques consiguientes á su avanzada edad y á la vida laboriosísima con que tanto se ha señalado entre los nuestros.

Ha sido también no pequeña fortuna conservar la autobiografía del P. Claret, ó sea la Vida escrita por él mismo en 1862 para obedecer á su director espiritual, que era entonces el Rmo. P. José Xifré, Superior general de nuestro Instituto. Las cartas de los familiares del Siervo de Dios, las correspondencias de entonces y las relaciones hechas por personas fidedignas, son las demás fuentes históricas que han servido de base á esta nueva publicación.

Lejos de mí el pensar que la presente obra pueda satisfacer cumplidamente los deseos de las personas que tuvieron la dicha de tratar con el P. Claret; pero creo que no me achacarán el ridículo defecto en que incurren algunos modernos escritores convirtiendo á los santos en héroes de novela, porque nada juzgo más perjudicial y opuesto al espíritu de los santos que desfigurar su verdadera fisonomía por ataviarlos con las profanas galas de la imaginación, y pretender sustituir la belleza inmaculada de la virtud y de la gracia, que resalta en las acciones de los santos, por los adornos mundanos y postizos de la fantasía. No es menester fingir donde la verdad de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosas supera á cuanto se puede imaginar, ni para dar interés á la narración es lícito inventar episodios ó componer diálogos que desfiguren la verdad de los hechos: que las vidas de los santos son cosa más seria y se encaminan no tanto á deleitar cuanto á edificar y mover á los lectores á seguir los virtuosos ejemplos que dieron á sus contemporáneos, y que el escritor ha de procurar hacer revivir en sus narraciones para edificación de los que no pudieron presenciarlos.

Guiado por este criterio, nada he puesto de mi cosecha para suplir los vacíos que naturalmente ha de haber en una vida como la del P. Claret, tan complicada y compuesta de tantas y tan variadas obras á cual más importantes. Allí donde no llegan los datos históricos, lejos de hacer entrar la fantasía para cubrir la desnudez de la narración, hace sus veces la crítica severa para dejar ante todo en su punto la verdad, madre de la sabiduría. Todo mi objeto ha sido descubrir el alma del P. Claret, manifestar su corazón y los secretos resortes que le movían á obrar, tal cual se desprende de sus escritos, de los retratos que de él nos han dejado las personas que le conocieron y trataron con intimidad y de la misma naturaleza de sus obras, empapadas todas ellas en el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

En tres partes principales puede dividirse la Vida del Siervo de Dios: abraza la primera desde su nacimiento hasta que fué nombrado para el arzobispado de Cuba, durante el cual período resalta en él la vida de Misionero. La segunda comprende los seis años, poco menos, que estuvo al frente de la metrópoli de Cuba, durante los cuales resplandecieron sus virtudes como modelo de Prelados, y, por último, la tercera parte, que empieza con la elección que de él hizo la reina Isabel II para su confesor y acaba con la muerte del Siervo de Dios y con el vivo recuerdo que con su santidad, obras y milagros ha dejado entre los hombres, es un tejido de hechos que, al paso que le atrajeron la admiración y las alabanzas de los buenos, hiciéronle blanco de las calumnias de los malos y de los perseguidores de la Iglesia, labrándole sin pretenderlo la corona de mártir, que acabaron de ceñirle enviándole á morir en el destierro.

El P. Claret ha sido mirado con razón como el hombre providencial de España en nuestro siglo; él comprendió todas las necesidades de la época presente. y estimulado por el fuego del divino amor, que

ardía en su pecho, recorrió primero todas las diócesis del Principado catalán y las islas Canarias, anunciando en todas partes la buena nueva del Evangelio con el poder y la eficacia de un apóstol, y avivando el espíritu religioso, amortiguado con los desórdenes consiguientes á las guerras civiles. Disponíase á hacer otro tanto en las demás provincias de España cuando sorprendió su profunda humildad la mitra de Cuba, con que el Gobierno quiso premiar los servicios de su apostolado. Rendido á la voluntad de Dios, manifestada por el mandato de sus Superiores, bajó la cabeza y, cuanto antes pudo, surcó la mar en busca del rebaño que acababa el Señor de confiarle; pero antes había dejado ya en España semillas fecundas de su celo en la Congregación, por él fundada, de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, continuadores de su apostolado en la Península, y en el establecimiento de la Librería religiosa organizada para contrarrestar la propaganda impía y difundir por medio de la prensa la verdadera doctrina, objeto que consiguió plenamente inundando á España de buenos libros y de opúsculos religiosos, que llegaron al seno de casi todas las familias. Este fué el primer establecimiento de su género en España, debido á la actividad de un pobre Misionero apostólico que sólo contaba con los recursos de su infatigable celo.

Llegado á su destino en Cuba, mostró como Prelado la grandeza de su corazón acometiendo empresas gloriosas y difíciles, que transformaron el arzobispado é influyeron no poco en mejorar la suerte de la diócesis de la Habana. Nuevo San Carlos Borromeo, cuyos nobilísimos ejemplos tenía siempre á la vista, todo lo sacrificó por la salvación de sus amadas ovejas. Cuando llegó él á Cuba, el Seminario estaba medio derruído y sin alumnos, muchísimas parroquias sin pastor, el clero en un estado tristísimo, sin medios de subsistencia, sin instrucción y, como consecuencia natural, relajado en las costumbres; los fieles, sin asistencia espiritual y entregados á todos los vicios; apenas había en tan vasta diócesis matrimonios canónicos, y los militares y los magistrados eran los primeros en dar ejemplo de corrupción. En los pocos años que pudo consagrar al cultivo de aquella abandonada viña restableció el Seminario, que dejó en estado muy floreciente al regresar á la Península; alcanzó del Gobierno el arreglo parroquial en las diócesis de Santiago y la Habana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con lo cual el clero pudo con decoro atender á su subsistencia; reformó las costumbres de éste con ejercicios espirituales dirigidos por él mismo; proveyó á su ignorancia con el establecimiento de las conferencias eclesiásticas; levantó en el pueblo el espíritu religioso por medio de la santa visita pastoral, que hizo unas cuatro veces en todo el arzobispado; desterró casi por completo los amancebamientos, arreglando millares y millares de matrimonios, é hizo tantas otras obras de caridad y celo que bastarían á dar gloria á muchísimos Prelados.

No fué menos prodigiosa la actividad de su celo en la capital de España cuando regresó á ella para desempeñar el espinoso cargo de confesor de S. M. católica. A él debió El Escorial, la octava maravilla del mundo, su conservación y el estado floreciente en que hoy se halla; la iglesia de Montserrat en esta corte, la magnificencia de su culto y muchas mejoras materiales, y Madrid entero le escuchó como á un enviado de Dios, y llenaba los templos en donde él predicaba, sitiaba su confesonario, le aclamaba por santo, y como á tal le veneraba al verle en las calles, corriendo todos tras él, sin distinción de jerarquías, para besarle el anillo ó tener siquiera la dicha de tocar sus capisayos. Y este grandioso espectáculo se repitió en Oviedo, León y la Coruña, en Barcelona y en Zaragoza, en las Islas Baleares, en Córdoba y Sevilla, en Cádiz y Málaga, en Burgos y Badajoz, en Avila y Segovia, en Vitoria y San Sebastián, y en todas partes adonde iba para acompañar á la Reina en sus viajes.

Conocedor de las necesidades de nuestro tiempo, fundó la Academia de San Miguel con el fin de reunir los esfuerzos de los literatos y artistas católicos y de todas las personas de influencia en favor de la verdad y de la Religión; escribió en estilo claro, sencillo y popular innumerables folletos y hojas volantes, ora combatiendo los errores del día, ora exponiendo lo más subtancioso de las enseñanzas y de la moral cristiana de un modo acomodado á todos los estados y jerarquías sociales. En fin, puede decirse con toda verdad que su entendimiento y su corazón, su palabra y su vida entera estuvieron siempre y en todos los instantes consagrados á la mayor gloria de Dios, y que por Él hizo lo que sin milagro apenas puede concebirse, como comprenderá el que atentamente leyere esta su Vida.

Tan incansable celo, como era natural, le acarreó las persecuciones de los malos, los cuales en libelos, fotografías, láminas y con cuanto estuvo á su alcance, trataron de infamarle, levantando contra él las más atroces calumnias, cual no se han dirigido contra ningún otro Prelado en este siglo, y armándole zancadillas para echarle de la corte, en donde era poderoso obstáculo á sus inicuos planes.

En la revolución del 68, el Siervo de Dios, que en 1865 se había separado de la Reina cuando ésta reconoció el llamado *reino de Italia* por no perder la corona, emprendió el camino del destierro acompañando á la augusta destronada, en ocasión en que la abandonaron los mismos que antes con sus lisonjas y adulaciones la habían hecho faltar á su deber.

En el Concilio Vaticano fué la admiración de los Padres por la pobreza y modestia con que vivió, y en los claustros de San Adrián, que le albergaron, esparció tan suave olor de santidad que aun hoy día lo perciben los humildes religiosos que allí habitan. Después de una vida llena de caridad y celo, sólo anhelaba juntarse con su Dios, y el Señor accedió á sus fervorosas ansias llamándole para sí el 24 de Octubre de 1870, cuando las persecuciones de los hombres le habían obligado á separarse de sus amados Hijos los Misioneros de Prades para refugiarse como de limosna en el monasterio cisterciense de Fontfroide. Sobre su humilde sepultura se grabó este tan sencillo cuanto expresivo epitafio: *Dilexi justitiam et odivi iniquitatem, propterea morior in exilio.*

Por todo esto y mucho más que pudiera decirse, la Vida del excelentísimo Sr. Claret no puede menos de interesar á todos los católicos españoles, tanto más cuanto que su presencia en la corte influyó no poco en sentido favorable en los acontecimientos político-religiosos más vitales para nuestra desdichada patria. Entre las glorias religiosas de España en la presente centuria, acaso ninguna tiene tanto derecho á figurar en primera línea como el benemérito Padre Claret, inspirador ó cooperador eficacísimo de cuanto bueno se hizo en su tiempo en favor de la causa católica y lumbrera del Episcopado español por sus heroicas virtudes. Estoy enteramente persuadido que al escribir la Vida del P. Claret escribo la vida de un santo que en su día veneraremos en los altares, y en esta persuasión me acompañan cuantos le trataron de cerca y más de cincuenta Prelados que han declarado en sus cartas la opinión de santidad en que le tenían.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Señor, por cuya gloria he empezado este trabajo, guíe mi pluma con su santa gracia para que esta Vida sirva de edificación á los fieles y contribuya á que todos alaben y engrandezcan al que es tan admirable en sus santos.

MARIANO AGUILAR,
Misionero hijo del Corazón de María.

MADRID, 10 de Mayo de 1894.

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

PADRE ANTONIO MARÍA CLARET

Fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

PARTE PRIMERA

(1807—1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET, 1807-1820.

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. —2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. —3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. —4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. —5. Su devoción á la Virgen santísima. —6. Primeras pruebas de su virtud.

1. No lejos de Manresa, de la ciudad que inmortalizó San Ignacio de Loyola por haber compuesto en ella sus admirables *Ejercicios*, existe una villa de cuatro á cinco mil almas que, aunque industriosa y activa, como lo restante del Principado catalán, acaso hubiera, como hasta ahora, pasado inadvertida en la historia de aquel heroico pueblo á no haber visto en ella la luz del mundo el Apóstol de España en este siglo, D. Antonio María Claret. Llámase Sallent, pertenece á la diócesis de Vich, patria de su futuro amigo y condiscípulo el inmortal Balmes, y está enclavada en la provincia de Barcelona, la más célebre y laboriosa de todo el Principado, al extremo del hermoso valle de Baijas, sembrado de huertas y viñedos, en el que campean dos antiquísimos conventos medio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Señor, por cuya gloria he empezado este trabajo, guíe mi pluma con su santa gracia para que esta Vida sirva de edificación á los fieles y contribuya á que todos alaben y engrandezcan al que es tan admirable en sus santos.

MARIANO AGUILAR,
Misionero hijo del Corazón de María.

MADRID, 10 de Mayo de 1894.

VIDA ADMIRABLE

DEL SIERVO DE DIOS

PADRE ANTONIO MARÍA CLARET

Fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

PARTE PRIMERA

(1807—1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET, 1807-1820.

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. —2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. —3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. —4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. —5. Su devoción á la Virgen santísima. —6. Primeras pruebas de su virtud.

1. No lejos de Manresa, de la ciudad que inmortalizó San Ignacio de Loyola por haber compuesto en ella sus admirables *Ejercicios*, existe una villa de cuatro á cinco mil almas que, aunque industriosa y activa, como lo restante del Principado catalán, acaso hubiera, como hasta ahora, pasado inadvertida en la historia de aquel heroico pueblo á no haber visto en ella la luz del mundo el Apóstol de España en este siglo, D. Antonio María Claret. Llámase Sallent, pertenece á la diócesis de Vich, patria de su futuro amigo y condiscípulo el inmortal Balmes, y está enclavada en la provincia de Barcelona, la más célebre y laboriosa de todo el Principado, al extremo del hermoso valle de Baijas, sembrado de huertas y viñedos, en el que campean dos antiquísimos conventos medio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arruinados, el uno en el pueblo de Sampedor y el otro cerca de Navarcles, pero solitario en medio de la campiña. Situada Sallent á orillas del Llobregat, uno de los principales ríos de Cataluña, debe á sus corrientes la importancia industrial que tiene, aunque no llegue, ni con mucho, á la de otros pueblos del Condado. El día 23 de Diciembre de 1807 fué el destinado por la divina Providencia para el nacimiento de su celoso Apóstol. Fueron sus padres Juan Claret y Josefa Clará, los cuales, cuando nació nuestro Antonio, habitaban en una casa alquilada de la calle del Cos, número 4; pero después se trasladaron á otra comprada por ellos en la calle Grande, número 1.

Aunque no heredaron de sus mayores los nobles títulos que el mundo tanto aprecia, ni riquezas en abundancia por las cuales equivocadamente miden muchos el mérito, recibieron de ellos otros dones mucho más apreciables delante de Dios, y que suelen labrar, en cuanto cabe, mejor que los primeros, la dicha en este mundo. Tales fueron la tradicional sencillez de costumbres, las virtudes familiares que embalsaman el hogar doméstico, conservando en él la paz y la felicidad, y la singular piedad con que siempre se distinguieron. Formaban los dos esposos con sus hijos una de aquellas antiguas familias patriarcales pertenecientes á la clase media, donde se juntaban con maravillosa consonancia el trabajo y la virtud, la honradez y gravedad cristiana con la piedad sencilla y fiel observancia de los Mandamientos, los honestos placeres de familia con la caridad que se extendía á todos los necesitados. Vivían honradamente del oficio de fabricantes en telas de algodón, y aunque no siempre les sobraba de los frutos de su industria, no llegaron jamás á la indigencia y, en tiempos favorables al comercio, pasaban la vida con bastante desahogo. Eran dueños de una pequeña fábrica, en la que trabajaban algunos obreros de uno y otro sexo, de muy buenas y honradas costumbres, ocupándose los unos en tejer y las otras en preparar el algodón antes de ponerlo en el telar.

El Señor bendijo tan santo matrimonio, y once hijos, seis varones y cinco hembras, fueron el fruto de esta bendición. Antonio fué el quinto de los hijos, y el que más lustre dió, aunque sin pretenderlo, á su familia. Dos hermanos y tres hermanas fallecieron en la infancia. El último de los hermanos, después de haber estudiado Humanidades en el Seminario de Vich, murió cristianamente á la temprana edad de trece años. La hermana mayor nació en 1800, al comenzar el presente siglo; casó y enviudó joven; se señaló siempre entre sus hermanos por su amor al Siervo de Dios, por su honradez y por su laboriosidad y piedad. La otra hermana, llamada María, entró en Religión, tomando el hábito de Carmelita de la Caridad, y los otros dos hermanos, Juan, nacido en 1804, y José, nacido en 1810, tomaron el estado del matrimonio, y no desmintieron jamás con ningún vicio ni acción menos decorosa la piedad y honradez de los demás de la familia.

2. A los dos días de nacido, ó sea el 25 de Diciembre, fiesta de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, recibió Antonio las aguas bautismales en la iglesia parroquial de su pueblo, llamada Santa María de Sallent. Fué sin duda feliz coincidencia el que naciera espiritualmente para Dios el día en que la Iglesia celebra el nacimiento temporal de Dios para el hombre; y aunque nada de maravilloso tenga semejante acaecimiento, como la suave providencia de Dios dispone, aun en las cosas ordinarias, admirables analogías y modos ocultos é inescrutables de significar sus trazas, quizá con tan dichosa coincidencia intentó presagiar que el niño de Sallent seguiría constantemente al divino Niño del pesebre imitando sus virtudes. Diéronle por padrino á un hermano de su madre, llamado Antonio Clará, y por madrina á una tía paterna, llamada María Claret. Según la costumbre de la provincia eclesiástica de Tarragona, á la que pertenece Vich, consignada en su ritual, pusieron al niño tres nombres, el de Antonio, Adjutorio y Juan, pero le llamaron siempre con el primero, al cual él añadió más adelante el de María por su mucha devoción á la celestial Señora, á la que, como él graciosamente solia decir, tenía por madrina, por maestra, por directora y por madre.

Aunque la piadosa madre de Antonio había criado á todos sus hijos con la leche de sus pechos, no pudo cumplir con él con esta tan natural y cristiana obligación por hallarse en aquel entonces enfermiza y delicada. Diólo, pues, á criar á una mujer de Olú; pero en cuanto cesó la necesidad de ama fué restituído á la casa de sus padres.

Apenas el tierno niño pudo conocer lo que era amor, cuando ya ardía en amorosos incendios por su Dios, considerándo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le como á Padre y bienhechor de los hombres. Le previno el Señor con tan temprana luz del cielo, que á la edad de cinco años hizo en su inocente alma muy honda impresión la idea de la eternidad desgraciada de los malos, acerca de la cual reflexionaba con tanta madurez como pudiera hacerlo el fervoroso anciano próximo ya á las puertas del sepulcro. Mas como su corazón era todo ternura y amor, semejantes consideraciones despertaban en él el celo de la salvación de las almas, que fué, por decirlo así, la pasión dominante de toda su vida. Causa ciertamente admiración en tan temprana edad el modo serio de considerar la vida, cuando apenas se tiene conocimiento de ella y en muchos no ha despertado aún el uso de la razón. Nos resistiríamos á creerlo si el mismo Siervo de Dios no lo hubiera consignado más tarde en la breve reseña que de su vida hizo, obligado, como se dirá en su lugar, por la Obediencia. Y aun así nos parecería increíble si la modestia, sencillez y veracidad del Sr. Claret, principalmente en lo que atañe á su persona, no fuera tan atestiguada de modo tan unánime por cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Veamos cómo él mismo nos descubre su alma candorosa en aquella tierna edad de cinco años.

"Las primeras ideas de mi niñez,—dice,—de que yo tengo memoria, son que, cuando yo tenía unos cinco años de edad, estando en la cama, en vez de dormir (pues siempre he sido poco dormilón), pensaba en los bienes del cielo y en las penas eternas del infierno; es decir, pensaba en aquel *siempre* que no tiene fin; figurábame distancias enormes; á éstas añadía otras y otras, y no alcanzando el fin de ellas, me estremecía por la desgracia de aquellos que tendrían que padecer penas eternas.—¿Y qué?,—me preguntaba á mí mismo.—¿Jamás acabarán los condenados el penar? ¿Siempre tendrán que padecer? Sí, siempre, siempre... Esto me causaba mucha lástima, porque soy naturalmente compasivo, y esta idea quedó en mí tan grabada que sea por lo temprano que empezó en mí, sea por las muchas veces que en ella he pensado, lo cierto es que nada tengo más presente. Esta misma idea es la que me ha hecho, hace y hará trabajar, mientras viva, en la conversión de los pobres pecadores, procurándola en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones familiares, etc. La razón es porque siendo, como he dicho, de corazón tierno y compasivo, no puedo ver una desgracia, una miseria, que no quiera socorrerla. Me privo del pan para darlo al pobrecito, y no me atrevo á gastar para mí pensando en las necesidades de los pobres. Ahora bien: si estas miserias corporales y momentáneas tanto me conmueven, ¿qué hará en mi corazón el pensamiento de las penas eternas del infierno, viendo que en él se precipitan los que viven en pecado mortal?...

„Esta idea de la eternidad desgraciada de los malos, que empezó en mí con mucha viveza á los cinco años de edad, y que siempre más la he tenido muy presente, y que, Dios mediante, no la olvidaré en toda mi vida, es el resorte y el aguijón de mi celo por la salvación de las almas.

„A este estímulo se añadió otro, y fué el pensar que el pecado no sólo hace condenar las almas de mis prójimos, sino que principalmente es una injuria hecha á Dios, que es mi Padre. ¡Ah! Esta idea me parte el corazón. Siendo el pecado de una malicia infinita, el impedirlo es impedir una injuria infinita á mi Dios, á mi buen Padre. Si un hijo tuviera un padre muy bueno y viera que sin motivo le maltratan, ¿no le defendería? Si viera que, siendo su padre inocente, le llevan al suplicio, ¿no haría todos los esfuerzos para librarle si pudiera? Pues ¿qué debo hacer yo por el honor de mi Padre, que tan fácilmente es ofendido, y que, siendo inocente, le llevan al Calvario para crucificarle de nuevo por la culpa, como dice el Apóstol? El callar ¿no sería un crimen? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Padre mío! ¡Quién me diera impedir las injurias que se os hacen, aunque fuese á costa de mi vida (1)!„

Por las palabras que anteceden se comprenderá fácilmente cuál fué el resorte de toda su vida y lo que le obligó á no perder ni un solo instante de tiempo para consagrarse en cuerpo y alma al ejercicio del ministerio apostólico. En ellas se deja ya entrever la semilla del futuro Apóstol, el germen de cuanto hizo en beneficio de las almas en los diversos destinos que en adelante le confió la Providencia, y un como dibujo ó diseño del magnífico cuadro de toda su vida. Suele Dios, como soberano Artífice de infinita sabiduría, delinear ya desde el principio en sus criaturas los planes de las obras á que las

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

destina, sembrando en ellas desde luego los gérmenes ó principios que, desarrollados más tarde con las fuerzas naturales y de la gracia, producen las maravillas que admiran los hombres, así en el orden natural y sensible como en el sobrenatural y del espíritu. Esto creemos que aconteció con el niño Antonio cuando el Señor con tan temprana luz iluminó su inteligencia, despertando en él aquel ardiente celo por la salvación de las almas que le devoró toda su vida.

Aunque era de carácter vivo y despejado, y sea muy común en los niños de esta índole el cometer ciertas travesuras, propias de su natural bullidor é irreflexivo, al niño Claret jamás le vieron caer en una sola, y lo que más admira en aquella edad aviesa y juguetona, nunca su madre hubo de reprenderle por falta alguna, y su padre le proponía por modelo á los demás hijos de la familia por la fidelidad y perfección con que cumplía todos sus mandatos (1).

Ya en esta edad dió claras muestras de la bondad natural de su corazón y de las bellas disposiciones con que Dios lo había enriquecido. Afligida España á la sazón con la guerra de la Independencia, en la que por espacio de casi siete años (2) los habitantes de la otra parte de los Pirineos tantos daños causaron á nuestra heroica patria, destruyendo iglesias, incendiando los conventos y mezclando la sangre de los ministros del Señor con la de los defensores del Trono, el pueblo de Sallent recibió alarmantes nuevas de que los franceses habían incendiado la vecina ciudad de Manresa y la aldea de Callers, y que debían temer que los desapiadados enemigos ejecutasen en ellos parecidos horrores. Acaeció esto por la noche, y los habitantes de la villa, como estaban sin defensa, huyeron despavoridos á refugiarse en los montes y en las selvas. Antoñito, como si fuera ya de edad madura, se puso al lado de su abuelo Juan, y dándole la mano le guiaba para que no tropezase con las piedras del camino, pues el cielo estaba obscuro con las tinieblas de la noche y el pobre anciano era corto de vista. Los hermanos y primos del buen niño dejaron muy atrás á su abuelo; mas no por esto se separó Antonio de él: antes le trató con tal paciencia y cariño que el pobrecito viejo quedó muy

(1) Declaración de la hermana del Siervo de Dios, sor María Claret.
(2) Duró esta guerra desde 1808 hasta 1814.

consolado y no menos maravillado de lo que presenciaba.

Este particular amor y respeto á las personas avanzadas en edad extendíase á los otros ancianos, y más si eran pobres. Sentía que se burlasen de ellos, lo que suele ser muy frecuente entre muchachos; los saludaba al encontrarlos en la calle, oía con gusto sus conversaciones, y cuando estaba en la iglesia, si se le acercaba alguno de ellos, levantábase de su asiento para cederle el lugar.

Su padre contribuyó no poco á cultivar en él estas felices disposiciones. Como jefe de una familia patriarcal donde se conservaban vivas todas las tradiciones religiosas, velaba cuidadosamente para que todos los individuos que la componían cumpliesen con exactitud los preceptos de Dios y de la Iglesia. Sus hijos, apenas sabían hablar, cuando ya de puro oirlo acostumbraban invocar á Dios y pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Decían éstos de memoria, amaestrados por su padre, los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, las oraciones de la mañana y de la noche, llamadas comunmente el ejercicio del cristiano, las de bendecir la mesa antes de comer y las de dar gracias después de la comida. Todos los días los reunía el solícito padre para leerles ó hacerles leer alguno de los libros espirituales que formaban su pequeña biblioteca. Después de la cena les contaba algún hecho instructivo y conferenciaba amorosamente con ellos de cosas conducentes á fomentar la piedad, hasta que llegaba la hora de acostarse. En los días festivos los acompañaba á la Misa parroquial y á las demás funciones religiosas. Cuando por su edad y robustez eran capaces del trabajo, les enseñaba á no pasar holgando el precioso tiempo de la vida, pues que la ociosidad suele ser madre de los vicios y ama de la miseria. ¡Oh, si todos los padres de familia imitasen tan dignos ejemplos!

Escuchaba Antonio atento y embebido las tiernas exhortaciones y las narraciones sencillas y encantadoras de su padre, y nadie como él se aprovechó tanto de ellas; porque como estaba dotado de fácil memoria y tan bien inclinado, discurría sobre las mismas y se aplicaba á sí con mucho tino las consecuencias que de ellas deducía. Todo lo cual atestiguó el reverendo Dr. Juan Codina, como cura que fué de la parroquia de Sallent, añadiendo que, aunque de natural vivo, era Antonio muy dócil y obediente á las más ligeras insinuaciones de sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padres; con lo que hizo tales progresos en la virtud que, "al asomar los primeros albores de la puericia, por su modestia se atraía la atención de cuantos le miraban, observando en aquella criatura cierta cosa extraordinaria que no sabían explicarse„ (1).

Hasta los seis años llevó una vida quieta y deliciosa en el seno del hogar paterno; pero como en este tiempo había ya clareado en él con resplandores bastante vivos el uso de la razón, lo mandaron á la escuela del pueblo, dirigida por Don Antonio Pascual, hombre religioso y sumamente activo. No faltó un solo día á las clases, cosa rara en un muchacho de seis años. Llevaba siempre muy bien sabidas las lecciones, y fué tan exacto en el cumplimiento de sus deberes que nunca el maestro tuvo ocasión de castigarle ó reprenderle por algún descuido, sino que antes bien le ponía por dechado á sus discípulos por lo mucho que los aventajaba en la aplicación, en el silencio y en la modestia, siendo como un vivo espejo donde todos ellos podían mirarse para aprender lo que les hacía falta.

Al salir de la escuela se iba derechamente á su casa, sin detenerse en las calles ni en las plazas á jugar con otros niños. Mas no se crea que era enteramente extraño á las inocentes diversiones propias de aquella edad, y á las que tan sabiamente inclinó al hombre la naturaleza para que su organismo adquiriera el suficiente desarrollo, entonces más que nunca necesario; porque de vez en cuando el sesudo Antonio se juntaba con sus amiguitos y daba con ellos sus saltos y carreras, pero era siempre con mucha templanza y medida, y con tan rara modestia que no parece sino que su ángel de guarda le hacía de ayo y consejero gobernando todas sus potencias; y así, aunque tenía Antonio todo lo gracioso y atractivo de la infancia, carecía de sus defectos, y si hablaba con la sencillez é inocencia de un niño, resplandecía también en sus palabras la prudencia y acierto de un anciano; y aunque sus obras eran de niño, las ejecutaba, aun sin darse cuenta, con la mesura y perfección de hombre maduro y reflexivo. En los mismos juegos, cuando se le ofrecía ocasión, ejercía ya, aunque de un modo infantil, el celo apostólico, porque enseñaba á sus compañeros las máximas piadosas que él había aprendido de memoria, y los exhortaba á ser buenos cristianos, comenzando así entre ellos á ser un pequeño catequista.

(1) Carta del Dr. D. Juan Codina del 19 de Septiembre de 1870.

En poco tiempo aprendió de memoria toda la Doctrina cristiana desde el principio hasta el fin, y el señor maestro, para que diese aquél público testimonio de su aplicación y de sus adelantos, lo presentó con otros tres niños al señor cura párroco, que lo era entonces el Dr. D. José Amigó, y éste, en dos domingos seguidos por la tarde, se la hizo decir de dos en dos en la iglesia en presencia del pueblo; lo cual, como ellos hiciesen con gran soltura y sin error alguno, dejando á los asistentes muy admirados y edificados, fueron generosamente premiados por el dicho señor párroco. También se aventajó mucho el niño Claret en la Historia Sagrada, de la cual recordaba con gran facilidad todos los hechos, y los refería á otros con mucha gracia y donaire. Confiesa él de sí mismo que en su niñez no entendía el diálogo de la Doctrina cristiana, pero que no dejó por esto de sacar de él gran provecho, porque poco á poco se fueron aclarando en su mente las verdades altísimas contenidas en tan sutil corteza, y unas tras otras las fué conociendo hasta llegar á comprender su grande utilidad y su maravilloso encadenamiento y hermosura. "¡Oh, cuánto me han servido,—decía él,—las lecciones del Catecismo, y las doctrinas y ejemplos de mis padres y maestros!„ Y así fué en realidad, porque lo que de ellos había oído y lo que en ellos había visto le sirvió como de escudo contra los rudos ataques que hubo de sostener más adelante contra el mundo, el demonio y la carne. Cuando en Barcelona se vió después rodeado de jóvenes licenciosos, que con doctrinas erróneas y pésimos ejemplos quisieron empañar el brillo de su inocencia, decíase á sí mismo: "No, no escucho yo á estos malvados; no, no sigo sus ejemplos: más crédito merecen las palabras de Dios y los documentos de mis padres y maestros, que los falsos dogmas de estos infelices que no saben lo que dicen.„

De sus buenos instructores aprendió Antonio la abnegación, la obediencia y el desprendimiento. Nunca fué voluntarioso, ni profirió las palabras de "no quiero tal cosa, deseo tal otra„, sino que, acostumbrándose á no seguir su gusto, recibía con sumisión y agradecimiento los alimentos y vestidos que le daban, obedecía con respeto á sus mayores y se guar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daba escrupulosamente de apropiarse lo ajeno. Siendo todavía muy niño halló acaso en la calle una moneda de insignificante valor; y como sabía que no era suya y que había de entregarla á su dueño, comenzó á pensar entre sí de quién podría ser. Ofrecióselo luego que por ventura la habría perdido el amo de la casa más vecina, cayéndosele de la ventana, y así, sin detenerse un instante más, llamó á la puerta de su casa y se la entregó (1).

3. Se acercaba ya el Sr. Claret á los siete años, cuando de manos del Ilmo. Sr. D. Félix Amat, arzobispo titular de Palmira, que á la sazón estaba en Sallent, recibió el sacramento de la Confirmación el 12 de Diciembre de 1814 (2). Pocos habría en su edad más dignos que él de recibirlo, pues ya entonces era admirable su fidelidad en la observancia de las prácticas religiosas, que no eran sólo las comunes y de precepto, sino otras muchas de supererogación, porque á más de las preces de que antes hemos hablado, asistía diariamente, á no estar impedido, al santo sacrificio de la Misa, y en los días festivos oía una Misa rezada fuera de la solemne, á la que, como ya se dijo, iba acompañado de su padre.

Razón tenía en afirmar el autor de los *Apuntes biográficos*, publicados en *La Convicción* y *El Domingo*, que "á la edad de cinco y seis años hacía una vida más angelical que humana„; porque ¿á quién no admira la modestia con que en tan tierna edad edificaba á cuantos le miraban, pero singularmente cuando asistía al santo templo del Señor? Al contemplarle arrodillado á los pies del altar santo, con las manecitas juntas ó con los brazos decentemente cruzados ante el pecho, con la vista recogida ó clavada con devoción indecible en el sagrado tabernáculo, ¿quién hubiera dicho que no era aquél, más que niño de carne y hueso, un angelito bajado de la mansión celestial para hacer la corte á Jesús sacramentado y edificar á los fieles con la suave fragancia del cielo? Jamás le vieron en la iglesia distraerse á hablar con otros niños, cosa, por desgracia, tan frecuente entre ellos, sino que siempre estaba en

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) No es general la costumbre de administrar el sacramento de la Confirmación en la temprana edad en que lo hacen los señores Obispos en España. En otras naciones se confiere de ordinario este Sacramento á los niños poco antes ó después de su primera comunión.

ella con suma devoción, y con tales sentimientos de piedad y de divino amor que el mismo siervo de Dios, en su edad avanzada, se tenía por menos fervoroso que cuando era niño. La espiritual dulzura que sentía en los actos de piedad le hacía correr con ansia á todas las funciones que se celebraban en la iglesia, pero en ninguna se sentía tan consolado y movido como en las que tenían por objeto el santísimo Sacramento del altar. Era extraordinario el fervor que en éstas experimentaba, de donde nació en él una especial devoción al augusto sacramento de la Eucaristía, para lo cual le ayudó no poco el buen ejemplo de su padre, que se distinguía mucho en esta misma devoción. Pero creció incomparablemente más y de un modo extraordinario su amor al Dios encerrado en la Eucaristía con la ocasión que ahora diré. Cayó acaso en sus manos un devoto libro titulado *Finezas de Jesús sacramentado*. Lo leyó, lo tornó á leer, y recorría sus páginas con tanto gusto que llegó á decorarlo.

¿Quién puede explicar lo que sintió con su lectura el tierno corazón de Claret, tan prevenido de antemano de la divina gracia? Díganlo las largas horas que pasaba de rodillas, é inmóvil como una estatua, al pie del sagrado tabernáculo, las lágrimas que allí derramaba, los afectos santos en que su corazón se deshacía, las fervorosas súplicas que elevaba al Señor, ofreciéndose humildemente á su divina Majestad, y las amorosas ansias y ardentísimos deseos de recibirle en la sagrada Comunión. Nadie extrañará ahora lo que declaró el reverendo D. Antonio Camps, su amigo y compañero de estudio, conviene á saber: que "aun no comulgaba sacramentalmente, y había ya hecho muchas comuniones espirituales„ (1). Ni tampoco podrá nadie maravillarse de que su confesor, á vista de tan extraordinaria devoción á Jesús sacramentado, le permitiera, á la temprana edad de diez años, acercarse por vez primera á gustar el divino pan de los ángeles. Lo que experimentó en su corazón el memorable día en que esto acaeció no es para dicho, pues al mismo Sr. Claret le fué imposible expresarlo, conforme él lo refiere en sus escritos de este modo: "No puedo explicar lo que por mí pasó el día que tuve la incomparable dicha de recibir por primera vez en mi pecho á mi buen Jesús

(1) Carta del Dr. Codina de 19 de Diciembre de 1870.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sacramentado (1).„ Juntando á estas palabras lo que dice el doctor D. Juan Codina, esto es, que se retiró de la sagrada Mesa "reputándose por el más feliz del mundo (2)„, se deja fácilmente entender cuán copiosos serían los torrentes de suavidad y dulzura que en aquella ocasión inundarían su candorosa alma, y cuán divinas comunicaciones tendría el Señor con él, pues tanto se complace en tratar con las almas puras y fervorosas en su servicio.

Frutos preciosos de esta primera comunión fueron el frecuentar constantemente de ahí en adelante los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, las repetidas visitas á la iglesia, la puntual asistencia á la explicación del Evangelio y á las funciones de los domingos y días festivos por la tarde, que terminaban siempre con el santo Rosario, y el ejercicio de otras buenas obras, según se irá viendo en el decurso de su vida.

4. Tenía por costumbre emplear todos los días algún espacio de tiempo en la lectura de buenos libros, así para instruirse como principalmente para fomentar su devoción y conservar vivo en su pecho el fuego sagrado del divino amor, que, como tienen bien experimentado las personas devotas, se alimenta con la lectura espiritual. Los efectos que obraba en él esta devota lección diólos á entender maravillosamente en un escrito donde, hablando de un libro que llevaba por título *El buen día y la buena noche*, dice admirado: "¡Oh! ¡con qué gusto y con qué provecho de mi alma leía yo aquel libro! Recorridas algunas de sus páginas, lo cerraba, lo apretaba contra mi pecho, y levantados al cielo mis ojos anegados en lágrimas, decía: ¡Oh Señor! ¡qué cosas tan buenas ignoraba yo! ¡Oh Dios mío! ¡Oh amor mío! ¡quién siempre os hubiese amado (3)!„ El recuerdo de estos preciosos frutos que los buenos libros en su alma produjeron, le movió más adelante á distribuirlos entre toda clase de personas. Dicen además los testigos oculares de su vida que, aun siendo jovencito, era extraordinaria su caridad para con el prójimo, la cual ejercía visitando á los enfermos en sus casas, prodigándoles palabras

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.
(2) Carta del Dr. Codina de la fecha antes citada.
(3) Manuscritos del Siervo de Dios.

de consuelo y dando á los pobres limosna del dinero de que podía disponer.

No es de extrañar que un alma tan candorosa, y en la que tan pronto empezó á arder el celo por la salvación de los pecadores, fuese escogida de Dios para el estado sacerdotal; porque si bien es cierto que ésta es una gracia enteramente gratuita, que suele Él dar á quien quiere y como quiere, pero también lo es que de providencia ordinaria suele disponer previamente á sus escogidos con las bendiciones del cielo para que de este modo el divino gobierno sea más suave y paternal. Y así el sacrosanto Concilio de Trento, entre las señales que exige para agregar á los fieles entre los levitas del Señor, una es piedad muy reconocida y, á ser posible, ejercitada ya desde la infancia. Y, efectivamente, la inclinación de Antonio al ministerio sacerdotal comenzó ya á manifestarse en su niñez, pues á las preguntas que sus padres y otras personas le hacían sobre la carrera que deseaba seguir, respondía siempre que su intención era seguir los estudios para ser eclesiástico, lo cual dejó él mismo notado en sus apuntes. Por esto su padre le permitió estudiar la Gramática latina con un sabio y virtuoso sacerdote llamado Juan Riera. Pero antes de entrar en esa edad de su vida que se llama adolescencia diremos alguna cosa en este capítulo de su devoción á la Virgen, y apuntaremos brevemente las dos terribles pruebas que pasó por este tiempo.

5. Era aquélla tan tierna, tan singular y extraordinaria, que, según asegura el Dr. Codina con noticias sacadas de los que en tiempo de su niñez le conocieron, "no cabía más en su medida„ (1). Lo cual se verá claro por algunos actos en que más se descubrió.

Comencemos por las visitas que hacía al altar de la santísima Virgen, las cuales eran frecuentísimas, en especial los días festivos, en los que pasaba la mayor parte del tiempo en la iglesia. Maravilloso es el modo con que á ellas, según parece, le excitaba la Reina de los cielos; pues entreteniéndose solito en alguna inocente diversión, parecíale oir la misteriosa voz de nuestra Señora que le decía: "Ven„; y respondiendo él: "Voy„, dejaba sus entretenimientos é íbase luego al templo.

1) Carta del Dr. Juan Codina del 19 de Septiembre de 1870.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Postrado ante la imagen de María como si estuviese en un amenísimo jardín, no se cansaba de permanecer allí hablando con Ella con tal fe y confianza, con tal atención y fervor, que no podía dudar de que la Madre de la gracia prestaba atento oído á sus palabras.

Prueba de gran devoción á la Madre de Dios es el recibir con muestras de júbilo cuanto á Ella se refiere; y si esto lo es en toda edad, bien puede sentarse que lo fué más en los tiernos años de Antonio, cuando recibió con sumo aprecio unas cuentas de rosario. "Siendo todavía niño, diéronme, —dice,— unas cuentas de rosario, que agradecí muchísimo y conservé como quien guarda un gran tesoro (1)." Con ellas lo rezaba juntamente con los otros niños de la escuela en la iglesia, adonde iban con el maestro puestos en dos filas, y en ella el mismo maestro dirigía tan provechosa oración. Mas encargó luego la dirección al niño Claret al ver que sabía el modo de rezarla con los misterios, que se le habían fijado en la memoria por medio de un libro donde estaban representados con estampas. Como el perfume de su buen ejemplo se hubiese esparcido entre sus condiscípulos, algunos de ellos, de mayor edad que los otros, quisieron imitarle en aprenderlo, y en premio dispuso el maestro que también ellos alternasen por semanas en el honroso cargo de directores de aquella utilísima plegaria.

No contento con rezar la tercera parte en la iglesia y en su casa, según la laudable costumbre de su devotísima familia, introdujo la de decirlo por entero entre los trabajadores de su padre cuando éste le puso fijamente en el taller, encargándose nuestro jovencito de dirigirlo y rezándolo con ellos sin dejar de las manos el trabajo (2). Esta piadosa práctica tuvo tan feliz resultado que hizo de aquellos obreros unos fervorosos cristianos; porque sabido es que el santísimo Rosario, bien rezado, es un arma poderosa contra nuestros enemigos mundo, demonio y carne; práctica que se puede ejercitar en todos tiempos y lugares, porque sobre ser tan excelente es también muy fácil y provechosa por las oraciones de que se compone y por los saludables efectos que causa cuando se hace con aten-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.
(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

ción y reverencia, y meditando, en cuanto se puede, los misterios.

Existe á legua y media de Sallent un devoto santuario llamado de *Nuestra Señora de Fusimanya*. Para ir á él se necesita trepar por áspero sendero una serie de montes, cubiertos unos de frondosos bosques de encinas y otros de pinos, y algunos, aunque pocos, apenas ocultan su fragosa desnudez con una que otra hierba. Por entre los barrancos que hay al subir los primeros montes corre un pequeño torrente que los naturales llaman *riereta*. Al llegar á la cumbre se disfruta de un panorama hermosísimo. Cerca de un hondo valle, formado por las vertientes de variados y caprichosos montes que la rodean, y á la fresca sombra de algunos pinos, se levanta la pequeña ermita y la casita que sirve de morada al custodio de ella. Este admirable conjunto de bellezas naturales, sembradas allí con abundancia por la mano del Criador, las realzan admirablemente en primavera los trinos y gorjeos de mil pintados pajarillos que regocijan con sus cantos aquellos bosques, y hendiendo bulliciosos los aires y saltando ó meciéndose en las ramas de árboles y arbustos, dan animación al paisaje y hacen de la ermita de Fusimanya verdadero nido de amores á la inmaculada Virgen que en ella se venera. A este santuario hacía Antonio, en compañía de su buena hermana Rosa, frecuentes peregrinaciones con gran consuelo de su espíritu, porque en ellas le concedía el Señor el don de lágrimas, las cuales derramaba ya en abundancia al divisarlo en el camino desde lejos. Comenzaba entonces á rezar el Rosario con su hermana, y lo continuaban hasta llegar á la capilla. Inexplicable fué el provecho que de estas romerías sacó el Siervo de Dios, y le fueron siempre tan gustosas y atractivas que las repitió en todas las ocasiones que pudo, no sólo en su infancia, sino también en su juventud y siendo sacerdote, y aun cuando era ya Arzobispo aprovechó para ello la coyuntura de hallarse en Sallent, adonde había ido, invitado por sus habitantes, antes de partir para su diócesis de Santiago de Cuba.

6. Hasta aquí todo había ido viento en popa, como suele decirse. No es muy difícil ni escabroso el seguir á Cristo para gozar con Él de las dulzuras del Tabor; si en el camino de la virtud no se divisara otra cosa que la gloria de Cristo transfigurado, si la Divinidad hiriera siempre á las almas de un modo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

visible con los resplandores de su gracia, pocas serían las que volvieran atrás del camino empezado, aunque muy poco se manifestaría con ello la generosidad del ánimo, porque naturalmente somos inclinados á nuestros gustos y regalos; y como los deleites espirituales que el Señor á las veces comunica á las almas que le sirven satisfacen al alma inmensamente más que todos los terrenos, no hay hombre de fe que sea tan tonto que no dejara de grado estos segundos si supiera que nunca le habían de faltar los primeros. Pero no es así, sino que tras del Tabor está el Calvario; después de los suaves resplandores de la Divinidad vienen las tinieblas de su humanidad, que son los tormentos, las ignominias y los desamparos que en ella padeció; y como los justos, según San Pablo, han de ser hechos conforme á la imagen de Jesucristo, necesariamente han de pasar por la tribulación y recibir los consuelos mezclados con amarguras, y cargar con la cruz aun después de haber subido á las alturas gloriosas de la contemplación. Todo lo cual dispone el Señor con mucha suavidad y amorosa providencia, porque en la aridez y sequedad de espíritu, cuando arrecian las tentaciones y el alma se ve separada de todo aquello en que solía hallar gusto y consolación, si es ella fiel y constante en perseverar en el divino servicio, consigue gran pureza en el amor, la cual se muestra claramente en servir á Dios sin arrimo de deleites y consolaciones sólo por ser quien es, bondad infinita é infinitamente digno de ser amado. Claro es que para esto ha de ser el alma muy esforzada y generosa, pues no sin causa se dice que la tentación muestra lo que cada uno es, si oro ó escoria. Pero nunca el Señor falta con su gracia, pues aunque el alma en esos casos no lo conoce ni comprende, Él obra allí secretamente y mide la tentación conforme á las fuerzas de cada uno y á la gracia que quiere darle. Y así todas las cosas se convierten para bien de los escogidos, y más las tribulaciones, con las cuales se alcanza un bien tan grande cual es la pureza en el divino amor.

Esta merced hizo Dios á nuestro Antonio cuando estaba ya para terminar el período de su infancia, en la cual el Señor, para probar su fidelidad, le permitió dos pruebas terribles, en las que mostró cuán sólida era su virtud y lo muy arraigado que estaba en él el santo temor y amor de Dios. Dejo hablar gustosísimo al amable autor de las *Memorias*, el cual con

sencillez encantadora y con la mucha prudencia, hija de su virtud y de la experiencia de muchos años, las refiere de este modo:

"Atraído Antonio dulcemente por los consuelos siempre crecientes del divino amor, no gustaba sino de trabajar, rezar, leer y pensar en Dios y en María santísima, á quien amaba como madre. El retiro y el silencio eran sus constantes compañeros y, ayudándole á conservarse, no hacían de él un joven triste y melancólico, sino antes muy alegre y amable, que con nadie tenía pendencias y se mostraba pacífico con todos, virtud excelente que practicó toda su vida.

„Mas he aquí que en tal estado Dios le da á beber el cáliz de amargura que suele ofrecer á sus amigos. Hállase de repente sumergido en grande obscuridad de entendimiento, en penosa inquietud de corazón y en tristes sequedades de espíritu. Envidioso el demonio de sus adelantos en el bien, le embiste al mismo tiempo con una tentación muy terrible de blasfemia contra María santísima. En esta penosísima angustia pierde el apetito, aléjase de él el sueño, y los fantasmas de su imaginación perturbada no le permiten siquiera levantar los ojos á la imagen de la Madre de Dios. Determinado á sufrir las mayores penas antes que ofender al Señor y á su divina Madre, sostiene la lucha con valor indecible; pero él no conoce que triunfa, y esto hace más intenso su dolor, el cual llegó á tal extremo que, como él mismo dice, no tuvo semejante en su vida. "Fué la mayor pena, — escribe, — que en mi vida he „padecido (1).„ Confesábase; pero no dando el confesor importancia á las palabras del niño, salía de la presencia de él más acongojado, hasta que por fin Dios se sirvió librarle por sí mismo de tan duro purgatorio.

„Destinado á ser un día el consolador de las almas afligidas con varias tentaciones, debía antes experimentarlas él de muchas maneras y salir vencedor en todas ellas; así fué, en efecto, pues que otra vez permitió el Señor que el demonio le sugiriese una grande aversión y odio á su estimada madre; mas Antonio, aunque se hallaba en los primeros pasos que dió en la carrera de la santidad, supo, como diestro capitán, vencer al enemigo, tratando á la que se sentía inclinado á abor-

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recer con más humildad y cariño que de costumbre. Habiendo después manifestado á su director espiritual la tentación y el modo con que la había vencido, éste le preguntó quién se lo había enseñado, á lo cual respondió Antonio: "Nadie. „ "Ade- „ lante, hijo mío,—le dijo entonces el confesor. —Dios es quien „ te guía; corresponde á su gracia.„ Consejo importante que tuvo presente el Siervo de Dios, sin que jamás se borrase de su memoria (1).„

Por ventura parecerá extraño á muchas personas que en aquella edad fuese asaltado Antoñito de tan raras tentaciones, y que tan contrarias parecen á la natural inclinación de cualquier católico, porque como hombres ningún objeto nos suele ser más caro que la madre que nos dió la vida y en cuyo regazo nuestro corazón se abrió al amor, y como católicos nada nos es tan dulce y simpático como el amor á la Reina de los cielos, cuyo nombre aprendimos á balbucir desde la cuna, y que intervino siempre como una amable sonrisa en nuestros sueños infantiles. Pero ello fué así, y no lo extrañará el que tenga alguna experiencia en la dirección de las almas; porque el demonio muchas veces, á las personas más virtuosas y timoratas suele asaltarlas con las más estrafalarias tentaciones, no precisamente para hacerlas caer en ellas, lo cual rara vez acaece por lo mismo que son tan contrarias á la inclinación natural, sino para perturbarles la paz del alma, viendo las tales personas que por ellas pasan cosas tan feas y abominables, con lo cual frecuentemente logra impedirles adelantar en el camino de la perfección, y aun algunas veces el que vuelvan atrás del todo dejando los ejercicios espirituales. Por lo dicho puede entenderse que semejantes cosas más las padecen que las hacen, ó, mejor aún, no tanto son disposiciones de su propio natural cuanto efectos del enemigo que obra en ellas para espantarlas y atemorizarlas.

Pero dejemos ya al niño de Sallent que duerma tranquilo sobre esos dos laureles conseguidos en su infancia; en el siguiente capítulo le despertaremos para admirar en él un nuevo período de su vida mucho más peligroso que el que acaba de pasar.

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

CAPÍTULO II

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Reanuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja.

1. Al entrar Antonio en el período de la adolescencia comenzó, como dijimos, el estudio del latín con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, á que se sentía llamado. Estaba ya muy adelantado en el idioma del Lacio merced á la precocidad de su talento y á su grande aplicación, cuando la muerte le arrebató impensadamente á su virtuoso profesor, D. Juan Riera. Impedido el padre del muchacho de darle otro maestro y no juzgando conveniente enviarlo fuera de casa para que aprendiera algún arte más acomodado á su inclinación y talento, resolvió conservarlo junto á sí para que le ayudara en el desempeño de su oficio. Fué ésta, sin duda, una prueba muy sensible para el corazón del virtuoso joven, que ardiendo ya en aquella edad en el celo de la gloria del Señor anhelaba con todas sus fuerzas llegar á ser digno ministro suyo para ejercitarse en el ministerio de la salvación de las almas. Afligido interiormente más de lo que se puede imaginar, á nadie, no obstante, descubrió su pena si no es á Jesús sacramentado. De los hombres nada podía esperar, y hubieran sido inútiles las representaciones hechas á su padre, porque las facultades de éste no le permitían enviar á su hijo al Seminario ó á algún colegio, y el único resultado de ellas hubiera sido disgustarle sin provecho. Convencido de esto el pobre niño, buscó consuelo y remedio en aquel que todo lo puede, y cuya bondad es tanta que invita amorosamente á todos los afligidos á que acudan á Él con es-

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recer con más humildad y cariño que de costumbre. Habiendo después manifestado á su director espiritual la tentación y el modo con que la había vencido, éste le preguntó quién se lo había enseñado, á lo cual respondió Antonio: "Nadie. „ "Ade- „ lante, hijo mío,—le dijo entonces el confesor. —Dios es quien „ te guía; corresponde á su gracia.„ Consejo importante que tuvo presente el Siervo de Dios, sin que jamás se borrase de su memoria (1).„

Por ventura parecerá extraño á muchas personas que en aquella edad fuese asaltado Antoñito de tan raras tentaciones, y que tan contrarias parecen á la natural inclinación de cualquier católico, porque como hombres ningún objeto nos suele ser más caro que la madre que nos dió la vida y en cuyo regazo nuestro corazón se abrió al amor, y como católicos nada nos es tan dulce y simpático como el amor á la Reina de los cielos, cuyo nombre aprendimos á balbucir desde la cuna, y que intervino siempre como una amable sonrisa en nuestros sueños infantiles. Pero ello fué así, y no lo extrañará el que tenga alguna experiencia en la dirección de las almas; porque el demonio muchas veces, á las personas más virtuosas y timoratas suele asaltarlas con las más estrafalarias tentaciones, no precisamente para hacerlas caer en ellas, lo cual rara vez acaece por lo mismo que son tan contrarias á la inclinación natural, sino para perturbarles la paz del alma, viendo las tales personas que por ellas pasan cosas tan feas y abominables, con lo cual frecuentemente logra impedirles adelantar en el camino de la perfección, y aun algunas veces el que vuelvan atrás del todo dejando los ejercicios espirituales. Por lo dicho puede entenderse que semejantes cosas más las padecen que las hacen, ó, mejor aún, no tanto son disposiciones de su propio natural cuanto efectos del enemigo que obra en ellas para espantarlas y atemorizarlas.

Pero dejemos ya al niño de Sallent que duerma tranquilo sobre esos dos laureles conseguidos en su infancia; en el siguiente capítulo le despertaremos para admirar en él un nuevo período de su vida mucho más peligroso que el que acaba de pasar.

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

CAPÍTULO II

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Reanuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja.

1. Al entrar Antonio en el período de la adolescencia comenzó, como dijimos, el estudio del latín con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, á que se sentía llamado. Estaba ya muy adelantado en el idioma del Lacio merced á la precocidad de su talento y á su grande aplicación, cuando la muerte le arrebató impensadamente á su virtuoso profesor, D. Juan Riera. Impedido el padre del muchacho de darle otro maestro y no juzgando conveniente enviarlo fuera de casa para que aprendiera algún arte más acomodado á su inclinación y talento, resolvió conservarlo junto á sí para que le ayudara en el desempeño de su oficio. Fué ésta, sin duda, una prueba muy sensible para el corazón del virtuoso joven, que ardiendo ya en aquella edad en el celo de la gloria del Señor anhelaba con todas sus fuerzas llegar á ser digno ministro suyo para ejercitarse en el ministerio de la salvación de las almas. Afligido interiormente más de lo que se puede imaginar, á nadie, no obstante, descubrió su pena si no es á Jesús sacramentado. De los hombres nada podía esperar, y hubieran sido inútiles las representaciones hechas á su padre, porque las facultades de éste no le permitían enviar á su hijo al Seminario ó á algún colegio, y el único resultado de ellas hubiera sido disgustarle sin provecho. Convencido de esto el pobre niño, buscó consuelo y remedio en aquel que todo lo puede, y cuya bondad es tanta que invita amorosamente á todos los afligidos á que acudan á Él con es-

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas tiernas palabras: "Venid á mí todos los que padecéis y estáis apesadumbrados, y yo os aliviaré (1)."

Alentado Antonio con tan tierna invitación acudía á postrarse á los pies del altar santo, y así los días festivos después de las funciones parroquiales, cuando el sol se había ya escondido bajo el horizonte, y la campana de la torre había dado la señal del toque de oraciones, y la iglesia estaba ya casi desierta, el tierno adolescente volvía á ella para conversar familiarmente con su Dios, su Amigo y su verdadero Padre, y allí, solito, se entretenía en amorosos coloquios con Jesús...; pero ¡con qué fe, con qué confianza, con qué amor!... Ofrecíase mil veces á su santo servicio, decíale que deseaba ser sacerdote para consagrarse día y noche al sagrado ministerio; y el sentimiento que le causó no poder continuar sus estudios para conseguirlo, bien claramente lo dió á entender en sus notas biográficas. "¡Dios mío!,—exclamaba—hablando humanamente, no tengo esperanza alguna; pero Vos, Señor, sois tan poderoso que, si queréis, todo os es posible (2)." Dejábase entonces en sus divinas manos, esperando que Dios á su tiempo quitaría todos los obstáculos, como así acaeció, según después veremos.

2. Por de pronto, se resignó á seguir el ejemplo de Cristo cuando ayudaba á trabajar en el taller al glorioso San José; y como el niño de Nazareth estaba sujeto en las cosas de su oficio á aquel venerable anciano, así el niño de Sallent se sometió gustoso á su venerando padre en el empleo que le dió en su fábrica de hilados. Puesto bajo la dirección de un mozo más adelantado é instruído en el oficio, se le confió, juntamente con éste, el dar la última mano á los trabajos de los demás dependientes. Sin duda el Señor, en estos desgraciados tiempos en que hombres egoistas é impíos, después de haber oprimido al pobre obrero regateándole el mezquino salario ganado con el sudor de su rostro, intentan arrancar de su pecho la religión, único consuelo que le queda en medio de sus desgracias, y lanzarlo por los escabrosos senderos del socialismo para servir de pedestal al orgullo de malvados ambiciosos, quiso presentarnos al joven Claret como dechado de la clase obrera antes de levantarlo al sublime ministerio sacerdotal.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.
(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

Fué en primer lugar muy admirable la prudente conducta que observó con sus dependientes. Como suele acaecer en semejantes ocasiones, éstos, unos por ignorancia, otros por descuido, presentaban á menudo las piezas mal tejidas. El compañero de Antonio, que no había, sin duda, recibido del cielo el don de ganar los corazones, los reprendía con enfado y aspereza. Herido el amor propio de los pobres obreros, turbábanse al oir tales reprensiones, y con la inquietud y turbación no atinaban en conocer particularmente los defectos que debían enmendar, y así por maravilla salía mejorada la siguiente pieza. Mas el joven Claret, favorecido de Dios con la especial gracia de la discreción y con suavísima dulzura de carácter, obraba de muy distinta manera; porque primeramente cogía el tejido, observaba lo que había en él de bueno, y luego lo alababa diciendo: "Esto está bien hecho." En seguida pasaba á los defectos, y los avisaba con mucha sal y gracia de este ú otro modo parecido: "Únicamente tiene este defecto, enmendado el cual, el trabajo de Ud. será una obra perfecta y acabada."

Con tan discreto modo de tratar á los obreros salían éstos muy contentos y animados á perfeccionar la obra, evitando los más ligeros defectillos.

Este prudente modo de portarse le era tan natural, que ni él mismo lo echaba de ver, aunque más tarde el Señor le mostró claramente que aquello era don y beneficio suyo, al cual correspondió el Siervo de Dios muy agradecido. Como era tan reflexivo y de todo tomaba pie para su discurso, por los buenos resultados que le dió semejante modo de obrar conoció la eficacia de la suavidad para ganar los corazones de los hombres é inducirlos á lo que de ellos se pretende, y los males que por lo común suele acarrear el tratarlos con tono grave y severo, según él lo vió en su infortunado compañero. Bien conocida es la sentencia de San Francisco de Sales. Solía decir este amable Doctor que más moscas se cazan con una gota de miel que con cien barriles de vinagre; dando á entender que á los hombres se les gana más para Dios con la dulzura que con la aspereza y autoridad.

Como se lee de San Bernardino de Sena y de otros santos, Antonio, con su extraordinaria modestia y con el brillo de su pureza, aunque era de baja estatura, á todos infundía respeto, y su presencia servía de freno á los jóvenes más disolutos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su edad. Hallándose cierto día en una reunión de esta clase de jóvenes, contra su habitual costumbre, que era huir de tales juntas por el perverso lenguaje que en ellas suele usarse, díjole uno de los más avanzados en edad: "Apártate, Antonio, que queremos hablar de cosas maias.„ "Gracias por el aviso„, —respondió el Siervo de Dios (1); y sin añadir palabra fuése al instante con firme resolución de no juntarse más con ellos, pues sabía muy bien que los vicios de los malos compañeros son mal contagioso que tarde ó temprano se pega á los buenos.

3. Viendo los padres de Antonio su gran capacidad para la fabricación, luego que cesó la guerra civil determinaron enviarle á Barcelona, centro de la industria catalana y aun de la española, para que se perfeccionase en este ramo teniendo á la vista las máquinas y los modelos traídos de países extranjeros, y terminase los estudios de su arte en la misma capital del Principado. Y, en efecto, comenzado ya el año 1825, y cuando había ya entrado en el décimoséptimo de su edad, partió para establecerse en la ciudad de los Condes acompañado de su hermano Juan. La aptitud excepcional que tenía el virtuoso joven para el arte de la fabricación, la inclinación natural que á ella sentía y el deseo de contentar á su padre, hiciéronle dejar gustoso su lugar natal, aunque tenía en él lazos bastante fuertes que le atraían.

Malamente parecía encaminar la divina Providencia los sucesos para que al joven Claret se le abriese la puerta del santuario, lo cual con tantas veras había deseado y deseaba aún, aunque más remisamente, en vista de las dificultades que se le ofrecían para poder realizarlo. Barcelona en aquel tiempo, aunque no tan corrompida como al presente, ocultaba en su seno escollos peligrosísimos á la virtud, no sólo en materia de costumbres, lo cual ha sido más ó menos común en todos tiempos en las grandes capitales, sino también en lo tocante á las ideas religiosas á causa de los errores liberales que allí habían importado los franceses é ingleses por medio de sus relaciones comerciales y con la guerra de la Independencia, en la que los primeros, aunque enemigos, hallaron en nuestra patria algunos secuaces de sus ideas revolucionarias, aun entre los que no pasaban por afrancesados, y los segundos, so pretexto de favorecer la reconquista de nuestra patria, iban sembrando ladinamente sus errores y formando bajo mano algunas logias.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

Estos peligros eran mucho mayores entre la clase obrera, así porque era la más necesitada y la menos instruída en religión, como por las funestas artimañas con que políticos ambiciosos halagaban las pasiones de ellos con torcidas intenciones. Así por todos lados parecía que al joven Claret se le cerraba la entrada al sacerdocio y se le abrían las puertas del mundo moderno, poniendo ante sus ojos las maravillosas máquinas inventadas para desarrollar la industria. Pero aunque á los ojos de los hombres era éste un camino muy tortuoso para llegar á los fines á que le tenía destinado la divina Providencia, no era así á los de Dios, cuya sabiduría infinita dispone las cosas casi siempre por modo oculto é inextricable al entendimiento humano, para lo cual suele combinar infinidad de causas que á nuestros cortos alcances parecen obrar al acaso, por más que en realidad obedecen á las trazas y designios del Señor. Sigamos, pues, tranquilos al joven expedicionario, y veamos de qué modo le sacó Dios de todos los peligros en la ciudad condal.

Establecido en una fábrica de la capital, se aplicó con ardor al trabajo; y tanta prisa se daba en él, que en el tiempo que los otros de su misma edad y condición hacían una pieza, él hacía pieza y media; con lo cual ganaba el vestido y alimento y lo necesario para la compra de libros sin ser gravoso á sus padres. Mas atendiendo al fin principal para que éstos le habían enviado á Barcelona, cuidaba á la vez de cultivar el entendimiento instruyéndose en las cosas tocantes á su oficio, para lo cual emprendió el estudio del dibujo, matriculándose en las clases que en la *Lonja* sostenía la Junta de Comercio, y se aventajó tanto en él que en los exámenes públicos mereció los primeros premios. También se dedicó al estudio de la lengua francesa, la que llegó á hablar con bastante regularidad y soltura. Pocos jóvenes se habrán visto que supieran como él aprovechar el tiempo; porque, aun estando en la posada, después de haber tomado con templanza la comida del medio día se retiraba á su cuarto para dedicarse á la oración y al estudio.

"Dotado Antonio de grande aptitud para la fabricación,

amante de la instrucción y del trabajo, lleno de salud y robustez, trabajando en una casa donde anualmente se proveían de muestras de los géneros fabricados en Londres y París, no es maravilla fuesen superiores sus progresos en el arte que ejercía. Bastábale analizar cualquiera de las muestras de tela para entender luego el modo de arreglar el telar con el conveniente aparato á fin de que diese un resultado igual al del género extranjero, y si el dueño quería, lo sacaba aún mejor. Algo le costaba á los principios; pero aplicándose á ello día y noche y todos los días, inclusos los festivos, en las cosas que están en ellos permitidas, como son el estudio, la escritura y el dibujo, salía al fin con su intento y aprovechaba no poco á los demás obreros, los cuales, al ver su grande habilidad y el orden y finura con que trabajaba, acudían á él para el arreglo de sus telares y aparatos, y era muy admirable el cariño con que nuestro joven los trataba, contándoles algún hecho curioso é interesante que les sirviera á la vez de edificación (1). „

Cuando acertaba á descomponer la muestra y á volverla á componer, sentía un gozo indecible, é iba de una á otra parte de la casa loco de contento (2). Esto último lo aprendió por sí mismo sin necesidad de maestro, puesto que el mayordomo bajo cuya inmediata dirección se hallaba no le igualaba, ni con mucho, en habilidad y destreza.

Preguntó un día nuestro joven á su capataz cómo había de hacerse una muestra que traía en las manos. El mayordomo sacó un lápiz, y le marcó con él el modo de componer el telar. Parecióle á Antonio que el buen hombre se equivocaba, mas calló por entonces, y llevándose la muestra y el diseño, á los pocos días le presentó un dibujo diferente del trazado por el mayordomo, conforme al cual se podía construir el aparato propio para tejer aquella muestra. Vistos por éste y oídas las explicaciones de Antonio, se admiró en gran manera; cobróle desde luego grande afecto, y quiso tenerle en adelante por su fiel y constante compañero. Mucho aprovechó á nuestro joven el trato con el mayordomo, porque era este señor un hombre muy piadoso é instruído en lo tocante á la Religión y modelo de un buen padre de familias (3). En casa de él pasaba Antonio

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.
(2) Manuscritos del Siervo de Dios.
(3) Manuscritos del Siervo de Dios.

todos los días festivos, con lo cual evitó las malas compañías que á tantos jóvenes corrompen.

No tardó el joven Claret en ser colocado en el mismo cargo de mayordomo ó capataz de cuadra, tanto por su ingenio é instrucción, como por su ejemplarísima conducta. Estando ya en este puesto más elevado y corriendo por Barcelona la fama de sus habilidades, algunos fabricantes llamaron al padre de Antonio y le propusieron hacer compañía y poner una fábrica á su cargo. Como esta idea favorecía muchísimo el desarrollo de la fábrica que éste tenía en Sallent, le halagó sobremanera y la comunicó á su hijo, haciéndole ver las ventajas que de tal convenio resultarían á la familia y las ganancias que harían en este negocio. Pero ¡cuán maravillosa fué aquí la providencia del Señor! Era casi seguro que si nuestro joven hubiera aceptado semejante proposición, engolfado en los negocios del mundo, nunca más hubiera emprendido la carrera eclesiástica, ni realizado las grandes obras que para gloria de Dios llevó á cabo. Aunque era tan aficionado á la fabricación, en la que tantos adelantos había hecho, y no se le podía proponer cosa que fuese más conforme á su inclinación y gusto, no acabó de resolverse á aceptar y seguir los intentos de su padre porque el Señor, sin saber cómo, le iluminó con celestial luz que le hizo ver cierta cosa indecorosa en fijarse en el negocio y exponer los intereses de su padre. Aunque no se atrevió á darle una negativa absoluta por no disgustarle, le dijo que lo aplazara para otra ocasión, pues le parecía que aún no era aquél tiempo oportuno, así porque él era muy joven, como porque, siendo de pequeña estatura, no se le sujetarían los obreros. Y como su padre replicase que esto no hacía al caso, puesto que se pondría otro al frente de ellos, conservando él tan sólo la parte directiva, no pudo acabar de convencerle, y por toda respuesta á sus razones, Antonio se despidió diciendo que lo pensaría más despacio y que por entonces no se sentía inclinado á ello. Esta fué la primera vez que se opuso á las trazas de su padre, y no fué ciertamente sin especial inspiración de Dios, que, como él después decía, le quería sacerdote y no fabricante (1).

" Testimonio de su gran delicadeza de conciencia, — dice el

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

autor de las piadosas Memorias, — fué un hecho que nos refirió el P. Pablo Coma, celoso sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri en Barcelona. Viendo un día el Sr. Claret la mucha gente que frecuentaba la iglesia de aquellos Padres, y el largo tiempo que empleaban en los ejercicios de piedad y el recogimiento con que en ellos estaban, como hoy día todavía se observa, asaltóle el temor de que él acaso no cumplía con el precepto de santificar las fiestas contentándose con una sola Misa. Entró, pues, en la sacristía, y encontrándose con un célebre lego, llamado el Hermano March, le preguntó por algún Padre con quien quería consultar un caso de conciencia. Pasaba entonces casualmente por allí el P. Amigó, y dijo el Hermano al joven desconocido: "Ahí tiene Ud. uno." Retiróse éste con el Padre, y comenzó á explicarse de este modo: "Reverendo Padre, soy un joven que en los días de trabajo estoy ocupadísimo, y los festivos, para aprovecharme más, después de oir la santa Misa, los paso dibujando y resolviendo problemas. ¿Cree usted que cumplo? — Sí, hijo mío, — respondió el P. Amigó. — Atendido todo, usted cumple y emplea bien el tiempo (1)."

Brillante porvenir esperaba al industrioso joven Claret á la edad de quince á dieciséis años. Querido de su padre, que ponía en él todas las esperanzas de la familia; amado y respetado de los dependientes de la fábrica por el cariño con que los trataba y por la caridad con que los ayudaba en sus tareas; estimado del dueño de ella; solicitado á causa de su habilidad y talento por muchos fabricantes para hacer compañía con ellos, y dotado de la singular cualidad de ganarse los corazones de cuantos trataba, podía fundadamente aspirar á una posición más que modesta en la industriosa ciudad de los Condes; pero no le deslumbraron los bienes terrenos. Si trabajaba con tanta actividad y diligencia, era más por contentar á su padre y aliviarle la pesada carga de su familia que por la esperanza del lucro. La idea que más hondamente tenía grabada en su corazón era la de agradar á Dios y servirle en el santo sacerdocio, aunque, como vamos á ver, estuvo en él como dormida en algunas semanas á causa de la muchedumbre de sus ocupaciones.

4. No reprueba Dios una moderada y prudente diligencia

(1) Relación del P. Pablo Coma

en lo necesario á la vida y al buen desempeño de nuestros propios deberes. Bien sabidos son los singulares elogios que del negociante activo, del criado vigilante y del cuidadoso padre de familias hace el mismo Jesucristo. Lo que condena únicamente es el extremado afán en proveernos de estas cosas, como si no hubiésemos de contar con su divina Providencia. "No os acongojéis, — dice, — por el cuidado de hallar qué comer ó vestidos con que cubrir vuestro cuerpo (1)." Porque semejantes congojas hacen al espíritu pesado é inepto para atender al bien del alma. "Mirad por vosotros, — dice el Señor, — no sea que se carguen vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez y con los afanes de esta vida (2)." No cayó Antonio ciertamente en los excesos de comer y beber, mas sí en los desmedidos deseos de ser un hombre consumado en su arte: por donde le entró la distracción en las cosas espirituales y la frialdad en los ejercicios piadosos. Era buen cristiano, pero ya no se levantaba como águila con rápido vuelo á lo alto de la perfección con aquellos actos de amor de Dios con que antes solía. Pero ningún testigo mejor que él puede decirnos lo que pasó por sus adentros. "Cumplióse en mí en aquel tiempo, — escribe, — lo que dice el Evangelio, á saber: que las espinas habían sofocado el buen trigo. El continuo pensamiento de máquinas y telares, de composiciones y descomposiciones, me tenían tan absorto que no acertaba á pensar en otra cosa. ¡Oh Dios mío! ¡Qué paciencia tan grande tuvisteis Vos conmigo! ¡Oh Virgen santísima, aun de Vos á veces me olvidaba! Así, pues, durante los tres primeros años que estuve en Barcelona perdí poquito á poco mi fervor. Verdad es que recibía los sacramentos de Penitencia y Eucaristía algunas veces entre año; que oía Misa todos los días de precepto; que rezaba cada día el santo Rosario y otras oraciones, pero no eran tantas ni tan fervorosas como aquellas de Sallent. Todo mi objeto y mi afán era la fabricación: por más que lo diga, no lo encareceré bastante: mi afición á ella era un delirio (3)."

A esto se reducían sus faltas, y ésta fué la única causa de haber dejado ciertas devociones y de no hacer las otras con

(1) Matth., VI, 15.
(2) Luc., XXI, 34.
(3) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la atención y fervor acostumbrados; en todo lo demás su conducta fué irreprensible, y ni aun sabríamos que en aquel brevísimo espacio de tiempo hubiese aflojado algo en sus ejercicios devotos si él no lo hubiese consignado en sus escritos. En efecto, aun cuando, según él, estaba más dominado de la tibieza, no se le vió entrar en casinos ni en cafés, escollo de la juventud moderna, ni en ninguna de las casas adonde solían concurrir los jóvenes de su clase, atraídos del afán de divertirse y de solazarse en el juego. Aunque no era amante de la singularidad y de llamar la atención en ninguna cosa, por lo cual en su porte exterior se acomodaba á sus compañeros en todo lo que buenamente podía, en tratándose de diversiones que le robaran el tiempo, que él aprovechaba escrupulosamente para adelantar en el arte de la fabricación, no había medio cómo hacerle condescender á lo que sus compañeros pretendían. Acaeció una vez que sus amigos le invitaron con mucho empeño á tomar parte en una merienda. Antonio, por no disgustarles con una franca negativa, dejó la respuesta en el aire y no dijo ni que sí ni que no. Ya aquéllos con esto se gloriaban entre sí de haber salido al fin con su pretensión; pero llegado el día prefijado, *estuvo ocupado* y excusó la asistencia. Finalmente, tan ejemplar debió ser la conducta del Sr. Claret aun en tiempo de su tibieza, mayormente si se la compara con la de sus compañeros, que ya entonces, según testigos fidedignos, llamábanle éstos el *Santo*.

5. Con todo, él no estaba satisfecho de sí mismo viéndose con tanta frialdad y con tantas distracciones en los actos piadosos, por lo que hizo lo posible para estar más atento con el auxilio de la gracia, y no fué en vano, porque Dios premió sus esfuerzos iluminándole el entendimiento y moviéndole el corazón para desprenderle totalmente de lo que ocasionaba su tibieza y retardaba los designios del Señor. Para esto se valió su amorosa Providencia de algunos desengaños que acabaron de hacerle ver la vanidad de las cosas terrenas, y de algunos graves peligros en que se vió su alma, y que le hicieron volver en su acuerdo para llegarse más á Dios y estar muy lejos de ofenderle.

El primer lance en que estuvo á punto de perder la vida, y que empezó á abrirle los ojos, lo refiere él mismo de este modo: "Trabajando mucho en los veranos se me resentía la

salud, llegando á perder del todo el apetito; y como hallaba cierto alivio con lavarme los pies en el agua del mar y beber de ella algunos sorbos, fuí un día con este objeto á la *mar vieja*, detrás de la *Barceloneta*. En el acto de lavarme los pies levantóse de repente un temporal, y he aquí que una oleada, y tras de aquella otra, me cubrieron de improviso y se me llevaron muy dentro del mar, causándome admiración el ver que flotaba yo sobre las aguas. Como no sabía nadar, estaba á punto de ahogarme; entonces me ocurrió la idea de invocar á María Santísima; hícelo del mejor modo que supe, y sin saber cómo me hallé al instante en la playa, sin haber entrado una sola gota de agua en mi boca. Mientras permanecí envuelto en las olas, estuve con la mayor serenidad; pero viéndome después en la orilla, me asusté al pensar en el peligro inminente de la muerte, de que la Virgen Santísima me había libertado (1)."

El pensamiento de la muerte, á que tan expuesto había estado, luego que libre del peligro por un milagro de la Virgen pudo con sosiego desde la ribera entregarse á la consideración de lo que acababa de pasarle, le hirió vivamente, y extendiendo la vista sobre las encrespadas olas que le habían envuelto, echó de ver la gravedad de aquel lance y comenzó á pensar seriamente qué habría sido de él si la muerte le hubiera sorprendido en aquel estado, para el cual creía él no hallarse bien dispuesto. No sabía cómo agradecer á la Madre de Dios el singular beneficio que le acababa de dispensar librándole de una muerte segura, y después de darle en su corazón las más afectuosas gracias corrió á casa con la admiración y el contento que no es posible describir, pero que fácilmente se adivina. Según cuentan los que en aquella ocasión le acompañaron, luego que le perdieron de vista entre las olas, aterrorizados y llenos de consternación se volvieron á la casa de huéspedes en que vivían; pero ¡cuál no fué su asombro cuando, casi al mismo tiempo que ellos, vieron llegar al que creían ya ahogado, sin que ni en la ropa ni en el cuerpo se le conociera señal alguna de la pasada desgracia! Ellos lo tuvieron por cosa milagrosa, y en verdad, atendidas todas las circunstancias del hecho, no parece que pueda explicarse naturalmente.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque fué muy grave el caso anterior, y de él salió Antonio muy avisado y mejorado, y con deseos de servir al Señor con mayor fidelidad, fué sin comparación más grave el peligro que ahora vamos á referir, porque tocaba, no ya en la vida del cuerpo, sino en la misma vida del alma, tanto más apreciable que aquélla cuanto excede la vida inmortal y bienaventurada á la corruptible y llena de trabajos y miserias. Era muy grande el aprecio que nuestro joven hacía de la virtud angelical de la pureza. Nada podía amargar más su alma que el peligro de ajar esta hermosa flor, tan despreciada del mundo y tan suave á los ángeles y apreciada del Criador de ellos. El caso, como lo cuenta el Siervo de Dios, pasó de esta manera: "Libróme, —dice, —la Madre de Dios de otro peligro perteneciente al alma, por el estilo que leemos del casto José. Tenía yo en la ciudad de Barcelona un compatricio, á quien á veces visitaba. Veíanme los habitantes de la casa al entrar y al salir de su habitación, pero yo no me detenía á hablar con ellos, pues mi compañero me conducía luego á su cuarto y allí teníamos nuestras conversaciones. Siendo yo entonces jovencito y ganando algo con mis sudores, me gustaba vestir, no diré con lujo, pero sí con cierto esmero, tal vez demasiado, y Dios sabe si tendré que darle cuenta de esto en el día del juicio. Habiéndome presentado allí una vez, pregunté por mi amigo; y la señora de la casa, que era joven, me respondió que le aguardase, que iba á llegar pronto. Mientras le aguardaba conocí que aquella mujer me tendía un lazo, y habiendo invocado á María Santísima, me escapé de su vista saliendo precipitadamente de la casa para no volver jamás á ella (1). „

Siendo Antonio tan cuidadoso y vigilante en evitar las ocasiones de ofender á Dios, á buen seguro que, si hubiera previsto el riesgo que corrió en la casa de su amigo, se hubiera guardado de ir á ella; pero no lo previó ni estuvo en su mano el preverlo. Sin embargo, resuelto habitualmente á no pecar, y acostumbrado, á pesar de su tibieza, á invocar en todos los peligros la protección de María, tuvo la buena suerte de hacer en esta ocasión lo que para esta especie de tentaciones aconsejan los Santos Padres de común acuerdo, fundados en aquellas palabras de la Escritura, que "quien ama el peligro

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

perecerá en él„. Lo cual dicta la misma prudencia natural, porque quien se detiene pudiendo huir da claras muestras de que lo ama, y cuando no de presumido; y así, desamparado por su temeridad de la gracia del Señor, caerá miserablemente sin que le valga su pasada santidad, sabiduría y fortaleza, como se vió en el santo David, en el sabio Salomón y en Sansón el fuerte, que por no huir de la ocasión vinieron á dar caída muy espantosa.

Con tales desengaños quiso Dios que despertase y viese los lazos que se hallan en el mundo; pero aunque los pasados le hicieron más cuidadoso, fueron menester dos más para arrancarle del todo de las cosas de la tierra y enderezarlo de una vez para siempre en el camino de la perfección, sin que jamás retrocediera ni tornara á mirar atrás. Nadie mejor que él podrá referírnoslos. "Un joven poco más ó menos de mi edad, — escribe el Sr. Claret, — me invitó á que con él hiciese compañía de intereses, á lo que tuve la desgracia de acceder. Comenzamos á emplearlos en la lotería, siéndonos la suerte bastante favorable. Como yo estaba ocupado en mis cosas, apenas tenía lugar de pensar en el asunto. Tomaba mi compañero los billetes y me los entregaba, y conservándolos yo hasta el día del sorteo, se los devolvía para que mirase si eran premiados; y como tomábamos muchos billetes, cada vez sacábamos algo, y á veces cantidades de mucha consideración. Poníamos aparte lo necesario para emplearlo en otros billetes, y lo restante se depositaba en el comercio, recibiendo un seis por ciento, con los recibos correspondientes, de cada suma que entregábamos, de los cuales recibos era yo el depositario, única cosa que hacía, corriendo por cuenta del compañero todas las otras diligencias. Eran ya muchos los recibos y la suma de las cantidades considerable, cuando he aquí que un día se me presenta diciéndome que uno de los billetes había sido premiado con *veinticuatro mil duros,* pero que cuando iba á cobrar lo había perdido. Decía la verdad; lo había perdido en el juego; empero no era esto lo más grave. Estando yo fuera de casa se introdujo en mi cuarto, quitó el cerrojo de mi cofre, se llevó todos los recibos de la compañía, todo el dinero de mi particular peculio, mis libros y mis ropas, y lo entregó todo en prendas de cierta cantidad que le prestaron; con ella se fué al juego y la perdió. Deseoso de un desquite, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no teniendo más con qué jugar, se llevó las joyas de la señora de una casa en que tenía entrada; vendiólas, y con el precio se fué otra vez al juego, y todo lo perdió, quedando sin dinero y sin honra. Entretanto, viendo la señora que le faltaban las joyas y sospechando que se las había robado aquel Fulano, lo delató á la autoridad. Cogieron al ladrón, el cual confesó el delito: le formaron causa y fué condenado á dos años de presidio. No puedo explicar el golpe que me dió este suceso, no por la pérdida de los intereses, aunque cuantiosos, sino por la de mi honradez y buena fama. Decía yo en mis adentros: — ¿Qué dirá la gente? ¿Creerá que he sido cómplice de sus juegos y hurtos?... ¡Un compañero en la cárcel!... ¡Un compañero en el presidio!... Estuve tan corrido y avergonzado que no me atrevía á salir á la calle, figurándome que todos los conocidos me habían de mirar y hablar de aquel asunto (1). „

A esta narración añade el P. Clotet en sus Memorias: "Refiriéndonos él mismo, siendo ya Misionero, la profunda pena que le produjo el extravío y el castigo ciertamente merecido de aquel compañero suyo, lo decía con tono tan enérgico que daba bien á entender que, después de tantos años, no se había borrado de su mente la triste impresión de aquel suceso, y no obstante, como su reputación era tan buena, nadie sospechó ni pudo sospechar que fuese cómplice de los desórdenes de aquel desdichado joven (2). „

Por lo dicho se verá cuán perjudiciales son las malas compañías, pues si por un milagro de la gracia no llegan á pegar la lepra de sus vicios á los que á ellas se acercan, tiznan por lo menos su honra y empañan la preciosa joya del buen nombre.

Todos estos peligrosos lances le sirvieron de estímulo para servir con más fervor al Señor; pero lo que definitivamente le obligó á dar de mano á todas las cosas del mundo y entregarse enteramente á Dios sin reserva alguna, fué el hecho siguiente, narrado por él mismo en estos términos: "¿Quién lo había de decir? El mismo extremado apego que tenía yo á las cosas de mi oficio, fué precisamente el medio de que se valió Dios para desprenderme de él. En los últimos días del tercer año

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.
(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

de estar yo en Barcelona, al asistir á la santa Misa, tenía grande trabajo en apartar los pensamientos que se agolpaban en mi mente; porque, aunque gustaba muchísimo de pensar en aquellas cosas de mi arte, no hubiera querido que me sucediera esto en la Misa y demás oraciones, sino que en aquella hora quería suspenderlo hasta otra ocasión y ocuparme sólo en lo que iba haciendo ó rezando, y así procuraba desviar aquellas especies; pero en vano, pues no podía contener mi fantasía. Sus rápidos movimientos eran como los de una rueda que, impulsada por una fuerza superior, no se detiene de un golpe. A esto se añadía que las ideas más nuevas y los mejores descubrimientos me venían cabalmente en aquella hora, sucediéndome que durante la Misa tenía yo más máquinas en la cabeza que santos había en los altares. En medio de aquel agregado de fantasmas me acordé haber leído en mi niñez aquella máxima del Evangelio que dice: *¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde el alma* (1)*?*

„El recuerdo de esta sentencia causó en mi ánimo una profunda impresión: fué una saeta que me hirió. Mudado de repente, como Saulo en el camino de Damasco, iba discurriendo qué haría, pero no acertaba; y faltándome un Ananías que me guiase en aquel nuevo estado de mi alma, dirigíme á San Felipe Neri, ó sea á la casa de los Padres del Oratorio, y dando una vuelta por los corredores vi un cuarto abierto, pedí permiso para entrar, y encontré un humilde y fervoroso lego, llamado Hermano Pablo. Referíle el objeto de mi visita y la resolución que llevaba, y habiéndome oído con mucha caridad y paciencia, me dijo humildemente: "Yo soy un pobre „lego que no puedo dar á Ud. consejos; pero le acompañaré „á un Padre muy sabio y virtuoso... „ Me condujo, en efecto, al P. Amigó, el cual, habiéndome escuchado, aprobó mi resolución de abandonar el mundo, y me aconsejó que emprendiera de nuevo el estudio del latín (2). „

6. Alentado sobremanera Antonio con las palabras y consejos de aquel virtuoso Padre, empezó luego á poner por obra su resolución, pues ya no podía dudar de que Dios no le quería fabricante, sino ministro suyo, conforme á las inclinacio-

(1) Matth., XVI, 16.
(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes que ya desde su niñez había tenido. Dió, pues, de mano á los muestrarios, utensilios, dibujos y libros de que para su arte se valía, y no pensó ya sino en los estudios con que intentaba disponerse para ser religioso. En 1817, el Sr. Cristóbal Bofill, fabricante de Vich, aún conservaba, según el ilustrísimo Sr. Aguilar, obispo de Segorbe (1), dos de los muestrarios que nuestro joven le regaló cuando dejó la fabricación para reanudar los estudios. El uno constaba de 65 hojas, con 823 muestras de telas de lanas; el otro de 12 hojas, con más de 400 muestras de telas de algodón. Por este hecho se deja entender la gracia extraordinaria que necesitó para desprenderse de lo que tanto amaba y á lo que con tanta fuerza le arrastraban sus aficiones y especiales talentos; pero en nada tropezó, porque estaba verdaderamente tocado de la mano de Dios y sentía ya en sí muy más levantadas aspiraciones.

Emprendió con ardor el estudio del latín, tomando por maestro á un sacerdote muy distinguido en Humanidades; pero habiendo éste fallecido á los dos meses y medio, siguió su estudio bajo la dirección de otro notable profesor de Gramática latina que, aunque tenía por verdadero nombre Francisco Mas y Artigas, era más comunmente conocido con el nombre de D. Francisco el Ciego (en catalán *'l cego)*, porque realmente lo era, pero no le impedía la privación de la vista el ser un excelente maestro de latín, por lo cual concurrían á su aula muchos alumnos de familias distinguidas. Bajo la dirección de tan aventajado maestro dióse el Sr. Claret tan buena maña, que en nueve meses, como atestigua el presbítero D. Ignacio Alemany, beneficiado de Vich y condiscípulo suyo en aquel tiempo, aprendió toda la Gramática latina y hablaba esta lengua con corrección y soltura. Lo cual es muy notable, por más que antes había visto parte de ella; pues á más de que hacía ya muchos años que no la había hojeado, hay que tener en cuenta las circunstancias con que estudió, que á otro cualquiera menos laborioso y de menos talento y aplicación de seguro le hubieran arredrado; porque durante estos meses de su estudio no dejó el trabajo de la fábrica, no porque dudara aún del estado que debía abrazar, sino para ganarse el vestido y la comida sin ser gravoso á sus padres. Sólo podía emplear en el

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. IV.

estudio las horas que le dejaba libres el trabajo, y que antes consagraba á perfeccionarse en el ramo de la fabricación; pero llegó á tal extremo su aplicación y afán de aprender para entrar cuanto antes en los estudios eclesiásticos y retirarse del mundo, que aun tejiendo tenía el libro delante y preparaba la lección. Su profesor D. Francisco Artigas, que aún vivía cuando mosén Claret era ya famoso predicador, aseguraba que en su clase dió siempre muestras de talento perspicaz y de laboriosidad asombrosa. Entre otras anécdotas que solía contar, decía que habiendo visto el joven Antonio en las ferias llamadas Encants una historia compuesta de siete ú ocho cuadros, los pidió al dueño para copiarlos, y al otro día se los devolvió, sacado el dibujo de todos ellos. Decía Artigas que al llegar Claret por la mañana á su casa con los cuadros, arregló el velón de noche y se encerró en su cuarto, del que no volvió á salir hasta el día siguiente, después de haber trabajado toda la noche y el día anterior (1).

7. Después que el Señor, por su infinita misericordia, le había tocado el corazón de aquella manera extraordinaria que se ha dicho, haciéndole así entrar de nuevo en el camino que derechamente debía guiarle á la ejecución de las trazas que sobre él tenía su divina Providencia, quedó al joven Claret un deseo vago de retirarse del mundo é ir á servir á Dios en algún claustro para librarse de los peligros que hay en aquél, y de la vida agitada y bulliciosa, tan contraria al recogimiento y al trato familiar con Dios. Pero no entendía por entonces el fervoroso Antonio que el Señor no le llamaba al retiro exterior del claustro, sino al interior del alma, donde él suele comunicarse á sus escogidos como en una celda ó templo solitario amistosa y familiarmente, llamando muchas veces al alma para que, dejando de asomarse á los sentidos y potencias exteriores, se recoja en aquel santuario interno á tratar y conversar á solas con Dios.

Esta es la verdadera soledad á que Dios lleva al alma cuando quiere hablarle al corazón; que esotra exterior sin ésta de nada sirve, y antes daña que aprovecha. Verdad es que la exterior ayuda y favorece mucho á la interior, quitando los estorbos que suelen impedir el recogimiento del alma, pero al fin

(1) Aguilar, *Vida del Sr. Claret*, cap. V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puede muy bien estar la una sin la otra, y así como difícilmente alcanzará la soledad espiritual el que es también llamado de Dios á la corporal de los objetos exteriores si no corresponde á este llamamiento, pues es señal que Dios quiere concederle la primera por esta segunda; así en vano intentará el que á ésta no es llamado conseguir el interior recogimiento huyendo del mundo para encerrarse en un convento, porque allí entre las paredes de la celda le perseguirían las imaginaciones de las cosas que vió; y como no es Dios quien le lleva por aquel camino, vendrá á desmayar, el encierro se le hará pesado, y al fin, con daño de su alma, tendrá que volverá lo que una vez dejó. Ni bastan siempre para conocer la vocación de Dios al retiro del claustro los deseos fervorosos que el alma tiene, aunque sean de Dios, porque suele Él á las veces comunicar estas ansias y deseos de huir del mundo, no para que los pongan luego por obra, sino para que les sirvan de estímulo ó acicate para adelantar en la virtud y no tropezar con los peligros del mundo; pues cuando las almas hastiadas de él andan con estos deseos, difícilmente se les pegan sus aficiones y vanidades.

Estos deseos suelen acometer principalmente á los que de nuevo comienzan á servir al Señor, que como vienen del mundo chorreando sangre, como dicen, y ven al ojo el daño que les ha causado y los peligros que en él corren, siéntense inclinados á dejarle y huir adonde no lleguen sus asechanzas. Cuando el Señor los da para que se pongan por obra, suelen ser perseverantes, si por parte de los llamados no queda, hasta quedar allanadas todas las dificultades y llevarlos felizmente á cabo. Mas de esto, con la ayuda del Señor, trataremos más adelante; ahora baste decir que los deseos de entrar en Religión, que por este tiempo comunicó Dios al Sr. Claret, eran para hacerle adelantar en la perfección, alejándole más y más de los gustos y vanidades del mundo, y no para que los llevara á cabo y se retirara realmente del trato y conversación con los hombres. Y como los primeros fervores de la vida nueva suelen estimular al alma al mayor apartamiento del mundo y á los rigores de la penitencia, discurriendo el joven Claret á qué Religión entraría, se inclinó á la Cartuja, por ser esta Religión de tanta aspereza y soledad como todos saben. Para poner en práctica este proyecto necesitaba del consentimiento

de su padre, por lo que se decidió á pedirlo, y el modo como lo alcanzó, según él nos lo cuenta, fué como sigue: "Fastidiado del mundo, —escribe, —determiné dejarlo, haciéndome religioso de la Cartuja, fin y objeto de todos mis estudios. Mas antes de ponerlo por obra creí que para mí era un deber el comunicarlo á mi padre, lo que hice en la primera ocasión que se me ofreció cuando fué á Barcelona, adonde solía ir muchas veces por motivo de comercio. Grande fué su aflicción cuando le dije mi intento: me hizo ver las lisonjeras esperanzas que tenía en mí fundadas, y el grande negocio que él y yo podríamos hacer en la fabricación. Subió de punto su pena al decirle yo que quería ser cartujo; pero como era tan buen cristiano, no tardó en resignarse. —Yo no quiero oponerme, —dijo, —á tu vocación. Dios me libre. Piénsalo bien; encomiéndalo á Dios y consúltalo con tu director espiritual. Si él te dijere que ésta es la voluntad de Dios, síguela en hora buena; yo la respeto y la adoro, aunque lo sienta. Sin embargo, si fuera posible, preferiría que, siendo sacerdote, permanecieses en el siglo. Con todo, hágase la voluntad de Dios (1). "

¡Resolución digna de un padre verdaderamente cristiano! Luchaban en él dos contrarios afectos, ambos poderosos y legítimos: el afecto natural de la sangre, y el deseo de cumplir la voluntad de Dios. Los dos sentimientos están admirablemente expresados en la respuesta que dió á su hijo; pero al fin venció la divina voluntad y, como otro Abraham, se dispuso á sacrificar á su hijo si así lo ordenaba el Señor. ¡Qué hermoso ejemplo para aquellos padres que se dicen cristianos, y aun por ventura frecuentan los Sacramentos, llevando una vida muy ajustada á los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y que, sin embargo, en tratándose de la vocación de sus hijos al estado sacerdotal, y más aún al religioso, parecen ser otros y, como si hubieran perdido la fe, no hay medio que no pongan ni razón que no tienten para apartarlos del estado á que Dios los llama, y no acaban de resolverse á dejarlos partir de su lado para entregarlos á Dios, cuando para entregarlos á las vanidades del mundo, no sólo no ponen estorbo á que se vayan, aunque sea á lejanas tierras, con peligro de la vida y sin esperanza de tornar á verlos, mas muchas veces ellos

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismos les dan prisa para esto, cooperando locamente, y quizá sin advertirlo, á la perdición de ellos.

Con estos pensamientos de entrar en la Cartuja redobló el joven Claret el fervor y su aplicación al estudio, tomó con nuevos bríos el cumplir fielmente sus devociones, pues, como se ha dicho, durante el corto tiempo que duró su tibieza había descuidado algunas de ellas, y así ahora, para compensar el tiempo perdido, aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de honrar al Señor y visitarle en el sagrado tabernáculo. Y no contento con esto, levantaba á el frecuentemente su corazón por medio de jaculatorias y de ardientes deseos de entregársele todo entero lejos del mundo y de todo lo que éste con tanto afán ama y codicia. Así se fué disponiendo durante los últimos meses que estuvo en Barcelona para entrar en Religión, según era su intento; pero la providencia del Señor tenía sobre él más altos designios, para los cuales, sin él entenderlo, le iba allanando el camino, como se verá por lo que se cuenta en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

CARRERA ECLESIÁSTICA Y ORDENACIÓN DEL SEÑOR CLARET (1829-1835)

1. Trasládase á Vich: método de vida que allí entabló aconsejado de su nuevo director.—2. Va á la Cartuja, y suspende luego su entrada en ella.—3. Sus estudios, su aplicación y talento.—4. Prueba de su castidad, y cómo la Virgen se le apareció, premiando su victoria.—5. Cómo se dispuso para la ordenación con el ejercicio de todas las virtudes.—6. Recibe las sagradas órdenes y celebra su primera Misa.

1. Cerca de cuatro años había pasado el Sr. Claret en la tumultuosa capital del Principado, conservando en ella su inocencia, aunque no sin algún resfriamiento del primitivo fervor, cuando más absorto se hallaba en los quehaceres de su oficio. Entrado de nuevo en el sendero de la perfección merced á los repetidos desengaños con que el Señor le hizo experimentar la vanidad del mundo, su divina Providencia, con aquella admirable suavidad con que dispone y ordena todas las cosas á sus respectivos fines, hizo que se trasladase á la religiosa y morigerada ciudad de Vich, donde instruído por hábiles maestros y celosos directores se formase mejor en las virtudes y en las ciencias, para ser luego hábil instrumento de las maravillas que por él intentaba Dios obrar.

Vivía en Sallent D. Mariano Casajuana, encargado por el señor obispo de Vich del cobro de los derechos sobre algunas propiedades y señoríos que éste tenía en Sallent. Tenía aquél mucha entrada con el Prelado por motivo de su empleo, y era además suegro del hermano mayor de nuestro estudiante. Prendado del virtuoso joven, una vez al visitar al Sr. Obispo le habló de Antonio y de sus excelentes prendas; y como el Prelado entrara en deseos de conocerle, lo comunicó á los padres de éste, los cuales recibieron con ello grande alegría, y así, sin espera ni dilación alguna, escribieron á su hijo que pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismos les dan prisa para esto, cooperando locamente, y quizá sin advertirlo, á la perdición de ellos.

Con estos pensamientos de entrar en la Cartuja redobló el joven Claret el fervor y su aplicación al estudio, tomó con nuevos bríos el cumplir fielmente sus devociones, pues, como se ha dicho, durante el corto tiempo que duró su tibieza había descuidado algunas de ellas, y así ahora, para compensar el tiempo perdido, aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de honrar al Señor y visitarle en el sagrado tabernáculo. Y no contento con esto, levantaba á el frecuentemente su corazón por medio de jaculatorias y de ardientes deseos de entregársele todo entero lejos del mundo y de todo lo que éste con tanto afán ama y codicia. Así se fué disponiendo durante los últimos meses que estuvo en Barcelona para entrar en Religión, según era su intento; pero la providencia del Señor tenía sobre él más altos designios, para los cuales, sin él entenderlo, le iba allanando el camino, como se verá por lo que se cuenta en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

CARRERA ECLESIÁSTICA Y ORDENACIÓN DEL SEÑOR CLARET (1829-1835)

1. Trasládase á Vich: método de vida que allí entabló aconsejado de su nuevo director.—2. Va á la Cartuja, y suspende luego su entrada en ella.—3. Sus estudios, su aplicación y talento.—4. Prueba de su castidad, y cómo la Virgen se le apareció, premiando su victoria.—5. Cómo se dispuso para la ordenación con el ejercicio de todas las virtudes.—6. Recibe las sagradas órdenes y celebra su primera Misa.

1. Cerca de cuatro años había pasado el Sr. Claret en la tumultuosa capital del Principado, conservando en ella su inocencia, aunque no sin algún resfriamiento del primitivo fervor, cuando más absorto se hallaba en los quehaceres de su oficio. Entrado de nuevo en el sendero de la perfección merced á los repetidos desengaños con que el Señor le hizo experimentar la vanidad del mundo, su divina Providencia, con aquella admirable suavidad con que dispone y ordena todas las cosas á sus respectivos fines, hizo que se trasladase á la religiosa y morigerada ciudad de Vich, donde instruído por hábiles maestros y celosos directores se formase mejor en las virtudes y en las ciencias, para ser luego hábil instrumento de las maravillas que por él intentaba Dios obrar.

Vivía en Sallent D. Mariano Casajuana, encargado por el señor obispo de Vich del cobro de los derechos sobre algunas propiedades y señoríos que éste tenía en Sallent. Tenía aquél mucha entrada con el Prelado por motivo de su empleo, y era además suegro del hermano mayor de nuestro estudiante. Prendado del virtuoso joven, una vez al visitar al Sr. Obispo le habló de Antonio y de sus excelentes prendas; y como el Prelado entrara en deseos de conocerle, lo comunicó á los padres de éste, los cuales recibieron con ello grande alegría, y así, sin espera ni dilación alguna, escribieron á su hijo que pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sara á Vich. Temeroso Antonio de que sus padres le armaran alguna asechanza para impedirle entrar en la Cartuja, resistióse al principio á obedecer, y como el caso era tan grave, no quiso guiarse en él por su propio juicio y discreción. Lo comunicó, pues, primero á su maestro, y éste le acompañó al P. Cantí, del Oratorio, hombre de mucha experiencia. Oídas por éste las razones por las cuales el Sr. Claret temia irá Vich, le dijo con decisión: "Vaya Ud. allá; y si es voluntad de Dios que sea Ud. cartujo, tan lejos estará el Sr. Obispo de oponerse, que antes le ayudará á conseguirlo." Con estas palabras se tranquilizó Antonio y se resolvió á obedecer.

Deseoso de dar gusto á sus padres en todo lo que no se oponía á la voluntad del Señor, salió de Barcelona á principios de Septiembre de 1819, y se encaminó primeramente á Sallent, lugar de su nacimiento. De aquí, el día de San Miguel Arcángel, después de oir con mucha devoción la santa Misa, partió á la ciudad de Vich acompañado de su familia, adonde llegó aquel mismo día por la noche á pesar de la copiosa lluvia que cayó durante el camino.

Era Vich entonces, y aun en gran parte lo es ahora, una ciudad medio levítica ó sacerdotal, de numeroso y edificante clero, en la cual las costumbres religiosas habían echado tan hondas raíces que aun hoy día es, en comparación de las demás ciudades, como una pequeña ciudad santa, donde se rinde al Señor fervoroso y no interrumpido culto. Varias fábricas levantadas en su seno le dan como industriosa algunos puntos de contacto con los pueblos restantes de la provincia de Barcelona; pero nada en lo demás se les parece, porque allí existen puras y vigorosas casi todas las costumbres patriarcales de sus mayores. En el inmenso valle que la rodea se alzan sobre el verde césped, á manera de blancas palomas, innumerables casitas de campo que, contemplándolas desde los montes más altos y cercanos, le dan un aspecto embelesador. En ellas habitan, para entregarse con más comodidad á la labranza, aquellos padres de la fe, monumentos vivos de la tradición cristiana. En casi todas ellas, lo mismo que en las principales casas de la ciudad, contemplaréis al anochecer la misma escena. Alrededor del *senó mestre*, joven seminarista que hace su carrera á expensas de la familia, como si fuera un individuo de ella, se reunen todos los hijos y chiquitos de la casa para oir

de los labios del futuro sacerdote la explicación de la Doctrina cristiana y aprender de él los rudimentos de las primeras letras. A una hora determinada el joven levita, á quien todos respetan por la dignidad sacerdotal á que aspira, hace la señal de la cruz para empezar el rezo del santísimo Rosario, que él mismo dirige, y al que asisten todos los miembros de la familia, desde el *patró* ó amo hasta el último de los criados. Con tan piadosas prácticas, y gracias á la caridad con que todas las familias pudientes procuran mantener en sus casas algún joven aspirante al sacerdocio, el Seminario de Vich es de los más numerosos de España, si no es ya el primero, y el bien que las familias cristianas hacen con esto á la casa del Señor, Él se lo recompensa sobradamente conservando por este medio en ellas los sentimientos de piedad y preservándolas de los vicios y errores que en nuestro siglo corrompen hasta las casi desiertas aldeas de los campos.

A esta religiosa ciudad, que albergaba entonces en su recinto al joven Balmes, llevó la divina Providencia al Sr. Claret para que asentara en ella los cimientos de aquel celo apostólico que le devoró toda su vida. Luego de llegados él y sus padres, visitaron al señor Obispo, que lo era entonces el virtuosísimo D. Pablo de Jesús Corcuera, modelo de Prelados, á quien tienen por santo cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Recibiólos el cariñoso Prelado con mucha amabilidad; y como tenía tan buen ojo, luego descubrió las buenas cualidades del joven Claret y quedó prendado de ellas. Vióle acaso también el respetable y ejemplar sacerdote D. Fortián ó Fortunato Bres, capellán que era y mayordomo de palacio, y embelesado de la virtud y amable trato de nuestro estudiante, quiso llevarlo consigo y tenérselo en casa como si fuera hermano y miembro de su famila. Así iba el Señor facilitando al Sr. Claret todo lo que conducía al cumplimiento de los designios amorosos que tenía sobre él. Aceptó, como era natural, tan generoso y providencial ofrecimiento, y se hospedó con él en la misma casa, en la que permaneció durante sus estudios, y adonde, aun siendo sacerdote, iba siempre á parar cuando iba á Vich por alguna causa. Habitaba entonces D. Fortián en una casa de la calle de *Dos Solas,* conocida actualmente por el nombre de Tortadés, la cual tiene en el jardín una torrecita, y en ella una capillita á la Virgen, que da á la Rambla de Santo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Domingo, bajo el título de Nuestra Señora de los Ángeles (1). ¡Cuántas y cuán devotas lágrimas derramó ante esta imagen el Sr. Claret, y qué gracias y consuelos tan inefables recibió en retorno! Por esto muchos años después, cuando, ya Arzobispo, se complacía en recordar los días venturosos en que iba á orar á aquella capillita ante Nuestra Señora de los Ángeles. "Acompañando yo al siervo de Dios, —escribe el P. Clotet,— en una de las ocasiones que fué á Vich, siendo ya Arzobispo, pasando por la Rambla de Santo Domingo, al llegar delante

(1) Como en el lugar arriba indicado recibió el Sr. Claret gracias muy señaladas del cielo, haré del mismo una breve descripción, la cual debo en parte á la amabilidad de la dueña actual de la casa, que me franqueó todas las puertas de ella en compañía del simpático P. Clotet, y me fué indicando el sitio de las diversas escenas que allí ocurrieron al Siervo de Dios, según las noticias que por tradición se habían conservado. La casa tiene una entrada ancha, aunque algo baja, portal bastante espacioso con el pavimento de grandes y blancas piedras muy bien labradas y alineadas, que forman un piso bastante llano; las escaleras son también muy anchas y de piedra, y todo indica que la casa es una de las mejores conforme al gusto antiguo, grave y sólida en la construcción y desprovista de ornatos por defuera, pero muy adornada y ricamente amueblada por dentro. Propiamente sólo tiene un piso y el desván, con algunas habitaciones que pueden con decencia utilizarse. El piso es bastante alto, las habitaciones holgadas, los muebles en la actualidad lujosos, y hermosas mamparas de cristal dividen algunas celdas, embellecidas con listones dorados y molduras también doradas. Por el lado que mira al jardín hay una espaciosa galería con balcones de piedra y vistas bellísimas. Bajando unas escalerillas que hay á la derecha se llega al frondoso jardín y al corredor que á un lado de él está levantado, y en el extremo del cual está la capillita adonde tantas veces se retiraba á orar nuestro amado Padre durante el tiempo de sus estudios. El corredor, por el lado que da al jardín, está formado de arcos rebajados, y por entre sus columnas trepaban en otro tiempo hiedras y flores, que han sido ahora sustituídas por magníficas parras que, con sus verdes pámpanos y dorados frutos, lo hacen en gran manera vistoso y poético. La capillita se eleva en el extremo y por la parte que da á la Rambla de Santo Domingo, á manera de una pequeña pirámide. Tiene dentro una imagen de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, descansando sobre un trono de forma cónica mayor que la misma imagen. Ésta tiene algo más de medio metro, el rostro es verdaderamente celestial y de expresión tan pura y amable, que parece estarse gozando de vivir allí con su Jesús entre rosas, lirios y otras delicadas flores que perfuman y hermosean el recinto que la rodea. El Niño tiene la cara graciosísima y en gran manera deseable, y aunque he visto muchos y muy hermosos, mayormente en el taller del escultor Sr. Font, de Madrid, que tiene para niños singular acierto, ninguno me ha gustado tanto como éste, y no he admirado otro que tan bien expresara la felicidad que parece sentir en verse en los brazos de su bendita Madre y á la vista de las florecillas que le recuerdan el suave olor de sus amantes y escogidos. Niño y Madre se corresponden admirablemente en la expresión de los afectos, y sus fisonomías tienen, en medio de la diversidad propia del sexo y de las edades, algo de común y parecido que hace reconocer al Hijo en la Madre y á la Madre en el Hijo como miembros de una sola familia.

de la capillita de Nuestra Señora de los Ángeles, situada en lo alto de la pared de la huerta de casa Tortadés, me dijo: —"¿Ve usted aquella capillita de la Virgen? Cuando yo, siendo estudiante, vivía con D. Fortián Bres, á ella íbamos todos los días á dirigirle nuestras súplicas (1)."

El Sr. Bres con su ama, que era muy buena cristiana, ocupaba algunas habitaciones en el piso primero; pero el señor Claret sólo tomó una habitación humilde, aunque decente, en lo que llamaban piso segundo, ó sea en el desván, que aún se conserva en el mismo estado. Compónese ésta de una alcoba para dormir, oculta por un cortinaje, en la cual, como luego veremos, se le apareció la Virgen, y de un espacio regular para gabinete de estudio. La alcoba, con lo restante del cuarto, forma un rectángulo de veinticuatro á veintisiete pies de largo por doce ó trece de ancho, y tiene una ventana con vistas á algunos árboles de los patios de las casas de enfrente. Comía con D. Fortián en el comedor del piso primero, y ora porque éste vivía en él, ora por la familiaridad que tenían con los amos de la casa, disponían á su gusto de toda ella y podían libremente irse á pasear por la galería ó por el jardín.

Instalado de este modo el nuevo seminarista en la antigua Ausonia, su primer cuidado fué buscar un buen director espiritual con quien tratar todos los negocios de su alma y el plan de vida para su carrera escolar. Afortunadamente en aquel tiempo vivía en Vich un famoso director, á quien por su virtud y prudencia acudían en sus dudas toda clase de personas, y á quien hasta los Prelados que por entonces se sucedieron en la diócesis confiaban los más arduos negocios de gobierno. Era éste el célebre P. Bach, prepósito de los sacerdotes del Oratorio de San Felipe Neri, fundador que fué de un convento de religiosas, en donde pueden recogerse á hacer los ejercicios de San Ignacio las señoras que desean hacerlos con perfección; fundador también de la Casa de Asilo para los sacerdotes ancianos y enfermos y del Colegio de los Pobres, llamado hoy de San José, para los estudiantes que, aspirando al estado eclesiástico, no pueden ser mantenidos por sus padres, y, en fin, inspirador de otras obras utilísimas, varón sabio, prudente y experimentado, lleno de celo por la

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria de Dios y por la salvación de las almas. "Honrados más tarde, — dice el P. Clotet, — con la amistad de tan buen sacerdote, parecíame ver en él algunos rasgos característicos del fundador del Oratorio, el glorioso San Felipe Neri (1).„

Con este Padre fué con quien el Sr. Claret determinó hacer confesión general de toda su vida y tratar en adelante los negocios de su alma, y según veremos por lo acaecido durante lo restante de su vida, parece que el Señor escogió de una manera especial á los Padres del Oratorio para dirigirle en los lances más críticos y de que dependían grandes obras del servicio de Dios. "Púsose, pues, confiadamente bajo la dirección del P. Bach, y ayudado con sus sabios consejos estableció ya desde el principio un método de vida muy ajustado y capaz de llevarle en breve tiempo á la perfección. Levantábase á una hora fija, la cual parece que era ya entonces á las cuatro de la mañana por lo menos; ofrecía luego á Dios y á la Virgen santísima todos sus pensamientos, palabras y obras; á continuación empezaba la oración mental, que solía prolongar por espacio de una hora, y más aún en algunos casos; la materia de ella era por lo común la vida, Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo; servía después ú oía la santa Misa, y, concluída ésta, se entregaba al estudio hasta las ocho, hora en que tomaba el chocolate. Terminada esta ligera refección, repasaba la lección del día é íbase con modestia á la clase. Al salir de ella anotaba brevemente lo más principal que había oído explicar al catedrático, y descansaba hasta las once. A esta hora daba comienzo al estudio de la lección de la tarde y la terminaba á las doce, en que se recogía para hacer el examen particular de la conciencia, que versaba de ordinario sobre la virtud de la humildad, para curarse, según él decía humilde y candorosamente, de la pasada soberbia y afición á vanidades. La lectura espiritual, el repaso de lecciones, la asistencia á la clase, la visita al santísimo Sacramento y á María santísima, el estudio, el rezo del santo Rosario, el examen general y particular de la conciencia y el ejercicio del cristiano, llenaban todas las horas restantes de la tarde y de la noche (2).„

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.
(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet

Los días de asueto ó de vacaciones, en los que la alegre juventud, abrumada entre semana ó durante el curso con las tareas escolares, suele desahogarse y dar rienda suelta á sus mal reprimidas inclinaciones, eran para el joven Claret nuevo incentivo de piedad, porque en ellos multiplicaba y prolongaba las visitas á Jesús sacramentado y á la santísima Virgen, sin que le sirvieran de estorbo las abundantes lluvias ni las heladas nieves que durante el invierno suelen en Vich cubrir por muchos días las tortuosas calles. Acercábase al saludable sacramento de la Penitencia una ó dos veces á la semana, y aunque al principio sólo recibía en ella una vez el suavísimo Pan de los ángeles, embriagado luego con su dulzura y con el visible crecimiento en la virtud que este Pan celestial le producía, no pasó mucho tiempo sin que se sentara al banquete eucarístico varias veces entre semana, unas más y otras menos, según se lo permitía el director espiritual.

Aunque su principal ejercicio de mortificación era interior, refrenando y teniendo á raya las pasiones y negando su propia voluntad y juicio en todas las cosas, no descuidaba la mortificación externa, practicada por todos los santos, y que usada con discreción sirve no poco para adquirir la primera y quitar el cebo á los vicios, para atraer sobre nosotros la misericordia del Señor y asemejarnos á Él, ofreciéndole en hostia viva el sacrificio de nuestra carne, como Él sacrificó la suya hasta morir en la cruz por redimirnos y salvarnos. Las penitencias que ya entonces hacía el Siervo de Dios con permiso de su director eran éstas: los lunes, miércoles y viernes tomaba disciplina, y los martes, jueves y sábados se ponía el cilicio. Muchas eran además sus prácticas devotas, como miembro de varias Cofradías y Congregaciones piadosas. Todos los meses, como individuo de la Congregación de la Concepción Inmaculada y de San Luis Gonzaga, asistía con mucha puntualidad á las pláticas, funciones y comuniones generales de la misma Congregación; cada año, en unión con los demás seminaristas, hacía los ejercicios espirituales por espacio de ocho días bajo la dirección de su celosísimo Prelado, y nunca omitió las devociones propias de otras Congregaciones y Cofradías á que se había alistado, como fueron la del Sagrado Corazón de Jesús y la del Rosario perpetuo en Manresa, y la de Nuestra Señora del Rosario, del Carmen y de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dolores en la misma capital del obispado. Ni se crea que con esto esté dicho todo, pues muchas veces sus amigos y condiscípulos le sorprendieron en su habitación arrodillado á los pies del crucifijo.

2. Con este plan de vida, que más parece de un religioso que de un seminarista seglar, dió feliz principio al estudio de la Filosofía, pero llevando siempre fija en el entendimiento la idea de hacerse cartujo, tanto más cuanto que había vencido ya la primera dificultad, que era el consentimiento de su padre. Sobre la mesa en que estudiaba colocó una estampa de San Bruno, fundador de la austera Orden, para que le sirviera de continuo despertador de sus deseos. Varias veces había él comunicado al director espiritual sus inclinaciones á la Cartuja y el deseo que tenía de entrar en ella; pero el prudente P. Bach le iba dando largas para conocer más claramente si aquella era la voluntad de Dios; y como el joven perseverase con los mismos deseos por muchos meses, llegó á persuadirse el buen Padre que aquélla era vocación de Dios y que no debía impedir por más tiempo el cumplimiento de ella. Escribió al efecto el P. Bach al Rdo. P. Prior del monasterio de Montealegre, que está á dos leguas de Barcelona, y éste contestó, como era de esperar, que el virtuoso estudiante sería recibido con mucho gusto de todos siempre y cuando llegase. Arregladas todas las cosas, como estaba ya para terminar el primer año de Filosofía, convinieron entrambos en que nuestro joven aspirante iría allá después de los exámenes de aquel año. Así se hizo, y llegado el día de partir, el P. Bach le entregó dos cartas: una para el Rdo. P. Prior, y otra para otro Padre.

Emprendió el Sr. Claret muy contento su viaje, pareciéndole que para siempre más se alejaba del mundo corruptor y que en adelante podría respirar el suave aroma de virtud que exhalan por doquier las paredes del sombrío claustro; pero no tardó el Señor en deshacer estas dulces ilusiones y despejar la incógnita de aquellos vehementes deseos de entrar en Orden tan rigurosa, con que acrecentó de día en día su fervor desde que se volvió á él con nuevos bríos hasta la hora presente. Asegurado nuestro estudiante con el ejercicio de las sólidas virtudes en el camino de perfección en que había entrado, no eran menester ya aquellos impulsos que le arrastraban á la Cartuja para mantenerse en él; y como el Señor se los había dado sólo para este fin, los hizo cesar cuando estaba en la ejecución de ellos del modo que ahora diré.

Aun no había llegado el Sr. Claret á Barcelona, cuando se levantó una recia tempestad, que se deshizo en torrentes. Él y los que le acompañaban fueron á ponerse, como pudieron, al abrigo de la lluvia, pero no sin que ésta ocasionara á nuestro joven percance no pequeño á su salud. El cansancio del camino, el vapor de la tierra caldeada por el sol, y la debilidad de su pecho, fatigado con el estudio extraordinario de aquel año, junto con la repentina humedad del suelo y de la atmósfera, le produjeron tan rudo ataque de sofocación que temió no podría poner por obra sus deseos. A esto se añadió la voz de la conciencia, que le decía: "Tal vez Dios no quiere que vayas á la Cartuja." Alarmado con esta voz no se atrevió por sí y ante sí á pasar adelante, y tornó á emprender el camino de Vich. Fué luego á dar cuenta de ello á su director, el cual ni aprobó ni desaprobó lo que había hecho, y como prudente suspendió el juicio, porque no conocía, ni podía humanamente prever, que el Señor le destinaba á fundar una nueva Congregación religiosa, que con la ayuda del Señor tanto bien había de hacer en las almas. Como el Sr. Claret á ninguna persona, fuera de su director, había manifestado el intento de hacerse religioso, se libró de las importunas preguntas de sus condiscípulos y amigos, que no suelen ser poco molestas en semejantes casos.

Con motivo de este acaecimiento, las piadosas Memorias del Rdo. P. Clotet hacen las siguientes reflexiones, que confirman lo que hemos dicho antes: "Así como Dios quiso de Abraham,—dicen,—la disposición de ánimo para sacrificar á su hijo Isaac, mas no la ejecución de tan duro sacrificio, así no siempre Dios exige de sus siervos la ejecución de los deseos de entrar en Religión, pero se los da para mantenerlos por este medio apartados de las distracciones del mundo y del peligro de las malas compañías en la edad á que más expuestos están á ser víctimas de sus propias pasiones. Así fué que el Sr. Claret no sintió la inclinación á ser cartujo sino por el tiempo referido. Dando él mismo la razón de esto, dice: "Después „del primer año de Filosofía, ya no pensé más en ser religioso. „Conocí que aquella vocación había sido solamente temporal,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
000154

„y que el Señor quería que, desprendido de las cosas de este „mundo, me quedase en el estado eclesiástico, como Él mismo „me lo dió después á conocer (1).„ No es éste un caso singular en las vidas de los santos, pues de algunos se lee que con todos sus deseos de entrar en Religión, ó no lo hicieron, como San Felipe Neri, ó si lo verificaron, no pudieron perseverar mucho tiempo en ella, como acaeció á San Camilo de Lelis, el cual, habiendo sido admitido dos veces en un convento de capuchinos, dos veces tuvo que salirse por una llaga en la pierna (2). Léese de San Benito José Labre que entró en tres conventos de diferentes Ordenes, y de cada uno de los tres fué despedido ó tuvo que salirse porque Dios le llamaba á santificarse con grandes austeridades en el siglo (3). Estos casos no deben confundirse con los de aquellos que, sintiéndose llamados del Señor á dejar el mundo y entrar en Religión, prefieren quedarse en el siglo, ó si entran en ella se salen sin debida causa, no correspondiendo al llamamiento divino (4).„

3. Habiendo, pues, conocido el Sr. Claret que Dios le llamaba al estado eclesiástico, siguió formalmente en el Seminario todos los estudios, conviene á saber: tres de Filosofía y siete de Teología, correspondientes á los años académicos de 1829 hasta 1839. La aprobación de todos ellos consta en los registros del Seminario de Vich, por más que, como luego diremos, estudió privadamente los últimos años de Teología por razón de las tristes circunstancias. En el primer año, que fué cuando anduvo con los deseos de entrar en Religión, cursó Lógica, Ontología y elementos de Matemáticas; en el segundo, Física general y particular, y en el tercero, Metafísica y Ética. Verdad es que el joven Claret ya desde niño se había acostumbrado á discurrir y que, aun siendo fabricante, se ocupaba en labores intelectuales todo el tiempo que le quedaba libre de su trabajo en el telar; pero como gran parte de sus discursos habían versado sobre la misma fabricación, que era la que por aquel tiempo le absorbía casi toda la fuerza intelectual, el repentino tránsito de aquellas ocupaciones á las desnudas abstracciones y á las sutilezas de la Filosofía debieron

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.
(2) *Breviario Rom.*, 18 Julio.
(3) *Suppl. Brevi.*, 16 Abril.
(4) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

hacerle al principio algo difícil este estudio, pero no tardó mucho en encauzar su claro entendimiento en aquellas materias; y si bien el primer año no rayó tan alto como otros condiscípulos, en el segundo los aventajó á todos y sobresalió entre ellos de una manera muy notable en la Geometría y Astronomía, ya porque la costumbre del estudio se lo hizo más fácil, ya por las nociones que de estas asignaturas había antes adquirido. Como el virtuoso joven estudiaba no á más no poder, como hacen muchos, sino para hacerse apto para el ministerio de la salvación de las almas, no se contentaba con dar buena cuenta de las lecciones de clase, con las cuales siempre cumplió escrupulosamente, sino que buscando el descanso en la variedad de ocupaciones, cuando dejaba de las manos los libros de texto tomaba otros, en los que, á la par que honestísimo recreo, hallaba la ilustración y amplificación de los conocimientos elementales. "Después del Seminario solía ir á la magnífica biblioteca episcopal de aquella ciudad, en la que se le veía como uno de los lectores más asiduos, sucediendo muchas veces permanecer allí solos largas horas el futuro arzobispo de Cuba y el célebre Dr. D. Jaime Balmes (1).»

Como no perdía nunca de vista el fin de sus estudios, que era el ganar almas para Jesucristo á la vez que santificarse á sí mismo, su lectura favorita la formaban los libros de religión, pero principalmente la sagrada Biblia, cuyo espíritu bebió de tal manera que aun en las conversaciones familiares empleaba casi sin advertirlo frases de la Sagrada Escritura, lo cual daba mucha unción á sus pláticas, que versaban de ordinario sobre cosas espirituales. No por esto desdeñaba los estudios filosóficos, las ciencias naturales y aun la misma literatura, pues también á estas cosas dedicaba algunos ratos, pero no tantos ni tan largos como á la primera, por ser cosas más ajenas al altísimo fin que él se proponía en los estudios eclesiásticos. También alguna vez, cuando estaba ya muy fatigado con los estudios, dedicaba algún tiempo, aunque breve, al dibujo.

Poco antes de terminar la Filosofía acaeció que vacó en Sallent un beneficio, pretendido por cierto sacerdote que, aunque vivía allí, no era natural de aquella villa, y de cuya con-

(1) Ilmo. Sr. Aguilar, *Vida del Sr. Claret*, cap. VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ducta no estaba el Prelado muy satisfecho. Como viese el Vicario general la solicitud presentada por dicho sacerdote para tener un beneficio, que se habia de dar con preferencia á los naturales de Sallent, habló con el señor Obispo, indicándole los inconvenientes que habría en concederlo á un sujeto de no muy buenas prendas.

Para salir del paso y evitar nuevas instancias, acordaron el Vicario y el señor Obispo avisar al Sr. Claret para que presentara una solicitud pidiendo dicho beneficio, pues como natural que era de aquella población, en concurso con el otro debía ser necesariamente preferido. Presentó nuestro joven la instancia por cumplir con la voluntad de su Prelado, y habiéndolo obtenido, le confirió el señor Obispo la tonsura el 2 de Febrero de 1832, á fin de que pudiera tomar posesión canónica del mismo. Al día siguiente se trasladó á Sallent, y tomóla en efecto, y desde entonces quedó obligado al rezo del Oficio divino. Lo que otros consideran por su indevoción como una carga, él lo tenía á gran dicha, porque en adelante podría orar á Dios en nombre de la Iglesia y valerse con más confianza delante del Señor de los méritos y de las virtudes de la Esposa del Cordero para alcanzar ser oído con mayor prontitud y largueza de la infinita misericordia. Desde este tiempo residió siempre en su pueblo natal, por razón del beneficio, durante las fiestas de Navidad y Semana Santa; en lo restante del año, con dispensa del señor Obispo, residió en Vich para poder continuar los estudios. Nada perturbó la tranquilidad de éstos hasta el año aciago de 1835, época de grandes disturbios en España.

Con gran sosiego y aplicación había cursado ya los tres primeros años de Teología, frecuentando las aulas del Seminario, cuando la persecución declarada á la Iglesia por los Gobiernos liberales de entonces y por la gente más soez é impía de la sociedad, cuya sacrílega audacia crecía con la impunidad y hasta con el amparo más ó menos directo de los que por su posición y autoridad debieran defender á la Iglesia y reprimir cualquier desorden y ataque de sus enemigos, vino á torcer el curso de los acontecimientos, y el Sr. Claret, como la mayoría de sus condiscípulos, se vió obligado á mudar de método en los estudios. ¿Quién no recuerda con horror el sacrílego asesinato de los religiosos, ejecutado á vista de las autoridades, que fría é impasiblemente lo contemplaban, y que hasta tuvieron el descaro de echar en cara á las inocentes víctimas la causa de tan horribles desórdenes? Y ¿cómo no había de ser así si los mismos que estaban al frente de la nación eran los primeros enemigos de la Iglesia, amamantados en la obscuridad de las logias y lanzados al poder por las olas revolucionarias? Así fué que á los torrentes de tanta sangre inocente derramada; al derribo de los muros sagrados, donde se cobijaban las blancas palomas de Cristo; al robo sacrílego de los bienes de la Iglesia, siguió una no interrumpida serie de leyes impías con que se atentaba contra los derechos de la potestad eclesiástica, coartando la jurisdicción de los Obispos, poniendo trabas al ejercicio de su ministerio pastoral y cerrando los Seminarios para trocarlos en cuarteles. Esta desgraciada suerte corrió el Seminario de Vich, pues fué destinado á cuartel de *patuleas* (1) y á provisión de columnas ambulantes. Pero gracias al heroico celo del vicerrector, D. Mariano Puigllat, no se cerró jamás del todo, aunque tristemente viéronse obligados los Superiores á consentir y aun á aconsejar á los estudiantes que no eran de la ciudad á que volvieran á sus casas é hicieran en ellas privadamente los estudios, ó por medio de conferencias particulares, sujetándose para la aprobación del curso al tribunal del Seminario ó al que formaran las personas delegadas por el Prelado. De este modo ganó el Sr. Claret los últimos cursos de Teología, como casi todos sus contemporáneos, en fuerza de las angustiosas circunstancias de aquellos tristes tiempos. Mas aun así hizo tan brillantes exámenes que dió claramente pruebas de un ánimo impasible que no lograban alterar ni apartar de sus intentos, ni el agitador tumulto de la guerra, ni la estrechez y penuria á que habían reducido al clero sus crueles perseguidores.

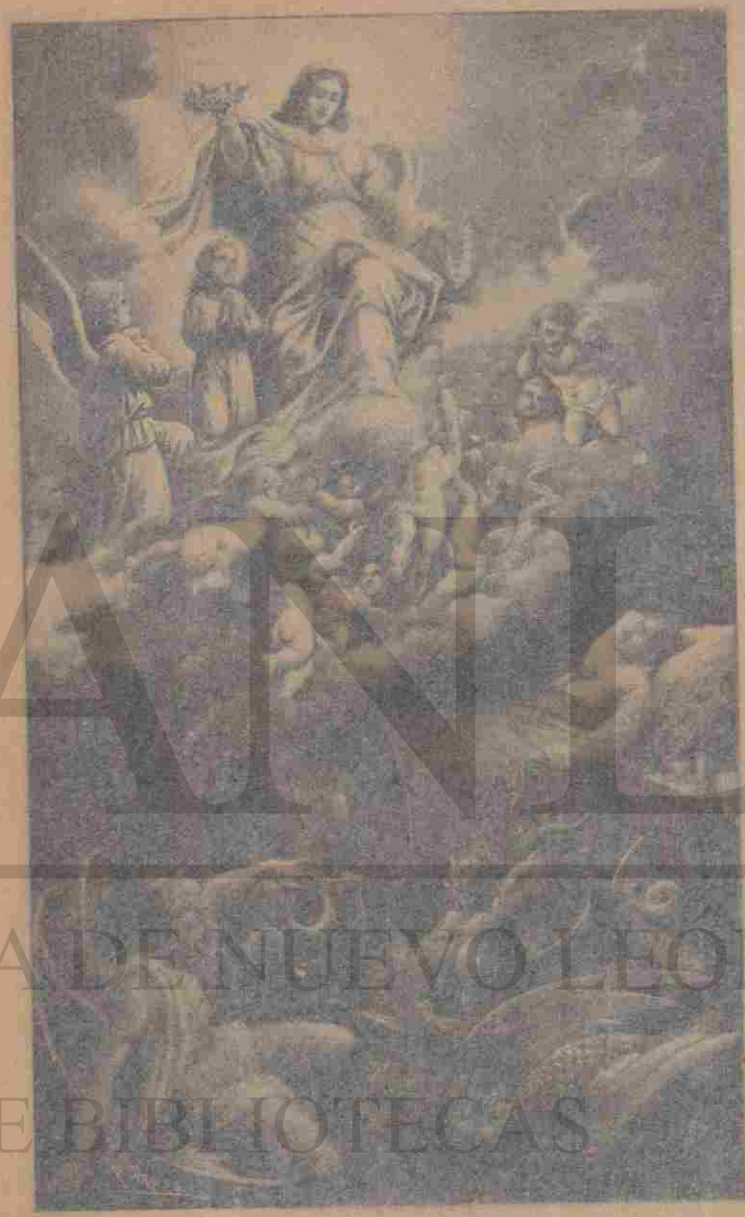
Privado entonces de las variadas lecturas que en Vich le proporcionaba la biblioteca episcopal, reconcentró toda su atención y aguzó su ingenio en los libros de texto que poseía, pero muy especialmente en los libros santos de la Biblia, que leyó y meditó muchas veces, con lo cual, al paso que su cora-

(1) Llamábanse ***patuleas*** unas partidas de soldados ó paisanos armados, destinados á rondar por los caminos en persecución de los que seguían el partido de D. Carlos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

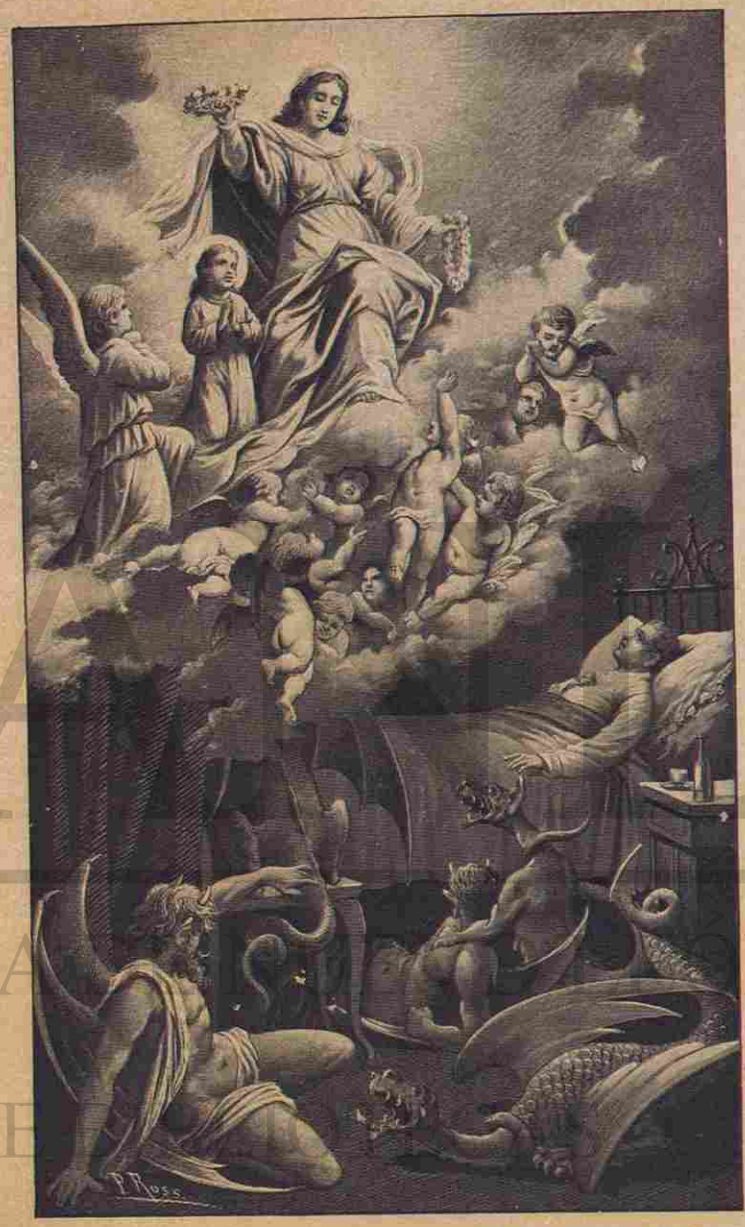
zón ardía con los afectos santos y con las finezas del divino amor que en ella descubría, enriquecía la inteligencia con los tesoros de altísimas verdades y grababa en la memoria aquellas frases divinas en que anda envuelta la gracia de Dios para mover las almas despertándolas del sueño profundo del pecado. Así le veremos después, armado con la palabra del Señor como con espada de dos filos, herir las almas pecadoras y traspasarlas de dolor por las ofensas hechas á la Majestad divina, ó llagarlas de amor y arrebatarlas para seguir á Cristo hasta la cumbre de la perfección.

La obra de que se sirvió para el estudio de la Teología dogmática fué la *Suma* de Santo Tomás, obra monumental de la sabiduría humana y la conquista más heroica de los siglos cristianos, donde están como sumados todos los esfuerzos que en prosecución de la verdad hicieron los ingenios más ilustres de todos los tiempos, sostenidos por la fe y arrebatados en su vuelo por los más vivos rayos de la lumbre natural. Esta era la obra que entonces, como al presente, servía de texto en el Seminario de Vich, á lo cual debió sin duda en gran parte el ser uno de los más florecientes de España, y centro de verdadera sabiduría, porque se bebía allí la verdad católica en sus más claros manantiales y donde con mayor abundancia brota. Para la Teología moral se formó en el Compendio de los Padres Salmaticenses y en la obra del dominico P. Billuart, que eran á la sazón los libros de Moral más comunes entre los eclesiásticos de la diócesis; pero habiendo penetrado el mérito de San Ligorio y la autoridad de su doctrina en estas materias, se dedicó principalmente al estudio de sus obras, y con esto salió consumado moralista y lleno á la vez de unción y piedad para tratar las almas en el sagrado tribunal de la penitencia. Todos sus condiscípulos dieron testimonio de que durante la carrera mostró más que mediano ingenio y una memoria extraordinaria. Su aplicación no conocía límites; incansable como era en el estudio, no es de maravillar que fuera calificada su aplicación ya en los primeros años que cursó en Vich de *mucha*, y como si esto no bastara, de *muchísima* en los años sucesivos, como consta en los registros del Seminario. Los seminaristas que más á menudo le veían dicen que no perdía un instante de tiempo: "en los días de vacaciones aprovechaba el tiempo sobrante componiendo breves discursos sobre la alabanza de



Estando enfermo el Siervo de Dios cursa la segunda Filosofía, se le aparece la Santísima Virgen y le libra de una grave tentación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J. Thomas y C.ª — Barcelona

Estando enfermo el Siervo de Dios cuando estudiaba Filosofía, se le aparece la Santísima Virgen y le libra de una grave tentación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alguna virtud, la fealdad de algún vicio ó sobre otros asuntos interesantes (1).„ El antiguo catedrático del Seminario, don José Serrarica, que pasaba por el mejor teólogo del obispado de Vich, la primera vez que le oyó predicar dijo: "Mosén Antón Claret ha sido mi discípulo; pero ahora yo le tomaría por maestro (2).„

4. Antes de tratar de las virtudes con que se dispuso á la recepción de las órdenes sagradas conviene referir una prueba terribilísima que combatió la angelical pureza de su alma y el modo maravilloso con que la Virgen santísima premió su victoria. Estudiando el segundo año de Filosofía le acometió un fuerte catarro que le obligó á guardar cama. El demonio envidioso de la extraordinaria virtud de aquel joven seminarista, y temeroso de que algún día le había de arrebatar muchas almas, le asaltó con una fuerte tentación contra la hermosa virtud de la castidad. Sorprendido el casto joven con aquel ataque repentino, hizo increíbles esfuerzos para resistir la tentación. Acongojado con el temor de ofender á Dios, unas veces fijaba la vista en objetos indiferentes que le distrajeran, otras hacía sobre sí mismo la señal de la cruz, ora invocaba humildemente la protección del Señor, ya se acogía, como tierno niño perseguido por el dragón infernal, en el regazo de la Virgen santísima su Madre; acudía fervorosamente al ángel de su guarda y á los santos de su especial devoción, pero todo parecía en vano; la tentación, lejos de cesar, arreciaba por instantes. No pudiendo levantarse de la cama, ni sabiendo ya qué hacerse, con los ojos llorosos y mirando vagamente, vuélvese de lado y aparécesele de repente en los aires la Reina del cielo, radiante de luz, llena de gracia y hermosura, teniendo en la mano izquierda muchas guirnaldas de bellísimas rosas, y en la derecha otra guirnalda de igual belleza. No lejos de la Madre de Dios veíase á sí mismo representado en la figura de un tierno é inocente niño, puesto de rodillas, con las manos juntas en actitud de fervorosa oración. Coronando la cabeza de aquel niño, díjole la Virgen: "Antonio, esta corona será tuya si vencieres.„ En este mismo instante vió Claret á su derecha un grupo de gloriosos santos en ademán de orar,

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.
(2) Relación del P. Lorenzo Font, Misionero hijo del Corazón de María.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los cuales le pareció á él que eran sus patronos que rogaban por él para que no cayese en la tentación, y á su izquierda divisó una muchedumbre de formidables demonios, formados como soldados después de una batalla. Con la vista de la Virgen quedó enteramente libre de los malos pensamientos, y fué tan dulce y agradable la impresión que le causó su hermosa aparición, que no acertó en aquel acto á decir palabra alguna.

Que esta visión fué verdadera, lo dijo él mismo en los últimos años de su vida (año 1862), asegurando que en aquella ocasión no dormía, ni padecía vahídos de cabeza ni ilusiones, y añadiendo: "Lo que me hizo creer que era especial gracia de María santísima fué el haber quedado libre en el mismo momento de la tentación, y por muchos años no haber padecido tentación alguna contra la castidad; y si después la he tenido, ha sido tan insignificante que ni el nombre de tentación merece. ¡Gloria, pues, á María! ¡Victoria á María!... (1)„

Para confirmación de lo dicho véase lo que escribe el ilustrísimo señor obispo de Segorbe haber pasado en un sermón que él mismo oyó al Siervo de Dios, y del cual él y los demás oyentes quedaron admirados. "Predicando, — dice, — un día de 1865 á los sacerdotes y seminaristas de El Escorial sobre la confianza que hemos de tener en la protección de la Virgen, y especialmente sobre la que experimentan los que acuden á pedirle auxilio contra las tentaciones de la carne, el P. Claret, ya arzobispo de Trajanópolis, nos refirió como caso sucedido á un joven amigo suyo que, hallándose atormentado de una muy recia tentación de concupiscencia, se fatigaba en vano buscando un modo de ahuyentar al enemigo, pues éste permanecía allí tenaz sin hacer caso de las muchas piadosas industrias de que el joven se valía, ni del esfuerzo con que constantemente resistía á sus instigaciones. Al fin el joven invocó de todo corazón á la Virgen, y ésta se le apareció, dejándole con su vista, no solamente sosegado en aquel momento, sino libre en adelante de tan fatigosa molestia.

"El rostro del P. Claret se animaba por grados mientras refería este suceso; sus ojos parecían buscar ó contemplar todavía á la Virgen; su voz era conmovida, y notábase en todo él algo extraordinario. Esto, que lo vimos cuantos estábamos

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

cerca del predicador; la seguridad con que hablaba; la viveza con que describía la pena del joven y sus esfuerzos para resistir la tentación, y la alegría al ver á la santísima Virgen, nos hicieron á todos creer que el joven no era otro que él mismo, aunque por humildad lo callara; unos á otros nos dimos parte de nuestro común sentir al dejar la capilla (1).„

5. Fácil es comprender que quien tan valerosamente luchaba contra la tentación y tan regalado favor mereció del cielo por su victoria, se dispondría para recibir las sagradas órdenes, no sólo con el estudio, de lo cual hemos ya dicho alguna cosa, sino principalmente con el ejercicio de todas las virtudes, que luego debían hacer de él un digno sacerdote y Misionero. En el caso que acabamos de referir dió claras muestras de la angelical pureza de su alma, la cual fué tan perfecta durante toda su vida que nunca la empañó con la más ligera mancha. De su desprendimiento de las cosas de la tierra y de los intereses materiales fueron no pequeño testimonio la generosidad con que dió conferencias privadas de latín y de francés á varios estudiantes sin admitir jamás retribución alguna, aunque espontáneamente se la ofrecían. Pasando un día por la calle, halló una moneda de oro de mucho valor; y como una mujer viese que Antonio la recogía, le gritó: "Estudiante, quiero parte de ella.„ Entregósela el Sr. Claret diciendo: "Ahí la tiene Ud. toda, con la obligación de preguntar por su dueño y devolvérsela si se halla (2).„

La humildad se traslucía en todos sus actos, pero mayormente en el aire modesto con que andaba y estaba delante de los demás, como si fueran superiores suyos, lo que fué muy notorio á todos los seminaristas que fueron condiscípulos suyos. Cuenta uno de éstos que en los instantes que estaban esperando la entrada del catedrático en la clase, mientras los demás se divertían, y á veces á costa de los compañeros, con gracias algo pesadas y picantes, el Sr. Claret estábase muy quieto en su puesto con el libro de texto en la mano; y si alguno por diversión iba con donaire á distraerle, él, sin dar señal alguna de enfado ni desplegar los labios, le correspondía con una dulce mirada y una sonrisa. Todos los que en este

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. VI.
(2) Declaración de D. Ignacio Alemany, presbítero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo alcanzaron á conocerle testifican unánimes la ejemplar conducta que llevó, con la cual se granjeó sin pretenderlo el aprecio y el cariño de los profesores, el respeto de sus condiscípulos y aun la estima de los estudiantes más adelantados que él en la carrera, los cuales, en tratándose de cosas de virtud, no se avergonzaban de aconsejarse con él y de seguir con humildad sus consejos.

Para trabajar con más empeño en la propia santificación serviase de algunos medios ingeniosos que le despertasen y avivasen los sentimientos de fe, y principalmente los que mayor impresión solían hacerle. Uno de éstos era el recuerdo de los novísimos; y como obraba en su alma tan saludables efectos, buscó alguna traza para acordarse de ellos con mucha frecuencia. Para esto hizo un cuadro sinóptico, y en versos sencillos, pero animados por la viva expresión de la fe, los compendió todos. Teníalo siempre á la vista, y para que fuera más vivo despertador de su piedad puso junto á él una estampa que representaba á un alma cayendo en el infierno. Adornó también su habitación con varias inscripciones análogas á los misterios de la fe y á las virtudes cristianas, pero tan bien distribuídas y con tanto arte, que á la vez que instruían y fomentaban los sentimientos piadosos, recreaban la vista como un verdadero ornato, que resaltaba aún más por su admirable sencillez. Porque téngase presente desde ahora para en adelante: el orden y el buen gusto en todas las cosas era uno de los elementos principales que entraban en la formación del carácter del Sr. Claret. No podía ver nada que estuviera fuera de su lugar; el más ligero desorden, un papelito que no estuviera en su puesto, dos candeleros que no estuvieran simétricamente colocados á los lados del altar; cositas, en fin, en que otros no reparan, á él le causaban cierta repugnancia instintiva; y así. siempre que estaba en su mano, ordenaba estos pequeños desconciertos.

Esto, que en otras personas es no pocas veces una manía especial determinada á cierto género de cosas, en él se extendía á todo, y más aún que al orden físico, al moral é intelectual, porque había aprendido y sabía por la fe y por la lumbre natural que el orden es hijo de la sabiduría infinita, la cual procede siempre con orden en todas las cosas, y que la señal para conocer si una cosa está conforme á la voluntad de Dios

es mirar si por todos lados ó por todas sus caras está debidamente ordenada, pues, como dice San Pablo, *quae autem sunt, a Deo ordinatæ sunt* (1). Las cosas que son de Dios están debidamente ordenadas. Su modo de obrar en este punto, bajando hasta evitar en las cosas manuales y mecánicas el más leve desconcierto, no era más que una consecuencia práctica de este principio sentado por el Apóstol, lo cual se echaba de ver claramente, porque, si atendía á ordenar estas pequeñeces, ponía incomparablemente mayor empeño en ordenar su alma y ajustarla enteramente á la voluntad de Dios y en cumplir con perfección todo lo que le estaba encomendado. Por esta misma razón nunca se metió en cosas que no le atañesen ni fuesen de su competencia, y más tarde, cuando era ya Prelado y Superior, distribuía sabiamente los oficios y no toleraba que los unos hicieran, aunque con apariencias de celo, lo que era propio de los otros, ni aun él mismo, cuando no estaba de por medio algún motivo muy grave, intervenía para arreglar lo que una vez había encomendado á un oficial subalterno. Mas dejemos ya este punto, porque en el curso de toda esta historia se verá prácticamente el orden con que en todo procedía, y sigamos adelante con las admirables virtudes que le dispusieron al estado sacerdotal.

Otra de las piadosas industrias con que despertaba su corazón para levantarlo frecuentemente al Señor con actos de fe, de confianza y amor ó con algún otro afecto santo, era servirse para señales de registro, en los libros de su uso, de papelitos, donde escribía alguna sentencia de la Escritura ó de algún santo, ó bien algún afecto piadoso ó una oracioncita á la Virgen, ú otras cosas semejantes que le excitaban á la presencia de Dios y á los actos de las virtudes. Comenzó también en el tiempo de su carrera á ejercitar del modo que podía el celo eclesiástico, para lo cual, entre otros medios, se valió de la misma industria que á él tan buenos resultados daba. Acaecía que sus amigos ó condiscípulos le prestaban á las veces algún libro, y él, para agradecerles espiritualmente aquel pequeño servicio haciendo de algún modo bien á sus almas, escribía unos papelitos con alguna jaculatoria, máxima ó sentencia ú otra cosa de provecho, y antes de devolver el libro tenía buen

(1) Epist. ad Rom., XIII, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuidado de poner en él uno ó dos á manera de registros, pero ocultos entre las hojas, como si por un olvido se los hubiera allí dejado. De esto dieron testimonio muchos estudiantes de aquel tiempo, los cuales aseguraban que cuando les volvía el libro prestado hallaban siempre en él, como dejados por descuido, uno, dos y aun tres de esos papelitos (1).

Otras pruebas dió verdaderamente admirables del modo como ejercitaba ya entonces el celo por la santificación del prójimo. "Los estudiantes que en su aposento se juntaban por motivo de las conferencias de francés que él les daba, ó por las que sobre materias científicas tenían amistosamente entre sí, nos han transmitido,—dice el autor de las Memorias (2),—la interesante relación de que siempre terminaban con reflexiones sobre la necesidad que tienen los seminaristas de santificarse á sí mismos ó del bien imponderable de las santas Misiones."

Estudiando Teología redactó un escrito en que, con el título de *Cartas de los Ángeles*, ingeniosamente explica los oficios y deberes de los individuos que forman parte de los coros instituídos en obsequio del sagrado Corazón de Jesús. Debemos á la amabilidad del ilustre D. Luis Sauquer, canónigo de Tortosa, el habernos dejado sacar copia de los originales que él conservaba inéditos en su poder en 1880, y que desgraciadamente se han perdido; y como estas cartas, como todos los escritos del Siervo de Dios, están escritas con mucha unción y piedad, y fueron las primicias de sus innumerables obras, nos parece que los buenos católicos españoles, familiarizados con muchas obras del Sr. Claret, pero mayormente los devotos del sagrado Corazón, nos agradecerán que las demos á luz por vez primera en esta Vida por vía de apéndice.

Fué también el Sr. Claret, cuando estudiante, muy misericordioso y caritativo. Acaeció una vez que, asistiendo un soldado en la Plaza Mayor de la ciudad de Vich á la corrida de toros, tuvo la desgracia de caerse y fracturarse de resultas una pierna. Trasladado al hospital, se hizo su curación con mucha lentitud. Visitábale con frecuencia nuestro buen semi-

(1) Entre otros el presbítero D. José Rosanes, oficio del 15 de Diciembre de 1880; D. Ignacio Alemany y D. Ramón Corominas, presbíteros.
(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

narista y llevábale algún regalito, con lo cual le ganó el corazón y halló entrada para darle muy buenos consejos, y obraron éstos tan bien en el pobre enfermo que logró hacer de él un dechado de paciencia y de conformidad con la voluntad de Dios (1). No fué éste un caso aislado de caridad, porque hacía lo mismo con los demás enfermos del hospital, á quienes visitaba todos los domingos y días festivos, consolándolos y animándolos á sufrir con paciencia la enfermedad y haciendo con ellos algunos oficios humildes y de gran abnegación, como cortarles las uñas y otras cosas de mucha virtud y mortificación, con que negaba sus sentidos. De este modo fué disponiéndose el virtuoso joven para la sublime dignidad del sacerdocio, del cual tenía él formado muy alta idea, considerándose absolutamente indigno de él y resuelto á aceptarlo con el solo fin de cumplir la voluntad de Dios que le llamaba, y para poder sacrificar su vida por la salvación de sus hermanos.

6. No menos altamente pensaba de la dignidad sacerdotal el que entonces era Prelado de la diócesis, el virtuosísimo señor D. Pablo de Jesús Corcuera, y por lo muy penetrado que de ello estaba no admitía á las sagradas órdenes á los estudiantes de carrera larga hasta que se hallaban ya bien formados en las virtudes y en las ciencias. Para las órdenes menores exigía que hubiesen estudiado con aprovechamiento cuatro años de Teología escolástica, de manera que estuviesen bien embebidos en las sanas doctrinas del Angel de las Escuelas; para el subdiaconado, que hubieran cursado el quinto de Teología, ó lo que es lo mismo, á más de toda la Teología dogmática, el primer año de Teología moral; para el diaconado, un curso más de esta última, y para el sacerdocio, la aprobación de los siete años de Teología.

Formaba á los seminaristas en la piedad, prescribiéndoles el ejercicio de la oración mental y la frecuencia de los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. No se contentaba con que se acercasen á estas saludables fuentes de la divina gracia una vez al mes cuando se hacían las comuniones generales de la Academia de Santo Tomás, á las que debían asistir todos los estudiantes, sino que pasaba más adelante, aconsejando con vivísimo interés á todos, pero particularmen-

(1) Ilustre Sr. D. Luis Sauquer. Carta del 14 de Junio de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te á los socios de la Congregación de la Concepción Inmaculada y de San Luis Gonzaga, á que lo hiciesen más á menudo y se preparasen con gran fervor. A esta última, establecida por el mismo Prelado, pertenecían los seminaristas internos, los tonsurados y los que por señalarse en la piedad habían obtenido permiso especial de entrar en ella. Dábales frecuentes conferencias y les mandaba asistir á los piadosos ejercicios mensuales y anuales, que él mismo dirigía, ó que por lo menos honraba con su presencia.

Antes de imponer las manos á los que se habían de ordenar, los preparaba con algunos días de retiro: diez para los que habían de recibir las órdenes menores, veinte para los que el subdiaconado, treinta para los que aspiraban al diaconado, y cuarenta para los que al sacerdocio. Durante este santo tiempo les daba útiles consejos é instrucciones para santificarse á sí mismos, y los amaestraba en el fiel cumplimiento de los deberes sacerdotales. Los diez postreros días se consagraban por entero á los ejercicios de San Ignacio propiamente dichos, que suelen comunmente mandar hacer los señores Obispos á los ordenandos, y prescritos por Inocencio XI en 1682 á los de Italia y de las islas adyacentes. Con estas excelentes prácticas legó el Sr. Corcuera al obispado un clero ejemplarísimo, cuyas edificantes costumbres no pudieron corromper, ni siquiera alterar, ni los trastornos políticos, ni las guerras civiles, y fueron además el alivio de los superiores y el consuelo de los fieles.

Viendo el Sr. Corcuera que Claret, por su aplicación, su talento, sus conocimientos y por su ejemplarísima conducta resplandecía como antorcha entre los demás alumnos del Seminario, dijo á su mayordomo: "D. Fortunato, quiero ordenar luego á Antonio, porque allí hay algo extraordinario." Razones hay para creer que el virtuosísimo obispo de Vich fué movido de Dios, quien quizá le dió á conocer la copiosa lluvia de bendiciones que por el celo y las demás virtudes de aquel joven vendrían sobre su diócesis (1). No siguió, pues, para la ordenación del Sr. Claret los trámites que con los demás seminaristas. Confirióle las órdenes menores antes de terminar

(1) Excmo. Dr. D. Benito Vilamitjana, arzobispo de Tarragona. Carta del 12 de Noviembre de 1870.

los cuatro años de Teología escolástica en las témporas de Adviento de 1833; el subdiaconado, á título del beneficio que tenía, en las de Trinidad de 1834. En esta ordenación fué promovido al diaconado el célebre Dr. D. Jaime Balmes, y dió la feliz coincidencia de que, por ser éste el primero de los diáconos y el Sr. Claret el primero de los subdiáconos, fueran ambos elegidos para asistir al sacerdote que presidió la procesión hecha después de las sagradas órdenes.

Recibió el diaconado en las témporas de Navidad del mismo año de 1834, y en el acto de la ordenación le dió el Señor claramente á entender quiénes eran los enemigos que menciona el Pontifical Romano en las palabras tomadas de la carta de San Pablo á los efesios, y que son éstas: "No es nuestra pelea contra hombres de carne y sangre, sino contra las potestades de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos en los aires." Luego que las oyó, se le renovó la memoria de la visión que tuvo en el segundo año de Filosofía, y con esto comprendió todo el alcance de ellas.

Llegó, por fin, el tiempo de recibir la encumbrada dignidad del sacerdocio, y para este acto tan solemne se dispuso con los cuarenta días de ejercicios que entonces se solían hacer en la diócesis de Vich. Sediento de celo y amor entró en ellos con bríos de gigante, y bien los hubo menester, porque debió batallar á brazo partido contra las terribles tentaciones que en ellos le presentó el demonio, contra la sequedad de espíritu en que por sus ocultos y amorosos fines le dejó el Señor, y contra la pesadez y el decaimiento de la naturaleza, á la que se hacía insoportable tan prolongado retiro sin mezcla de consolación alguna. Pero luchó como valiente atleta de Cristo, y el Señor premió su victoria con abundantes bendiciones del cielo; pues, como el mismo Sr. Claret afirma, á pesar de lo abrumadores que fueron para su naturaleza y de las tentaciones con que el enemigo le embistió, de ningunos otros ejercicios sacó acaso mayores ni más copiosos frutos. Aparejado para parecer delante del Señor con los trofeos de esta insigne victoria, se presentó con mucha humildad y recogimiento á recibir el galardón de ella, y Dios, por medio de su representante, el Ilmo. Sr. Fray Juan José de Tejada, obispo de Solsona, el 13 de Junio de 1835, fiesta de su patrón el glorioso San Antonio, le agració con el carácter sacerdotal como con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insignias de uno de los capitanes de su ejército militante. No pudo dirigir la ceremonia de su ordenación el que le había alistado á la milicia eclesiástica y le había hasta entonces adiestrado en las batallas del Señor, porque á la sazón el celosísimo obispo de Vich se hallaba ya atacado de la enfermedad que, con universal sentimiento de sus amadas ovejas, le llevó al sepulcro.

Revestido el Sr. Claret con la nueva dignidad, no acababa de admirarse de la benignidad de Dios nuestro Señor, que, sin él merecerlo, como él decía, le había levantado á tanta honra. Una y mil veces se le entregó todo entero y le prometió no buscar más que la gloria de Él, y almas que le amasen y cantasen para siempre sus misericordias. Espantábase, y con razón, al pensar que un hombre mortal, como él, había de tener en sus manos y ofrecer la víctima inmaculada, Jesucristo, por la salvación del mundo. Penetrado de estos profundos sentimientos, se dispuso con ocho días de oración y recogimiento para dar principio á obra tan divina, la principal del sacerdocio. Amaneció, finalmente, el día 21 de Junio, fiesta del angélico joven San Luis Gonzaga. ¿Quién podrá explicar el fervor, las lágrimas con que se acercó por vez primera al altar santo? ¡Qué estremecimiento experimentaba al imaginar que pronto descendería á sus manos el Dios de la Majestad! Pero el pensar que aquél era también Dios de amor que dulce y regaladamente venía á visitarle, llenaba su corazón de inefable alegría, y luchando en su alma estos diversos sentimientos, triunfó por último el amor y el deseo de unirse y estrecharse con su amado Señor. Al sumir la sagrada hostia pareció que su rostro se iluminaba, trasluciéndose á lo exterior el divino fuego que entonces en su pecho penetraba. Grande fué el contento y regocijo y la devoción que este solemne acto inspiró á todos los habitantes de Sallent, donde la Misa se decía, pero particularmente á sus parientes y allegados. Cuando se retiró á dar gracias después de la Misa, el nuevo sacerdote estaba como enajenado. Lo que pasaba dentro de su corazón no es para dicho, y así le dejaremos gozar tranquilo de sus amorosos transportes y de sus coloquios celestiales, dando fin á este capítulo antes de empezar á recorrer el nuevo horizonte que se abre delante de nuestros ojos.

CAPÍTULO IV

VIDA SACERDOTAL DEL SEÑOR CLARET HASTA QUE ES LLAMADO Á LAS MISIONES (1835-1839)

1. Cómo cumplió el Sr. Claret con las obligaciones del estado sacerdotal.—2. Primeros actos de su celo.—3. Es nombrado teniente, y luego cura ecónomo de Sallent.—4. Su conducta en este empleo.—5. Siéntese llamado de Dios á las Misiones.

1. Entrado el Sr. Claret con tan felices auspicios en el sacerdocio, fácil era adivinar cuán perfectamente cumpliría las obligaciones del nuevo estado. Como no hemos llegado aún al tiempo en que por deber de su cargo no podía menos de trabajar por la salvación de las almas en el ministerio de la palabra y en el santo tribunal de la penitencia, nos limitaremos á hablar de las obligaciones comunes á todos los sacerdotes, las cuales, además del buen ejemplo, se reducen principalmente al modo de celebrar la santa Misa y al rezo del Oficio divino.

Siempre fué muy amante de estar recogido en casa cuando la caridad no le llamaba fuera; pero resplandeció más este amor en los primeros años de su vida sacerdotal, porque, según se indicó ya en el capítulo pasado, debió en ellos completar sus estudios eclesiásticos, por lo cual aprovechaba todos los instantes libres para recogerse al estudio y á templar su alma con el acero de la ciencia y de la virtud de Dios. Mas á pesar de este voluntario apartamiento del mundo, el buen olor de Cristo desprendido de sus buenos ejemplos trascendía á toda la población y aun más allá de ella: que siempre fué la santidad como el granito de almizcle, que, aunque pequeño y humilde en sí, embalsama la atmósfera que le rodea. La devoción con que celebraba la santa Misa, la majestad, pero sin afectada lentitud, con que hacía sus ceremonias, la perfección

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insignias de uno de los capitanes de su ejército militante. No pudo dirigir la ceremonia de su ordenación el que le había alistado á la milicia eclesiástica y le había hasta entonces adiestrado en las batallas del Señor, porque á la sazón el celosísimo obispo de Vich se hallaba ya atacado de la enfermedad que, con universal sentimiento de sus amadas ovejas, le llevó al sepulcro.

Revestido el Sr. Claret con la nueva dignidad, no acababa de admirarse de la benignidad de Dios nuestro Señor, que, sin él merecerlo, como él decía, le había levantado á tanta honra. Una y mil veces se le entregó todo entero y le prometió no buscar más que la gloria de Él, y almas que le amasen y cantasen para siempre sus misericordias. Espantábase, y con razón, al pensar que un hombre mortal, como él, había de tener en sus manos y ofrecer la víctima inmaculada, Jesucristo, por la salvación del mundo. Penetrado de estos profundos sentimientos, se dispuso con ocho días de oración y recogimiento para dar principio á obra tan divina, la principal del sacerdocio. Amaneció, finalmente, el día 21 de Junio, fiesta del angélico joven San Luis Gonzaga. ¿Quién podrá explicar el fervor, las lágrimas con que se acercó por vez primera al altar santo? ¡Qué estremecimiento experimentaba al imaginar que pronto descendería á sus manos el Dios de la Majestad! Pero el pensar que aquél era también Dios de amor que dulce y regaladamente venía á visitarle, llenaba su corazón de inefable alegría, y luchando en su alma estos diversos sentimientos, triunfó por último el amor y el deseo de unirse y estrecharse con su amado Señor. Al sumir la sagrada hostia pareció que su rostro se iluminaba, trasluciéndose á lo exterior el divino fuego que entonces en su pecho penetraba. Grande fué el contento y regocijo y la devoción que este solemne acto inspiró á todos los habitantes de Sallent, donde la Misa se decía, pero particularmente á sus parientes y allegados. Cuando se retiró á dar gracias después de la Misa, el nuevo sacerdote estaba como enajenado. Lo que pasaba dentro de su corazón no es para dicho, y así le dejaremos gozar tranquilo de sus amorosos transportes y de sus coloquios celestiales, dando fin á este capítulo antes de empezar á recorrer el nuevo horizonte que se abre delante de nuestros ojos.

CAPÍTULO IV

VIDA SACERDOTAL DEL SEÑOR CLARET HASTA QUE ES LLAMADO Á LAS MISIONES (1835-1839)

1. Cómo cumplió el Sr. Claret con las obligaciones del estado sacerdotal.—2. Primeros actos de su celo.—3. Es nombrado teniente, y luego cura ecónomo de Sallent.—4. Su conducta en este empleo.—5. Siéntese llamado de Dios á las Misiones.

1. Entrado el Sr. Claret con tan felices auspicios en el sacerdocio, fácil era adivinar cuán perfectamente cumpliría las obligaciones del nuevo estado. Como no hemos llegado aún al tiempo en que por deber de su cargo no podía menos de trabajar por la salvación de las almas en el ministerio de la palabra y en el santo tribunal de la penitencia, nos limitaremos á hablar de las obligaciones comunes á todos los sacerdotes, las cuales, además del buen ejemplo, se reducen principalmente al modo de celebrar la santa Misa y al rezo del Oficio divino.

Siempre fué muy amante de estar recogido en casa cuando la caridad no le llamaba fuera; pero resplandeció más este amor en los primeros años de su vida sacerdotal, porque, según se indicó ya en el capítulo pasado, debió en ellos completar sus estudios eclesiásticos, por lo cual aprovechaba todos los instantes libres para recogerse al estudio y á templar su alma con el acero de la ciencia y de la virtud de Dios. Mas á pesar de este voluntario apartamiento del mundo, el buen olor de Cristo desprendido de sus buenos ejemplos trascendía á toda la población y aun más allá de ella: que siempre fué la santidad como el granito de almizcle, que, aunque pequeño y humilde en sí, embalsama la atmósfera que le rodea. La devoción con que celebraba la santa Misa, la majestad, pero sin afectada lentitud, con que hacía sus ceremonias, la perfección

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con que observaba las rúbricas, y todo su continente grave y angelical, atraían á oírsela muchísimas personas, las cuales no se cansaban de verle en el altar, admirando su fervor y compostura y moviéndose con ello á devoción. Al fin de ella daba siempre gracias por un buen rato con tan gran recogimiento, que no levantaba los ojos de la tierra, ni aun respirar parecía.

El Oficio divino lo rezó siempre como quien alaba á Dios en unión de los coros angélicos, de los bienaventurados y de todos los justos de la Iglesia militante, y del modo perfecto con que él lo hacía sacó después aquella admirable regla de nuestras Constituciones, en que señala á sus Misioneros la manera de cumplir con esta sagrada obligación. "Antes de empezar, —dice, —miren bien y registren todas las cosas señaladas en el Oficio del día; tomen el tiempo suficiente, el lugar y posición más á propósito; recen digna, atenta y devotamente, con claridad, con distinción y con pausa en el asterisco (1)." ¡Oh, si todos los sacerdotes y eclesiásticos obligados al rezo se ajustaran á esta sapientísima regla! ¡Cuánta gloria darían á Dios, cuánto aprovecharían sus almas y cuántas bendiciones alcanzarían para la Iglesia de Jesucristo! Pero dejemos ya este punto, y veamos en particular cómo empezó el Sr. Claret á ejercitar su celo en el nuevo ministerio sacerdotal, pues á pesar de los estudios que continuó en este tiempo hasta el año 1839, no estuvo ocioso ni dejó de trabajar muchísimo en la salvación de las almas.

2. Apenas había transcurrido un mes desde su elevación á la dignidad del sacerdocio, cuando llegó á oídos del muy ilustre Vicario capitular, que por muerte del virtuosísimo Prelado Sr. Corcuera gobernaba á la sazón la diócesis, la ilustración y el talento del nuevo sacerdote Sr. Claret, y lo muy instruído que estaba para desempeñar rectamente los más difíciles cargos del ministerio eclesiástico; y así, previo examen, que hizo él con extraordinaria brillantez, le dió amplias licencias de predicar y confesar, las que, como veremos, no tuvo ociosas por mucho tiempo. Acaeció esto en 25 de Julio de 1835, cuando el Sr. Claret acababa de terminar el estudio de la Teología escolástica y estaba aún por empezar el de la moral. Mas nadie crea que el joven sacerdote estuviese todavía ayuno en esta ciencia de las ciencias, porque es la que más derechamente se encamina al ministerio de salvar las almas, y que fuera ligereza de sus superiores ó simple deferencia á su virtud tan temprana habilitación para el espinoso oficio del confesonario, porque ni el Sr. Claret fué temerario en abalanzarse á él sin el estudio suficiente, ni los superiores le facultaron para ello sin que precediera, como se ha dicho, un riguroso examen. Ni es de maravillar que se hallara ya tan bien dispuesto, pues si bien en los cursos académicos no había aún visto la Teología moral, hacía algunos que en tiempo de vacaciones la había leído y estudiado con detención, que éstas eran sus distracciones de las tareas escolares de durante el curso; y mientras otros buscaban alivio y solaz paseando por los amenos campos para respirar el aire puro y vivificador de la campiña, él, á excepción de algún ratito, se encerraba en su habitación y allí pasaba las horas, con los codos sobre la mesa de estudio, el libro abierto delante y los ojos fijos en él, cerrándolos á veces para meditar lo que había leído. Así se forman los hombres grandes y los santos.

(1) Constituciones para los Misioneros de la Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de la santísima Virgen María, parte segunda, cap. XII, núm. 48.

Ocho días después de haber sido aprobado y habilitado para predicar y confesar con ocasión del jubileo de la Porciúncula, empezó á ejercer este último ministerio en la iglesia de su pueblo natal. Numerosos fueron sus penitentes, y fué por lo menos cosa extraordinaria que un sacerdote joven, recién ordenado, se estrenara con seis horas seguidas de confesonario, sin que hubiera la menor interrupción de una confesión á otra. Efecto fué, sin duda, del gran concepto de santidad que los habitantes de Sallent de él se habían formado el que á porfía se disputaran el confiarle sus conciencias y lo más secreto de sus almas. La concurrencia fué también maravillosa por otro lado, y es que nunca en los años anteriores se había visto tal afluencia de personas deseosas de aprovecharse del santo jubileo; de manera que el resorte de aquel piadoso movimiento no era otro que la suave fragancia de las virtudes del Sr. Claret, á quien ya desde niño habían admirado y habíanle visto á sus ojos crecer de día en día en la santidad, por lo cual no tanto le amaban como compatriota, cuanto le veneraban como á santo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Predispuestos los ánimos en su favor, no le fué difícil ganar los corazones de ellos y hacerles practicar los prudentes consejos que en la confesión les daba; y muchos, desde aquel primer día en que dió comienzo á este sagrado ministerio, mejoraron notablemente sus vidas, no sin grande provecho de sus almas. El pueblo, entusiasmado, quiso oir también la voz del nuevo sacerdote y verle en la cátedra sagrada, para lo cual escogieron el día de la fiesta principal del pueblo, que se celebraba en el próximo mes de Septiembre. El señor Cura párroco y los encargados de ordenar los solemnes cultos consagrados al Patrón del lugar, en su nombre y en el del pueblo, ofrecieron al Sr. Claret el sermón de la fiesta, el cual hubo de aceptar por corresponder al deseo general de sus paisanos. Llegado el fausto día, mucho antes de la función la iglesia se llenó de gente, ansiosa de ganar lugar para oir mejor al latente apóstol, que iba á dar en aquel día las primeras pero muy esclarecidas muestras de sí. Cuando el novel predicador apareció con modesto semblante, aunque sereno, entre la apiñada muchedumbre, todos los ojos se clavaron en él, y un sentimiento instintivo de veneración se apoderó de los corazones. Comenzó el panegírico con voz grave, clara y sonora, y á las primeras frases tuvo ya cautivado al auditorio. Poco á poco el acento de su voz fué elevándose, los movimientos de su cuerpo adquirieron extraordinaria animación, el semblante empezó á enrojecerse con el calor de la palabra, el divino fuego que abrasaba su corazón se traslució en el rostro y en los ojos, pero mayormente en el timbre agudo y penetrante de la voz, á la que dió una fuerza tan persuasiva y conmovedora que no tiene nombre en la elocuencia humana ni explicación en el lenguaje de los hombres, aunque sí un nombre que se siente y no se sabe lo que es, porque es indefinible como todos los misterios de la divina gracia. Tal es la unción evangélica. Excusado es advertir ahora el maravilloso efecto que produjo en todo el auditorio la palabra viva del incipiente apóstol, pues ya desde entonces los entendidos le bautizaron con tan glorioso nombre, previendo lo que un día no lejano llegaría á ser. No menor fué el resultado del sermón que hizo al día siguiente en conmemoración de los difuntos, según la tradicional costumbre de Sallent, pues no sólo admiró á sus paisanos con la sabiduría y unción de su discurso, sino, lo que es más,

aumentó en ellos los sentimientos de piedad para con los finados, despertó en muchos indiferentes el sentimiento religioso, y todos sus oyentes salieron mejorados y aprovechados del sermón.

3. Apenas comenzadas con tan felices auspicios las tareas de su ministerio sacerdotal, llegó el tiempo de inaugurar el nuevo curso académico de 1835 á 1836; y como en él había de dar principio al estudio de la Teología moral, se trasladó á Vich como en los años anteriores para asistir á las clases del Seminario. Pero ocupado este edificio, según se apuntó en otro lugar, por los desaforados voluntarios del Gobierno liberal, y excitados los ánimos é hirviendo las pasiones políticas con motivo de la guerra civil, no bien hubo llegado á la capital de la diócesis, el Gobernador eclesiástico le aconsejó que siguiera los estudios por medio de conferencias privadas, y así hubo de volver á residir en la iglesia del beneficio que tenía en Sallent, pues había cesado la causa canónica que le dispensaba de la residencia, según el derecho de las Decretales.

Vacó por entonces el cargo de Teniente cura del pueblo natal del Sr. Claret, y el Sr. Luciano Casadevall, Vicario capitular de la diócesis, puso en él los ojos para aquel difícil cargo, que lo era sin duda en el período de la guerra de los siete años. No hemos podido averiguar la fecha exacta de este nombramiento, que, según los cálculos más probables y aproximados, debió acaecer en el mes de Octubre ó de Noviembre de 1835 (1), poco después que el Siervo de Dios tornó á la villa por haberse frustrado el plan de seguir sus estudios en las aulas del Seminario. Lo que dificultaba en gran manera la mi-

---

(1) Nuestro Rdo. P. Clotet, á petición mía, con fecha del 15 de Noviembre de 1892 se había dirigido al Sr. D. Francisco Moret, vicesecretario de la Curia episcopal de Vich, pidiéndole que se dignara sacar de los registros de la Secretaría la fecha de este nombramiento y del de Cura ecónomo, y el Sr. Moret le respondió el 21 del mismo mes y año lo que sigue: "Siento en el alma no poder complacer á Ud. suministrándole los datos que me pide en su estimada del 15. En el Registro de Ecónomos y Vicarios hay un vacío lamentable, pues faltan todos los nombramientos hechos desde mediados de 1825 á mediados de 1844, el cual vacío no sé comprender; y así es que, no obstante encontrar en el mismo Registro una nota del Dr. Jaime Pasarell, que dice haber observado él esta falta, y en su consecuencia haber ordenado el Sr. Vicario capitular Casadevall se continuaran todos los nombramientos, he mirado toda la Secretaría, por si *forte* encontraba otro Manual en el que se subsanara la omisión; mas todo ha sido inútil...".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sión que se le había confiado era la pasión de partido, que en aquella época revuelta hacía estériles los trabajos de muchos celosos sacerdotes. Los que conocían el verdadero estado de las cosas no podían menos de inclinarse al partido de D. Carlos, no tanto por la cuestión de legitimidad, cuanto porque era el representante de las ideas genuinamente católicas, al paso que en el campo liberal pululaban los funestos errores de nuestros días, pues los personajes más conspicuos que en él figuraban, salvo honrosas excepciones, eran enemigos más ó menos enmascarados de las tradiciones religiosas de nuestra patria, y unos por odio á la Iglesia, no siempre bien reprimido, y otros fascinados por las nuevas doctrinas ó por el afán de novedades, acariciaban las ideas de la Revolución y con manejos ocultos trabajaban para implantar en la bendita nación española la libertad de perdición y los malhadados *derechos del hombre*, que no son otra cosa que la impunidad concedida á los ataques contra la Iglesia y la misma sociedad, y el rompimiento de las cadenas á todas las pasiones para que sin traba alguna se desborden sobre la haz de la tierra. Y lo que en teoría dividía á los dos campos se veía también llevado á la práctica de un modo tan claro y evidente que sólo los ciegos podían aparentar no verlo para inclinarse por el lado de la verdad. Al paso que las tropas carlistas trataban con mucha deferencia á las personas eclesiásticas, y respetaban y mantenían por regla general, cuanto era dable, todos los derechos de la Iglesia, las del Gobierno de Madrid cometían mil desafueros contra las personas y cosas eclesiásticas, y afligían á la Iglesia española, ora oficialmente con inicuas leyes, ora con espíritu privado de venganza, tomando para ello cualquier fútil pretexto. No es de extrañar, pues, en vista de esto, que el clero en general, allí donde estalló la guerra civil, abrazara el partido de D. Carlos, y no sólo él, mas aun todas las personas que conservaban vivas en su corazón las tradiciones religiosas de España. Sin embargo, el pueblo de Sallent llevaba fama de adicto al nuevo orden de cosas, ó sea á las ideas liberales, algunos por malicia, y la muchedumbre popular engañada, como suele acaecer en semejantes casos, por algunos embaucadores que con el nombre de libertad en la boca buscaban un pedestal para sus ambiciosas miras.

Difícil era hallar en tales circunstancias un Teniente cura

que fuera bien recibido de la villa sin hacerse odioso á ninguno de los dos encontrados bandos. El Sr. Claret, aunque conocía bien las tendencias de ambos partidos y pensaba como todos los hombres de bien que estaban al tanto de las cosas, fijos los ojos en las tareas propias del ministerio sacerdotal, jamás había manifestado inclinación á ninguno de los dos partidos, porque sabía muy bien que nada podría él remediar de esta manera, antes por ventura acarrear nuevas persecuciones á la Iglesia, como de hecho pasó en algunas partes por las manifestaciones de algunos eclesiásticos favorables al partido carlista. El plan de campaña que ya desde niño se había formado para arrancar las almas de las garras de Lucifer era el anunciar la palabra de Dios y llamar á los pecadores al santo tribunal de la penitencia. A esto exclusivamente encaminó todos sus esfuerzos, á esto enderezó sus estudios favoritos, á esto ordenó sus más fervientes oraciones. En un país teatro de fratricida guerra vivía como si estuviera alejado de él, ocupado en la oración y en el estudio, que eran las únicas armas que intentaba esgrimir con el infierno. Por este medio, y como resplandecía en él tanta virtud, se granjeó el aprecio y la veneración de todos sus conciudadanos sin distinción de banderías, por lo cual ninguno era, como él, tan á propósito para el desempeño de la vicaría sallentina. Esto lo comprendió desde luego el Sr. Casadevall, y sin dar lugar á deliberaciones puso los ojos en él, lo llamó y le propuso el nombramiento. Aceptólo el Sr. Claret con mucha humildad y sumisión, y no tardó en dar pruebas de cuán acertada había sido la elección. Púsose al instante á las órdenes del señor Cura y compartió con él las cargas parroquiales, predicando alternativamente los domingos y fiestas principales de entre año durante la Misa, y consagrándose por la tarde á la enseñanza del Catecismo. Habiendo fallecido al poco tiempo el propio cura párroco, D. Mariano Cots, fué nombrado ecónomo, ó cura interino, el presbítero D. Juan Doménech. Retirado éste de Sallent por causas políticas, el señor Gobernador eclesiástico juzgó que para sustituirle no había otro más digno y respetable que el ya coadjutor Sr. Claret. Nombróle, por lo tanto, cura ecónomo cuando contaba como unos veintinueve años de edad y dos de sacerdocio.

Pero el Sr. Claret creyó que esto era para él sobrada hon-

ra, é hizo cuanto pudo por declinarla, sin faltar al respeto y á la sumisión debida á la autoridad eclesiástica. Era el Siervo de Dios, como se dijo, de estatura mediana, antes baja que alta, aunque su buena índole y edificante conducta infundían veneración á cuantos le trataban, sin que jamás alguno se desmandara en esto; pero él, como humilde, sólo atendía á lo primero, y le pareció hallar en ello muy buena razón para que no echaran sobre él aquel cargo, que tenía algo de honroso. Así, entre otras razones, alegó también ésta, y un día, hablando con su Prelado, le dijo con gracia: "Vuestra señoría ve que soy pequeño. ¿Cómo me respetarán mis feligreses?„ "Déjese Ud. de eso, – le respondió aquél; —el hombre no es grande ni pequeño por su estatura. La grandeza del hombre, —añadió tocándose la frente, –se mide por aquí.„ Y el Sr. Claret hubo de bajar la cabeza y aceptar humildemente el nuevo cargo. Bien conocía el Sr. Casadevall que Claret, aunque pequeño de cuerpo y más en su propio concepto, valía por muchos sacerdotes, bien así como un diamante muy precioso, aunque de cortas dimensiones, excede en valor á muchas piedras.

Y ya que hablo accidentalmente de la estatura del Siervo de Dios, referiré una anécdota que le pasó por aquel tiempo á los pocos días de ordenado. Mientras estaba un día comiendo con su protector D. Fortián en la casa que le había servido de albergue durante la carrera, un dibujante amigo suyo sacó ocultamente su retrato y, cuando lo hubo terminado, satisfecho de su obra, dijo alegremente al Siervo de Dios: — Ya te tengo retratado. — ¿Es posible?, preguntó éste. — Y tanto, respondió aquél mostrándoselo al mismo tiempo; pero sin soltarlo de la mano. Mucho disgustó esta sorpresa al modesto sacerdote, y no pudiendo remediarlo, exclamó con humildad: "¡Valiente cosa la que has hecho! ¡retratar á un miserable como yo!„ Este es el retrato más antiguo que de él se conserva, y á juicio de los que conocieron al Sr. Claret en su juventud, tiene con él bastante parecido.

4. Libre ya de cuanto podía contener su ardiente celo, y solo en un campo donde tantas malezas habían crecido, dió rienda suelta á su fervor y comenzó á soldar los primeros eslabones de aquella no interrumpida cadena de oro, que ligó el cielo con la tierra, estableciendo entre ellos benéfica corriente de bendición y de vida. Largo es aún el camino que nos queda por recorrer en este período de evangelización apostólica, y así no estará por demás hacer de cuando en cuando alguna parada para volver la vista á su vida íntima y familiar, donde se fraguaban todos sus planes y se desenvolvían con el calor de la oración y de las comunicaciones amorosas que del Señor recibía: que en los grandes hombres, y más en los santos, suele estar la clave de sus heroicas acciones en algo imperceptible oculto en las sombras de la vida privada, y que á las veces tiene por únicos testigos un rincón ó cuatro paredes de un cuarto reducido. Vamos, pues, á entrar primero en la vida secreta del Sr. Claret, más oculta, sin duda, á los hombres, pero muy conocida de Dios, y por la que agradó más por ventura á sus divinos ojos que por la que el mundo vió y admiró, como que brillaba á los ojos de cuantos sin pasión la contemplaban.

No acaban los mundanos de persuadirse que los hombres nada pueden por su propia industria en el negocio de la santificación y salvación de las almas, y que las maravillas que los varones apostólicos han hecho eran debidas al auxilio y protección del Señor, que obraba en ellos y por ellos, y así no saben comprender por qué empleaban tantas horas en orar, ni alcanzan á penetrar los secretos y la virtud y eficacia de la oración.

Sobrada muestra han dado de tan grosera ignorancia los gobiernos que han suprimido los Institutos de vida contemplativa, como si los que en ellos moraban consagrados á la oración fueran inútiles á la sociedad y pasaran la vida en la ociosidad y holganza. Mas los que han meditado bien en las verdades de la Religión y no están ayunos en materia de espíritu saben perfectamente que la oración, y sobre todo la oración mental, es la rueda maestra de toda la vida espiritual, la que da vida é impulso á todas las acciones heroicas, la que mantiene viva en los corazones la llama de la caridad, la que detiene el brazo de la justicia divina y la que sostiene al mismo mundo á pesar de sus maldades. La razón es porque en la oración el alma comunica con Dios, exponiéndole su miseria y pidiéndole el remedio de ella, y el Señor, que tiene por costumbre levantar á los que se humillan y oir á los que le invocan, comunica al alma su divina fortaleza, y el hombre, flaco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de suyo, se hace fuerte en Dios y poderoso para acometer las mayores empresas.

Nada de esto se ocultaba al piadoso corazón del Sr. Claret, y por esto, después de levantarse, que siempre fué muy de mañana, á las cuatro cuando menos, su primera ocupación era el tener una larga hora de oración mental retirado en su mismo cuarto. Lo que en ella sentía no es fácil declararlo si no es por los maravillosos efectos que en él obraba, porque sólo Dios y él conocían lo que en aquel tiempo pasaba por su alma, las ilustraciones que recibía del cielo, los afectos amorosos á que por divina inspiración era movido, los propósitos que hacía para cumplir la voluntad de Dios que allí se le declaraba y las fuerzas sobrenaturales que el Señor le comunicaba para llevar felizmente á cabo las obras de su servicio. Piensen otros lo que quieran acerca de la vida de los santos; alábenlos en hora buena cuando los ven obrar prodigios y arrebatar á las muchedumbres, y moverlas á la virtud y á empresas heroicas con la eficacia de su palabra evangélica; de mí sé decir que me entusiasma mucho más que todo eso el solo pensamiento de lo que debe pasar por el alma de los santos cuando están en oración; aquí todo es silencio, no se oyen las aclamaciones de las gentes, ni siquiera el conmovedor murmullo del auditorio, que llora sus pecados compungido por las ardientes frases del orador cristiano; en medio de esta soledad y aislamiento de todas las criaturas, Dios habla á lo secreto del alma con voces inenarrables, y el alma responde con cánticos espirituales de amor y agradecimiento; Dios extiende ante los ojos del entendimiento un horizonte de divina luz, y el alma mira con dulzura y amor, y olvidada de sí penetra en las profundidades de los divinos misterios, de donde saca torrentes de luz para su entendimiento y para anunciar con claridad y trasparencia, como quien habla de lo que vió, las verdades del Evangelio; Dios, en fin, da á gustar al alma en lo escondido del corazón parte de las dulzuras inefables de la gloria, y el alma, embriagada con los divinos deleites, se hace fuerte en el amor, desprecia todo lo terreno y tiene por cosa baladí todos los padecimientos y privaciones de este mundo, y nada le importa arrostrar cualquier sacrificio á trueque de dar gusto á su Amado. ¡Oh, si el Señor nos hiciera ver el alma de un santo cuando está en oración! De seguro que no podría ofrecérsenos en

este mundo espectáculo más embelesador y que más dulcemente arrebatara nuestras almas. Pero estas cosas las tiene Dios escondidas de ordinario á las miradas profanas de los hombres, y sólo alguna vez se manifiestan por señales exteriores. Algo de esto veremos, con el auxilio del Señor, en la vida del Siervo de Dios, el Sr. Claret, tomándolo de las notas que él mismo escribió más adelante acerca de las ilustraciones principales que recibía del cielo en la oración y de los propósitos especiales que hacía para cumplir lo que el Señor en ella le daba á entender, en todo lo cual no hacía más que seguir el prudente consejo que sobre esto da San Ignacio de Loyola. Por ahora baste decir que hacía tanto aprecio de la oración mental, que era dicho suyo muy corriente, ya en conversaciones familiares, ya, principalmente, predicando á sacerdotes, la siguiente máxima: "Si dejase yo un solo día mi oración mental, me tendría por perdido." Por donde se echa de ver que de la oración sacaba alientos para emprender y continuar sin desfallecimientos ni desmayos todas las obras del divino servicio.

Compañera de la oración y amiga muy familiar de ella suele ser la lectura espiritual, y así los Padres antiguos y todos los varones espirituales que intentaron adelantar en la perfección usaron de este ejercicio; porque la buena lección es madre de los buenos pensamientos, y los buenos pensamientos engendradores de las buenas obras, con las cuales mucho el alma aprovecha y adelanta en este difícil camino de la santidad. Nunca el Sr. Claret desde que fué sacerdote, y aun desde que se trasladó á Vich para continuar la carrera eclesiástica, descuidó este piadoso ejercicio, y los frutos abundantes que de él sacó viéronse después claramente en la prolongada serie de libros espirituales que publicó, amenizados con las sentencias, dichos y ejemplos de los principales ascéticos y de los Padres y Maestros que más largamente y con mayor claridad trataron de espíritu. En su plan de vida entraron también el examen de conciencia, así el de medio día como el de la noche, y todas las demás obras y mortificaciones que ejercitó cuando era estudiante. Confesábase una vez á la semana; cada mes tenía un día de retiro espiritual, aunque sin descuidar las obligaciones que la parroquía le imponía, y cada año hacía por espacio de diez días los santos ejercicios, práctica que obser-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vó hasta su muerte. Solícito también de la santificación de sus domésticos, por haber leído muchas veces en los sagrados libros que "quien no mira por los suyos, mayormente si son de la familia, ha negado la fe y es peor que un infiel„, á una hora determinada de la noche, con su hermana María, que vive aún en el Instituto de Religiosas terciarias carmelitas (1), y con Jaime, criado de unos sesenta años de edad, únicos que formaban el personal de aquella casa, dedicaba un rato á la meditación y rezaba con ellos el santo Rosario y otras oraciones. Según dicho de Sor María Claret, su venerado hermano jamás omitió con ellos estas devotas y saludables prácticas.

Si tan admirable y concertada era su vida dentro de las paredes de su casa, causaba aún mayor admiración fuera de ella con el resplandor de sus obras, por más que en realidad tuvieran éstas su raíz oculta en la vida del hogar. Para comodidad de los pobrecitos jornaleros que viven del trabajo y gustan de oir, si pueden, cotidianamente el santo sacrificio de la Misa, no teniendo impedimento, deciala temprano, y después de dar gracias á Dios, á lo menos por un cuarto de hora en los días más atareados, íbase al confesonario, donde oía y consolaba con mucha suavidad y dulzura á la gente que aguardaba, con lo cual atraía á no pocas personas á oír Misa y á frecuentar los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Lo restante de la mañana lo dedicaba al estudio y al despacho de varios asuntos que por razón de su cargo se le ofrecían, y por la tarde veíasele recorrer las calles principales, singularmente aquellas en que había enfermos, á quienes visitaba todos los días hasta que fallecían ó recobraban la salud.

Los domingos y días festivos por la mañana predicaba al pueblo con claridad y unción, conforme á lo dispuesto por el Santo Concilio de Trento, y que tan olvidado está, por desgracia, en muchas partes; por la tarde enseñaba y explicaba el Catecismo á los niños, á los que atraía irresistiblemente con su amabilidad inimitable. Para estimularlos á aprender sus enseñanzas y á estar atentos á las explicaciones les daba algunas estampitas y les hacía otros regalitos, particularmente á los más quietos y aplicados. Durante la Cuaresma enseñaba cada

(1) Poco después de escritas estas líneas tuve noticia de la santa muerte de la hermana del Siervo de Dios, acaecida el 2 de Marzo de 1894.

día la Doctrina cristiana, de dos á tres de la tarde, á las niñas, y de siete á ocho de la noche, á los niños. A las primeras las amaestraba en la iglesia, pero á los segundos los instruía familiarmente en la misma casa parroquial.

Con los escasísimos recursos de que podía disponer, puesto que no percibía la asignación que le era debida como Ecónomo, socorría á todos los pobres, pero de un modo especial á los enfermos. Cuando se agotaba el dinero de su bolsillo imploraba por ellos la caridad de sus queridos feligreses. Encargó á su hermana el cuidar de la limpieza de los mendigos, de darles alimento y de vestirlos; y como el caritativo Ecónomo no quería que se despidiese sin socorro á ninguno de los pobres que á él acudían, la buena hermana, cuando no había ropa suficiente en casa, salía á pedirla á los habitantes principales de la población, con lo cual ella ejercitaba la caridad y la humildad; los vecinos de la villa, la beneficencia; el Siervo de Dios, el celo, como alma de todas las virtudes, que miran al prójimo, y los pobres quedaban remediados. Acaeció una vez que llegó á comer más tarde de lo ordinario por atender á ciertos asuntos propios de su ministerio. Todos los de casa habían ya comido, y cuando él se disponía á tomar la modesta refección que le habían separado, llamaron á la puerta algunos pobres pidiendo limosna. Sin más, bastó esto para que él se abstuviese de la comida, la que mandó dar luego á los pobres, y él pasó todo aquel día sin tomar otra cosa que un mendrugo de pan, no sin grande contento de su espíritu, porque el Señor le dió á gustar en el alma otro manjar más regalado, pensando que en la persona de los pobres servía á Jesucristo, y que alimentando á este Señor, que es Cabeza de la Iglesia, de la cual era él miembro, también su alma cobraba espiritualmente nuevas fuerzas, lo que era para él de más regalo y provecho que las viandas más exquisitas que se sirven en la mesa de los reyes. La casa del Cura de Sallent era el refugio de todos los atribulados y afligidos: allí acudían toda clase de personas, y él lasa cogía con la bondad y delicadeza de los santos.

Sin grave motivo no iba de visita á las casas particulares de parientes ó de conocidos, aunque tenía muchos de ellos en Sallent, porque sabía los daños que causan á los ministros de Dios las visitas inútiles, ora por perder en ellas un tiempo precioso que han menester para otras ocupaciones gravísimas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su ministerio, ora por disminuirse el prestigio y respeto debidos á su autoridad y dignidad, ora, en fin, por el riesgo que á veces corren de perder en ellas la misma amistad y gracia de Dios. A todas las personas amaba y servía igualmente, sin mirar si eran propias ó extrañas, ricas ó pobres, del país ó forasteras; estas últimas no eran pocas por cierto en aquellos tiempos en Sallent á causa de los vaivenes de la guerra civil. Aunque tan retraído del trato mundanal y de las reuniones, donde las personas se juntan para matar, como dicen, el tiempo, no era esquivo ni tardo en hacer las visitas que la urbanidad, la caridad ó la necesidad exigían, las cuales por un lado ú otro siempre resultaban provechosas, y tal hubo en que sola su presencia bastó para volver la paz á una familia entera, víctima hacía mucho tiempo de la desunión.

Acababa un día de llegar de Vich, y sin decir por qué ni para qué mandó á su hermana, como refiere ella misma, fuese á visitar á los individuos de una casa, saludándoles de parte de un sacerdote conocido de ellos y que residía en dicha ciudad. Cumplió ella fielmente el encargo, y á su vuelta le preguntó el Siervo de Dios: "¿En qué disposición has hallado á los principales de la casa?—Parecióme, respondió la hermana, que estaban reñidos. —Por esto te he mandado allí, replicó el hermano, para que impidieses sus disturbios y desavenencias.„ A cualquier hora del día ó de la noche que le llamaran para acudir al socorro de alguna necesidad, partía al punto sin excusas ni demoras, sin exceptuar las distantes casas de campo que hay en la parroquia sallentina. La singular modestia y dulzura con que á todos trataba le conquistaron desde el principio los corazones de todos sus feligreses, y al poco tiempo el suavísimo perfume de sus virtudes extraordinarias trascendió los límites de la villa, extendiéndose á las comarcas vecinas, de donde, como abejas á la flor, acudían á él innumerables personas que anhelaban aprender de las palabras y ejemplos de tan buen Pastor el modo de formarse en las costumbres cristianas.

Lo que dió al Sr. Claret mayor realce á los ojos del mundo en aquella triste época de desunión y guerra fratricida, fué la prudencia y cristiana política con que mantuvo unidos los ánimos de los habitantes de Sallent, al paso que en otras poblaciones no lejanas la división de los partidos beligerantes había

separado á los padres de los hijos y á unos hermanos de otros, rompiendo los lazos políticos los más justos y legítimos de la sangre. Mas el bendito Sr. Claret fué para su parroquia y los pueblos más cercanos lazo de unión y de perfecta caridad que estrechó en Cristo á los seguidores de los opuestos bandos.

Los jefes militares de las columnas ambulantes hablaban con elogio del que dieron en llamar *Curita de Sallent* por ser aún bastante joven y algo bajo de estatura. No dejó pasar en vano el Sr. Claret la benevolencia con que los jefes le trataban; antes supo aprovecharse muy bien de ella para impedir los abusos que al llegar á una población suelen cometer en tiempo de guerra las tropas algo desmoralizadas, como lo estaban entonces las del Gobierno.

Cuando las columnas pasaban por su parroquia, redoblaba la vigilancia pastoral; y si acaecía descubrir en los soldados algún exceso ó que alguno se desmandaba, después de haber meditado los medios de corregirlo y de aplicar el conveniente remedio, daba cuenta de ello á las autoridades, las cuales, por regla general, le atendían y seguían en esta parte sus consejos. ¡Qué feliz es la parroquia que puede contar con un cura semejante á *Mosén Antón Claret!* Trabajaba, en fin, por sus feligreses cuanto le era posible, y ellos le correspondían aprovechándose de sus afanes apostólicos y amándole en extremo, de lo cual le dieron siempre pruebas inequívocas, pero señaladamente cuando trató de dejarlos para ir á las *Misiones* extranjeras, pues Sallent era campo demasiado reducido para el magnánimo corazón del Siervo de Dios.

5. Los interiores impulsos que en su niñez y juventud le movían á trabajar por la conversión de los pecadores, avivábanse de continuo en su corazón con la lectura de las vidas de los santos y de los libros espirituales, pero singularmente con la lección de la sagrada Biblia, á la que fué siempre muy aficionado. Causábanle viva impresión varios pasajes de ella, en especial de Isaías, de Ezequiel y otros Profetas. En ellos parecíale oir la voz de Dios que le llamaba á predicar el Evangelio á pueblos y ciudades. En la oración pasábale lo mismo, y ya por entonces el Señor le inspiró el proyecto de fundar una Congregación que tuviera por objeto, á más de la santificación de sus individuos, el trabajar en la salvación de las almas, valiéndose como medio principalísimo de las Misiones,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así en tierra de cristianos como de infieles. Mas aunque el Señor le dió á entender claramente que aquello era inspiración suya y que sería de no pequeña gloria y utilidad á la Iglesia española, como tan humilde y desconfiado de sí, quiso antes consultar el pensamiento con personas sabias y prudentes. Vivía por aquel tiempo en Collsacabra el P. Bach, y como fué, según se dijo, su director espiritual mientras hizo la carrera eclesiástica en la capital de la diócesis, no pudo menos de comunicar con él la obra á que Dios le llamaba; y como eran tan grandes sus deseos de anunciar las verdades del Evangelio á todo el mundo y de derramar su sangre por Jesucristo, determinó ir á Roma, si el parecer del Padre era contrario á la fundación, para entrar en la Congregación de Propaganda Fide, establecida en la capital del orbe cristiano, y ponerse bajo la obediencia de los superiores de la misma para que le enviaran á predicar á cualquier parte del mundo. Todo esto consta por la carta que escribió un sacerdote amigo suyo, al cual dijo el Sr. Claret: "Si el P. Bach dice que aún no es oportuno, me iré á las misiones extranjeras, pues, — añadió abrazando á su amigo, — tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo.„ El P. Bach, aunque no se opuso absolutamente á su proyecto, no le pareció bien la realización del mismo por entonces, en lo cual, sin saberlo, favorecía las trazas de la divina Providencia, que intentaba antes amaestrar teórica y prácticamente al futuro Fundador de los Misioneros Hijos del Corazón de María en el arduo ministerio á que le llamaba y en el modo de organizar el nuevo Instituto con vida duradera y acomodada á las necesidades de los presentes tiempos. "La caridad de Cristo me urge, — exclamó el Sr. Claret al ver que se le cerraba la puerta al primer camino; — yo no puedo resistir los impulsos interiores que me llaman á salvar las almas; y ya que no puedo emprender lo que había proyectado, tomaré el camino de Roma para que el Señor disponga de mí por medio de los que gobiernan la Congregación de la propagación de la Fe.„ Así lo verificó, como vamos á ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

DEL VIAJE DEL SEÑOR CLARET Á ROMA Y DE SU VUELTA Á ESPAÑA (1839-1840)

1. Preliminares del viaje. — Quiere juntársele un compañero, y se frustra su intento. — Encuentro con los malhechores de *Font del Picassó*. — La Virgen santísima le libra de ellos y á los que antes que él habían sido arrestados. — Buena acogida que halló en su viaje hasta Marsella. — 2. Un ángel le sirve de guía y compañero mientras permanece en esta ciudad. — Se embarca para Civitá-Vecchia. — Lances curiosos de su navegación. — Llega á Roma, y la Providencia le depara albergue. — 3. Encuentro providencial. — Frústrase su entrada en la Congregación de Propaganda y entra en la Compañía de Jesús. — 4. Lo que aprendió en el Noviciado. — 5. Cómo creció en él su fervor, y en especial su devoción á la Virgen. — 6. Cae enfermo, y obligale el Señor á dejar la Compañía y volver á España.

1. Apenas corrió la noticia de que el Sr. Claret estaba determinado á emprender la carrera apostólica en las Misiones de infieles, sus deudos y sus queridos feligreses acudieron presurosos á suplicarle con instancia que no los abandonase. Lágrimas, ruegos, promesas de portarse mejor en adelante y seguir con mayor fidelidad sus consejos, todo, en fin, lo que podía ablandar un corazón, ya de suyo tan compasivo, como el del bondadoso Cura, se puso en juego admirablemente con el ingenioso artificio del amor para hacerle desistir de su proyecto. Por otra parte, el Prelado de la diócesis, aunque no le negó absolutamente la licencia, dióle claramente á conocer el sentimiento que tenia de desprenderse de tan celoso operario cuando más necesaria era su acción por la escasez del clero y por las críticas circunstancias traídas torpemente por la malicia de muchos y por los trastornos consiguientes á la guerra. En gran manera apesaraban todas estas cosas el tierno corazón del Siervo de Dios, pero su conciencia no le permitia resistir á los secretos impulsos con que el Señor le llamaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así en tierra de cristianos como de infieles. Mas aunque el Señor le dió á entender claramente que aquello era inspiración suya y que sería de no pequeña gloria y utilidad á la Iglesia española, como tan humilde y desconfiado de sí, quiso antes consultar el pensamiento con personas sabias y prudentes. Vivía por aquel tiempo en Collsacabra el P. Bach, y como fué, según se dijo, su director espiritual mientras hizo la carrera eclesiástica en la capital de la diócesis, no pudo menos de comunicar con él la obra á que Dios le llamaba; y como eran tan grandes sus deseos de anunciar las verdades del Evangelio á todo el mundo y de derramar su sangre por Jesucristo, determinó ir á Roma, si el parecer del Padre era contrario á la fundación, para entrar en la Congregación de Propaganda Fide, establecida en la capital del orbe cristiano, y ponerse bajo la obediencia de los superiores de la misma para que le enviaran á predicar á cualquier parte del mundo. Todo esto consta por la carta que escribió un sacerdote amigo suyo, al cual dijo el Sr. Claret: "Si el P. Bach dice que aún no es oportuno, me iré á las misiones extranjeras, pues, — añadió abrazando á su amigo, — tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo.„ El P. Bach, aunque no se opuso absolutamente á su proyecto, no le pareció bien la realización del mismo por entonces, en lo cual, sin saberlo, favorecía las trazas de la divina Providencia, que intentaba antes amaestrar teórica y prácticamente al futuro Fundador de los Misioneros Hijos del Corazón de María en el arduo ministerio á que le llamaba y en el modo de organizar el nuevo Instituto con vida duradera y acomodada á las necesidades de los presentes tiempos. "La caridad de Cristo me urge, — exclamó el Sr. Claret al ver que se le cerraba la puerta al primer camino; — yo no puedo resistir los impulsos interiores que me llaman á salvar las almas; y ya que no puedo emprender lo que había proyectado, tomaré el camino de Roma para que el Señor disponga de mí por medio de los que gobiernan la Congregación de la propagación de la Fe.„ Así lo verificó, como vamos á ver en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

DEL VIAJE DEL SEÑOR CLARET Á ROMA Y DE SU VUELTA Á ESPAÑA (1839-1840)

1. Preliminares del viaje. — Quiere juntársele un compañero, y se frustra su intento. — Encuentro con los malhechores de *Font del Picassó*. — La Virgen santísima le libra de ellos y á los que antes que él habían sido arrestados. — Buena acogida que halló en su viaje hasta Marsella. — 2. Un ángel le sirve de guía y compañero mientras permanece en esta ciudad. — Se embarca para Civitá-Vecchia. — Lances curiosos de su navegación. — Llega á Roma, y la Providencia le depara albergue. — 3. Encuentro providencial. — Frústrase su entrada en la Congregación de Propaganda y entra en la Compañía de Jesús. — 4. Lo que aprendió en el Noviciado. — 5. Cómo creció en él su fervor, y en especial su devoción á la Virgen. — 6. Cae enfermo, y obligale el Señor á dejar la Compañía y volver á España.

1. Apenas corrió la noticia de que el Sr. Claret estaba determinado á emprender la carrera apostólica en las Misiones de infieles, sus deudos y sus queridos feligreses acudieron presurosos á suplicarle con instancia que no los abandonase. Lágrimas, ruegos, promesas de portarse mejor en adelante y seguir con mayor fidelidad sus consejos, todo, en fin, lo que podía ablandar un corazón, ya de suyo tan compasivo, como el del bondadoso Cura, se puso en juego admirablemente con el ingenioso artificio del amor para hacerle desistir de su proyecto. Por otra parte, el Prelado de la diócesis, aunque no le negó absolutamente la licencia, dióle claramente á conocer el sentimiento que tenia de desprenderse de tan celoso operario cuando más necesaria era su acción por la escasez del clero y por las críticas circunstancias traídas torpemente por la malicia de muchos y por los trastornos consiguientes á la guerra. En gran manera apesaraban todas estas cosas el tierno corazón del Siervo de Dios, pero su conciencia no le permitia resistir á los secretos impulsos con que el Señor le llamaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Consoló á unos y á otros como pudo y del modo que suelen hacerlo los santos, mas no por estos contratiempos mudó de propósito.

Dejados en buen orden los negocios de la parroquia, se fué á Barcelona para embarcarse en el puerto de esta capital; mas no siéndole posible alcanzar el pasaporte del Gobierno, tornó á Vich y de aquí pasó á Olot, donde residía su hermano José, fabricante de profesión, por cuyo medio consiguió al fin el pasaporte que deseaba. Mas como este percance, junto con las instancias que muchas personas respetables le hicieron para que se quedara en la Península, le hicieran dudar algún tanto de la voluntad de Dios, fué á consultar con el P. Matavera, sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, de Vich, hombre sabio y experimentado, á quien las iras liberales obligaron á refugiarse en el manso de la Tría de Perafita. Después de oir con respeto y caridad lo que le expuso el Siervo de Dios, le animó á no desistir de la empresa, porque sin duda alguna era inspiración del cielo. Con esta aprobación se preparó á emprender su viaje por tierra en el nombre del Señor.

Faltaban á la sazón en España muchos Obispos, unos por haber fallecido, sin que el Gobierno agenciara con la Santa Sede para llenar de un modo satisfactorio las vacantes, y otros expatriados por defender la Religión contra las opresoras leyes de los impíos que entonces tiránicamente regían los destinos de la nación; y como si esto no bastara para acabar con el clero y con la Iglesia, dieron una orden despótica por la que prohibían á los señores Obispos el conferir órdenes sagradas á los seminaristas. En tan angustiosas circunstancias, muchos estudiantes que habían terminado la carrera huían á los lugares ocupados por las huestes carlistas, donde la Iglesia española disfrutaba de completa libertad, ó á los países extranjeros, para poderse ordenar libremente y alcanzar con esto el fruto de sus estudios. De Cataluña especialmente iban muchos á Roma, porque les era más fácil salir de España aun sin pasaporte, por hallarse este país más cercano á la frontera. Uno de ellos concertó con el Sr. Claret acompañarle en su viaje; mas como no compareciese el día señalado y al siguiente le enviara á decir que no le era posible ir con él, partió solo y á pie, llevando consigo el equipaje, que consistía en una camisa, un par de medias, un pañuelo, la navaja de afeitar, un peine, el Breviario y la santa Biblia en un volumen muy pequeño, todo lo cual llevaba envuelto en un pañuelo.

Después de andar todo el día por caminos solitarios llegó á Castellá de Vich, en cuyo pueblo le acogió con mucha caridad el Cura párroco, obligándole á pernoctar en su casa. También los demás habitantes le dieron particulares muestras de estimación y respeto. A la mañana siguiente, celebrado el santo sacrificio de la Misa, continuó su viaje hasta Tosas, en donde se detuvo por las nuevas que le dieron de los bandidos, que se hallaban en el puesto por donde él había de pasar. Tranquilizada la gente del susto recibido por la aproximación de tan temibles huéspedes, siguió Claret su camino; mas he aquí que un poco antes de llegar á una altura de donde brota la fuente llamada *Font del Picassó* oye el grito de ¡alto!, lanzado con tono amenazador, y antes que tuviera tiempo de reflexionar vió delante de sí un hombre de aspecto feroz, que le detuvo apuntándole con el fusil. No se perturbó el Siervo de Dios por aquella temible aparición; y como el desconocido le dijera que le iba á presentar al comandante de la patrulla y lo pusiera por obra tomándole bruscamente por el brazo, el humilde prisionero no se resistió.

Llegó, en efecto, á la presencia del jefe, á quien rodeaban los diez hombres armados que formaban su partida, y á las muchas preguntas que éste le hizo respondió el Sr. Claret con gran serenidad y entereza.

—¿Lleva Ud. el pasaporte?—preguntó el jefe con seriedad.

—Sí, señor,—respondió el modesto sacerdote; y para asegurarle de ello lo sacó del bolsillo y se lo entregó, diciendo: —Ahí lo tiene Ud.

Examinólo aquél con diligencia, y luego se lo devolvió; pero admirado de la serenidad de sus respuestas y de que se hubiera atrevido á pasar por aquel sitio á pesar de los siniestros rumores que corrían, repuso con cierto aire de curiosidad:

—¿Por qué no ha ido Ud. por Puigcerdá?

—Para mí,—replicó el viajero,—lo mismo es ir por allí que por aquí, pues quien va bien despachado puede pasar por donde quiera.

Mientras estaban de esta manera conversando despidieron muchas personas arrestadas. Al fin, el capitán añadió:

—Le voy á presentar al señor gobernador de Puigcerdá.

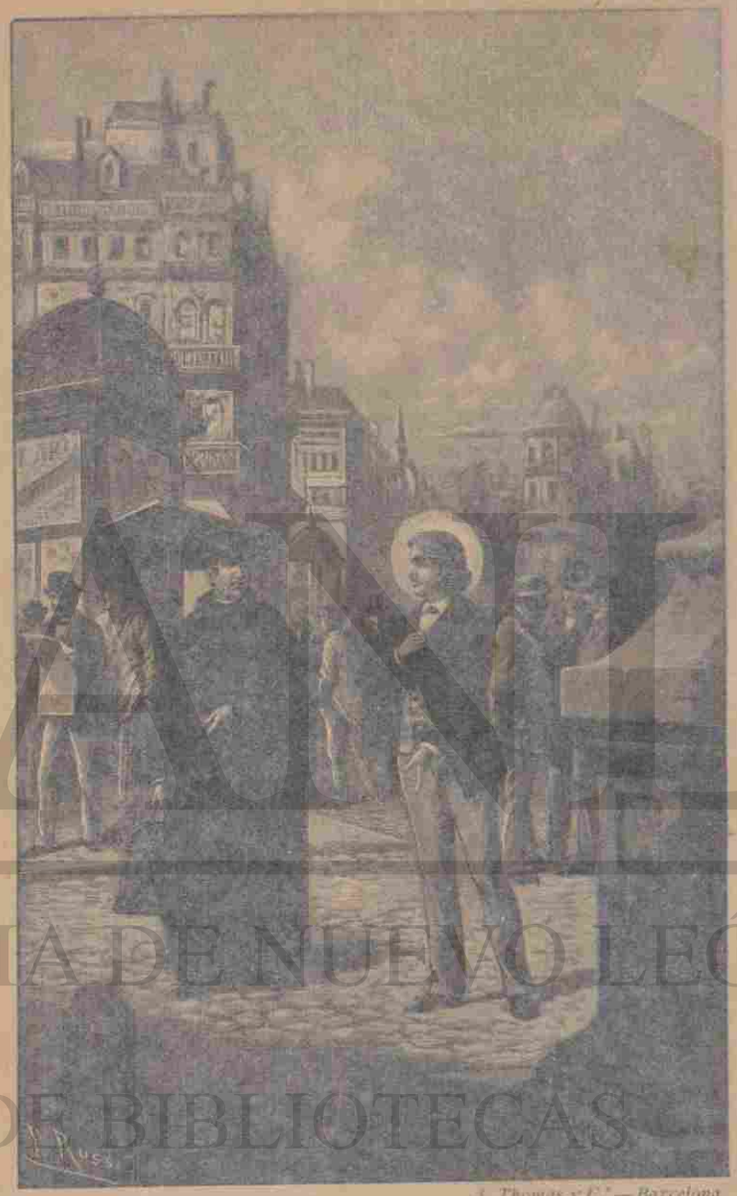
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No tengo yo por qué temer al señor Gobernador,—arguyó el Sr. Claret;—antes ustedes son los que deben temerle por haber detenido á un hombre que lleva consigo los debidos documentos.

Fuese por esto, ó, lo que parece más probable, porque se persuadieran que semejante prisionero más les serviría de estorbo y embarazo á sus malvados proyectos que de provecho y utilidad, le impusieron silencio sobre aquel encuentro y le dieron ocasión para escaparse, sin haberle quitado cosa alguna de las pocas que llevaba. El lo atribuyó á la protección de la Virgen santísima, porque aquel día era sábado, y como consagrado á su honor la había invocado de un modo especial para que le defendiese de todos los peligros, y en el mismo acto del lance acudió á Ella en lo secreto de su corazón, y es de creer que el Señor, por estas oraciones de su humilde Siervo y ferviente devoto de su Madre, concedió también la libertad de las otras personas arrestadas y no permitió que les causaran algún daño, cosa rara y maravillosa en aquellos malhechores, que para encubrir sus cohechos y fechorías se llamaban *Defensores de la Reina*.

No fué tan afortunado el estudiante que debía acompañarle, porque pasando por allí pocos días después le robaron todo el dinero que llevaba y ni siquiera perdonaron su equipaje, y añadiendo afrentas á las injurias, le desnudaron del todo para ver si ocultaba alguna cosa.

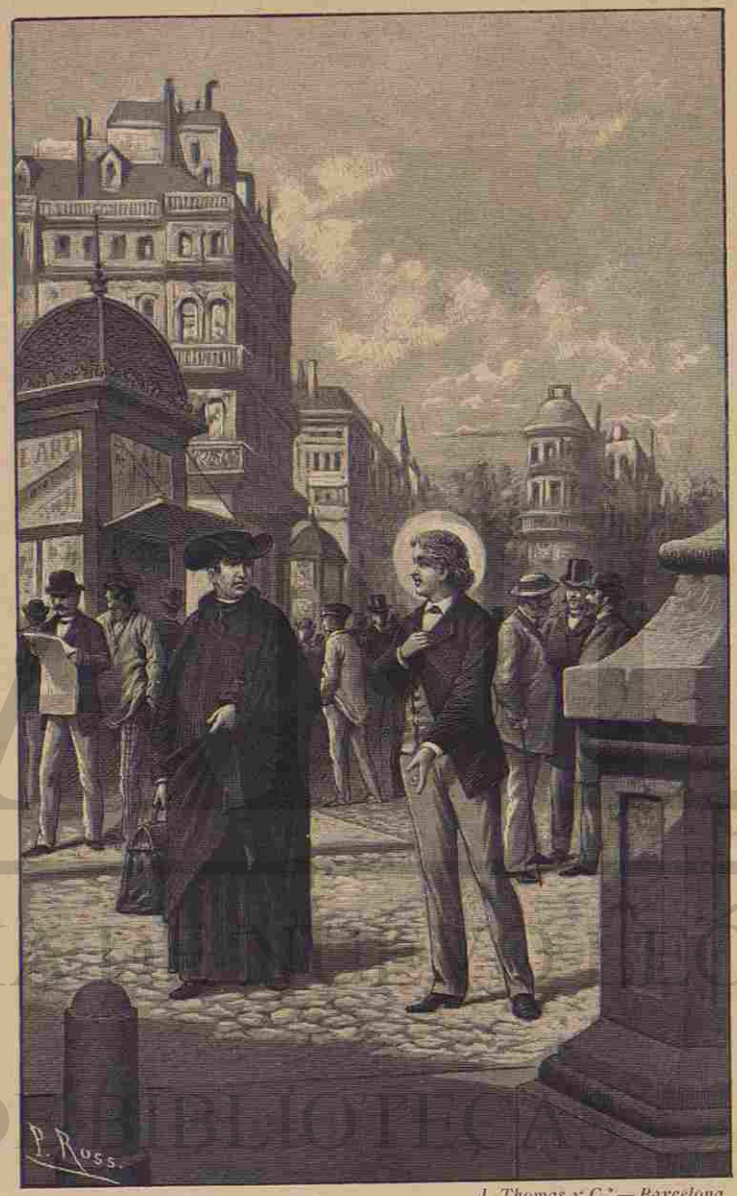
Llegó el Siervo de Dios aquella tarde á Osseja, pueblo del territorio francés. Hiciéronle en él muy buena acogida, y le cambiaron el pase por otro que le sirviera en aquella nación. La divina Providencia, en cuyas manos bienhechoras se había puesto con la confianza con que el tierno niño en los brazos de su madre, con frecuencia le ponía delante quien le proveyese de lo necesario. En Olette, los muchos españoles eclesiásticos y seglares que allí vivían ansiando el momento de poder volver á su querida patria, prendados de la virtud del pobre caminante le instaron para que se quedase con ellos, ofreciendo servirle en cuanto estuviera á su alcance; pero él, fijo el pensamiento en su vocación, agradeció cortésmente la generosa oferta y pasó adelante. En Prades ejercitaron con él la caridad dándole de comer. En Perpignan cambiáronle otra vez el pasaporte con uno que le sirviera para su viaje á



J. Thomas y C.ª — Barcelona

De paso en Marsella para Roma el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de joven que le sirve de guía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J. Thomas y C.ª — Barcelona

De paso en Marsella para Roma el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de joven que le sirve de guía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Roma. En Montpeller, en Nimes y en todas partes salíanle al encuentro sujetos que parecían enviados de Dios para hospedarle. Pero merece singular mención lo que le acaeció en Marsella.

2. Poco antes de llegar á esta ciudad se le juntó un cumplido caballero que le condujo á una buena posada, en donde permaneció los cinco días que mediaron hasta su embarcación. El día siguiente á su llegada, preguntando al primero que topó en la calle dónde vivía el Cónsul español, respondióle aquél: "Venga Ud. conmigo.„ Y sin más cumplidos ni antecedentes se hizo su fiel y constante compañero; llevóle al consulado, le hizo despachar el pasaporte y le volvió á la posada. Cada día, por el tiempo que estuvo en Marsella, iba á llamarle á su aposento y le conducía á las iglesias y á otros lugares piadosos, pero jamás á lugares profanos. Era el desconocido un joven de finísimos modales, modesto, atento y sumamente amable. Con trazas más de ángel que de hombre, parecía enviado por un gran señor para que cuidase con esmero del Sr. Claret, el cual aseguró después que nunca le vió comer, pues á la hora de la comida se separaba de él y luego volvía á encontrarle. Llegado el día y la hora de la embarcación, presentóse el gallardo mancebo en la posada, cogió el hatillo del viajero, le acompañó al puerto, despidióse de él al entrar en el buque, y cuando éste echó á andar, le perdió Claret de vista, quedando de todo esto no poco maravillado y sumamente agradecido. Excusado es decir que por tan señalados servicios no tuvo que pagar el Siervo de Dios ni un solo maravedí, á más de que no le era posible, pues viajaba sin dinero.

Antes de salir al puerto había rezado Vísperas y Completas, y para el viaje marítimo se había provisto de un poco de pan y queso, que fué su único alimento en los cinco días de travesía para llegar á Cività-Vecchia.

Embarcóse en el buque *Tancredo* en el mes de Octubre, y entre los tripulantes, que el curso de los acontecimientos había allí reunido, hallábanse unos religiosos benedictinos de Navarra, quienes á causa de la traición del general Maroto y de las persecuciones á que con esta ocasión se vieron expuestos, huían de la patria con dirección á Roma. Contáronle sus trabajos y la necesidad que entonces padecían, y él como pudo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los consoló, animándolos á esperar en la Providencia del Señor. También vió entre los pasajeros de esta embarcación al joven ordenando que debía haber salido con él de Cataluña, quien le refirió, con el triste ademán que se deja entender, el desgraciado encuentro con los salteadores pirenaicos y cómo le robaron cuanto llevaba, hasta dejarle desnudo. El Sr. Claret, para remediar la miseria de aquel infeliz, le socorrió en lo que pudo, dándole parte de su pobreza.

Fiel imitador de Jesucristo y de los Apóstoles, escogió en la nave el lugar más humilde, más pobre y más incómodo, pagando el flete de sobre cubierta y en la parte de la proa, que era el sitio más barato de la nave. Separado de los demás viajeros, rezó el santo Rosario y todas las devociones que tenía de costumbre, y púsose á descansar sentado en un montón de cuerdas arrolladas, con la cabeza inclinada sobre un cañón de artillería que estaba en la tronera. Acostumbrado á la meditación y á aplicar á las diversas circunstancias de su vida los hechos que de Cristo nos refieren los santos Evangelios, estas mortificaciones, aunque de suyo ásperas y dificultosas, se le hicieron muy suaves y llevaderas, porque luego se le ofreció al pensamiento el descanso que tomaría nuestro divino Salvador cuando navegaba con sus discípulos.

Esta meditación fué tan oportuna, que para mayor semejanza entre la navegación de nuestro Santo y la de Cristo, permitió el Señor se levantara aquella noche una tan recia tempestad que el agua entraba en el navío, cruzando las olas la cubierta y mojando cuanto en ella había. Recogió el bendito Antonio la Biblia y el Breviario, los envolvió en el hatillo de su ropa, se los puso junto al pecho y los cubrió con el balandrán y el sombrero. Cuando la furiosa ola le alcanzaba, doblaba el cuerpo por delante, para que, deslizándose el agua por las espaldas, á lo menos sus libros quedaran enjutos. Y como si esto no bastara para probar la paciencia inalterable del Siervo de Dios, á la tempestad siguió abundante lluvia; de manera que el pobre viajero á la mañana siguiente se halló enteramente calado y con la frugal provisión de pan y queso mojada también, y bien salada por cierto, y así hubo de comer de ella: "mas con la mucha sal y mi buen apetito, — decía él con gracia, — me fueron el pan y el queso muy sabrosos, y aun por ventura de mayor provecho.„

Al día siguiente de su navegación, admirado de la tranquilidad y resignación con que llevó aquel percance, se le acercó un caballero inglés que iba en el buque y llevaba en él su coche, sus criados y otras cosas de lujo y regalo. Saludó al humilde sacerdote con mucho respeto y cortesía, trabó amigable conversación con él, y entre otras cosas de edificación le dijo que él, aunque nacido en país protestante, era, por la misericordia de Dios, católico y que tenía grande afecto á los sacerdotes católicos, de cuyo trato y conversación gustaba mucho. Después de haber estado un buen rato platicando con el Siervo de Dios, le pidió su venia para retirarse por un momento, pero en breve apareció otra vez con una bandeja en la mano en la que llevaba muchos duros. Ofreciólos á nuestro Antonio como una pequeña limosna para remediar en algo su pobreza, y éste los aceptó por no parecer descortés y por el mucho amor con que el caballero se los ofrecía. Mas luego de recibidos los repartió entre los pobres benedictinos y el infortunado ordenando, sin conservar nada para sí.

Este acto singular de generosidad y desprendimiento, hecho con sencillez y naturalidad y sin sombra de vanidosa afectación, edificó tanto al caballero inglés que le dió su nombre por escrito y la dirección de su palacio en Roma, para que fuese á visitarle y le pidiese cuanto hubiese menester. No menos espantados y maravillados quedaron los demás pasajeros, y más cuando vieron que de los manjares comprados con aquel dinero, y que los agraciados con insistencia le ofrecían, no quiso tomar bocado, sino que se contentó con su pan y queso humedecidos y salados. Diéronle todos muy particulares muestras de estima y veneración, y algunos de ellos le obligaron á aceptar algunas monedas, que distribuyó como las anteriores entre sus paisanos víctimas del infortunio.

Por las muestras de simpatía que estos actos de virtud le habían granjeado, se confirmó nuestro Padre Fundador en la idea de que para mover á las gentes á obrar el bien é introducir en ellas buenas y virtuosas costumbres, el mejor medio y el más eficaz es el ejemplo. Así, con la mortificación, el desprendimiento y la caridad para con el prójimo iba labrando su alma y disponiéndose para la importante obra de las santas Misiones.

Después de cinco días de navegación más ó menos prós-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pera, llegó á Civitá-Vecchia, en donde desembarcó, y desde allí se fué á pie hasta Roma, término de su viaje. Llegó á esta capital como á las diez de la mañana; los religiosos benedictinos se fueron luego á un convento de su Orden, pero el Siervo de Dios no quiso dejar al joven ordenando catalán hasta instalarle en alguna casa de confianza donde hubiese otros paisanos que pudiesen ayudarle y dirigirle. Caminaban los dos á pie por las calles de la Ciudad Eterna en busca de hospitalidad, y fueron á dar á las puertas del convento de la *Transpontina*, perteneciente á la Orden carmelitana. La divina Providencia les había conducido allí, sin que supieran ellos quién lo habitaba, pues fué el primero que se les presentó á la vista. Llamaron en él, y preguntaron al portero si había en la Comunidad algún religioso catalán. Por dicha de los pobres viajeros lo era el Superior, Rmo. P. Comas, quien los recibió con muestras de particular afecto y los acompañó por sí mismo al convento de San Basilio, en donde habitaban en no muy buena paz y harmonía varios jóvenes catalanes que, como el compañero del Sr. Claret, habían ido á Roma á recibir las sagradas órdenes.

3. El celoso aspirante á la sagrada Congregación de Propaganda Fide aposentóse interinamente en San Basilio hasta tanto que llegara el tiempo de ser admitido en ella. Los ordenandos españoles de un grupo de los dos, que en aquel convento moraban, á causa del mal reprimido genio de algunos, vivían, por desgracia, desunidos. Pero ¡cosa admirable!, desde que el Sr. Claret habitó con ellos reapareció como por encanto la concordia, y con su amabilísima presencia desterró de allí hasta la sombra de enemistad y desunión. "Mosén Antonio Claret, —decía uno de ellos, que no había tomado parte en las rencillas,—ha sido el ángel de la paz: desde su llegada vivimos todos como hermanos (1)." Los ojos del joven de quien son estas palabras se habían fijado por vez primera en el amable huésped, como si vieran en él alguna cosa extraordinaria, y acaso también los del P. Claret se habían fijado en aquel ordenando, cuyo semblante revelaba un carácter enérgico y vigoroso, entusiasta del bien, emprendedor y constante para llevar felizmente á cabo cualquier empresa. Como pertenecían

1) Relación del Rmo. P. José Xifré.

á distintos grupos, apenas se hablaron; pero el Señor hizo que allí se vieran y comenzaran á saber el uno del otro.

El joven ordenando, en su modo de hablar, descubría un alma grande, una inteligencia clara y despejada, una fe vivísima que servía de base á sus raciocinios y presagiaba en sus futuros discursos aquella elocuencia varonil, de expresión concisa y enérgica, que aterraba y persuadía con la fuerza de una lógica inquebrantable. Este joven, de carácter férreo, pero domeñado por un sentimiento de profunda fe que inspiraba todos sus actos, era el hombre providencial que el Señor destinaba al P. Claret para ayudarle en la fundación del nuevo Instituto de Misioneros Hijos del Corazón de María y ser como el segundo Fundador de él, organizándolo y extendiéndolo por todas las partes del mundo. Se vieron, pero no se acabaron de comprender, porque el proyecto del uno no había aún madurado suficientemente, y hasta parecía irrealizable por el propósito que tenía el Sr. Claret de entrar en la Propaganda, y la vocación del otro no se había despertado aún, por más que las grandes energías reconcentradas en la persona del admirable joven manifestaran claramente su destino á heroicas empresas. Este joven es hoy un venerable anciano de setenta y siete años de edad, coronado de laureles y Superior General de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María hace ya más de treinta y seis años. Goza de buena salud y lleva una vida azarosa y agitada con continuos y largos viajes, emprendidos no pocas veces al través del Océano por el bien de nuestro Instituto. Pero dejemos ahora este feliz y providencial encuentro; más tarde los veremos reaparecer en la escena para dar comienzo á la grande obra, hasta coronarla con éxito feliz á costa de muchos sudores y fatigas.

No perdiendo el Sr. Claret de vista el objeto que le había traído á la capital del orbe cristiano, fué luego á visitar al ilustrísimo Sr. Vilardell, recién consagrado obispo del Líbano, á quien iba recomendado por medio de una carta que llevaba consigo; pero no le halló porque había ya salido de Roma con dirección á su destino. Preguntó entonces por el eminentísimo señor Cardenal Prefecto de la Congregación de Propaganda; mas como era entonces el mes de Octubre, durante el cual vacan casi todas las Sagradas Congregaciones para que los empleados de ellas puedan descansar algún tanto de sus penosas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tareas en las deliciosas *vil-las* de los pueblos comarcanos, tampoco le vió ni le dieron esperanza de verle hasta pasada *l'Ottobrata,* que suele ser á principios de Noviembre, época en la cual las Congregaciones reanudan sus trabajos. Consideró el Sr. Claret esta circunstancia como providencial, puesto que no había aún hecho aquel año los santos ejercicios, y ahora, en los dias que faltaban, se le ofrecía muy buena ocasión para hacerlos con detención y recogimiento.

No dejó pasar descuidada tan buena coyuntura, y para más aprovecharse se puso bajo la dirección de un Padre de la Casa profesa de la Compañía de Jesús. Descubrióle durante los ejercicios todos los pliegues de su inocente alma, conferenció con él todos los días y le explicó su intención de ir á las Misiones de Oriente. Su buen director, prendado de las dotes extraordinarias que descubrió en el alma del joven sacerdote, y con ánimo de favorecer mejor la vocación á que el Sr. Claret se sentía inclinado, le dijo en los últimos días de su retiro:

—Ya que Dios le llama á Ud. á las Misiones extranjeras, mejor fuera se agregase Ud. á la Compañía de Jesús y no tendría que ir solo, que es cosa muy expuesta...

—Bien sé yo,—respondió el humilde sacerdote,—que para mí sería muy ventajoso pertenecer á ese célebre Instituto; pero ¿quién soy yo para que la Compañía me admita?

Tan alto concepto tenía de ella y tan bajo de sí mismo, que ni por sueños creía él que le admitiesen.

Maravillado más el Padre con tan profunda humildad y muy gozoso por juzgar que el Señor quería enriquecer á la Compañía con aquel precioso tesoro de virtud escondido á los ojos del mundo, le aconsejó que presentase una solicitud al reverendísimo P. Roothan, Prepósito general, que vivía en aquella misma casa, y así lo hizo el obediente ejercitando. Llamóle al día siguiente dicho Rmo. Padre y le mandó que se presentase al P. Provincial, que residía en San Andrés de *Monte Cavallo*, pues él daba por aprobado lo que éste resolviese.

En esta casa, situada frente al palacio apostólico del Quirinal, estaba entonces el antiguo Noviciado que la Compañía tenía en Roma, santificado con los ejemplos que allí dieron un San Luis Gonzaga, un San Estanislao de Kotska, un San Juan Berchmans y tantos otros varones esclarecidos que llenaron el mundo con el suave olor de sus virtudes y con los claros res-

plandores de su sabiduría. Pero después del 70 la piqueta revolucionaria, so pretexto de dar vista á la regia morada del usurpador de los Estados pontificios, derribó aquellos muros sagrados, respetando apenas las habitaciones de aquel ángel en carne humana, San Estanislao de Kotska. Y como si aquello poco que habían perdonado fuera continuo pregonero de la barbarie é injusticia de los usurpadores, en estos últimos años (1), á pesar de las solemnes promesas hechas por Humberto á las señoras de la nobleza polaca, cayeron aquellos últimos y venerandos restos del edificio bajo la piqueta demoledora, símbolo terrible de la universal ruina que amenaza á la sociedad moderna.

A este Noviciado, lleno de tan sublimes recuerdos históricos, se encaminó nuestro querido P. Fundador á fines de Octubre de 1839, y arreglados en breve todos los negocios, el 2 de Noviembre del mismo año experimentó gran consuelo viéndose ya vestido con la sotana de la Compañía de Jesús, pues le parecía un sueño lo que palpaba.

4. Puesto, pues, en el Noviciado, fragua de la caridad, escuela de abnegación y aprendizaje del olvido de sí mismo, no pensaba sino en santificarse. Los edificantes ejemplos de los profesos y novicios le tenían maravillado: de todos ellos sacaba gran provecho. Llamáronle la atención algunas prácticas, en especial aquellas con que se prepararon á celebrar la solemne fiesta de la Inmaculada Concepción, y que solían repetir para disponerse á las demás festividades de la Virgen. Con permiso del Padre director espiritual, proponía cada uno la práctica de alguna virtud según su inclinación ó su necesidad particular; hacían sus correspondientes actos y los anotaban, lo mismo que el modo ó manera con que los habían ejercitado. En la vigilia de la fiesta, por la tarde, cerrábase la lista

(1) El 13 de Noviembre de 1888, hallándome en Roma á causa de los estudios de Derecho, tuve la dicha incomparable de visitar las habitaciones ó capillas del ángel polaco, San Estanislao de Kotska, y de respirar el celestial aroma de virtud que despedían aquellas santas paredes; al año siguiente, por aquella misma fecha, torné á visitarlas, pero ya no existía sino un facsímil de ellas hecho en el piso bajo junto á la iglesia. El acuerdo de su destrucción, tomado en las logias masónicas el 7 de Junio de 1889 para hacer un nuevo ultraje á la Religión y á la persona augusta de León XIII, que había celebrado en ellas su primera Misa, fué bárbaramente ejecutado poco después del infausto acontecimiento del 9 de Junio de aquel mismo año, día de la infernal inauguración de la estatua al apóstata Jordano Bruno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de lo que se había hecho, y puesto en forma de esquelita se echaba en el cepillo que el Padre Rector tenía en la puerta de su cuarto. Recogíalas su ayudante, el cual formaba de ellas un catálogo para leerlo por la noche en la capilla, estando todos reunidos, en esta forma: *Virtudes que los Padres y Hermanos de esta Casa han practicado en obsequio de María santísima para prepararse á la fiesta de la Inmaculada Concepción. — Un individuo ha hecho cada día tantos actos de tal y tal virtud, de esta ó la otra manera. Otro ha hecho esto y esto, y de esta manera.* — Y así se iba siguiendo el catálogo de todos. De las prácticas que vió en aquella santa casa ésta fué una de las que más le agradaron, porque, callando el nombre del que había ejercitado la virtud, se le quitaba el peligro de envanecerse, y por otro lado muchos se sentían movidos á imitarle: "¡Oh! — exclama el Siervo de Dios, — cuántas veces me decía yo á mí mismo: ¡qué bien te estaría á ti esta virtud!: la has de practicar; y así lo hacía con la gracia del Señor.„

No hay en la Compañía mortificaciones mandadas y tasadas por la Regla; pero acaso en ninguna otra Religión están más en uso, aunque todas, ora sean públicas, ora secretas, deben hacerse con licencia del Padre Director. Ayunaban todos los viernes, y los sábados puede decirse que hacían otro tanto; porque si bien por la noche, además de la ensalada, pasaban un huevo para cada uno, casi nadie lo tomaba. Los más se abstenían de todos ó de parte de los postres, y de los otros platos dejaban mucho, y siempre lo que les era más grato al paladar. Los Padres más graves, así como eran los que más años llevaban en Religión, así eran los primeros en observar tan rigurosa templanza. Uno de ellos, que tenía el cargo de Padre espiritual, ayunaba ordinariamente todos los días de la semana menos los domingos, y no tomaba otro alimento que pan y agua, y aun esto arrodillado en medio del refectorio, con una mesita baja enfrente, y así permanecía durante la comida ó la cena de la Comunidad. "Viendo en tal posición á este hombre venerable, — dice el Sr. Claret, — ¿quién no se había de confundir de estar sentado y comiendo con regalo?„

Los miércoles, viernes y sábados, y las vigilias de las fiestas principales, pasaba un Padre por los cuartos con un cuadernito en blanco, y llamando á la puerta del aposento sin entrar, salía el que estaba dentro de él, tomaba el cuadernito de manos del Padre, escribía en una línea donde estaba su nombre el acto de mortificación que tenía ánimo de hacer, verbigracia: *El Padre ó Hermano tal desea besar los pies, ó estar con los brazos en cruz durante la bendición y acción de gracias de la mesa; servir á la mesa, lavar los platos,* etc., y le devolvía el cuadernito sin decir una palabra. Después de haber pasado por todas las celdas íbase al Padre Rector, el cual señalaba á quiénes daba permiso y á quiénes no, y volviendo el primero al aposento de cada uno, con un solo movimiento de cabeza les indicaba el sí ó el no sobre la licencia que habían solicitado (1).„

Además de estas mortificaciones exteriores y públicas había otras ocultas, como cilicios, disciplinas, limpiar los vasos ó platos, los faroles, los quinqués, etc.; empero las más provechosas eran las que se daban sin que uno las pidiese, y más aún si, como muchas veces acaecía, herían en lo vivo el amor propio. Es curioso é instructivo el relato que el Sr. Claret nos hace en sus *Manuscritos* de algunos á que le sujetó el Maestro de novicios. "Yo, — dice, — nunca he sido aficionado al juego, y por lo mismo me mandaron jugar todos los jueves en una huerta adonde íbamos. Supliqué al Padre Rector que tuviese la bondad de dejarme estar en la oración ó en el estudio en vez del juego, y me contestó redondamente: "Juegue Ud., y „juegue bien;„ por lo cual tanto cuidado puse en esto, que después ganaba todas las partidas. — Noté que un sacerdote de la Casa los días festivos tenía que celebrar muy tarde, y conocí que el haber de estar tanto tiempo en ayunas le era molesto, aunque él no se quejaba. Movido yo á compasión dije á mi Padre Superior que si era de su gusto y voluntad diría yo la Misa tarde, cambiando la mía, que era á buena hora, con la de aquél, pues podía yo esperar á desayunarme tarde sin experimentar molestia alguna. Me dijo: "Ya veremos.„ El resultado fué que, en lugar de ponerme la Misa más tarde, me la pusieron más temprano. — Deseando leer la Sagrada Biblia, pedí la que me

(1) Casi todos estos actos de humildad y mortificación los dejó consignados nuestro venerable Fundador el P. Claret en nuestras santas Constituciones, con otros muchos de mayor abnegación que aquí no se nombran, y por la misericordia del Señor se usan mucho, no sólo en el Noviciado, sino también en nuestras Casas y Colegios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llevé de España, en un tomo: dijéronme que estaba muy bien; pero no me la devolvieron hasta que tuve que salirme por enfermo. Grande fué el beneficio que me hizo el Señor en llevarme á Roma é introducirme, aunque por poco tiempo, entre aquellos virtuosos Padres y Hermanos. ¡Ojalá me hubiese yo aprovechado! Pero, si no lo hice entonces, me he servido de aquellas instrucciones para mi bien y el de mis prójimos. „

" A propósito de lo dicho recuerdo,—dice el Rdo. P. Clotet en sus Memorias,—que un día nos refirió nuestro amado Padre Fundador que los jóvenes probaban á veces sus sermones en el refectorio durante la comida, y que, habiendo hecho uno de ellos un hermosísimo discurso, le dijo el Padre Rector al concluir: " Ese discurso no vale nada; ha hecho Ud. un potaje „ como éste que nos han puesto en la mesa „. Al decir esto, retiró con desdén el plato que tenía delante; y cuando el avisado no lo podía oir, dijo á los demás novicios: "El joven que hoy „ nos ha predicado será un buen predicador. „

Ensayábanse un día aquellos jóvenes en el modo de catequizar; uno de ellos hacía el papel de catequista, y los otros el de niños; entra el Padre Rector en la sala en que estaban reunidos, y pregunta al que hacía de catequista: "¿Qué tal? ¿cómo se portan esos niños?—Muy bien, Rdo. Padre, respondió el joven; pero hay algunos un poco traviesos.—En este caso, —repuso el Padre Rector, —no convenía me lo dijese usted ahora, sino tan sólo que se portaban bien, y cuando yo me hubiese ausentado los habría Ud. llamado aparte y hablado en estos ó parecidos términos: *Queridos niños, yo disimulo vuestras faltas delante del Rdo. Padre Rector, y vosotros me hacéis quedar mal con él con vuestras travesuras. ¿Cuándo seréis sensatos? Mas espero que en lo venidero os aprovecharéis de estos avisos,* etc. „

El apostólico varón Sr. Claret, cual diestro negociante, iba haciendo acopio de todo lo que veía y oía, reteniéndolo en la memoria para sacar de ello sus ganancias espirituales. Allí aprendió el modo de dar los ejercicios de San Ignacio de Loyola, el método de predicar, de catequizar y confesar con fruto, y muchas otras cosas de provecho.

5. Admirábase el Siervo de Dios de la ejemplarísima conducta de los que vivían en aquel plantel de varones apostólicos: en las recreaciones no se hablaba sino de Dios y de las

virtudes, de la devoción á María santísima y de ganar almas para el cielo. Estas edificantes palabras y los brillantes ejemplos de los que las proferían, avivaron tanto la llama del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas en aquel corazón, de antemano bien dispuesto, que le tenían consumido. Ofrecíase sin reserva al Señor, pensaba y discurría de continuo qué podría hacer para la salvación del prójimo, y no llegando el tiempo de obrar se desahogaba orando, y del horno encendido de su pecho salieron dos oraciones dirigidas á la Virgen santísima, que son dos llamas de fuego abrasador. Dudo que se haya escrito nada más vehemente y afectuoso en nuestra lengua, y que con mayor energía manifieste las torturas y sobresaltos de un corazón inquieto, despedazado y hecho un volcán por el celo consumidor de la gloria divina y de la salvación de las almas. Dígase que sus frases son toscas y que están por limar, que sus arranques parecen incoherentes; pero los que por esto juzguen del mérito de las oraciones dan á entender que ignoran lo que es el alma de la elocuencia, el lenguaje de la pasión, la manifestación clara y trasparente del espíritu. Sólo un ingenio superficial é insensible á los afectos religiosos no sabrá ver el alma de fuego que se trasluce en estas expresiones, que rebosan valentía, ternura, y estoy por decir, furores del divino amor: "¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que los lobos carnívoros están degollando las ovejas de mi amo, callo? ¿Cómo tendré caridad si enmudezco al ver cómo roban las alhajas de mi Padre, alhajas tan preciosas que cuestan la sangre y la vida de un Dios? ¿Y qué será de mí si callo aún viendo que han pegado fuego á la casa de mi amantísimo Padre? ¡Ah! No es posible callar, Madre mía, en tales ocasiones; no, no callaré, aunque supiera que han de hacer pedazos de mi cuerpo: no quiero callar; llamaré, gritaré, daré voces al cielo y á la tierra, á fin de que se remedie tan gran mal: no callaré; y si de tanto gritar se volvieren roncas ó mudas mis fauces, levantaré las manos al cielo, y los golpes que daré en el suelo con los pies suplirán la falta de mi lengua. „

¡Cuán bien cumplió lo que en este arranque fervoroso prometió al Señor! Pocos serán los varones apostólicos que, como él, hayan dado tantas voces para despertar á las almas del profundo sueño del pecado. Lenguas fueron sus continuas pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dicaciones; lenguas sus numerosos libros; lenguas los millones de hojas volantes que esparció por todo el mundo, y que en España y América principalmente hicieron llegar por todos los rincones el grito de alarma para ahuyentar de la grey de Cristo los lobos infernales. Lo iremos viendo con más detención en el decurso de su vida; y entretanto, para consuelo de las almas fervorosas que celan la gloria de Dios, traslado en la nota (1) esas oraciones, que afortunadamente se han con-

(1) *Primera oración.* — ¡Oh santísima María, concebida sin mancha de pecado original, Virgen y Madre del Hijo de Dios vivo, Reina y Emperatriz de cielos y tierra! Ya que sois Madre de piedad y misericordia, dignaos volver esos tiernos y compasivos ojos hacia este infeliz desterrado en este valle de lágrimas, que, aunque desgraciado, tiene la dichosa suerte de ser hijo vuestro! ¡Oh Madre mía, cuánto os amo! ¡Cuánto os aprecio! ¡Oh, cuánta es la confianza que en Vos tengo de que me daréis la perseverancia en vuestro santo servicio y la gracia final! Al propio tiempo, Madre mía, os suplico y pido la destrucción de todas las herejías, que están devorando el rebaño de vuestro santísimo Hijo; acordaos, piadosísima Virgen, que Vos tenéis poder para acabar con todas ellas: hacedlo por caridad, por aquel grande amor que profesáis á Jesucristo, Hijo vuestro; mirad que estas almas, redimidas con el precio de la sangre de Jesús, vuelven otra vez á estar en poder del demonio, con desprecio de vuestro Hijo y de Vos. Ea, pues, Madre mía, ¿qué os falta? ¿Queréis acaso un instrumento con el que pongáis remedio á tan gran mal? Aquí tenéis uno que, al mismo tiempo que se conoce el más vil y despreciable, se considera el más útil á este fin, para que así resplandezca más vuestro poder y se vea más claramente que sois Vos la que obráis y no yo. Ea, amorosa Madre, no perdamos tiempo; aquí me tenéis: disponed de mí; bien sabéis que soy todo vuestro. Confío que así lo haréis por vuestra gran bondad, piedad y misericordia, y os lo ruego por el amor que tenéis al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

Segunda oración. — ¡Oh inmaculada Virgen y Madre de Dios, Reina y Señora de la gracia! Dignaos por caridad dar una compasiva mirada á este mundo perdido; ved cómo casi todos han abandonado el camino que se dignó enseñarles vuestro santísimo Hijo; se han olvidado de sus santas leyes y se han pervertido tanto, que de ellos se puede decir: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* Se ha extinguido en ellos la virtud santa de la fe, de suerte que apenas se encuentra sobre la tierra. ¡Ay! Extinguida esta divina luz todo es obscuridad y tinieblas, y no conocen el abismo en que caen andando apresuradamente por el ancho camino de la eterna perdición. ¿Y queréis Vos, Madre mía, que yo, siendo hermano de estos infelices, mire con indiferencia su total ruina? ¡Ah, no! Ni el amor que tengo á Dios ni el que tengo al prójimo lo pueden tolerar; porque, ¿cómo se dirá que yo tengo caridad ó amor de Dios si, viendo que mi hermano está en necesidad, no le socorro? ¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que en un camino hay ladrones asesinos que roban y matan á cuantos pueden, no obstante no se lo advierto á los que se dirigen á él? ¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que los lobos carnívoros están degollando á las ovejas de mi amo, callo? ¿Cómo tendré caridad si enmudezco al ver cómo roban las alhajas de mi Padre, alhajas tan preciosas que cuestan la sangre y la vida de un Dios? ¿Y qué será de mí si callo aún viendo que han pegado fuego á la casa de mi amantísimo Padre? ¡Ah! No es posible callar, Madre mía, en tales ocasiones; no, no callaré, aunque supiera que han de hacer pedazos de mi cuerpo: no quiero callar; llamaré, gritaré, daré voces al cielo y á la tierra á fin de que se remedie tan gran mal: no callaré; y si de tanto gritar se volvieren roncas ó mudas mis fauces, levantaré las manos al cielo, y los golpes que daré en el suelo con mis pies suplirán la falta de mi lengua. Por tanto, Madre mía, desde ahora ya comienzo á hablar y á gritar; ya acudo á Vos, que sois Madre de misericordia: dignaos socorrer tan grande necesidad; no me digáis que no podéis, porque yo sé que en el orden de la gracia sois omnipotente. Dignaos, os suplico, dar á todos la gracia de la conversión, pues que sin ésta no haríamos nada, y entonces enviadme y veréis cómo se convierten. Yo sé que daréis esta gracia á todos los que de veras la pidieren; pero si ellos no la piden es porque no conocen su necesidad, y tan fatal es su estado que no conocen lo que les conviene, y esto cabalmente me mueve aún más á compasión. Aunque esté destituído de todo dote natural para este objeto, no importa, *mitte me:* así se verá mejor que *gratia Dei sum id quod sum.* Tal vez me diréis que ellos, como enfermos frenéticos, no querrán escuchar al que les quiere curar, antes bien me despreciarán y perseguirán de muerte. No importa, *mitte me,* porque *deseo ser anatema por mis hermanos.* Ó bien me diréis que no podré sufrir tantas impertinencias de frío, calor, lluvias, desnudez, hambre, sed, etc. No hay duda que por mi parte nada puedo soportar, pero confío en Vos y digo: *Omnia possum in eo, qui me confortat.* ¡Oh María, Madre y esperanza mía, consuelo de mi alma y objeto de mi amor! Acordaos de las muchas gracias que os he pedido, y de que todas me las habéis concedido. ¿Precisamente ahora hallaré agotado ese manantial perenne? No, no se ha oído decir, ni se oirá jamás, que ningún devoto vuestro haya sido reprochado de Vos. Ya veis, Señora, que todo esto que os pido se dirige á la mayor gloria de Dios y vuestra y al bien de las almas: por esto lo espero alcanzar y lo alcanzaré; y para que os mováis á concedérmelo más pronto no alegaré méritos míos, porque no los tengo, sino deméritos: os diré, sí, que como Hija que sois del Eterno Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, es muy conforme que celéis el honor de la Santísima Trinidad, de la que es viva imagen el alma del hombre, y además esta misma imagen está bañada con la sangre de un Dios humanado. Habiendo Jesús y Vos hecho tanto por ella, ¿ahora la abandonaréis? Es verdad que es merecedora de este abandono; mas por caridad os suplico que no la abandonéis; os lo pido por lo más santo y sagrado que hay en el cielo y en la tierra; os lo pido por aquel mismo á quien yo, aunque indigno, hospedo todos los días en mi casa, le hablo como amigo, le mando y me obedece bajando del cielo á mi voz. Este es aquel Dios que os preservó de la culpa original, que se encarnó en vuestras entrañas, que os colmó de gloria en el cielo y os hizo abogada de los pecadores; y éste, no obstante de ser Dios, me oye, me obedece cada día; pues oidme Vos, á lo menos esta vez, y dignaos concederme la gracia que os pido. Confío que lo haréis, porque Vos sois mi Madre, mi alivio, mi consuelo, mi fortaleza y todas las cosas después de Jesús. ¡Viva Jesús, viva María! Amén.

servado entre los manuscritos del Siervo de Dios, y que hasta ahora no habían visto la luz pública. Creo con esto hacer un favor á las personas devotas, sin embarazar por otro lado el curso de los hechos.

Comunicando el Sr. Claret estos sus ardientes deseos de trabajar por la salvación de las almas á su director espiritual, éste, como prudente y que no podía prever por entonces que pudiesen tener tan temprano cumplimiento, tomábale de la

mano y le decía: "Dejemos que obre Dios, dejemos que obre Dios; ya llegará su tiempo. „ Y sin duda, movido por la autoridad de tan acreditado maestro, más tarde el Siervo de Dios calificó estos deseos de excesivos. Pero no era así, como bien pronto lo demostraron los hechos, sino que la gracia de Dios había obrado en él de un modo extraordinario para acabarle de disponer á la gloriosa empresa de las Misiones, con las que tantas almas había de ganar para Dios, y á otra aún más ardua y trascendental para la divina gloria, como era la de formar en la Iglesia militante nuevo y aguerrido escuadrón que tantos trofeos había de arrancar al infierno y tantos laureles alcanzar en las batallas del Señor. En esas dos oraciones está realmente dibujado, á lo menos con las primeras líneas, el espíritu del Fundador y de los futuros Misioneros con la nota característica de la devoción singularísima á la Madre de Dios, en cuyo Corazón maternal desahogarían, como su amado Padre, el celo por la salvación de las almas, y del cual tomarían alientos para acometer con brío y triunfar gloriosamente en la lucha contra las potestades de las tinieblas.

No fué, de seguro, tiempo perdido el que el Siervo de Dios estuvo en el Noviciado de la Compañía, porque lo que allí vió y oyó contribuyó en gran manera á su modo de vivir en el resto de la vida, como de ello dió claro testimonio el Rdo. Padre Juan Nepomuceno Lobo, que vivió por espacio de seis años al lado de nuestro santo Padre, y se separó después de él para entrar en la ínclita Orden de San Ignacio. "En toda su conducta y modo de obrar,—dice este Rdo. Padre,—se ajustaba con la más delicada exactitud á las prácticas en que se ejercitó durante su permanencia en la Compañía de Jesús. Lo que allí aprendió no lo olvidó ni descuidó jamás. Mas tarde, entrando yo en la Compañía, tuve ocasión de conocerlo así y de admirarme, porque los más perfectos y observantes religiosos no me dieron más cabal ejemplo que él de la delicada observancia de la perfección religiosa. Tan grande fué el aprecio y amor que profesó á la Compañía, que supo inspirarlo á todos sus familiares, cinco de los cuales ingresamos en ella. Además, llegado á Cuba, elevó al supremo gobierno de Madrid una razonada exposición ponderando la necesidad de su restablecimiento en las posesiones de Ultramar, y especialmente en las Antillas, sobre todo para confiarle la educación

de la juventud y las misiones. El resultado fué como lo apetecía. La reina Doña Isabel II publicó una real cédula en 26 de Noviembre de 1852, y en ella, respecto á la conveniencia de restablecer la Compañía, se reproducen frases notables de la exposición del Sr. Claret; lo cual prueba que el Gobierno tuvo muy en cuenta sus razones alegadas.

„Mantuvo correspondencia algunas veces con el venerable y muy Rdo. P. Roothaán, Prepósito general de la Compañía de Jesús, el cual le había admitido en ella personalmente en Roma; y cuando, por motivo de una especie de parálisis que allí acometió al Sr. Claret hubo necesidad de enviarle á su patria natal, le anunció que si el Señor le había llevado á la Compañía fué para ejercitarse en el modo de vida que luego debía observar constantemente, así como la manera de dar ejercicios espirituales al clero en el siglo, adonde Dios le llamaba de nuevo para que le rindiera mucha gloria y en mayor escala que hubiera podido hacerlo como mero religioso de la Compañía. El resultado justificó bien pronto un anuncio que pareció profético (1).„ Hasta aquí son palabras del dicho Padre Nepomuceno Lobo. En ellas se apunta ya la causa que le obligó á salir de la Compañía.

6. Hacía ya tres meses que el fervoroso novicio Sr. Claret, con grande alegría de su alma, se iba formando para las santas Misiones en *San Andrés de Monte Cavallo,* por medio de útiles conferencias y de visitas semanales á cárceles y hospitales. Comenzó el 2 de Febrero de 1840 los ejercicios completos de San Ignacio de Loyola, que duraban por espacio de treinta días; continuaba en ellos con gran fervor y ardentísimos deseos de aprovechar, y todo parecía presagiar en él un futuro jesuita, fiel soldado de la milicia de Loyola. Mas el Señor, que no le destinaba para miembro de una Religión existente ya desde mucho tiempo y bien organizada, sino para fundador de una nueva, y que le había impedido entrar en otro tiempo por una mudanza repentina en la austera Orden cartujana, cuando el Siervo de Dios se hallaba con mayores bríos y más dulcemente ocupado en los ejercicios espirituales, atajó sus pasos enviándole un dolor muy intenso é inesperado en la pierna derecha, que le quedó como paralizada y en estado muy

1) Tomado de la carta del 22 de Enero de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peligroso. Lleváronle á la enfermería, donde le aplicaron los remedios oportunos; pero aunque se alivió algo con ellos no se tuvo por segura su curación, y aun se llegó á temer que perdería por completo el movimiento en aquella parte de su cuerpo. Visitóle el P. Rector; y como le viese en tan mal estado, le dijo: "No es natural lo que en Ud. está pasando; porque, habiendo permanecido hasta el presente sano y alegre, la novedad que le ha sobrevenido, precisamente ahora en los santos ejercicios, me hace pensar que el Señor quiere de Ud. alguna otra cosa; si le parece á Ud. bien lo consultaremos con el Padre General, quien, siendo varón iluminado de Dios y de virtudes no comunes, nos dará á conocer la divina voluntad.„ "Muy bien está, Rdo. Padre, — respondió el P. Claret.„ Fuése, pues, acompañado del Rector á explicarse con el Padre General, y habiéndole éste oído, le dijo con gran resolución: "Es voluntad de Dios que vuelva Ud. pronto á España. Confíe en el Señor y tenga ánimo.„

Con esta respuesta tan terminante no le quedó duda al Siervo de Dios de que el Señor no le llamaba á la Compañía, y como humilde lo atribuía á su indignidad, juzgando que no tenía partes para ella; pero se resignó enteramente á la divina voluntad, y á mediados de Marzo emprendió el viaje de su vuelta á España. Como unos cinco meses había permanecido en la corte pontificia; y habiendo llegado á ella desconocido, sin arrimo alguno, sin más recomendación que la dirigida al Ilmo. Vilardell, que de nada le sirvió, salió ahora de ella después de haberse ganado con sus virtudes y ejemplos la confianza y amistad de muchas y respetabilísimas personas, y dejando en pos de sí muy grato recuerdo en toda la colonia española, que hablaba de él como de sacerdote ilustrado y de extraordinaria virtud; lo cual era tanto más de maravillar en Roma cuanto que en ella no se ejercitó en ninguno de los ministerios apostólicos que de suyo suelen llamar la atención pública. Sólo su modestia, piedad y celo le abrieron paso entre los demás, que éste suele ser el camino por donde llegan los santos á la cumbre de la fama.

CAPÍTULO VI

ES NOMBRADO REGENTE DE VILADRAU, Y DA COMIENZO Á LAS MISIONES (1840)

1. Prudencia del Sr. Claret en la elección de su residencia en España. — Es nombrado regente de Viladrau. — Su conducta en este empleo. — 2. Inaugura sus Misiones. — Fruto de las primeras que dió en Viladrau, Espinelvas, Seva, Igualada y Santa Coloma de Queralt. — 3. El Señor autoriza su misión con milagros. — Extingue con su bendición un incendio. — Cómo curaba los cuerpos el Siervo de Dios. — Eficacia de sus recetas espirituales y corporales. — 4. Ingeniosa manera con que curaba á los que se creían endemoniados. — 5. Deja el cargo de Regente y se traslada á Vich.

1. Antes que el Siervo de Dios partiera de la Ciudad Eterna para España, algunos Padres jesuítas le aconsejaron que, en llegando á ella, fijara su residencia en la religiosa ciudad de Manresa, fortificada y defendida por los partidarios de la reina Cristina, con lo cual, decían ellos, evitaría que el Gobierno de Madrid, tan suspicaz y receloso de los eclesiásticos, le mirara como un emisario de los carlistas, y por otro lado, su virtud y vida ejemplar le defenderían suficientemente de los ataques de la maledicencia que pretendiera suponerle adicto á las doctrinas liberales. Otros, por el contrario, y entre ellos el Rmo. P. Fermín Alcaraz, le decían que sería mejor se estableciese en Berga, país dominado por los defensores de D. Carlos, en donde los religiosos disfrutaban de la libertad que no tenían bajo el Gobierno perseguidor del bando opuesto, y las misiones hallaban protección en las mismas autoridades. Oyó el Sr. Claret con respetuosa atención entrambos pareceres, pero sin obligarse á seguir ninguno de ellos.

Como una sola palabra pudiera haber comprometido su noble ministerio, guardó suma reserva y no se decidió por ningún partido hasta que, llegado á la Península, pudo apre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peligroso. Lleváronle á la enfermería, donde le aplicaron los remedios oportunos; pero aunque se alivió algo con ellos no se tuvo por segura su curación, y aun se llegó á temer que perdería por completo el movimiento en aquella parte de su cuerpo. Visitóle el P. Rector; y como le viese en tan mal estado, le dijo: "No es natural lo que en Ud. está pasando; porque, habiendo permanecido hasta el presente sano y alegre, la novedad que le ha sobrevenido, precisamente ahora en los santos ejercicios, me hace pensar que el Señor quiere de Ud. alguna otra cosa; si le parece á Ud. bien lo consultaremos con el Padre General, quien, siendo varón iluminado de Dios y de virtudes no comunes, nos dará á conocer la divina voluntad.„ "Muy bien está, Rdo. Padre, — respondió el P. Claret.„ Fuése, pues, acompañado del Rector á explicarse con el Padre General, y habiéndole éste oído, le dijo con gran resolución: "Es voluntad de Dios que vuelva Ud. pronto á España. Confíe en el Señor y tenga ánimo.„

Con esta respuesta tan terminante no le quedó duda al Siervo de Dios de que el Señor no le llamaba á la Compañía, y como humilde lo atribuía á su indignidad, juzgando que no tenía partes para ella; pero se resignó enteramente á la divina voluntad, y á mediados de Marzo emprendió el viaje de su vuelta á España. Como unos cinco meses había permanecido en la corte pontificia; y habiendo llegado á ella desconocido, sin arrimo alguno, sin más recomendación que la dirigida al Ilmo. Vilardell, que de nada le sirvió, salió ahora de ella después de haberse ganado con sus virtudes y ejemplos la confianza y amistad de muchas y respetabilísimas personas, y dejando en pos de sí muy grato recuerdo en toda la colonia española, que hablaba de él como de sacerdote ilustrado y de extraordinaria virtud; lo cual era tanto más de maravillar en Roma cuanto que en ella no se ejercitó en ninguno de los ministerios apostólicos que de suyo suelen llamar la atención pública. Sólo su modestia, piedad y celo le abrieron paso entre los demás, que éste suele ser el camino por donde llegan los santos á la cumbre de la fama.

CAPÍTULO VI

ES NOMBRADO REGENTE DE VILADRAU, Y DA COMIENZO Á LAS MISIONES (1840)

1. Prudencia del Sr. Claret en la elección de su residencia en España. — Es nombrado regente de Viladrau. — Su conducta en este empleo. — 2. Inaugura sus Misiones. — Fruto de las primeras que dió en Viladrau, Espinelvas, Seva, Igualada y Santa Coloma de Queralt. — 3. El Señor autoriza su misión con milagros. — Extingue con su bendición un incendio. — Cómo curaba los cuerpos el Siervo de Dios. — Eficacia de sus recetas espirituales y corporales. — 4. Ingeniosa manera con que curaba á los que se creían endemoniados. — 5. Deja el cargo de Regente y se traslada á Vich.

1. Antes que el Siervo de Dios partiera de la Ciudad Eterna para España, algunos Padres jesuítas le aconsejaron que, en llegando á ella, fijara su residencia en la religiosa ciudad de Manresa, fortificada y defendida por los partidarios de la reina Cristina, con lo cual, decían ellos, evitaría que el Gobierno de Madrid, tan suspicaz y receloso de los eclesiásticos, le mirara como un emisario de los carlistas, y por otro lado, su virtud y vida ejemplar le defenderían suficientemente de los ataques de la maledicencia que pretendiera suponerle adicto á las doctrinas liberales. Otros, por el contrario, y entre ellos el Rmo. P. Fermín Alcaraz, le decían que sería mejor se estableciese en Berga, país dominado por los defensores de D. Carlos, en donde los religiosos disfrutaban de la libertad que no tenían bajo el Gobierno perseguidor del bando opuesto, y las misiones hallaban protección en las mismas autoridades. Oyó el Sr. Claret con respetuosa atención entrambos pareceres, pero sin obligarse á seguir ninguno de ellos.

Como una sola palabra pudiera haber comprometido su noble ministerio, guardó suma reserva y no se decidió por ningún partido hasta que, llegado á la Península, pudo apre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciar por sus ojos el lastimoso estado en que se hallaba Cataluña, teatro de la guerra civil y centro de ejércitos contrarios, y lo dificultoso que era atinar con el recto sendero. Comprendió entonces que para acertar en negocio tan grave y de tanta trascendencia para las almas no bastaba la prudencia de los hombres, sino que era menester la ilustración del cielo, y así acudió á su refugio ordinario, la oración, en la cual el Padre de las lumbres le comunicó celestial prudencia para resolver lo que más convenía á la gloria de Dios. Por de pronto se dirigió á Olot, al lado de su hermano José, y desde allí se puso á las órdenes del Vicario capitular y gobernador eclesiástico de la diócesis, Sr. Vilardel, para que hiciera de él lo que le pareciera más conveniente en el Señor, con lo cual, por medio de la obediencia, salió de dudas y perplejidades, llegando á conocer claramente la divina voluntad. El celoso Prelado no juzgó prudente que se estableciera ni en Manresa ni en Berga, ni que diera por entonces comienzo á las Misiones, tanto por evitar suspicacias políticas, cuanto por lo difícil que era darlas en medio de continuas revueltas y escaramuzas. Mas para desahogar el celo del Siervo de Dios le nombró regente de Viladrau, pueblo situado en un ameno rincón de la majestuosa montaña de Monseny, el cual, como no estaba fortificado ni residían en él habitualmente tropas de ninguno de los dos bandos, era muy á propósito para que el nuevo Apóstol pudiese entrar y salir á todas horas sin estorbo. El párroco de esta elevada población estaba muy achacoso y casi del todo imposibilitado, y así cargó sobre el Sr. Claret todo el peso de la parroquia.

Su conducta en este empleo, de que tomó posesión el 15 de Mayo de aquel año (1840), fué la misma que con tanta edificación había observado cuando era ecónomo de Sallent. Muy de mañana se le veía en el coro de la iglesia parroquial, que está contigua al curato, haciendo oración con las manos puestas debajo de las rodillas. Su corazón, encendido en llamas de amor á Dios y al prójimo, nunca decía basta. Los domingos y días festivos por la tarde, después de la función que se acostumbraba á celebrar en la iglesia principal, iba á la de la Piedad para rezar el trisagio y hacer el *Via Crucis,* y concluído éste predicaba con tan extraordinaria unción y fervor que atraía á la iglesia á toda clase de gentes, ansiosas de oirle, sin

que jamás les fastidiara ó cansara la palabra de Dios escuchada de aquellos labios tan dulces y atractivos. Redoblaba el regente su celo con los jóvenes y niños de uno y otro sexo, enseñábales el Catecismo y les daba instrucciones acomodadas á la edad y condición de ellos, sirviéndose de ejemplos curiosos á la par que edificantes y de comparaciones claras é ingeniosas, para las cuales tenía gracia especial del cielo.

Semejante á una madre que cuando ve á sus hijos en peligro de perecer no puede contenerse, sino que corre á salvarlos á impulsos de su grande amor, así aquel amante de las almas, viéndolas en peligro de perderse, corría á librarlas del modo que le dictaba su ardentísimo celo. Presentóse un día con el crucifijo en la mano á los que iban al baile y á los que estaban ya en la plaza con la música para entregarse á esta diversión, que para muchos es lazo de perdición eterna. Este acto fervoroso, que en otros y en desiguales circunstancias se hubiera condenado como indiscreto, en él, y en el caso en que se hallaba, se consideró como efecto natural de un corazón sobremanera solícito de salvar los pecadores (1). Así lo acreditó el feliz resultado de él, porque muchos se movieron á compunción, y aterrados por el temor de los divinos castigos desistieron del baile.

Aquí, como adondequiera que iba, se ganó con su modestia y dulzura el corazón de todos sus feligreses; todos le amaban y respetaban, y hasta los *merodeadores,* restos de los voluntarios carlistas y cristinos sin empleo, que con frecuencia batían la montaña y hacían provisión en el pueblo, le estimaban y veneraban como á hombre extraordinario, lleno de Dios y de su divina virtud.

2. Aunque santamente ocupado en las funciones parroquiales, no se olvidaba del principal objeto á que Dios le había llamado, que eran las Misiones, para las cuales se iba disponiendo con la oración y el estudio, y con el ejercicio de las virtudes más heroicas. Una de éstas fué, sin duda, su singular desprendimiento de los bienes terrenales; pues teniendo presentes aquellas palabras del Salvador dirigidas á sus Apóstoles: "No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsi-

(1) Declaraciones del Rdo. Francisco Corominas y del Sr. D. Jaime Bofill. *Ad Art. 21.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llos„ (1), no quiso percibir del párroco del pueblo ninguno de los emolumentos que, como regente, de derecho le tocaban.

Llegó, finalmente, el suspirado día de empezar las Misiones. Para su inauguración le señaló el muy ilustre señor Gobernador eclesiástico el mismo pueblo de Viladrau, con motivo de la novena que á la Asunción de María santísima allí se acostumbraba á celebrar. El 15 de Agosto de 1840 fué este día afortunado, en el cual los feligreses, que siempre le habían oído con atención y respeto, acudieron más que nunca presurosos á escucharle, y no sin gran sorpresa notaron que el semblante del predicador, revestido ya con el nuevo carácter de Misionero, parecía demudado con una majestad grave y atractiva á un mismo tiempo; que su voz parecía más robusta y conmovedora; que su acento era más flexible y penetrante, llevando al alma, ora sentimientos de terror, ora de confianza en las divinas misericordias; que el giro de su discurso tomaba rumbo muy diverso, pues por medio de un plan bien combinado comenzaba á desenvolver con espantable claridad ante los ojos de la asombrada muchedumbre el terrible cuadro de las verdades eternas. Las lágrimas y los sollozos del auditorio compungido y las innumerables confesiones que á ellos se siguieron, dieron claras muestras del maravilloso fruto que produjo la palabra del nuevo Misionero en todos los corazones.

De Viladrau, con la autorización de su Superior eclesiástico, pasó el Siervo de Dios á la parroquia de Espinelvas, situada á una larga hora de distancia, en donde hizo la segunda Misión con no menos fruto y aprovechamiento de los fieles. A las dos precedentes superó en mucho la tercera Misión, dada en la parroquia de Seva, tanto por la muchedumbre innumerable de personas que á ella acudió, como por el feliz resultado de la misma. Fué tan ruidosa en toda la comarca que le mereció justamente la fama de Misionero, y así de allí en adelante éste fué el calificativo que le dieron las personas sencillas, llamándole con mucho cariño y respeto el *misionero Mosén Antón Claret*. En Noviembre de aquel mismo año dió otra Misión en Igualada y otra en Santa Coloma de Queralt con el mismo concurso y aceptación de las precedentes.

(1) Matth., X, 9.

De lo ocurrido en estas excursiones apostólicas habría mucho que decir si hubieran llegado hasta nosotros noticias más concretas de las conversiones maravillosas que en ellas se obraron, y si razones de prudencia no aconsejaran callar otras por respeto al sacramento de la Penitencia. El entusiasmo de los pueblos era general, y no sólo acudían á oirle los habitantes de la población en donde predicaba, sino también los de los pueblos vecinos, y algunos de muchas leguas de distancia. El Rdo. P. Clotet, uno de los Padres primitivos de nuestra Congregación, y que trató desde el principio de ella con mucha intimidad al Siervo de Dios, después de haber leído las relaciones de muchísimas personas que asistieron á las primeras tareas apostólicas del Sr. Claret y vieron al ojo el fruto general que en todas partes recogía, dejó escritas en sus Memorias estas valientes expresiones: "¿Qué diré yo de lo que sucedió en aquellos pueblos? ¿Qué de sus pláticas y sermones? ¿Qué de los escogidos textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia? ¿Qué de aquellas sólidas razones, de aquellas hermosas comparaciones, de aquellas palabras de vida eterna que cautivaban el corazón de sabios y de ignorantes, de justos y pecadores? Era su palabra como caudaloso río que todo lo arrasta.„ "Empezó á predicar, — dice el Rdo. D. Felipe Rovira, que fué su secretario y confesor por espacio de diez años, y que ya entonces le tenía conocido, — empezó á predicar llamando tanto la atención, que acudían á oirle los habitantes de los pueblos y comarcas, dejando casi desiertas las poblaciones para poderse confesar con el Apóstol, como luego las gentes le llamaron.„

3. No poco contribuyeron al prodigioso resultado de las Misiones del nuevo Apóstol algunos hechos maravillosos que el Señor obró por intercesión de su Siervo, y que corrieron de boca en boca afianzando la fama de santidad de que ya disfrutaba. Como su caridad para con el prójimo era inagotable, acudía con presteza á cualquier necesidad que ocurriese con intento de remediarla en cuanto estuviera de su parte, y rara era la vez que no llegaba el primero al lugar de la desgracia para prestar el auxilio conveniente. Quiso Dios premiar alguna vez de un modo visible tan caritativas diligencias, como se verá por algunos casos que vamos á referir. Habiéndose cierto día pegado fuego á la masía llamada el *Noguer*, propiedad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de D. Jaime Bofill, presentóse el Siervo de Dios luego que lo supo, y dando vueltas alrededor de la casa iba echando su bendición sobre las voraces llamas. ¡Cosa admirable! Como si el agua cayese á chorros sobre el fuego devorador, se apagaba al instante en las partes que bendecía, y la gente que allí había, sorprendida no poco de lo que estaba viendo, exclamó entusiasmada sin poderse contener: "¡Milagro, milagro! El fuego se apaga en los puntos que Mosén Antón Claret ha bendecido.„ Dentro de algunos instantes ya no fueron necesarios los afanes de aquella muchedumbre de hombres y de mujeres para dominar el elemento destructor, pues se había extinguido enteramente el incendio (1).

En el tiempo que duró la regencia del Sr. Claret en Viladrau la población quedó sin médicos, porque éstos, lo mismo que las familias acomodadas, habían huído á otras partes para librarse de los asaltos de las partidas de ladrones, que andaban por aquellas cercanías robando y maltratando á las personas, cuando no las hacían víctimas de su odio y de su codicia, y de las molestias y vejaciones de las tropas, no bien disciplinadas, que pasaban por el pueblo en persecución de aquéllas. En tan triste situación, los pobres no sabían á quién acudir en sus miserias y enfermedades, y muchos perecían por carecer del auxilio de los facultativos y de todo humano socorro. Movido á compasión el piadoso regente, que tan solícito se mostraba en curar las enfermedades de las almas de sus feligreses, pensó también en remediar de algún modo las miserias y dolencias de sus cuerpos.

Para esto compró algunas obras de medicina casera, aprendió á distinguir las plantas medicinales más comunes citadas en los libros, y se proveyó de muchas de ellas, recogidas en la montaña de Monseny, que es uno de los puntos donde se crían con mayor abundancia y variedad. No le fué muy dificultoso enterarse bien de todo esto, porque vivía á la sazón en Viladrau un herborista muy distinguido, el Sr. D. Jaime Bofill, que proveía de hierbas medicinales á las farmacias más acreditadas de Barcelona; y como este buen señor era particular amigo del Siervo de Dios, le proporcionó todo lo que necesitaba y le enseñó prácticamente el modo de conocer las

(1) Relación de D. Jaime Bofill.

plantas medicinales. Con esto y con las nociones generales de Medicina que aprendió en los libros, comenzó á recetar á los enfermos abandonados algunas bebidas, fricciones y otros remedios sencillos que, cuando no sanaban, no podían á lo menos perjudicar á los enfermos.

Mas como el Siervo de Dios en todas sus cosas nunca perdía de vista el fin principal de aprovechar á las almas, cuando prescribía algún remedio material para curar el cuerpo aconsejaba aún con mayor ahinco otra medicina espiritual para la salud del alma, y así tomaba pie de lo uno para lo otro, con lo cual les inducía á frecuentar con mucha fe los santos Sacramentos y á recurrir á Dios con oración humilde y fervorosa, valiéndose de la intercesión de la santísima Virgen María y de los santos. Como por su extraordinaria virtud tenía tanta autoridad con el pueblo, las familias cumplían fielmente cuanto el celoso sacerdote les decía, y acudían al Señor con gran confianza. El Sr. Claret, por su parte, los encomendaba también á Dios, y no parece sino que aquella Majestad soberana, que tanto se complace en que los hombres imploren postrados humildemente ante su trono las divinas misericordias, no podía resistirse á tantas oraciones reunidas que le pedían remedio á las enfermedades del cuerpo, después que, mediante éstas, habían recobrado la salud del alma ó, si la tenían, se habían robustecido mucho en ella. El hecho es que fué cosa de todos comprobada por la experiencia que cuantos seguían fielmente los remedios y consejos que el Siervo de Dios les prescribía, curaban luego de sus enfermedades, y las sencillas gentes atribuían más su curación al médico espiritual y al valimiento que éste tenía para con Dios que á las hierbas medicinales que les recetaba, tanto más cuanto que muchas veces los remedios materiales eran de suyo ineficaces aunque inofensivos, y dados más para salir del paso que con intento de curar por medio de ellos.

La fama de estos sucesos se extendió bien pronto por los pueblos vecinos y aun por toda la comarca, y fué tanta la opinión de santidad en que por esta causa le tenían, que muchas familias le traían los enfermos de puntos bastante lejanos para que les prescribiese algún remedio y rogase por ellos al Señor. El humilde regente se confundía de verse tan estimado y honrado del pueblo, pues él se tenía por muy otro del que la de-

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vota muchedumbre le pregonaba; quejábase de ello amorosamente al Señor y se lamentaba con los hombres del tiempo que estas cosas le quitaban, porque, según él decía, *no era su misión curar los cuerpos, sino salvar las almas*. Resistía cuanto le era dable á semejantes peticiones, que tan profundamente herían su humildad; pero al cabo, como eran tantas las instancias y su corazón era de suyo tan compasivo, cedía aunque con pena, y, según su práctica ordinaria, los exhortaba primero á mejorar las costumbres, y luego les indicaba algún remedio físico inocente y casi siempre ineficaz para lo que intentaban los enfermos; pero como no podía dañar, servía á lo menos de paliativo á las curaciones verdaderamente prodigiosas debidas sólo á las oraciones del Siervo de Dios.

Verdad es que muchas de estas curaciones pueden explicarse naturalmente, aunque por ventura no sean efecto de causas naturales; pero hay algunas que no parece pueden hallar solución satisfactoria en la ciencia médica, y que llevan, por lo tanto, impresas el sello del milagro. Apuntaré aquí algunas de ellas, aunque sometiendo, como es de suponer, mi juicio, así en ésta como en las demás cosas maravillosas que en adelante se refieren, al fallo definitivo de la Iglesia.

Un niño llamado Francisco Pladevall padecía hacía tiempo un mal de nervios que le causaba agudísimos dolores. Le aplicaron á la pobre criatura muchos remedios, pero todos inútilmente. En tan apurado lance acudieron sus padres al Sr. Claret para que le sanara; éste, después de muy rogado, vencida su humildad por las lágrimas de la desconsolada familia y por los padecimientos del desgraciado niño, hizo que le aplicaran un poco de barro, y entretanto lo encomendó á Dios. Apenas cumplieron lo prescrito por el Sr. Claret el niño recobró enteramente la salud, sin que le volvieran aquellos padecimientos (1).

A un joven de veinticinco años que estaba sin sentido y á punto de expirar le dió un remedio muy sencillo, con el cual á los dos días se puso enteramente bueno. A otro joven de dieciocho años que estaba tullido y no podía moverse, con un sencillo remedio le puso bueno á los pocos días; de manera

(1) Relación de D. Francisco Corominas, párroco que fué de Viladrau, y de varias otras personas.

que se maravillaron cuantos le conocían al verle que por sí solo con gran soltura se encaminaba á la iglesia para dar gracias á Dios y oir la Misa de nuestro Padre (1).

"Mas como no solamente en Viladrau y en sus contornos, sino en todas las poblaciones adonde iba á predicar, le presentasen muchísimos enfermos pidiéndole remedios, y viese que esto servía de estorbo á sus tareas evangélicas, resolvió no prescribirles medicinas corporales, sino prometerles que los encomendaría á Dios, y decir sobre ellos aquellas palabras del Ritual Romano: *Super aegros manus imponent et bene habebunt,* ó darles la bendición. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que muchos á los pocos días volvían á él dándole las gracias y diciéndole que estaban ya curados (2)."

4. Si los medicamentos que el Siervo de Dios prescribía á los enfermos le servían de obstáculo para el ejercicio del sagrado ministerio, por lo cual los dejó, como se ha dicho, de mayor estorbo sin comparación le era el atender á la curación de los energúmenos ó endemoniados. Acudían á él muchísimos que se decían tales, acompañados de sus parientes, y con lágrimas y razones le suplicaban hiciera sobre ellos los exorcismos para libertarlos de los espíritus infernales. Debidamente autorizado por la potestad eclesiástica y movido á compasión del lastimoso estado de aquellos infelices, accedió á los principios alguna vez; pero no tardó en desengañarse, porque la experiencia le enseñó que de mil apenas había uno de quien con certidumbre pudiera afirmarse que estaba poseído del demonio; y por cuanto los exorcismos se le llevaban el precioso tiempo que había de emplear en oir las confesiones de los fieles convertidos, se dijo á sí mismo: "¿Qué haces? ¿En qué te ocupas? En sacar los demonios de los cuerpos, si es que los tienen; pues qué, ¿no es más necesario sacarlos de las almas de los que están en pecado mortal? Además, ¿no podría ser esto un engaño del mismo espíritu maligno para distraerte de tu principal objeto? Cesen, pues, los exorcismos y sigamos otro rumbo."

Movido por estas prudentes reflexiones, de ahí en adelante no exorcizó á ninguno más; y cuando se le presentaba alguno,

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.
(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no era raro al principio de sus Misiones, diciendo que estaba poseído de malos espíritus, lo primero que hacía era preguntarle si tenía verdaderas ganas de sanar y si tenía confianza en los remedios que él como sacerdote le daría; y si el otro respondía que sí, como debía naturalmente acaecer, pues por esto acudían á él, les ordenaba los tres remedios siguientes: el primero, que hiciesen una buena confesión de todos sus pecados, y puestos en gracia de Dios comulgasen con viva fe y devoción, porque á los amigos de Dios no puede el demonio dominarlos si ellos voluntariamente no se entregan á su servidumbre, sino solamente á los que se apartan del Señor por el pecado, y de ordinario Dios no permite que el demonio halle entrada en los cuerpos de los que fielmente le sirven; que si bien es muy frecuente en los santos la obsesión, ó sea los ataques del maligno espíritu por de fuera, como azotándolos, aterrándolos con gritos ó aullidos espantosos, etc., la posesión es cosa rarísima, y aun por ventura de ninguno de ellos se podrá probar con certeza que haya sido poseído del demonio mientras fué fiel al servicio divino. El segundo remedio que les daba era rezar siete veces el Padrenuestro y el Avemaría á la santísima Virgen en memoria de sus siete dolores, porque contra el enemigo infernal las armas más poderosas son la oración y la invocación del dulce nombre de María. El tercero que tuviesen mucha paciencia en los trabajos, no dejándose llevar de la ira ó del enfado; porque había visto que algunos, á causa de su mal genio y de su natural sobradamente áspero é iracundo, con facilidad se perturbaban, y en el furor de su pasión se agitaban y retorcían como si fueran energúmenos. Si eran personas de quienes se podía sospechar que cometían excesos en el beber, les mandaba que se abstuviesen de vinos y licores; porque había observado que ciertas personas, después de calentarse harto la cabeza apurando repetidamente las copas, cometían no pequeños disparates y después echaban la culpa á los demonios. Era cosa de risa á la vez y de consuelo el ver que la mayor parte de los pretendidos energúmenos que iban á él por remedio, con estas tres recetas que el Siervo de Dios les prescribía sanaban muy luego de su quimérica dolencia, y á los pocos días tornaban á dar las gracias al P. Claret, diciéndole que se hallaban ya enteramente libres de los demonios. Poreste medi lle ovó no

pocos á mejor vida y corrigió en muchos la fatal costumbre de la embriaguez y del mal genio, que perturbaba varias familias.

Hablando después el P. Claret con algunos Padres de nuestra Congregación, entre los cuales se hallaba el P. Clotet, les decía: "No diré yo que no los haya, pues he conocido algunos, aunque pocos. Algunas personas, — añadía, — encontré yo en las Misiones que eran tenidas por posesas, y habiéndose convertido decían francamente que no tenían tales posesiones ni eran molestadas del mal espíritu, sino que lo fingían para llamar la atención y ser compadecidas y socorridas, ó por otros fines perversos. — Decíame una mujer, — continúa el Sr. Arzobispo, — que todas sus acciones las hacía con entero conocimiento y con perfecta malicia; pero que eran tan raras y tan extraordinarias que á ella misma la dejaban admirada, y que sin duda la ayudaba el diablo, no por la posesión diabólica, sino por la malicia de su pervertida voluntad, porque ya conocía ella que aquello le era naturalmente imposible. — Otra que vivía en una ciudad muy populosa me contó que de tal manera había sabido fingir que estaba poseída del demonio, que por mucho tiempo le habían hecho los exorcismos, y con sus ficciones demoníacas había engañado á veinte personas distinguidas por sus virtudes y por su ciencia. Estos y otros casos que pudiera referir me hicieron andar con mucha cautela en materia de energúmenos."

5. Contentísimos sobremanera los habitantes de Viladrau con tener en su regente un médico tan favorecido de Dios, que, primero con sus sencillas medicinas y después con sus oraciones, volvía la salud á los enfermos, se afligieron mucho cuando vieron que, mientras el Siervo de Dios estaba ausente dando Misiones en otros pueblos, habían fallecido algunos. Amarguísimo era el llanto de los parientes del difunto cada vez que aquél volvía á Viladrau después de sus correrías apostólicas. Iban á él, echábanse á sus pies, y le decían, como Marta á Jesucristo hablando de su hermano Lázaro: "Si usted hubiese estado aquí, no hubiera muerto mi hermano, mi madre ó mi sobrino." Enternecíase el compasivo corazón del Sr. Claret al oir tan tiernas quejas y lamentos, y no sabía cómo consolarlos, porque no podía él resucitar á los muertos. Pero sus buenos feligreses le pedían con mucha instancia que no se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

separase de la población para poder atender á las necesidades imprevistas que podían ocurrir en su ausencia.

Mas por otro lado el Señor le llamaba á la importante obra de las Misiones, á la que tan feliz comienzo había dado; y como el continuar en el cargo de regente le había de ser necesariamente estorbo, y no pequeño, para lo segundo, y más atendida la nueva actitud de sus feligreses, entre la compasión natural, que le inclinaba á complacer á aquellos sencillos habitantes, y el celo de la gloria de Dios, que le estimulaba á recorrer las ciudades, los pueblos y las aldeas para anunciar la palabra divina y pegar el fuego del divino amor en todas partes, escogió, como era justo, dejar la regencia de Viladrau, desembarazándose para siempre de este obstáculo á su celo. Escribió, pues, á su Superior pidiéndole que le exonerase de aquel cargo y haciéndole ver las ventajas que para la gloria de Dios resultarían de esta medida, puesto que así le tendría más dispuesto y libre para ir á predicar adondequiera que le enviase. Accedió gustoso el señor Gobernador eclesiástico á su demanda, y por su consejo el Sr. Claret se trasladó inmediatamente á Vich, con grande sentimiento de los moradores de Viladrau, que lloraban en él la pérdida de un inteligente maestro, de un caritativo médico y de un bondadoso padre.

CAPÍTULO VII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET EN GENERAL

1. Objeto y utilidad de las Misiones. — 2. Cómo se preparaba para ellas. — 3. Del método y estilo con que predicaba. — 4. De los medios de que se valía para hacer fruto en las Misiones. — 5. De otros medios con que atendía al provecho de las almas. — Sus pláticas en los caminos. — Cómo interpretaba las bellezas de la Creación. — Facilidad con que por este medio se elevaba á Dios é introducía conversaciones espirituales. — Una *Samaritana* convertida. — Milagrosa confesión de un arriero y un carretero. — Contrabando milagroso. — Distribución de estampas, libritos y hojas sueltas. — Conversión de un comandante. — Repartición de rosarios, escapularios y medallas. — 6. De los obstáculos que halló en las Misiones. — Paso milagroso de un torrente. — Un ángel le acompaña en el camino por entre la nieve. — Trasládase milagrosamente á Vich para consolar á su bienhechor D. Fortián Bres. — El manteo rasgado y milagrosamente compuesto. — Persecuciones de los hombres. — Circular del arzobispo de Tarragona defendiendo al Sr. Claret. — Los demonios le hieren y la Virgen le cura. — Cómo los demonios trastornaban los elementos para impedirle predicar. — El demonio flautista.

1. Gustosos entraríamos á referir desde luego los interesantes hechos del P. Claret en sus Misiones si todos los que han de leer estas líneas estuvieran bien enterados de lo que ellas son, de su importancia y necesidad, de lo que en ellas suele practicarse y de algunas otras cosas que, siendo comunes á todas las Misiones dadas por el Siervo de Dios, empecerían, dichas en otro lugar, la fluidez de la narración á más de ocasionar repeticiones inútiles y enojosas.

Por Misión no entendemos aquí exclusivamente la serie de instrucciones y sermones que con este título se dan más ó menos días á las ciudades, villas y aldeas, sino el conjunto de los actos del Misionero hechos con intento de instruir en la Religión cristiana á sus prójimos y de salvar las almas de ellos apartándolas del pecado é induciéndolas á la práctica de la virtud, ora por la enseñanza y explicación del Catecismo, ora por las predicaciones, instrucciones y conferencias, ó por otras cosas semejantes. Desde que el Verbo ó palabra de Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

separase de la población para poder atender á las necesidades imprevistas que podían ocurrir en su ausencia.

Mas por otro lado el Señor le llamaba á la importante obra de las Misiones, á la que tan feliz comienzo había dado; y como el continuar en el cargo de regente le había de ser necesariamente estorbo, y no pequeño, para lo segundo, y más atendida la nueva actitud de sus feligreses, entre la compasión natural, que le inclinaba á complacer á aquellos sencillos habitantes, y el celo de la gloria de Dios, que le estimulaba á recorrer las ciudades, los pueblos y las aldeas para anunciar la palabra divina y pegar el fuego del divino amor en todas partes, escogió, como era justo, dejar la regencia de Viladrau, desembarazándose para siempre de este obstáculo á su celo. Escribió, pues, á su Superior pidiéndole que le exonerase de aquel cargo y haciéndole ver las ventajas que para la gloria de Dios resultarían de esta medida, puesto que así le tendría más dispuesto y libre para ir á predicar adondequiera que le enviase. Accedió gustoso el señor Gobernador eclesiástico á su demanda, y por su consejo el Sr. Claret se trasladó inmediatamente á Vich, con grande sentimiento de los moradores de Viladrau, que lloraban en él la pérdida de un inteligente maestro, de un caritativo médico y de un bondadoso padre.

CAPÍTULO VII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET EN GENERAL

1. Objeto y utilidad de las Misiones. — 2. Cómo se preparaba para ellas. — 3. Del método y estilo con que predicaba. — 4. De los medios de que se valía para hacer fruto en las Misiones. — 5. De otros medios con que atendía al provecho de las almas. — Sus pláticas en los caminos. — Cómo interpretaba las bellezas de la Creación. — Facilidad con que por este medio se elevaba á Dios é introducía conversaciones espirituales. — Una *Samaritana* convertida. — Milagrosa confesión de un arriero y un carretero. — Contrabando milagroso. — Distribución de estampas, libritos y hojas sueltas. — Conversión de un comandante. — Repartición de rosarios, escapularios y medallas. — 6. De los obstáculos que halló en las Misiones. — Paso milagroso de un torrente. — Un ángel le acompaña en el camino por entre la nieve. — Trasládase milagrosamente á Vich para consolar á su bienhechor D. Fortián Bres. — El manteo rasgado y milagrosamente compuesto. — Persecuciones de los hombres. — Circular del arzobispo de Tarragona defendiendo al Sr. Claret. — Los demonios le hieren y la Virgen le cura. — Cómo los demonios trastornaban los elementos para impedirle predicar. — El demonio flautista.

1. Gustosos entraríamos á referir desde luego los interesantes hechos del P. Claret en sus Misiones si todos los que han de leer estas líneas estuvieran bien enterados de lo que ellas son, de su importancia y necesidad, de lo que en ellas suele practicarse y de algunas otras cosas que, siendo comunes á todas las Misiones dadas por el Siervo de Dios, empecerían, dichas en otro lugar, la fluidez de la narración á más de ocasionar repeticiones inútiles y enojosas.

Por Misión no entendemos aquí exclusivamente la serie de instrucciones y sermones que con este título se dan más ó menos días á las ciudades, villas y aldeas, sino el conjunto de los actos del Misionero hechos con intento de instruir en la Religión cristiana á sus prójimos y de salvar las almas de ellos apartándolas del pecado é induciéndolas á la práctica de la virtud, ora por la enseñanza y explicación del Catecismo, ora por las predicaciones, instrucciones y conferencias, ó por otras cosas semejantes. Desde que el Verbo ó palabra de Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se hizo carne y habló por sí mismo á los hombres, enseñándoles las verdades del orden moral, casi borradas del entendimiento con la universal corrupción de las costumbres; desde que Jesucristo, con la eficacia de su palabra, incoó la regeneración espiritual del mundo, largo tiempo sumergido en las tinieblas del error y del pecado, la Iglesia, continuadora de la obra del Salvador del linaje humano, no ha cesado de ejercer el ministerio de la palabra como medio principalísimo al que el Señor ha vinculado la gracia ordinaria de la conversión. Los Apóstoles y sus discípulos anunciaron el Evangelio de uno á otro extremo de la Tierra; los mártires lo sellaron con su sangre; las vírgenes lo publicaron con sus obras, y los confesores con la palabra y el ejemplo. Del seno de la Iglesia brotaron en todos los siglos instituciones admirables que continuaron la misión de Cristo y sus Apóstoles. San Agustín y sus compañeros, enviados á Inglaterra por el esclarecido Pontífice San Gregorio el Grande; San Columbano, Las Casas, San Francisco Javier, traspasando los mares, llegan allí donde no alcanzó la ciencia, la política y el comercio, anuncian la palabra evangélica y convierten en pueblos civilizados y adoradores de Cristo á los que yacían en la barbarie y en el culto de Satán. Los dominicos, los franciscanos y los jesuítas hacen reflorecer en sus Misiones la Religión y la moral en el viejo continente, y llevan la semilla evangélica hasta los últimos rincones del Nuevo Mundo y de las regiones inexploradas del Oriente.

Dios suscitó de tiempo en tiempo hombres singulares que parecían tener encarnado el espíritu apostólico, como el beato Maestro Ávila, el venerable Granada, el beato Fray Diego de Cádiz, Esteban de Olot y nuestro esclarecido Fundador. Esta es, en pocas palabras, la historia de las Misiones desde que el Verbo de Dios descendió á la Tierra, y con esta sencilla exposición queda demostrada su importancia y necesidad.

2. Para tan difícil tarea menester es prepararse de antemano con la oración y el estudio. La primera negocia con Dios la conversión de las almas, ó sea la eficacia de la predicación, y lo segundo dispone al Misionero para ser instrumento hábil de la predicación, pues para ella ha ordenado el Señor misericordiosamente el concurso de las fuerzas naturales del hombre. Lo que pensaba el Siervo de Dios en este punto y lo que

él mismo practicaba, se verá claro por las siguientes líneas que dirigió al Rdo. P. Clotet un amigo suyo que había tratado mucho con el P. Claret y había oído de sus labios importantes documentos. "Cuando me hablaba, – dice,—de las cualidades necesarias para el púlpito, me decía que el que quisiera ser predicador era preciso que predicase siempre, ya por medio del ejercicio, ya preparándose con el estudio. Él no era amigo de que se predicasen sermones aprendidos á la letra, pero sí decía que debía tenerse el esqueleto bien formado, y que sobre este esqueleto debía haberse hecho un estudio detenido antes de subir al púlpito, por lo que reprobaba en gran manera á los improvisadores, y decía de ellos que tentaban á Dios y profanaban la divina palabra. Encargaba el estudio de la Teología, en particular la de Santo Tomás, á la que estaba muy aficionado, hasta recitar de memoria grandes trozos de la *Suma* tomados á la letra; lamentaba las herejías que había oído á ciertos renombrados oradores por falta de conocimientos teológicos. Reprobaba el estilo obscuro, ampuloso y profano de algunos predicadores que pretenden captarse la admiración popular, y sacaba siempre á relucir el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, para confirmación del cual solía traer á cuento la sentencia del grande Agustín, que dice: "Prefiero que me critiquen los gramáticos á que no me entiendan „ los rudos. „ Añadía, y por cierto con mucha penetración, que el mundo se pierde, no por falta de argumentos, sino por falta de verdades, y solía decir con mucha gracia, aludiendo á los que piensan arreglarlo todo á fuerza de argumentos, confiados en la ciencia humana: " Mal anda el que quiere habérselas „ y disputar con el diablo; pues es más listo el demonio más „ tonto que el filósofo más sabio. ¡Pobres predicadores! ¡cuán „ inútiles serían sus trabajos si no fuesen auxiliados por la gra- „ cia de Dios, y si el alma no fuese naturalmente cristiana! „

„Mas no se crea por esto que aborreciese la ciencia y las pruebas en el discurso; por el contrario, todo esto encargaba en gran manera, y para ello proponía los mejores modelos de oratoria sagrada, pues todos le eran conocidos, así los españoles como los de otras naciones; pero daba siempre la preferencia á los primeros por varias razones dignas de atenderse. Añadía, no obstante, que el orador debe siempre desconfiar de su ciencia y poner toda su confianza en Dios. Por esto en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señaba que el predicador debía ser hombre de oración y acompañar la palabra con el ejemplo, recordando lo que de Jesús nos dice el Evangelio: *Caepit facere et docere*.

„Un día, entre otros, me hizo la siguiente observación. "Mi„ra,—me dijo,—la conversión es obra de la gracia, y la gracia „no obra en el corazón soberbio sin que antes lo haya prepara„do y dispuesto por medio de la humildad. Te convencerás de „lo que digo si reflexionas sobre las grandes conversiones que „se han obrado; todas han sido obra de la gracia. Si fuesen los „agudos argumentos y las razones poderosas las que debían „persuadir al impío y convertir al pecador, éstos podrían en„castillarse en su propia razón y juicio y gloriarse en su amor „propio, lo que no se concibe tratándose de las obras de la gra„cia; por lo que, cuando Dios quiere convertir, se vale de la „verdad, acompañada de tales circunstancias y tan desnuda de „adminículos humanos, que si te paras á examinar el móvil ó la „causa de las conversiones más admirables, hallarás que el Se„ñor se ha valido de medios tan sencillos y triviales que te que„darás pasmado al ver la manera con que ha sabido humillar „el orgullo del hombre y demostrar que en ellas tan sólo ha te„nido parte su gracia.„ Citábame á este propósito el ejemplo de un Obispo muy sabio de Francia, quien aseguraba que para confundir á los herejes él solo se bastaba, pero que para convertirlos era menester un San Francisco de Paula, y concluía siempre con lo mismo, á saber: "que el sacerdote apostólico „ha de ser hombre de oración y que ha de estar muy fundado en la humildad (1).„

Nuestro celoso Padre, para formarse en la predicación, había leído detenidamente muchos autores predicables de gran nota, como San Juan Crisóstomo, San Ligorio, Granada, Siniscalghi; pero ninguno estudió tan de propósito ni le fué más familiar que el beato Juan de Avila, á quien tomó por dechado de sus predicaciones, así por la claridad de estilo que resplandece en este autor y por ser, según parecer del Siervo de Dios, el que menos cansaba al auditorio, aunque fuesen sus sermones de dos horas, como por lo encendidas que están de amor de Dios las frases y expresiones de aquel apostólico varón, admiración de los santos de su siglo. Tanta estima hizo de sus

(1) Carta del Rdo. D. Mariano Sanias, del 6 de Abril de 1880.

escritos nuestro buen Padre, que daba infinitas gracias al Señor por habérselos hecho conocer y puesto entre sus manos los libros de tan santo y prudente maestro, y bien mostró por experiencia lo bien que supo inspirarse en la misma fragua de amor donde caldeó los suyos el apóstol de Andalucía, con lo cual el fruto que de los sermones reportó fué incalificable, como después veremos, así en conversiones maravillosas como en llevar á la perfección á muchas almas tibias.

Ya remotamente se había preparado el Siervo de Dios para la predicación desde los primeros años de su carrera eclesiástica aplicándose á entender bien la doctrina y la manera agradable de exponerla; pero á más de esto y de los estudios particulares que hizo encaminados á este fin en los primeros años de su estado sacerdotal, siempre que el tiempo se lo permitía se disponía próximamente, aunque no fuera sino con algunos minutos de anticipación, pues esto le bastaba para combinar el plan y ver el modo más conveniente de desenvolverlo según las circunstancias del auditorio que le escuchaba. Para que sus instrucciones fuesen más prácticas y acomodadas á las necesidades de los oyentes, se enteraba previamente de las costumbres de las personas que irían á escucharle, estudiaba la manera de atraerlas con palabras suaves y prudentes, meditaba el modo de arrancar de raíz los vicios y de hablar contra los pecados sin herir á los pecadores. Con tan discretas industrias pudo predicar en pueblos que estaban prevenidos contra él y conseguir de ellos la mudanza de costumbres, dejando el camino de la perdición y emprendiendo una vida sinceramente cristiana.

Mas por cuanto la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos son obras de la divina gracia, al estudio juntaba la oración, pidiendo al Señor en ella con profunda humildad y heroica constancia que diera unción á las palabras de su boca y moviera á la virtud los corazones de sus oyentes. Día y noche elevaba al Señor su corazón rogando por la conversión de los pobrecitos pecadores, á los que tenía presentes de un modo especial en la oración mental de la mañana, en la santa Misa, en el rezo del Oficio divino y en las visitas á Jesús sacramentado y á María santísima. Y no contento con importunar él mismo al Señor por ellos, encomendaba eficazmente que hicieran lo mismo á todas las personas piadosas, pero de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un modo particular á las vírgenes del Señor, que, como blancas palomas encerradas en su nido, deben arrullar y gemir dulcemente junto al corazón del divino Esposo, que tanto se complace en ellas. Cuando daba ejercicios ó por cualquier otro motivo predicaba á las monjas de clausura, á las Hermanas de la Caridad y á las de la enseñanza, les repetía siempre que rogasen por la conversión de los pecadores y por la perseverancia de los justos, y ofreciesen sus satisfacciones por las almas del purgatorio.

Había entresacado de la Biblia, del Breviario, del Ritual Romano y de los afectos inflamados de su corazón algunas fervorosas jaculatorias que repetía con mucha frecuencia y amor. Para frustrar los esfuerzos que hacían los espíritus infernales con el intento de impedir el fruto de las predicaciones valíase el Siervo de Dios de breves pero eficaces exorcismos, á semejanza de aquel con que el divino Maestro ahuyentó al espíritu tentador: *Vade retro, Satana.* Como su devoción era tan ingeniosa, sabía mezclar en ella una admirable variedad y hallaba siempre modos y trazas de ejercitar el celo en todas partes con mucha suavidad y eficacia; y así, cuando iba á las Misiones, en el camino se entretenía, con mucho sabor y gusto espiritual, implorando la intercesión de la Virgen santísima, de los ángeles del cielo y de los santos Patronos de las parroquias y de los pueblos adonde iba á predicar para que derramasen sobre la obra que emprendía las bendiciones del Señor. No era, pues, extraño que cosechase en todas sus Misiones tan abundante mies.

Solía empezar los ejercicios de la predicación con el rezo del santísimo Rosario, que dirigía muchas veces por sí mismo con entonación clara y fervorosa, con lo cual prácticamente enseñaba al pueblo el modo de rezarlo é interesaba á la Madre de Dios á favor de sus almas. Daba fin al sermón con tres Avemarías dichas con tan tierno acento que parecían lenguaje nativo del alma, á las cuales respondía el auditorio conmovido con corazón contrito y humillado.

De su ardiente y continua oración, más que de los libros, sacaba el P. Claret los conceptos más delicados, y expuestos con orden tan claro y transparente; en ella se le ofrecían los discursos más aptos para arrancar chispas de amor y de dolor de las almas empedernidas, y las expresiones más enérgicas para

despertar con los terrores de la divina Justicia los corazones aletargados en el crimen é insensibles á las pruebas del amor.

"Un Padre dominico que le acompañó por algún tiempo cuando daba Misiones en Cataluña, me contó,—dice el autor de las Memorias,—que, admirado él un día de aquel torrente de razones con que el Siervo de Dios apoyaba su doctrina desde el púlpito, le preguntó de dónde la sacaba, y el Sr. Claret, mostrándole un libro con las imágenes de Jesús y de María, le respondió: "Este es mi libro, de él saco mi doctrina.„ Era ilimitada la confianza que tenía en la Virgen, con la cual hablaba como un hijo con su madre; pero en retorno la celestial Señora iluminaba su entendimiento con divinas ilustraciones, y le hablaba interiormente con tanta claridad como si ella le dictara la doctrina que había de explicar al pueblo; y de tal suerte le dejaba percibir el timbre distinto y suave de su voz maternal, que el Siervo de Dios un día, dando los ejercicios al clero de Olot, obispado de Gerona, llegó á decir que predicaba enviado por María santísima y que ella le inspiraba sus sermones (1). Acaecía casi siempre que á sus sermones asistían muchas familias de las casas de campo y de los pueblos comarcanos, y cuando nuestro santo Padre lo advertía, las exhortaba á que al volver á sus casas rezasen el Rosario por el camino y que hablasen durante él de las cosas oídas en el sermón ó en la explicación de los divinos Mandamientos. Siempre fué la oración su ejercicio predilecto para disponerse á cualquier acto, pero principalmente para la predicación y el confesonario, que son como los dos extremos sobre que gira el eje de la vida del Misionero.

3. Llegado el P. Claret al pueblo en donde había de sembrar la semilla evangélica, ponía sumo empeño en ajustar todas sus palabras y acciones á las leyes de la modestia y de la caridad, porque conocía muy bien cuán poderoso es el buen ejemplo para que los fieles oigan con docilidad los consejos y las exhortaciones del predicador, y para moverse á practicar lo que les dice y muestra con la obra; por lo que era muy remirado en todo lo que hacía y decía, no sólo cuando estaba en presencia de los seglares, que suelen ser más exigentes en este punto, sino también delante de las personas eclesiásticas

(1) Relación del Ilmo. Dr. D. Joaquín Mastmitjá, del mismo obispado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y de las religiosas; sus pláticas y conversaciones nunca eran de cosas mundanas, y mucho menos de política, sino de cosas espirituales y devotas, pero las amenizaba con alguna anécdota curiosa ó con alguna historieta edificante. No se extendía mucho en ellas ni eran muy frecuentes, porque ni las continuas ocupaciones de su ministerio le dejaban tiempo para ellas, ni él daba ocasión para esto si no es cuando la necesidad ó la caridad lo exigía.

Los asuntos de sus sermones eran de ordinario acomodados al provecho espiritual de toda clase de personas, y por lo común versaban sobre los novísimos, sobre la malicia y gravedad del pecado mortal, y sobre otras materias no menos saludables y dignas de llamar la atención del cristiano y aun de todos los hombres. Después del rezo del Rosario, por el cual comenzaban los actos de la Misión, seguía la explicación de los mandamientos del Decálogo, y se paraba de un modo especial en la exposición de los que más se quebrantaban en el pueblo donde predicaba ó que por alguna otra circunstancia eran más necesarios á sus oyentes. Tras esta explicación venía la plática doctrinal, que duraba como unos veinte minutos, y era á manera de un exordio que le introducía naturalmente en el asunto del sermón, que le sucedía inmediatamente. En el primer día trataba sobre la fiesta ó el misterio que daba nombre al novenario, y no le precedía la plática doctrinal. En los demás desenvolvía los siguientes puntos morales por el mismo orden con que aquí se expresan: 1.º La importancia de la salvación. 2.º La gravedad del pecado mortal. 3.º La necesidad de confesarse y el modo de hacer confesión general. 4.º La muerte. 5.º El juicio. 6.º El infierno. 7.º La eternidad. 8.º La gloria. 9.º La perseverancia. Si, como frecuentemente acaecía, se había de prolongar la Misión, añadía algunos otros sermones acerca de las materias más principales, como el sermón del hijo pródigo, el de la misericordia de Dios, el de la impenitencia final, el del juicio universal, el de la muerte del justo, el de la conversión de San Agustín, el del escándalo, el de la conversión de la Magdalena, etc. Y como á las veces, por la instancia que le hacían los párrocos y las personas más respetables de los pueblos, se veía obligado á continuar la Misión por casi un mes entero, solía hablar también de los daños que el pecado mortal causa al mismo pecador, del pecado venial,

de la ocasión próxima, de la devoción del santo Rosario, de la oración mental, de la limosna, de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo y de los dolores de María santísima.

Con este plan tan bien combinado obtuvo innumerables y duraderas conversiones, porque por medio de él iba disponiendo gradualmente los ánimos de sus oyentes. Primero los hacía entrar dentro de sí mismos para que reflexionasen sobre el fin del hombre y sobre el negocio importantísimo de la salvación ó de la condenación, que es el remate de cuanto obra el hombre sobre la Tierra y el paradero de todos los mortales. Luego, para moverlos á dolor de sus pecados, presentaba con viveza las verdades espantables de los novísimos; y cuando había herido ya los corazones con el temor de los divinos juicios, los alentaba con la esperanza del perdón; y una vez conseguido esto, tocaba con gran delicadeza las fibras más tiernas del amor para que, agradecidos á la gracia y á la misericordia que había usado con ellos el Señor, le amasen como hijos y se les hiciera más llevadero el suave yugo de su ley. Así, sin violencia ni esfuerzo, pasaban sus oyentes del conocimiento de su miserable estado al temor de la divina justicia, del temor de la divina justicia á la esperanza en su misericordia, y de ésta al amor de su bondad.

Estos discursos acerca de las verdades principales de nuestra sacrosanta Religión alcanzaban mejores resultados en el auditorio que los encaminados á combatir alguno de los vicios dominantes en el pueblo, porque con el temor de los divinos juicios y del fuego del infierno las gentes echaban de sí el pecado y los incentivos y las ocasiones de él, como se echan por la ventana, según expresión del P. Clotet, los muebles de una casa donde ha prendido el fuego. Dando una vez Misión el Siervo de Dios en una población importante de Cataluña, un hombre perverso y de mucha influencia, por desgracia, dijo hablando de él: "Si este predicador no sale de aquí, los teatros, los cafés y los centros de diversión quedan desiertos." Y, sin embargo, el P. Claret no había dicho en los sermones una sola palabra de cafés, ni de teatros, ni de bailes, ni de otras diversiones mundanas (1).

(1) Relación de D. Ignacio Alemany, presbítero, beneficiado de la catedral de Vich.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El estilo de sus sermones era llano y sencillo, pero vigoroso y enérgico; su lenguaje, aunque no muy castizo cuando predicaba en castellano, era bastante correcto, y aun se notaban en él, como acaece en sus escritos, muchas frases y expresiones de sabor clásico, que había aprendido con la lectura frecuente de las obras del P. Granada y del beato Juan de Avila. Mas cuando predicaba en catalán, que fué lo ordinario en el período de sus Misiones, hablaba con gran soltura y corrección, y con los giros y fraseología nativos de la lengua, que tanta hermosura y variedad dan al lenguaje. Repugnábanle en gran manera los discursos conceptuosos, la hinchazón y obscuridad del lenguaje, que los tontos llaman sublimidad; las expresiones extravagantes, bajas ó contrarias al decoro de la casa del Señor, y todo cuanto inventa la artificiosa vanidad de algunos oradores para darse á conocer más á sí mismos que á Jesucristo y su doctrina. En cuanto podía imitaba el estilo de los Santos Padres y de los varones apostólicos; porque como estaban llenos de Dios y recibieron de Él sobrenaturales ilustraciones para aclarar y exponer la doctrina evangélica, su modo de decir es llano y substancioso, persuasivo por la santa unción que acompaña sus palabras, y varonil y elocuente porque salía de pechos abrasados por el celo de la gloria de Dios y muertos al mundo y á las blanduras y regalos de la carne. Solía decir de nuestro amado Padre una persona ilustrada, que le oyó predicar muchas veces: "Mosén Claret encanta á los oyentes ignorantes, porque comprenden todo lo que dice, y no ofende ni cansa á las personas doctas, que salen mejoradas de sus sermones „ "Nosotros, —dice el autor de las Memorias,—le oímos predicar al clero, á estudiantes, á reuniones de seglares doctos y á otras muchas clases de personas que formaban auditorios variados y escogidos, y debemos decir que una de las cosas que más admirábamos en el Sr. Claret era la facilidad con que mudaba de estilo, adoptando siempre el más acomodado á la erudición de los que le escuchaban. Pocos hombres han poseído en tan alto grado como él la habilidad de decir una misma cosa en diferentes palabras, haciéndose comprender de los ignorantes y gustando á los doctos.„

En unos apuntes que el Siervo de Dios escribió de su propia mano en catalán, después de varias reglas y observaciones sobre la predicación, sacadas de San Francisco de Sales, de San Ligorio, Cuniliati, etc., pone por su cuenta esta advertencia, acorde con las de aquellos respetables autores: "Lo que yo he observado y sé por experiencia, es que cuando predico en términos vulgares y sencillos, acompañándolos con algunos símiles y ejemplos y bajando á pormenores, todo el auditorio está muy atento y sin cansarse, aunque el sermón dure siete cuartos de hora, como me ha sucedido; pero si alguna vez me resulta un período largo, empleo términos poco comunes ó tomo un estilo algo elevado, veo que los oyentes pierden el hilo del discurso, tienen que toser y no me entienden: en este caso les vuelvo á poner sobre sí contándoles un ejemplo, como lo hizo Agripa (1).„

En otra parte del mismo manuscrito dice: «Atendiendo á estas razones y á otras que podrían aducirse, soy de parecer que debe predicarse y catequizarse *fortiter et suaviter*, y con esta miel cazaremos más moscas de pecadores é impíos que con toda la acedía y vinagre del mundo. Y digo más: valiéndonos del terror, dado el estado actual de la generalidad de las gentes, causaremos más daño que provecho, porque los malos se endurecerán y los flacos correrán riesgo de caer en la desesperación. Yo he querido en algunas ocasiones valerme del terror, y me ha pesado siempre; de la suavidad no he tenido que arrepentirme nunca, y más si se hace ver á los pecadores que se les ama, que no se busca ningún interés, sino apartarlos de los males temporales y eternos para proporcionarles los bienes de esta vida y los celestiales. Tampoco me parece que conviene atacar de frente á la impiedad y á la incredulidad. Después de algunos días de predicación podrán dejarse caer algunas expresiones breves, pero penetrantes, las cuales se irán alargando á proporción que se merezca más la confianza de los oyentes. Pues al principio muchos vendrán á escuchar con ánimo prevenido contra el predicador, y si ven que no les reprendemos cuando ellos mismos se tienen por

(1) Alude á Agripa Menenio, Cónsul romano, que floreció hacia el año 252 de la fundación de Roma y 502 antes de Jesucristo. Fué hábil orador, y con el apólogo ó ejemplo de los miembros del cuerpo humano rebelados contra el estómago, persuadió á la plebe que se había retirado al Monte Sacro que tornara á la ciudad, lo cual no había podido conseguir con razones más altas y poderosas, pero que la plebe no entendía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

culpables, no resistirán, nos cobrarán afecto y los ganaremos para Dios, especialmente si sabemos destruir las causas de la incredulidad, que son la ambición, el orgullo, la lascivia, la avaricia y la inconsideración, porque *sublata causa tollitur effectus.*„

Talento tenía el P. Claret para componer los sermones en estilo sublime que fuera de los hombres aplaudido; pero como no pretendía su propia honra y alabanza, sino la gloria de Dios y el provecho y utilidad de sus prójimos, prefirió un estilo sencillo, claro y animado, que no está reñido con la verdadera elocuencia, antes suele favorecerla mucho, porque la sencillez ayuda á la claridad, la claridad á la convicción de los oyentes, y la convicción mueve á obrar la virtud, que es el fin de la elocuencia. ¡Cuán fácil le hubiera sido á Jesucristo, sabiduría eterna, usar de todas las galas de la elocuencia humana, arrebatar con los torrentes harmoniosos de su palabra, con la grandiosidad de las figuras y la alteza de los discursos, los ánimos de todos los sabios y oradores de su tiempo y de los siglos venideros! Pero no quiso usar sino de un estilo llano é inteligible á las personas rudas, valiéndose para ello de parábolas y ejemplos. No por esto era menos eficaz su divina palabra; antes era tal la suavidad de ella, que las turbas, hambrientas de oirle, le seguian á los desiertos, y hasta se descuidaban del sustento corporal embelesadas con lo que oían y veían. Son de suyo ya tan altas y sublimes, y de tanto peso y autoridad las verdades evangélicas, que no necesitan vestirse con el ropaje del ingenio humano para hacerse estimar y venerar de los hombres; antes todo lo que encubre su nativa hermosura, por galano y vistoso que parezca, disminuye la eficacia de ellas, y así todo el artificio del orador ha de consistir, no en adornarlas y hermosearlas, sino en saberlas presentar como son en sí, de manera que todos las comprendan, pues que, entendidas, á todos parecen bien.

Fiel imitador nuestro santo Padre de los ejemplos del divino Máestro, explicaba y aclaraba su doctrina con muchas comparaciones y ejemplos. Sus discursos se distinguieron siempre en esto, según confesión de cuantos le oyeron predicar, y basta leer cualquiera de sus obras para convencerse de la habilidad especial que tenía para hallar comparaciones y aplicarlas al asunto de que trataba. Las más de las semejanzas y de los

ejemplos de que hacía uso los sacaba de la Sagrada Escritura y de las cosas naturales, porque decía él haber notado que las comparaciones de estas cosas era lo que más llamaba la atención de toda clase de personas, de los sabios y de los ignorantes, de los que creían y de los que alardeaban de incredulidad.

Predicaba allá por el año 1841 un septenario de los Dolores en una población de gente muy mala; y como dijese en medio del sermón una verdad de mucha trascendencia y la confirmase con la autoridad de la Escritura, un hombre impío levantó alevosamente la voz, interrumpiendo el silencio sepulcral con que escuchaba el auditorio con una frase catalana que en castellano equivalía á esta otra: "Esto no es verdad.„ El predicador, sin inmutarse, siguió su discurso diciendo: "Para que veáis más claramente lo que os digo, me serviré de una comparación.„ Se la explicó, y al concluirla prorrumpió la misma voz: "Tienes razón.„ Aquel hombre descomedido, movido por la semejanza que le había hecho entender la doctrina, fué aquel mismo día á confesarse con el varón de Dios y mudó de vida.

Este y otros muchos casos parecidos le confirmaron en la opinión sobre la utilidad de las comparaciones naturales. Habíale Dios favorecido con tal gracia y habilidad en este punto, que no trataba cosa alguna sobre la cual no se le ofreciese luego alguna semejanza natural, y tan oportuna como si desde mucho tiempo la llevara estudiada. Lo mismo le acaecía en las conversaciones familiares. Habíase en cierta ocasión hospedado en el palacio de un señor Obispo; y como éste se excusara cortésmente de la estrechez y pobreza del alojamiento que le daba, replicó el Siervo de Dios con muy buena gracia y humildad: "Cuando me hospedan en una casa, comparo mi estancia con la cueva de Belén; y al ver que aquélla era mucho más pobre que la mía, me lleno de confusión.„ "Acompañándole yo,—dice el P. Clotet en sus Memorias,—á paseo por la orilla de un río, vió unas brozas, y me dijo: "¿Ve Ud. aquellas „brozas? Allí permanecen sin que nadie las quite; pero cuando algunas lluvias abundantes hagan crecer las aguas, todas „desaparecerán y no quedará nada sucio. Lo mismo sucede en „una Misión cuando las gentes se aprovechan de ella: todas „las conciencias quedan limpias.„

Notábanle algunos de ingenio mediano y aun vulgar por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las muchas comparaciones de que usaba; pero salió con valor á su defensa D. Enrique Ojero de la Cruz, quien escribió muy juiciosamente: "Su lenguaje era parabólico, y se hacía entender con agrado de todos, menos de sus enemigos, que se apoyaban en esto para rebajarle como á un hombre vulgar. Yo mismo reté diferentes veces á alguno de ellos diciéndoles: "Si la parábola es tan vulgar, hagan Uds. una.„ Y cuando veía confusos á los que se tenían por sabios y dominadores de la palabra, les corregía su facilidad en juzgar poniéndoles el ejemplo del divino Maestro, que hablaba siempre en parábolas.„

Pero nadie mejor que el mismo Siervo de Dios sabe explicar las ventajas de las comparaciones y de los ejemplos, mayormente cuando se toman de la Escritura y de las Historias natural y eclesiástica. En unas notas manuscritas dejó acerca de este punto un razonamiento muy discreto y substancioso, que por serlo tanto, y por mostrarse en él teórica y prácticamente la verdad de lo dicho, me ha parecido conveniente traerlo aquí, que sin duda será de utilidad, no sólo á los predicadores, sino también á cuantos pública ó privadamente ejercen el ministerio de la enseñanza, y aun á toda clase de personas si desean amenizar las conversaciones y hacerse comprender con facilidad de aquellos á quienes comuniquen sus negocios. El discurso, pues, dice así: "San Gregorio Niceno, antes de empezar á escribir la vida de Moisés, hace un largo exordio, probando con muchas razones la utilidad de las vidas de los santos y el grande provecho de sus buenos ejemplos; por donde se ve cuánto conviene no olvidarlos, sino antes refrescar continuamente su memoria para mover á los fieles á la imitación de sus virtudes, porque no hay cosa que más mueva y aliente á los unos como los buenos ejemplos de los otros, haciendo fácil lo que parecía difícil é impracticable; y como los santos van delante, nos convidan á seguirlos y nos espolean con su ejemplo para que caminemos con fervor por la senda de la virtud y de la santidad. Son nortes que enderezan el viaje de nuestra navegación, son faros que nos enseñan el puerto de la salvación eterna y nos advierten los escollos que debemos evitar para no caer en un naufragio. Son los ejemplos y vidas de los santos espejos en que nos hemos de mirar para quitar defectos y adornos de virtudes. San Francisco de Sales dice que la diferencia que hay de la música escrita á la cantada, ésta es la que hay del Evangelio á las vidas de los santos, porque éstos practicaron lo que en el Evangelio está escrito. Plutarco *(In moral. lib.)* ha dicho que los ejemplos de hombres buenos son semillas de obras santas, y que como semillas deben sembrarse y repetirse si se quieren reportar cosechas de virtudes. Son los ejemplos alimento para los sanos y medicina para los enfermos, y por lo mismo se deben tener siempre prevenidos y hacer de ellos un buen uso. San Anastasio Niceno dice que son tan necesarios los ejemplos de los santos para que las almas obren perfectamente, como el riego á la tierra para que dé fruto.

„*Fulgebunt justi sicut sol.* Es tan necesario el ejemplo de los buenos á la sociedad como lo es al universo el sol que le alumbra, calienta y vivifica; así el ejemplo de los buenos calienta y vivifica á las gentes. "La doctrina, por buena que sea, „—dice San Gregorio,—suena y pasa; pero el ejemplo queda „impreso en la memoria.„ La doctrina es como la pólvora; pero el ejemplo es como la bala, que hiere ó mata: la pólvora sola no hace más que ruido; así la doctrina sola no hará más que ruido; preciso es ponerle algún ejemplo que sirva de bala. "El „ejemplo,—dice San Gregorio,—es como una hacha encendida „que alumbra al que la lleva y á los que le rodean. *Longum „iter est per verba; breve et efficax per exempla.* "Largo camino es enseñar por palabras, pero breve y eficaz por ejemplos.„ Séneca dice: *Duo illa maxime movent; similitudo et exemplum.* "Dos cosas mueven grandemente, que son las semejanzas y los ejemplos.„ Y Cicerón (1): *Nihil ita percutit ut exemplum.* "No hay cosa que así hiera y despierte como el ejemplo.„ Santo Tomás dejó escrito: *In omni negotio magis movent exempla quam verba* (2). "En cualquier materia y negocio que se quiera persuadir, mueven más los ejemplos que las palabras.„ San Gregorio Magno dice que nada hay que mueva más los corazones de los hombres que los ejemplos de otros hombres; porqué si son santos los mueven á serlo, y si son pecadores castigados por sus culpas, escarmientan en cabeza ajena. Por esta razón era tan aficionado el Santo á escribir y referir ejemplos. Igualmente lo hacían San Agustín, San Pedro Damiano,

(1) Lib. III *De Orat.*
(2) 1.ª 2.æ, q. 34, a. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el venerable Beda, Santo Domingo y San Vicente Ferrer. Todos éstos y otros usaban de ejemplos y comparaciones, y lo que es más, Jesucristo, modelo y maestro de predicadores, en un solo sermón puso tres ejemplos de rigurosos castigos: el del diluvio, el del fuego de Sodoma y el de la mujer de Lot (1). Además, siempre usaba de comparaciones y parábolas, de manera que *sine parabolis non loquebatur eis* (2).

„Los hombres prudentes según el mundo y los herejes no quieren ejemplos, como lo advierte San Agustín escribiendo contra el hereje Fausto, el cual se atrevió á hablar sacrílegamente contra la Sagrada Escritura por contener ejemplos. Dice, pues, San Agustín que los ejemplos de la Santa Escritura son escarmiento para los malos y espuela para los buenos, á fin de que unos y otros alaben á Dios y le den infinitas gracias porque, habiendo merecido por sus culpas semejantes castigos, no se los ha dado, sino antes bien muchas mercedes, inspiraciones y lugar de penitencia y ocasiones de ganar el cielo. Pena y premio son las dos pesas con que se rige el reloj del corazón humano y las dos espuelas con que se alienta á caminar, por lo cual usa de ellas frecuentemente la Sagrada Escritura; mas si alguno por malicia, flaqueza ó ignorancia se aprovechara mal de tan saludables documentos, no tienen ellos la culpa, ni se han de prohibir por eso, así como no sería propio de un buen Gobierno el quitar los ríos porque algunos se han ahogado en ellos, siendo tan útiles y necesarios al bien común.

„Finalmente, diremos que los ejemplos de la gloria sirven para alentar á los tibios; los del juicio y de la muerte para despertar á los dormidos, y los del infierno para contener á todos en sus depravados apetitos. Concluiremos con estas palabras de San Isidoro: "Los tormentos ajenos sean escarmien-„tos propios; mira en tu prójimo las penas que has de temer y „te pueden venir; huye del hoyo en que ves caer á otros que „van delante de ti; su perdición sea tu cautela, abstente del pe-„cado y de la ocasión de cometerlo." Hasta aquí son palabras del Sr. Claret. Dejando ya este punto del método y estilo de

(1) Luc., XVII.
(2) Matth., XVII.

sus sermones, veamos los diversos oficios que solía ejercitar en la santa Misión.

4. Los principales se reducían á enseñar el Catecismo á los niños; á los doctrinales, á los sermones y á los ejercicios espirituales. Diremos alguna palabra acerca de cada uno de ellos. La enseñanza de la Doctrina cristiana á los niños fué uno de los actos predilectos del P. Claret en todo el decurso de su vida; le ejercitó siendo estudiante, continuó en ella con mayor ahinco después de su ordenación sacerdotal, y no se desdeñó de enseñarla cuando Arzobispo.

Decía que éste es el fundamento de la instrucción religiosa, y á la verdad, sabidos los principios de la Religión por medio de la Doctrina cristiana, pronto se entienden las verdades en ellos contenidas, é iluminado el jovencito con estos resplandores de la fe, descubre los peligros que ha de evitar y los caminos que ha de seguir si no quiere extraviarse. El Catecismo es el preservativo de la ignorancia y de la corrupción de las costumbres. En los tiernos corazones de los niños es en donde, como en blanda cera, se graba el sello de la doctrina cristiana, y las palabras que en su infancia no entienden, en el decurso de los años muéstranse patentes á los ojos de sus almas. Antonio recordaba los ejemplos de aquellos grandes santos que tanto se distinguieron en esta obra de caridad y celo; imaginábase á un San Dionisio Areopagita, á un Clemente Alejandrino, á un San Gregorio el Grande, á un San Ignacio de Loyola, á un San Francisco Javier y á otros varones eminentes en santidad y ciencia cuando enseñaban el Catecismo á los niños; se representaba á los Apóstoles ganando para el paraíso los pequeños; figurábase sobre todo á Jesucristo, al amante de los niños, en el acto en que decía: "Dejad que los niños se acerquen á mí, pues de ellos es el reino de los cielos „; y con esta memoria era muy grande el amor que tenía á esta obra de celo apostólico. Exhortaba á los sacerdotes á esta importante enseñanza, y les prescribía el modo de hacerla con su autorizado ejemplo. Colocaba á los niños en semicírculo, sentados ó de pie, y poníase él en medio al frente de ellos, de manera que con una mirada los pudiera ver á todos. Si eran muy numerosos los distribuía en grupos, haciéndose ayudar por otros catequistas. Si éstos no eran bastantes para el número de niños, escogía uno ó dos de los mismos niños más instruídos y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sensatos, y por medio de ellos enseñaba á los más pequeños é ignorantes. Principiaba el Catecismo por la señal de la cruz, el rezo de tres Avemarías á la Virgen santísima y un Padrenuestro á los ángeles custodios. Su método era comenzar preguntando á un niño que supiera responder, y si no lo había, enseñaba á uno la respuesta palabra por palabra. La misma pregunta hacía alternativamente á otros niños por separado y á todos juntos á la vez. Cuando sabían ya responder á la primera pregunta los instruía en la segunda, luego la juntaba con la primera, y así continuaba hasta donde el tiempo le permitía llegar. El día siguiente les hacía repetir las preguntas y respuestas del anterior, y cuando sabían bien el Catecismo se lo preguntaba usando de palabras diferentes para conocer si lo entendían. Solía decir que en la enseñanza de la Doctrina cristiana el principal defecto del catequista es el hablar demasiado. No corregía por sí mismo al niño que no respondía bien, sino por medio de otro niño, y así los tenía atentos, particularmente cuando los obligaba á responder todos á la vez. Concluía el acto juntando los grupos si los había, y haciéndoles un discursito de pocos minutos en términos claros y sencillos, acomodados á su edad, talento y costumbres, y poníales algún ejemplo con alguna breve reflexión á fin de excitarlos á ser buenos cristianos. Estimulábalos, en fin, dándoles algunas estampitas de máximas buenas, que ellos recibían con gusto y se llevaban á sus casas. Mostrábanlas á sus familias y eran ocasión de que alguno de los suyos, leyéndolas por mera curiosidad, se moviera á la detestación de sus pecados.

El celo del Siervo de Dios por la instrucción catequística de párvulos y niños le inspiró la edición de cuatro opúsculos: el primero, brevísimo, para uso de los pequeñitos que comienzan á hablar, hasta la edad de siete años; el segundo, breve, para los menos capaces; el tercero, más extenso, para los de mayor capacidad, y por último, el cuarto, llamado *Catecismo explicado,* del cual el Dr. D. Antonio Gili, catedrático de Teología escolástica en el Seminario de Barcelona, cuando salió á luz decía que era el mejor libro que el P. Claret había escrito hasta entonces. Los otros tres opúsculos primeros, para mayor comodidad de los que usaban el pequeño Catecismo, se imprimió en un solo tomito, con señales en las preguntas más necesarias y en las escritas solamente para niños y adultos

pocos capaces ó que disponen de tiempo muy escaso. Con su industria y su compostura grave y santamente amable, á todos los niños tenía quietos y muy atentos sin necesidad de castigos ni de amenazas.

Otra de las cosas principales en que el Siervo de Dios se ocupaba en las santas Misiones era el punto doctrinal ó explicación del Catecismo á la muchedumbre del pueblo, la cual solía él hacer con mucha gracia y no menor aprovechamiento de los fieles inmediatamente antes del sermón, al cual servía como de introducción ó exordio. Como se apuntó ya en otro lugar, el primer día de la Misión en que predicaba del misterio ó de la fiesta, que era el objeto del septenario, octavario, novenario, etc., se omitía el punto doctrinal; pero en los demás días, para instruir al pueblo en el cumplimiento de la ley de Dios y en los deberes de todo buen cristiano, explicaba los Mandamientos del Decálogo; y aunque esta instrucción sirviera como de preámbulo al sermón, tenía también de por sí un corto exordio, proposición y división de partes. Al exponer la materia aducía asimismo algunas razones y autoridades que confirmaran la doctrina, aunque breves y poco numerosas, pues se valía para ello principalmente de semejanzas y ejemplos, los cuales, al paso que amenizaban la instrucción, aclaraban mucho las verdades expuestas y las hacían comprender aun á las personas más rudas é ignorantes. Y para que la enseñanza fuera más práctica y asequible, sacaba siempre de ella máximas morales que contribuyeran á mejorar las costumbres, prescribía medios fáciles y seguros para su fiel observancia, y deshacía las excusas con que muchas personas intentaban jnstificarse del quebrantamiento de los divinos preceptos.

Estas sencillas instrucciones, hechas con claridad y sencillez, sin ornatos oratorios y con estilo familiar y eminentemente práctico, eran sobremanera útiles y fructuosas al pueblo, y de ellas, como atestiguaba el Siervo de Dios, solía sacar mayor provecho que de los mismos sermones. Su duración no pasaba de veinte minutos: de ordinario, para comenzar y entrar en el asunto, hacía un breve, claro y substancioso resumen de lo dicho en el día anterior, pues este método, como él con mucha razón aseguraba, es más cómodo al Misionero y más ventajoso y útil al auditorio. "Algunos de los oyentes, —decía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con donaire, — son tan duros de cabeza que no les entran en el entendimiento las verdades de la Religión sino á fuerza de golpes de repeticiones.„ Además, por este medio, los fieles que por razón de sus ocupaciones ó por otras causas no habían asistido al punto doctrinal del día anterior, se enteraban del asunto ya explicado, y con esto se disponían para entender con mayor claridad la doctrina que les iba á exponer y para que ésta les entrara más en provecho. Aunque la repetición era muy breve, siempre les instruía más que las explicaciones que por ventura les había dado alguno de los que asistieron el día antes, pues á menudo acaece que muchos quieren explicar cosas que apenas pueden alcanzar á entender.

En los términos de que usaba era en extremo cauteloso, y con ser muchos los que iban á oirle con la mala intención de cogerle en alguna palabra que les diera pie á una delación, nunca pudieron conseguirlo. Acontecíales lo que á los escribas y fariseos, los cuales escuchaban á nuestro Señor Jesucristo, *ut caperent eum in sermone*, para cogerle en alguna expresión que le pudiera comprometer. Como el Siervo de Dios dió principio á las Misiones después de la encarnizada guerra de los siete años, cuando hervían aún las pasiones políticas y los ánimos estaban agitados, y en el país mismo donde los partidos acababan de disputarse la victoria, el peligro era muy grande; empero su prudencia era mayor, evitando hasta las voces que sólo por ignorancia ó por malicia pudieran echarse á mala parte, para quitar con esto todo pretexto á los que acechaban su conducta buscando en qué agarrarse para impedirle el ministerio de la predicación. Había por aquel tiempo en España dos bandos políticos, llamados serviles unos, y liberales otros. Algunos autores, ó mejor, la mayor parte de ellos, al explicar el tercer Mandamiento de la ley de Dios, usan de esos mismos términos, y por cierto con mucha propiedad, para indicar cuáles son los trabajos que en los días festivos se prohiben y cuáles son los que se permiten; mas el P. Claret, para no dar ocasión á las hablillas de ciertos hombres que luego hubieran susurrado y acaso denunciado á la autoridad civil que el Padre misionero hablaba de política, jamás usó de ellos, sino que empleó otros equivalentes. Esta misma prudencia y moderación observó constantemente en sus predicaciones.

Después del punto doctrinal seguía el sermón, que tenía por objeto mover á los oyentes al aborrecimiento del pecado y á la práctica de la virtud, así como aquél era más bien instructivo, tendiendo á ilustrar y perfeccionar el entendimiento con la noticia de las verdades religiosas. A lo dicho anteriormente acerca de este punto sólo añadiremos aquí el testimonio de un sabio y virtuoso sacerdote que le oyó muchas veces, no sin grande admiración y sin que concibiera por él veneración y estima. "Los sermones, — dice, — sin ser piezas perfectas de oratoria, salían, no obstante, nutridos de doctrina sana, llenos de textos bíblicos y de Santos Padres, y embellecidos con multitud de comparaciones ó símiles tan sencillos como oportunos y variados, sin dejar nunca de ser delicados é ingeniosos. Su estilo era sencillo, claro y animado, siendo muy notable y por muchos notado que, con ser muy rápida su palabra y no durando sus pláticas menos de una hora, ni se entorpecía la lengua, ni debía corregir palabra ni concepto, á pesar de que su preparación era una visita á Jesús y á María (1).„

De otro predicador se hubiera dicho acaso con razón que el no detenerse más en el estudio de las materias que predicaba era tentar á Dios ó presumir harto de sí; mas en el P. Claret, que de tanto tiempo atrás iba preparándose, que meditaba de continuo en las verdades que eran la materia ordinaria de sus discursos, que reflexionaba con tanta madurez sobre cuanto veía y leía, que en su oración, casi nunca interrumpida, recibía de Dios tantas iluminaciones sobrenaturales, y que en aquella época, según el P. Feu, sacerdote ejemplar del Oratorio (2), se acordaba de cuanto había leído, nada tiene de extraño y sospechoso semejante proceder, como lo acreditó además sobradamente el brillante resultado de sus sermones, con los cuales millares de almas se convirtieron al Señor, y muchas otras que le servían con tibieza y flojedad cobraron sobrehumano aliento para correr con alegría por el camino de la perfección.

Difícil es y aun imposible conseguir la reforma de un pueblo si todas las jerarquías sociales no entran en este movimiento

(1) Ilustre Dr. D. Felipe Vergés, carta del 1.º de Marzo de 1882.
(2) Declaración de D. José Quintanas y Riambau.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de perfección moral y de mejora en las costumbres, trabajando á la una en cumplir los Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia y los deberes de su estado respectivo, dándose ejemplo y comunicando en unos mismos sentimientos de piedad y devoción, á la manera que los miembros del cuerpo humano comunican entre sí el calor natural, y como informados de una sola alma dan proporción, salud y hermosura al organismo. Por esta razón el P. Claret, no contento con las pláticas y con los sermones hechos al pueblo en la iglesia, cuando se le ofrecía ocasión oportuna hacíalos también á los sacerdotes, á los seminaristas, á las religiosas de clausura, á las hermanas de Institutos de Beneficencia y enseñanza, á los niños y á las niñas de escuelas ó de colegios, á las Cofradías, á las Asociaciones de caridad, á los enfermos de los hospitales y á los presos detenidos en las cárceles.

A los sacerdotes de la población adonde iba y de los pueblos comarcanos, los reunía en una capilla ó sala espaciosa, y les hablaba con tal unción y copia de doctrina acerca de los deberes del estado eclesiástico, que se veían como constreñidos á trabajar en santificarse á sí mismos y en la salvación de las almas que se les habían confiado. A las monjas de clausura inculcaba el amor á la vida perfectamente común, el aspirar siempre á más subida perfección, imitando á las vírgenes prudentes en esperar al celestial Esposo con las lámparas encendidas y bien provistas del aceite de la caridad y de todas las virtudes, y á gemir como palomas las desgracias de la Iglesia, rogando al Señor que las remedie. Encomendaba á las Hermanas de la Caridad el cuidado diligente de los pobres y enfermos, con el único fin de servir en ellos á Jesucristo, el recato y decoro que á las religiosas conviene y la fiel observancia de sus votos: á las de enseñanza prescribía de un modo especial la paciencia en dar á las niñas la instrucción religiosa y la propia de su sexo y en prevenirlas contra los peligros del mundo corruptor. Predicaba á los niños y niñas de las escuelas la obediencia á sus maestros, la diligencia en aprender, el huir de las malas compañías y una tierna devoción á María santísima. A los cofrades ó á los socios de Congregaciones piadosas recomendaba eficazmente el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia, el ejercicio de la caridad y de las buenas obras, el dar en todas partes buen ejemplo á todos, de manera que resplandeciesen entre los demás cristianos por su fe y por sus virtudes. Quebrantaba y rendía los duros corazones de los criminales y encarcelados con el temor de los divinos juicios y de las penas por nuestras culpas merecidas; pero cuando los tenía ya movidos y los veía horrorizados del abismo de sus culpas, los consolaba con la esperanza del perdón, con los padecimientos de Cristo, á quien siendo inocente encarcelaron y condenaron al último suplicio, y con los méritos que para el cielo adquirirían llevando en paciencia sus penas y trabajos. En fin, para todos los grados y jerarquías de la sociedad hallaba reflexiones oportunísimas, consejos adecuados y consuelos especiales que les aliviaran sus respectivas cargas. Y eran siempre tan felices los resultados de su ardiente celo que, instado á predicar en diversas iglesias y por distintas Asociaciones, acaecía muchas veces que por complacerlos á todos pronunciaba seis y hasta ocho sermones en un día. Lo que le quedaba del tiempo después de sus predicaciones lo empleaba en confesar, en orar y en responder á varias consultas que le hacían.

Otra de las ocupaciones más importantes del ministerio apostólico del P. Claret era el dar ejercicios espirituales á toda clase de personas. En las Misiones hablaba al pueblo en general, usaba de un lenguaje claro y sencillo, aunque siempre decoroso, no ostentaba mucha erudición ni gran copia de razones, aunque tampoco las descuidaba, sino que se servía de abundantes ejemplos y semejanzas que pusieran la doctrina al alcance de los más rudos, y de la enérgica entonación que conmueve los ánimos de la sencilla muchedumbre. Mas en los ejercicios espirituales era otra cosa enteramente distinta; se acomodaba á la condición del escogido auditorio, subía más ó menos el estilo según la capacidad de las personas que le escuchaban, trataba asuntos que tocaban derechamente al auditorio, se levantaba á veces hasta lo más encumbrado de la ciencia teológica y moral, aclaraba los puntos más delicados de la ascética y presentaba con gran penetración de espíritu los lazos cristianos que deben estrechar á los hombres en los diferentes oficios de la sociedad y el modo fácil de santificarse en cada uno de ellos, aun en los más aristocráticos ó expuestos á las vanidades del mundo. Pueden en general reducirse á tres clases las personas á quienes dió ejercicios el P. Claret:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el clero, las religiosas y las Congregaciones piadosas de seglares.

Para apreciar como es justo la vasta erudición del santo Misionero, fuera menester haberle oído dando al clero ejercicios espirituales. ¡Qué raudal de doctrina brotaba entonces de sus labios! ¡Qué ideas tan sublimes vertía de ellos, casi sin darse cuenta y como quien da curso libre y natural al torrente largo tiempo represado en su pecho! ¡Qué unción tan divina, qué celo tan apostólico manifestaba entonces! Personas hubo, á la verdad bastante sabias y leídas, que le habían oído en las Misiones y formado de él no muy buen concepto por lo que atañe á erudición y alteza de pensamientos; pero al escucharle en estos ejercicios decían asombradas: "No parece el mismo; esto que nos dice es cosa muy diferente de cuantas le habíamos oído.„

Un religioso de gran talento, virtuoso y distinguido orador, el P. Jacinto Coma, religioso mínimo, dijo en una ocasión al Rdo. P. Clotet, de nuestra Congregación, estas palabras: "Cuando el Siervo de Dios dió ejercicios al clero de Manresa y de los pueblos vecinos, á los cuales asistí, al comenzar su primera instrucción ó conferencia creía yo oir á un predicador común y ordinario; pero á medida que nos hablaba parecióme ver á un hombre que se iba levantando á grande altura y poniéndose sobre el nivel de todos los demás predicadores.„ "En estos retiros, — escribe el Ilmo. Aguilar, obispo de Segorbe, — el P. Claret parecía otro hombre que el que estábamos acostumbrados á ver en el púlpito de la iglesia.„

Abundantísima mies cosechó en todos ellos, porque su voz, animada del espíritu apostólico, humilló á los soberbios, levantó á los caídos, esforzó á los pusilánimes, encendió á los tibios y dió nuevo y soberano aliento á los fervorosos. Al entrar en la iglesia de un pueblo conocíase al instante si el sacerdote que estaba al frente de ella había tenido la dicha de oir en ejercicios al Siervo de Dios; porque si acaso no hacía antes oración mental, se le veía ahora, antes de celebrar, arrodillado en fervorosa oración al pie del altar santo; celebraba luego la Misa con más devoción y con mayor observancia de las rúbricas que de costumbre, enseñaba con más frecuencia el Catecismo á los niños, se sentaba á menudo en el confesonario, predicaba al pueblo la palabra de Dios los domingos y

días festivos, y cumplía, en una palabra, con mayor fidelidad todas las disposiciones dadas por el sagrado Concilio de Trento para el recto desempeño de la cura pastoral. Deseando el P. Claret sellar con su ejemplo las instrucciones dadas á los eclesiásticos, concluía á veces los ejercicios besándoles los pies, y con este acto de humildad los dejaba confundidos y no salían de allí sin derramar lágrimas.

No fué de menos provecho el Siervo de Dios á las religiosas de todo género y condición á quienes dió ejercicios espirituales. Como de nuestra cosecha estamos todos inclinados á la flojedad y sentimos más ó menos el peso de la carne, necesitamos renovar el espíritu de cuando en cuando, aunque estemos consagrados á Dios por los votos religiosos. En los tiempos en que el P. Claret dejaba huellas de su ardiente celo en todas las poblaciones de Cataluña, no se conocía persona más á propósito para resucitar el fervor en cualquier Comunidad religiosa, y así de todos los conventos le llamaban á porfía para que les diera los ejercicios espirituales y adelantaran sus almas en la perfección. Sabía pintar con tal arte y viveza lo mucho que ofenden á Dios las menores faltas, los peligros de la divagación de las potencias y del derramamiento de los sentidos, las excelencias de la propia abnegación y la hermosura del alma dada enteramente á Dios y despegada de las aficioncillas con que suelen entretenerse algunas religiosas, que las movía á gran dolor aun por las faltillas de regla, y salían todas con deseos de gran perfección, con ánimo de mortificar los sentidos, la imaginación y las pasiones, con propósito de guardar escrupulosamente todos sus votos y de no aspirar sino al agrado del divino Esposo, á desagraviarle por las injurias que recibe de los hombres y á rogar por las necesidades de la Iglesia y por los que pelean las batallas del Señor.

También las Asociaciones piadosas, Hermandades y Cofradías tuvieron á suma honra el que el varón de Dios les diera ejercicios espirituales para renovar en ellos el espíritu propio de su Congregación. En cuantos tuvieron la dicha de oirle en estas ocasiones se despertó por él vivo entusiasmo, y tal impresión hicieron en ellos sus discursos que les duró su feliz recuerdo todo el resto de su vida. Uno de los socios que le había tratado muy de cerca escribía en estos términos: "Tuve

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el consuelo de recibir sus ejercicios y de oirle diferentes veces á puerta cerrada y en concurso de personas espirituales; y como en estas ocasiones estaba en completa libertad su espíritu, sus palabras salían como llamas de su pecho que encendían todos los corazones y convertian la capilla en un cielo (1).„

Los frutos que el P. Claret recogió en estos y en otros actos de su ministerio apostólico no son para dichos en pocas palabras, ni aun para escritos en muchos volúmenes, aunque algo se irá diciendo en el decurso de su vida con la gracia de Dios; porque ¿quién puede enumerar las conversiones que hizo, las almas ubias á quienes obligó á emprender el camino del fervor, las que levantó á muy subidos grados de santidad, las obras benéficas que sus consejos inspiraron, las Congregaciones piadosas que brotaron vivificadas por el aliento de su incansable celo, y todo, en fin, lo que para la gloria de Dios y el bien del prójimo se hizo merced á la eficacia de su palabra evangélica? Escribir la historia de cada una de esas almas, sus luchas interiores, sus hábitos inveterados en el mal, los obstáculos que ponían á la divina gracia, sus preocupaciones, su temperamento, y luego la mudanza repentina obrada en un instante en sus corazones, quizá con una sola palabra del Siervo de Dios, acaso con un solo acento desgarrador salido de su alma como un eco infinitamente triste é infinitamente amoroso del Corazón de Jesucristo, quejoso de la ingratitud del pecador; describir las tempestades de encontradas pasiones producidas en un momento en los corazones de los oyentes por la voz del P. Claret, que, como acerada flecha, hería de muerte los apetitos de la carne, por lo cual éstos se revolvían furiosos contra el alma que iba á romper para siempre sus cadenas; pintar todo esto con viveza y maestría, de manera que se reflejara en el cuadro la realidad de las cosas, sería referir en parte la historia del Siervo de Dios; mas ¿quién podría contar los millares de conversiones de este género, y quién, por hábil que sea, es capaz de encarnar en la palabra humana las gigantescas batallas del espíritu, las inefables maravillas obradas en lo interior de las almas, donde sólo Dios tiene su asiento y donde nadie puede penetrar si no es la sabiduría infinita? Mas aun averiguadas todas estas cosas, sería

(1) Carta de D. Enrique Ojero de la Cruz, del 18 de Agosto de 1880.

menester indagar las obras piadosas que por su medio se llevaron á cabo, los actos de humildad, de caridad, de mortificación y de todas las demás virtudes que por su consejo se practicaron, las personas que apartó del mundo y atrajo á la religión y, en fin, tantas otras cosas que sólo el día del juicio universal, cuando parezcan claramente delante de todos las acciones de cada uno, las sabremos y comprenderemos; y así, por ahora nada más diré, y mejor será que pasemos á ver varios otros medios de que se servía para hacer tanto fruto en las Misiones, para que le imitemos en lo que buenamente podamos.

5. Leyó acaso el Siervo de Dios, siendo aún estudiante, que entre los primeros Padres de la Compañía de Jesús había un Hermano lego muy espiritual y celoso que salía todos los días de casa para comprar lo necesario á la Comunidad; y como con esta ocasión debiera tratar con las personas de fuera, aprovechó la coyuntura para hablarles de Dios y de cosas de espíritu, con lo cual se cuenta que ganó más almas para Dios que muchos Misioneros predicando. Este ejemplo llamó mucho la atención á nuestro Padre; y como ardía su corazón en el celo de la gloria divina y de la salvación de las almas, resolvió al punto imitarle.

Comenzó á valerse de este medio con sus queridos condiscípulos, pues, como ya se dijo en su lugar, en las juntas y mutuas conferencias que tenían hacía con mucha industria recaer la conversación sobre el deber de hacerse santos y de ayudar á la conversión de los pobres pecadores. Sus pláticas y conversaciones eran siempre espirituales, aunque sabía muy bien amenizarlas con historietas y dichos ingeniosos que instruían á la vez que deleitaban. Especialmente en los viajes era muy diestro para introducir conversaciones piadosas y entretener útil y sabrosamente á los viajeros que no sabían en qué ocuparse. Así lo testificaron muchos de los que en ellos tuvieron la dicha de acompañarle. Merece singular mención lo que uno de éstos escribió al Rdo. P. Clotet

Era este señor el presbítero D. Antonio Potellas, que trató muy familiarmente con el Siervo de Dios. En un viaje en que era aquél su compañero, comenzaron á platicar sobre la devoción á la Vírgen, y el Sr. Potellas, valiéndose de la confianza que en él tenía nuestro Padre, le dijo: "Paréceme, Antonio,

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

que eres muy devoto de la Virgen. —¿Cómo no, replicó éste con su habitual sencillez, si todo cuanto le pido me alcanza?„ Espantado el compañero de una revelación tan extraordinaria y hecha con tanta naturalidad como si fuera la cosa más sencilla del mundo, repuso, dando á entender su extrañeza: "¿Qué dices?... Explícame el modo de pedírselo. —Le pido lo que deseo con fervor y confianza; y si veo que no me escucha, añadió el buen Padre con mucho gracejo, me acerco más á ella, la cojo del manto y le digo: Si no me lo alcanzáis, á fuerza de tiraros rasgaré el manto; y entonces ya me escucha.„

Como hacia cuando iba á las Misiones sus viajes á pie, se juntaba en los caminos con aquellos con quienes topaba, que de ordinario eran labradores, carreteros, y á las veces comerciantes. Para introducirse preguntábales con mucha amabilidad adónde iban y cuál era su oficio, les hacía algunas preguntas sobre él, dábales su parecer en las cosas que él entendía, y que eran muchas, particularmente en lo relativo á la labranza, y después de estos sencillos y amenos diálogos con que agradablemente los entretenía y les cautivaba el corazón, tomando pie de lo mismo que habían tratado, les hacía alguna reflexión piadosa y los exhortaba amigablemente á la virtud, con lo cual las buenas gentes quedaban no menos edificadas que contentas por el buen rato que habían pasado. Cuando se separaban para seguir cada cual su camino, las personas que le habían acompañado se decían unas á otras satisfechas y admiradas: "¡Qué sencillo y qué bueno! — También sabe nuestro oficio. —¡Vaya si sabe! —Ya quisiera yo saber como él. — Más te valdría ser santo como él. —¡Toma! Hacer lo que nos ha dicho, y algo seremos.„

Estas eran las exclamaciones y los sentimientos que despertaba el P. Claret en cuantos hallaba al paso en sus viajes, y por este medio hizo no poco fruto en muchas almas.

Si todos los santos se distinguieron en la interpretación espiritual y simbólica que dieron á la Naturaleza, llegando en algunos, como en San Francisco de Asís y en San Pablo de la Cruz, hasta los límites de la más bella y sublime poesía, nuestro amado Padre fué muy favorecido de Dios en este punto, porque todas las cosas naturales hablaban á su alma con tanta claridad y expresión que se puede decir que la Naturaleza era

para él un libro vivo, un templo religioso lleno de esos símbolos poéticos de hojas, flores, espigas y racimos que representan las virtudes y los misterios de la Religión cristiana. En todas las cosas oía la voz del Criador, y en todas contemplaba sus grandiosas huellas. Para él la hermosura de las flores no era sino el símbolo de la hermosura del alma que está en amistad con Dios; una estrella le simbolizaba el llamamiento del Señor á la virtud; la fruta de un árbol, la necesidad de obras buenas en el hombre; el toque de la campana por un difunto, la fragilidad de la vida humana y la cercanía de la muerte; el fulgor de los relámpagos ó el estampido de los truenos, el juicio universal; la presencia del fuego, las llamas eternas del abismo; el harmonioso gorjeo de las aves, el dulce y suavísimo cantar de los ángeles del cielo; cualquier impresión del mundo sensible despertaba luego en su imaginación algún recuerdo celestial; poseía el secreto de las analogías entre los dos mundos, el de los cuerpos y el de los espíritus, el de la naturaleza y el de la gracia, y de tan amigable consorcio resultaba en él suma facilidad para elevarse á Dios por las criaturas visibles, y clara y pronta expresión de las cosas espirituales y divinas en las mismas cosas naturales, que le servían como de lengua y espejo para hacerlas oir y entender á todos los hombres, aun á los más apegados al sentido. Nada, por consiguiente, tiene de extraño la abundancia de símiles ó comparaciones que hallaba en cualquier asunto, y la facilidad con que tomaba pie de cualquier cosilla para explicar en sus pláticas familiares alguna virtud ó recordar alguna verdad ó misterio de nuestra sacrosanta Religión. Para comprender el fruto que hizo con estas conversaciones familiares citaremos algunos casos extraordinarios de conversiones, y luego un caso verdaderamente milagroso que le acaeció en uno de estos viajes.

Con gran dolor de sus pecados fué un día á confesarse con él cierto sujeto que hacía mucho tiempo se confesaba mal, y según él declaró, movióle á esta mudanza de vida la conversación familiar que el Siervo de Dios tuvo con él el día anterior cerca de la lumbre.

A veces el Señor le ilustraba sobrenaturalmente, haciéndole ver el estado interior de las almas con quienes trataba, con lo cual convirtió no pocas y consoló también á muchas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Topó una vez cerca de Manresa con una mujer de mala vida; cuando la vió, el Señor le descubrió súbitamente todos los pecados de ella, y el P. Claret, con intento de sacarla de su mal estado, cruzó con la misma algunas palabras, le manifestó uno á uno todos los pecados que encubría ella en su enmarañada conciencia; y admirada la mujer de oir sus pecados de boca del P. Claret, cual otra Samaritana despertó de su letargo, los lloró amargamente, confesólos con humildad, y de allí en adelante llevó una vida muy ejemplar y fervorosa.

En las cercanías de la población de Ribas, no muy distante de Ripoll, un arriero que pasaba cerca de nuestro santo Padre se atrevió á decirle con mucho descaro y desvergüenza si quería confesar á su jumento. A lo que respondió el Siervo de Dios: "Quien ha de confesarse eres tú, que siete años hace que no lo has hecho.„ Y, en efecto, siete años hacía que no se confesaba. Al oir esto de un sacerdote desconocido, espantado el arriero abrió los ojos de su alma y se convirtió al momento. Semejante á éste fué el caso ocurrido en el llano de Barcelona. Con sacrílega audacia un carretero le dijo si quería confesar á sus mulos; pero el Siervo de Dios, con gran mansedumbre á la vez que con entereza, le respondió: "Bien sabes tú, aunque ignorante, que los mulos son incapaces de confesarse; quien debe hacerlo eres tú, que hace tantos años que no te has confesado (diciéndole el número de ellos), y llevas, sin embargo, una vida muy indigna de todo cristiano. "—¿Cómo lo sabe Ud., replicó aquel hombre; Ud. sin duda me conoce.—No te conozco, dijo el P. Claret, pero veo cómo está tu conciencia.„ Al oir estas palabras, como si le hubiera herido un rayo se rindió el carretero, y diciéndole que deseaba pedir perdón á Dios y confesarse, hizo parar los mulos, se retiraron un poco del camino é hizo el hombre su confesión para recibir allí mismo la absolución de sus pecados.

Yendo una vez el P. Claret de Mataró á Barcelona, encontró á un pobre hombre cargado con un saco. Andaban los dos juntos, conversando con gran tranquilidad, cuando al acercarse á la capital de Cataluña comienza el hombre á suspirar y á dar gemidos diciendo: "¡Cómo lo haré! ¡Ay de mí! ¡Estoy perdido!„

Ignoraba el Siervo de Dios la causa de la aflicción de aquel buen hombre, y con intento de consolarle le instó para que se

la dijera. Al principio aquél no se atrevía, pero al fin dijo: "Yo soy un pobre padre de familia; he comprado este tabaco para poder dar un poco de pan á mi mujer y á mis hijos, y ahora veo que van á prenderme y mandarme á presidio.„

El P. Claret quiso consolarle, pero en vano; mas cuando ya se hallaban cerca de los guardas del registro, dijo al desgraciado padre:

—Déjeme Ud. el saco.

Este se resistía, pero al fin se lo entregó. Llegaron luego al lugar del registro, y preguntaron los guardas:

—¿Qué llevan ustedes en ese saco?

—Alubias,—respondió el P. Claret.

Descubrieron el saco, y vieron, en efecto, que había alubias, y así los dejaron pasar sin incomodarlos.

Recogió el hombre muy contento su nueva mercancía por verse con ella fuera de peligro, y sólo le quedaba alguna tristeza por no poder sacar el dinero del tabaco; pero aun en esto quiso Dios consolarle, porque al llegar á su casa no halló en el saco sino el género que había comprado. Fuera de sí de alegría, se deshizo en elogios de *Mosén Antón Claret* y contó el hecho maravilloso á los mismos guardas del registro. La noticia del suceso se propagó en poco tiempo y acrecentó la opinión de santidad que del P. Claret las gentes ya tenían, y los declarantes del caso en el proceso informativo dijeron que habiendo preguntado al Siervo de Dios si era verdad, evadió la conversación con profundísima humildad y gran prudencia, mas no negó el hecho (1).

Otro de los medios de que el P. Claret se servía para hacer mucho bien en las almas era la distribución de estampas, libritos y hojas sueltas, en que se contenían algunas máximas piadosas ú otras cosas edificantes y de provecho para instruir en la Religión y mejorar las costumbres. Como veía por experiencia la abundante cosecha que de la siembra de escritos religiosos recogía, distribuíalos con gran profusión entre toda clase de personas, sin que en esto le dolieran prendas. Preguntóle una vez un amigo suyo en qué podría invertir una cantidad de dinero destinada á una obra piadosa, y le respondió:

(1) Véanse las Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet, y el Resumen que publicó de la vida de nuestro P. Fundador.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"El objeto más piadoso, el más útil y en el día el más necesario á que puede aplicarse la cantidad que Ud. me indica, es sin duda la propagación de buenos libros. Yo todos los días veo esta utilidad y necesidad; á eso exhorto á todas las personas que me presentan alguna ocasión, y para ese trabajo invierto todo lo que puedo (1).„

Era él de opinión, y por cierto opinaba muy cuerdamente, que si bien es necesario oir la palabra de Dios, pero que importa también mucho la lectura de estos escritos, y que en cierto modo es mayor el provecho que se saca de ellos que el de la plática ó del sermón oído en la iglesia; porque no todos van ó pueden ir al templo, pero el libro va á casa de todos: el predicador no puede estar á todas horas en el púlpito, mas el libro instruye de día y de noche y siempre que se quiera; el predicador no puede continuar hablando mucho tiempo sin cansarse; el libro, empero, dice y repite las cosas sin fatiga alguna; léase mucho ó poco, que se tome ó que se deje, nunca se queja ni se da por ofendido. Mas si en todos tiempos el leer y propagar buenos escritos ha sido provechoso, hoy día es necesario á causa de la general propensión que hay á leer y enterarse de todo cuanto ocurre; y como en este siglo todo va al vapor y pululan mucho los espíritus superficiales, que ni tienen paciencia para los estudios serios, ni siquiera para los recreativos, cuando los libros son muy voluminosos, es menester aún más la propaganda de opusculitos y de hojas sueltas que la de los libros formales, aunque sean de más mérito y aun de mayor utilidad para los que obran con madurez y cordura en todas las cosas y desean tener de la virtud conocimientos sólidos y profundos. "Las gentes,—decía el Siervo de Dios,—padecen hambre de saber, y el hambriento, si no tiene comidas saludables, echa mano de otras, acaso insalubres, que le dañan en lugar de aprovecharle. Así acontece con la lectura, que si es de libros buenos y acomodados á la condición y á las circunstancias del lector, le aprovecha; pero si es de libros malos, periódicos impíos, folletos inmorales, le pervierten; comenzando por extraviar el entendimiento, acaba por corromper el corazón, de donde nacen todos los males.„ De todo lo cual concluía cuán necesario es contrarrestar con la distribución de buenos libros, folletos y hojas volantes la propaganda impía de los malos, y solía decir que hoy día ésta era la mejor limosna. También aprendió por experiencia que Dios por este medio había obrado muchas conversiones semejantes á la que vamos á contar.

(1) Declaración del Dr. D. José Quintana y Riambau.

Pasando él una tarde por la calle de una ciudad de las más populosas de España, se le acercó un niño, y después de besarle la mano le pidió una estampita, y el Siervo de Dios se la dió, como tenía de costumbre. Al día siguiente, después de haber celebrado la santa Misa y estando en el presbiterio de la iglesia dando gracias, se le acercó un hombre desconocido, de largos bigotes y de barba muy poblada, el cual, tapando el rostro como por vergüenza con la capa que llevaba, le preguntó con voz trémula y ronca si podría confesarle en un lugar donde nadie los viera. Conociendo el Siervo de Dios la necesidad espiritual de aquel hombre, hízole entrar en la sacristía y le dijo que aguardara un ratito hasta que acabara él de dar gracias. Terminadas éstas, á pesar de la muchedumbre de hombres y mujeres que en su confesonario le esperaban, fué á la sacristía, y aunque en ella no estaba más que él y aquel hombre desconocido, se retiró con él al rincón más apartado y oculto.

Puesto el penitente de rodillas, no podía decir una palabra por el llanto en que prorrumpió en aquel momento. Fué tal la copia de lágrimas, que admirado el confesor le preguntó el motivo que le había movido á confesarse. El penitente, entre gemidos y sollozos, exclamó: "¡Ay, Padre mío! Ayer pasó Ud. delante de mi casa; un niño le besó á Ud. la mano y le dió Ud. una estampita; era un hijo mío. Entretúvose un rato con ella, la dejó después sobre una mesa y salióse á jugar con otros niños. Entonces, yo, por curiosidad ó pasatiempo, la leí, y ¡oh, Padre mío! ¡qué impresiones me causó! Cada palabra fué un dardo que hirió mi corazón; determiné mudar de vida, y como Dios se valió de Ud. para que me convirtiese, con usted he pensado confesarme. Soy un grande pecador: ¿habrá perdón para mí?„ El Siervo de Dios le dijo que sí y le animó, y habiéndole oído en confesión, le absolvió de sus pecados. A este hombre, que había sido comandante de una partida de gente muy mala, y que al leer la hoja impresa los remordimientos no le dejaban descansar, después que se hubo confe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sado Dios le consoló, concediéndole una paz y alegría inexplicables (1).

"En Villafranca del Panadés, — escribe el mismo P. Claret, — se convirtieron cuatro reos, que después de casi tres días que estaban en capilla no habían querido confesarse; y con una estampita que di á cada uno de ellos entraron en sí y se confesaron, y recibieron el santísimo Viático y tuvieron una buena muerte. Son muchos y muchísimos los que se han convertido por la lectura de una estampa ó de una hoja volante."

En otro lugar hablaremos de los opúsculos y hojas sueltas que escribió el Siervo de Dios y de lo que á ello dió ocasión, y por ahora baste decir que el repartimiento de estas cosas era uno de los medios más eficaces para conservar el fruto de las Misiones y de los santos ejercicios.

El último medio, entre los principales, de que se valía para fomentar la piedad, era la distribución de escapularios, rosarios y medallas que le proporcionaban algunos bienhechores. Por este medio llegó á alcanzar un éxito extraordinario. No se contentaban ya los fieles con cumplir los deberes rigurosos de todo buen cristiano, sino que practicaban la piedad; afianzábanse las tradicionales costumbres religiosas ó se reanudaban en las familias que por desgracia las habían interrumpido. El fervor con que besaban el escapulario y la medalla al acostarse y al levantarse, y la atención, devoción y frecuencia con que rezaban el santísimo Rosario, rayaba en entusiasmo cuando estos objetos habían sido bendecidos por el Siervo de Dios. Inmenso fué el bien que en esta parte produjo el P. Claret en las Misiones.

A causa de la guerra civil habían decaído extremadamente en Cataluña las antiguas devociones populares; mas nuestro celoso Misionero las restableció de tal manera, que después de su predicación tal vez habría sido más difícil hallar en las poblaciones alguna persona sin rosario ó escapulario, que antes de ella quien se atreviera á usarlo públicamente. Con tal entusiasmo acometían los pueblos la restauración de tan piadosas costumbres, que así como en tiempo de San Vicente Ferrer había mercados de cilicios y disciplinas donde el Santo predicaba, así lo había de rosarios y medallas donde el Siervo de Dios daba Misión, y por mucho tiempo le siguió en sus excursiones apostólicas un mozo llamado Miguel Iter, que llevaba un jumentillo cargado de estos objetos y los vendía por muy poca cosa, y aun distribuía muchas docenas de ellos sin recibir paga alguna, porque no le movía el interés en aquella obra sino el deseo de secundar á nuestro Padre en hacer bien á las almas.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

6. Vistos sumariamente los principales medios de que el P. Claret se valía para hacer fruto en las Misiones, sólo falta para comenzar sin estorbo la narración de ellas que demos una mirada general á los obstáculos que en las mismas halló, para que así resalte más la grandiosidad de esta nobilísima empresa.

Empecemos por las variaciones atmosféricas. Sintió el Padre Claret en extremo estas mudanzas en sus largos y penosos viajes, hechos á pie y de ordinario sin compañía alguna; mas abrazó estas molestias por amor á Jesucristo, sufriéndolas, no sólo con paciencia, mas aun con alegría. En los viajes largos hacía por la mañana cinco leguas de camino y otras cinco por la tarde, y para medir las distancias, á lo menos en la temporada que dió Misiones en Cataluña, se servía de un mapa forrado de lienzo y plegado que llevaba consigo. No le detenían ni las lluvias, ni las nieves, ni los fríos del invierno, ni los calores del verano. En esta última estación, como llevaba sobre la sotana el balandrán, y con frecuencia los rayos del sol, como saetas encendidas, le daban en la cabeza, padecía un calor verdaderamente sofocante que apenas le dejaba respirar. A esto se juntaba la molestia de los pies; porque, como llevaba medias negras de lana, con el sudor se le reblandecía la piel y se le formaban llagas, lo cual no pocas veces le obligó á cojear. No le molestaban menos en invierno las nevadas cuando eran abundantes. Acaecía á las veces que, estando el terreno cubierto de nieve, ponía el pie en falso y caía en algún barranco. Pero él todas estas cosas las miraba como regalos del cielo, y daba gracias al Señor porque le proporcionaba ocasiones de padecer por Él para mostrarle en algo el amor que le tenía.

Cuánto le mortificaría el aire, nos lo dirá quien haya viajado á pie con viento fuerte, particularmente en países donde sopla con más ímpetu, como el del Ampurdán en Cataluña,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues suele ser en él tan tempestuoso que traslada á las veces de un sitio á otro montañas de arena. El Señor, complacido en la mortificación y abnegación de su Siervo, para manifestarle cómo su divina Providencia velaba con ternura por la vida de él, le sacó á veces de grandes peligros por modo maravilloso.

Iba un día de camino de Bañolas á Figueras; el viento soplaba con mucha fuerza, y sus agudos silbidos llenaban el espacio como de ayes lastimeros. Resistiendo como pudo sus ímpetus furiosos, llegó el P. Claret á orillas de un río que debía atravesar para ir á Figueras. En medio de la corriente se alzaba un peñón, en donde convergían y se apoyaban dos maderos que por el extremo opuesto descansaban respectivamente cada cual en su orilla. Un pobre hombre que cruzaba las aguas é iba delante de nuestro Padre, al llegar adonde empezaba el segundo madero arreció el viento de tal manera que le derribó á él y al movedizo puente. El Siervo de Dios resistía tan rudos golpes permaneciendo encima de la peña y apretando en ella su bastón; pero le era ya imposible, sin saltar al agua, el pasar á la otra parte. No se veía por allí ninguna persona; pero de improviso, sin haber él pedido auxilio á nadie y sin saber cómo, se presentó un joven desconocido, vadeó el caudaloso torrente, cargó sobre sus hombros al P. Claret y lo pasó á la otra orilla. No supo nuestro Padre más de él, porque luego se fué y desapareció (1); puede fundadamente creerse que era un ángel enviado por el Señor para socorrerle, pues no fué ésta la primera vez que acudió á remediarle con estos medios tan extraordinarios. Prosiguió el Siervo de Dios su viaje, pero con un viento tan fuerte que lo sacó no pocas veces del camino.

Para recompensar el Señor los sacrificios que hacía este su apóstol por amor de Él y por darle gloria y ganarle almas, le favoreció con algunas gracias extraordinarias, como las que vamos á referir.

Iba un día de Vich á Oristá acompañado de un mozo llamado Ramón Prat, que es quien refiere el suceso. Como estaba la tierra cubierta de nieve, no quiso éste dejarle hasta llegar al término de su viaje. Cuando se hallaron ya muy distantes de la ciudad, le dijo el P. Claret: "Ramón, vuélvete, que es tarde. „ El Sr. Prat se resistía á volverse, pues no le parecía prudente dejarle ir solo en aquellas circunstancias; instaba el Misionero, pero en vano. Cuando llegaron al punto llamado *la Font salada,* vieron que no había señales de haber pasado alguno por allí después de caída la nieve, lo cual confirmó al buen criado en la resolución de no dejarle. Mas he aquí que al poco rato, dando él la derecha al Sr. Claret, vió á su izquierda un mozo desconocido que llevaba el vestido muy aseado, aunque al estilo del país, con zapatos nuevos y con *barretina* (1) en la cabeza.

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

Admirado Prat de aquella repentina aparición, echó una mirada alrededor y observó que no había venido andando, pues en la nieve no había más pisadas que las del P. Claret y las suyas. Entretanto el Misionero preguntó al joven misterioso: "¿Adónde va Ud., compañero?—A Oristá, respondió éste.— Y luego, dirigiéndose el Siervo de Dios á Prat, añadió: —"Así, pues, vuélvete, Ramón; ya ves, Dios lo quiere. „

Despidióse el Sr. Prat y los dejó ir solos, quedándose él en el mismo lugar hasta que los perdió de vista, sin atinar en qué era aquello que estaba pasando (2).

A esto añade el P. Clotet en sus apreciables Memorias: "Después de algunos años supimos por el mismo Sr. Arzobispo que el joven se ofreció á acompañarle, y que cuando estuvieron cerca del pueblo adonde iban, le dijo: "Ya ve usted „ el pueblo, no puede Ud. perderse „; y desapareció. „

Por aquellos mismos años en que el Siervo de Dios recorría las ciudades y los pueblos de Cataluña anunciando la divina palabra, acaeció que después de haber nevado en Vich por espacio de muchas horas en la tarde de la fiesta de la Inmaculada Concepción, se heló la nieve, y las calles y plazas quedaron tan resbaladizas que era casi imposible transitar por ellas. Yendo al día siguiente el Rdo. D. Fortián Bres á celebrar la santa Misa en la iglesia catedral, como entre seis y siete de la mañana, resbaló y cayó en la plaza contigua, rompiéndose de resultas una pierna. Trasladado inmediatamente á su casa, que no distaba mucho, fué luego visitado de su vecino y amigo el presbítero D. Ramón Pi, del sobrino de éste, que era seminarista, D. Pablo Parassols, y un poco más tarde

(1) El gorro propio de los catalanes, como la boina de los navarros.
(2) Declaración de D. Ramón Prat.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Dr. D. José Puigdollers, catedrático del Seminario, y del mozo Ramón Prat, amigo de la familia. Reunidos alrededor del lecho del enfermo, convinieron unánimemente en que el señor Prat fuese en seguida á Olost, donde se hallaba el Sr. Claret, para darle noticia de la desgracia de su buen amigo y bienhechor.

En el instante mismo en que Prat iba á salir llamaron á la puerta; acudió éste á abrir, y con gran sorpresa se encontró con *Mosén Antón Claret*, que, á pesar de los barros y de las nieves que había en los caminos, venía con los pies enjutos. Espantados todos del caso, y más aún de que hubiese llegado allí tan de mañana y de su visita inesperada, le preguntaron cómo había venido. Él respondió que no sabía cómo, pero que fué allá por un impulso irresistible. Más admirados aún con esta respuesta, tornáronle á preguntar si había celebrado, y respondió que sí, con lo cual quedaron más atónitos. Eran entonces como las siete y cuarto de la mañana, y el Sr. Claret les dijo que había celebrado en Olost, y que después de dar gracias se había sentado en el confesonario y había estado confesando hasta las siete; de manera que no se comprende cómo no siendo por milagro pudo trasladarse en tan poco tiempo de Olost á Vich, que dista de aquella población cuatro leguas, y por caminos montuosos y á la sazón cubiertos de nieve.

Todo esto se averiguó y quedó más confirmado con la declaración de la hermana del que entonces era párroco de Olost, Juan Domenech, la cual añadió que después de oir las confesiones salió de allí muy aprisa, y que el criado de su casa echó mano del mulo y corrió tras él para hacerle montar, pero que no le halló en todo el camino, ni vió en la nieve, que aún iba cayendo, las señales de las huellas que naturalmente había de dejar (1); y así parece que el Señor le trasladó repentinamente por ministerio de sus ángeles ó de otro modo milagroso que él solo puede comprender.

Otro hecho maravilloso solía referir un testigo ocular y que con el Siervo de Dios fué objeto del mismo. Tal es el presbítero D. Juan Coma, natural de Manlleu, párroco de Figueras y sacerdote distinguido por sus vastos conocimientos, y más aún por su vida ejemplarísima.

(1) Declaración de D. Pablo Parassols, presbítero.

Contaba, pues, que al salir una vez el Sr. Claret de Figueras para Gerona, le invitó á que le acompañase á lo menos un rato por vía de paseo, á lo cual él accedió con mucho gusto. Mas sin saber cómo, al poco tiempo de haber entablado conversación se hallaron en el mesón llamado Orriols, que está á medio camino, no sin grande espanto del Rdo. Coma al ver que en tan corto espacio de tiempo se hallaban á tan larga distancia de Figueras que venía á ser la friolera de tres leguas. Pero creció el susto del pobre párroco cuando al pasar junto á una zarza se le hizo un gran rasgón en el manteo, pues como se veía tan distante de su casa no sabía cómo remediarlo. Animóle el P. Claret y el Señor le consoló muy pronto, porque al poco rato se hallaron los dos en Gerona; y cuando D. Juan fué á mirar su rasgado manteo se llenó de asombro al ver que estaba enteramente compuesto, sin señal alguna de rasguño, con lo cual concibió grande estima de la santidad de nuestro Padre, pues por su respeto obró el Señor en él tales prodigios (1).

Como acaece siempre desde que hay hombres en el mundo, los buenos y bien intencionados tomaron pie de semejantes maravillas para servir al Señor con mayor cuidado y diligencia y para venerar á su Siervo, acudiendo presurosos á oir sus pláticas y sermones con ánimo de aprovecharse de ellos. Empero los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia, los obstinados en la maldad, que sentían perturbarse sus desenfrenadas pasiones con las predicaciones del celoso Apóstol, porque la palabra divina que con tanto fervor anunciaba inquietaba la falsa paz de sus conciencias y se despertaban en ellas remordimientos desgarradores á la vista de los buenos ejemplos que daban las innumerables personas convertidas por el Padre Claret, tomaron de esto mismo ocasión para calumniarle atrozmente, primero en Cataluña y luego en toda España.

Acaecía que algún señor Obispo, conocedor del copiosísimo fruto que el Sr. Claret hacía en sus Misiones, escribía al gobernador eclesiástico de Vich pidiéndole le enviase á nuestro Misionero, y el Prelado accedía gustoso á semejante petición. Formada la lista de los pueblos adonde el Siervo de Dios había de ir á predicar, resultaba de ordinario que, concluída la

(1) Declaración de D. Antonio Casamor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Misión en uno, había de pasar á otro muy distante, y era por cierto cosa muy providencial que en aquellas tristes circunstancias en que los ministros de la Religión eran tan perseguidos, y cuando por todas partes no se veían sino escándalos, ni se oían sino blasfemias y errores groseros contra la santa fe y contra las buenas costumbres, se viera el P. Claret obligado á predicar, no en una, sino en muchas y muy diversas comarcas. En todas era perseguido de los incrédulos y de los malos cristianos; y cuando éstos, por la misericordia de Dios, se convertían, empezaban las persecuciones del Gobierno y de las autoridades superiores. Mas nunca éstas le impidieron el dar la Misión á pesar de los esfuerzos que para ello hicieron, porque acontecia siempre una cosa muy graciosa, en la cual palpablemente se veía la mano de Dios: y era que cuando en una provincia se daban providencias contra él había terminado ya la Misión, y el buen Padre se ausentaba y pasaba á otra provincia para dar allí comienzo á otra nueva. En ésta sucedía una cosa semejante, y lo mismo en otras, que no parece sino que Dios iba jugando y burlándose de las astucias de sus enemigos.

Cuando nuestro Padre Fundador se hallaba ya de Arzobispo en Santiago de Cuba y el general Manzano de gobernador de la ciudad, éste le confesó ingenuamente que, estando en Cataluña, tenía encargo del Gobierno para prenderle, no porque la autoridad tuviera quejas fundadas contra su conducta pública ó privada, pues sabían bien los gobernantes que no se metía en política, sino porque les daba miedo ver la muchedumbre de personas que de todas partes afluían á los pueblos en donde predicaba, y temían, atentos al prestigio universal de que gozaba, que á la menor indicación que les hiciera se levantaran todos á una é hicieran armas en favor de D. Carlos. "Dios no quiso que me prendiesen, — decía el P. Claret, —y éste fué el motivo principal porque no pudieron prenderme." Dios quiso que se predicase á las gentes la divina palabra, mientras el diablo iba trabajando en la corrupción de las costumbres por medio de los bailes, de los teatros, de la lectura de libros y periódicos malos y de la profanación de los días festivos. Era un escándalo lo que en esto último acaecía, porque como el pueblo estaba armado para oponerse á los enemigos del Gobierno, los jefes de la tropa obligaban á los mozos en los días de fiesta á los ejercicios militares, con lo cual les impedían el asistir á la Misa y á las funciones de la iglesia.

Todos estos abusos trató de desterrar el Siervo de Dios, aunque por medio indirecto, para no herir la susceptibilidad de los tiranuelos que entonces ejercían el mando y que tan *valientes* y tan *fuertes* se mostraban contra sacerdotes y religiosos indefensos; y en gran parte consiguió su intento, pues fueron muy contados los que no se rindieron á sus exhortaciones. Tarragona fué una de las provincias que más se aprovechó de sus santas Misiones, pero también fué una de las que más le persiguieron; porque si bien era en general muy querido y estimado de todos sus habitantes, había algunos que le odiaban de muerte y trataron de asesinarle. Llegó á tal extremo la persecución de estos malvados y fueron tales las asechanzas que le armaron, que el señor Arzobispo de la diócesis se vió obligado á salir á defensa del Sr. Claret en una circular, que por su grande importancia merece ser leída. Dice así:

"No sin dolor he sabido que por algunos pueblos por los cuales ha pasado el Rdo. D. Antonio Claret dando sus acostumbradas Misiones, se han propalado contra este virtuoso sacerdote groseras calumnias é imputaciones absurdas con el objeto de desacreditar, no tanto su persona, cuanto la palabra de Dios que anuncia, y retraer á las gentes de que vayan á oirle. Aunque el público, en su generalidad, ha despreciado tales imputaciones, notoriamente falsas, como se conoce por la extraordinaria concurrencia que se ve en todos los pueblos á sus sermones, no obstante, hay algunos, pocos en verdad, que menos cautos, ó quizá con un corazón prevenido, han prestado oídos á los chismes, rechazando por esta causa la palabra de Dios anunciada por boca del celoso Misionero.

"A fin de que el mal no cunda y depongan sus prevenciones los que tal vez las hayan abrigado, encargo á Ud. que desmienta eficazmente tales imputaciones, aseverando con toda certeza que D. Antonio Claret jamás ha tomado la menor parte en ningún bando político; que desde que se ordenó, que fué en 1835, residió de vicario en Sallent, pueblo de su naturaleza, punto fortificado y sujeto siempre á la autoridad de la Reina; que en 1839 fué á Roma con conocimiento y permiso de sus superiores; que en 1840, cuando había concluído la guerra civil, regresó á España, en donde empezó su carrera de Misionero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con permiso de la competente autoridad, con aplauso universal y recogiendo los más copiosos frutos de conversiones y virtudes, sin que la autoridad civil y eclesiástica hayan tenido jamás que censurarle ni advertirle en lo más mínimo. Su conducta privada es intachable, sus costumbres edificantes, sus obras conformes á su lenguaje de ministro del Evangelio, su abnegación y desinterés completo, no recibiendo jamás estipendio por los sermones que predica, ni aun por el santo sacrificio de la Misa que diariamente celebra; y si alguna vez, por motivos especiales, se ve precisado á recibir alguna limosna por estos servicios, la invierte inmediatamente en objetos muy laudables. Ni en los libritos, ni en otros objetos piadosos que se expenden con motivo de sus Misiones, tiene utilidad alguna ni ganancia temporal, pues para nada interviene en su expendición. Su vida penitente, mortificada, laboriosa, es la de un verdadero Misionero apostólico. Viaja siempre á pie y sin provisión de comida ni vestidos. Lo sabe y lo publica la gente en Cataluña y en otras provincias, y puede Ud. asegurarlo sin temor de ser desmentido si alguno propala lo contrario ó aparenta ser engañado ó quiere engañar á otros.

„E interesándose en esto la gloria de Dios y la santificación de las almas que se consigue por medio de las Misiones, encargo á Ud. procure desvanecer tales falsos rumores y calumnias si alguien intentase esparcirlas por esa parroquia, especialmente cuando fuese el citado D. Antonio Claret á dar Misión en ella, para prevenir malignas y erróneas especies contra el Misionero y para que la palabra de Dios produzca los consoladores frutos que deseamos por virtud de su divina gracia. = Tarragona 24 de Octubre de 1846. = Por mandato de S. E. I. el Arzobispo mi señor. = *Manuel de Pomiano*, Secretario.„

Esta circular, tan sencilla como enérgica y llena de verdad y de profunda convicción, fué enviada á todos los párrocos de la archidiócesis, y por ella se echa de ver la popularidad que tenía ya entonces nuestro santo Padre entre las gentes sencillas, el concepto de santidad en que le tenían, no sólo el pueblo, mas aun las personas constituidas en dignidad y distinguidas por su virtud y ciencia, los recelos que despertó en los malos con el inmenso fruto que en las Misiones recogía y la campaña de persecución iniciada contra él por los hijos de

las tinieblas con el intento de difamarle y de estorbar el bien que hacía en las almas por medio de sus predicaciones.

Relacionado con la circular anterior hay un pasaje en los Manuscritos del Siervo de Dios que manifiesta á maravilla la generosa disposición de ánimo en que entonces se hallaba, y cómo batallaba con los sentimientos de la flaca naturaleza en medio de aquellas borrascas levantadas contra él por la maldad de algunos hombres. "En medio, — dice, — de las alternativas de tribulaciones y consuelos, pasaba yo de todo: ratos buenos, y ratos muy amargos; á veces fastidiábame el vivir, y entonces mi único pensamiento y mi única conversación eran el cielo, y esto consolábame y animábame en extremo. Habitualmente no rehusaba el padecer; por el contrario, deseaba sufrir y morir por Jesucristo; yo no me ponia voluntariamente en los peligros, pero gustaba de que mis Superiores me enviasen á lugares peligrosos para tener la dicha de morir por Jesucristo de manos de asesinos. En la provincia de Tarragona era generalmente muy querido; pero había unos cuantos perversos que quisieron atentar contra mi vida. Sabiéndolo el señor Arzobispo, hablamos un día los dos de este asunto y le dije: "Excelentísimo señor: no me arredro ni me detengo yo „por esto; mándeme vuecencia al pueblo de la diócesis que „quiera, que iré gustoso; aunque supiese que hay en el camino „dos filas de asesinos esperándome puñal en mano, pasaría „adelante. *Lucrum mori* (1). „Mi ganancia es morir por predicar la Religión de Jesucristo: todas mis aspiraciones han sido siempre, ó morir en un hospital como pobre, ó en un cadalso como mártir; con mi sangre quisiera yo sellar las virtudes y verdades que he predicado y enseñado (2).„

A las persecuciones de los hombres se juntaron las de Satanás, el cual, como prevía las muchas almas que le iba, con el auxilio de Dios, á arrebatar, se encarnizó contra él sobremanera, y trató no pocas veces, con ruidos y otros modos infernales, de estorbar el fruto que en las Misiones hacía. Ya vimos cómo en su juventud, después de aquella insigne victoria en favor de la santa pureza, tras la cual se le apareció la Madre de Dios, vió á su derecha un grupo de santos en acti-

(1) Philip., I, 21.
(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tud de orar por él, y á su izquierda un escuadrón de demonios puestos como soldados en orden de batalla. Ahora veremos cuán bien cumplieron las potestades infernales su propósito de hacer guerra continua al Siervo de Dios y lo que con aquella actitud belicosa quisieron significarle. Por lo que nosotros hemos podido averiguar, se colige claramente que los demonios atormentaron su persona con terribles obsesiones, como lo hicieron con los mayores santos. Pasando por alto los muchos casos que á sus solas debieron acaecerle, y que él por humildad conservó ocultos, trasladaremos aquí algunos otros, de los cuales tenemos noticia por la declaración de varias y fidedignas personas.

Hallándose en Vich, aconteció una vez que las personas de la casa en que habitaba vieron que no parecía á tomar el chocolate á la hora de costumbre. Sospechando si era acaso efecto de alguna indisposición, entraron en su cuarto y le preguntaron si había novedad en su salud. El Siervo de Dios respondió que sentía fuerte dolor en un costado. Fueron luego los de la casa por el médico y por el cirujano, y habiéndose presentado éstos, el último le ordenó que descubriese la parte que le dolía. Quitada la ropa vieron en el costado una espantosa herida, como si una fiera le hubiese despedazado la carne con sus garras, pues era tal que se le veían varias costillas. Preguntáronle admirados cómo había sido aquello; y como él no supiera explicarlo, todos convinieron en que era efecto de los espíritus malignos. A la primera ó segunda inspección vieron los facultativos que había señales de gangrena y que se hacía por lo tanto necesario una operación quirúrgica; pero aguardaron para hacerla el día siguiente. Llegados á la casa á la hora convenida, fueron al cuarto del Siervo de Dios; pero cuál no fué su sorpresa al hallarle vacío y con todas las señales de que el Sr. Claret se había levantado. Preguntaron por él, y mientras estaban aún hablando, el prodigioso enfermo se les presentó delante con semblante risueño y les dijo que venía de decir Misa, pues la santísima Virgen le había ya curado. Los doctores, atónitos, no acabando de dar fe á sus palabras, le hicieron descubrir el lugar de la herida; pero vieron, en efecto, que estaba ya curado del todo y cubierto con la piel todavía tierna, y aseguraron que aquello naturalmente no se podía explicar, de lo cual dieron un documento firmado á petición del dueño de la casa, el Rdo. D. Fortián Bres; pero desgraciadamente este escrito se ha extraviado (1).

Predicando en Sarreal (2), y con la iglesia llena de una apiñada muchedumbre que apenas el templo podía contener, del arco toral se desprendió una enorme piedra que, cayendo en medio del auditorio, se dividió en muchos trozos; pero con grande asombro de los que presentes estaban, no causó á persona alguna el más ligero daño (3). De este hecho maravilloso, que el Siervo de Dios atribuyó á la acción de los espíritus infernales, todavía se acordaban en 1882 los habitantes más ancianos de Sarreal, según carta escrita por el P. Pablo Camps, de nuestra Congregación, en los mismos días que estaba predicando en aquel pueblo. Decía el Siervo de Dios que con aquello pretendió el diablo estorbar su predicación, como en las ocasiones, que no fueron pocas, en que, hallándose la gente compungida, se presentaba el diablo en figura de un paisano muy espantado, y daba grandes voces diciendo que había fuego en el pueblo. Al ver nuestro Misionero la alarma que causaba la noticia en los oyentes, y conociendo el engaño del demonio, decía á los fieles desde el púlpito: "Tranquilizaos, no hay tal fuego: es un engaño del demonio; y para vuestra mayor seguridad, salga uno de vosotros y vea en dónde está el incendio; y si lo hubiera, vosotros y yo todos iremos á apagarlo; pero os digo que no lo hay, que es engaño que ha metido el diablo para impedir vuestro aprovechamiento."

Y así era la verdad, porque iba alguno á ver dónde estaba el incendio y volvía diciendo que no había tales carneros; y como buscasen á la persona que había propalado el rumor y dado aquellas voces alarmantes, no parecía por ningún lado; pues como no era otra que el diablo, cuando se veía descubierto desaparecía sin saber cómo de entre la alarmada muchedumbre.

Cuando el P. Claret predicaba en campo raso, que acaeció muchas veces por no poder los templos contener las innumerables personas que acudían á oirle, el diablo á las veces amenazaba al predicador y al auditorio con recias tempestades;

(1) Rdo. D. Francisco Corominas, párroco de Viladrau.
(2) Pueblo del obispado y de la provincia de Tarragona y del partido de Montblanch.
(3) Manuscritos del Siervo de Dios. — El párroco de Sarreal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero luego por un lado ú otro se echaba de ver que eran aquéllas trazas del demonio para estorbar la Misión. Otras veces le acometió á él derechamente con golpes y dolores extraños; mas luego que el Siervo de Dios descubría las artimañas del enemigo, sin otras medicinas cesaba luego su dolencia, como si tal cosa por él no hubiera pasado.

D. José Yáñez, párroco de Telde, en Canarias, declaró que á las veces, entre el apiñado auditorio que aguardaba con ansia oir la palabra evangélica del Siervo de Dios, se sentia cierta confusión y un ruido extraordinario como de hombres que reñian entre sí, sin que por otro lado se observase ningún desorden material en la tranquila muchedumbre, y que al dejarse oir la voz del predicador cesaba luego y se deshacía como por ensalmo aquella tempestad, la cual hombres juiciosos atribuían con razón á ardides del demonio, que por este medio intentaba alarmar al auditorio é impedir el fruto de la predicación (1).

Dando Misión en Igualada le sucedió una cosa parecida. En el sermón de la Magdalena, cuando la gente estaba más conmovida, se oyó un ruido espantoso, como si millares de perros estuviesen aullando en la iglesia. El pueblo se asustó en gran manera; pero el predicador, sin perder su habitual serenidad, lo tranquilizó desde el púlpito diciendo que aquello era un ardid de Lucifer para estorbar el bien que se hacía en sus almas, y luego continuó su sermón como si tal cosa no hubiera habido (2).

Dos testigos fidedignos declararon que una vez que hallaron al Siervo de Dios rezando el Oficio divino en casa del capellán de las religiosas Magdalenas, de la ciudad de Barcelona, les mostró el P. Claret un retazo de papel como de unos cuatro dedos, ó algo más pequeño, de color moreno, el cual les dijo que le había caido sobre el Breviario, y en él estaban escritas estas palabras: "Ya estarás contento, que te han nombrado arzobispo de Cuba, porque allí harás de las tuyas; pero yo también haré de las mías.„ Había por firma tres ó cuatro rasguños ó señales hechas con las uñas. Contando el Siervo de Dios las estratagemas del diablo á su capellán después de la

(1) Oficio del 11 de Junio de 1880.
(2) Declaración de D. Carlos Bofill, presbítero, y de D. José María Bocabella.

herida recibida en Holguín, como en su lugar se verá, le dijo que el demonio había prometido perseguirle y que había cumplido su promesa.

Es curioso lo acaecido en Masnou, provincia de Barcelona, según lo refirieron á nuestro Rdo. P. Clotet varios sacerdotes de toda confianza. Era costumbre cantar antes del sermón una letrilla con acompañamiento de órgano, para hacer el acto más ameno. Mas he aquí que un dia el instrumento parecia no sujetarse á la voluntad del organista, pues á pesar de sus esfuerzos, sin saber cómo se percibía la tocata de una canción escandalosa, con indecible pena de los fieles que la oían. Al advertirlo el P. Claret sube al púlpito, habla al auditorio para que no se asuste ni escandalice, y luego, dirigiéndose al que tocaba, como si fuera entendedor en la materia le dice: "Hágame usted el favor de tirar el registro *flautado*, que dentro de él está el demonio.„ Hízolo así el organista, y cesó inmediatamente el desarreglo (1). Hallábase allí de párroco en aquel entonces D. Jaime Maresma, el cual, "siendo canónigo de la santa iglesia Catedral, me refirió,—dice el P. Clotet,—sustancialmente el mismo caso, añadiendo que el organista era el P. Juan Quintana, religioso Carmelita Calzado, de vida ejemplar y uno de los más inteligentes en su arte.„

Tales fueron las persecuciones que le movió el demonio, y como éstas acaecieron muchas otras en su prodigiosa vida; pero el Señor le descubrió siempre las marañas del enemigo, y así, lo que éste armaba contra nuestro santo Padre y para ruina de las almas, contribuyó á afianzar más entre el pueblo y las personas honradas la opinión de santidad que ya de él tenían, y á que recibieran con mayor provecho la celestial doctrina que les enseñaba. El mismo Siervo de Dios no pudo menos de conocer y confesar que Dios le había librado por modo casi milagroso de muchos é inminentes peligros, y que tuvo particular providencia de él en todo el tiempo de sus Misiones. "Si fué grande,—dice,—la persecución que contra mí levantaba el infierno, era muchísimo mayor la protección del cielo: conocí visiblemente que la Virgen santísima, los ánge-

(1) Declaración del ilustre D. Jaime Maresma; del Rdo. D. Ramón Pujol, presbítero; del Rdo. Antonio Para y Bosch, presbítero; de D. Tomás Prat y de Doña Josefa Homs.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les y santos me condujeron por caminos ignorados, me libraron de ladrones y asesinos, y me llevaron á puerto seguro sin que yo supiera el modo.„

Por todo lo dicho en este capítulo puede colegir el lector lo que eran, poco más ó menos, las Misiones del P. Claret, aunque sólo de una manera vaga y confusa, debida en parte á nuestro desaliño y descuido en presentar los hechos con el entusiasmo y brío que ellos merecían, y en parte también á la naturaleza de las mismas cosas, que vistas á bulto y en general apenas muestran la mitad de lo que son; mas revestidas con el vistoso ropaje de la historia y puestas de este modo al alcance de nuestros ojos, que, como de carne, suelen ver más clara y gustosamente en los objetos sensibles y determinados que en los abstractos y enjutos del orden espiritual, dejan en el ánimo más honda impresión y le recrean más gustosamente. No desespere, pues, el lector que haya leído este capítulo, porque, como antes se advirtió, el objeto de él fué dar una idea genérica de las Misiones y lo ordinario que en ellas acontecía al P. Claret, para excusarle después repeticiones inútiles y fastidiosas, que no es poco decir. Tenga, pues, paciencia y siga adelante, que en los capítulos que siguen hallará la parte viva y animada de la historia.

CAPÍTULO VIII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET HASTA LA CAÍDA DE LA REGENCIA (1841-1843)

1. Estado del clero español en este tiempo, y de las persecuciones movidas contra el P. Claret. — 2. Vese éste obligado á retirarse á la parroquia de Pruit. — 3. El P. Claret en Vich. — 4. Misiones en San Juan de Oló y en los pueblos vecinos.—5. Su vida privada en este tiempo: cae el Gobierno de la Regencia.

1. Dejamos al P. Claret libre de todo cargo parroquial en la ciudad de Vich, adonde se había trasladado para ponerse á las órdenes del Gobernador eclesiástico, dispuesto á todas horas á ir á cualquier pueblo donde éste, en nombre del Señor, le enviara. La fama de sus predicaciones le había granjeado ya el título de Misionero apostólico; los párrocos y los feligreses le pedían á porfía que fuera á sus iglesias á anunciar la divina palabra; cuando llegaba á los pueblos, sus habitantes le recibían como á un ángel de paz, le miraban con veneración, le escuchaban con docilidad, y en todas partes se obraban maravillas é innumerables conversiones.

No podía el espíritu maligno llevar en paciencia que le fueran arrebatadas tantas almas, y así movió contra el Siervo de Dios una persecución terrible, excitó contra él todas las pasiones humanas y se empeñó en exterminarle, ó á lo menos en hacerle odioso á todos los hombres. Favorecían, por desgracia, al enemigo infernal las circunstancias de los tiempos, harto peligrosas para cuantos trabajaban por la causa de la Religión y de la Justicia. Los malhadados políticos que en la época llamada de la Regencia regían los destinos de la nación, no satisfechos con la sacrílega supresión de los conventos, dieron otras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les y santos me condujeron por caminos ignorados, me libraron de ladrones y asesinos, y me llevaron á puerto seguro sin que yo supiera el modo.„

Por todo lo dicho en este capítulo puede colegir el lector lo que eran, poco más ó menos, las Misiones del P. Claret, aunque sólo de una manera vaga y confusa, debida en parte á nuestro desaliño y descuido en presentar los hechos con el entusiasmo y brío que ellos merecían, y en parte también á la naturaleza de las mismas cosas, que vistas á bulto y en general apenas muestran la mitad de lo que son; mas revestidas con el vistoso ropaje de la historia y puestas de este modo al alcance de nuestros ojos, que, como de carne, suelen ver más clara y gustosamente en los objetos sensibles y determinados que en los abstractos y enjutos del orden espiritual, dejan en el ánimo más honda impresión y le recrean más gustosamente. No desespere, pues, el lector que haya leído este capítulo, porque, como antes se advirtió, el objeto de él fué dar una idea genérica de las Misiones y lo ordinario que en ellas acontecía al P. Claret, para excusarle después repeticiones inútiles y fastidiosas, que no es poco decir. Tenga, pues, paciencia y siga adelante, que en los capítulos que siguen hallará la parte viva y animada de la historia.

CAPÍTULO VIII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET HASTA LA CAÍDA DE LA REGENCIA (1841-1843)

1. Estado del clero español en este tiempo, y de las persecuciones movidas contra el P. Claret. — 2. Vese éste obligado á retirarse á la parroquia de Pruit. — 3. El P. Claret en Vich. — 4. Misiones en San Juan de Oló y en los pueblos vecinos.—5. Su vida privada en este tiempo: cae el Gobierno de la Regencia.

1. Dejamos al P. Claret libre de todo cargo parroquial en la ciudad de Vich, adonde se había trasladado para ponerse á las órdenes del Gobernador eclesiástico, dispuesto á todas horas á ir á cualquier pueblo donde éste, en nombre del Señor, le enviara. La fama de sus predicaciones le había granjeado ya el título de Misionero apostólico; los párrocos y los feligreses le pedían á porfía que fuera á sus iglesias á anunciar la divina palabra; cuando llegaba á los pueblos, sus habitantes le recibían como á un ángel de paz, le miraban con veneración, le escuchaban con docilidad, y en todas partes se obraban maravillas é innumerables conversiones.

No podía el espíritu maligno llevar en paciencia que le fueran arrebatadas tantas almas, y así movió contra el Siervo de Dios una persecución terrible, excitó contra él todas las pasiones humanas y se empeñó en exterminarle, ó á lo menos en hacerle odioso á todos los hombres. Favorecían, por desgracia, al enemigo infernal las circunstancias de los tiempos, harto peligrosas para cuantos trabajaban por la causa de la Religión y de la Justicia. Los malhadados políticos que en la época llamada de la Regencia regían los destinos de la nación, no satisfechos con la sacrílega supresión de los conventos, dieron otras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muchas y concluyentes pruebas de su odio á la Iglesia y sus ministros. Se prohibió á los Obispos el conferir las sagradas Órdenes, se decretó la unión ó la supresión de parroquias donde hubiera más de una; mandáronse recoger las licencias de predicar y confesar á los sacerdotes que no presentaran una certificación de buena conducta política y de adhesión al Gobierno; se amenazó con graves penas á los diocesanos que se mostrasen remisos en el cumplimiento de estas inicuas y sacrílegas órdenes, y se los sometió á la vigilancia de los jefes políticos. Y como si todo esto no bastara para llenar de amargura la Iglesia española, como si no fuera bastante doloroso el camino del Calvario que le habían hecho emprender, aquellos hombres sin Dios y sin conciencia, esclavos é idólatras de sus pasiones, añadieron ultraje sobre ultraje, dolor sobre dolor, hasta dejarla como exánime y desangrada, sin Pastores, sin clero y sin Sacramentos.

Como muchos seminaristas, que después de terminada la carrera, no podían ordenarse en su patria á causa de la maldita ley, ó mejor orden tiránica del año 1835, habían recibido en países extranjeros, y principalmente en Roma, la dignidad sacerdotal, y vueltos á España ayudaban á los Prelados en el sagrado ministerio, D. José Alonso, ministro de Gracia y Justicia, de infausta memoria para la católica España, en 17 de Abril de 1841 mandó recoger "los títulos, cartillas de órdenes y las licencias de celebrar, predicar y confesar á los ordenados desde Octubre de 1835 por Prelados extranjeros ó por los que seguían la causa de D. Carlos, los privó del fuero y de los demás privilegios eclesiásticos y mandó á los alcaldes que celasen el cumplimiento de este decreto„. En fin, tiempos más aciagos que aquéllos para la Iglesia española no se habían visto en muchísimos siglos, pues el Gobierno de Madrid, como dejado de la mano de Dios, cada vez desbarraba más, trastornando toda la jurisdicción eclesiástica, desterrando á los Obispos, encarcelando á los sacerdotes celosos que cumplían con su deber, y llegando en su carrera infernal hasta el extremo de presentar á las Cortes un proyecto cismático de ley pidiendo la separación de Roma y que no se reconociera al Romano Pontífice ninguna jurisdicción sobre la Iglesia española.

Verdad es que el P. Claret había sido muy remirado en todas sus acciones para no dar que sospechar á los *caciques*

gubernamentales y no le impidieran con algún pretexto la predicación de la divina palabra. Pero á pesar de su trato sencillo y discreto, y de la amabilidad que le ganaba los corazones de los mismos enemigos cuando tenían la feliz suerte de conversar con él; á pesar de su extremada prudencia y vigilancia no pudo evitar el ser perseguido de los malos, como le acaeció también á San Pablo, según leemos en los Hechos Apostólicos, no obstante los esfuerzos que hacía para contentar á todos sacrificándose por cada uno. A más de que ésta suele ser la corona de los justos y de los santos, como fué la de Jesucristo, nuestro divino Redentor; y así no es de maravillar que las persecuciones de aquellos tiempos alcanzaran también á nuestro Padre, como alcanzaron á todos los buenos. Semejante tempestad contra el Siervo de Dios se levantó con la ocasión que ahora diré.

"El elevado concepto que sabios é ignorantes de su edificante vida y de sus predicaciones se formaban, movió al señor Gobernador eclesiástico de Vich á confiarle la Cuaresma de la Santa Iglesia Catedral en aquel año, que, según noticias, fué el de 1841. Esperábase con alegría escuchar al varón de Dios, y uno de los nuestros nos refirió haber oído contar que hasta del Vallés hubo familias que alquilaron en la ciudad de Vich algunos pisos para permanecer en ella aquella temporada y tener el gusto de asistir á los sermones del bienaventurado Padre. No era de temer que en una población tan distinguida por su fe y por sus buenas costumbres como era Vich, se hiciera oposición á la autoridad eclesiástica, pero no fué así; á instancia, sin duda, de algún agente del diablo, el jefe político de la provincia de Barcelona prohibió anunciar la palabra divina al predicador de la Cuaresma en la Catedral por medio de una orden que le fué comunicada por el alcalde (1).„

No sabemos cuáles fueron los motivos de una suspensión tan impía como injusta; pero seguramente que fué inspirada por el odio sectario de los enemigos de la Religión, que por desgracia disponían del poder. Habían trabajado ya harto, pero inútilmente, por desacreditarle entre el pueblo, valiéndose de torpes calumnias, llamándole ignorante, grosero en los modales, tosco en el decir, y qué sé yo cuántas otras co-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Ciotet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas, que manifestaban á las claras las viles pasiones que movían á los detractores. Mas todo fué en vano, pues lejos de disminuir un punto con estas calumnias la gloriosa fama de santidad y divina elocuencia que como aureola de luz le seguía en todas partes, contribuyó más bien á acrecentarla, así porque dió ocasión al Siervo de Dios de hacer brillar su heroica paciencia y mansedumbre, como principalmente porque muchas personas, llevadas de la curiosidad de oir á un predicador de quien tan opuestas cosas se decían, entraban en la iglesia y salían de ella compungidos y maravillados de la virtud y doctrina del celoso predicador. Y como lejos de mancillar con las calumnias la reputación de que el P. Claret gozaba, sus enemigos con ellas la extendieron y realzaron, llenos de despecho apelaron á la fuerza, que fué siempre el postrer recurso de todos los tiranos.

Mandáronle que se presentase en la Alcaldía, y obedeció. Ya en la antesala adivinó que se trataba de algún atentado contra su persona, y oyó además de los de dentro y vió en ellos otras cosas desagradables. Llamado á la sala, entró en ella con ademán grave y tranquilo; comunicáronle en seguida la orden por la que se le prohibía predicar; pero él, con apostólica entereza, respondió: "El Evangelio dice: Cuando en una ciudad os persiguieren, huid á otra. Pero yo me pondré á las órdenes de mi Superior eclesiástico.„ Cuando, pocos años después, nuestro Padre Fundador refería este hecho á los primeros Padres de nuestra Congregación, estaba ya él elegido para arzobispo de Cuba, al paso que todos los fautores de aquella injusta persecución habían bajado prematuramente al sepulcro. ¡Justos juicios de Dios!

2. Privado inicuamente de ejercer el sagrado ministerio del púlpito, con permiso del Prelado se retiró á Pruit, donde se hallaba de párroco-ecónomo su íntimo amigo el Dr. Don Miguel Alibés. Sobrábale esfuerzo y valentía, y jamás hubiera retrocedido ante sus perseguidores si el Vicario capitular no le hubiera insinuado la conveniencia de ceder por entonces á la persecución para evitar mayores males á la afligida Iglesia. Allí fué donde en el seno de la amistad expresó los deseos que tenía de derramar la sangre por la causa de la fe y el valor que ésta le infundía. "Aunque hubiera sabido,—dijo á D. Miguel,—que al subir al púlpito me estaban aguardando

con puñal en mano para asesinarme, no hubiera vuelto atrás. Mi Superior es á quien he obedecido (1).„

Situada la parroquia de Pruit en despoblado, entre Vich y Olot, en una pequeña llanura al pie de las montañas llamadas de Collsacabra, donde los árboles frondosos y los verdes prados convidan á alabar al Criador, á pesar de los rigores del invierno, más crudo allí que en otras partes, se presta admirablemente á la oración y al estudio, razón por la cual la escogió el Siervo de Dios para morar en ella mientras durara aquella borrasca. Esta templada mezcla de rigor y de poesía tenía para su alma irresistibles atractivos, porque de un lado aquél maceraba el cuerpo, enemigo del espíritu, y de otro ésta le ayudaba á levantar á Dios con suavidad el pensamiento, cosa de que él mucho gustaba por lo muy de veras que amaba al Señor. Grande fué la alegría y el regocijo de los moradores de Pruit al ver entre ellos al apostólico varón que hacía tiempo la fama pregonaba. Cristianos ellos de fe práctica y de carácter dócil, nada deseaban tanto como oirle predicar; y como fuera ésta también la voluntad del amable Cura no pudo resistirse, y lo verificó con gran contento y no menos fruto de los buenos feligreses. Por las mañanitas, durante el tiempo que en ella estuvo, que fué como de dos meses, antes que los fieles salieran á las faenas del campo ó á sus tareas domésticas, administraba en la iglesia los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Mas ¿en qué empleaba el laborioso Padre lo restante del tiempo? Con poquísimos pero expresivos términos nos lo dice uno de los sacerdotes que allí estaban en aquella fecha.

"Sus operaciones eran orar, estudiar y exhortar al amor de Dios en la comida y en los brevísimos ratos de conversación.„ Su oración mental era tan larga, que uno de los testigos más autorizados en el Proceso informativo para la introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios, declaró que llegaba á siete horas (2). A ella juntaba el ayuno cotidiano, que alargó por semanas y meses enteros, y lo hubiera hecho á pan y agua si el director de su conciencia se lo hubiera permitido.

No tardó en esparcirse la voz por las parroquias limítrofes

(1) Rdo. D. Pedro Roquet, carta del 23 de Diciembre de 1870.
(2) Ilustre Dr. D. Esteban Serra, canónigo de la Iglesia Catedral de Vich.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de que *Mosén Antón Claret* se hallaba en Pruit, y luego llovieron comisiones y peticiones de párrocos y feligreses que le instaban á que fuese á predicar á sus respectivas iglesias. La mies era mucha y estaba en sazón, aguardando que los obreros evangélicos vinieran á recogerla para colocarla en las trojes del Padre celestial. Por otro lado, el P. Claret sentía arder en su pecho un celo extraordinario por la gloria de Dios y la salvación de las almas, que le consumía las carnes y apenas le dejaba respirar ¿Cómo, pues, despreciar tan oportuna ocasión? Pero no, el humilde Misionero, que ante todo deseaba cumplir la voluntad de Dios, contuvo los ardores de su celo, consultó á su Prelado sobre el caso, y aunque éste no le mandó que se abstuviera, pues se contentó con insinuarle que por ventura fuera mejor dejarlo por entonces, bastó esto para abstenerse, porque deseaba hacer siempre lo más perfecto, que consiste en obedecer, no sólo al precepto, sino á la simple insinuación de los que en nombre de Dios nos gobiernan.

Esta conducta edificó sobremanera á los sacerdotes comarcanos, porque con ella dió pruebas de su grande abnegación, pues otro menos virtuoso que él hubiera manifestado el fruto copiosísimo que de aquellas Misiones se esperaba, los ardientes deseos de los pueblos y las instancias de los señores curas párrocos, á más de que no había ningún peligro en aquellas poblaciones, á las que no se extendía la jurisdicción del jefe político de la provincia de Barcelona, que era quien le había prohibido predicar, y aun quizá esta prohibición sólo se extendía á la ciudad de Vich. Semejantes observaciones, hechas con respeto hubiéranse tenido por hijas legítimas del celo por la salvación de las almas, y acaso hubieran hecho mudar de parecer al señor Gobernador eclesiástico, trocando su silencio en permiso absoluto y positivo; mas el Siervo de Dios, por lo mismo que se sentía inclinado á este partido, receloso de los engaños del amor propio hizo en este caso lo que le pareció y era en realidad de mayor abnegación, esperando que el Señor supliría por otro lado y dispondría las cosas del modo que hubieran de contribuir á su mayor gloria.

3. No tardó, en efecto, en poder reanudar más ó menos sus tareas apostólicas. Pasados como unos dos meses de su permanencia en Pruit, se serenó algún tanto la tormenta levantada contra él y tornó á su habitual residencia de Vich, para esperar allí tranquilamente que acabase de pasar la tempestad y viniese la bonanza, y poder extender algo más entretanto la esfera de su acción en beneficio de los prójimos. Puesto en la capital de la diócesis, no perdía un instante de tiempo. Unas veces oraba, otras se dedicaba al estudio, ora visitaba á los enfermos, ora predicaba á las Comunidades religiosas. También á las veces, por orden de su Superior, iba á predicar á los pueblos donde no había peligro que le impidiesen ejercer el sagrado ministerio.

Hizo el P. Claret en este tiempo un acto de mortificación que, por ser tan extraordinario, merece contarse en este lugar. En un pueblo que dista como una legua de la ciudad de Vich, llamado Santa Eugenia de Berga, á causa de las tristes circunstancias de la época estaba de Cura ecónomo el sabio y virtuoso P. Buenaventura Biadiu, sacerdote del Oratorio. Era íntimo amigo de nuestro Misionero, y como tal iba con frecuencia á visitarle á la capital de la diócesis, unas veces de su propio ánimo y otros invitado por el P. Claret. En una de estas visitas amistosas convinieron ambos en obsequiar á María santísima con una devota peregrinación al santuario de Puiglagulla, que está como á una hora de distancia ó algo más de Vich, y en donde se venera una imagen milagrosa de la Madre de Dios. Acaeció, pues, que en el camino comenzaron á trabar pláticas de Dios, á las cuales parecía convidarles el verdor y la hermosura de los prados que á los lados tenían; mas al poco rato de salir de casa metióse dentro del zapato del P. Claret una molesta piedrecita que le hirió el pie hasta sacarle sangre; mas andaba el Siervo de Dios tan embebido y absorto en su conversación espiritual, y tan fija tenía la mente en el Señor, que ni lo advirtió ni prorrumpió en queja alguna, ni siquiera dió, como parecía natural, señal de incomodidad ó estorbo en el andar. Y no se crea que el dolor fué cosa baladí ó pasajera, porque le llegó á hinchar el pie y buena parte de la pierna, de modo que vueltos á casa no le fué posible á nuestro Padre quitarse por sí mismo el zapato, sino que hubo menester de la ayuda de un criado, á quien espantó y maravilló en gran manera la paciencia y silencio del santo Misionero (1). Así aquel santuario, rodeado de frondosos bos-

(1) Carta del P. Pablo Coma, del Oratorio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ques, adonde muchos van por recreación, fué á nuestro Padre ocasión de ejercitar la paciencia y la mortificación, aunque el Señor por otro lado y la santísima Virgen le favorecieron con grande suavidad y regalo en el alma.

4. Hallóse por este tiempo en un gran conflicto la parroquia de San Juan de Oló, que pertenece á la diócesis de Vich y forma parte del arciprestazgo de Manresa. El señor párroco, falto de salud y de fuerzas, no podía dar el pasto espiritual á su rebaño, que se veía á la sazón en gran peligro de ser presa del lobo infernal á causa de las deplorables divisiones de los habitantes del pueblo, de las cuales eran causa principal respetables cabezas de familia. Para colmo de desdichas, el señor Cura, que con sus sabios consejos calmaba algún tanto los ánimos, hubo de ausentarse para tomar los baños de mar que le habían sido prescritos por los médicos, y así la desgraciada población necesitaba de pronto y eficacísimo remedio, pues de otra suerte podrían ocurrir gravísimos desórdenes que costarían lágrimas de sangre.

Algunos discretos feligreses de la misma parroquia, en tan triste situación se presentaron al Prelado, y con gran respeto y confianza le expusieron sus angustias y le pidieron humildemente que les enviase algún virtuoso sacerdote que fuera poderoso á remediarlas. Después de haber escuchado su relación con suma amabilidad é interés el celoso y prudente Gobernador eclesiástico, les consoló diciendo: "Os enviaré un sacerdote, á quien recibiréis todos con gusto." Y habiendo llamado al P. Claret, le mandó pasar á la parroquia de San Juan de Oló. Acaeció esto á fines de Mayo de 1842.

Encargado el Siervo de Dios interinamente de aquellas necesitadas ovejas, las apacentó con el mismo amor y celo con que lo hizo en todas partes. A los pocos días de su permanencia en la nueva parroquia llegó la noticia de que había fallecido en Barcelona el Sr. Arqués, cura propio de ella, lo cual obligó á nuestro Padre á seguir por entonces dirigiendo aquella iglesia, con mucho regocijo de los fieles y no menos provecho de sus almas. Ya desde los primeros días cesaron las discordias y se unieron en harmoniosa paz todos sus habitantes. "¡Cosa admirable!, — exclama el ingenioso autor de las Memorias. — Apenas hubo llegado allí, cuando los discordes se pusieron de acuerdo en una misma idea y sentimiento, como

si uno de los ángeles de paz que anunciaron á los pastores de Belén el nacimiento del Salvador del mundo se hubiese aposentado en San Juan de Oló y forzado á retirarse de allí al espíritu de discordia. El trato simpático, humilde y sumamente amable del que regentaba en aquellos días la parroquia, fué el bálsamo que curó del todo las heridas, la piedra angular que unió las voluntades, el sol que iluminó las almas y el imán que atrajo á sí los corazones (1)."

Si tan copiosos frutos con su prudencia y celo recogió el Siervo de Dios en sus conversaciones familiares, no menos abundantes los alcanzó en sus predicaciones apostólicas. Luego que se supo en los pueblos vecinos que el P. Claret residía en San Juan de Oló, acudió á esta parroquia innumerable gentío ansioso de oirle, y era tal la afluencia de todas partes que nunca en Oló se había visto cosa parecida. Así se desprende del testimonio que dió el presbítero D. Francisco Coma, encargado en años posteriores de la misma parroquia, y, por consiguiente, depositario de las tradiciones que de nuestro gran Misionero todavía allí se conservaban. En carta escrita al Rdo. P. Agustín Manubens, de nuestra Congregación, dice, entre cosas, lo siguiente: "El Sr. Claret era admirable en sus sermones; á ellos acudía gente de muchas leguas de distancia; la asistencia era tan numerosa que jamás se ha visto igual en aquel país, ni en los novenarios, ni en las Misiones que se han dado en los años sucesivos."

Contribuía no poco á tan extraordinario concurso de personas la creencia común de que Dios favorecía á su Siervo concediéndole la gracia de curar á los enfermos sin necesidad de medicinas, pues varios, en efecto, aquí como en Viladrau, curaron con remedios sencillísimos que el varón de Dios les prescribía, y algunos sin más que encomendarlos al Señor; y así unos como otros, después de recobrada la salud, tornaban á él para darle gracias por ella, pues la atribuían á los méritos del que cariñosamente llamaban *Mosén Antón Claret*.

En esta población fué también donde el Señor le comenzó á descubrir las conciencias de los hombres dándole á leer como en un libro los pecados de muchas personas, y no cabe duda que allí recibió esta gracia extraordinaria, pues un día, mien-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tras predicaba, arrebatado por el divino Espíritu, que le mostró las conciencias de sus oyentes, y lleno del celo de la gloria de Dios, dijo á todo el auditorio, que le escuchaba atento: "Tocaría con el dedo á aquellos que entre vosotros están en pecado mortal." Estas palabras, dichas con un tono de seguridad que sólo Dios podía comunicar, espantaron saludablemente al auditorio, y cada cual se aplicó á escudriñar con cuidado su conciencia, temiendo no fuera él de los aludidos, para irse á purificar cuanto antes en el baño espiritual de la penitencia. Esta gracia, como iremos viendo en el curso de su vida, se la concedió el Señor muchas veces, y para con muchas y muy distintas personas, con no poco provecho y satisfacción de éstas, así porque andaban más seguras en sus confesiones, como por la autoridad y peso que daban á sus palabras y consejos, pues sabían por propia experiencia las sobrenaturales ilustraciones que recibía del Señor.

Ávidos los fieles de las parroquias limítrofes á San Juan de Oló de oir predicar en ellas á un varón tan extraordinario, le invitaron á que fuera, á lo cual accedió gustoso el Siervo de Dios, con permiso de su Prelado. Entre otros pueblos tuvieron el gusto de oirle por entonces los habitantes de Santa María de Oló, de San Feliu de Terrassola y de Horta, pues los curas de estas parroquias pertenecían todos á una misma alcaldía, nada hostil á nuestro Padre, y no era de temer que pusiera impedimento alguno. El fruto fué copioso, como siempre, y no quedó alma por convertir. Allá, como á fines de Noviembre y principios de Diciembre de 1842, predicaba un buen sacerdote la novena de almas en el pueblo de Avinyó, y estaba también invitado para hacer el panegírico de la inmaculada concepción de María; mas como llegase allí la fama del P. Claret, el párroco y los fieles de aquel lugar desearon que les predicara en este día; y como el predicador antes invitado cediese gustosísimo su puesto, el párroco, en nombre del pueblo, pasó atenta invitación al Siervo de Dios para que se dignase predicarles en tan solemne fiesta. Aceptó el P. Claret, como solía hacerlo siempre que no había estorbo, y á la noticia de que predicaba él acudió á la iglesia un concurso verdaderamente extraordinario.

Terminado el sermón, todos se deshacían en alabanzas de *Mosén Antón Claret* y porfiaban por confesarse con él. El provecho de los fieles fué muy grande y extraordinario, como el concurso.

Así pasaron aquellos meses, durante los cuales no podía presentarse á sembrar la semilla evangélica sino en los pueblos donde se interesaba á su favor la autoridad local, esperando con paciencia tiempos más tranquilos y bonancibles, que se iban ya acercando. Era infatigable cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvación de las almas; se trasladaba á pie de una parte á otra para ayudar á los párrocos vecinos, y el perfume de su doctrina y vida ejemplarísima fué tanto, que todavía lo perciben los ancianos que le habían conocido. La fama de su santidad era ya entonces general, y de ella dieron unánime testimonio los ancianos y venerables presbíteros de aquella comarca, P. Agustín Manubens, que vive aún en nuestra Congregación (1); D. Francisco Coma, párroco que fué por muchos años de San Juan de Oló, y D. Antonio Potellas, el cual llegó á expresarse en estos términos: "En nuestros días y en nuestro suelo catalán no ha habido sacerdote más ejemplar, ni de mejor reputación, ni de mayor celo que el Siervo de Dios D. Antonio María Claret." Así se explica el sentimiento unánime de aquellos sus queridos aldeanos de San Juan de Oló cuando le vieron salir de su parroquia, y las muchas y tiernas lágrimas que arrancó de sus ojos la despedida de nuestro amable Padre.

5. La vuelta del Siervo de Dios á la ciudad de Vich se verificó, según nuestras noticias, en el mes de Febrero de 1843. Como los ejemplos de las personas santas influyen sobremanera en las costumbres de los cristianos, antes de dar comienzo al período formal de sus Misiones en Cataluña diremos aquí algo sobre su vida privada, no menos interesante que la pública, y causa de ésta y de los portentos que en ella los hombres admiraban, á más de que el retrato familiar que ahora intentamos hacer puede servir de dechado á los obreros evangélicos, y todas las personas hallarán en él algo que imitar y mucho en que loar á Dios, que tan grande se muestra en sus santos.

Todos los días hacía una hora de oración mental por la ma-

(1) Poco después de escritas estas palabras tuve la triste noticia de su fallecimiento en nuestro Colegio Noviciado de Cervera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñana luego de levantado, ó media á lo menos por la mañana y media por la tarde; mas no se crea que era sólo éste el tiempo que consagraba á la oración, porque fuera de estas horas ordinarias, hechas siempre con regularidad y fijeza, dedicaba muchos otros ratos entre dia á tratar y comunicar con Dios, y no fueron pocas las veces que sus domésticos le sorprendieron de dia y de noche en este santo ejercicio de la oración mental. Dias hubo en que no bajaron de siete horas las que empleó en tan santa ocupación, sin menoscabo de las continuas tareas de su ministerio, porque ya se sabia que el tiempo principal para este ejercicio lo robaba al sueño, y ya veremos después cuán poco debía de ser lo que dormia por las declaraciones constantes y uniformes de los testigos de muchas y muy diversas partes donde estuvo el varón de Dios, ora como Misionero, ora cuando Arzobispo.

Celebraba la santa Misa con mucha gravedad y devoción, aunque sin ser demasiado moroso para no molestar al pueblo que la oia. Su pecho se inflamaba tanto en el divino amor cuando tenia á Jesús sacramentado, que aquel santo ardor le subía á veces al rostro y se traslucía en celestiales resplandores que varias personas tuvieron la dicha de contemplar. Entre otros casos referiré uno contado por persona muy autorizada y respetabilísima en todos conceptos, como fué el reverendo Padre Pablo Coma, sacerdote ya difunto, que perteneció en Barcelona á la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri. Las palabras con que lo declaró fueron éstas: "Siendo yo de unos quince años de edad entré en la iglesia parroquial de Santa Eugenia de Berga, diócesis de Vich, y observé en el altar del Rosario, antes de saber quién era el celebrante, un resplandor desusado. Acerquéme, y reconocí al Sr. Claret con la faz transformada, y aquel resplandor extraño le acompañó hasta la sacristía al volver de celebrar. No recuerdo que hubiese fuera de mí otra persona en la iglesia. Acaeció esto cuando el Siervo de Dios daba Misiones en Cataluña (1)." Después de dar gracias, práctica que no omitió jamás, se ponía en el confesonario, rezaba Horas menores, y si le quedaba tiempo

(1) Declaración del Rdo. P. Pablo Coma en el proceso informativo para la introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios D. Antonio María Claret.

lo empleaba en el estudio. Antes del medio día hacía un poco de oración, como San Pedro, y el examen general y particular de la conciencia. Luego tomaba con templanza la comida, y suspendía el trabajo hasta las dos de la tarde, en que rezaba Vísperas y Completas, y á la hora marcada por el directorio, Maitines y Laudes. Antes de rezar registraba el Breviario, y luego comenzaba el rezo delante de las imágenes de Jesús y de María. Lo restante de la tarde lo empleaba en el estudio y en los oficios del sagrado ministerio. Al anochecer visitaba al santísimo Sacramento y á María santísima, y tenía un rato de lectura espiritual sobre las virtudes religiosas por la excelente obra *Ejercicios de perfección,* del P. Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, tan conocida en España de las personas espirituales; pero en los sábados hacía esta lectura por las *Glorias de María,* obra admirablemente escrita por San Alfonso de Ligorio, aunque algunas veces se valía para esto del *Anuario de María.*

Traía por este tiempo el examen particular del medio día y de la noche sobre la virtud de la humildad, pues bien le era menester tenerla muy profunda y muy bien arraigada en el corazón para no contentarse vanamente con las alabanzas que le tributaban y con la opinión de santidad en que los pueblos le tenian. A las nueve rezaba el Rosario, tomaba una ligera cena y descansaba un ratito. Luego hacía el examen de conciencia y el ejercicio del cristiano, leía los puntos de la meditación del dia siguiente y se retiraba á su cuarto.

Confesábase por lo menos una vez á la semana, con gran dolor y contrición de las más pequeñas faltas que en sí descubría, las cuales á sus ojos eran muy grandes, cuando á los del confesor apenas parecian faltas, sino antes muchas veces virtudes encubiertas con el manto de la humildad. Para los santos, que tanto aprecio hacen de la pureza del alma y que tan levantada idea tienen de la infinita santidad y pureza de Dios, no hay motita en el alma que se les oculte, ni sombra que no adviertan, cuando los que somos menos espirituales miramos en ello tan á bulto que no echamos de ver las muchas imperfecciones que hacemos en las mismas obras buenas. Los lunes, miércoles y viernes tomaba sangrientas disciplinas, y los martes, jueves y sábados se ponía el cilicio y la cadenilla, ó hacía alguna otra mortificación aconsejado por su confesor. Cada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia, en obsequio de Jesús y de la Virgen, se privaba en la comida del bocado más exquisito; cada mes hacía un día de retiro espiritual, y cada año los santos ejercicios.

Otras muchas mortificaciones hacía el Siervo de Dios que acaso se apuntarán más adelante; pero lo que no conviene pasar aquí por alto es la vista interior de su alma, tal cual se manifiesta en los propósitos que en este tiempo hizo, y que por fortuna se han podido conservar. Son nueve en número, á cual más sustanciosos, y por cierto que todos los cumplió maravillosamente. El primero se refiere á la presencia de Dios, que es la verdadera base para llevar siempre una vida concertada y para hacer bien todas las obras, y dice así: "Procuraré la presencia de Dios: todo lo haré por Él; si algo me diere pena, lo sufriré por su amor en remisión de mis pecados, pensando que tengo merecido el infierno, y que si estuviese allá, mayores penas tendría que sufrir (1)."

El segundo tiene por objeto la devoción á María, á la cual hace perfecta entrega de su corazón, pues conocía bien nuestro bienaventurado Padre que éste es un atajo muy breve para llegar á la perfección, y que si todas las gracias pasan por manos de María, era menester tenerla bien propicia por medio de una fiel y constante devoción para que estuviera siempre abierta para él la fuente de sus gracias, pues sólo con éstas son eficaces todos los demás medios que el hombre pone para alcanzar la perfección. Las palabras con que hizo á la Virgen entrega de sí mismo fueron éstas: "Me entrego del todo por hijo y sacerdote de María; por esto cada día le rezaré la corona de antífonas, *Gaude, Maria,* etc., *Dignare me,* etc.; Ella será mi Madre, Maestra y Directora; de Ella será lo que yo hiciere y sufriere en este ministerio, porque el fruto ha de ser de aquella que plantó el árbol."

El tercer propósito dice relación á las obras del ministerio sacerdotal y al desinterés con que ha de desempeñarlas, lo cual es ciertamente muy ventajoso para hacer con ellas fruto en los prójimos. Las palabras con que lo formuló fueron éstas: "Me ocuparé del todo en confesar, catequizar y predicar pública y privadamente, según la oportunidad. No quiero ni aceptaré estipendio alguno, porque me acordaré que es una

(1) Notas y propósitos del P. Claret en 1843.

gracia que he recibido de María: *et quod gratis accepistis, gratis date.*"

En el cuarto pone ante sus ojos el dechado de toda virtud y perfección para el cristiano, que es Jesucristo, y el capitán que le ha de guiar en las batallas y á quien ha de tener siempre á la vista para aprender de sus acciones el modo de vencer al enemigo. Dice así: "Jesús es y será mi Capitán: quiero seguirle vestido con la misma librea de las virtudes que Él vistió, á saber: de pobreza, desprecio y humildad."

En el quinto, sexto, séptimo y octavo trata particularmente del modo de esgrimir estas tres armas espirituales. Los dos primeros se refieren á la pobreza, y contienen lo más perfecto de ella. "No me quejaré, —dice, —antes me alegraré si me faltare lo necesario, y en cuanto estuviere de mi parte escogeré para mí lo más despreciable. Nunca iré á caballo, sino á pie; y si alguna vez me fuere preciso ir á caballo, lo haré del modo más humilde, á imitación de Jesucristo."

En lo que toca á los desprecios, no puede subirse á mayor perfección de la que nuestro Padre señala en el siguiente propósito, que, como veremos en el decurso de su vida, cumplió con la mayor puntualidad y exactitud: "Si me despreciaren y persiguieren, sufriré, callaré, me alegraré de esta dicha y rogaré por los perseguidores." Mas como todas las obras, por buenas y santas que parezcan, nada son delante de Dios si no van enderezadas á Él con purísima rectitud de intención, buscando, no nuestra gloria, sino la suya, en el propósito que sigue, donde especifica el modo de ejercitar la humildad, deja bien sentado este fin santísimo, que es la regla de las acciones verdaderamente virtuosas: "Todo lo que hiciere será únicamente por Dios y por María; así, pues, no me alabaré ni hablaré de mí mismo, ni de mis obras, ni de mi patria, parientes, estudios, etc. Si me alabaren, diré interiormente: *Non nobis, Domine,* etc. (Psalm. CXIII), y mudaré de conversación."

Por último, para granjear más y más méritos y dar más gloria á Dios propone una cosa en que no suelen parar muchas personas, por otro lado muy espirituales, y que, sin embargo, sirve en gran manera para adelantar en la perfección, y aun es necesaria para no volver atrás. Tal es el aprovechamiento del tiempo. Vean las almas piadosas si se sienten con fortaleza para hacer este propósito con que el Siervo de Dios

remata y corona dignamente la obra en los anteriores comenzada: "Propongo eficazmente no perder jamás un solo instante de tiempo, sino que lo emplearé en la oración, en el estudio y en obras de caridad para con mis prójimos vivos y difuntos.„

Y luego, para mejor cumplir todos estos propósitos, añade una como sanción penal que le estimule á observarlos con mayor fidelidad. "Con la ayuda de Dios, — dice, — cumpliré estos propósitos, y por cada vez que en mi examen de conciencia hallare haber faltado rezaré un Avemaría con los dedos debajo de las rodillas. = *Antonio Claret*, presbítero.„

Otro menos santo que él, atendiendo principalmente á eso de los desprecios sufridos con alegría, de seguro que, á ser fiel en cumplir la penitencia, se hubiera magullado las manos con tanto tenerlas debajo de las rodillas, porque pocos santos habrá en la Iglesia que hayan sido tan calumniados y perseguidos en lo que más duele al amor propio como el P. Claret, y sin la santidad de este Siervo de Dios, por maravilla se hubieran resignado hasta llevar con alegría las atroces calumnias levantadas contra él, principalmente cuando fué confesor de la Reina, según podrá verse en su lugar.

Para que se vea más claramente la perfección á que llegó en este punto y el modo providencial con que se dispuso á lo que después tanta falta le haría, pondré aquí los seis grados de humildad en que propuso ejercitarse como materia de su examen particular. Estas resoluciones se hallan á continuación de los propósitos de que hemos hablado y llevan la misma fecha de ellos. "Examen particular de la virtud de la humildad. Grados de esta virtud: Primero: no hacer ni decir cosa de alabanza propia. Segundo: si fuere alabado, lo referiré todo á Dios, diciendo: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (Psalm. CXIII, 1); mudaré pronto de conversación y pensaré en los pecados de mi vida pasada (1). Tercero: propongo vestir y comer con pobreza y sencillez, y no

(1) No imagine por esto el piadoso lector que el P. Claret hubiera llevado en algún tiempo vida algún tanto licenciosa; pues según testimonio de sus confesores, es muy probable que no cometió en toda su vida pecado mortal. Las palabras del Siervo de Dios se refieren al breve tiempo en que cayó en la tibieza, estando de fabricante en Barcelona; mas se expresa en estos términos porque los pecados veniales son de suyo gravísimos como ofensas de Dios, y ninguno mejor que los santos conoce su gravedad y malicia.

quejarme ni del vestido ni de la comida. Cuarto: si fuere perseguido, despreciado, burlado, calumniado, etc., callaré, sufriré y me alegraré de tener ocasión de imitar á Jesucristo. Quinto: me ocuparé en los oficios más humildes y de más provecho para mi prójimo. Sexto: apartaré con toda prontitud los pensamientos de vanidad y de soberbia.„

Por estos grados, como por otros tantos escalones, iba el Siervo de Dios subiendo á la más alta perfección; y al paso que iba negándose á sí mismo y aniquilando el amor propio, se llenaba de Dios y del celo de su gloria, desaparecía el espíritu humano, y en su lugar reinaba en él el espíritu del Señor, con el cual, á los ojos de los pueblos á quienes predicaba, más tenía semblanzas de ángel que de hombre, más de Misionero ó enviado de Dios que de orador ilustre; vano título que, por desgracia, ambicionan muchos ministros del Señor.

Entretanto, mientras el Varón de Dios con estas nuevas armas del cielo acababa de disponerse para entrar en lo más recio del combate contra las potestades del infierno, aquel Señor que rige con mano poderosa los acontecimientos, y trueca y resuelve á su voluntad los destinos de las naciones, facilitó al celoso Apóstol el camino haciendo caer al Gobierno de la Regencia, que tantas lágrimas había hecho derramar á la Iglesia española.

En las principales poblaciones de España se notaba un movimiento de reacción en favor del clero perseguido, y por todas partes los ánimos, cansados ya de luchar, anhelaban restablecer las relaciones interrumpidas con la Santa Sede, y que se estableciera y afianzara un Gobierno moderado que hiciera renacer el orden, la paz y la justicia. Olózaga, presidente del Ministerio de su nombre, aun después de haber sido proclamada anticipadamente mayor de edad Isabel II, luchaba en vano para conservar en el poder al partido progresista, y á pesar de su talento tribunicio y de su hábil táctica parlamentaria no pudo vencer la oposición de las Cortes. Como último recurso apeló á disolverlas; pero la Reina se negó á firmar el decreto, y á su pesar debió ceder el puesto al ministerio González Brabo, bajo el cual respiró algún tanto la Iglesia española, aunque se vió defraudada en la mayor parte de sus esperanzas; porque si bien es verdad que el Ministerio conservador levantó el destierro á los Obispos y dejó en alguna ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yor libertad á la Iglesia, pero en general no hizo sino asegurar las malhadadas conquistas de la revolución y legalizarlas, concediendo á los usurpadores pacífica posesión de los bienes usurpados á la Iglesia, en vez de restituirlos á sus legítimos dueños, como era su deber. Y aunque había algunos hombres de buena fe que tenían mejores intenciones y aspiraban á reintegrar á la Iglesia, fueron arrastrados por la mayoría, que ni siquiera pagaba con regularidad la mezquina asignación del clero, que no era sino una como sombra de indemnización por los inmensos bienes que se le habían arrebatado. Pero al fin aquel estado de cosas, comparado con el anterior, era más soportable, y muchos eclesiásticos se aprovecharon del restablecimiento del orden material para hacer reflorecer en los pueblos la piedad y las buenas costumbres; pero quizá ninguno trabajó con tanto celo y alcanzó más felices resultados que nuestro Padre Fundador. En este tiempo comenzaron de un modo formal y no interrumpido sus numerosas Misiones, dadas en casi todos los pueblos de Cataluña y de Canarias; pero tan gloriosa empresa merece ser tratada en capítulo aparte, y por cierto sobra materia para él.

CAPÍTULO IX

EXCURSIONES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET EN CATALUÑA Y EN CANARIAS (1843-1849)

1. Misiones y ejercicios dados en 1843: Igualada y Campdevánol.—Preciosa conquista hecha en Gombrén. — La Misión de Roda. — 2. Misiones en 1844: Manresa y Barcelona. — Profetiza en Santa María del Mar. — Curación maravillosa. — Carta consolatoria á un Obispo desterrado. — Misión de Olot. — Librada Ferrarons, ó sea la doncella extática. — Fruto extraordinario de esta Misión. — 3. Misiones en 1845: Mataró. — Misión de Villanueva y Geltrú. — Atentan contra él mientras confesaba. — Misión de Bañolas. — 4. Misiones en 1846: Valls. — Castigo milagroso y conversión de un joven que insultó al Siervo de Dios. — Misión de Tarragona. — Documento capitular acerca de ella. — Misión de Falset. — Curación de un niño ciego. — Fruto extraordinario que hizo en Lérida. — Luchas por oirle en la catedral de Vich. — Misión de Arenys de Mar. — 5. Sus ocupaciones en 1847 y persecución que contra él se levantó en aquel año. — 6. Cómo se trasladó á las Islas Canarias. — Trabajos apostólicos que llevó á cabo en ellas. — 7. Vida admirable que hacía. — Anécdota curiosa. — 8. Cómo el Señor le glorificó con algunas cosas maravillosas. — Descubre por revelación la curiosidad de una mujer y la de un criado. — Faroles milagrosos. — Cómo el Señor le manifestaba las conciencias de sus penitentes. — Predicciones del Siervo de Dios: cosecha de Moyá. — Castigo repentino. — Rebaños sin pastores guardados por la palabra del P. Claret. — El trigo milagroso. — Otras varias predicciones. — Varias curaciones milagrosas.

1. Para enumerar todos los lugares en donde el Siervo de Dios dió Misión en el tiempo relativamente breve de cinco años, poco más ó menos, sería menester copiar casi todos los pueblos, villas y ciudades de las cuatro provincias del Principado catalán y de las Islas Canarias (1), y aun así nuestra la-

(1) Por vía de nota apunto aquí algunos de los muchos pueblos en que el Siervo de Dios dió Misión, cuyos nombres entresacó cuidadosamente el reverendo P. Clotet en sus Memorias. Entre otros que cita, se hallan éstos: Viladrau, Seva, Espinelvas, Artés, Igualada, Santa Coloma de Queralt, Prats del Rey, Calaf, Calldetenas, Vallfogona, Vidrá, San Quirico, Montesquíu, Olots, Figueras, Bañolas, San Feliu de Guixols, Lloret, Calella, Malgrat, Arenys de Mar, Arenys de Munt, Mataró, Tayá, Masnou, Badalona, Barcelona, San Andrés, Granollers, Villanueva, Manresa, Sampedor, Sallent, Balsareny, Horta, Calders, Moyá, Vich, Gurb, Santa Eulalia, San Feliu, Estany, Oló, San Juan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yor libertad á la Iglesia, pero en general no hizo sino asegurar las malhadadas conquistas de la revolución y legalizarlas, concediendo á los usurpadores pacífica posesión de los bienes usurpados á la Iglesia, en vez de restituirlos á sus legítimos dueños, como era su deber. Y aunque había algunos hombres de buena fe que tenían mejores intenciones y aspiraban á reintegrar á la Iglesia, fueron arrastrados por la mayoría, que ni siquiera pagaba con regularidad la mezquina asignación del clero, que no era sino una como sombra de indemnización por los inmensos bienes que se le habían arrebatado. Pero al fin aquel estado de cosas, comparado con el anterior, era más soportable, y muchos eclesiásticos se aprovecharon del restablecimiento del orden material para hacer reflorecer en los pueblos la piedad y las buenas costumbres; pero quizá ninguno trabajó con tanto celo y alcanzó más felices resultados que nuestro Padre Fundador. En este tiempo comenzaron de un modo formal y no interrumpido sus numerosas Misiones, dadas en casi todos los pueblos de Cataluña y de Canarias; pero tan gloriosa empresa merece ser tratada en capítulo aparte, y por cierto sobra materia para él.

CAPÍTULO IX

EXCURSIONES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET EN CATALUÑA Y EN CANARIAS (1843-1849)

1. Misiones y ejercicios dados en 1843: Igualada y Campdevánol.—Preciosa conquista hecha en Gombrén. — La Misión de Roda. — 2. Misiones en 1844: Manresa y Barcelona. — Profetiza en Santa María del Mar. — Curación maravillosa. — Carta consolatoria á un Obispo desterrado. — Misión de Olot. — Librada Ferrarons, ó sea la doncella extática. — Fruto extraordinario de esta Misión. — 3. Misiones en 1845: Mataró. — Misión de Villanueva y Geltrú. — Atentan contra él mientras confesaba. — Misión de Bañolas. — 4. Misiones en 1846: Valls. — Castigo milagroso y conversión de un joven que insultó al Siervo de Dios. — Misión de Tarragona. — Documento capitular acerca de ella. — Misión de Falset. — Curación de un niño ciego. — Fruto extraordinario que hizo en Lérida. — Luchas por oirle en la catedral de Vich. — Misión de Arenys de Mar. — 5. Sus ocupaciones en 1847 y persecución que contra él se levantó en aquel año. — 6. Cómo se trasladó á las Islas Canarias. — Trabajos apostólicos que llevó á cabo en ellas. — 7. Vida admirable que hacía. — Anécdota curiosa. — 8. Cómo el Señor le glorificó con algunas cosas maravillosas. — Descubre por revelación la curiosidad de una mujer y la de un criado. — Faroles milagrosos. — Cómo el Señor le manifestaba las conciencias de sus penitentes. — Predicciones del Siervo de Dios: cosecha de Moyá. — Castigo repentino. — Rebaños sin pastores guardados por la palabra del P. Claret. — El trigo milagroso. — Otras varias predicciones. — Varias curaciones milagrosas.

1. Para enumerar todos los lugares en donde el Siervo de Dios dió Misión en el tiempo relativamente breve de cinco años, poco más ó menos, sería menester copiar casi todos los pueblos, villas y ciudades de las cuatro provincias del Principado catalán y de las Islas Canarias (1), y aun así nuestra la-

(1) Por vía de nota apunto aquí algunos de los muchos pueblos en que el Siervo de Dios dió Misión, cuyos nombres entresacó cuidadosamente el reverendo P. Clotet en sus Memorias. Entre otros que cita, se hallan éstos: Viladrau, Seva, Espinelvas, Artés, Igualada, Santa Coloma de Queralt, Prats del Rey, Calaf, Calldetenas, Vallfogona, Vidrá, San Quirico, Montesquíu, Olots, Figueras, Bañolas, San Feliu de Guixols, Lloret, Calella, Malgrat, Arenys de Mar, Arenys de Munt, Mataró, Tayá, Masnou, Badalona, Barcelona, San Andrés, Granollers, Villanueva, Manresa, Sampedor, Sallent, Balsareny, Horta, Calders, Moyá, Vich, Gurb, Santa Eulalia, San Feliu, Estany, Oló, San Juan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bor sería inexacta ó incompleta, porque en muchos puntos predicó dos, tres y aun más veces, recogiendo en todas partes abundantísimos frutos de conversiones de vida mala en buena, y de buena en mejor. ¿En qué pueblo de Cataluña no ha resonado la voz del P. Claret? No ha muchos años apenas se hallaba familia que no conservara algún piadoso recuerdo del celoso Misionero, y todos recordaban su nombre como un símbolo de paz, como un nombre de persona muy querida, bendecido por todas las lenguas. La predicación de este elegido del Señor fué en algo parecida á la de los Apóstoles, de quienes está escrito: "Por todas partes se dejó oir el sonido de su voz, y sus palabras llegaron á los confines de la tierra (1).„

Mas lo que espanta en gran manera es cómo en el espacio de tres ó cuatro años pudo recorrer á pie evangelizando todo el Principado catalán, ir y volver de un extremo á otro, visitar como enviado de Dios, ora los pueblos de los Pirineos, ora los de las costas del Mediterráneo, ya los del centro de Cataluña, porque tan pronto se hallaba en Tarragona ó Lérida como en Barcelona ó Gerona, dejando de sí por donde pasaba huellas duraderas; pues no eran estériles sus correrías, ni en los pueblos se estaba mano sobre mano. Tareas ordinarias de sus visitas eran instruir á las gentes, confesar á la mayoría de los vecinos, conciliar desavenencias, enderezar muchos negocios delicados y difíciles é intervenir en todo lo que podía afectar gravemente á la Religión ó á las conciencias.

Tarea difícil y enojosa sería hacer relación de todas las predicaciones del P. Claret; por esto escogeremos algunas principales, por las que se podrá venir en conocimiento de lo que acaecía en las demás. En la Cuaresma del año 1843 predicó el Siervo de Dios en Igualada. El que nos hizo la relación de ella atestiguó que mañana y tarde estaba continuamente ocupado en confesar antes y después de los sermones. Cuando le dejaban algún momento libre, que rara vez acaecía, lo aprove-

---

de Oló, Pruit, San Feliu de Pallarols, Piera, Pobla de Lillet, Bagá, San Jaime de Fontanyá, Solsona, Anglesola, San Lorenzo dels Piteus, Lérida, Tarragona, Torredembarra, Altafulla, Constantí, La Selva, Valls, Alforja, Falset, Pont de Armantera, Barbará, Montblanch, Bimbodí, Vinaxa, Espluga de Francolí, Cornadellas, Prades, Villanueva de Prades, etc.

(1) Psalm. XVIII, 5.

chaba para repasar sus manuscritos; pero eran estos instantes tan contados, que el señor Arcipreste y demás sacerdotes, que deseaban disfrutar algún rato de su edificante y amena conversación, no podían conseguirlo si no es durante la comida y en los breves instantes de recreación después de ella. Con gran templanza y sobriedad comía lo que le ponían delante, y no se singularizaba aún con la abstinencia del vino y de la carne, que comenzó á observar en años posteriores y continuó hasta su muerte (1).

En el mes de Julio del mismo año dió los primeros ejercicios espirituales al clero de Campdevánol. Yendo á esta Misión le acaeció en el camino una cosa providencial, que contaremos más adelante al hablar de sus virtudes. Llegado á su destino, dió luego comienzo á los santos ejercicios; entre los respetables sacerdotes que allí se habían juntado para oir la autorizada y conmovedora voz del P. Claret, se hallaba el ilustre D. Jaime Soler, á la sazón canónigo magistral de la catedral de Vich y después obispo de Teruel, el cual, como testigo de vista de muchos de los hechos del Siervo de Dios, dijo á un amigo suyo que los ángeles habían acompañado visiblemente á *Mosén Antón Claret* y que le tenía por un santo.

A continuación de estos ejercicios dió otros en Gombrén, y lo que dió ocasión á ellos fué lo siguiente: Terminadas las tareas anteriores se trasladó á esta población, donde residía un íntimo amigo suyo, el presbítero D. Tomás Puigcarbó, que más tarde fué párroco de Manlleu. "Vengo á descansar en tu compañía„, dijo, al llegar, á su amigo. Pero ¿de qué manera? Un corazón que siempre ardía en el amor de Dios no podía descansar sino buscándole almas que le amaran y sirvieran. Así que al poco rato preguntó á D. Tomás: "Cuántos sacerdotes se podrían reunir aquí? — Acaso diez ó doce, respondió éste. — De buena gana, repuso el P. Claret, les daría yo los ejercicios si quisieran aceptarlos. — Todos los aceptaremos con mucho gusto, replicó su buen amigo.„

Y, en efecto, los hicieron con demostraciones de alegría. Entre los sacerdotes que se presentaron llamó la atención de nuestro Padre uno joven como de veintisiete años, alto, de facciones finas y amables, frente despejada y ojos vivos, pero

---

(1) Rdo. D. José Rosanes. Oficio del 15 de Diciembre de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de expresión dulce y amorosa, de tez lisa aunque graciosamente algo morena, de talento superior, de imaginación pronta y brillante, de voz sonora y maneras agradables. Tal era entonces el futuro P. Esteban Sala y primer Superior de nuestra Congregación después del Fundador de la misma. Sus nobles cualidades pronosticaban en él un orador elocuentísimo, un Superior prudente y amable, y un hombre capaz de desempeñar con acierto y contento de todos el cargo más difícil y encumbrado. Era tal su ingenio, que aun antes de terminar la carrera sacerdotal fué nombrado profesor sustituto de la Facultad de Teología en la entonces célebre Universidad de Cervera, y añadido esto á la facilidad y brillantez con que se expresaba, y á la elegancia y suave atractivo de sus formas, podía fundadamente esperar un porvenir sobrado lisonjero; y aunque él era bueno y virtuoso, exento de toda arrogancia y desmedida ambición, todavía, como á San Francisco Javier antes de que San Ignacio le ganara enteramente para Dios, le sonreía más ó menos la grandeza del mundo, y aún no había renunciado á las justas aspiraciones que, sin dejar de ser buen sacerdote, podía en el siglo tener; pero nuestro Señor, que le destinaba para una de las piedras fundamentales de nuestro Instituto, le tocó en estos ejercicios el corazón de un modo extraordinario por medio del P. Claret, quien le ganó ya desde entonces para que fuera en adelante su futuro compañero. Tan trocado salió el joven presbítero de aquellos ejercicios, que en adelante no pensó sino en servir al Señor con todo esmero y perfección, y en verdad que lo alcanzó, como en su lugar veremos. De mudanza tan feliz diónos cuenta el Excmo. Sr. Don Benito Vilamitjana, entonces catedrático de Vich, luego canónigo de La Seo de Urgel, después obispo de Tortosa, y por último arzobispo de Tarragona. "Yo no he visto,—decía,—otro cambio más perfecto... Entiendo fué ésta una de las mayores conquistas del Sr. Claret.„

En el mes de Diciembre del mismo año dió Misión en Roda; y como uno de los que á ella asistieron fué el Excmo. Sr. Don Francisco de Asís Aguilar, actual obispo de Segorbe, dejaremos que él mismo la refiera. "Un lunes por la mañana,—dice,—del mes de Diciembre de este año de 1843, un estudiante del Seminario dijo al que esto escribe y á otros compañeros que el día antes había oído en la iglesia de Roda á un predicador que hablaba más de una hora seguida sin toser ni pararse para nada, con los ojos vueltos constantemente hacia el cielo; contándolo con tanto entusiasmo que nos hizo venir deseos de ir también á escucharle, como lo ejecutamos en el domingo inmediato.

„Los caminos que llevan á Roda estaban cuajados de gentes que iban como nosotros, y con más devoción que nosotros, á oir al predicador, dejando poco menos que desiertos los pueblos de la comarca y las casas de campo de los alrededores. La iglesia del pueblo, que es muy capaz, estaba llenísima, extendiéndose el auditorio por la plazuela inmediata hasta la tapia que sirve de muro sobre el despeñadero, á cuyos pies corre el rio Ter. Rezado el santo Rosario, el Sr. Claret empezó su sermón con voz clara, entera, vibrante, que oían perfectamente tanto los que estaban dentro como los que estaban fuera del templo. Ni un murmullo ó movimiento en el auditorio, ni un golpe de tos en el predicador interrumpieron por un momento aquel torrente de palabras y de doctrina que salía de sus labios.

„Que los jóvenes no hubiésemos oído jamás á un hombre que hablaba de aquel modo, era poco de maravillar; pero lo mismo les sucedía á los ancianos. Todos se deshacían en elogios del Misionero.

„Unos decían:—¿Cómo puede hablar tanto tiempo sin descansar? Otros preguntaban:—¿De dónde habrá sacado tanta doctrina?—¡Qué comparaciones tan exactas, sencillas y oportunas!, decían éstos.—¡Qué ejemplos tan bien traídos! ¡Qué caudal de textos sagrados y qué bien aplicados!, exclamaban aquéllos.—Es un santo, añadían muchos, y hasta contaban varios sucesos milagrosos que le habían acaecido; siendo ciertamente, si no milagroso, muy admirable el hecho de conservar una salud robusta trabajando de día y de noche, alternando entre el púlpito y el confesonario, apenas durmiendo y alimentándose muy parcamente.

„Roda, en donde esto sucedía, es una población fabril tenida justamente por liberal durante la guerra y aun después, más instruída que otras de igual categoría y conocedora, por las relaciones que la fabricación la obliga á guardar con la capital y los grandes centros de consumo, de los progresos en las modas y en los gustos, así materiales como intelectuales ó

literarios. Por esta razón el triunfo del Sr. Claret era allí más apreciable.

„Desde entonces su fama se propagó en todas direcciones y á largas distancias. Nadie que le hubiese oído le tenía por iliterato (1).„ En este mismo año hizo otras predicaciones y dió ejercicios espirituales á varias Comunidades de religiosas en la ciudad de Vich.

2. Durante la Cuaresma de 1844 predicó en la ciudad de Manresa y en el espacioso templo de La Seo. Sus naves se llenaron de apretada muchedumbre, atraída por la fama de santidad que gozaba, pues habíale glorificado el Señor con hechos que, si no eran á todas luces milagrosos, eran cuando menos extraordinarios, como eran haber restituído repentinamente la salud á los enfermos que visitó con sólo hacerles la señal de la cruz. En los alrededores de esta ciudad convirtió á una mujer de mala vida descubriéndole, sin que ella lo dijera, sus propios pecados, los cuales manifestó el Señor á nuestro Padre con lumbre sobrenatural, como muchas veces le acaeció. Admirábanse todos de su ardiente celo, y de su vida austera y ejemplar, y tenían sus trabajos por superiores á las fuerzas de un hombre (2).

Ya por este tiempo su fama se había extendido sobremanera por todo el Principado catalán, y era tenido por el predicador más apostólico y que más fruto hacía en los oyentes; por lo cual le invitaron á predicar el mes de Mayo en la magnífica iglesia de Santa María del Mar en Barcelona, donde se había escuchado la voz de los más célebres oradores catalanes, y donde aun hoy día suelen confiar el mes de las flores á los más distinguidos en el arte y que gozan de más justo renombre en el suelo español. Mas si siempre por esta causa y por la magnificencia y esplendor del culto han sido allí muy concurridas las funciones del mes consagrado á la Madre del Amor Hermoso, no hay memoria en más de cuarenta y ocho años que ninguno haya atraído más á las gentes y despertado en ellas mayor entusiasmo que nuestro amado Padre Fundador. Inmenso gentío llenaba todos los días las anchurosas naves, y tal era el afán de oirle que había muchas personas que

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. XVII.
(2) Dr. D. Melchor Peypoch, oficio del 23 de Abril de 1880.

por ganar lugar aguardaban una, dos y más horas en el templo antes de comenzar la función; y esto no un día solo, sino durante todo el mes y aun algunos días más, en que á instancias de muchísimas y respetables personas continuó predicando, hasta llegar sus sermones al número de treinta y seis. Y no se crea que sólo iba á escucharle la gente sencilla y devota, no; en el inmenso auditorio se confundía el letrado con el ignorante, el magistrado con el plebeyo, el militar con el paisano, el rico industrial con el humilde obrero, los oficiales de marina con los de tierra firme, y los seglares con los eclesiásticos. Entre éstos descollaron los doctores Ventalló, Riera y Palau, catedráticos del Seminario, el primero de Retórica y Poética, el segundo de Teología moral, y el tercero de Sagrada Escritura. Este último, conocido por grande orador, si bien adolecía de algunas extravagancias, dijo hablando del Siervo de Dios: "Hará más fruto él que todos los predicadores de Barcelona juntos.„

Las muchedumbres, conmovidas, decían: "Este hombre es un santo„; y no es de maravillar, porque Dios, en aquella misma ocasión, autorizó la palabra de nuestro amado Padre con el don de profecía, haciéndole ver los sucesos venideros como si los tuviera presentes. En el fervor de uno de estos sermones predicados en Santa María del Mar, paróse unos instantes, dió un golpe en el púlpito contra su costumbre ordinaria, y dijo: *Spiritus Domini super me*, que en romance quiere decir: "El espíritu del Señor sobre mí.„ Paróse otra vez, y repitiendo el golpe, tornó á decir lo mismo: *Spiritus Domini super me;* y lo repitió por tercera vez.

Los oyentes, atónitos, se miraban unos á otros, y decían algunos de ellos: "¿Qué nos querrá explicar con esto?„ Pero el Siervo de Dios, después de la breve pausa que siguió al tercer golpe, continuó diciendo: "Es tan cierto lo que os estoy ahora predicando, como lo es que dentro de poco vendrá en esta ciudad de Barcelona un temporal tan fuerte que causará grandes perjuicios.„ Y, en efecto, á los pocos días se levantó una tempestad tan recia, que varios almacenes de la playa del Borne y de las calles contiguas quedaron inundados.

Cuéntase también que en aquella ocasión, y en otras que estuvo en la capital de Cataluña, hubo curaciones extraordinarias de enfermos visitados por él, atribuídas á sus méritos.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre otras, una señora de esta ciudad nos refirió que su madre, Doña Francisca Soler, viuda de Moré, habiendo padecido terribilísimos dolores á causa de un cáncer que hacía ya dieciséis años tenía en los ojos, y que según los facultativos habría acabado en breve con su vida, fué curada por el Siervo de Dios poniéndole él la mano en los ojos y rezando una breve oración, después de la cual se le secó el cáncer y se le cayó, quedando ella enteramente sana (1).

Siempre infatigable, todo el tiempo que le sobraba después de las predicaciones, de la oración, de la Misa y acción de gracias, del Oficio divino y algunas otras devociones, lo empleaba en oir confesiones en la iglesia y aun en su habitación, y en responder á las consultas que con frecuencia le hacían. Algunos jóvenes que le oyeron en la iglesia publicaron en elogio de él algunas poesías catalanas.

En el tiempo que estuvo en Barcelona se hospedó en casa de los caritativos señores de Nadal, y uno de los familiares contó á nuestros Misioneros que en el cuarto del Siervo de Dios no vió más libros que su Breviario, de donde se saca que se preparaba casi únicamente con la oración y con las ilustraciones del cielo á las pláticas que hacía, no sólo en la iglesia de Santa María del Mar, sino también en los muchísimos conventos de monjas, adonde le acompañó el familiar de que hablamos. Ponderó también este doméstico testigo la especial discreción, habilidad y prontitud con que respondía á las muchas preguntas que le hacían, de las doce á la una de la tarde, varios señores que le visitaban, entre los cuales nombró particularmente á los canónigos y doctores Palau, Saqués y Riera, y al P. Amigó del Oratorio, su antiguo consejero. Todos salían muy satisfechos de su presencia, porque tenía el don singularísimo de consolar las almas, y á las pocas palabras que le decían daba en seguida en el verdadero secreto del negocio, cuando éste se relacionaba con las cosas de conciencia ó de la mayor gloria de Dios. Después de haber estado trabajando durante todas las horas del día, parecía natural que al llegar á la noche descansase; pero el Siervo de Dios pasaba este tiempo orando, estudiando ó escribiendo, y si algo descansaba era por breve tiempo y en postura muy incómoda, pues los familiares de los señores de Nadal en todas las horas de la noche veían luz en el cuarto de nuestro Padre, y por la mañana hallaban la cama tan limpia y arreglada como se la habían preparado, sin señal alguna de haberse acostado en ella (1).

(1) Testigos oculares: Doña Francisca Moré de Serra, hija de la agraciada; D. Juan Serra y Villaró, su esposo, y Doña Mercedes Serra, su hija.

No puedo pasar por alto, antes de seguir adelante, una preciosísima carta que el 22 de Julio de este año escribió desde Vich al Excmo. Sr. D. Cipriano Varela, obispo á la sazón de Plasencia y más tarde arzobispo de Sevilla, que estaba desterrado de su diócesis y confinado á un pueblo de Cádiz por haber protestado, como otros Obispos, contra los proyectos cismáticos del tristemente famoso Alonso Martínez. En esta carta consuela admirablemente al ilustre confesor de la fe, que en otra del mismo mes le había escrito sus padecimientos como á persona á quien tenía por santa, y de paso le da cuenta de sus trabajos apostólicos de aquel verano. El texto de ella es como sigue: "Ilmo. y Rmo. Padre mío: No me es posible explicar la alegría que he tenido al leer la de V. S. I. con fecha 10 del corriente, aunque veo en ella sus persecuciones y penas, porque éstas nunca jamás han sido motivo de tristeza, sino de grande contento y alegría para los verdaderos discípulos de Jesús Crucificado: *Gaudete et exultate*, — decía á sus discípulos. — *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam*; de suerte que con estas y otras palabras con la gracia del divino espíritu *ibant gaudentes*... y se tenían por dichosos de padecer por Jesús. Esta, pues, debe ser nuestra gloria, la cruz de Jesucristo.

„Es tan grande el deseo que Jesús me ha dado de padecer por Él, que *sin penas y persecuciones no puedo vivir; no las temo, las busco por todas partes;* muchas he hallado, gracias á Dios, pero no tantas que me hayan hartado, y las considero tan necesarias para entrar en la gloria celestial, que cuando veo á alguno á quien el Señor regala con ellas me parece que es lo mismo que regalarle una tarjeta para que tenga la entrada franca. Padre mío, anímese y alégrese; muchísimos mo-

(1) Noticias recibidas de D. Pedro Naudó, beneficiado de Santa María del Mar, de Barcelona; de D. Francisco de Frías, cura párroco de Sitjes, y de don Antonio Amigó, familiar que fué en casa de los señores de Nadal.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tivos tiene para rebosar de gozo; no puede pensarse el grande amor que le tengo cuando le veo adornado de persecuciones. ¡Quién me diera poderle ver y colgarme de su cuello como lo hace un hijo con su amadísimo Padre! Confío que con el tiempo lo lograré; tal vez cuando V. S. I. esté en su silla iré á predicar el Evangelio á su diócesis.

„Debo decir á V. S. I. que ahora hemos concluído los ejercicios de San Ignacio al clero del obispado de Vich; la reunión ha sido grande; más parecía un concilio que una reunión para ejercicios; pero no ha sido menos grande el fruto, y para que se conserve nos ha parecido bien dar á cada uno estos avisos, que envío á V. S. I. á fin de que me diga lo que le parece.

„Hoy mismo, día de Santa Magdalena, hemos empezado los ejercicios á las Beatas de Santo Domingo y á las Carmelitas, y concluídos subiré á la montaña á predicar en diferentes lugares hasta mediados de Septiembre, que tengo que pasar al Vallés y á Marina hasta pasado Pascua. Tengo el itinerario formado de tal manera, que no vacará ningún día, sino que siempre predicaré, ó al clero, ó á monjas, ó al pueblo.

„Bien puede ver V. S. I. cuánto necesito de la gracia, pues sin ella nada puedo, y con ella todo. No necesito menos la humildad, porque sin ella, ¡ay de mí!... Suplique al Señor que me conceda una y otra y que no me deje un momento de su mano, que de otra suerte estoy perdido. Encomiéndome también á V. S. I., á quien tengo hecha donación de todas mis fatigas y tareas apostólicas, y mande de su más atento y seguro servidor que besa de V. S. I. el anillo. = *Antonio Claret*, presbítero.

» *Postdata*. — Digo que con el tiempo tal vez nos veamos, porque mis licencias ó despachos son para toda España; y si no he salido del obispado de Cataluña, es porque hay aún muchísimo que hacer en ella. Envío á V. S. I. algunos papelitos que doy en las Misiones. El libro *La Luisita de Cádiz* se reimprimirá. Disimule, que no tengo más tiempo.„

Dejando á un lado otras predicaciones hechas por el Siervo de Dios en el año de 1844, diré tan sólo alguna cosa sobre la Misión de Olot, perteneciente al obispado de Gerona, por las circunstancias extraordinarias que en ella concurrieron.

Mucho le costó al celoso Cura párroco obtener que le enviaran tan ilustre Misionero, porque llovían semejantes peticiones de todas partes y de poblaciones importantísimas, donde se esperaba recoger copiosísimo fruto; pero vivía en Olot un alma piadosísima y muy agradable al Señor, que hizo fuerza á la Reina de los cielos para que nuestro Padre fuera á predicar allí con preferencia á otros pueblos, como lo confesó el mismo Siervo de Dios. Llamábase ésta Inés Ferrarons y Vives, heredera de las virtudes y de los padecimientos de su heroica y extática hermana, Librada Ferrarons, muerta en 21 de Junio de 1842, dos años antes de que el P. Claret comenzara esta Misión. Como el espíritu de esta virgen, fallecida en olor de santidad, fué aprobado en esta ocasión por nuestro amado Padre, después de haber examinado los documentos relativos á la vida de la santa obrera y oído á muchísimos testigos que habían presenciado sus virtudes y dones sobrenaturales, creo que me agradecerán los lectores que dé á conocer algún tanto esta candorosa doncella, á lo cual me siento tanto más inclinado cuanto que su vida, carácter y heroicas virtudes son muy parecidas á las del Siervo de Dios, á lo menos en la niñez y en los primeros años de la edad juvenil, contemporáneos los dos con sólo dos años de diferencia.

Dios nuestro Señor, cuya sabia Providencia prevé y ordena á su mayor gloria los acontecimientos venideros, para evitar las desastrosas consecuencias del socialismo, que en este siglo de máquinas y adelantos tan hondas raíces ha echado en la clase obrera, parece como que se complació en presentar en el primer tercio de tan agitada centuria dos obreros, dechados de virtud y de perfección evangélica, á los cuales pudiera ajustar su conducta esta clase tan necesitada de los consuelos del cielo y de los alientos que comunica la práctica fiel de la Religión de Cristo. Los dos sexos estuvieron fielmente representados en ese cuadro divino de sobrenatural perfección, el uno en el virtuoso joven Claret, fabricante de hilados en Barcelona, y el otro en la humilde Librada, obrera también, que trabajaba en máquina de hilar; el uno, de allí fué llamado á la carrera apostólica y á un calvario activo y doloroso sembrado de espinas por los hombres, y la otra á la vida contemplativa, con un martirio quieto y sosegado, pero no menos terrible, porque Dios la clavó por espacio de catorce años, que fueron los últimos de su vida, en el lecho del dolor, y los demo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nios se encargaron de atormentarla de mil modos apenas imaginables. Mostrábansele en figuras horribles y espantosas para atemorizarla, y permitiéndolo así el Señor para afinar más en el fuego de la tribulación el oro purísimo de la paciencia con que le labraba la corona, le daban tan malos tratamientos que suplían bien el espíritu de penitencia que la animaba en años anteriores. Azotábanla cruelmente, derribábanla por el suelo, causábanla mordeduras de lengua, producíanla dolorosas contorsiones, abrasábanla como si la abrevaran con plomo derretido, y la ponían en agonía mortal dejándola por largas horas sin aliento. Veces hubo, según aseguran testigos oculares, entre ellos los Rdos. Luis Vila, Pedro Rovira y Antonio Bonavia, en que los demonios la arrojaban, como una pelota, súbita y violentamente de la cama contra la pared, y de la pared contra el suelo, haciéndola dar aquí golpes de cabeza contra los ladrillos y padecer otros tormentos increíbles si no lo asegurasen tan abonados testigos.

En este martirio diabólico callaba la Sierva de Dios, sin que salieran de sus labios otras expresiones que de conformidad divina: *Hágase, Señor*, — decía, — *tu santa voluntad;* jaculatoria favorita que repetía con fervor durante sus mayores penas, y en medio de tan rápidos movimientos conservaba tan modesta compostura en el semblante y vestido, que causaba edificante admiración en cuantos lo presenciaban.

A esto se añadió el martirizarla de tal manera en todas las partes del cuerpo, que no tenía parte sana, y en todas ellas padecía intensísimos dolores, sin que los médicos atinaran en la causa de ellos, porque eran sobrenaturales y no siempre se manifestaban por de fuera. Ella lo sufría todo con inquebrantable paciencia, y ofreciéndose siempre á padecer nuevos tormentos si era del agrado del Señor. Y por cierto que Dios, en su infinita sabiduría, dió larga mano á los demonios para que probaran como quisiesen la paciencia de la joven, pues, según ellos mismos confesaron, tenían todo poder del Altísimo contra la paciente Librada con tal de que no se vieran ni en el rostro ni en las manos las señales de tan horribles tormentos.

Mas como fueran siempre vencidos en estas singulares batallas dirigidas contra el cuerpo de la invicta virgen, apelaron á sus diabólicas arterías, encaminadas más derechamente contra el espíritu. Entrábase el enemigo de nuestra salvación por

el cuarto de Librada con hábito y forma ya de sacerdotes, ya de observantes religiosos, varones todos espirituales, que solían visitarla y con quienes solía tener pláticas de edificación: tomaba una silla y sentábase al lado de la cama. Aprovechando la ocasión, comenzaba el falso huésped con humos de piedad hablando de cosas del cielo, que conocía eran más del gusto de la enferma. Pero después de haber disimulado por breve espacio, ingería en la conversación, ora dudas en las divinas promesas, ora máximas laxas y perniciosas, ora consejos opuestos á los del director. Mas oídas tales enseñanzas y asegurada interiormente del engaño, acudía la bendita doncella á embrazar el escudo de la fe y arremetía contra el enemigo, el cual, desvaneciéndose como humo, no hacía sino dar á la invicta guerrera ocasión de nuevos triunfos.

Tantos asaltos varonilmente resistidos, martirios tan acerbos y continuados sufridos con tan inefable resignación, le merecieron del cielo favores extraordinarios y divinas consolaciones, que le comunicaron soberano aliento para seguir adelante en el camino real de la santa Cruz. Enriquecida con el don de profecía, anunció lo por venir mucho antes que acaeciera, y entre otras cosas predijo la matanza de los frailes en España con cuatro años de anticipación; pero lo que más la levantó sobre el vulgo de los hombres fueron sus frecuentes y prolongados éxtasis. Durante ellos quedaba sin sentido, pero tenía el rostro agradablemente risueño, los ojos centelleantes con tan divina luz, aunque nada veía, y hablaba con tanto vigor, viveza y claridad que pasmaba, y sonreía con tanta gracia que infundía consuelo. A las personas que la rodeaban convidábalas á ir al cielo, diciendo: *Vamos, vamos allá todos. ¡Ay, hijas de mi alma, qué hermosura, qué alegría, qué gozo, qué claridad!;* y lo decía con tanta energía y fuerza, que á pesar de su flaqueza extremada y de no poder mover los brazos, no solamente los agitaba con facilidad, sino que levantaba también todo su cuerpo, teniendo los ojos fijos en el cielo. En medio de estas delicias se paraba, y unas veces hacía preguntas muy serias, que convidaban á profundas consideraciones; otras describía las eternas moradas con imágenes parecidas á las de San Juan Evangelista en el *Apocalipsis*. Luego que volvía en sí caía la paciente en desmayo mortal, sin poder tomar el más ligero alimento ni medicina alguna; su cuerpo es-

taba bañado de sudor como de agonizante y los ojos hechos dos torrentes de lágrimas, resultando, en fin, tan postrada y con los pulsos tan extinguidos, que alguna vez se creyó estaba ya muerta. Durábanle estos éxtasis de tres á cuatro horas, y á veces, señaladamente los viernes, la noche entera. En ellos se le apareció muchas veces nuestro Señor Jesucristo y la santísima Virgen, y tuvo otras visiones muy regaladas acerca de la Beatísima Trinidad, á la que profesaba especialísima devoción.

Desde su lecho de dolor asistía en espíritu á los diversos templos de la cristiandad y veía todas las ceremonias como si estuviera presente. En 1841 presenció en espíritu la procesión del *Corpus* que en Madrid se hizo, y luego refirió con admirable exactitud todo lo que allí había pasado. Entre los objetos que se presentaban á su vista contemplativa en los diferentes éxtasis con que el Señor la confortaba, uno era, y no el menos común, limpida y blanca ovejita, con que sin saberlo venía simbolizada la misma Librada. Varias veces había observado entre los santos que se le aparecían á la *ovejita* metida entre ellos, y que éstos suplicaban al divino Cordero que por fin dejara ya la *ovejita* en su compañía.

Poco antes de su muerte entró en su aposento su hermana Felisa; y hallando ésta á la Sierva de Dios con las mejillas bañadas en arroyos de lágrimas y transformado el semblante con nueva y desusada alegría, preguntóle ansiosa el motivo de tal júbilo, á lo que respondió Librada:

—Cierra la puerta y te lo diré todo, con tal que guardes secreto hasta ver cumplido lo que te diga.

—¿Y en qué cosa te he faltado al sigilo? Ya sabes que me puedes comunicar cuanto quieras, con la seguridad de serte fiel.

—Felisa de mi alma, estoy contentísima; ni sé cómo expresártelo. ¡Pronto, pronto iré al cielo á unirme con mi Jesús! ¡Y qué pesada se me hace la vida, porque me es estorbo para volar á Jesucristo!

—¿Tan pronto nos quieres dejar huérfanas de tan querida hermana, privadas para siempre de tus consejos?...

—En el cielo rogaré por vosotras. ¡Oh, sí! Desde el cielo, con mayores ventajas procuraré vuestro bien. Mas escucha, Felisa. Es voluntad de Dios que la cruz, con la cual hasta ahora me ha favorecido, quede como herencia en la familia. ¿Te gustará á ti llevarla?

—¡Ay, por Dios, que no se la pidas á Jesús! No, no se la pidas, que no me veo yo con ánimo ni con paciencia para tanto...

—¡Bien! No te alarmes, Felisa, que si tú no la quieres, la querrá nuestra hermanita Inés.

En realidad Inés fué la heredera de la cruz de Librada, y apenas había ésta expirado cuando Inés se sintió herida, y el mismo día del entierro tuvo que meterse en cama, de donde no se levantó ya más. Veinte años estuvo padeciendo, aunque no tan acerbos dolores como su bendita y paciente hermana; pero émula de los heroicos ejemplos de que había sido testigo constante, esforzóse con santo afán en copiarlos santamente (1).

A las oraciones de esta piadosa doncella atribuyó nuestro bienaventurado Padre la gracia de la Misión que desde mediados de Agosto hasta mediados de Septiembre de 1844 dió en Olot con gran provecho de sus habitantes, los cuales se afanaban tanto por confesarse con él que, no contentos con asaltar su confesonario desde las seis de la mañana hasta las nueve y media de la noche en que se retiraba á su cuarto, venían aquí á buscarle, y por amor de Dios le suplicaban que los oyera en confesión, á lo cual él no sabía negarse, y sólo se reservaba el tiempo suficiente para rezar el Oficio divino y hacer su oración mental.

El copiosísimo fruto de esta Misión podrá colegirse de las siguientes declaraciones, entre otras que omito, hechas por el abate Vila, Cura deán de la parroquia de San Mateo en Perpignan, el cual, siendo todavía diácono, se halló presente á aquella Misión y apreció por sí mismo el alcance de ella. "1.ª Que el concurso fué tan grande que para confesar á la gente hubo hasta 25 confesores, que tenían harto en qué entender; el día de la comunión general tres sacerdotes estuvieron repartiendo á un tiempo la sagrada Eucaristía durante toda la mañana, y el Siervo de Dios habló sin interrupción por espacio de tres horas sobre el modo de prepararse para

(1) Reseña de la vida de la Sierva de Dios Librada Ferrarons y Vives, por el P. Francisco Butiñá, de la Compañía de Jesús. Gerona, 1878.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la comunión y de dar gracias después de ella. Por la tarde, — añade, — se cantó el Rosario, y las voces de los asistentes, que respondían con sumo fervor, se asemejaban al estampido de un prolongado trueno. 2.ª Que las gentes de tres leguas á la redonda de la villa acudieron á la Misión, formando numerosas tropas y dejando casi enteramente despoblados sus respectivos pueblos, y que en una capilla de Olot había incesantemente personas ocupadas en hacer el ejercicio del *Via Crucis.*„

En este tiempo, á más de examinar y aprobar el espíritu de Inés Ferrarons, leyó los documentos que sobre la vida de su extática hermana Librada habían escrito sus directores espirituales, y quedó tan prendado de su heroica virtud que en todas las ocasiones que se le ofrecían preguntaba á los interesados si Dios nuestro Señor había obrado algún prodigio á honra de su Sierva. Terminada la Misión, dió ejercicios al clero con gran fervor y copia de doctrina; y entre otras cosas que manifestó, una fué que María santísima le dictaba los sermones y que Ella le enviaba. También dijo en confianza al señor Cura párroco que, por un especial favor de Dios, veía con tanta claridad las conciencias de los hombres que algunas veces le causaba cierto espanto (1).

3. Muchas fueron las Misiones dadas por el Siervo de Dios en el año 1845; pero haremos especial mención de las de Mataró, Villanueva y Geltrú y Bañolas, pues de ellas tenemos particulares documentos.

Sabedor nuestro Rdo. P. Clotet de que el Siervo de Dios había predicado en 1845 la Cuaresma en Mataró, diócesis de Barcelona, escribió atenta carta á un su amigo para que se sirviera darle algunos pormenores de la Misión, á la cual el otro respondió cortésmente: " Gustoso de corresponder á los deseos que Ud. me manifiesta en su atenta de fecha del 22 último, pasaré á contestar á sus preguntas. — La primera es si en 1845, siendo el Excmo. Sr. Claret simple sacerdote Misionero, predicó en esta ciudad y si hubo mucha asistencia á sus sermones. Merece, ante todo, que fije Ud. su atención en el hecho inusitado de aceptar él, no sólo los sermones cuaresmales, sino también los tres de Carnaval. Haciéndose notar ya

(1) Relación del ilustre Dr. D. Joaquín Masmitjá, canónigo, 3 de Julio de 1880.

en éstos la concurrencia de oyentes, fué efectivamente extraordinaria en los de Cuaresma, contando en unos y otros numerosísimo concurso.

„ La segunda, si los que le escucharon se aprovecharon de sus exhortaciones y enseñanzas. A lo cual digo yo que, llenas éstas de agradables y persuasivas comparaciones ó parábolas, produjeron un grande fruto espiritual en los oyentes, convirtiendo á los pecadores y confortando á los justos, siendo muy familiar en sus labios la sentencia de Cristo: *Ego veni ut vitam habeant,* respectivamente á los primeros, *et abundantius habeant,* relativamente á los segundos. El entonces Cura ecónomo y después párroco en propiedad, Rdo. D. Miguel Tuni, soltó esta expresión, por mí oída, bien significativa del fruto que hacía el P. Claret: "Su confesonario es un pueblo.„

„ La tercera es si los oyentes le veneraban como á hombre de gran virtud y santidad; no podía menos de ser así teniendo á la vista los ejemplos tan edificantes que daba en su obrar, en el continente respetuoso y recogido de su andar, en sus singulares rasgos de desprendimiento de intereses terrenos, no admitiendo una sola limosna de Misas en todo el tiempo que estuvo entre nosotros, sino aplicándolas todas por la conversión de los pecadores, y recorriendo á pie el Condado catalán con su predicación evangélica.

„La cuarta, qué opinión formó de él el clero de Mataró. Por poco que hubiese reflexionado nuestro clero local sobre los indicados actos de virtud extraordinaria y las dotes apostólicas que brillaban en aquel predicador de Cuaresma, necesariamente había de formar la opinión de que estaba muy unido con Dios, como efectivamente la formaron todos los reverendos eclesiásticos de esta ciudad. Llevados de ella tuvieron á bien hacer bajo su dirección unos ejercicios espirituales en los primeros días de Abril, que en aquel año de 1845 eran ya de Resurrección. Pruebas son también de este elevado concepto, además de las alabanzas del referido señor párroco Tuní, las palabras que decía un comunitario nuestro, también difunto, el Rdo. D. Isidro Masnou, á saber: *De Mosén Claret non n'hi a mes que un,* en el sentido de que el Sr. Claret excedía en mérito á muchos operarios evangélicos. Recuerdo aún perfectamente que otro comunitario, también muy distinguido, el Rdo. D. Buenaventura Castellá, había oído de boca del mis-

mo señor párroco Tuní que algún doméstico de éste, cuando el Sr. Claret estaba hospedado en su casa, había observado al amanecer que la cama del célebre Misionero estaba intacta, lo cual hacía pensar que no había tomado en ella su descanso.

„La quinta pregunta es si entre los que le conocieron se conserva aún viva la memoria de su reputación. A lo cual respondo que como no era fácil borrarse en ellos tan santa memoria, natural ha sido el conservárseles viva. Y no por poner en duda la verdad de este aserto, sino para poder certificarlo más á Ud., he preguntado á algunas de las personas aludidas y me han dado muestras de tener viva la idea de su celebridad. Y ¿cómo podía dejar de ser así habiendo ido creciendo desde 1845 con los nuevos grados de elevación que su vida sencilla fué adquiriendo, y que hacen venir á la memoria aquellas palabras: *Exaltavi electum de plebe mea?* Pocas horas ha tanteé á un señor notario sobre la tal memoria, y su inmediata contestación ha sido: "Me acuerdo que en la función de las „tres horas de agonía hizo un sermón admirable„; etc. (1). „

El 30 de Abril del mismo año pasó el celoso Misionero á Villanueva y Geltrú para anunciar la palabra evangélica, en donde cosechó tan abundante mies como se desprende de la siguiente relación, hecha por un testigo ocular: "Con mucho gusto, —dice, — voy á comunicar á Ud. con sencillez y brevedad lo que sé del Excmo. Sr. Claret... Era el 30 de Abril de 1845 cuando comenzó á predicar en Villanueva y Geltrú los sermones, que duraron hasta el 30 de Mayo. El templo estaba siempre lleno de gente, que escuchaba con religioso silencio la divina palabra. La impiedad hacía todos los esfuerzos imaginables para impedir el fruto de su predicación, calumniando al Siervo de Dios, y siendo lo menos malo que de él decían que era un faccioso. Confesaba mañana y tarde junto á la puerta de las Nieves, detrás del altar mayor, y he aquí que un día, mientras estaba en el confesonario, estalló cerca de él un petardo. Tan incalificable atentado disgustó sobremanera al señor Claret, y resolvió irse sin acabar el mes de María: " Que „haya contradicción, — me dijo, — es buena señal; pero lo que „aquí sucede es demasiado; así, pues, me voy.„

„Sentí vivamente esta resolución, y procuré que no la llevase á cabo. Lo puse en conocimiento del señor Cura párroco, y éste, el señor Alcalde, los obreros y otras personas notables fueron á rogarle encarecidamente que tuviese á bien continuar la obra comenzada. Accedió él á sus súplicas, y ¡cosa admirable!, desde aquella fecha, que sería á mediados de Mayo, muchos se acusaban de haber dicho mal de *Mosén Claret*. Las confesiones eran tantas, que los que se acercaban compungidos al tribunal de la Penitencia no daban reposo á los ocho ó diez confesores que estábamos allí. La comunión general fué muy concurrida; tuvimos grandes consuelos, y puedo asegurar á Ud. que el bien que se hizo en aquella villa fué inmenso (1). „

(1) El presbítero D. Ramón Anglada, 28 de Febrero de 1882.

Del obispado de Barcelona pasó el Varón de Dios al de Gerona. En Noviembre del mismo año 1845 predicó en la villa de Bañolas, en donde las muchedumbres y las personas devotas é ilustradas le miraban como á perfectísimo dechado de todas las virtudes, así por el modo con que se presentaba en público, como por las cosas extraordinarias que en su vida privada habían notado. Causábales, y con razón, no pequeña maravilla el que pasara las noches en claro, dado á la oración, al estudio y á escribir opúsculos de propaganda católica y ascética, como se colegía claramente de la luz que en su aposento veían á todas las horas de la noche, y de hallar siempre agotado por la mañana el velón, que lleno de aceite le entregaban todas las noches al retirarse, y del no descubrir en la cama señal alguna de que se hubiera acostado en ella, pues la veían siempre tan compuesta, y arreglada como se la habían preparado. Admirábanse también de lo parco que era en la comida, pues parecía imposible que con tan escaso alimento pudiera soportar las muchas y grandes fatigas que sobre él pesaban; porque á las cuatro de la madrugada se hallaba ya en el confesonario; luego decía la Misa, tomaba chocolate y se volvía á él, permaneciendo allí mientras había penitentes; á las dos de la tarde tornaba al confesonario hasta la hora de predicar; en seguida hacía un sermón, que solía durar más de una hora; retirado á la casa parroquial, tomaba una ligera colación, y luego se retiraba á su aposento á orar y trabajar. De ordinario dormía dos ó tres horas á lo más, recostado sobre

(1) Carta del presbítero D. Miguel Gironés, 1º de Marzo de 1881.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un sillón, pero eran muchas las noches que no pegaba los ojos. Como señal de su espíritu profético hemos sabido que á la sobrina del párroco le dijo que se previniera para los grandes trabajos y disgustos que habían de afligirla durante su vida, y los hechos probaron sobradamente la verdad de la predicción (1).

4. Entre las Misiones que con su acostumbrado celo y fervor dió en 1846, haremos particular mención de las de Valls, Tarragona, Falset, Lérida, Vich y Arenys de Mar.

En cuanto á la primera, tenemos á la vista el brillante testimonio del Sr. Arcipreste de aquella población, el cual, en oficio del 4 de Abril de 1880, nos comunicaba los siguientes datos: "Se conserva en esta villa, cual si fuese de época reciente, la memoria del celosísimo Misionero D. Antonio Claret. Viven en ella todavía muchísimas personas que tienen perfectamente presente la Misión que él dió, y algunas de ellas, que hoy día cumplen los deberes religiosos, recuerdan con gozo aquella época, que fué la de su conversión. En Enero y primeros de Febrero de 1846 predicó en esta villa por espacio de un mes. El fruto de la Misión fué tan extraordinario, que se observó una mudanza total en la población; mudanza que duró algunos años. Según me ha referido un sacerdote que habitó con él en esta casa rectoral, por haber muerto pocos días antes el señor cura párroco, Sr. Vidal, la vida del señor Claret durante aquellos días fué la de un apóstol. Dormía pocas horas, pues, á lo que parece, se acostaba muy tarde y se levantaba á las cuatro; su comida era sumamente frugal; confesaba casi todo el día, y aun después del sermón de la noche acudían los penitentes á esta casa y los confesaba en su cuarto. Era tal la avidez que tenían los fieles de confesarse con él, que algunos pasaban casi toda la noche en la iglesia para ser los primeros en confesarse al día siguiente, á las cuatro y media de la madrugada. En todos los sermones que predicó se vió siempre la iglesia cuajada de fieles, no sólo de esta villa, sino que también de los pueblos comarcanos (2)."

Acaeció en esta Misión un hecho extraordinario, con el cual

(1) Noticias recibidas del señor cura párroco de Bañolas, D. Jaime Casals, por medio de D. Juan Carrer; carta del 21 de Junio de 1881.

(2) Rdo. D. B. Vilanova, oficio del 4 de Abril de 1880.

el Señor quiso autorizar la palabra de su fiel ministro y castigar, aunque paternalmente, á los que trataban de estorbarle en el ejercicio de su sagrado ministerio. Escuchábanle una vez tres mozos sentados debajo del púlpito; y como nada tenían de devotos, comenzaron á murmurar y á quejarse de que el predicador se alargaba en el sermón. Uno de ellos, más atrevido que los demás, intentó estorbarle, para lo cual, con increíble audacia, arrojó sobre el Siervo de Dios por dos veces una naranja; pero el bendito Padre no hizo caso y siguió adelante con su acostumbrado fervor. Terminado el acto de la Misión, y al querer cerrar la iglesia, observó el sacristán que debajo del púlpito permanecía sentado un joven. Avisóle repetidas veces que saliese de la iglesia como las demás personas, porque era hora de cerrar; pero una fuerza superior detenía al desgraciado joven inmóvil como una estatua, sin poderse siquiera menear, y á las instancias y á los esfuerzos del sacritán respondía siempre con estas solas y misteriosas palabras: "No puedo, no puedo...„

Vista la inutilidad de sus tentativas para removerle de allí, fué asustado á dar cuenta de lo acaecido al señor Cura, y éste dió parte de ello al Sr. Claret, el cual, sin extrañarse de lo que oía, pues sabía muy bien de dónde venía aquel singular castigo, respondió con mucha seguridad: "Decidle que se vaya, y que mañana á las nueve me hallará en el confesonario.„

Fué el sacristán con el recado, y el joven, que era el mismo que había arrojado las naranjas, pudo ya levantarse y salir de la iglesia, lo cual hizo con muy distintos humos de los que antes llevaba, y al día siguiente cayó arrodillado y derramando amargas lágrimas á los pies del Siervo de Dios (1).

De Valls, que pertenece ya á la diócesis y provincia de Tarragona, pasó á evangelizar la misma capital. Fué tan ruidosa la Misión que en ella dió y de tan felices resultados, que el cabildo Catedral de esta iglesia metropolitana levantó acta de ella y la trasladó al libro capitular *De rebus gestis*; y por ser éste un documento tan principal y tan autorizado, lo trasladaremos aquí traducido á nuestro romance castellano. El texto, pues, dice así:

(1) Testigos: Rafael Queralt y Barbet, labrador, de edad de ochenta y seis años, natural de Miranas, y Rdo. D. Juan Gols, párroco de Miranas, obispado de Tarragona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"El día 4 de Febrero de 1846 llegó á esta ciudad el Rdo. Antonio Claret, presbítero, Misionero apostólico, autorizado con muchas facultades del Sumo Pontífice, el cual, desde hace cinco años, anda dando Misión por las poblaciones adonde le llaman y destinan los Prelados. Es de edad de treinta y ocho años, hombre verdaderamente apostólico, de un celo y fervor muy grandes, infatigable y extraordinario. Anda siempre á pie, sin más equipaje que una camisa y un par de medias para mudarse. No admite regalo ni dinero alguno bajo ningún pretexto, consintiendo solamente en que se le dé de comer y que, cuando alguna prenda de ropa se le rasga y hace inservible, se le haga otra en lugar de aquélla, pero de calidad ordinaria. Su fatiga es imponderable, pues desde las cuatro de la mañana hasta la hora de acostarse apenas tiene tiempo de rezar y tomar el necesario alimento, pues pasa del confesonario al púlpito y del púlpito al confesonario.

„Enviado por el Excmo. Sr. Arzobispo dió una Misión en Valls con mucho fruto, y el día cinco dió principio á la Misión en esta ciudad. En la Catedral se hizo una división en los bancos desde la barandilla del presbiterio del lado del Evangelio hasta la barandilla de la entrada del coro de la misma parte, y en el lado de la capilla del Santísimo se colocaron los hombres, así como en el coro y en la parte opuesta las mujeres. La iglesia estaba alumbrada con varias antorchas distribuidas en diversos puntos, costeadas por los administradores de la función de la Misión (del mismo modo que los demás gastos que ocurrieron), y varios eclesiásticos se prestaron voluntariamente á guardar las entradas de las dos naves á fin de que ninguna mujer entrase por la nave de la Purísima, y ningún hombre por la nave de Santa Tecla, como también á recorrer la Catedral, ya para impedir que alguna mujer se mezclase con los hombres, ó algún hombre con las mujeres, (aunque para evitarlo se cerraban á las cinco y media las puertas colaterales del claustro y de Santa Tecla), ya para hacer guardar silencio, en cuanto fuese posible, bien que esto era más difícil por el imponderable concurso que hubo en todas las funciones.

„La función comenzó todas las noches á las seis y media con el Rosario, que decía en el altar mayor el Rdo. Juan Cisteré á invitación del Sr. Arzobispo, y á las siete menos cuarto, acabado el Rosario, comenzaba el sermón, que duraba como unos cinco cuartos de hora. El exordio versaba sobre un punto doctrinal, explicando comúnmente alguno de los Mandamientos de la Ley de Dios, y el sermón sobre otro asunto interesante, con una moción extraordinaria y con mucho fruto. El Sr. Arzobispo asistió todas las noches á la función, en un estrado que se le ponía en el presbiterio en la parte de la Epístola, entre el altar y la reja, y un asiento á entrambos lados de la silla para los que le acompañaban. En los días festivos se hacia la Misión por la tarde, en acabando el rezo del coro.

„El día 9, que era el quinto de la Misión, y cayó en lunes, se dió principio á los ejercicios del clero, á los cuales asistieron muchos párrocos y otros eclesiásticos de los alrededores, invitados por el Sr. Arzobispo; se comenzaron por la tarde, después de concluído el rezo del coro, en la capilla del Sacramento, cerradas las puertas de la capilla y del claustro durante la función, y estando el silenciario en la escalera de la capilla para que no se arrimase la gente. En el primer día hubo solamente el ejercicio de la tarde, recitándose el *Veni Creator*, al que siguió media hora de oración, y otra media, por lo menos, de sermón. En los demás días hubo función mañana y tarde, acabadas las horas del coro; por la mañana, en vez del sermón, se hacia media hora de lectura espiritual, leyendo el mismo Sr. Claret varios documentos é instrucciones de San Ignacio, sobre las cuales hacía sus comentarios. El domingo, que cayó en estos días de ejercicios, se suspendieron éstos, y volvieron á continuarse el lunes hasta completar los diez días, con el mismo orden; pero en el último día sólo hubo función por la mañana, consistente en oración y sermón. Concluído éste, S. E., que asistió á todos los actos en el estrado puesto en el presbiterio del Sacramento en la parte de la Epístola, con los asientos para los prebendados que le acompañaban, subió al medio del altar y dió desdeallí la bendición.

„Para estas funciones se pusieron en la capilla del Santísimo muchos bancos, y en el presbiterio, entre la barandilla de la puerta y de la sacristía, un púlpito portátil desde el cual predicaba y hacia la lectura y oración.

„El último día de Misión, que fué domingo de Carnaval, á las siete de la mañana empezó el señor Arzobispo la Misa rezada en el altar mayor, asistiendo en hábito de coro el señor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enfermero Llopis y el señor magistral Cilla (que fueron quienes le acompañaron en todas las funciones). Acabada la Misa, se sentó S. E. junto al altar *in cornu epistolae* en la silla que se le puso, y el Sr. Claret hizo la plática de comunión. Concluída ésta, comenzaron á dar la comunión el señor Arzobispo, el Sr. Llopis y el Sr. Cilla, todos á un tiempo, que duró como una hora. Durante la comunión alternaban las jaculatorias del Sr. Claret y el órgano, cantando los infantillos algunos motetes. Fué muchísima la gente que comulgó en la comunión general; pero fué más indudablemente la que comulgó en toda la mañana ó hasta el medio día en la capilla del Sacramento, por no poder asistir á la comunión general, que concluyó á las nueve menos cuarto; en seguida se entró en coro, haciéndose la función de costumbre, con la única diferencia de que no hubo el sermón del predicador de Cuaresma, que por estar enfermo no había llegado todavía. Por la tarde, á fin de que los forasteros pudiesen volver á sus lugares y de que en el coro pudiera rezarse con más tranquilidad, se acordó no comenzar el rezo hasta las cinco. A las tres menos cuarto se empezó el Rosario; concluído éste empezó el sermón de despedida, que duró cerca de siete cuartos de hora, y después del sermón el señor Arzobispo, que bajó aquel día á la función con hábitos de coro (como también los prebendados de la Catedral), subió al medio del altar, desde donde dió la bendición, y se acabó la función á las cinco menos cuarto con un concurso extraordinario. Para todas estas funciones, S. E. anduvo de acuerdo con el Capítulo, tratándolo todo con el señor Síndico autorizado por el Capítulo, á quien daba parte de cuanto se acordaba. El Sr. Claret estuvo hospedado en palacio.„

El digno prebendado de Tarragona, que mandó sacar la copia precedente del libro *De rebus gestis* para remitírsela al Excmo. Sr. Obispo de Segorbe, añadía en la carta, que es del 7 de Marzo de 1871: "Precisamente en aquella época era yo muy joven, y recuerdo que hice con algunos jóvenes, más piadosos que yo, dos horas de viaje para oirle predicar en el pueblo de La Selva, y eran las tres de la madrugada, si mi memoria no me es infiel, cuando estábamos aguardando para entrar en la parroquia, y había muchísima gente que pasaba la noche en raso, como suele decirse, para oir sus sermones ó poder tener la dicha de confesarse con él. Lo que sí tengo muy

presente es que oí su sermón sobre la Magdalena y me sentí como llamado á la carrera eclesiástica con particular fuerza, anhelando su carrera de misionero. Entonces se contaban cosas extraordinarias de sus muchas conversiones.„

Con la sed que tenía de ganar almas para Dios, apenas terminaba la Misión en un pueblo la comenzaba en otro, y uno de los que en Marzo ó Abril de este año 1846 llamó más la atención, así por la abundancia de la mies recogida como por el suceso milagroso que en él acaeció, fué Falset, perteneciente á la diócesis y provincia de Tarragona. Conservamos de esta Misión algunas especiales noticias, gracias á la amabilidad de D. Francisco Mestre, arcipreste de la villa, el cual, en oficio de 31 de Marzo de 1880, nos decía lo siguiente:

"El Rmo. P. Claret dió la santa Misión en esta parroquia con tal unción evangélica, celo, erudición y sabiduría, que atrajo un concurso extraordinario de gentes de todas las poblaciones circunvecinas, hasta el punto de no poder contenerlas el espacioso templo, la plaza y las calles inmediatas á la misma. Las almas que condujo al camino de la penitencia y de la salvación fueron innumerables. Para alcanzar tan felices resultados no se daba un momento de reposo; las noches las empleaba en la oración; si descansaba y dormía algo, lo hacía en el suelo, ó sentado ó recostado en una silla, puesto que no se sirvió de la cama que se le tenía preparada; ayunaba casi todos los días, comía con excesiva frugalidad, y se le observó que nunca fijaba la vista en persona alguna de diferente sexo. La modestia, la dulzura, la templanza y las demás prendas morales que adornaban al elegido del Señor le comunicaban un olor de virtud y santidad que muchos le llamaban *el Santo*. Persuadidos de que no se equivocaban, algunos acudían á él pidiéndole remedio, no sólo para sus dolencias y enfermedades espirituales, sino que también para las corporales...

„Antonio Forcadell y Vidiella, de unos cuarenta y dos años de edad, de oficio alpargatero, casado, natural y vecino de esta villa, me ha referido haberle sucedido lo siguiente: Al declinar la tarde de uno de los días de la santa Misión, el reverendo P. Claret, acompañado de otros sacerdotes, pasaba por la calle adonde da la casa que entonces habitaba la familia de Forcadell: éste, que á la sazón contaba solos ocho años, á causa de una enfermedad que padecía en los ojos no podía ver la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luz; mas luego que oyó el nombre del venerable Misionero, de repente se lanza á la calle, y con aquella sencillez y candor natural en los niños, le dice: "Mosén Claret, Ud. ha de curar„me los ojos. — Hijo, le responde, yo no soy médico. — No „importa, le replica el niño; Ud., si quiere, puede curarme.„ Entonces el Siervo de Dios, con la mayor bondad y dulzura, le aplicó los dedos á los ojos, añadiéndole: "Todos los días lá„vate bien con agua limpia y clara.„ Al instante desapareció la enfermedad, vió perfectamente, y jamás ha notado la menor dolencia en la vista. El expresado Forcadell lo atribuye á un milagro que el Señor obró por mediación del Rdo. Padre; varias veces lo ha dicho, lo ha publicado y lo sostiene, y está pronto á confirmarlo con juramento si fuere necesario ó conveniente (1).„

Lérida fué en este tiempo una de las ciudades agraciadas con las predicaciones apostólicas de nuestro venerable Fundador; y si sus habitantes se aprovecharon dícelo claramente el que fué Obispo de esta diócesis y hoy es arzobispo de Tarragona, D. Tomás Costa, en carta escrita á nuestro Rmo. Padre General en 15 de Enero de 1880. "Las noticias,—dice,— que he adquirido de los hechos del celo apostólico del Sr. Claret en esta Misión, son las de la relación de una persona fidedigna á quien di la comisión de que procurase adquirir datos para poder dar á Ud. una respuesta que fuese bien fundada. La relación es como sigue:

„Mosén Antonio Claret pasó todo el Mayo de 1846 en Lérida, y también la mitad del mes de Junio. Estaba hospedado en casa del canónigo Vallcendrera: durante el mes de Mayo predicó cada día por la mañana en la catedral, y por la tarde en la iglesia del Santo Rosario. El auditorio era inmenso: confesaba en la catedral por la mañana, y por la tarde en la iglesia del hospital. También oyó muchas confesiones en el oratorio de la casa donde estaba hospedado. Consiguió la conversión de muchos y grandes pecadores; algunos vinieron de muy lejos para confesarse con él, y muchos de ellos, para tener lugar, pasaban toda la noche á la puerta de la iglesia. En las horas en que permanecía en casa era preciso poner un municipal á la puerta para evitar la confusión que, á causa de la mucha gente que á él acudía, hubiera habido. A pesar de esto, la escalera por la que se subía á su habitación estaba llena; y no pudiendo hablar con él contentábanse las buenas gentes con besar el crucifijo que el Siervo de Dios llevaba sobre el pecho, á cuyo fin lo entregaba á uno de los dependientes de la casa. Acudieron también á él muchos enfermos, y á otros que no pudieron acercársele fué á visitarlos en sus casas. Con tal unción hablaba á todos que les parecía quedar sin dolencia alguna, y solas sus palabras los llenaban de consuelo. Antes de que en Lérida fuera conocido, era voz pública que venía á predicarles un santo.

„Viéronle los ilerdenses llegar á pie con un pañuelo en la mano, donde traía el Breviario y algún otro libro, y mientras estuvo con ellos no sabían hablar sino de *Mosén Claret*. Como no llevaba más ropa que la de porte, quisieron darle un vestido nuevo, y no quiso admitirle; sólo consiguieron, sin que él lo advirtiese, mudarle los zapatos viejos que llevaba por otros nuevos, quedándose los viejos una familia de esta ciudad, que todavía los conserva como un tesoro de gran precio. Los quince días de Junio los empleó dando ejercicios al clero y á las religiosas. Al partir de ésta le acompañó mucho gentío. Llegado al cementerio rezó un responso por los difuntos, despidióse de la gente, y prosiguió su viaje á pie con otro sacerdote que le había acompañado (1).„

A estas noticias añadiremos otras de un testigo ocular y que completan la narración anterior. "La vida que llevaba el Excmo. Sr. Claret era sobrehumana: al alba decía Misa en la iglesia del hospital, y muchos días tenía que pedir por favor que le dejasen pasar, pues estaba toda la plazuela atestada de gente, quedándose allí muchos de ellos para tener la gloria de ser los primeros en entrar á oir la santa Misa y los preferidos para ser admitidos á sus pies en el tribunal de la penitencia. Era voz general el decir: "es un Santo„. A las nueve de la noche subía al púlpito de la catedral, estando la iglesia con mucha anticipación atestada de gente ávida de oirle; pues á la voz tan general de sus portentos, como á divino reclamo, los pue-

(1) Oficio del Rdo. D. Francisco Mestre, arcipreste de Falset, 31 de Marzo de 1880.

(1) Carta del Excmo. D. Tomás Costa hoy arzobispo de Tarragona, 14 de Enero de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blos acudían desde muchas horas de distancia... Públicamente se dijo que se habían confesado personas que hacía veinticinco, treinta y treinta y seis años que no lo habían hecho... En los ejercicios que, después de la Misión al pueblo, dió á los sacerdotes, éramos en número de unos doscientos: quedamos muy satisfechos de la doctrina que nos predicó, apoyándola en muchas razones, ejemplos y citas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres (1).„

"No es regular,—decía el Ilmo. y Rmo. P. Antonio Colomer, del Orden de Predicadores y obispo en las Indias orientales,—que la religiosa ciudad de Vich haya olvidado hasta el presente las gratas impresiones de fervor causadas en los ánimos de los oyentes por los sermones llenos de unción santa del Misionero *Mosén Antón Claret* (2).„

En efecto: la ciudad de Vich, aunque no parecía tener por él el entusiasmo que otros pueblos y ciudades, acaso porque le consideraba hijo de la ciudad, por haberse formado en ella y ser de su diócesis, y ninguno, como dijo el Señor, es profeta en su patria, sin embargo, en el octavario á Nuestra Señora de la Asunción, que predicó en Agosto de 1846 más por obediencia que por propia voluntad, el concurso fué inmenso en todos sus sermones, y las tres puertas del frontis del grandioso templo de la catedral tuvieron que estar abiertas, y fueron tan fuertes los empujones de las muchedumbres por penetrar en el ya lleno recinto que derribaron una de las pilas de agua bendita, aunque las dos son de durísimo mármol (3).

Por este tiempo anunció la palabra evangélica á los habitantes de Arenys de Mar, provincia de Barcelona y diócesis de Gerona, y entre los oyentes que del fruto de su predicación dieron testimonio merece citarse el Excmo. é Ilmo. señor D. Jaime Catalá, digno obispo antes de Cádiz y hoy de Barcelona. "Hacia el año 1846,—dice,—cuando yo apenas tenía diez años, admiré el apostólico celo de aquel celoso Misionero, cuya dulce y elocuente palabra arrebataba en pos de sí á los pueblos, y cuyas virtudes causaban la admiración de todo el mundo. Público era en Arenys de Mar, mi patria, en cuya

(1) El testigo ocular D. León Escana, presbítero, carta del 10 de Enero de 1883.
(2) Carta del 9 de Junio de 1881.
(3) D. Francisco Güell, carta del 23 de Julio de 1881.

villa dió Misión por muchos días el entonces P. Claret, que apenas dormía, y nunca en la cama; que su comida era frugal y jamás probaba la carne; y á pesar de esto predicaba varias veces al día por espacio de dos ó tres horas, ocupando el tiempo que le dejaba libre la predicación, que nunca interrumpía la más ligera tos ni señal alguna de cansancio, en confesar á millares y millares de personas; porque ninguno de cuantos le oían podía sustraerse á la influencia que sobre sus corazones ejercía, y todos querían que el elocuente y sabio Misionero recibiese sus confesiones. Simultáneamente daba ejercicios al clero y fomentaba la piedad de mil maneras, que yo no recuerdo en detalle y sólo conozco en conjunto por el renombre que alcanzaron sus apostólicos trabajos (1).„

En todas partes adonde el Siervo de Dios anunciaba la doctrina evangélica acaecía lo mismo; los pueblos se agolpaban á oirle, se compungían de sus pecados y sitiaban, por decirlo así, el confesonario de nuestro Padre. Fué tan general el movimiento de penitencia levantado por el P. Claret en Cataluña, que hubo necesidad de aumentar más y más el número de confesores en todos los lugares donde aquél daba Misión. Ya en Enero de 1846 el Excmo. Sr. Arzobispo de Tarragona, don Antonio Echanove y Zaldívar, había exhortado á los sacerdotes de su archidiócesis ayudasen al santo Misionero á oir confesiones (2). Acaso por esta misma causa en algunas Misiones de aquel año acompañó al P. Claret el Rdo. D. Manuel Vilaró, sacerdote joven, de muchos conocimientos y de celo no común: fué éste uno de los primeros Padres de nuestra Congregación, y cuando nuestro amado Padre Fundador partió para Cuba, le siguió con el cargo de Secretario.

(1) Carta del 12 de Noviembre de 1880.
(2) El documento á que en el texto se alude nos lo proporcionó el señor cura párroco de Catllar, y es como sigue: "Muy señores míos muy amados: Anunciando la Misión que ha de dar el reverendo sacerdote D. Antonio Claret, no puedo menos de indicar á ustedes la necesidad de dedicarse á administrar el sacramento de la Penitencia á los fieles. Esta necesidad pública y sobradamente conocida recuerda la estrechísima obligación de acudir á ella. Menester es que los sacerdotes que tienen expedita la jurisdicción ejerzan asiduamente la admirable y estupenda facultad de absolver de los pecados, recibida en el presbiterado; mas durante la Misión urge especialmente el cumplimiento de tan sagrado deber. El predicador prepara y dispone, y el confesor perfecciona la salvación de las almas. ¿De qué serviría el que sembrase aquél si no hubiese quien recogiese el fruto?... Tarragona, 23 de Enero de 1846.=*Antonio*, arzobispo de Tarragona.„

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

5. No fueron menores los trabajos apostólicos del Siervo de Dios y los frutos de bendición que reportó en 1847 que en los años precedentes. En una carta que desde Tarragona escribió á su Superior en 23 de Enero de aquel año, le da cuenta de sus tareas evangélicas con tal sencillez y candor, que pone espanto el ver cómo, á pesar de las muchas y grandes conversiones que el Señor por medio de él realizaba, lejos de envanecerse no hace sino lamentar con apostólico celo la escasez de operarios evangélicos que le ayudasen á cosechar la abundante mies madurada al divino calor de sus discursos. "Desde la última que escribí á V. S., — dice, — hemos seguido con perfecta salud, gracias á Dios, á pesar de nuestras exorbitantes y perennes ocupaciones. Grandes son los trabajos; pero no son menores los frutos que por la misericordia del Señor en todas las poblaciones donde predicamos se reportan.

„Confesamos mañana y tarde; además nos hacemos ayudar por otros sacerdotes, pero ni con esto se pueden despachar todos los penitentes que se nos presentan. Están aguardando desde la mañana á la noche; y como ven que no pueden confesarse, para lograr turno cada uno va alegando sus propios méritos. Uno dice: "yo tantos años hace que no me he confesado.„ Otro: "yo jamás me he confesado bien; siempre me he callado los pecados por vergüenza.„ Dice otro: "yo soy un gran pecador; por amor de Dios dejadme llegar al confesonario, que lo necesito más que todos.„ Enternece el oir esta contienda; pero lo que más pena da es el ver todos los dias á centenares de personas aglomeradas alrededor de los confesonarios, sin que podamos consolarlos á todos por más que confesemos. Si estamos en los pueblos, nos rodean; si vamos al desierto, allá nos siguen. ¡Lástima que no sepamos multiplicar los panes y los peces como nuestro divino Maestro, pues es preciso que se lleven un poco de pan ú otro alimento de sus casas! Ahora que escribo estas líneas acabamos de llegar de la Cartuja ó *Scala Dei*, en donde hemos predicado cinco días, por disposición de S. E. I., á estas gentes, las peores, según decían, de las poblaciones comarcanas, las cuales han venido á cultivar estos desiertos. Casi parece que habían hecho aquí algo semejante á lo que hizo Adriano, emperador de Roma, en Tierra Santa, el cual en el pesebre mandó colocar la estatua de Adonis, en el Calvario la de Venus, y en el lugar

de la Resurrección la de Júpiter; pero hemos quedado sumamente prendados de su docilidad en venir á oir la divina palabra y confesarse; y como eran muchísimos los que venían de muy lejos para el mismo objeto y no era posible satisfacer á todos, eran aquéllos preferidos á éstos (1).„

Por motivos que luego veremos no continuó mucho tiempo en la diócesis de Tarragona, sino que pasó á trabajar en las de Barcelona y de Vich, recogiendo allí prodigiosos frutos.

No contento con las tareas propias de su ministerio, se dedicó á la composición de varios libros que fomentaran la piedad en las familias cristianas; fundó la Librería Religiosa, semillero de propaganda católica; recorrió el llano de Barcelona y la alta montaña, despertando en todas partes los sentimientos de la piedad cristiana, amansando los corazones enconados con las pasadas guerras y haciendo renacer en todos los pueblos la paz y la concordia mediante los apretados vínculos de la caridad evangélica, con lo cual, según frase del excelentísimo señor marqués de Novaliches, entonces capitán general de Cataluña, ayudaba á cimentar el buen espíritu. Creyó éste de su deber dar cuenta al Gobierno del celo apostólico del Sr. Claret, y en diversas comunicaciones dirigidas á Madrid, y que acaso se conservan aún en el ministerio de Gracia y Justicia, alabó sus raras partes, sus virtudes y su celo, y cómo fomentaba la unión entre los dos bandos de los pueblos por medio de sus predicaciones verdaderamente apostólicas. Esto mismo declaró con juramento el predicho señor Marqués en el proceso ordinario instruído en esta corte para introducir la Causa de beatificación del Siervo de Dios.

De lo cual claramente se infiere cuán sin seso anduvieron, ó mejor cuán maliciosamente obraron los que para cerrar la boca al apostólico Varón, que tanto fruto hacía en las almas, renovaron en 1847 la calumnia de los años anteriores, de que el celoso Misionero había militado bajo las banderas de Don Carlos. El diablo, que nunca duerme, furioso por las almas que el Siervo de Dios arrancaba de sus uñas, sugirió á los enemigos de la Iglesia la renovación de pasadas calumnias, que mayor eco habían de hacer en el partido liberal, entonces gobernante. He aquí lo que pasó, tal como lo refiere nuestro mis-

(1) Carta del P. Claret, del 23 de Enero de 1847.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo Padre Fundador con la sencillez y modestia acostumbradas: "Aunque tuve poco ha el gusto de escribir á vuestra señoría nuestras continuas ocupaciones y los abundantísimos frutos que por la misericordia de Dios sacamos de ellas, me parece, sin embargo, es el caso decirle lo que me acaba de pasar: en un tris ha estado que yo no haya sido preso y conducido en calidad de tal á esta ciudad de Tarragona. El motivo es que el señor Comandante general militar de esta provincia recibió un anónimo que decía mil embustes de cosas políticas atribuídas á mi dicho, y con la prontitud de militar ofició al cabo de mozos de Ruidoms para que viniese á prenderme. Entretanto, dicho Comandante habla con el señor Jefe político y suspende la orden de que me prendan; se participa al señor Arzobispo lo que está ocurriendo; éste, con el celo y la energía que le es propia, me defiende, y dice al señor Comandante que me mandará comparecer delante de él para que vea con sus propios ojos mi inocencia. En efecto, con toda prontitud me manda el Prelado que pase á Tarragona. Yo lo ejecuté al instante; de suerte que el día 3 por la mañana partí de Poboleda, distante nueve horas de esta capital. Llegué aquí antes de las cuatro de la tarde, después de haber andado tres horas seguidas con la nieve de pies á cabeza, pues las tres primeras horas de viaje estuvo nevando de continuo. Al llegar á ésta me explicó S. E. lo que había, y me dijo que me presentase al señor Comandante militar, como lo hice en efecto; este señor quedóse plenamente convencido de mi inocencia y casi avergonzado de haber procedido contra mí con tanta ligereza. Ahora las autoridades eclesiásticas y civiles hacen las debidas diligencias para hallar al acriminador, y quizá se halle, pues se han recogido algunas voces, no vagas, sino fundadas. Se sospecha mucho que es el heresiarca de Alforja, que se valió de esto para impedir que yo fuese allá á desbaratar sus planes é infernales maniobras; pero, á pesar suyo, la semana que viene iré á dicho pueblo á empezar la Misión (1)." En el mismo pueblo de Alforja se convirtió un heresiarca, como veremos en su lugar; y aunque no podemos asegurar con certeza sea el mismo de quien habla el Siervo de Dios, lo tenemos por muy probable.

(1) Carta del 24 de Febrero de 1847.

Contribuyeron no poco á dar cuerpo á los ecos calumniosos esparcidos contra nuestro Padre los acontecimientos políticos de aquel año, pues en Febrero se levantaron varias partidas de hombres armados al grito de: "¡viva Carlos VII!" La prontitud con que se formaron y acometieron, y la sorpresa que causaron á los pueblos y á las columnas de la tropa, les merecieron el renombre de *madrugadores* (matinés), con el cual fueron más conocidos que con el de carlistas ó montemolinistas, que también llevaron. Muy buenas eran sus intenciones y propósitos; lucharon con valentía, más por la causa de la Religión que por la de la dinastía; pero aunque se portaron como héroes, como eran, relativamente á las tropas del Gobierno, muy pocos en número, fueron muchos de ellos capturados y fusilados los principales jefes, con lo cual parecía ya la guerra terminada; pero habiéndose encargado de la dirección de los carlistas otros jefes no menos valerosos que los que tan heroicamente habían sucumbido por defender su noble bandera, tomó la insurrección nuevo y brioso incremento en 1848, y no cesaron las hostilidades hasta la primavera de 1849, después de haberse retirado á país extranjero el famoso general Cabrera. Los enemigos del P. Claret tomaron ocasión de aquel levantamiento para propalar que los sublevados no harían nada sin la aprobación del Siervo de Dios; tratáronle de sedicioso y se empeñaron en hacer creer á las personas rudas y sencillas, y aun á las ilustradas pero incautas, que *Mosén Antón Claret*, antes y ahora, había peleado con las armas en la mano; y tan adelante llegó el descaro y la osadía de los enemigos del Siervo de Dios, que en estampas y caricaturas le pintaron con la canana y el trabuco.

Nuestro amado Padre lo sufrió todo callando, dejando al Señor que saliera á su defensa del modo que fuera más honroso á su divina gloria; únicamente sentía no poder ejercer con toda libertad el sagrado ministerio; porque si al principio de aquellos sucesos políticos le pusieron ya tantos obstáculos, ¿qué no hubieran hecho si hubiese continuado predicando en los pueblos de la Península todo el tiempo que duró aquella guerra? Mas Dios, que por un secreto de su admirable Providencia conduce muchas veces á los santos al cumplimiento de sus altos designios por los caminos que á los hombres parecen más opuestos, se valió de aquella traza para enviarle á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las Islas Canarias; y pretendiendo sus enemigos impedirle predicar, le pusieron en ocasión de que lo pudiese hacer con más libertad y mayor fruto.

6. Había sido nombrado por aquel tiempo para la mitra de la Gran Canaria el piadoso Misionero de la Congregación de San Vicente de Paúl, D. Buenaventura Codina. Esta, que es la primera de las islas conocidas por los antiguos con el nombre de Islas Fortunatas, es de clima bastante caluroso por su proximidad á la zona tórrida, aunque algún tanto templado con las suaves brisas del Atlántico. Cruzada por infinidad de torrentes, que en angostos y profundos cauces se desprenden de los vapores acumulados en la cima de las montañas, ofrece un terreno fértil en toda clase de frutos, desde el naranjo, limonero y plátano, productos de la zona ecuatorial, hasta el trigo y el maiz, propios de las regiones meridionales. El piso vario y frondoso, con sus colinas, montes y pequeños valles; el aura embalsamada con las abundantes flores y hierbas olorosas que allí se crían; los picos y crestas de elevadas montañas, doradas con los rayos del sol vivo y esplendoroso, hacen de la afortunada isla un sitio bello y pintoresco, que los antiguos, con graciosas fábulas y halagüeñas descripciones, rodearon con hermoso nimbo de luz y poesía. Habiendo desaparecido los famosos guanches, á quienes se atribuía talla gigantesca, los actuales habitantes descienden todos de europeos; en general son bien formados, robustos y algo morenos. Desde que Fernando el Católico, en 1512, aseguró su dominación en las islas Canarias, la Religión católica fué luego la única que practicaron sus sencillos moradores, y que conservaron incólume hasta estos últimos tiempos. El Señor quiso en 1848 recompensar su religiosidad enviándoles á su Siervo el P. Claret para provecho y consuelo de sus almas, y para hacer por medio de él muchas y muy señaladas mercedes y maravillas en favor de los devotos isleños.

Hallándose nuestro amado Padre de paso en la ciudad de Manresa, como nunca perdía ocasión de hacer bien á sus prójimos y trabajar por la gloria de Dios, fué al hospital, consoló y confesó á muchos enfermos, y después reunió á las Hermanas de la Caridad del mismo establecimiento para hacerles una plática. Terminada ésta, la Superiora notificó al P. Claret el nombramiento del Sr. Codina para obispo de Canarias; y co-

rrespondiendo á indicaciones que el nuevo Prelado le había hecho, tanteó la voluntad del Siervo de Dios acerca de si acompañaría con gusto á aquellas islas á su futuro Obispo. "No tengo, – respondió el P. Claret, – gusto ni voluntad propia; iré con gusto adondequiera que sea enviado por mi Superior, ora sea á Canarias, ora á cualquiera otra parte." Respuesta digna de un varón verdaderamente apostólico.

La buena Hermana dió luego en la clave del misterio, y escribió al Ilmo. Codina que la única traza para salir con su intento era acudir al Gobernador eclesiástico de Vich, bajo cuya obediencia se había puesto el ilustre Misionero. Estimábale en mucho el nuevo Prelado para dejar perder ocasión tan favorable de adquirir para sí tan incansable coadjutor de su ministerio apostólico, y luego sin tardanza se dirigió al Vicario capitular de la diócesis vicense pidiéndole le permitiera llevar consigo por algún tiempo á nuestro laborioso Padre, á lo que accedió aquél muy cortésmente, y así mandó al Varón de Dios que se pusiera á las órdenes del preconizado obispo de Canarias. Acostumbrado nuestro Padre á obedecer sin réplica las prescripciones de sus Superiores, escribió luego al nuevo Obispo para que hiciera de él lo que le pareciera bien en el Señor.

Habida respuesta del Prelado, en la que le determinaba el día que había de salir para la corte, dispuso convenientemente todas las cosas, y apercibido ya para el viaje ocupó el resto del tiempo en sus queridas tareas apostólicas. El fruto de ellas fué abundante, como siempre, y el mismo Siervo de Dios, escribiendo desde Barcelona á su Superior eclesiástico, daba cuenta de él en estos términos: "Con la presente debo decir á su señoría lo que en esta ciudad, con el auxilio de Dios, he hecho y estoy haciendo. Llegué al anochecer del 23 de Diciembre: el 24 se dieron las disposiciones convenientes y se principiaron los ejercicios de las monjas de la Enseñanza. En el 1.º de Enero se comenzó la novena del purísimo Corazón de María con un concurso extraordinario y muchisimas y grandes conversiones. Luego siguieron los ejercicios á las monjas jerónimas por la mañana, y á las magdalenas por la tarde. Hoy he empezado los ejercicios al clero; gracias á Dios, la concurrencia es muy grande... Además de estas ocupaciones debo decirle que anteayer, ó sea el domingo último, se comenzó á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

catequizar á los pequeños y á los mayores; he dado también impulso á la Congregación de San Luis en la iglesia de Belén, en donde he predicado con extraordinaria asistencia. Por cierto quedaría vuestra señoría pasmado si viera la multitud de jóvenes que han entrado en la Congregación de este Santo como en otra Arca de Noé para librarse de los vicios de esta populosa ciudad. Dicen, y sea únicamente para gloria de Dios y de María santísima, que desde que llegué y comencé á predicar ha habido una mudanza de costumbres (1).„

Terminados felizmente estos trabajos se despidió de su Superior y salió para la corte sin otra provisión que aquel famoso lío en que llevaba lo absolutamente necesario, y que le servía de equipaje cuando daba Misiones en Cataluña. A petición del señor obispo de Canarias le hospedó en Madrid el celoso, caritativo y ejemplar sacerdote D. José Ramírez y Cotes, quien por lo mucho que apreciaba al Siervo de Dios se esforzó en agasajarle cuanto pudo. En las diligencias que el P. Claret hacía en la capital de España tuvo por fiel y constante compañero á D. Fermín de la Cruz, sacerdote esclarecido por su piedad y su doctrina. Antes que él había ya llegado á la corte la fama de su santidad, no sólo por los elogios que de su virtud se hacían en algunas cartas familiares venidas del Principado catalán, sino también por los sueltos que en su loor publicaron algunas revistas y periódicos católicos, y mayormente por las alabanzas que á su apostólico celo tributó el ya entonces célebre presbítero D. Jaime Balmes.

Muchas fueron las personas que, atraídas por el suave olor de Cristo que sus virtudes habían esparcido, desearon oirle para aprovecharse de sus saludables y provechosas instrucciones; y aunque fueron muchas las pláticas que por este concepto en oratorios y Congregaciones particulares predicó, fueron muchas más las dirigidas á los pobres de Cristo y á los enfermos, para los cuales tenía un corazón verdaderamente paternal, consolándolos, animándolos á sufrir con la esperanza del cielo y aliviando en lo que podía sus dolencias. Sus paseos iban todos á parar en el hospital general ó en otros establecimientos de beneficencia. Asistió á la consagración del señor obispo de Canarias y le acompañó también á muchas

1) Carta del 19 de Enero de 1848.

partes. En los pocos días que estuvo en Madrid hizo más fruto en las almas que algunos sacerdotes en muchos años; y aunque por entonces, á causa de su profunda humildad, no se dió á conocer en los principales púlpitos, dejó de sí muy buena fama en las personas que tuvieron la dicha de oirle, y preparó el terreno, sin intentarlo, para la campaña apostólica que más tarde había de emprender en la corte y que le había de conquistar el renombre de gran orador apostólico de nuestro siglo.

Fijo el pensamiento en la gloria divina y en el deseo de salvar á sus hermanos, emprendió el viaje á las islas Canarias en compañía del nuevo Obispo. Pasó por Sevilla, la ciudad de los recuerdos históricos y de las grandes glorias musulmanas, pero ni se detuvo á contemplar sus monumentos ni á admirar las maravillas de arte que en su seno fecundo encierra. Complacíase, sí, á las veces en dar una ojeada á las bellezas de la creación que tan frescas y lozanas se muestran en aquel venturoso suelo, pero era para alabar en ellas al Criador y subir por tan luminosa escala á la contemplación de la Belleza eterna, que él anhelaba reflejar de un modo más vivo en el mundo de las almas, sacándolas de pecado y haciéndoles recobrar la gracia divina. En Cádiz hizo otro tanto, y las horas de que dispuso las empleó en la predicación y en el confesonario, y por dondequiera que pasaba dejaba en pos de sí embriagador perfume de virtud y celo que embalsamaba el ambiente y confortaba los espíritus en el Señor. Embarcóse en este puerto en Febrero de 1848; detúvose un día en Tenerife, que aprovechó para hacer su primer sermón á los isleños, y al día siguiente prosiguió su viaje á las Palmas, capital de la diócesis.

Comenzó aquí sus tareas apostólicas dando ejercicios espirituales á los sacerdotes reunidos en una sala de palacio, al frente de los cuales se halló en todos los actos el nuevo señor Obispo; siguieron luego los ejercicios dados á los alumnos del Seminario, junto con otras pláticas y predicaciones dirigidas á varias Comunidades religiosas y á muchos establecimientos de caridad. En los quince meses que empleó dando Misiones en la capital y en los diversos pueblos de la diócesis sin un solo día de descanso, consiguió reformar las costumbres de aquellos dichosos habitantes, que en todas partes le recibían como á enviado del Señor. Inmenso era el gentío que acudía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á sus sermones, y ya en la primera Misión dada en la santa iglesia catedral, el entusiasmo por el santo Misionero había cundido de unos á otros como corriente eléctrica, y en muchas iglesias, á pesar de sus grandes dimensiones, no cabía la apiñada muchedumbre; por lo cual no pocas veces, para satisfacer el piadoso afán que de oirle tenían las devotas turbas, se vió obligado á predicar en campo raso, ora en las plazas públicas, ora en la alegre campiña, teniendo por bóveda el azulado firmamento y por confín las lejanas líneas del extenso horizonte.

Así le acaeció, entre otros muchos pueblos, en las parroquias de San Lorenzo, Firgas, Arugas y Vega de Santa Brígida. Para comprender por uno el fruto verdaderamente maravilloso que hacía en los demás pueblos, citaré el que alcanzó en el último de los nombrados. El 20 de Febrero de 1849 salió de Tejeda acompañado de una gran muchedumbre, á la que luego se agregó una gran parte de la población de San Mateo, y con este séquito inmenso llegó á la parroquia de la Vega de Santa Brígida. En ésta permaneció unos veinte días, ocupándose día y noche, casi sin cesar, en la predicación y en el confesonario. No siendo suficiente el templo, á pesar de sus grandes dimensiones, para contener ni con mucho la gente que concurría de los pueblos vecinos, tuvo que predicar en la plaza todos los días; por la noche estaba confesando hasta la una y á veces hasta las dos de la madrugada; luego, después de un descanso que de ordinario nunca pasaba de dos horas, volvía al confesonario hasta la tarde, que tornaba á predicar. Durante los días que duró la Misión reconcilió varios matrimonios que vivían apartados y casó á muchos otros que vivían amancebados; y fué tan general y duradera la reforma, que no hubo ni uno solo de los que vivían mal que no se convirtiese á Dios y continuara en sus buenas costumbres. La comunión general del último día no fué posible darla en la iglesia por la extraordinaria afluencia de personas, y así hubo de distribuirla en las gradas de la puerta principal del templo; á medida que iban comulgando entraban en la iglesia para dar gracias á Dios, y al cabo de un rato salían para hacer lugar á los que iban entrando.

Todos estos datos constan en el oficio que D. Ignacio Mederos y Oliva, párroco de dicha población, escribió el 28 de Mayo de 1880. Fácil me sería multiplicar relaciones por el estilo, pues tenemos en nuestro poder los testimonios de casi todos los señores párrocos y arciprestes de Canarias, confirmados por el que fué dignísimo Obispo de aquella diócesis, Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Pozuelo y Herrero; mas por no cansar á los lectores con referir siempre las mismas escenas, me limitaré á hablar en general de lo que en todos ellos acaecía, para contar luego varios de los hechos milagrosos allí acaecidos.

Todos se querían confesar con el *Padrito*, que así le llamaban por el tierno amor que le tenían; pero á pesar de los esfuerzos que el Siervo de Dios hacía, le fué imposible contentarlos á todos, por lo que pidió otros sacerdotes que le ayudasen; y como aun así no pudieran despacharlos á todos, nuestro Padre enseñó á sus compañeros el modo de oir las confesiones con perfección y brevedad. Era tal el ansia de los fieles por recibir el sacramento de la Penitencia y lavar sus almas en el agua saludable de este Sacramento, que se aglomeraban alrededor de los confesonarios, pugnando de tal suerte por ser los primeros que algunas veces, para guardar el orden, hubo de intervenir la autoridad (1).

"Afligíase el Varón de Dios al ver que se le echaban encima, y que cada uno, antes de confesarse, se detenía largo tiempo en hacer la señal de la cruz y en rezar el *Yo pecador* y otras oraciones. Para evitar, pues, la confusión y los tumultos y aprovechar mejor el tiempo, se valió de esta industria: mandó formar lista de los que iban llegando y ordenar á éstos en grupos de ocho personas, á las cuales preparaba primero por sí mismo, y después por medio de otros; los grupos de hombres estaban á cargo de un *arreglador*, y los de mujeres al de una *arregladora*. Tenían éstos el oficio de mantener el orden de los penitentes, á los cuales disponía también el Padre Claret haciéndoles santiguar á todos á un tiempo y rezar el *Yo pecador* y las demás oraciones de uso y costumbre del país. Cuando llegaba á cada uno su turno, se acercaba al confesor y le declaraba los pecados sin preámbulos. Con esta medida logró el Siervo de Dios la conservación del orden y evitó la pérdida de tiempo (2)."

(1) Declaración del Rdo. D. Santiago Sánchez Dávila.
(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

Tal era el entusiasmo despertado en los sencillos isleños, que al terminar la Misión en un pueblo, sus habitantes con gran devoción le acompañaban hasta llegar al otro pueblo, entonando por el camino cánticos espirituales ó rezando el santísimo Rosario; y cuando los del pueblo adonde iba sabían la llegada del Siervo de Dios, salían en procesión á recibirle con extraordinarias muestras de alegría, mientras que los que habían venido acompañándole se despedían de él llorando (1).

Tan alta estima concibieron los sencillos canarios de la santidad del Siervo de Dios, que á pesar de las dificultades que arriba hemos apuntado querían confesarse con él á todo trance, para lo cual nada les importaba sufrir el hambre, la sed y el cansancio de largos caminos. Era un espectáculo verdaderamente conmovedor ver á centenares de esas sencillas gentes que por oir al P. Claret y confesarse con él acudían de lejanos pueblos provistos de harina de maíz, único sustento que tomaban durante el tiempo que habían de esperar lejos de sus casas, que á veces era de ocho y nueve días con sus noches (2).

7. Aunque en Canarias como en Cataluña fué ejemplarísima la vida privada del Varón de Dios, creo no estará por demás hacer un extracto de ella, tal cual se desprende de las comunicaciones que de aquellas islas por personas fidedignas hemos recibido. Dedicábase al sagrado ministerio desde la mañana hasta la noche; celebraba el santo sacrificio de la Misa con la devoción de un serafín; su comida era tan parca que aquellos isleños no sabían explicar cómo era suficiente para conservar las fuerzas del cuerpo de un hombre que trabajaba sin interrupción y en obras de suyo penosísimas, y que después de las fatigas de todo el día pasaba gran parte de la noche en fervorosa oración, sin hacer uso de la cama para su corto descanso. Vestía un traje pobrísimo; sus modales eran siempre humildes y modestos, y su trato sumamente amable. Hacía sus viajes á pie, y con frecuencia por caminos escabrosos; una sola vez, por humilde condescendencia, montó un camello, y fué de esta manera: después de la Misión dada en la Gran Canaria, el Prelado le envió á la isla de Lanzarote, y le señaló por compañero á un buen religioso para que le ayudase á oir confesiones. Mas era éste tan obeso de complexión que con dificultad andaba á pie. Desembarcaron en un puerto de la isla, que distaba aún como unas dos leguas de la población adonde iban, y luego el compañero, á quien pesaba mucho la carga de su cuerpo, preguntó al P. Claret:

—¿Cómo vamos, montados ó á pie?

—Ya sabe Ud.,—respondió el Siervo de Dios,—que yo siempre voy á pie.

A lo cual replicó aquel buen sacerdote:

—Yendo á pie no puedo hacer yo tan largo trecho de camino; pero no montaré si Ud. no monta.

Entonces dijo el humilde Misionero:

—No consiento en que usted por mi respeto se fatigue; montaremos los dos, puesto que así Ud. lo desea.

Trajeron, pues, un gran camello, y montaron los dos en él. Siempre fué la santa condescendencia hermosa cualidad de todos los santos, aunque por ella hubieron á las veces de tolerar las hablillas de lenguas maldicientes ó la desestima de personas ignorantes, como acaeció en este caso con nuestro amable Padre. Antes de llegar al pueblo, para entrar en él á pie bajaron del camello; pero no de manera que no lo echaran de ver algunos quisquillosos y mal hablados. La Misión se dió con la misma concurrencia y el mismo fruto que en todas partes, pero no faltó en aquellos días un caballero que se le presentó diciendo: "¿Es Ud. el Misionero que predicó en la Gran Canaria?—Sí, señor,—respondió el P. Claret.—Pues sepa usted que algunos han dicho que no era Ud., fundados en que aquél iba siempre á pie y Ud. vino montado, y aun hubo quien dijo: "Yo no voy á sus sermones, porque no es el mismo Padre que predicó en la Gran Canaria."

De este caso sacó el Siervo de Dios lo muy provechoso que es en la opinión de los pueblos el ejemplo de mortificación y abnegación que ven en el Misionero y cuánto daña lo contrario, pues una caritativa condescendencia, tomada por necesidad en aquel caso, impidió en algunos por su flaqueza é ignorancia el provecho espiritual que de otra suerte habrían sacado de sus sermones; y aunque no se arrepintió de lo que por caridad había hecho, se confirmó con esta ocasión en el propósito de viajar sin buscar comodidades de ningún género.

8. La claridad y sencillez de sus discursos y la unción

(1) Rdo. D. Juan Melium Arma, oficio del 23 de Abril de 1880.
(2) Manuscritos del P. Claret y de varios testigos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

evangélica con que predicaba herían é inflamaban de tal manera los corazones de los oyentes, que derramaban copiosas lágrimas de dolor y arrepentimiento de los pecados y salían de los sermones con vivísimos deseos de salvarse. No había quien se resistiese á la gracia de Dios que obraba en él, y así, en poco tiempo hizo florecer en toda la diócesis las buenas costumbres y la santidad de vida, para lo cual contribuyeron no poco los dones extraordinarios que el Señor le comunicó, como de discreción de espíritu, de profecía y de la gracia de curaciones. Allí sucedió lo que se apuntó ya en otra parte sobre el ruido extraordinario que promovían los demonios para estorbar el fruto de sus predicaciones mientras los oyentes aguardaban ansiosos y en silencio sus palabras, y cómo cesaba del todo al comenzar él á predicar. Allí fué donde los que tuvieron la suerte de besar la orla de su vestido afirmaron haber percibido una fragancia singular y sobremanera agradable que no parecía de este mundo, y que embalsamaba el ambiente alrededor del cuerpo del Siervo de Dios (1); allí donde el Señor le descubrió cosas que humanamente no podía saber y le hizo penetrar otras más secretas.

Observando una mujer de la casa en donde estaba hospedado que la cama destinada para el celoso Misionero todos los días por la mañana aparecía muy compuesta, sin señal de que alguno en ella se hubiera recostado, movida de la curiosidad, que tanto suele picar á las de su sexo, acechó por el agujero de la llave del cuarto del Siervo de Dios lo que éste hacía en las altas horas de la noche. Al día siguiente, pensando que ninguna persona de la tierra podía tener conocimiento de su atrevida investigación, se fué á confesar, bien descuidada de lo pasado, con el mismo P. Claret. Pero cuál no fué su asombro al oir que éste, antes de pronunciar ella palabra sobre el caso, le dijo con aire entre grave y severo: "Usted es la que anoche fué á mirar por el agujero de la llave de mi aposento lo que yo hacía en las horas que Ud. sabe. Guárdese Ud., hermana mía, guárdese Ud. de repetirlo, que es pecado (2). „

Un caso parecido le pasó con un criado de la casa en don-

(1) Declaración del Rdo. D. José Yáñez, párroco de San Gregorio de Llanos de Telde.

(2) Rdo. D. Francisco Caballero del Toro, párroco de Valleseco, oficio del 26 de Abril de 1880.

de vivía el Siervo de Dios en la ciudad de Telde. Acercóse aquél con gran silencio al cuarto del Misionero en horas muy adelantadas de la noche, cuando ya todos los de casa descansaban, y vióle arrodillado orando al pie de un crucifijo. Persuadido el mozo de que nadie había sido testigo de su curiosidad, fué grande al día siguiente su sorpresa cuando se la reprendió el P. Claret, aunque con mucha suavidad y dulzura (1)

Estaba una noche predicando en la plaza de la villa de Arucas, iluminada al efecto con muchos faroles, cuando en medio del sermón, sin saber cómo, cayeron éstos al suelo. La gente se asustó; pero el Siervo de Dios sosegó en seguida al auditorio desde el púlpito, diciendo: "No temáis, porque ni uno solo se ha roto.„ Levantáronlos del suelo, y con admiración de todos observaron que ni se habían roto ni padecido lesión alguna, de manera que todo se redujo á quedar apagados.

Mas el don con que el Señor especialmente le enriqueció y con el que hizo incalculable bien á muchísimas almas, fué el de la discreción de espíritus. Dábale Dios á leer como en un libro las conciencias de los fieles que se le acercaban para confesarse, y aun muchas veces de los que estaban muy distantes de querer acercarse al tribunal de la Penitencia. Á una señora, al arrodillarse para confesarse con él por vez primera, le dijo: "Usted ya puede ir á comulgar, que ya se lo permite el estado de su conciencia.„ Pasmóse la señora al oir tales palabras, que no sabía atribuir sino á inspiración divina, pues en realidad ella no tenía conciencia de pecado grave (2).

Á los penitentes que por ignorancia ó por olvido no confesaban todos sus pecados, se los decía él, nombrándoles las circunstancias de lugar, modo y tiempo con que los habían cometido. Esto, que acaeció en varias personas de diferentes pueblos y ciudades, y que era publicado por los mismos penitentes, produjo en los ánimos de la muchedumbre gran veneración hacia el Siervo de Dios y extraordinaria confianza en sus doctrinas y consejos (3).

En el breve tiempo que estuvo entre los afortunados isleños de Canarias mostró también, y en diferentes ocasiones, el

(1) Rdo. D. Juan Jiménez y Quevedo, párroco de San Juan Bautista, en la ciudad de Telde, oficio del 21 de Abril de 1880.

(2) Rdo. D. Francisco Caballero, oficio del 26 de Abril de 1880

(3) Rdo. D. Juan Jiménez, oficio del 21 de Abril de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

don de profecía con que el Señor le había agraciado. Predicando en la parroquia de Moya, dijo que Dios les enviaría una cosecha abundante; y con tanta exactitud se cumplió el anuncio, que los ancianos de aquel pueblo aseguraban que en toda su vida no la habían visto igual (1).

Pasando un domingo desde la ciudad de Telde á la villa de Agüimes, vió de lejos á unos labradores que estaban trillando; y después de hacer notar á los que le acompañaban cómo aquellos hombres profanaban el día festivo, exclamó: "¡Pobrecitos! Dentro de poco verán ustedes cómo Dios los castiga.„ No bien hubo terminado estas palabras, cuando se levantó de aquella parte una espesa nube de humo, efecto del fuego que había prendido en la era, y que consumió en poco tiempo todo el trigo en ella amontonado (2).

A unos pastores que no se atrevían á ir á la Misión por no dejar solos los animales que estaban bajo su custodia, les dijo el Siervo de Dios: "Podéis dejar los animales, que no harán mal alguno durante la Misión.„ Aquellas sencillas gentes, fiadas en la santidad del *Padrito,* siguieron el consejo, y el Señor premió su fe; porque aquellas bestias, aunque llegaron á un lugar en donde había mucho trigo y cebada, no hicieron daño alguno en ella, ni siquiera la tocaron (3).

En un pueblo en que dió Misión durante la siega, y cuando los trigos estaban sazonadísimos, para alentar á las gentes á que acudieran á oir la palabra de Dios les dijo desde el púlpito: "No dejéis de venir á la Misión por temor de perder el trigo si no lo segáis, pues yo os aseguro que no se perderá por esto; mas si dejáis de asistir, se os malogrará.„ La mayor parte fué á la Misión, pero algunos recelosos no quisieron ir. Los primeros hallaron su trigo derecho y hermoso, y los segundos, aunque estaba tocando con el de los otros, echado al suelo y desgranado (4).

Mucho antes que se presentara el terrible azote del cólera que en 1851 tan numerosas víctimas hizo en las Islas Canarias, lo predijo el Siervo de Dios, según testimonio de muchas personas, con estas ó parecidas palabras: "Dentro de poco ven-

(1) Declaración de D. Juan Guerra, párroco de Moya
(2) Declaración del Rdo. D. José Yáñez.
(3) Carta del Rdo. P. Vilella, 19 de Mayo de 1884.
(4) Idem id.

drá una mortandad tan grande que muchos padres quedarán sin hijos, y muchos hijos huérfanos de padres„; pronóstico que se cumplió á la letra con los muchos estragos que en aquel año hizo en Canarias el cólera morbo asiático (1).

Deseosa una madre de oir los admirables sermones del celoso Misionero, fué al templo; pero dejó á un hijito suyo dormido en la cuna y junto á ella, inadvertidamente, un sahumador con brasas encendidas. Escuchaba la buena madre muy descuidada en la iglesia de Santa Brígida al gran predicador, cuando éste, conocedor por divina revelación de lo que iba á pasar, le advirtió desde el púlpito que corriese pronto á su casa si no quería ver á su hijo quemado. Acordóse entonces la mujer del descuido que había tenido, fué en seguida á su casa, y halló que la cuna donde dormía su hijo había empezado á arder (2).

En otro caso se juntaron á la vez el don de descubrir las conciencias y el de curaciones. Cierta muchacha padecía una desazón, efecto de un mal del que ignoraba la causa. El Padre Claret se la dijo, y antes que ella se le descubriese le nombró un exceso que había cometido en años anteriores y que ella luego confesó con humildad; y como le aplicaran el remedio prescrito por el Siervo de Dios, quedó del todo sana (3).

Entre las curaciones milagrosas que obró en la isla citaremos algunas de las principales, donde con mayor claridad resplandece la acción sobrenatural del Criador. Padecía una señora hacía ya meses un penoso mal de ojos; y aunque en diferentes ocasiones había acudido á los médicos, las medicinas, lejos de curarla, la habían empeorado. En este estado, y perdida ya la esperanza en los humanos remedios, acertó á estar en la iglesia en el acto en que entraba el Siervo de Dios, y llena de fe se acercó á él en unión de otros fieles, le tomó la mano como para besársela, y habiéndosela pasado por la frente, quedó al instante libre de la enfermedad. Esta misma señora tenía entonces un hijo postrado en cama, víctima de una fiebre tifoidea, y alentada con la curación repentina de su vista procuró y logró que el P. Claret le visitara. Al llegar el

(1) Declaración de D. Francisco Caballero del Toro, de D. José Yáñez y de D. José Romén, párroco de Galdar.
(2) Declaración del Rdo. D. Juan Jiménez y Quevedo.
(3) Declaración del Rdo. D. José Yáñez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Padre junto al lecho del enfermo se recogió algunos momentos, hizo oración por él, y apenas hubo salido, el niño recobró la salud, se levantó de la cama y echó á correr alegre por toda la casa (1).

Doña Antonia Hilaria, hija de D. Mariano Naranjo y de Doña Antonia Cabrera, de edad de veinticinco años, natural de la ciudad de Telde, en Canarias, venía padeciendo desde sus más tiernos años accidentes nerviosos, durante los cuales perdía por completo el uso de los sentidos. En los últimos años de estos padecimientos experimentaba tan fuertes convulsiones, que para sujetarla eran menester seis ú ocho hombres, y había necesidad de atarle un pañuelo delante de los ojos para contenerlos, pues corría riesgo de que le saltasen de las órbitas á causa de los grandes esfuerzos que hacía. Los ataques eran bastante frecuentes, y bastaba á causárselos cualquier ligero disgusto. Durábanle mucho tiempo, y solía arrojar algunos espumarajos cuando el accidente llegaba á su término. No es posible imaginar lo muy quebrantada que salía de semejantes accidentes; después de ellos no podía tenerse en pie, y había de guardar cama por no pocos días para recobrar algún tanto las perdidas fuerzas. Hallábase un día esta infortunada joven en la iglesia de San Juan de Telde escuchando el sermón de despedida del P. Claret. Cuando menos se pensaba le acometió el accidente con tal violencia, que á duras penas la podían sujetar. Lleváronla á la sacristía, y, terminado el sermón, el P. Claret, que nada de lo ocurrido había advertido, al entrar en ella preguntó por qué había en aquel lugar tanta gente. "Es mi hermana, — respondió un señor, — á quien ha dado el mal de nervios que padece, y en estos casos todos somos necesarios."

Sin replicar palabra el Siervo de Dios tornó á la iglesia, empapó su pañuelo en el agua bendita de la pila, y entrando de nuevo en la sacristía dijo á los que sujetaban á la joven:

— Soltadla, soltadla.

— Padre, que va á destrozarse, — replicaron los hombres.

— Soltadla, — repuso el Padre; — no temáis.

Entonces la soltaron, y poniéndole el Padre sobre la cara el pañuelo empapado en agua bendita, la joven se calmó al

1) Declaración del Rdo. D. José Yáñez.

punto y se estuvo queda, con grande admiración de todos los presentes, hasta que sentándose por sí misma en el suelo, donde había estado tendida, se le cayó el pañuelo que le cubría el rostro.

— Quitadle ahora el pañuelo de los ojos, — dijo el Padre.

Se lo quitaron inmediatamente, y quedaron pasmados al ver que aquellos ojos, que tan desencajados y mortecinos solían estar después de tales accidentes, y que por espacio de diez ó doce horas debía traerlos vendados, brillaban ahora con su nativo y claro resplandor, y sin señal alguna de que hubiera en ellos padecido jamás. Retiróse el P. Claret, y la joven se fué alegre y por sus pies á casa, acompañada de su hermano. Pasó toda la noche en un sueño apacible y tranquilo, se levantó al día siguiente muy temprano de la cama, fuése á la iglesia, y con otras personas acompañó al Siervo de Dios, andando á pie y sin cansarse, hasta el pueblo vecino de Valsequillo, distante como una legua; pero lo más notable y que mostró á las claras ser la curación obra de la divina Omnipotencia, fué que nunca, en toda su vida, le volvió á acometer aquel ni otro accidente alguno (1).

Movidos de estas y otras maravillas y de la fama de santidad del P. Claret, aquellos isleños se convirtieron al Señor, los viciosos se apartaron de las ocasiones de pecar, los amancebados se unieron en legítimo matrimonio y cesaron los escándalos. El fruto fué copioso y permanente: en 1880, después de treinta y dos años transcurridos desde el tiempo de aquella Misión, cristianos de buena conducta señalaban aquella época como el principio de su mudanza de vida; éstos y otros continuaban en las prácticas de piedad que entonces aprendieron, y en muchas casas se rezaba todavía en las oraciones domésticas el Padrenuestro que les encargó el Siervo de Dios.

Concluídas estas Misiones, al sobrenombre de Apóstol de Cataluña, que ya antes se había conquistado, añadieron los pueblos el de Apóstol de Canarias. Nada se llevó de aquel país si no es algunos rasgones en su viejo y gastado balandrán; pues aun cuando el Sr. Obispo le ofreció uno nuevo y un sombrero, el Padre no juzgó prudente aceptarlos, aunque no por esto se

(1) Declaración del presbítero D. Domingo Cabrera. Carta del P. Hilario Brossosa, C. M. F., del 7 de Agosto de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mostró menos agradecido. Por último, con gran sentimiento de aquellos isleños, terminada su Misión, se despidió de su querido Prelado y partió nuevamente para la Península, en donde el Señor le reservaba nuevos trabajos, con los que había de acrecentar no poco la divina gloria.



CAPÍTULO X

DE VARIAS COSAS MARAVILLOSAS OBRADAS POR EL PADRE CLARET EN LAS MISIONES (1840-1850)

1. Su actividad y sus fuerzas extraordinarias. —2. Discreción de espíritus. — D. Joaquín Masmitjá consolado por el P. Claret.—Sor Ana Artés. — Cómo leía el Siervo de Dios en las conciencias. — Marañas de una fingida endemoniada descubiertas por el santo Misionero. — 3. Don de profecía. — Presagia la impenitencia de una pecadora. — Trabajos previstos de una joven. — Anuncia el nacimiento de un niño y salva la vocación religiosa de una doncella. — El autor de la historia del santísimo Misterio.—La señorita Maspons: su vocación milagrosa anunciada por el Siervo de Dios.—Lluvia que no moja por el dicho del P. Claret. — Anuncia públicamente en unos ejercicios la próxima muerte de un sacerdote que asistía á ellos. —4. Don de curaciones.—Enferma desahuciada curada por el Siervo de Dios. — Restituye bromeando la salud á un predicador. — Estudiante remediado. — El niño giboso. — Isabelita la paralítica.—Curación repentina de una enfermedad crónica de cuatro años.—Un pequeñito Job curado con las oraciones del Siervo de Dios.—Curación de un ciego. — Operación hecha en una rodilla al P. Claret.—5. Libra éste á un joven de ataques epilépticos y de su repugnancia á los actos de religión.—Conversiones extraordinarias obradas por el Siervo de Dios. — Conversión de tres hombres que habían intentado asesinarle. — El heresiarca de Alforja convertido con sus predicaciones.

1. De regreso de Canarias llegó el Siervo de Dios á Barcelona á mediados de Mayo de 1849. Retiróse á la ciudad de Vich, en donde se puso de nuevo á las órdenes de su Superior ordinario, y bajo su obediencia siguió trabajando, como de costumbre, de una manera incansable. Mas antes de referir las nuevas obras que para el servicio de Dios nuestro Señor llevó á cabo en este primer período de su vida anotaremos algunos hechos extraordinarios acaecidos en este tiempo de las Misiones, y los dones sobrenaturales con que el Señor le enriqueció para autorizar sus predicaciones y enseñanzas.

Quien haya reflexionado un poco sobre cuanto llevamos dicho, no podrá menos de admirarse de las fuerzas extraordinarias que mostraba tener, pues comiendo tan parcamente que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mostró menos agradecido. Por último, con gran sentimiento de aquellos isleños, terminada su Misión, se despidió de su querido Prelado y partió nuevamente para la Península, en donde el Señor le reservaba nuevos trabajos, con los que había de acrecentar no poco la divina gloria.



CAPÍTULO X

DE VARIAS COSAS MARAVILLOSAS OBRADAS POR EL PADRE CLARET EN LAS MISIONES (1840-1850)

1. Su actividad y sus fuerzas extraordinarias. —2. Discreción de espíritus. — D. Joaquín Masmitjá consolado por el P. Claret.—Sor Ana Artés. — Cómo leía el Siervo de Dios en las conciencias. — Marañas de una fingida endemoniada descubiertas por el santo Misionero. — 3. Don de profecía. — Presagia la impenitencia de una pecadora. — Trabajos previstos de una joven. — Anuncia el nacimiento de un niño y salva la vocación religiosa de una doncella. — El autor de la historia del santísimo Misterio.—La señorita Maspons: su vocación milagrosa anunciada por el Siervo de Dios.—Lluvia que no moja por el dicho del P. Claret. — Anuncia públicamente en unos ejercicios la próxima muerte de un sacerdote que asistía á ellos. —4. Don de curaciones.—Enferma desahuciada curada por el Siervo de Dios. — Restituye bromeando la salud á un predicador. — Estudiante remediado. — El niño giboso. — Isabelita la paralítica.—Curación repentina de una enfermedad crónica de cuatro años.—Un pequeñito Job curado con las oraciones del Siervo de Dios.—Curación de un ciego. — Operación hecha en una rodilla al P. Claret.—5. Libra éste á un joven de ataques epilépticos y de su repugnancia á los actos de religión.—Conversiones extraordinarias obradas por el Siervo de Dios. — Conversión de tres hombres que habían intentado asesinarle. — El heresiarca de Alforja convertido con sus predicaciones.

1. De regreso de Canarias llegó el Siervo de Dios á Barcelona á mediados de Mayo de 1849. Retiróse á la ciudad de Vich, en donde se puso de nuevo á las órdenes de su Superior ordinario, y bajo su obediencia siguió trabajando, como de costumbre, de una manera incansable. Mas antes de referir las nuevas obras que para el servicio de Dios nuestro Señor llevó á cabo en este primer período de su vida anotaremos algunos hechos extraordinarios acaecidos en este tiempo de las Misiones, y los dones sobrenaturales con que el Señor le enriqueció para autorizar sus predicaciones y enseñanzas.

Quien haya reflexionado un poco sobre cuanto llevamos dicho, no podrá menos de admirarse de las fuerzas extraordinarias que mostraba tener, pues comiendo tan parcamente que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apenas bastaba para sustentar la vida de un hombre, y pasando las noches en oración sin tomar muchas veces descanso alguno, y durmiendo cuando más dos ó tres horas sin acostarse en la cama y con postura harto incómoda, ¿cómo podía humanamente sobrellevar los continuos y penosos trabajos de su ministerio? Esta era una de las cosas de que más se maravillaban las personas que le conocieron y veían sus trabajosas ocupaciones tomadas sin descanso.

Así, muchos varones virtuosos y reflexivos que le conocieron y trataron opinaban que los trabajos apostólicos del Siervo de Dios eran superiores á las fuerzas ordinarias del hombre y que nadie podía sostenerlos sin un especial auxilio de Dios. Para prueba de lo dicho citaremos un solo ejemplo, y por él se podrá venir en conocimiento de los demás. Testigo presencial del hecho fué el señor Canónigo penitenciario de Tarragona, quien, cuando el caso se verificó, era Cura párroco en una de las iglesias de la misma diócesis.

"Había dado fin el P. Claret á una Misión dada en una respetable parroquia del arzobispado de Tarragona, en la que había trabajado sin descanso por espacio de diez días, desplegando todo su celo apostólico, cuando al amanecer del día siguiente emprendió un viaje de diez horas á pie, por un terreno sobremanera montuoso y accidentado, cual es el de nuestro Priorato. Á las tres horas se detuvo en la parroquia del mencionado Cura, predicando allí un sermón de una hora, fervorosísimo, como todos los suyos, y más todavía, si cabe, por haber acudido un gentío inmenso y el clero de todos los pueblos vecinos, atraídos de la fama de santidad del predicador, comparable tan sólo con la de San Vicente Ferrer y del Venerable Fray Diego de Cádiz, de quienes se conserva la memoria de que predicaron también en esta comarca. En seguida, después de haber rezado y comido muy parcamente, según solía, anduvo toda la tarde, y siempre á pie, las siete horas que faltaban para llegar al pueblo donde debía al día siguiente empezar otra Misión, por ser uno de los principales del arzobispado. Este suceso no hubo nadie que no lo tuviese por maravilloso en atención á todas sus circunstancias, pues no parece haya fuerzas humanas capaces de resistir tan rudas tareas sin dar señales de debilidad ó de cansancio. Y no se crea que éste fué el único durante su estancia en este país, pues que otros

semejantes publicaba todos los días la fama, sino que se inserta éste porque de él puede dar razón, como he insinuado, uno de los señores Capitulares de esta Santa Iglesia Catedral (1)."

Era, en verdad, un prodigio continuado sostener por meses y años enteros tantas y no interrumpidas fatigas sin comer apenas y descansar lo absolutamente necesario para la inmensa mayoría de los hombres, y así, no sin razón, podemos concluir con el ilustre D. José Homs, deán de la catedral de Vich: "Era general la opinión de que sin el auxilio especial de la gracia no podía sostener tanto trabajo (2)."

2. En cuanto al don de la discreción de espíritus, de que en parte ya hemos hablado, parece que le era como habitual y que lo tuvo durante todo el tiempo de las Misiones, y aun después siendo Arzobispo, según se dirá en su lugar. Son tantos los casos en los cuales se manifestó que el Señor le daba á leer los secretos de las conciencias que es imposible recordarlos todos, pues son muchísimas las personas que por experiencia lo averiguaron y dieron de ello testimonio. Contentaréme, pues, con referir alguno que otro caso de los acaecidos en el fecundo decenio de 1840 á 1850.

El ilustre doctor D. Joaquín Masmitjá, arcipreste de la catedral de Gerona, cuenta de sí que, como le atormentara una secreta congoja de espíritu, había determinado declararse con el P. Claret para pedirle consejo; mas fué grande su admiración cuando, al encontrarse con él, antes de despegar por su parte los labios, le adivinó la intención que traía y respondió á ella con tal tino y seguridad como si de antemano hubiera oído todo el estado de su alma y meditado sosegadamente acerca de él (3).

Sor Ana Artés, religiosa agustina del convento de las magdalenas, de Barcelona, dice que, hallándose en 1844 en la Garriga, fué á confesarse con el Siervo de Dios, y que antes que ella se explicase le adivinó todo lo que tenía en la conciencia, de lo cual quedó ella no poco espantada (4).

Otra vez, dando los ejercicios á las terciarias carmelitas de la ciudad de Vich, les dijo antes de comenzarlos que hicie-

(1) Ilustre Sr. D. Carmelo Sala, canónigo, oficio del 28 de Abril de 1880.
(2) Declaración del ilustre Dr. D. José Homs, deán de la catedral de Vich.
(3) Relación del ilustre Dr. D. Joaquín Masmitjá.
(4) Relación de Sor Ana Artés, religiosa agustina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sen su confesión sin perturbarse ni acongojarse, porque veía las conciencias de todas (1). Otro tanto manifestó el Siervo de Dios á las Carmelitas descalzas del convento de Santa Teresa, en la misma ciudad, según probado testimonio que de ello dió la Rda. Madre Priora de aquel convento, Sor María Esperanza de la Concepción, al capellán de la Comunidad, que lo era entonces D. Mariano Arenyas.

Estando hospedado en casa del capellán de las Magdalenas, en Barcelona, acaecióle un caso curioso, entre trágico y cómico, donde se echa de ver cuán pronto comprendía el verdadero estado de los espíritus. Presentósele una madre con su hija diciendo que aquella muchacha estaba poseída de malos espíritus; así lo habían creído muchas personas por las extrañas contorsiones que hacía la joven en presencia de determinados objetos y por el furor que la asaltaba delante de las cosas sagradas. Cuando estuvo en presencia del Padre comenzó á agitarse sobremanera, y á tal extremo llegó su osadía que levantó la mano y dió un bofetón al Siervo de Dios. Este, con mucha tranquilidad y mansedumbre, sin perturbarse de la injuria, dijo á la afligida madre de la muchacha: "Esta hija de usted no tiene malos espíritus, sino holgazanería, que se ha de curar á palos. Hágala Ud. trabajar, y si no quiere, castíguela.„ Aprovechó la madre muy bien el consejo, y de allí á poco se descubrió claramente el fingimiento de la perezosa joven, la cual, con tan picante remedio, quedó muy pronto curada (2).

Terminaré lo tocante á este don con el testimonio del piadoso autor de las Memorias, quien, como después veremos, fué una de las personas que más trataron al Varón de Dios. "Muchas personas, — dice, — nos han asegurado que, confesándose con él, les había dicho los pecados antes de que ellos se los declarasen, y nos acordamos bien haber oído de los labios del mismo Siervo de Dios que el Señor le había concedido esta gracia (3).„

3. Por algunas cosas que en el curso de esta Vida se han referido se echa ya de ver que el Señor le concedió también

(1) Relación de la Madre Paula Delpuig, superiora general.
(2) Declaración de D. Jaime Bofill.
(3) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

el don de profecía, haciéndole ver las cosas venideras como si hubieran ya sucedido. Mas ahora añadiremos en confirmación algunos otros casos acaecidos en la época de sus Misiones. Pasando una vez el santo Misionero por el pueblo de La Selva del Campo, provincia y diócesis de Tarragona, le vinieron á decir que deseaba verle una mujer enferma, á la cual tenían todos por endemoniada. Con ser el celoso Misionero muy diligente en visitar á los enfermos, y más cuando lo estaban también del alma y alguien se lo pedía, esta vez no fué así, sino que dijo con resolución: "No voy, porque esta mujer está perdida delante de Dios.„ ¡Palabras terribles que comprobaron los sucesos! Llamado más tarde el señor Cura regente de la parroquia, fué sin resistir; mas la desgraciada mujer le recibió tan descortés y sacudidamente, y desató su malvada lengua en tales injurias contra el caritativo sacerdote, que éste, viendo que ningún fruto podía hacer en alma tan endurecida, salió de allí muy apesadumbrado, murmurando por lo bajo estas palabras: "Estás perdida delante de Dios„, que fueron las mismas que pronunció nuestro bienaventurado Padre; y así fué que al cabo de poco tiempo se supo que la mujer había muerto de repente, sin dar señal alguna de arrepentimiento (1).

Hallándose el Siervo de Dios en la Pobla de Lillet, entregó un ejemplar del libro titulado *Camino recto* á una niña de trece años, por nombre Cándida Vilalta, y acompañó el regalo con estas proféticas palabras: "Toma este libro, pues tú con el tiempo padecerás mucho y él te servirá de consuelo.„ Disfrutaba ella entonces de perfecta salud; todo en torno suyo parecía pintado de color de rosa, y nadie podía imaginar el alcance del fúnebre pronóstico. Mas el decurso de su vida manifestó sobradamente la verdad del anuncio, porque la infortunada joven padeció muchas y gravísimas tribulaciones, dislocaciones de huesos, operaciones difíciles y dolorosas, y otros muchos males, que repetidas veces la pusieron en peligro de muerte, y cinco de ellas estuvo ya viaticada. Único consuelo en sus dolencias fué aquel precioso libro que cuando niña le regaló el bendito Padre, porque en él halló el bálsamo

(1) Relación del mismo regente D. Francisco Recasens y Martí. Testigo auricular, P. Francisco Cases, C. M. F.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la religión y ricos tesoros de resignación cristiana. Todo lo cual consta por relación que ella misma hizo á la edad de cuarenta años al Rdo. P. Pablo Coma, del Oratorio de San Felipe Neri, en la Ciudad Condal (1).

Más aún que en los anteriores resplandece el don de profeeía en el caso que ahora diré. En el pueblo de Estany, que pertenece á la diócesis de Vich y á la provincia de Barcelona, vivían en santo enlace, y en edad ya algo avanzada, D. José Rovira y Doña Rosa Malats, con dos hijas, fruto precioso de su pacífico matrimonio. La menor, que era de complexión muy delicada, estaba casi siempre enfermiza, y murió todavía muy joven. El amor de los tiernos padres se había reconcentrado en la otra, que á su buen natural, dócil y despejado, juntaba mucha piedad y virtud, por lo cual constituía la única esperanza de los afligidos esposos y el único consuelo que esperaban tener en la vejez, con lo que daban por bien pasadas todas sus penas y amarguras. Pero el Señor, que miraba complacido la pureza y el amor de la piadosa joven, quiso escogerla para sí y hacer de ella una de sus más queridas esposas. Cuando el mundo con mayor gracia parecía sonreirle, sintió Cándida, que así se llamaba la bendita doncella, interiores impulsos que le movían á dejarlo, y comunicóle Dios tan clara umbre de la vanidad de él y de sus apariencias halagüeñas, que cuanto más el curso de los acontecimientos parecía acercarle al mismo, más ella en su corazón lo aborrecia y deseaba alejarse. Con esto comenzó á creer que Dios la llamaba al estado religioso; pero tropezó con la oposición que hallaría en sus padres, á los cuales por esta causa no se atrevió á manifestar en un principio sus deseos; pero creciendo cada día y siendo cada vez más frecuentes los divinos llamamientos, juzgó que no podía ocultarlos por más tiempo sin resistir á la gracia. Expúsolos, pues, con humildad á los descuidados padres, los cuales quedaron no poco espantados y admirados de semejante propósito; y aunque como buenos cristianos no querían oponerse á la voluntad del Señor, dudaron que estos deseos fueran efecto del divino llamamiento, pues no les quedaba en casa quien los asistiera en la vejez y parecía esta obligación natural de su única hija.

(1) Relación del P. Pablo Coma

Ignorante la joven sobre el partido que debía tomar, fué á consultar el caso á su confesor, que era el Rdo. P. Francisco Canals, prior de los carmelitas calzados de la ciudad de Vich, varón muy respetable por sus conocimientos y virtudes, el cual á la sazón se hallaba allí de Cura ecónomo á causa de la forzosa exclaustración de 1835. El padre de la doncella, como hombre timorato, acompañó á su hija para pedir él también consejo y exponer las razones que tenía para oponerse á la inclinación de su hija. Como el caso era tan grave y concurrían en él tan escabrosas circunstancias, el confesor no se atrevió á resolver por sí mismo; y acordándose que entonces estaba en Vich el P. Claret, les dijo: "Aquí está *Mosén Claret;* ya sabéis que es hombre de ciencia, virtud y experiencia: presentaos á él, explicaos y haced lo que él os diga.„

Fueron, efectivamente, al Siervo de Dios, pero no juntos, sino por separado; el padre quiso ser el primero en presentarse y exponer el asunto; luego lo verificó la hija; y así que el prudente Misionero hubo oído á entrambos sosegadamente, púsose algunos instantes meditabundo y en actitud de orar, y al poco rato dijo al padre de la muchacha que podía dar á ésta el consentimiento para abrazar el estado religioso, "porque, —añadió,—dentro de un año el Señor te concederá de tu mujer un hijo varón, que vivirá y será vuestro consuelo en la vejez„.

La profecía se cumplió exactamente en el tiempo anunciado, á pesar de que la esposa de D. José Rovira pasaba ya de los cuarenta y cuatro años y hacía más de seis que no había tenido hijo alguno. Una de las personas más enteradas de este caso, el día que nació el niño exclamó: "¡Mirad!, ha nacido día por día pasado el año desde que lo anunció *Mosén Antón Claret.*„ Algunos le llamaron el hijo del milagro. Al ver cumplido el pronóstico, aquellos dos esposos no tuvieron ya dificultad en dar á su hija el consentimiento para que entrase en Religión, y así la agraciada joven, con gran contento de su corazón, verificó luego la entrada en el Instituto de las Hermanas carmelitas terciarias de la Caridad; permaneció en él con mucha edificación, tomando el nombre de Josefa Francisca del Corazón de Jesús, y actualmente es Superiora del hospital que está á cargo de las Hermanas en la importante villa de Figueras. El hijo del milagro, que todavía vive, creció

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prósperamente y fué un verdadero consuelo para sus ancianos padres (1).

El presbítero D. Pablo Parasols cuenta de sí que en los ejercicios que para recibir el diaconado hizo en el año 1849, con otros ordenandos, bajo la dirección del P. Claret, éste, hablando con él de obras y publicaciones, le dijo: "Tú también escribirás, y la primera obra será para mayor gloria de Dios." Diez años más tarde, sin pensar en las palabras del Siervo de Dios, el Sr. Parasols escribía la historia del santísimo Misterio, titulada *San Juan de las Abadesas y su mayor gloria el santísimo Misterio,* primera de todas sus publicaciones (2).

Á muchas personas les acaecía que, cuando el P. Claret predicaba, les parecía oir lo que pasaba por su alma, como le pasó á cierto sujeto, según su propio testimonio, en la Cuaresma que el Siervo de Dios predicó en Mataró el año 1845. En esta última población ocurrió un hecho que merece también dejarse por escrito. La hermosa joven Francisca de Paula Maspons, rica y amable, más por su virtud que por sus muchas y raras partes, era un alma que el Señor tenía reservada para ser su esposa; pero ella estaba tan distante de pensar en esto que sonreía á la felicidad con que el mundo le brindaba. Había ya entrado en tratos, aunque honestos, con un joven de su posición, y habían pasado las cosas tan adelante, que decidida á casarse había obtenido el consentimiento de sus padres con gran contento de éstos, y todo estaba ya preparado para el próximo enlace. Andando en éstas y embriagada con tan dulces ilusiones, el P. Claret, aunque no la había confesado ni podía humanamente saber el estado del alma de la novia, dijo á una amiga de ésta, llamada Teresa Figueras, que no se casaría, si no que sería monja. No tardó en cumplirse el extraño pronóstico: la elegante señorita Maspons, tocada repentinamente de la divina gracia al escuchar los sermones del Siervo de Dios, é iluminada con luz del cielo para conocer las excelencias del estado de virginidad, desistió del matrimonio, pidió el santo hábito en el convento de religiosas capuchinas de la misma ciudad de Mataró, y admitida entró en él el 10 de Junio

(1) Noticias recibidas del presbítero D. Juan Janes y de la Madre Hermana Francisca Rovira del Corazón de Jesús.
(2) Declaración de D. Pablo Parassols y Pi, ad art. 125.

del mismo año, no sin haber tenido que sostener antes una encarnizada lucha con el afecto de su padre, que la amaba con delirio, y que de sentimiento quedó loco durante algún tiempo. Esta conquista del P. Claret fué tan extraordinaria que dió mucho que hablar á varios periódicos de España y de la América, que comentaron el caso á su placer. Contra lo que todos auguraban, la distinguida joven, con el nombre de Sor María Francisca, perseveró y persevera aún en el claustro con inefable alegría de su alma, y ella misma, además de otras religiosas de su convento, declaró el hecho en el proceso informativo para la causa de beatificación del Siervo de Dios, según yo mismo he podido leerlo.

En 1844 dió en el pueblo de Masnou una Misión que duró por espacio de veinte días. Asistía á ella innumerable muchedumbre de personas, ora de la misma población, ora de los pueblos vecinos, como Teya, Alella y otros muchos. Un día acaeció que, mientras se estaba celebrando la función en la iglesia, comenzó á caer una lluvia torrencial, que continuó no poco rato. Afligíanse los forasteros por el temor de no poder volver á sus hogares, cuando, presentándose en medio de ellos el P. Claret, los calmó diciendo: "No temáis, porque á pesar de tan abundante lluvia volveréis todos á vuestras casas sin mojaros ni aun los pies"; y así fué, pues pasando unas treinta personas de regreso á sus pueblos por el torrente llamado de Alella, que en tiempo de lluvias es intransitable, estaba el suelo enjuto como si no hubiese llovido, lo cual causó extraña admiración en los transeuntes, que no sabiendo explicar aquel suceso se deshacían en alabanzas del gran predicador, cuyo pronóstico tan á la letra se cumplía (1).

Dando ejercicios en 1849 al clero de la ciudad de Vich, el primer día dijo á su respetable auditorio: "Hay uno entre ustedes que ha comenzado los ejercicios y no podrá concluirlos, y él no se lo figura." Estas palabras sorprendieron al ilustrado auditorio. El mismo día ó al siguiente, uno de los ejercitantes se puso enfermo, y al poco tiempo murió de aquella enfermedad. Su fallecimiento causó en el ánimo de todos más viva impresión que todas las meditaciones y las pláticas de aquellos

(1) Testigos: D. Ramón Pujol, presbítero; D. Antonio Para y Bosch, presbítero; Tomás Prat, de sesenta y dos años, y Josefa Homs, de sesenta y ocho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

días de retiro. "Pasados muchos años,—dice el P. Clotet (1),—algunos de los ejercitantes que lo presenciaron nos lo refirieron, añadiendo que no podían recordarlo sin sentirse todavía conmovidos (2).„

4. También parece que el Señor quiso honrar á su fiel Siervo con el don de curaciones. Algunas quedan ya referidas; pero añadiré aquí otras varias, en algunas de las cuales no creo que pueda hallarse explicación natural que satisfaga.

Había en la ciudad de Vich una señora, llamada Doña Antonia Vila de Calderó, enferma de mucha gravedad; los médicos la daban ya por muerta, los sacerdotes la ayudaban á bien morir, y ella, como después refirió á nuestro P. Clotet, persuadida de la proximidad de su partida para la eternidad, se había ya preparado convenientemente para tan terrible trance. En este estado la visitó el P. Claret. Al salir el Varón de Dios del aposento de la enferma, los de la familia le preguntaron qué le parecía del estado de Doña Antonia. "Curará„,—respondió el Padre; y luego mandó que le diesen cierta bebida que no sabemos cuál era. Fué después á verla el médico Dr. D. Esteban Campá, y la enferma, que tenía muy elevado concepto de la santidad del P. Claret, le comunicó como una buena nueva que había tenido la dicha de ser por él visitada. "¿Y qué ha dicho?—preguntó el médico.—Que le diéramos tal bebida,—respondieron los de casa.„ Quiso aquél ver el remedio, y después de examinarlo dijo con tono de mucha seguridad: "De nada le servirá; pero dénsela ustedes puesto que él lo ha dicho.„ Diéronle, en efecto, la bebida, y luego de tomada comenzó á mejorar notablemente, de manera que en pocos días se restableció por completo, y su esposo solía decir después muy convencido: "No la curó el médico, sino la visita de Mosén Claret.„ En la misma persuasión estaba la agraciada, y el diligente autor de las Memorias oyó y recibió por sí el testimonio de entrambos, que tuvo buen cuidado de anotar exactamente.

Otro caso no menos admirable le pasó en Barcelona con el P. Pedro Nolasco Tenas, religioso mercenario. Había éste arrojado sangre por la boca, y el acreditado médico, doctor

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.
(2) Rdos. D. Mariano Arenyas, D. Francisco Porta, D. Jaime Horta y otros.

D. Francisco Saqués, consideró al enfermo en tan grave peligro que, acaeciendo esto por los días de Navidad, no creía que llegase al 1.° de Enero. El enfermo había recibido los últimos Sacramentos y se disponía con fervor para la muerte, que así él como los que le rodeaban creían estar muy próxima. En estas circunstancias le visitó nuestro bondadoso Misionero, quien se hallaba entonces en la ciudad. Al llegar el bendito Padre, después de los acostumbrados saludos puso la mano sobre la cabeza del paciente, recitó una breve oración, y luego, con jovial y alegre semblante, le dijo: "Padre Pedro, anímese Ud., que aún me ayudará á explicar el Catecismo y á predicar sermones.„ El moribundo se puso bueno al día siguiente, y se dedicó al ejercicio del sagrado ministerio hasta su muerte, acaecida muchos años después, y fué uno de los que en su tiempo más ocuparon la sagrada cátedra en Barcelona (1).

Cuenta de sí mismo el Rdo. D. Francisco de Asís Puigdollers que, siendo él estudiante, padecía un terrible dolor de cabeza que le obligó á suspender los estudios. Después de dieciséis meses de continuos padecimientos y sin hallar alivio alguno en los remedios que le prescribían los facultativos, por consejo del ilustre Dr. D. Jaime Passarell, á la sazón catedrático de Teología moral en el Seminario de Vich, y de otros respetables sacerdotes, acudió al P. Claret. Díjole éste que se aplicase á la cabeza un emplasto de almoradux rociado con aguardiente; y como se lo aplicara el enfermo, cesó repentinamente el dolor, y nunca más le volvió á acometer. Don Francisco y cuantos supieron el modo de su restablecimiento juzgaron que curación tan radical é instantánea no podía ser sino efecto de las oraciones del virtuoso Misionero, y que el remedio fué para ocultar el don con que el Señor le había favorecido (2).

Eran tantos los que habían recobrado la salud con las visitas del bienaventurado Padre, y de tal manera se había esparcido la fama de ellas, que, como en otro tiempo el divino Salvador, muchos acudían á él con sus enfermos para que los sanase.

(1) Testigo, Doña Josefa Tenas, su hermana y viuda de Martorell.
(2) Relación de D. Francisco de Asís Puigdollers.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hallándose el Siervo de Dios en Lérida, se le presentó una mujer llevando á su nieto de la mano. Llamábase el chiculeo Francisco Forcadell y Maciá, y tenía como unos once años; mas el infeliz estaba sumamente deforme con dos gibas que le habían salido, una en el pecho y otra en las espaldas. La buena abuela, que amaba cariñosamente al desgraciado niño, suplicó al P. Claret se dignara curarlo. "Yo no soy médico, —respondió el Padre, tocando al mismo tiempo el pecho y las espaldas del muchacho; — pero ya le curará Dios si le conviene." A los pocos días sanó el pobre niño, y no quedó en su cuerpecito rastro alguno de deformidad (1).

En la honrada villa de Falset vivía D. Francisco de Paula Sabaté y Cortadellas, respetable anciano de setenta y seis años de edad, labrador y propietario, natural de la misma villa. Tenía una hija, á la que tiernamente como padre amaba. Su nombre era Isabel Sabaté y Rull, contaba siete años y siempre había estado paralítica, sin poderse menear ni dar un paso. El tierno amor del bondadoso padre agotó todos los remedios humanos para librar á la pobrecita de tan triste enfermedad, pero todo fué inútil; la niña seguía inmóvil y sus delicados miembros no obedecían á los impulsos de la voluntad. Sombrío porvenir aguardaba á la infeliz criatura, cuando un pensamiento consolador, como rayo de luz que en noche tenebrosa ilumina el horizonte, cruzó por la inquieta mente del padre é hizo renacer en su corazón la esperanza. Llegó á Falset la grata nueva de que en la vecina villa de Porreras se hallaba predicando el célebre Misionero *Mosén Antón Claret*, á quien Cataluña entera veneraba como á santo, y tan pronto como de ello se enteró el padre de Isabelita, concibió en su alma firmísima creencia de que el Siervo de Dios la curaría. Sin reparar en dificultades llevó como pudo á su hija á la presencia del santo Misionero, quien, con su habitual compasión y dulzura, le consoló y animó á que esperara en la misericordia del buen Jesús, el cual nunca desampara á los que en Él confían.

La fe del venerable anciano fué luego recompensada por el Señor, porque desde aquel momento la niña comenzó á mejorar visiblemente, en breve anduvo bien y sin embarazo, y hoy día vive sana y robusta (1).

(1) Relación de D. Buenaventura Pou, carta fechada en Juneda el 12 de Marzo de 1884.

María Ana Vigner, señora de conocida piedad, fué un día á nuestra Casa-misión de Vich y dió cuenta al amable Padre Clotet, Superior de la misma, de cómo nuestro P. Fundador la curó maravillosamente. La relación la hizo en estos términos, que á poca diferencia son los mismos con que declaró en el proceso informativo para la introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios. "Era yo, —dice (2) —una jovencita de unos quince años de edad, poco más ó menos, cuando padecía una dolencia de estómago de tan mala índole que llegó á postrarme por completo; el médico desconfiaba de salvarme, y mi abatimiento era tal que los síncopes se sucedían unos á otros con frecuencia. Tan triste estado era efecto de cuatro años de padecimientos en mi enfermedad. Agotados todos los remedios y dando el médico mi muerte por inevitable, una mujer piadosa aconsejó á mi madre me llevase á *Mosén Antón Claret*, diciéndole que éste se hallaba en Vich y hacía curaciones milagrosas. Provista mi madre de cordiales y medicinas, determinó llevarme á dicho sacerdote; y como mi casa dista de la ciudad de Vich unas dos leguas, más bien me arrastró que me acompañó; hubo de auxiliarme varias veces á causa de mis síncopes, y tuvimos que emplear en el camino triple del tiempo necesario cuando se va con paso regular. Llegados á Vich, me presentó mi madre al Siervo de Dios, le explicó mis males, y él le respondió: "Yo no soy médico." Mas luego, dirigiéndose á mí, me encargó tuviera una particular devoción á María santísima, y añadió: "Sé buena cris-„tiana; ya curarás." Nos despedimos, y al pasar la puerta de su habitación me prescribió una poción de hierba de la hidropesía, llamada vulgarmente (en Cataluña) *estirabellas*. En aquel mismo instante me siento curada, recobro las fuerzas y vuelvo á mi casa como si jamás hubiera estado enferma. Viéndolo mi madre, se quedó pasmada, y lo mismo sucedió al médico que me había visitado y á cuantos lo supieron, y seguí con una salud tan perfecta que ni siquiera me acordé

(1) Relación de D. Francisco Mestre, Cura párroco de Falset.
(2) Declaración de María Ana Vigner, natural de la Gleva, arrabal del pueblo de San Hipólito, diócesis de Vich, provincia de Barcelona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de tomar la medicina que el Siervo de Dios me prescribió.„

En la masada llamada de Trías, cercana á la villa de Navata y situada en el obispado y en la provincia de Gerona, un hombre apellidado Pedro Llobet, tenía un hijo de corta edad en triste y miserable estado. Padecía el chiquito hacía ya cuatro ó cinco años una especie de lepra ó herpes corrosiva que le cubría todo el cuerpo, causándole tan horribles y agudos dolores que la pobre criatura daba con frecuencia gritos desgarradores y echaba á correr como un desesperado. No podía ir vestido, ni siquiera podía llevar la camisa; las únicas prendas que cubrían su lastimado cuerpo eran unos pantalones muy anchos y una tela grosera que, echada sobre la cabeza, le llegaba hasta la cintura. Los padres del niño, cansados de hacerle visitar por los médicos y de administrarle medicinas que ningún efecto producían, no sabían ya qué hacerse, cuando una buena persona les aconsejó que lo llevasen al Padre Claret, á quien se atribuían curaciones maravillosas, y que á la sazón se hallaba en Figueras, á poco más de una legua de distancia. No cayó en saco roto el consejo, tanto más cuanto que en aquellos momentos de angustia y aflicción cualquiera remota esperanza venía á ser de algún alivio al amante corazón del padre.

Tomó éste á su hijito, y sin pérdida de tiempo lo llevó á Figueras, adonde llegó cuando el P. Claret estaba dando gracias después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa. Luego que el Siervo de Dios hubo concluído, se le acercó Pedro Llobet y le dijo:

—Traemos á Ud. este hijo para que vea si nos le puede curar.

Levantó el Siervo de Dios la tela que cubría el cuerpecito del muchacho, y al verlo exclamó con gran compasión y ternura:

—¡Pobrecito, cuánto habrás padecido!

—¡Ay, si ha padecido!, —repuso el padre del doliente;— sólo Dios lo sabe y nosotros, que lo hemos presenciado.

Entonces dijo el P. Claret al niño con mucha amabilidad:

—Sé buen cristiano; ya curarás si conviene; yo te encomendaré á Dios.

Esperaba el buen hombre que les hablaría de remedios; y viendo que nada les decía, le expuso que si por sus ocupaciones no podía despacharlos al momento, aguardarían aunque fuese hasta la noche.

—No habéis de aguardar,—replicó el Siervo de Dios;— haced lo que os prescriban los médicos; yo le encomendaré á Dios.

Desconfiados los padres del pobre paciente de alcanzar la salud de éste por medio de los médicos, ya sólo esperaron en las oraciones de *Mosén Antón Claret*, y no fué vana su esperanza; pues fueron éstas tan eficaces que al salir de Figueras el niño recobró la salud, y á los pocos días todos pudieron notar que su carne estaba enteramente limpia, como si nunca tal enfermedad hubiera padecido, lo cual fué en Trías público y notorio (1).

Llamó en Vich mucho la atención otro hecho maravilloso, ya en sí mismo, ya en las circunstancias que lo acompañaron, y que prueba evidentemente las divinas y familiares comunicaciones que al P. Claret concedía la bondad del Señor, no menos que la admirable condescendencia con que siempre atendía las humildes súplicas de su Siervo. Para que la narración resulte más verídica y exacta nos valdremos de las mismas palabras de un fidedigno testigo ocular, sacerdote y hermano del agraciado.

"Tenía yo,—escribe el venerable sacerdote,—un hermano llamado Pedro Oms, al cual, de resultas de una caída, se le produjo una inflamación en los ojos, de la que por fin quedó ciego por espacio de un año. Varios fueron los médicos que le visitaron y muchos los medicamentos prescritos, pero sin resultado, pues los ojos quedaron cerrados enteramente y no se los pudieron abrir ni con medios violentos. Recuerdo muy bien que nuestro entonces cirujano D. José Serra, ahora difunto, probó un día de abrírselos á la fuerza para poder ver cómo estaban por dentro; pero le fué imposible, dándole sólo por resultado el que cayera una gota de sangre de uno de ellos.

„En tan triste estado, y perdida ya la confianza en las prescripciones médicas, mi padre (q. e. p. d.), como amigo del Excmo. Sr. Claret, en aquel entonces Mosén Antón Claret, en razón de servirle de sastre y valerse también de él como de director espiritual, le encomendó eficazmente á sus oraciones,

(1) Noticias recibidas de D. Antonio Casamor y otras personas fidedignas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto que gozaba ya fama de santo y se contaban varias cosas portentosas logradas por su mediación. Yo, que iba casi siempre al lado de mi padre, fuí testigo de cómo varias veces le respondió dándole esperanzas de la curación de mi hermano. Mas le dió un medicamento sencillísimo, que consistía en lavarle los ojos con agua derretida en azúcar piedra, como se lo hizo muchísimas veces, persignándoselos en varias ocasiones y diciéndole: "Ya curarás." En efecto: llegó el día de Viernes Santo del año 1848 (1) próximamente, y mi padre, al hacerle visitar por la mañana un monumento inmediato á nuestra casa, le encargó pidiera á Dios su curación, lo cual hizo mi hermano muy de veras y con mucha instancia. No fué ciertamente su petición infructuosa, pues mientras el P. Claret, haciendo las tres horas de agonía en Nuestra Señora de la Merced, decía en el púlpito: "que, cual Longinos, había entonces quien recobraba la vista en virtud de la sangre de Cristo," estando mi hermano sentado junto á la mesa, donde cosían mi madre y mis hermanas, exclama de repente: "Yo veo este verde del redondel de la mesa; yo veo los otros objetos."

"En efecto: viéronse de repente abiertos sus ojos, en cada uno de los cuales se observó una nube, que si bien le tapaba una parte de la niñeta, con la otra parte podía ver los objetos, aunque no con aquella perfección con que los vemos los que gozamos de buena vista. Para comprobar su aserción se le presentaron varios objetos, entre otros algunas monedas. Se las mostramos como si fueran de otro valor del que en realidad tenían; pero conoció perfectamente el engaño sin equivocar el valor ni las demás circunstancias. Iba solo por todas partes y continuó su carrera eclesiástica, no impidiéndole el estado de su vista el estudio hasta su muerte, acaecida muchos años después del suceso referido. Cualquiera puede figurarse la admiración y alegría de toda la familia, que no sabía explicarse tan raro é inesperado acontecimiento. Subió de punto la satisfacción al venirse en conocimiento de que el cobrar la vista instantáneamente había coincidido con la hora en que el Sr. Claret decía en el púlpito de la Merced, "que cual Longinos, había quien recobraba la vista en virtud de la sangre de Cristo". Corrió luego la noticia de este extraordinario suceso, y parientes y amigos vinieron á felicitarnos por el milagro, que así lo llamaban. No tardamos en ir con mi padre á casa del Sr. Claret á darle noticia de la curación instantánea de mi hermano, cuyo relato escuchó como cosa sabida y sin que le causase admiración ni movimiento que denotara novedad ni curiosidad; antes al contrario, parecía que le mortificaba. Entonces mi padre preguntó: "¿Qué tengo, pues, que responder á los que vienen á felicitarnos, diciendo que es un milagro?" Á lo que él respondió, dirigiéndose á mí: "El niño ya sabe por la Filosofía que milagro es una inversión de las leyes de la Naturaleza; así es que, aun cuando Pedro no hubiera hallado remedio en la medicina, podía, no obstante, llamarlo. Podría decirse,—añadió,—que es una gracia, un favor especial del cielo, al cual debemos estar agradecidos." Tal es, en substancia, el hecho ocurrido con mi hermano Pedro, y que fué tenido por un verdadero milagro, no sólo por mi hermano, sino también por toda mi familia y por las muchísimas personas que vinieron á visitarnos como favorecidos de una manera milagrosa por mediación del referido Siervo de Dios; de modo que no tengo reparo en afirmar que se hizo este hecho público y notorio (1)."

Si el Señor, empero, tanto favoreció al P. Claret concediéndole el don de curar á otros, también algunas veces le manifestó el singular amor que le tenía premiando su apostólico celo con la providencia especial con que miraba por la salud de él mismo y por el modo maravilloso con que algunas veces se la hizo recobrar. Al presente referiré un solo caso acaecido en Barcelona.

A causa, sin duda, de los muchos y largos ratos que pasaba arrodillado en la oración, le salió en la rodilla una lupia, que llegó á irritarse de tal suerte que fué menester hacerle una operación quirúrgica. Hallábase el Siervo de Dios, como solía siempre que iba á Barcelona, hospedado en casa de don Francisco de Asís Bofill, capellán de las religiosas agustinas, llamadas magdalenas, el cual tenía las habitaciones contiguas á la iglesia del convento, existente entonces en la calle de Riera. Aquí fué donde el médico cirujano, Dr. D. José Bofill y Basses, le hizo la operación; hechas en la rodilla las incisio-

(1) Según cálculos del autor de las Memorias, debió ser el de 1847 ó 1850.

(1) Declaración del Rdo. D. Mariano Oms, presbítero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes necesarias, le apartó la piel y le arrancó de raíz la bolsa del tumor causante de la irritación, todo lo cual sufrió el Padre Claret con suma paz y alegría, como si se operara en rodilla ajena. Luego lavó el cirujano la grande abertura, juntó la piel cortada, y con bálsamo, lienzos y vendas se la dejó en disposición de cicatrizarse las heridas y, como era natural, le encomendó en gran manera la quietud y el reposo. Mas apenas el hábil facultativo había salido del cuarto del P. Claret, éste, con aquella ilimitada confianza que en Dios y en María santísima tenía, se levantó, bajó á la iglesia y se puso á oir confesiones. Entretanto, uno de los domésticos fué á su aposento para darle una taza de caldo, y quedó sorprendido al notar que ya no estaba en él, y más cuando supo que se hallaba en la iglesia confesando (1).„

Como su rodilla por este acto, que en otros hubiera sido una imprudencia, no hubiese padecido detrimento alguno después de muchos años de este suceso, el Rdo. P. Clotet, estando de paso en Barcelona, fué á casa del médico cirujano que le había hecho la operación, y le preguntó si, á su juicio, había algo de extraordinario, y le respondió que verdaderamente lo había.

5. Si son para admirar las obras maravillosas con que los santos ejercitaban la caridad para con el prójimo en los bienes corporales y caducos, que al fin y al cabo una vez ú otra se han de perder, son ciertamente más dignas de agradecimiento las obras espirituales de misericordia, con las que se ennoblece y perfecciona la porción superior del hombre, ora arrancando al alma del pecado y poniéndola en camino de eterna salvación, ora apartando los estorbos que más impiden en el hombre la gracia divina, ora, en fin, iluminándolos y disponiéndolos para que de nuevo entren en los senderos de la verdad y se enderecen al verdadero término de nuestra mortal peregrinación, que es la vida eterna y bienaventurada. Antes de narrar los portentos de la gracia obrados por el apostólico celo del P. Claret, y que bien mirados son de mayor trascendencia que cuantos milagros se refieren al trastorno ó mudanza de la Naturaleza, referiremos la liberación de

(1) Testigos: Rdo. D. Carlos Bofill y D. Jaime Bofill, propietario y hermano del anterior.

un jovencito que gemía, al parecer, en el duro cautiverio del demonio por una especie de posesión, peligrosa y molesta para el cuerpo, y mucho más dañosa para el alma.

Vivía en el pueblo de Teyá, obispado y provincia de Barcelona, un muchacho como de catorce á quince años, llamado Juan Gibernau y Sabatés. Estando un día el jovencillo á las siete de la noche en la plaza de la iglesia, en ocasión de entrar en ella el santísimo Viático, que acababan de administrar á una enferma, le sobrevino por primera vez un ataque epiléptico. Repitióle éste después con mucha frecuencia, y uno de los síntomas más extraños y alarmantes que lo acompañaban era una grande repugnancia á los actos de religión, que ni podía él practicar ni sufría verlos en otros. Esta disposición de ánimo llegó á serle habitual, y de un modo particular se sobresaltaba cuando se le quería hacer entrar en la iglesia para oir la santa Misa ó asistir á otra función religiosa. No sabía el joven, cuando en edad madura declaró, á qué atribuir semejante aversión á los actos religiosos, aunque le constaba que los demás le tenían por endemoniado. Esta era, efectivamente, opinión común en el pueblo, á la verdad no del todo infundada, si bien no por esto me decido en absoluto en favor de ella. Lo cierto es que se notaron en él señales, según parece, extraordinarias, como eran hablar un lenguaje que nunca había aprendido y que los del pueblo no entendían, ponerse sobremanera furioso y agitado cuando alguno se santiguaba en su presencia, y lo que es más extraño, cuando por la espalda, y sin que él pudiera advertirlo, ponían sobre su cuerpo alguna cruz, aunque hecha de simples pajuelas; aun cuando parecía estar más distraído en alguna cosa, era imposible sorprenderle con algún signo de religión sin que luego lo echara de ver, y con horribles contorsiones y ademanes manifestara su ira y descontento.

Cualquiera que fuese la causa de tan tristes accidentes en un muchacho criado entre personas religiosas y de costumbres sencillas, lo cierto es que constituían en él una verdadera enfermedad en extremo peligrosa para el alma, y que su curación súbita, hecha del modo que diré con sencillísimos remedios, fué no menos beneficiosa y admirable que la curación de un energúmeno. Como en todo el Principado catalán se había extendido á manera de aura embalsamada la fama de san-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tidad del P. Claret, no se halló mejor remedio para la enfermedad del infortunado joven que el llevarlo á la presencia del Varón de Dios. Puesto el desdichado en un carruaje, y acompañado de cuatro vecinos de Teyá, partió para Barcelona y fué conducido á casa del capellán de las magdalenas, D. Francisco Bofill, en donde estaba hospedado el P. Claret, recién llegado de la ciudad de Vich. Al poco rato de aguardar el enfermo y los que le acompañaban en la sala contigua á la puerta de la habitación, salió un sacerdote, quien les anunció de parte del P. Claret que pasaran adelante. El muchacho se resistía á pasar, lo cual atribuían los otros al temor de que en presencia del Padre le acometiese algún ataque.

Al fin lograron hacerle entrar, y ¡cosa admirable! lo mismo fué estar en la presencia del Siervo de Dios que amansarse como un cordero. El buen Padre, con inefable cariño, puso una mano sobre la cabeza del doliente, y tomando la de éste con la otra, le dijo: "Escucha, hijo; cada dia rezarás el santo Rosario, tres Avemarías á la Madre de Dios, un Padrenuestro al Angel de la Guarda y otro á mi intención. Mañana vas á confesarte; si el confesor te preguntare si estás enfermo, responderás que no; si quisiere saber quién te ha curado, le dirás: Dios nuestro Señor."

Dirigiéndose después á los que le acompañaban, añadió: "Si dentro de algunos dias le repite el accidente, no hagan ustedes caso, que será de poca importancia; pero si fuese como los anteriores, me lo dicen ustedes." A los ocho días le repitió, en efecto, el ataque, pero fué sumamente benigno; y como se lo notificaran al P. Claret, respondió: "Tened confianza; nunca más le vendrá." Y así fué, porque el pobre Juan quedó enteramente libre de aquella terrible enfermedad, y no se cansaba de alabar al Señor, que le había librado de ella por mediación del virtuoso Misionero.

Apenas salió de la presencia de éste pudo ya rezar sin dificultad alguna el santo Rosario en compañía de los otros, siendo así que hasta entcones había sido tan grande su horror á toda clase de devociones (1).

(1) Para que conste la autenticidad del caso pongo aquí los nombres de los testigos y la edad que tenían cuando en 1889 hicieron sus declaraciones delante del señor Cura ecónomo de Teyá.—D. Juan Gibernau y Sabatés, alias *Pirret*, que es el referido joven, quien tenía al declarar la edad de cincuenta y cinco años.—D. Pedro Gibernau y Lladó, de edad de sesenta y siete años, uno de los cuatro hombres que acompañaron al enfermo; los otros tres han fallecido.—Don Salvador Sabater y Botey, de edad de setenta y nueve años.—D. Buenaventura Durán y Mora, de edad de setenta y seis años.—D. Juan Durán y Mora, de edad de sesenta y seis años.—D. Juan Valls y Estaper, de edad de setenta y seis años.—D. Luis Castanyé, de edad de sesenta y nueve años.—Es de advertir que todos estuvieron acordes en sus declaraciones, en especial sobre la creencia pública de que D. Juan Gibernau y Sabatés era energúmeno y de que fué curado por Mosén Antón Claret. Nótese además que por certificación del presbítero D. Joaquín Pibernat, Cura ecónomo de Teyá, consta que los declarantes son personas de piedad y dignas de todo crédito.

6. Señal de grande poderío es el echar el demonio de los cuerpos por medio de la palabra; prueba, empero, incomparablemente más la omnipotencia del Criador arrojarlo de las almas en las que por el pecado mortal tiene su asiento, y á las que, como cautivas, sujeta con cadenas inquebrantables á los esfuerzos del poder humano. Trocar los corazones de los hombres de enemigos en amigos de Dios; de antros pavorosos, albergue de las tinieblas infernales, en templos de luz y de gloria, donde mora con sus dones el Espíritu Santo; de hediondo sepulcro donde yace el alma cual abominable esqueleto de un cadáver, en purísimo y divinal ambiente, donde el espíritu recibe vida inmortal, cosa es más sublime y admirable que crear mil mundos y resucitar los muertos, por más que en ello no reparen los hombres, ora por verificarse en lo escondido del alma, donde no llega la mirada escudriñadora de las criaturas; ora por ser, gracias á la bondad y misericordia del Señor, espectáculo que diariamente se ofrece á nuestros ojos. Mas no por esto es de suyo menos grande el don de convertir las almas y llevarlas al Señor. Si alguno en nuestro siglo lo alcanzó en grado eminente; fué sin duda el Apóstol de Cataluña y de Canarias. Sólo á Dios es conocido el número de almas que arrancó del poder de Satanás con las predicaciones y los demás actos de su celo evangélico. Sin temor de equivocarnos podemos asegurar que en el tiempo que fué simple sacerdote pueden contarse por millares y millares, y otro tanto puede decirse de las que convirtió hasta su muerte, después de haber sido promovido á la dignidad arzobispal. Mas como sería imposible referir las conversiones ordinarias que hizo en sus excursiones apostólicas, me limitaré á dar cuenta de algunas de las extraordinarias que han podido llegar á nuestra no-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ticia, y que de fijo han de ser más del agrado de los lectores.

Iba el Siervo de Dios á predicar á una parroquia no muy distante de Olot, cuando al llegar á cierto punto le salieron al encuentro tres hombres de aspecto feroz, que le gritaron: "Alto, Padre capellán; prepárese Ud., que va á morir.„

No se inmutó el bendito Misionero al verse impensadamente en manos de asesinos; antes con ánimo sereno y blanda voz les dijo: "Voy á predicar un sermón al pueblo de..., donde se celebra la fiesta mayor. Todo está prevenido, y me están aguardando á una hora fija; dejadme, pues, en libertad, que después de haber predicado mi sermón volveré aquí mismo preparado para morir. „

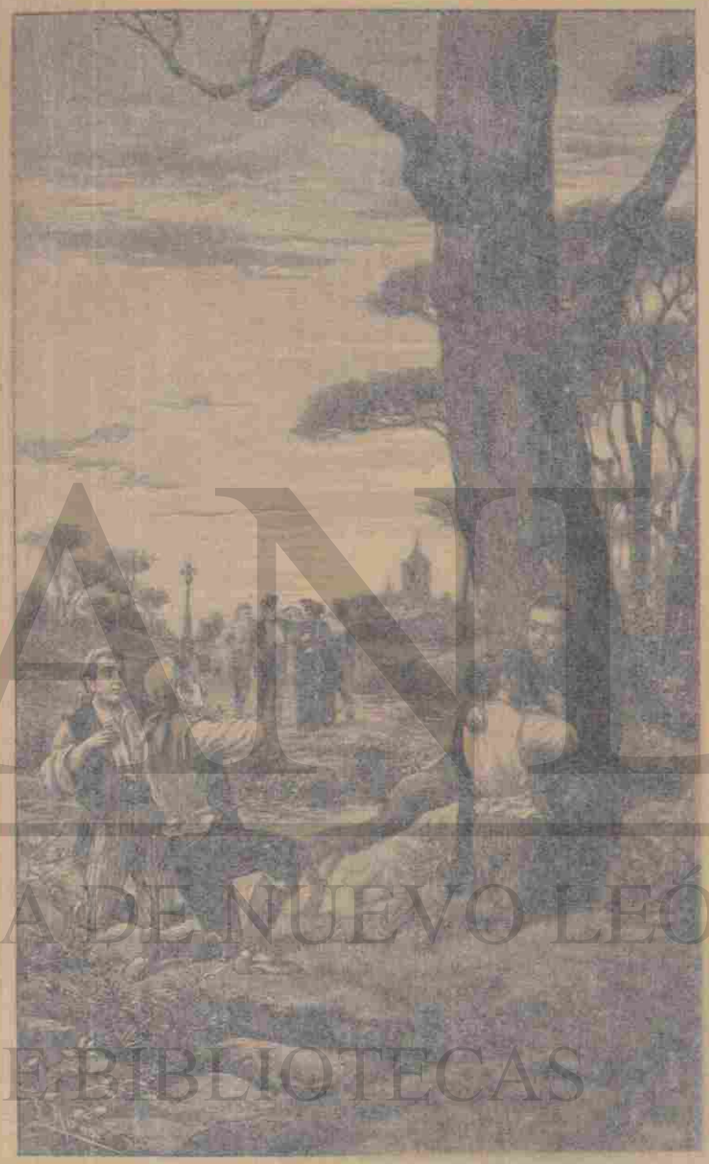
Desarmado uno de los tres al oir estas palabras, que tanta grandeza de ánimo daban á entender, se esforzó en persuadir á los otros que suspendieran por entonces la ejecución del crimen. Resistíanse éstos al principio por temor de ser descubiertos; mas al fin, asegurados por el P. Claret que á nadie hablaría de lo ocurrido, como vieron tanta sinceridad y sencillez en sus palabras, le creyeron y luego le soltaron, pero á condición de que cumpliera la promesa de volver después al mismo lugar.

Valor heroico era menester para cumplir tan escabrosa condición; pero el P. Claret, que nada anhelaba tanto como derramar su sangre por Jesucristo en cumplimiento de su sagrado ministerio, no dudó un momento en ponerla por obra. Predicó, se confesó, y al día siguiente, fiado en Dios nuestro Señor que trocaría los corazones de aquellos hombres desalmados y resuelto á dar la vida por ellos, tornó al lugar donde le habian detenido y se paró un poco; mas como no viese á nadie, echó á andar para volverse; pero luego salieron los tres hombres, que se hallaban escondidos, y le detuvieron de nuevo.

—Ya estoy, amigos mios, - les dijo el P. Claret, —á vuestra disposición, preparado para morir; os doy las gracias por haberme concedido el favor que os pedí.

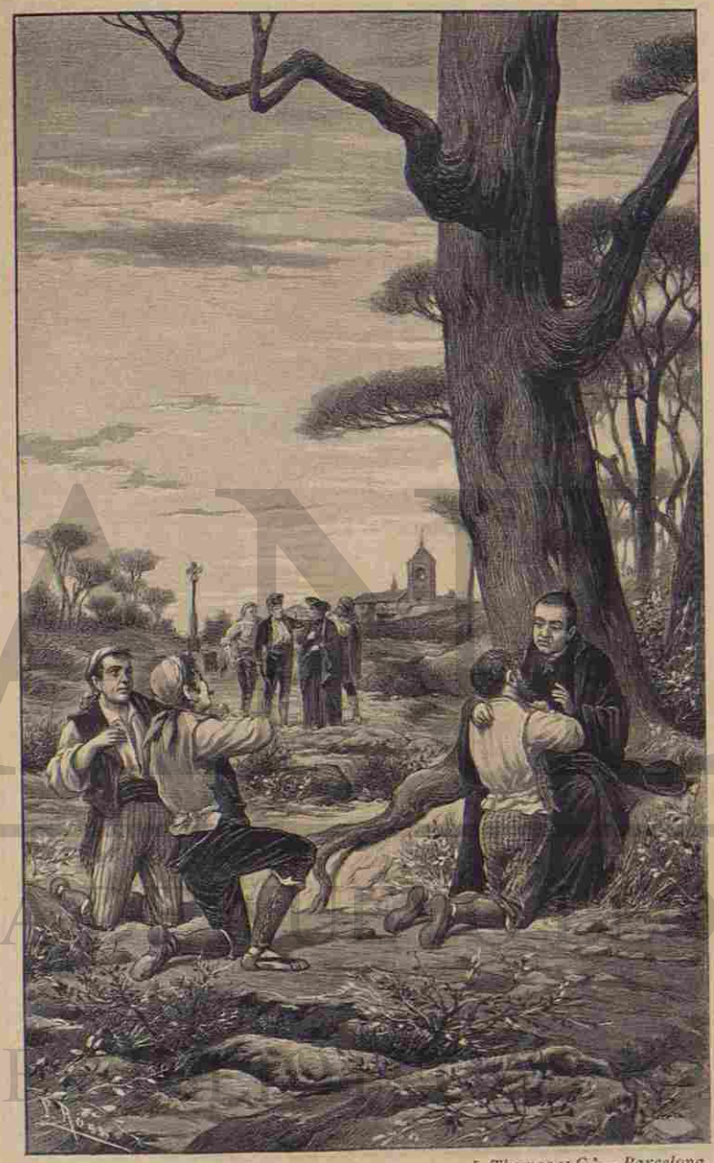
—A la verdad, —respondieron ellos, —que habíamos pensado asesinarle; pero su modo de obrar ha desarmado nuestra cólera y hemos mudado de intento: queremos confesarnos aquí mismo y dejar la vida infame que tiempo ha llevamos.

Confesáronse, en efecto, y desde entonces llevaron una vida edificante y verdaderamente cristiana.



Yendo el Siervo de Dios á predicar á un pueblo le salen al encuentro tres ladrones y los convierte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J. Thomas y C.ª — Barcelona

Yendo el Siervo de Dios á predicar á un pueblo le salen al encuentro tres ladrones y los convierte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ingenioso autor de las Memorias, después de referir este hecho tan extraordinario, cuenta así el modo como llegó á su noticia y las diligencias que hizo para averiguar la verdad de él: "Este rarísimo suceso se me había referido siendo yo estudiante, al cual no di crédito ni dejé de darlo, quedándome con la duda. Después de fallecido el Siervo de Dios me lo contó el ilustrado y celoso presbítero D. Juan Guitart, caballero del Santo Sepulcro, de nación español, pero residente en Perpignan, explicándome las fuentes de donde lo sacó, que por cierto eran purísimas. Mas habiéndoseme dicho que algunos individuos de sano criterio lo ponían en tela de juicio y no acababan de creerlo por parecerles algo inverosímil, quise oir el parecer de uno de los familiares que más estuvo con el Siervo de Dios y que más estrechas relaciones había tenido con él en los veinte últimos años de su vida, el presbítero D. Paladio Currius, y me respondió que el mismo señor arzobispo Claret se lo había referido (1)."

Dando Misión el P. Claret en la villa de Alforja, obispado y provincia de Tarragona, hizo una conversión extraordinaria que metió mucho ruido en la población y fué luego causa de muchas otras. Vivía en ella un propietario, por nombre don Miguel Ribas, acérrimo propagandista de errores contra la fe y la sana moral. Había sido en otro tiempo muy buen cristiano y de conducta ejemplar, de tal suerte que no se pasaba año sin hacer algunos días de ejercicios, para provecho de su alma, en Escornalbou, célebre convento de Padres Franciscanos, en donde residía un cuñado suyo religioso. Era de imaginación muy exaltada, y sus tendencias pseudo-místicas le indujeron en gravísimos errores. Tan pronto como aquellos buenos frailes observaron en el ejercitante algunos peligrosos síntomas de trastorno moral, se esforzaron en traerle al buen camino con algunas instrucciones y avisos que le dieran á entender la verdadera doctrina y le sirvieran de preservativo contra la mística heterodoxa, en la que estaba expuesto á caer; mas el hombre tomó tan al revés la doctrina, que sólo sirvió para afianzarse más en su propio juicio y no dar crédito á sacerdote alguno.

Llena la cabeza de ilusiones se presentó con ínfulas de re-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

formador, y sin más comenzó á sembrar entre los fieles la cizaña de su nueva doctrina. Fingía tener largas oraciones, y que en ellas comunicaba familiarmente con Dios y con los habitantes del cielo, del purgatorio y del infierno. El hombre, según él, debía guiarse únicamente por la divina inspiración comunicada allá en lo escondido del alma por el soplo del Espíritu Santo, y así, como dogma principal de su nuevo credo, rechazaba toda humana obediencia. Nadie, á su entender, debía obedecer al hombre, ni el criado á su amo, ni el hijo á su padre, ni la mujer á su marido. Rotos los vínculos de toda humana sociedad debía el cristiano estrechar más y más su unión con el Criador para merecer de Él las sobrenaturales ilustraciones que le encaminaran en el sendero de la vida, para lo cual decía ser necesaria la comunión cotidiana, pero tomada, no en ayunas, como prescribe la Iglesia, sino después de haber tomado alimento, como lo hicieron Jesucristo y sus Apóstoles.

Semejantes á estos dislates, fué el hombre propalando otros cada vez mayores; y como era rico y aparentaba practicar con estrechez las virtudes evangélicas, tuvo en el pueblo muchos secuaces, los cuales no tardaron en superar á su maestro en malicia y atrevimiento, no sin grave daño de la fe y de las buenas costumbres.

Cuando el Siervo de Dios dió en el pueblo la Misión, el heresiarca D. Miguel fué á oirle por curiosidad; pero el Señor, que quería usar con él de misericordia, le tocó el corazón con su divina gracia, y tan de veras que el buen hombre resolvió mudar de vida y reparar en lo posible sus escándalos. Para esto hizo retractación de todos sus errores con escritura pública hecha en presencia del párroco y de once testigos escogidos de lo mejor y más honrado de la villa. Su conversión fué muy sincera, como lo demostró el buen ejemplo que en adelante dió á los mismos á quienes había escandalizado, con lo que logró que varios de ellos le imitaran en la penitencia, como le habían imitado en el pecado (1).

(1) He aquí una copia de la escritura de retractación del Sr. Ribas: "En la casa vicaría de la villa de Alforja, á los 20 de Febrero de 1847, y ante el reverendo D. Antonio Sabater, Vicario perpetuo, y D. Antonio Claret, Misionero apostólico, que daba Misión en dicha villa, y de mí, el escribano, y de los testigos infrascritos, pareció en persona el Sr. D. Miguel Ribas y Llaveria, hacendado de la propia villa, y dijo: Que convencido de las razones alegadas por el sobredicho

Tales fueron, en compendio, algunas de las cosas maravillosas con que el Señor autorizó la palabra de su enviado, haciéndola producir copiosos frutos de penitencia y santidad. Otras muchas parecidas hemos oído referir á personas respetables, que nos merecen entero crédito por su ilustración y reconocida piedad; mas no constando, como las anteriores, en documentos escritos é irrefragables, nos abstenemos de contarlas por no hacernos eco de rumores que pudieran creerse infundados, tanto más cuanto que no es necesario acudir á vanas conjeturas ni á caprichosas leyendas para presentar al P. Claret con el prestigio que dan á los santos los milagros, ni ganaría gran cosa el nombre del Siervo de Dios con añadir á su vida mayor número de hechos más ó menos maravillosos; antes perdería no poco mezclando lo dudoso con lo cierto, y lo que parece forjado en la imaginación popular, tan propensa á la leyenda, con lo que acredita la historia ayudada de la más severa y escrupulosa crítica.

Algunos otros hechos no menos portentosos veremos en los años que de la heroica vida del fervoroso Apóstol de este

D. Antonio Claret; conociendo que cuanto había pensado, dicho y hecho acerca de la Religión y dogma católico contenía errores, pasa por la misma razón á retractarse con toda la formalidad de derecho, y declara que desea vivir y morir en el gremio de la Iglesia católica, y que no solamente se retracta de sus errores, sino que también se arrepiente del mal ejemplo y del escándalo que ha causado á algunas almas incautas, y que procurará, como promete, con el buen ejemplo atraer al gremio de la Iglesia á los desviados, y al propio tiempo se somete de nuevo á las disposiciones del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Tarragona; pues que si hasta el presente no le había obedecido, de aquí en adelante promete obedecerle como hijo de la Iglesia católica y discípulo de Jesucristo, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Para firmeza de lo referido hipoteca todos sus bienes habidos y por haber, renunciando á cualquier ley y derecho en su favor en la que se prohibe la general renunciación. Y jura por Dios nuestro Señor guardar y cumplir lo contenido en esta escritura, que fué hecha en la fecha, casa y villa arriba expresadas, siendo testigos el Rdo. D. José Miravall, ecónomo de la villa de Aleixard, el Rdo. D. Manuel Vilaró, presbítero; D. Francisco Jori, alcalde constitucional; D. Domingo Mariné, hacendado; D. Sebastián Aymamí, secretario del magnífico Ayuntamiento; D. José Raull, D. José Besora, D. Francisco Vidal, D. Juan Boronat, hacendados, éste de las Borjas del Campo y los demás de la presente villa. Y el otorgante, con los Rdos. Sabater, Claret y testigos lo firmaron de su propia mano, de que y de su conocimiento el infrascrito escribano doy fe. = Miguel Ribas. = Antonio Sabater, presbítero. = Francisco Jori. = Domingo Mariné. = Sebastián Aymamí. = José Raull. = José Besora. = Francisco Vidal. = Juan Boronat. = Ante mí: Francisco Estibilla, escribano. — Concuerda con el que queda en mi registro, y requerido lo firmo y signo bajo este sello, cuarto en Alforja, en donde resido, y día de su otorgación. = Lugar ✠ del sello. = Francisco Estibilla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siglo nos quedan aún por recorrer; pero basta ya lo dicho para que el lector se forme alguna idea de la elevada misión que confió al P. Claret la divina Providencia, y de los felices resultados que podían esperarse si su benéfica obra se perpetuaba con la fundación de alguna Orden religiosa.

CAPÍTULO XI

DE LAS OBRAS QUE PUBLICÓ Y DE LAS INSTITUCIONES QUE FUNDÓ Y AFIANZÓ EN ESTE TIEMPO

1. Escritos del P. Claret. — Advertencia general á todos ellos. — Opúsculos y hojas volantes. — *Camino recto:* extraordinaria aceptación que tuvo y fruto que ha hecho. — *Catecismo explicado con láminas:* su excelencia y ediciones que de él se han hecho. — Actividad asombrosa que prueban sus escritos. — 2. Fundación de la Librería Religiosa. — Cómo nació en el Siervo de Dios semejante proyecto. — Sus orígenes. — Cómo quedó organizada. — El Dr. Caixal y el P. Claret. — Importancia que tuvo en su tiempo la Librería Religiosa, y bienes que por su medio se consiguieron. — Defensa de sus colaboradores contra los que los acusaron de corruptores del lenguaje. — Ingratitud de los impresores con el Siervo de Dios. — Pío IX le felicita por la fundación de la Librería Religiosa. — 3. Fundación de la Sociedad contra la blasfemia. — Las Hijas del Corazón de María ó las *Religiosas en sus casas.* — Fin de esta institución. — Organización de la misma. — Correspondencia interesante sobre ella con el Dr. Caixal. — Origen del regalado título de Hijos ó Hijas del Corazón de María. — Cómo el Señor lo inspiró primeramente al P. Claret. — Influencia que ejerció el P. Claret en la fundación de las *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, del Sr. Masmitjá. — Noticias importantes sobre esta fundación. — 4. Cómo cooperó al incremento de otras Sociedades. — La Virgen le escoge por apóstol del santo Rosario. — Cómo propagó con todas sus fuerzas la Archicofradía del Corazón de María, y de la obrita que sobre ella escribió.

1. Difícilmente se hallará en la historia eclesiástica, aunque hagamos entrar en ella á los santos, quien en medio de los continuos trabajos del ministerio apostólico haya publicado tantas obras de propaganda católica y recogido con ella tan abundantes frutos como nuestro amado Fundador. No diré que el P. Claret sea modelo de escritores por lo que atañe al lenguaje y por algunas pequeñas imperfecciones de estilo; mas aun así, es tal la riqueza de su doctrina, resplandece tal prudencia y discreción en la elección de los asuntos y de las razones en que los apoya, tuvo tal acierto en basarse en los autores más sólidos en todos los ramos del humano saber, y supo amenizar y dar originalidad á sus obras con tal copia de compa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siglo nos quedan aún por recorrer; pero basta ya lo dicho para que el lector se forme alguna idea de la elevada misión que confió al P. Claret la divina Providencia, y de los felices resultados que podían esperarse si su benéfica obra se perpetuaba con la fundación de alguna Orden religiosa.

CAPÍTULO XI

DE LAS OBRAS QUE PUBLICÓ Y DE LAS INSTITUCIONES QUE FUNDÓ Y AFIANZÓ EN ESTE TIEMPO

1. Escritos del P. Claret. — Advertencia general á todos ellos. — Opúsculos y hojas volantes. — *Camino recto:* extraordinaria aceptación que tuvo y fruto que ha hecho. — *Catecismo explicado con láminas:* su excelencia y ediciones que de él se han hecho. — Actividad asombrosa que prueban sus escritos. — 2. Fundación de la Librería Religiosa. — Cómo nació en el Siervo de Dios semejante proyecto. — Sus orígenes. — Cómo quedó organizada. — El Dr. Caixal y el P. Claret. — Importancia que tuvo en su tiempo la Librería Religiosa, y bienes que por su medio se consiguieron. — Defensa de sus colaboradores contra los que los acusaron de corruptores del lenguaje. — Ingratitud de los impresores con el Siervo de Dios. — Pío IX le felicita por la fundación de la Librería Religiosa. — 3. Fundación de la Sociedad contra la blasfemia. — Las Hijas del Corazón de María ó las *Religiosas en sus casas.* — Fin de esta institución. — Organización de la misma. — Correspondencia interesante sobre ella con el Dr. Caixal. — Origen del regalado título de Hijos ó Hijas del Corazón de María. — Cómo el Señor lo inspiró primeramente al P. Claret. — Influencia que ejerció el P. Claret en la fundación de las *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, del Sr. Masmitjá. — Noticias importantes sobre esta fundación. — 4. Cómo cooperó al incremento de otras Sociedades. — La Virgen le escoge por apóstol del santo Rosario. — Cómo propagó con todas sus fuerzas la Archicofradía del Corazón de María, y de la obrita que sobre ella escribió.

1. Difícilmente se hallará en la historia eclesiástica, aunque hagamos entrar en ella á los santos, quien en medio de los continuos trabajos del ministerio apostólico haya publicado tantas obras de propaganda católica y recogido con ella tan abundantes frutos como nuestro amado Fundador. No diré que el P. Claret sea modelo de escritores por lo que atañe al lenguaje y por algunas pequeñas imperfecciones de estilo; mas aun así, es tal la riqueza de su doctrina, resplandece tal prudencia y discreción en la elección de los asuntos y de las razones en que los apoya, tuvo tal acierto en basarse en los autores más sólidos en todos los ramos del humano saber, y supo amenizar y dar originalidad á sus obras con tal copia de compa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

raciones sencillas, sí, pero aplicadas con sumo tino y delicadeza, que bien merece digamos algo de los principales escritos que durante su vida de Misionero publicó, pues sería enojoso enumerarlos todos siendo tantos y andando en manos de innumerables fieles.

Antes de darlos á conocer, bueno será pararnos un instante á referir la ocasión que le obligó á tomar la pluma para no soltarla ya más en la larga carrera de su vida.

Acababa un día de dar ejercicios espirituales á las monjas de un convento de Vich, en los cuales, como de costumbre, la unción de su palabra había reanimado el fervor de las religiosas. Deseosas éstas de conservar de un modo fijo y permanente las palabras de vida que de los labios del Siervo de Dios habían oído y que tan provechosas habían sido para sus almas, le pidieron con mucho encarecimiento que les dejara por escrito las principales reglas de perfección que tan divinamente les había explicado. Atendiendo nuestro Padre al piadoso deseo de aquellas monjas, tomó la pluma y anotó brevemente los consejos más importantes que deben tenerse á la vista para adelantar y conseguir en poco tiempo la perfección. No juzgó el Siervo de Dios en su humildad haber escrito una verdadera obrita que podía ser de utilidad á muchas personas, y así su intento era dejar aquellos apuntes á las religiosas para que una tras otra se los fueran copiando. Mas antes de realizar su intento enseñó lo que había escrito al Dr. D. Jaime Passarell, íntimo amigo suyo, secretario del muy ilustre señor Vicario capitular y sacerdote de virtud y ciencia no comunes, el cual, en su mucha discreción, aconsejó á nuestro Padre que hiciera imprimir aquellos apuntes, con lo cual, á más de evitar no pequeña molestia á las religiosas por el trabajo de copiarlos, conseguiría hacerlos extensivos á otros conventos. Repugnó al principio el Siervo de Dios por no creerlos dignos de imprimirse; mas al fin, convencido de que en ello haría servicio á nuestro Señor, dióles á luz con el título de *Reglas de espíritu para las religiosas.*

Deseoso de contrarrestar la propaganda impía de las sectas y de los enemigos de toda moral y religión, comenzó después á publicar una serie de opúsculos, en los que, con admirable concisión, claridad y solidez, daba avisos utilísimos á toda clase de personas de cualquier condición social para vivir cristianamente y con perfección en su respectivo estado. De aquí nacieron sus opúsculos *Avisos á los jóvenes, á las doncellas, á los padres de familia, á los casados, á las viudas, á los niños, á los militares*, etc. Como el único fin que en sus obras se proponía era la gloria de Dios y la salvación de las almas, y no el vano contentamiento de los hombres, no pasaba mucho tiempo en limar sus escritos y en hacer resaltar en ellos primores literarios, sino que escribía con llaneza y verdad, aunque envuelta siempre en la llama de su abrasado celo, que tan bien se trasluce en todas sus frases. Si hubiera atendido al gusto de los que se precian de literatos y cultiparlistas, no hubiera acaso publicado ni la tercera parte de las obras que dió á luz, y por contentar á unos pocos hubiera perdido innumerables almas que por medio de ellas se han convertido.

No es de reprobar la literatura, ni mucho menos; pero hay vocaciones para todo, y de ordinario la vocación de los santos, cuando no les favorece la época clásica en que nacieron, no les deja tiempo para emplearlo en esas menudencias de lenguaje y estilo que, si son de alguna importancia para el arte, sonlo muy poco para la salvación de las almas cuando no son obstáculo para ella, ora por la vanidad que fácilmente se engendra en los escritores, ora por la hinchazón de estilo en que caen con frecuencia, ora por la frialdad con que suelen redactarse semejantes trabajos.

Entiéndase bien que no reza lo que digo con los defectos substanciales del estilo, como son la naturalidad, la claridad, el orden y ese calor del alma que suele dar vida á las palabras y á las frases, y penetra suavemente en el corazón de los lectores, no sólo ilustrando la inteligencia, mas principalmente moviendo y encendiendo la voluntad; que estas cualidades antes resplandecen mucho más en los escritos de los santos que en los de cualquier otro autor que no lo sea, porque aquéllos sienten verdaderamente lo que dicen, hablan con naturalidad y sencillez, pues no cabe en ellos fingimiento de ninguna especie; proceden siempre con orden porque, iluminados de Dios, suelen ver las cosas tal cual son ellas, y saben dar á cada una su verdadero valor, y más tratándose de cosas de espíritu, y lo que mayormente atrae en sus obras, escriben con tan divina unción, con tal fuego de caridad, que sus palabras y sus frases verdaderamente llegan al alma y no paran tan sólo en regalar

los sentidos. Esto se echa de ver con toda claridad en los escritos de los Santos Padres, así griegos como latinos; pues si se exceptúan algunos pocos que florecieron en épocas más cercanas á la edad de oro de sus respectivas literaturas, todos los demás no son modelos en el decir, y, sin embargo, son lumbreras de la Iglesia por sus obras, que tienen á gala comentar ó ilustrar los varones más esclarecidos; porque si bien es cierto que no se halla en ellos aquella pureza de lenguaje que sólo los muy estudiosos saben apreciar, ni aquel rigor con frecuencia exagerado de los que de retóricos se precian, resalta en ellos la encantadora sencillez, madre del buen gusto; la solidez y riqueza de la doctrina, origen de la sabiduría, y el divino fuego del amor, alma de la verdadera elocuencia. Por esto entre las personas del pueblo y entre los que saben apreciar las verdaderas dotes literarias serán siempre leídas con gusto y aprovechamiento sus numerosas obras, y aun preferidas á las que intentan figurar con pretensiones literarias.

Así, efectivamente, ha sucedido con los numerosos opúsculos y obras del P. Claret, que han sido y son aún leídos entre el pueblo y entre las personas de ciencia y de buen gusto con interés y aprovechamiento, á pesar de los pequeños defectos literarios de que adolecen. El mismo Siervo de Dios, en sus *Apuntes biográficos,* nos descubrió el modelo que se propuso imitar en su estilo con estas palabras: "Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación; ¡qué semejanzas!, ¡qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo.„ Y si se empapó bien en él ó no, dícenlo claramente todos sus sermones y sus obras, y el inmenso fruto que de este modo hizo en las almas.

Hecha esta advertencia general á los escritos del Siervo de Dios, no puede menos de causar maravilla la rapidez con que en medio de sus tareas apostólicas iba publicando uno tras otro opúsculos y obritas adaptadas á las necesidades de los tiempos y de los países en donde ejercía su divino ministerio. Era entonces muy frecuente en Cataluña el abominable vicio de la blasfemia, de modo que no parecía sino que los espíritus infernales se habían aposentado en las lenguas de los maldicientes; para cortar de raíz costumbre tan execranda escribió una hoja volante con remedios eficacísimos contra ella, y la distribuyó con profusión por todas partes.

Lo mismo hizo para coartar el vicio de la impureza, triste herencia de todas las edades, pero señaladamente de la nuestra, tan corrompida y afeminada por el execrable género de literatura hoy tan en boga. Para combatir los escándalos que de los cantares obscenos resultaban imprimió y distribuyó muchas hojas sueltas con cánticos espirituales, que los muchachos con facilidad y gusto aprendían y en señaban luego á los demás.

En todas las hojas y opúsculos solía poner una imagen de la Virgen con una oracioncilla, que empezaba siempre por estas palabras: "¡Oh Virgen y Madre de Dios!„; á lo cual le movían dos razones principalísimas: la primera, porque la devoción á la santísima Virgen es remedio universal y eficacísimo para todas las necesidades del alma; y la segunda, porque en las palabras Virgen y Madre de Dios se encierra un maravilloso compendio de las grandezas de María, y así agradan sobremanera á esta celestial Señora.

Tenía nuestro Padre singular ingenio para dar títulos curiosos y llamativos, al par que adecuados, á sus obritas y opúsculos, como lo prueban los llamados *Galería del desengaño, El rico epulón, La verdadera sabiduría, La cesta de Moisés entre las siete bocas del Nilo, Talentos de la oración, La escalera de Jacob y la puerta del cielo, Maná del cristiano,* y otros muchos que sería largo enumerar.

Como en uno de los apéndices á la Vida pondremos, Dios mediante, el catálogo de sus obras, sólo haré aquí mención de las dos que por este tiempo más llamaron la atención de los inteligentes. Una de ellas, y la principal, es el *Camino recto y seguro para llegar al cielo.* Es un librito en 16.º, de 500 á 700 páginas, según las ediciones, devocionario completísimo escrito con divina unción, y que comprende un calendario perpetuo, los ejercicios cotidianos del cristiano, el modo de recibir con fruto los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, las promesas hechas en el Bautismo, el método para oir devotamente la santa Misa, varias devociones á la santísima Trinidad, al santísimo Sacramento y á María santísima, el ejercicio del *Via Crucis,* el modo de imitar á Jesucristo llevando la cruz por medio de la mortificación y de la paciencia, varias devociones, avisos, máximas y ejemplos, remedios espirituales para curar de varios vicios, indulgencias,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reflexiones para los enfermos, y otras prácticas de muchísima importancia.

Fué primeramente publicado en catalán, y luego en castellano por el mismo autor, y ahora está traducido también al vascuence para que se aprovechen de él todos los individuos de raza española. El éxito alcanzado por este devocionario, aunque inferior á otros en méritos literarios, parece fabuloso. En 1883 aseguró el impresor de la Librería Religiosa que estaban para hacer de él una tirada de 10.000 ejemplares, y que todos los años debían hacer lo mismo. Más de cincuenta ediciones se han hecho en sola esta imprenta, y cada año salen nuevas en Barcelona, Madrid y otros puntos; de manera que apenas se hallará fiel ó devoto en toda España, y aun en las Repúblicas americanas que fueron antes nuestras colonias, que no conozca y posea ese precioso libro. ¿Cómo se explica semejante fenómeno? Primeramente á Dios debe atribuirse este soberano impulso que mueve á toda suerte de personas á tomar dicho devocionario, y luego al desinterés y á la santidad de su autor. El fruto inmenso que en toda España ha producido no seré yo quien lo haga ver, pues acaso alguno me tuviera por parte interesada, sino que lo dejaré referir á quien por propia experiencia lo ha conocido, y no es, por ningún concepto, parte en el asunto. Refiérome al testimonio del presbítero D. Francisco de Paula Rodríguez, sacristán mayor de la iglesia de San Felipe, en Málaga, el cual, en oficio dirigido á su Prelado entre otras cosas, le dice lo siguiente:

"También debo manifestar á V. E. I. que me constan, por el ejercicio diario del confesonario á que estoy dedicado, los abundantísimos frutos que sacan los fieles de la lectura del devotísimo libro compuesto por el venerable arzobispo Claret, titulado *Camino recto y seguro para llegar al cielo,* así como igualmente debo decirle que son muchas las almas que se han visto libres de las garras de Satanás y han abandonado el camino de perdición eterna, haciendo una confesión general de toda su vida, con señales muy evidentes de grande arrepentimiento, después de haber hecho muchas confesiones y comuniones sacrílegas por ocultar pecados mortales por miedo ó vergüenza, y mudando por completo de vida, siendo todo esto debido á la lectura del devotísimo libro ya mencionado. Por las referidas razones ya expuestas me tomo la libertad

de manifestar á V. E. I., ya que tanto le distingue el celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, lo conveniente que sería recomendase por medio del *Boletín Eclesiástico* á todos los párrocos, predicadores y confesores de la diócesis que hiciesen saber á los fieles en el púlpito y en el confesonario la grande utilidad y aprovechamiento espiritual que reporta á las almas su lectura, y lo convenientísimo que es su adquisición por toda clase de personas, aun para los más rudos é ignorantes (1). „

La obra de mayor mérito que compuso por este tiempo fué sin duda el *Catecismo explicado con láminas,* adaptado á la inteligencia de los niños y de los rudos. Amenísimo por las muchas ideas que contiene, sacadas de las historias natural, sagrada y eclesiástica, sobremanera instructivo por el orden y claridad con que están expuestas, y utilísimo para la enseñanza de las verdades de la Religión por ponerlas como al alcance de los sentidos por medio de símbolos muy adecuados y de ingeniosas explicaciones, es, sin duda, una obra que por sí sola probaría el talento más que ordinario del P. Claret. ¿Por ventura el ingenio sólo se muestra en los conceptos alambicados de la Metafísica ó en las cuestiones de la Teología dogmática? ¿No es acaso menester talento, y gran talento, para hacer comprender las verdades altísimas de la fe á las inteligencias más rudas, para adaptarlas á su escasa comprensión sin salirse del dogma? El filosófico proverbio *lo que bien se concibe bien se expresa* da claramente á entender que es imposible manifestar con sencillez y con abundancia de símiles y comparaciones adecuadas una verdad sin tener antes clarísima inteligencia de ella; y así vemos que la Eterna Verdad, para hacerse comprender de los hombres, se manifestó por medio de ejemplos y parábolas que llevan en sí mismas el sello de la Sabiduría infinita.

Fué el *Catecismo explicado* el primer libro impreso por la Librería Religiosa, y al anunciarlo en la prensa el sabio director de la *Revista Católica,* que después fué obispo de Barcelona, hacía de él con razón el siguiente elogio: "Es preciosísimo; por medio de 40 láminas grabadas en boj se ponen al alcance de los más rudos las más sublimes verdades y los más

(1) Oficio del 26 de Diciembre de 1879.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recónditos arcanos de nuestra santa Religión. Es admirable el modo con que el celoso Misionero explica el símbolo de los Apóstoles, los Mandamientos de la Ley de Dios, los Sacramentos y las principales partes que debe saber el cristiano.„

Hiciéronse de este libro en poco tiempo 17 ediciones en castellano y una en catalán, que juntas suman 128.000 ejemplares.

Como dato curioso de la aceptación que tuvieron sus escritos y del incalculable bien que hizo con la difusión de ellos, baste saber que sólo los ejemplares de los opúsculos y obritas que compuso cuando simple Misionero, sumadas las distintas ediciones desde 1848 hasta 1866, ascienden á la enorme cifra de 1.943.000, sin contar las hojas volantes, de las cuales se hacían ediciones mucho más numerosas. ¿Qué escritor, en tan poco tiempo, pudo ver tan prodigioso número de ejemplares de sus obras?

Y para terminar por ahora este asunto del modo que lo comencé, pregunto: ¿De dónde sacaba el tiempo para dar á luz tantas obras con tal copia de doctrina y acerca de tan diversos asuntos? El dia lo pasaba enteramente consagrado al ejercicio de su apostólico ministerio; gran parte de la noche la empleaba en la oración; algún tiempo, aunque muy corto, lo dedicaba al descanso; ¿dónde, pues, hallaba el tiempo suficiente para componer tantas obras, que por sí solas bastarían á ocupar la vida entera, aunque larguísima, de un hombre? ¿Y cómo podía leer los muchos y voluminosos libros que leyó? Porque sus obras no exponen á secas la doctrina católica, sino que están sembradas de erudición poco común, de sentencias de la Escritura y de los Santos Padres, de ejemplos tomados de las historias sagradas y profanas, de dichos de personajes ilustres, y todo ello con tal orden y claridad, que parece labor de mucho tiempo antes preparada y digerida con la meditación y el discurso. Aquí está el gran misterio y lo que naturalmente apenas se explica. Un solo ejemplo traeré aquí para hacer ver la madurez y reflexión con que están escritos los opúsculos del P. Claret, y para que resalte más, ó su grande ingenio, ó, si se quiere, la divina ilustración con que el Señor le favorecía, y éste será el 25 de los Avisos que escribió á los sacerdotes, porque en él veremos á la vez confirmado teórica y prácticamente cuanto llevamos dicho acerca del estilo del P. Claret.

"Si la caridad, —dice, —la necesidad ó el mandato de tu superior te llama al ministerio de la divina palabra, retírate antes; como el divino Maestro, á orar en la soledad para adquirir meditando en las penas de Jesús crucificado aquella ciencia del corazón, sin la cual tu palabra sería como el sonido de la campana. Guárdate de contaminar la palabra de Dios poniendo más cuidado en la sublimidad del estilo, en las flores y en otras palabras del humano saber, de las cuales sólo hace pompa y vanidad quien se predica á sí mismo; que en los afectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios, *in ostensione spiritus et virtutis*... Asimismo tendrás presente lo que sienten Doctores graves acerca de aquellos predicadores que cuidan más del adorno de la oración que de la reforma de las costumbres... El P. Miranda los llama *azotes de la Iglesia;* el P. Jerónimo López, *peste de la cristiandad;* el P. Diez, *verdugos del Evangelio;* el venerable Gaspar Sánchez, *los mayores perseguidores de la católica Iglesia*... Procura instruir en la fe y en la ley, pinta amabilísima la virtud y abominable el vicio, estudia para mover el corazón empedernido de los pobres pecadores con toda especie de argumentos de razón y de fe, y más aún con la llama del amor y del santo celo.„

Otro opúsculo importantísimo compuso en este tiempo con el título de *Las religiosas en sus casas, ó las Hijas del santísimo é inmaculado Corazón de María;* mas es tal la conexión que tiene por razón de su título con la fundación de nuestra Congregación, que me reservo hablar de él más extensamente en otra parte.

2. Entre las obras gigantescas que para el divino servicio llevó á cabo el P. Claret cuando simple sacerdote Misionero, hablaremos primeramente, por la relación que tiene con lo que se ha dicho de sus opúsculos, de la Librería Religiosa, la cual por sí sola hubiera bastado á inmortalizarle y á hacerle acreedor al agradecimiento de todos los buenos españoles.

Apenas habrá habido hombre en nuestra época que, como nuestro bienaventurado Padre, haya sabido aprovechar en tan alto grado, para la gloria de Dios y de la salvación de las almas, los adelantos modernos y hasta las tendencias más ó menos peligrosas de la actual sociedad. La fatal libertad de imprenta, tristemente proclamada en España tantos años hace, abrió en nuestro suelo un nuevo campo de lucha entre los hijos de la luz y los de las tinieblas. La facilidad de propagar las buenas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y las malas doctrinas excitó el hambre de leer en los que hasta entonces se habían contentado con los conocimientos científicos y religiosos que, por tradición, en sus villas y aldeas recibían. Mas, desgraciadamente, el espíritu del mal supo aprovecharse harto mejor para sus torcidos fines de tan fácil medio de propaganda que el espíritu de los buenos, los cuales, aunque bien intencionados, eran con frecuencia demasiado débiles para vencer las arduas dificultades que á su gloriosa empresa se ofrecían.

Los hombres perversos llevaban ya por delante, como recomendadores de sus asquerosas producciones literarias, las pasiones desordenadas del corazón humano, á las que ellos halagaban con el cebo del interés y con las rosas efímeras, pero deslumbradoras, de los terrenales deleites. Á esto se juntaba que, hollando más ó menos descaradamente las ideas de la sana moral, no paraban en los medios para el logro de sus malvados fines. Á tal conjunto de circunstancias debióse humanamente la desmoralización, que poco á poco fué cundiendo en las más solitarias aldehuelas; la extinción de la fe en algunos corazones y el amortiguamiento de la misma en casi todos ellos; el olvido de los bienes eternos y el hambre de gozar acá en la tierra; el andar en busca de nuevas impresiones para variar los placeres del sentido y apartar de ellos el tedio y fastidio que consigo traen la inconstancia y debilidad de los caracteres por el excesivo desenvolvimiento del sistema nervioso; el aburrimiento de los estudios serios y el furor por los superficiales.

Todo esto conocía muy bien nuestro venerable Fundador, y deseaba á todo trance remediarlo. "La lectura de los buenos libros,—escribe en sus notas biográficas,—es en el día una necesidad, porque hay delirio por leer; y si la gente no tiene buenos libros, leerá forzosamente los malos. Son los libros verdadero manjar del alma; y á la manera que el cuerpo hambriento se nutre con la comida sana y provechosa, y se perjudica no poco con la que está emponzoñada, así el alma con la lectura de buenos libros, convenientes á su estado y condición, se alimenta y aprovecha en la virtud; mas empeora en las costumbres y en las creencias con la lectura de libros malos, como periódicos impíos, folletos heréticos y demás escritos perniciosos. Comienzan éstos por extraviar el entendimiento, corrompen luego el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males; como dice Jesucristo, hasta llegan á negar la primera verdad, que es Dios, y origen de todo lo verdadero. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

„En el día, pues, hay doble necesidad de hacer circular libros buenos; pero estos libros han de ser pequeños, porque la gente anda aprisa, y la llaman por todas partes y de mil maneras; y como la concupiscencia de los ojos y de los oídos ha crecido hasta lo sumo, todo lo quiere ver y oir, y además ha de viajar; de donde resulta que si un libro es voluminoso, no es leído, y sólo sirve para cargar los estantes de las librerías y bibliotecas (1).„

Había nuestro Padre observado con complacencia la avidez con que eran leídos sus opúsculos, de suerte que, apenas se terminaba una edición, era menester empezar otra. Él, por su parte, como sólo intentaba la gloria de Dios y la difusión de las buenas doctrinas para provecho de las almas, no cobraba ni un céntimo por las producciones de su clara inteligencia y de su inflamado corazón; y aunque por esta causa las obras podían darse con relativa baratura, la codicia de los impresores impedía en gran parte el beneficioso resultado que él se proponía de hacerlas llegar á manos de todas las personas por una friolera, cuando no gratuitamente. Juntábase á lo dicho que el trabajo de corregir las pruebas de sus obras, y otros que suelen acompañar á la publicación de ellas, le robaban mucho tiempo que había menester para las tareas apostólicas. Por otro lado, no siempre hallaba á su disposición á los impresores; y como era tan fecundo en los escritos, necesitaba para sí solo una imprenta bien organizada.

De este conjunto de causas nació en su entendimiento la idea de fundar una librería exclusivamente religiosa, en la cual colaborasen hombres desinteresados, con la única mira de agradar á Dios y de contrarrestar los daños de la prensa impía por la publicación de buenos libros que, atendido su módico precio, pudieran llegar hasta el hogar más pobre y sembrar en él la semilla de la verdadera doctrina. Trató primeramente su proyecto con el Señor por medio de la oración; y asegurado de lo beneficioso que sería para las almas y para

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la gloria de Dios, lo recomendó á varias personas respetables muy amigas suyas, y entre ellas á los entonces canónigos de Tarragona Dr. D. José Caixal y Dr. D. Antonio Palau, que luego fueron obispos, de Urgel aquél, y de Vich y Barcelona éste, sucesivamente. A todos agradó sobremanera el pensamiento, pero les espantaba la magnitud de la empresa porque carecían de todos los medios humanos. En los últimos meses de 1847 túvose la primera junta para deliberar sobre el modo práctico de establecer la Librería; pero nada en concreto se determinó si no es que cada uno trabajara por su parte cuanto le fuera posible para el pronto establecimiento de la misma.

El P. Claret, más confiado en los medios divinos que en los humanos, puso la futura Librería bajo la protección de Nuestra Señora de Montserrat y del glorioso San Miguel Arcángel, y no salieron fallidas sus esperanzas, porque al año siguiente de 1848 pudo ya verla fundada con las limosnas que logró reunir de sus numerosos amigos.

En ausencia del P. Claret se encargaron de la dirección los Sres. D. José Gorgas, cura párroco de Santa María del Mar, en Barcelona, y el Dr. D. Narciso Planas, abogado. Fueron nombrados censores y revisores de las obras los presbíteros y doctores D. José Caixal, D. José Palau, D. José Riera y el maestro dominico P. Francisco Xarrié. Como depositario de los fondos se eligió al Rdo. D. Pedro Naudó, vicario curado de Santa María del Mar, el cual hacía tiempo que administraba las limosnas que al P. Claret hacían para la impresión de sus opúsculos. Las relaciones que ligaban á éste con el doctor Caixal eran ya de tiempo atrás muy estrechas y afectuosas. Nuestro Padre le apreciaba mucho por la entereza de su carácter, por la profunda penetración de su espíritu y por el abrasado celo que tenía por la salvación de las almas. A su vez era el P. Claret correspondido por aquel corazón tan grande y sincero con entrañable cariño y adhesión y con grande veneración y respeto, por mirarle ya desde el principio como á un santo.

De las muchas cartas autógrafas, dirigidas al Dr. Caixal, que de nuestro Padre Fundador tengo á la vista, se desprende que aquél consagraba ya desde el año 1846 todos sus talentos á revisar corregir y hacer imprimir las obritas de nuestro Padre y otras, que éste le indicaba, con espíritu de una verdadera vocación, efecto de los prudentes consejos y de los avisos que de parte del cielo le daba de vez en cuando el Varón de Dios. Al principio parece que asaltaron al esclarecido canónigo algunas dudas que le hacían mirar como enojosa y estéril semejante tarea, pues mereció que nuestro Padre, con fecha de 18 de Octubre de 1846, le escribiera apuntándole una terrible amenaza del Señor si desistía del camino emprendido. "En estos días, — le decía desde Vilallonga, — se me ha ofrecido un pensamiento que creo es de Dios, y es que, si Ud. no cumple con lo que tiene encargado, le pasará lo que á Saúl...; por lo tanto, sea fiel á la gracia de la vocación. »

No dudó ya desde entonces el Sr. Caixal un solo instante en lo que debía hacer, y así se entregó sin reserva á la voluntad de nuestro amado Padre para que hiciera de él lo que fuera de su gusto, con lo cual contribuyó no poco al bien que el Siervo de Dios hacía en las Misiones con la distribución de estampas y de buenos libros, porque el Sr. Caixal cuidaba de que salieran á luz con prontitud y corrección los opúsculos y libritos y las hojas sueltas que el P. Claret le enviaba manuscritas, ó las obritas que, siendo de otros, él le indicaba; y como el Padre Fundador era tan humilde y apreciaba en gran manera las dotes intelectuales del Dr. Caixal, dejaba á éste en completa libertad para que corrigiera y modificara lo que á su juicio fuera conveniente, y el prudente amigo, sin abusar nunca de esta confianza, decíale su parecer respetuosamente, y nada hacía de nuevo sin comunicarlo antes y consultarlo con nuestro Padre.

Cada mes gastábanse ya en 1847, por término medio, en impresiones 229 duros, que sacaba el Siervo de Dios de las limosnas de veinte Misas mensuales y de las que recogía de varios amigos suyos de todo el Principado catalán. El Sr. Caixal le enviaba numerosos ejemplares de los libritos y estampas que iban imprimiendo para que los fuera repartiendo en los pueblos en donde daba Misión, y de este modo se esparcieron muchísimos millares del *Camino recto* y de casi todos los opúsculos antes citados, aun antes que se fundara la Librería Religiosa. Pero desde que ésta quedó regularmente establecida hubo en toda España y en las Repúblicas americanas que antes habían sido nuestras colonias una verdadera inundación de buenos libros, de folletos, opúsculos y hojas volantes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que produjeron incalculable fruto en las almas. Como todos los que intervenían en ella trabajaban, no por miras de bajo interés, sino por la gloria de Dios y por el anhelo de hacer bien á los prójimos, no había que cubrir otros gastos que los que ocasionaba la impresión y el transporte de los libros, puesto que así los autores como los censores y correctores de las obras trabajaban gratuitamente, y aun á las veces ponían dinero de su bolsillo. Con esto se consiguió hacer ediciones en extremo económicas y dar por el valor de cuatro reales volúmenes que antes costaban doce. La impresión, por otro lado, era de las más finas y correctas que entonces había, y así, juntadas la baratura de los libros y la relativa elegancia de la impresión, apenas hubo familia que en los estantes de su pequeña biblioteca no contara alguna publicación de la Librería Religiosa. Merced á los hombres que con tanto desinterés á ella cooperaron se dieron pronto á luz innumerables obras de asuntos religiosos: no hubo libro de alguna importancia en España y en países extranjeros, ora de apología cristiana, ora de historia eclesiástica y de ascética, que no fuera editado á reducidos precios por la Librería Religiosa.

Verdad es que á la rapidez con que se hacían las traducciones, especialmente de la lengua francesa, no menos que á las pocas prendas literarias de algunos traductores, fué debida en parte la inundación de galicismos que afeó no poco en el terreno literario los libros de devoción; pero fué incomparablemente mayor el bien que produjeron, ora relegando al olvido obras, cuando no heréticas, de dudosa ortodoxia, ora facilitando á los fieles poderosas armas para precaverse contra los enemigos solapados de la Religión, ya, en fin, fomentando la piedad y obrando infinidad de conversiones. ¿Y qué importa que se corrompa más ó menos la pureza del lenguaje si con ello se salvan las almas? Son muy mezquinos los intereses literarios comparados con los eternos. Si los que podían escribir con lenguaje más castizo y traducir con mayor elegancia y propiedad no quisieron hacerlo, aquellos hombres, tan celosos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, que se sentían con fuerzas regulares para ello, por más que como catalanes no fueran muy versados en los primores de la lengua castellana, ¿debían estarse mano sobre mano y ceder el campo á la propaganda impía de los volterianos y liberales de su tiempo? Digan lo que quieran algunos pedantes literatos (y sea dicho entre paréntesis, si los que más agriamente censuran á la Librería Religiosa por los galicismos que vulgarizó entre la gente devota, hubiesen reparado en el inmenso bien que en España hizo, cuando tanto escaseaban en nuestro suelo los defensores de la buena causa, como lo advirtió muy cuerdamente el Sr. Menéndez y Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles*, no hubieran extremado tanto sus censuras), los que tan dignamente emplearon sus fuerzas en defensa de la Religión y en difundir la buena semilla por todos los rincones del mundo son acreedores á nuestras alabanzas, y más después que hemos palpado los copiosos frutos de moralidad que de allí resultaron.

Basta leer el catálogo de las obras publicadas por la Librería Religiosa para persuadirse de la actividad extraordinaria, con que en ella se trabajó para llenar cumplidamente el fin de su institución. En los años que van desde 1848 hasta 1866 imprimió 2.811.100 tomos de varios tamaños, 2.509.500 opúsculos y 4.249.200 carteles de Catecismo y hojas volantes; total, 9.569.800 impresos en el espacio de diecinueve años, que corresponden á más de medio millón por año. El que más obras publicó en ella fué su fundador el P. Claret, y de las demás que se dieron á luz, traducidas ó compuestas por otros, fué él el alma y la vida, alentando á los que estaban al frente por medio de sus cartas, avisos y consejos; de manera que puede decirse que nada se imprimió sin que él interviniera de algún modo.

El desprendimiento, sin embargo, con que cedió al impresor Riera la propiedad de todas sus obras no fué siempre muy bien correspondido, pues al fin de su vida, cuando desterrado por la revolución viajaba por Francia é Italia, dejó una nota manuscrita con el título de "Ingratitud de la Librería Religiosa„, en la que apuntaba las siguientes observaciones:

"1.ª Yo en el año 1863 dejé 4.000 duros á la Librería Religiosa; al verme ahora desterrado de España por motivo de la revolución, que me ha privado de mi asignación y dejádome sin nada, la Librería se ha excusado.

„2.ª Durante mi permanencia en Cuba he comprado libros á la Librería por valor de muchos miles de duros.

„3.ª Durante mi permanencia en Madrid también he comprado por valor de muchos miles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

„4.ª En todas esas compras la Librería se ha portado muy mal conmigo, pues me ha hecho pagar todos los gastos y portes, y ni siquiera me ha rebajado el tanto por ciento, como acostumbra á los encargados.

„5.ª Ahora, últimamente, al ver la ingratitud con que me trataba la Librería Religiosa, compraba los libros al corresponsal ó los hacía imprimir á mi cuenta en Madrid.

„6.ª Á mi cuenta han impreso en Madrid los impresores Aguado, padre, hijo y cuñado, todos tres, y otro llamado Rubio, en tres tamaños diferentes, en 4.°, en 8.° y en 12.°, verbigratia: *Santa Pulqueria*, el *Padre Talavera*, etc.

„También han impreso muchos miles de estampas de muy diversos tamaños, con moldes más finos, mejor papel y al mismo precio que la Librería Religiosa.

„7.ª Yo he pagado todos los moldes del *Catecismo explicado* y otros moldes especiales.

„8.ª De cuanto se ha impreso en la Librería jamás se me ha dado ni regalado para dar, cosa que se ha hecho con otros Prelados.

„9.ª Cuando la Librería me enviaba los fajos ó mazos de los libros pequeños, los 10 por 100 quedaban inútiles.

„10. Los moldes de las estampas se han inutilizado.—Mira la estampa de la Ley de Dios. Idem la del Rosario.„

Todos estos cargos, harto justificados por desgracia, los apuntó, no con ánimo de querella ni de dar con ellos en rostro á la Librería, sino para su gobierno particular en orden á las demás obritas que pudiera dar á luz, y para justificarse en caso de que la Librería se quejara de que imprimiera en otra parte sus nuevas producciones. Siempre el interés ha sido un grande impedimento para las obras del divino servicio, y á él se debió que la Librería Religiosa, con tan felices auspicios comenzada, no produjera todos los bienes que de ella su digno Fundador se prometía; y aunque fué incalculable el bien que se hizo, gracias al desasimiento de los que en ella colaboraron, la sórdida codicia de los impresores frustró al cabo de algunos años gran parte de los frutos, y algunos años después de la muerte del P. Claret hizo pasar la propiedad á manos ajenas, porque los primitivos impresores no se contentaban con las solas ganancias provenientes de la impresión de libros religiosos, y extendieron su acción á las obras científicas y de

amena literatura. Hoy día es una de tantas librerías é imprentas católicas como desde entonces acá se han fundado; y aunque no tenga la importancia que tenía en un principio, porque ya no son exclusivas de ella las garantías de baratura y buena impresión que entonces tanto la acreditaron, continúa, sin embargo, haciendo mucho bien con la impresión de las numerosas y escogidas obras de propaganda católica editadas por vez primera en vida de nuestro Padre, y con la publicación de otras nuevas.

El fruto inmenso que nuestro P. Fundador alcanzó con la fundación de la Librería Religiosa en España llegó, como no podía menos, á los oídos del Padre Santo, Pío IX, el cual, en carta dirigida al P. Claret con fecha de 21 de Agosto de 1858, le felicitó por haber llevado á cabo obra tan benéfica, y complacióse en los bienes que de ella resultaban con estas palabras: "La experiencia de muchos años demuestra que aquella resolución (la de fundar la Librería Religiosa) ha sido en alto grado provechosa á las iglesias de España. Millares de ejemplares de libros han salido y salen todavía á luz en Barcelona, los cuales son remitidos á todos los puntos de España, probando con una demostración de hecho que, aun en este tiempo en que la licencia del siglo parece más inclinada á debilitar la autoridad de la Iglesia, los españoles permanecen firmes y fuertemente adheridos á la doctrina que recibieron de sus mayores, y conservan valerosamente la fe católica, rechazando siempre con mayor empeño las falsas vanidades y locuras. Por todo esto te felicitamos en gran manera á ti y á los demás Obispos de ese católico reino que favorecen á la Librería Religiosa de Barcelona, que tú fundaste (1).„

3. Perfecto conocedor del espíritu de asociación de nuestra época, quiso encauzar de todos los modos posibles esta

(1) "Nam plurium annorum experimento compertum est consilium ipsum Hispaniarum Ecclesiis fuisse maxime salutare. Millena numero exemplaria librorum Barcinone exiverunt, et exeunt adhuc in lucem, qui in omnes Hispaniae partes mittuntur, factoque evincunt hoc etiam tempore, quo saeculi licentia videtur proclivior ad auctoritatem Ecclesiae minuendam hispanos firmiter arctiusque adhaerere doctrinae, quam a majoribus acceperunt, strenue fidem catholicam custodire, vanitates et insanias falsas majori usque studio rejicere. Haec Fraternitati tuae, aliisque catholici istius Regni Episcopis, qui Religiosæ Bibliothecae a Te Barcinone statutae praeclare favens summopere gratulamur.„

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tendencia por el recto sendero de la verdad y de la justicia, y en provecho de la gloria del Señor y de la salvación de las almas. A este fin, entre otras Asociaciones, de que hablaremos más adelante, fundó ya en 1845 la Sociedad contra la blasfemia, á imitación de las que existen en el reino unido de la Gran Bretaña y en Alemania. El Señor bendijo una institución que tenía por objeto tan directo el impedir las ofensas hechas á su honra; millares de socios entraron al poco tiempo en ella, los cuales trabajaban con actividad para cumplir sus nobles compromisos de no blasfemar jamás, de satisfacer á Dios por las blasfemias que no pudieran impedir, y de disminuir el número de ellas orando por el blasfemo y corrigiéndole en ofreciéndose ocasión oportuna.

Aunque no logró desterrar del todo la blasfemia, disminuyó tan abominable vicio de una manera muy notable. Por de pronto, los jóvenes que aún no lo habían contraído le cobraron verdadero odio, muchísimos se enmendaron, y hasta los más impíos y desalmados, que antes no sabían pronunciar el santo nombre de Dios sin acompañarlo con palabras soeces é injuriosas, no se atrevían á deshonrarlo en público por temor á las reprensiones y críticas de los demás. Con esto el idioma catalán recobró en gran parte su pureza sin perder nada de su rigurosa energía. Dos años después, cuando nuestro Padre en 1847 estableció en la iglesia de Santo Domingo de Vich la Archicofradía del Purísimo é Inmaculado Corazón de María, la incorporó á la Sociedad contra la blasfemia, como muy adecuada para el fin que ésta se proponía.

Cúmplenos hablar ahora de otra institución que si es interesante por su objeto, lo es mucho más para nosotros por el título que le dió. Me refiero á las *Religiosas en sus casas, ó las Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María.* El fin de dicha institución dalo claramente á entender el Siervo de Dios en la introducción del opúsculo que con este título publicó; y por cuanto sus palabras están llenas de divina unción y con dificultad pueden ser sustituídas por otras, me ha parecido conveniente ponerlas aquí para el fin que luego verán mis lectores:

"Después de haber procurado, — dice, — dar á toda clase de personas los medios que me han parecido más conducentes para que logren su santificación en esta vida y la gloria eterna en la otra, temería faltar á mi deber y *á la caridad universal que Dios me ha inspirado* (nótese la sencillez y naturalidad con que expresa la extensión de su abrasado celo) si no cuidara de ofrecerlos á una clase que ha llamado siempre mi atención y cuidados en mis correrías apostólicas, y que me ha ocupado muchísimas veces delante de Dios.

„A pesar del estrago y corrupción tan general de costumbres, que parece debían haber extinguido en el mundo el espíritu y la vocación religiosa, es tan crecido el número de vírgenes que Dios llama á la más sublime perfección cristiana y á la vida religiosa, que en pocos días se llenarían los antiguos claustros si se les abrieran las puertas. Pero unas por falta de salud, otras por faltarles la dote, éstas por tener poca edad, aquéllas por tener demasiada, y muchas, finalmente, por la situación precaria de los actuales conventos, se halla una multitud de fervorosas jóvenes que por su inocencia y virtudes son el dulce consuelo de nuestra santa Madre la Iglesia en el inmenso cúmulo de amarguras que la oprimen, las que, privadas de entrar en aquellos puertos de salud, están llorando su desgracia en el silencio de sus casas.

„Mas no lloréis, amadas hermanas mías en Jesucristo; el Señor, á quien habéis elegido por Esposo, y á quien habéis consagrado todos los afectos de vuestro amante corazón, os ha mirado con ojos compasivos, ha aceptado vuestros votos y quiere admitiros por esposas, abriéndoos todos los senos de su dulcísimo Corazón. A lo menos así me lo hace creer un pensamiento que el Señor me ha inspirado, y que va á proporcionaros el que podáis realizar todos vuestros deseos abriéndoos un nuevo claustro, un claustro el más dulce, el más tierno y delicado; claustro que os procurará las ventajas más esenciales de los antiguos conventos, y éste será el *santísimo é inmaculado Corazón de María.* Sí, carísimas hermanas; mostrándoos Jesucristo el Corazón de su santísima Madre, él será, os dice, vuestro asilo; sus ternuras serán la clausura que protegerá vuestra inocencia, y los insondables senos de su maternal amor serán los claustros y celdas donde hallaréis el lugar de vuestro reposo y de vuestra felicidad. Venid, pues, vírgenes todas las que os sentís llamadas de Dios á este deliciosísimo claustro, seguras de ser admitidas sin otro requisito que la verdadera voluntad de entrar en él, y aquí se os dará

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el honroso y noble título de *Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María.*

„Para esto no necesitáis ni salud, ni riquezas, ni otras prendas naturales; porque esta divina Madre, semejante al convidador del Evangelio, á todas admite sin exigir de las postulantes más dotes ni más joyas que el rico vestido de la pureza. Esta, sí, deben traerla todas; con ella todas las vírgenes tienen abierta la entrada de este Instituto, desde la más tierna doncella hasta la más anciana; y tanto la enferma como la más robusta, tanto la pobre como la más rica, todas pueden ser *Hijas del Corazón de María.*

„¡Dichosas una y mil veces las que tendréis la suerte de entrar en esta arca sagrada! Pues así como fueron preservados de la inundación general aquellos que entraron en el arca de Noé, así también serán preservadas de la inundación general de la corrupción de costumbres, que á manera de diluvio está inundando la tierra, aquellas vírgenes felices que entren en este santo Instituto y se hagan monjas ó *Hijas del Corazón de María.* Aunque tengan que vivir en medio de un siglo tan corrompido como el nuestro, no se contaminarán, serán como las azucenas y rosas en medio de las espinas; y al modo que las perlas se crían y conservan hermosísimas en medio de sus conchas ó madreperlas, por más que estén rodeadas por todas partes de las aguas amargas del mar, ni peligran por más que á su alrededor se levanten las olas más encrespadas, así vosotras, vírgenes muy amadas, si como las perlas estáis dentro de esta preciosísima concha ó madre del *Corazón inmaculado de María,* os conservaréis limpias y blancas en medio de las pestíferas y amargas aguas del mar de este mundo, ni tendréis que temer aunque se levanten contra vosotras las encrespadas olas de las contradicciones; no tendréis por qué espantaros, aunque el infierno entero, aliado con los mundanos, brame contra vosotras. Estaréis dentro del sagrado Corazón de María, y esto os bastará.„

Distinguió estas vírgenes, Hijas del inmaculado Corazón de María, en tres órdenes ó jerarquías, á imitación de las jerarquías angélicas: en la primera comprendió las niñas desde su infancia hasta la edad de doce años, y á este orden admite sin distinción á toda clase de niñas, pues no tienen otra obligación que ponerse bajo la protección especial del Corazón de

María y consagrarse á él para conservar su pureza virginal, poniendo en práctica los consejos que da en la obrita. Las exhortaciones para las de esta edad van antes bien dirigidas á las madres que á las mismas niñas, para amaestrar á aquéllas en el modo de conservar la inocencia de sus hijas menores. La segunda jerarquía la componen las doncellas desde los doce hasta los cuarenta años. En ésta se comprenden las que, llamadas del Señor, hacen voto temporal de castidad, de consejo del confesor ó director. Este voto se renueva tres veces al año, en los días de la Concepción, Anunciación y Asunción de la santísima Virgen; de manera que al terminar estos plazos quedan desligadas de él para tomar el estado del matrimonio si el Señor no las llama al estado de perpetua virginidad. Finalmente, la tercera se compone de las personas que, habiendo llegado á la edad de cuarenta años viviendo en estado virginal, hacen ya voto perpetuo de castidad, consagrándose enteramente al Señor aunque sea viviendo en sus casas. Para las tres jerarquías da reglas oportunísimas de suma discreción y prudencia, como podrá apreciarlo quienquiera que las lea. Los primeros capítulos del opúsculo se refieren á las excelencias de la virginidad y á los medios de conservarla.

Ya en 1846 había concebido el plan de la obrita y trataba con el Dr. Caixal del modo de escribirla. Entonces intentaban llamarla con el título de *Las monjas filomenas,* y el señor Canónigo compuso un diseño que envió á nuestro P. Fundador. Este lo leyó con atención, pero no le agradó el plan, como se lo manifestó en una carta con fecha 26 de Diciembre de 1846, en la que, entre otras cosas, le decía: "El librito de las *Filomenas* no me gusta mucho. Yo, viendo que no tenía tiempo, lo encargué al canónigo Soler, á quien manifesté mi pensamiento. Dicho librito, á mi entender, debía contener tres cosas: 1.ª, la excelencia de la virginidad, para lo cual se halla materia en la *Monja santa;* 2.ª, que no es indispensable para conservarla entrar en el claustro, sino que se puede también guardar en el siglo, como puede verse en la *Selva,* de San Ligorio, "Discurso á las doncellas„, que con este intento he ya traducido; y 3.º, modo de vivir en el siglo como se vivía en los primeros siglos de la Iglesia y como viven en el día las monjas de Santa Filomena.„

En el siguiente año de 1847, que fué cuando nuestro Padre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más propagó, según luego veremos, la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, lleno de devoción á este Corazón purísimo, manantial de todas las misericordias, ideó para su proyectado opúsculo, por inspiración del cielo, un nuevo regalado título, original suyo, y que fué después el glorioso distintivo que dió á los Misioneros de nuestra Congregación, fundada dos años más tarde. Parece ser que, andando en la fervorosa propagación de la Archicofradía, la santísima Virgen le descubrió los tesoros de su Corazón inmaculado, y con tales dulzuras le regaló que comenzó á considerarse como hijo queridísimo, no como quiera, sino como hijo del Corazón, como hijo de la fuente del amor, como hijo del mismo amor. Desde entonces resolvió dar el título de Hijos del Corazón de María, como símbolo de pureza y ternura en el amor, á las dos instituciones que más acariciaba en su corazón, á las religiosas en sus casas y á la Congregación de Misioneros. Entonces fué cuando la santísima Virgen le manifestó para las primeras el dulcísimo claustro de su Corazón maternal de que antes hemos hablado, y para los segundos el manantial purísimo y abundantísimo de donde habían de sacar su inspiración para alcanzar la conversión de los pecadores y la santificación de las almas justas. Y esta mudanza de título debió acaecer ya á principios del 47, porque en dos cartas, fechadas, respectivamente, el 18 de Agosto y el 6 de Septiembre de este año, habla de este título á su íntimo amigo Caixal como de cosa convenida ya entre ellos mucho antes. En la primera, condescendiendo á la delicadeza de su amigo, que no quería dar á luz la obrita bajo su propio nombre, como se lo había aconsejado el P. Claret, por haber sido tan sólo en la redacción como un instrumento del Siervo de Dios y por temor de lo que pudieran murmurar ciertas lenguas, dice así: "Si usted ve algún inconveniente en publicar bajo su nombre el librito de las *Monjas del Corazón de María*, hágalo salir, si quiere, con mi nombre, que ya tengo hecha la espalda á los golpes y á pasar *per infamiam et bonam famam*."

En la segunda, escrita desde Vich como la primera, aludiendo á una persona muy espiritual de que le había hablado en carta anterior su dulce amigo, le responde de este modo: "Veo lo que me dice de esa buena y celosa alma; por estas tierras, algunos celosísimos sacerdotes y algunas mujeres trabajan mucho para la instrucción y salvación de las almas, y confío que con el librito de las *Hijas del Corazón de María* se acabará de realizar el intento."

A pesar de las prisas que nuestro Padre daba para que este librito pudiera salir á luz cuanto antes, llegó el Agosto de 1848 sin haberse aún publicado. No podemos afirmar con certeza las causas que á ello contribuyeron; pero examinando la obrita, en la cual se hallan algunas modificaciones al plan expuesto en las primeras cartas sobre este asunto, y atendiendo á lo que él mismo indica en otra carta del 5 de Agosto de 1848, escrita desde Canarias, donde se hallaba dando aquellas célebres Misiones que tan fructuosas fueron, parece ser lo más probable que en atención á las dificultades que ponía el señor Caixal para componer el opúsculo conforme al plan que le indicaba nuestro Padre, y accediendo á las instancias de aquél para que lo redactara por sí mismo, dió manos á la obra, y de su puño y letra envió al poco tiempo el codiciado opúsculo, tal cual se dió á luz, al mismo Sr. Caixal, quien por causas independientes de su voluntad no lo publicó hasta el año siguiente.

Lo que no puede dudarse es que la obrita fué compuesta exclusivamente por el P. Claret con su propio título, y que éste se le dió ya mucho antes de que saliera á luz, ó sea, por lo menos, antes del 18 de Agosto de 1847. Lo primero se desprende con claridad del siguiente importantísimo párrafo de la carta antes mencionada del 5 de Agosto de 1848, que dice así: "También serviría muchísimo el librito las *Hijas del Corazón de María, que fué el último que compuse y Ud. tiene en manuscrito mío*, que es una especie de *Monjas de Santa Filomena*. Digo que en ésta conviene dicho librito y que espero haría mucho fruto, porque hasta ahora, en cuanto á la pureza, han vivido como gentiles, porque no conocían; de ahí es que muchas muchachas han ido á la Habana y á otros lugares de la América á llenar las casas de prostitución, y yo sé de algunas que estaban resueltas á ir allá, las cuales, oyendo lo que yo decía en pro de la castidad, al instante mudaron de resolución y, cual otras Teclas, están resueltas á ser castas. Por Dios le suplico que lo arregle á la brevedad posible y que me envíe mil ejemplares."

Por las palabras que acabo de citar se comprende el co-

pioso fruto que estaba destinado á producir dicho librito, y el espíritu de celo y caridad que movía á nuestro Padre á la publicación de sus obras. En otra carta del 11 de Diciembre del mismo año repite desde Las Palmas á su amigo la misma exhortación, y á la vista de los ejemplos que estaba viendo en aquellos sencillos isleños, exclama: "¡Qué bien tan grande produciría! (el librito de que se habla.) Yo confío que por medio de él, así como ahora muchas muchachas van á llenar las casas de prostitución de la Habana, irán á la patria celestial á seguir al Cordero sin mancha; hágalo por la pureza de Jesús, María y José."

Por lo que se refiere al título de la obrita, no ha sido vana curiosidad ni vanidad de crítico el empeño con que he procurado averiguar la fecha más aproximada del tiempo en que nuestro Padre dió á la obrita tan hermoso y regalado título. Como en 2 de Julio de 1848 se fundó en Olot una Congregación religiosa con el título de *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, que es el mismo de la obrita que nuestro Padre dió á luz al año siguiente, á no ser por la anterior investigación fácilmente pudiera sospecharse que tan regalado título no había sido inspirado primeramente al P. Claret, sino al doctor D. Joaquín Masmitjá, fundador de la mencionada Congregación religiosa. Como el P. Claret dió también á nuestro Instituto, fundado en 16 de Julio de 1849, según después más largamente veremos, el mismo título, con poca diferencia, llamándonos *Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*, interesaba igualmente á nuestra honra averiguar el origen de él y quién fué el primero á quien el Señor lo reveló y del cual pudieron tomarlo los demás. Por las cartas anteriormente citadas del 18 de Agosto y del 6 de Septiembre de 1847 se colige que, por lo menos diez meses antes de que se fundara la Congregación del Sr. Masmitjá, había ya dado nuestro Padre tan glorioso título á las *Religiosas en sus casas;* que á él, por lo tanto, le corresponde la invención, si invención puede llamarse la inspiración del cielo.

Resaltará más lo indicado y se demostrará palpablemente por la simple relación de la influencia que ejerció el P. Claret en la misma fundación del Sr. Masmitjá, tal cual se desprende de la Relación sobre el estado de dicha Congregación religiosa, hecha en 10 de Septiembre de 1891 á la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. He aquí un sucinto extracto del capítulo I, en donde se refieren el origen y los progresos del Instituto:

"Durante los difíciles tiempos que para la Iglesia de España transcurrieron desde el año 1840 á 1845, el Gobierno eclesiástico de la diócesis de Gerona encargó por dos veces al Rdo. D. Joaquín Masmitjá la cura de almas de su pueblo natal (Olot), que desempeñó á entera satisfacción de sus superiores y con espiritual aprovechamiento de sus administrados... Deseoso de aprovechar para el bien del mismo las predicaciones á que con incansable celo y señalado fruto se consagraba en aquella fecha el Apóstol catalán del presente siglo, D. Antonio M. Claret, no cejó hasta haber obtenido de sus superiores el que se lo enviaran para predicar en su parroquia la santa Misión y dar ejercicios espirituales al clero de la misma, como todo tuvo cumplido efecto durante el mes de Septiembre de 1844. De esta ocasión data la santa amistad que, fundada en la gloria de Dios y en la salvación de las almas, unió en vida á los Sres. Claret y Masmitjá...

"Entusiasta devoto de la santísima Virgen, al par que cultivaba y fomentaba la devoción á sus Dolores, promovió en la expresada villa (de Olot) la creación canónica de la Archicofradía de su purísimo é inmaculado Corazón, que por medio de sus predicaciones y escritos difundía por toda España, y especialmente por Cataluña, el infatigable Sr. Claret. Mas no se contentó con esto el Sr. Masmitjá. Comprendiendo la influencia decisiva que en la familia ejerce la mujer y el descuido que en la enseñanza religiosa de la misma se hacía sensible en España, concibió la idea de agrupar en torno del santísimo é inmaculado Corazón de María jóvenes de gran aliento, celosas de los intereses de Jesús y del bien de las almas, las cuales, formando una Congregación religiosa, se dedicaran á la instrucción y educación de las niñas, formando su corazón conforme al divino modelo del de María, su santa Madre. Este pensamiento y noble aspiración comunicólo el Sr. Masmitjá á siete de sus hijas espirituales, que, llamadas y dispuestas sin duda por Dios, respondieron cumplidamente á sus deseos. Era el dia 2 de Julio de 1848, víspera de la Visitación de Nuestra Señora, en que tres de las aludidas jóvenes reuniéronse con autorización del Prelado diocesano en la expresada villa de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Olot para hacer vida común y dedicarse á la enseñanza de las niñas, uniéndose con ellas más tarde las cuatro restantes. Dios pareció bendecir la pobre y naciente fundación, ya que á los pocos días de su establecimiento ochenta niñas acudían á recibir de aquellas desprendidas jóvenes el pan de la educación cristiana... Animaban al Sr. Masmitjá en la prosecución de su beneficiosa y benemérita obra, no tan sólo los Prelados de las diócesis en que radicaban sus conventos, sino también y de un modo especial el Sr. Claret, Arzobispo entonces de Trajanópolis, cuyos Misioneros, reunidos al igual que las religiosas al Sr. Masmitjá, bajo la sombra y enseña del Corazón inmaculado de María, conquistaban para Dios extraordinario número de almas.„

Aunque aquí nada se especifica en orden á las distintas fases porque pasó dicha Congregación hasta que se fué esclareciendo poco á poco la idea que dió motivo á que se fundara, ni se dice en concreto la parte que á cada uno corresponde en el desenvolvimiento de la obra, vese claramente que una de las influencias más decisivas fué la del Sr. Claret, y más en lo que atañe á la Patrona cuyo título escogió, pues se presenta en esta relación al Siervo de Dios como al verdadero Apóstol del Corazón de María. Mas obran en nuestro poder otros documentos sacados, ora de la cronología de dicho Instituto, que conservan las religiosas; ora de los Manuscritos del Sr. Masmitjá y de las conversaciones familiares que con él tuvo el presbítero Sr. D. Esteban Ferrer, que es quien en su amabilidad nos ha facilitado los anteriores datos; ya, en fin, de las cartas escritas al Sr. Masmitjá por el Ilmo. Sr. Soler, obispo que fué de Teruel, los cuales á la una llaman á nuestro Padre el devoto de María á causa de la propaganda que ya en 1844 hacía en favor de su Corazón inmaculado.

Era el Sr. Masmitjá alma muy pura y candorosa, que se desvelaba por su grey y tenía sus complacencias en hacer bien á los demás. Al referir la Misión que nuestro Padre dió en Olot el año 1844, dejamos ya apuntado las instancias que el celoso párroco hizo para que le enviaran al que él, por la fama que corría, tenía ya por santo y fervoroso Apóstol. Había por entonces en la curia eclesiástica de Vich numerosísimas peticiones de otros pueblos, muchos de ellos muy importantes, como Manresa, Tarrasa, Sabadell, etc.; de manera que en la

respuesta que le dió el entonces canónigo Soler le decía estas textuales palabras: "Aunque se le pudiera partir (al P. Claret) en veinte y cincuenta trozos, para todos habría destino.„ "En el solo mes de Enero, — añadía en otra carta, — me parece haber oído de boca del Vicario general que no bajaban de sesenta las cartas que había escrito sólo para responder á las demandas del Rdo. P. Claret.„

Desconfiando humanamente de alcanzar lo que pretendía, encomendó el asunto á la piadosa Inés Ferraróns, que, como se dijo, estuvo postrada veinte años en el lecho del dolor, llevando la cruz que había heredado de su extática hermana Librada, y que por sus heroicas virtudes era muy favorecida del Señor y de la Virgen. Llena de fe hizo al intento fervorosa oración á Nuestra Señora del Carmen, cuya imagen tenía enfrente de la cama. A los pocos días, contra todas las probabilidades humanas, recibió el Sr. Masmitjá respuesta favorable á su petición, y á mediados de Agosto de 1844 vió cumplidos sus fervientes deseos. El P. Claret descubrió luego en él un alma escogida de Dios, y como á tal le hizo confidencias muy secretas, que no solía él hacer sino á personas de mucho espíritu á quienes estuviese ligado con vínculos de muy estrecha amistad. Algunas de estas confidencias las sabemos por un escrito autógrafo del mismo Sr. Masmitjá, el cual, como varón espiritual, notaba con cuidado todas las acciones y dichos de nuestro Padre Fundador por la opinión de santidad en que le tenía. Entre éstas, dejó apuntadas que el Siervo de Dios, no bien hubo llegado á la casa rectoral, le dijo que el haber venido á predicar á Olot en aquella ocasión era un milagro de la Virgen del Carmen, obrado por las oraciones de un alma á la que el Señor mucho amaba. Lo maravilloso en estas palabras está en que, según afirma el mismo Sr. Masmitjá, el P. Claret las pronunció antes que él ni otro alguno le hubieran hablado de lo acaecido, ni dichole cosa alguna que directa ó indirectamente pudiera relacionarse con las oraciones ni aun con la existencia de la joven Inés Ferraróns.

En esta misma ocasión, cuando el Sr. Masmitjá sólo tenía en embrión el proyecto que acariciaba de fundar un Instituto que se dedicara á la enseñanza de las niñas, le sorprendió el Siervo de Dios con una predicción sobre él que tuvo cabal cumplimiento. "Estaba yo sentado, — escribe el ingenuo Mas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitjá,—ocupado en el despacho de un asunto parroquial, cuando cogiéndome por las espaldas, me dijo como arrebatado: "Nueve son, como formando coro, á quienes dirige por sí „misma la Virgen santísima„; con las cuales palabras aludía á las doncellas que habían de ser columnas fundamentales del futuro Instituto, y que la Virgen guiaba ya entonces por el camino de la piedad.„

El Sr. Masmitjá, por su parte, correspondió á la confianza que de él nuestro Padre hacía, fiándole todo su corazón, descubriéndole el proyecto que abrigaba, pidiéndole consejo y guiándose en todo por lo que el Siervo de Dios le decía, lo cual hacía el Sr. Masmitjá con tanto más gusto cuanto que le tenía por un santo y creía oir en él la misma voz de Dios. Tal fué la influencia que el P. Claret ejerció en la fundación del nuevo Instituto, ora por medio de sus conversaciones familiares con el fundador, ora por las cartas que le dirigió y por lo que intervino en el incremento de la Congregación después de nacida, que muchos, equivocadamente, le tuvieron por el mismo fundador de ella. Una de las cosas en que parece indudable su intervención es en el título que lleva de *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, pues vemos que en todo cuanto atañe á la devoción al Corazón inmaculado, el Sr. Masmitjá lo bebió como en su fuente de los labios del P. Claret, como se infiere de las mismas notas del Sr. Cura párroco.

Para resumir las diversas causas que contribuyeron á la fundación y organización de este floreciente Instituto, que cuenta hoy día con 18 Casas y Colegios esparcidos en España y California, en los que reciben esmerada educación 2.504 niñas, citaremos el autorizado voto del presbítero D. Esteban Ferrer, director que ha sido de ellas por muchos años: "De las explicaciones, —dice, —oídas de boca del Sr. Masmitjá y de las más autorizadas y antiguas religiosas de la Congregación, así como de los documentos referentes á la misma que he podido examinar durante una docena de años, entiendo que la idea de la fundación la concibió el Sr. Masmitjá, atribuyéndola á inspiración en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores de esta villa de Olot; que la célebre Librada Ferraróns contribuyó á esclarecer con sus manifestaciones el pensamiento del Sr. Masmitjá; que este pensamiento quedó más concreto y completado con las impresiones y conferencias que el fundador obtuvo del P. Claret, y que, por último, la experiencia le facilitó no pocos pormenores en la ejecución de su obra.„

No es pequeña gloria de nuestro amado Padre el haber cooperado tan eficazmente á una obra tan del agrado del Señor, y que tanto bien ha producido en muchas poblaciones de España y de América.

Excusado es decir que las otras Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María, ó sea las Religiosas en sus casas, fundación exclusiva del P. Claret, no son propiamente religiosas, ni siquiera constituyen Comunidad ó pía Asociación, aunque pudieran formarla según el reglamento, y así no puede apreciarse ni el incremento que haya tomado, ni la muchedumbre de almas que por este medio hayan llegado en medio del siglo á la perfección; pero consta que en vida de nuestro Padre, por medio de ese precioso opúsculo, en Cataluña, en Canarias, en Madrid y en muchos otros puntos varias personas sirvieron al Señor en el estado virginal en el seno de sus familias con la piedad y el fervor de las vírgenes de la primitiva Iglesia. Como el abrazar este dichoso estado en el claustro del Corazón virginal de María es negocio exclusivo del alma y del moderador de la conciencia, no es posible determinar á punto fijo el número de personas que viven santamente en él. Lo cierto es que en el año 1870 se habían hecho ya de la obrita seis distintas ediciones que sumaban un total de 35.000 ejemplares, y así no cabe duda que muchísimas jóvenes tomaron por esposo á Jesucristo movidas de su lectura, entrando unas en los conventos y permaneciendo otras en sus casas.

4. El celo del P. Claret por la gloria de Dios y la salvación de las almas era tan universal, que daba vida y calor á todas las instituciones, Asociaciones y obras encaminadas al divino servicio. Propagador entusiasta de la Congregación de San Luis Gonzaga, como dulce asilo de la inocencia juvenil, preservó á muchos jóvenes de los lazos del mundo y refrigeró con el rocío de la piedad el ardor de sus pasiones; dió alientos de vida á muchas Cofradías antiguas y modernas; y si bien era de parecer que estas últimas no debían sin mucho tino establecerse en los pueblos y parroquias, en donde eran ya bastantes á realzar el espíritu del pueblo las anteriormente establecidas, por cuanto semejantes mudanzas, aun cuando por ventura al principio despierten en los fieles entusiasmo y fer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vor, suelen á la postre ser ocasión de que unas y otras se desprestigien y descuiden, trabajaba, sin embargo, con ardor por establecerlas en donde las circunstancias aconsejaban ser oportuno y conveniente. Mas entre las Asociaciones que merced á su incansable celo tornaron á reflorecer ó brotaron por vez primera con vida vigorosa, merecen que hagamos de ellas especial mención la Cofradía del Santísimo Rosario y la Archicofradía del Corazón de María para rogar por la conversión de los pecadores.

Aunque la Orden dominicana ha sido por especial providencia de Dios y comisión de la Santa Sede, como heredera de las tradiciones de su glorioso fundador Santo Domingo de Guzmán, la encargada de propagar la devoción del santísimo Rosario, de vez en cuando el Señor ha confiado esta misión á otros Siervos suyos muy señalados en su amor, como se podría demostrar recorriendo las vidas de algunos santos. Esto se ha verificado también en este siglo con el Siervo de Dios nuestro muy amado P. Claret.

Testigos de la verdad que acabamos de asentar son las innumerables aldeas, pueblos y ciudades donde ejerció su ardiente apostolado. Desde 1840, en que dió principio á sus Misiones, hasta 1850, en que fué consagrado Arzobispo, y aun podemos decir hasta su muerte, su especial empeño para conservar el copiosísimo fruto que reportaban los pueblos de sus apostólicas predicaciones era recomendarles con mucha eficacia el rezo diario del santo Rosario. Con este medio, y con el uso de escapularios y medallas que por concesión apostólica públicamente bendecía, se llenaban las gentes de fervor y entusiasmo, besaban con frecuencia dichos objetos, se acrecentaba la devoción á Jesús y á María, y rezábanse con mayor atención y frecuencia el santísimo Rosario y otras varias devociones.

Ya en otra parte dejamos anotado cómo en el Principado catalán de tal manera se restableció con las predicaciones del Siervo de Dios tan laudable costumbre, que era más difícil hallar quien dejase de rezarlo que antes quien se atreviese á hacerlo públicamente. Multiplicáronse los ocupados en hacer dichos objetos, y los expendedores de los mismos afluían á todos los puntos en donde daba Misión el celoso Padre. Siguióle por mucho tiempo, según ya se apuntó, un piadoso joven llamado Miguel Iter, el cual, sin miras de interés y con el solo deseo de aprovechar á las almas, llevaba siempre en un jumentillo centenares y millares de rosarios, la mayor parte de los cuales distribuía sin recibir paga ni retribución alguna. Pero lo que más claramente demuestra haber la santísima Virgen escogido al Siervo de Dios para Apóstol del santo Rosario son las revelaciones especiales que tuvo acerca de este punto de la Madre de Dios, y que él, conforme al consejo de San Ignacio, anotó brevemente entre las ilustraciones especiales con que el Señor le favorecía en la oración; las cuales revelaciones, aun cuando por el tiempo en que fueron hechas pertenecen á un período distinto de su vida, pondré aquí para complemento de esta materia.

"El día 6 de Diciembre de 1862, á las seis y tres cuartos de la tarde, la santísima Virgen me dijo que yo había de propagar la devoción del santísimo Rosario como lo hizo el venerable Alano de Rupe. Por dos veces me lo dijo; luego Jesucristo me añadió. "Sí, Antonio; haz lo que te dice mi Madre.„

„Á las siete del mismo día me dijo la santísima Virgen: "Sí, „Antonio; yo lo quiero, yo lo quiero.„ Y luego Jesús me añadió: "Ánimo, Antonio, ánimo.„

„El día 8, fiesta de la Concepción, dije yo á María santísima: "Madre mía, ¿os queréis servir de mí?—Sí, de ti me quie„ro servir.„—me contestó.

„El día 25 de Noviembre del 63 me repitió lo mismo, diciendo: "Sí.„

„El día 4 de Diciembre de 1867, á las cuatro de la madrugada, pregunté al Señor: *Domine quid me vis facere?* Y una voz interior, muy clara, me dijo: "*Scribe.*„

„Día 10 de Diciembre de 1867: á las siete y media de la noche me sentí muy impulsado á escribir y propagar la devoción del santísimo Rosario, y lo mismo durante la noche y mañana siguientes.

„Día 27 de Diciembre: á las tres y media de la mañana me dijo Jesucristo: "Haz lo que Ella te diga.„

„Día 23 de Enero de 1868: me sentí muy impulsado á escribir y propagar la devoción del santísimo Rosario, y días antes también.

„Día 25 de Enero: me sentí muy movido á predicar y enseñar el santísimo Rosario.—El modo común será una parte.—

Los flacos y débiles en el espíritu un diez, á manera del Rosario viviente.—Los más fervorosos las tres partes.„

Todas estas manifestaciones tan claras de la voluntad del Señor prueban hasta la evidencia la vocación especial del Padre Claret para propagar el santo Rosario; y cuán bien la cumplió dícenlo muy alto, á más de los frutos antes indicados, los dos opúsculos que sobre esta devoción publicó y las innumerables veces que á practicarla exhortó en sus fervorosas cartas pastorales, en las numerosas hojas sueltas que á millares distribuyó, y en casi todos sus escritos y sermones.

Si todo esto y mucho más que por María hizo nuestro amantísimo Padre le valió el ser conocido entre el pueblo por el Devoto de María, el celo con que propagó la Archicofradía de su Corazón inmaculado hízole verdadero Apóstol de este Corazón y acreedor á muchos y señalados favores que recibió de este manantial de gracia y misericordia. Hasta que el P. Claret con sus Misiones popularizó en España la devoción al Corazón de María y la Archicofradía de este nombre, apenas era conocida y menos estimada en nuestro suelo, si no es de algunas almas predilectas á las que la misma Virgen habia dado á entender los tesoros escondidos en su virginal Corazón, ó que por sus piadosos instintos adivinaron las riquezas de amor y gracia en él escondidas por las ruidosas conversiones que mediante la Archicofradía se obraron en nuestra Señora de las Victorias de París, el rumor de las cuales llegaba á los devotos corazones de algunos fieles como aliento de esperanza y como señal de nueva vida revelada á los hombres.

La santísima Virgen, que veía con indecible complacencia el celo, amor y ternura con que el P. Claret se desvelaba y desvivía por hacerla conocer y amar de todos los hombres, quiso premiar á su fiel Siervo con una confidencia ternísima y amorosísima, fiándole el más dulce secreto de su apostolado. No sabemos fijamente cuándo empezó á descubrirle y manifestarle su Corazón maternal como fuente de todas las gracias, de donde las sacaría abundantísimas para el recto desempeño del ministerio apostólico, como centro de atracción y suavidad para arrastrar dulcemente hacia sí á los pobres pecadores, y como hoguera inmensa del divino amor para encender á los tibios y abrasar más y más á los fervorosos. Lo cierto es que estas confidencias debióselas hacer la santísima Virgen

mucho antes del año 1846, porque ya en esta época trabajaba el P. Claret con celo indescriptible por la gloria del Corazón de María, extendiendo su devoción por medio de la Archicofradía que fundó en no pocas poblaciones. Si hemos de juzgar por lo que se desprende de una carta que nuestro Padre dirigió desde Vich al Dr. Caixal el 12 de Agosto de 1847, la devoción al Corazón de María la mamó ya en Roma en el tiempo que estuvo en el Noviciado de la Compañía de Jesús, que fué el 1839, pues hablando en ella de la novena del Corazón de María, dice así: "También quisiera que se propagase por estas tierras y por toda España la novena del Corazón de María, y que se hiciesen coros de doce personas del modo que se indica al fin de la novena; este plan de orar no es mío, sino que lo aprendí de los jesuítas de Roma, los cuales me lo enviaron para que lo propagase por toda España.„ A la práctica que aquí indica llamó "Pía y apostólica unión de oraciones y de otras obras buenas para alcanzar la conversión y santificación de España y de todo el mundo, bajo la especial protección del santísimo é inmaculado Corazón de María„.

Aunque nuestro P. Fundador tenía ya de mucho tiempo atrás noticias de las maravillosas conversiones obradas por medio de la Archicofradía del Corazón de María establecida en 1836 en Nuestra Señora de las Victorias de París, y aun por ventura había leído alguno de los manuales publicados por el celosísimo párroco Desgenettes, que desde 1839 andaban ya esparcidos casi en todo el mundo traducidos á varios idiomas, en 1845 paró providencialmente en sus manos y leyó con avidez los *Anales de la Archicofradía*, traducidos al español é impresos por vez primera en la católica Bilbao. Los amorosos incendios que en su corazón sintió con la lectura de las extraordinarias conversiones que allí se leen obradas por el Corazón de María, no son para descritos; desde esta fecha puede decirse que su amor á María radicó en lo más tierno y amable que hay en ella, en su Corazón inmaculado. Apóstol desde entonces decidido del Corazón de María, se dedicó con todas las fuerzas de su abrasado celo á establecer la Archicofradía en todos los puntos donde dejaba oir sus predicaciones apostólicas.

Deseoso además de que el saludable efecto que en él había causado la lectura de los *Anales* se extendiese á toda clase de

personas, decidióse á publicar un opusculito dando una breve noticia del origen, de los progresos y de las gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazón de María para la conversión de los pecadores, junto con una novena para impetrarla del Corazón inmaculado de María. Puso manos á la obra, robando al sueño el tiempo que no podía quitar á las no interrumpidas tareas de su ministerio, y en Agosto de 1847 había ya salido y comenzado á circular por inumerables manos.

Las razones que le movieron á publicar esta obrita, á pesar de que por este mismo tiempo salía á luz la segunda edición de la traducción española de los *Anales de la Archicofradía*, expónelas breve y claramente en la introducción al opúsculo con estas palabras: "Carísimos hermanos en Jesucristo: viendo la grande y extraordinaria gracia que Dios dispensó al género humano al inspirar la institución de la Archicofradía del dulcísimo é inmaculado Corazón de María, queriendo derramar por medio de ella un sinnúmero de gracias espirituales y corporales sobre la Tierra, parecióme que sería faltar á mi más sublime misión, que es procurar la gloria de Dios, la de la santísima Virgen María y la salud eterna de mis prójimos, si no procurase darles siquiera una sucinta noticia de la dicha Archicofradía; porque si bien es cierto que muchos están ya instruídos de todo lo que á ella concierne porque han podido leer los *Anales* y otros libros que hablan de ella, no deja también de ser una verdad que son muchísimos los que ninguna noticia tienen, ya porque ó no saben leer, ó porque, si saben, quizá son muchos los que no tienen tiempo para dedicarse á la lectura de tales *Anales* (tan atareados están en sus negocios), ó, si lo tienen, les faltan medios para hacerse con ellos. A fin, pues, de que llegue al conocimiento de toda clase de personas he juzgado muy á propósito hacer de aquéllos un como extracto y presentarlo en forma de diálogo, ya para que sea más inteligible y adaptado á los alcances de todos, ya para que, pudiendo así ser leídos de todos, todos puedan participar de tan excelentes gracias, y luego de la gloria."

De tal modo popularizó en España con este escrito el conomiento de la Archicofradía, que por él casi exclusivamente tiene noticia de ella la inmensa mayoría de los españoles. Nada diré de las fundaciones que por este medio se hicieron en España, ni siquiera de las innumerables que el mismo P. Claret

estableció en Cataluña y en Canarias. Baste decir que la que en 1847 fundó en la iglesia de Santo Domingo, en la ciudad de Vich, durante la novena del Corazón de María, que predicó en Agosto del mismo año, creció rapidísimamente hasta elevarse el número de socios á la considerable cifra de 10.000, siendo así que la población no pasa de doce á trece mil habitantes. Así lo escribía el mismo P. Claret á su amigo Caixal en 18 de Agosto de aquel año. "La Archicofradía en ésta va muy bien, gracias á Dios; durante la novena se han alistado más de diez mil archicofrades, y continúan inscribiéndose sin interrupción. También se han despachado 1.100 libritos (referentes á la Archicofradía), y se habrían despachado muchos más si más hubiese habido encuadernados; pero los encuadernadores no pueden adelantar tanto."

Seis días antes había escrito otra carta á su dulce amigo, en la que, á más de participarle el buen recaudo de la Archicofradía de Vich, le noticiaba la pronta fundación de la misma en varias otras parroquias del obispado, y al fin, con cierta suave mezcla de confianza y celo, le pregunta: "Y en ese arzobispado, ¿cómo va?" La respuesta del canónigo Caixal fué de mucho gozo para el P. Claret, porque comprendió por ella que su íntimo amigo secundaba los esfuerzos que él hacía por extender tan útil devoción. "Me alegro,—le escribe desde Manresa con fecha 9 de Noviembre de 1847,—que se instale también en ésa la Archicofradía; ¡lástima que nosotros no tengamos más bulas para las nuevas parroquias que la piden! Tal vez el señor Arzobispo tendría algunas, ó el Dr. Palau tendría proporción de que viniesen algunas; el señor canónigo Soler ya ha escrito, pero aún no hemos recibido ninguna más." Sin embargo, en este mismo año fundó, entre otras, la de Olot, de que ya hemos hablado antes, y la de Manresa, en la iglesia parroquial de Santo Domingo. La dificultad de obtener las bulas de fundación era un obstáculo á su fervoroso celo, que le hacía sufrir no poco por lo mucho que anhelaba extenderla, y más cuando veía al ojo los numerosos prodigios que por ella se obraban al poco tiempo de establecida en la ciudad de Vich.

Cuando por falta de documentos no le era posible instalarla, contentábase con inculcar á los fieles la devoción al purísimo Corazón de María, ponderando sus excelencias con tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gracia y unción que al bajar del púlpito tenía que sentarse en el confesonario para oir las confesiones de los muchos pecadores por este medio convertidos. El 1.° de Enero de 1848 escribía desde Barcelona á su íntimo amigo Caixal: "Hoy hemos empezado la novena del Corazón de María. Haga Dios que recojamos los abundantes frutos que hemos recogido en Vich y Manresa; confío que no serán escasos en ésta, como lo ha indicado la muchedumbre de señores y señoras que me han pedido confesión al bajar del púlpito.„

La santísima Virgen le había dado á conocer las inmensas llamas de divino amor que en su purísimo Corazón ardían, y que para pegar este fuego en las almas no había otro medio mejor que caldear sus discursos en la fragua de este Corazón ardentísimo, centro del amor de toda la Beatísima Trinidad.

Este amoroso incendio lo explica el mismo P. Claret de un modo maravilloso en el día cuarto de la novena al Corazón de María que compuso el mismo Padre é hizo imprimir con el opúsculo de la Archicofradía, adonde remito á mis lectores.

No acabaríamos nunca si quisiéramos hacer ver circunstanciadamente el impulso que nuestro Padre dió á todas las obras de celo en Cataluña: baste decir que al calor de sus predicaciones, además de las obras que de nuevo brotaron, reverdecieron todas las antiguas, las cuales á su tiempo, con las flores del buen ejemplo, trajeron frutos de santidad. Pero nada hemos dicho aún de su obra principal y que más nombre le dió, cual fué la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, pues de intento la hemos dejado para lo último por hablar de ella con mayor extensión, según lo requiere la importancia del asunto. Por esta misma causa trataremos de ella en capítulo aparte, en donde podrá ver el piadoso lector el verdadero espíritu del P. Claret y contemplarlo en su propio centro y reflejado en sus hijos.

CAPÍTULO XII

DE LA FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

1. Preparativos para la fundación.—2. El Seminario de Vich escogido para cuna del nuevo Instituto.—Noticias de los primeros Padres.—D. Esteban Sala: su vida angelical y sus bellas cualidades.—D. Jose Xifré: energía de su carácter y su celo apostólico.—El joven D. Manuel Vilaró: dulzura y jovialidad de su carácter.—Su muerte edificante.—D. Domingo Fábregas: su observancia y celo.—Candor amable del P. Clotet, último de los cofundadores.—Su providencial vocación referida por él mismo.—Providencia amorosa de Dios en la fundación del nuevo Instituto.—Inauguración del mismo.—El Misionero definido por el P. Claret.—La regla viva y la regla escrita de la Congregación.—3. Traslación de la pequeña Comunidad al convento de la Merced.—Pobreza primitiva.—Segunda edición de Fr. Junípero.—El P. Claret convertido en enfermero.—4. Individuos que fueron admitidos en los primeros años de la Congregación.—El P. Bernardo Sala.—D. José Homs.—El P. Ignacio Carbó.—Su muerte angelical.—El P. José Reig.—Otros individuos.—Virtud de dos hermanos.—Las carmelitas terciarias.—Su origen y sus pruebas.—El P. Claret levanta su decaído espíritu.—Reorganización de su Instituto y reforma de las Constituciones.—Incremento de las Hermanas bajo la dirección del P. Esteban Sala.—Cómo floreció el Instituto bajo la dirección de su hermano Bernardo.—5. Contrariedades que tuvo la Congregación, y causas de ellas.—6. Sucesos y trabajos apostólicos de los primeros Padres.

1. Nadie mejor que el P. Claret conocía en su tiempo las necesidades de la presente época, y ninguno acaso trabajó con más empeño que él para poner á ellas eficaz remedio. Hemos ya visto, aunque someramente, cómo dió impulso y vigor á las Asociaciones é instituciones piadosas que más tendían á encauzar por el camino del cielo las energías y tendencias de este siglo, desbordadas á impulsos de Satanás por los campos del vicio y de la corrupción. Mas en su corazón de Apóstol había el Señor sembrado una semilla fecunda que debía desarrollarse hasta convertirse en árbol frondosísimo, las ramas del cual se extendieran por todo el orbe, cobijando bajo su sombra las aves del cielo y las florecillas de la tierra. El espíritu del P. Claret era un espíritu esencialmente apostólico, un es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gracia y unción que al bajar del púlpito tenía que sentarse en el confesonario para oir las confesiones de los muchos pecadores por este medio convertidos. El 1.° de Enero de 1848 escribía desde Barcelona á su íntimo amigo Caixal: "Hoy hemos empezado la novena del Corazón de María. Haga Dios que recojamos los abundantes frutos que hemos recogido en Vich y Manresa; confío que no serán escasos en ésta, como lo ha indicado la muchedumbre de señores y señoras que me han pedido confesión al bajar del púlpito.„

La santísima Virgen le había dado á conocer las inmensas llamas de divino amor que en su purísimo Corazón ardían, y que para pegar este fuego en las almas no había otro medio mejor que caldear sus discursos en la fragua de este Corazón ardentísimo, centro del amor de toda la Beatísima Trinidad.

Este amoroso incendio lo explica el mismo P. Claret de un modo maravilloso en el día cuarto de la novena al Corazón de María que compuso el mismo Padre é hizo imprimir con el opúsculo de la Archicofradía, adonde remito á mis lectores.

No acabaríamos nunca si quisiéramos hacer ver circunstanciadamente el impulso que nuestro Padre dió á todas las obras de celo en Cataluña: baste decir que al calor de sus predicaciones, además de las obras que de nuevo brotaron, reverdecieron todas las antiguas, las cuales á su tiempo, con las flores del buen ejemplo, trajeron frutos de santidad. Pero nada hemos dicho aún de su obra principal y que más nombre le dió, cual fué la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, pues de intento la hemos dejado para lo último por hablar de ella con mayor extensión, según lo requiere la importancia del asunto. Por esta misma causa trataremos de ella en capítulo aparte, en donde podrá ver el piadoso lector el verdadero espíritu del P. Claret y contemplarlo en su propio centro y reflejado en sus hijos.

CAPÍTULO XII

DE LA FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

1. Preparativos para la fundación.—2. El Seminario de Vich escogido para cuna del nuevo Instituto.—Noticias de los primeros Padres.—D. Esteban Sala: su vida angelical y sus bellas cualidades.—D. Jose Xifré: energía de su carácter y su celo apostólico.—El joven D. Manuel Vilaró: dulzura y jovialidad de su carácter.—Su muerte edificante.—D. Domingo Fábregas: su observancia y celo.—Candor amable del P. Clotet, último de los cofundadores.—Su providencial vocación referida por él mismo.—Providencia amorosa de Dios en la fundación del nuevo Instituto.—Inauguración del mismo.—El Misionero definido por el P. Claret.—La regla viva y la regla escrita de la Congregación.—3. Traslación de la pequeña Comunidad al convento de la Merced.—Pobreza primitiva.—Segunda edición de Fr. Junípero.—El P. Claret convertido en enfermero.—4. Individuos que fueron admitidos en los primeros años de la Congregación.—El P. Bernardo Sala.—D. José Homs.—El P. Ignacio Carbó.—Su muerte angelical.—El P. José Reig.—Otros individuos.—Virtud de dos hermanos.—Las carmelitas terciarias.—Su origen y sus pruebas.—El P. Claret levanta su decaído espíritu.—Reorganización de su Instituto y reforma de las Constituciones.—Incremento de las Hermanas bajo la dirección del P. Esteban Sala.—Cómo floreció el Instituto bajo la dirección de su hermano Bernardo.—5. Contrariedades que tuvo la Congregación, y causas de ellas.—6. Sucesos y trabajos apostólicos de los primeros Padres.

1. Nadie mejor que el P. Claret conocía en su tiempo las necesidades de la presente época, y ninguno acaso trabajó con más empeño que él para poner á ellas eficaz remedio. Hemos ya visto, aunque someramente, cómo dió impulso y vigor á las Asociaciones é instituciones piadosas que más tendían á encauzar por el camino del cielo las energías y tendencias de este siglo, desbordadas á impulsos de Satanás por los campos del vicio y de la corrupción. Mas en su corazón de Apóstol había el Señor sembrado una semilla fecunda que debía desarrollarse hasta convertirse en árbol frondosísimo, las ramas del cual se extendieran por todo el orbe, cobijando bajo su sombra las aves del cielo y las florecillas de la tierra. El espíritu del P. Claret era un espíritu esencialmente apostólico, un es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

píritu de Misionero. Cuantas gotas de celestial rocío caían sobre su abrasada alma, trocábanse en leves vapores que luego, como divina lluvia, iban á fecundar por medio de sus palabras la tierra estéril de los corazones de sus hermanos. Cuanto veía y oía, cuanto contemplaba en la oración y aprendía en el ejercicio del ministerio, eran llamas de fuego que, á la vez que le inflamaban el corazón con divinos incendios, levantaban en todo su ser llamas de un fuego bullidor que le devoraba, llamas de inextinguible celo que daban ligereza de ciervo á sus pies para buscar las almas, movimiento á su lengua para hablar de Dios y de la salvación, y unción y energía á sus palabras para arrancar chispas de amor y arrepentimiento de las almas más empedernidas.

La divina Providencia, que todo lo dispone con admirable suavidad, habíale prevenido con este espíritu y temple apostólico para que fuera instrumento apto á la grande obra que por su medio intentaba realizar en favor de los hombres. Ya en 1839, antes de ir á Roma para entrar en la Congregación de Propaganda Fide, habíale el Señor inspirado el pensamiento de fundar una Congregación de Misioneros que se dedicaran con fervor á la salvación de las almas por medio del ejercicio del ministerio apostólico, y mayormente recorriendo los pueblos y aldeas con la predicación y convidando á los hombres á penitencia. Esta idea, vagamente entonces concebida, la comunicó á su director espiritual; mas como no estaba aún bien sazonada, ni las circunstancias de los tiempos eran á ella favorables, hubo por de pronto de aplazar su ejecución y esperar á que el Señor manifestara más claramente su voluntad. Pasaron algunos años, en los cuales practicó de un modo admirable la vida celestial que había de enseñar después á sus Misioneros; y amaestrado con la experiencia, al paso que crecían sus deseos por servir al Señor en aquella obra, que ya por él tantos bienes producía, iba dibujando en su alma con nuevas y más perfectas líneas la futura Congregación. En los últimos años del decenio, esto es, de 1844 á 1849, se le juntaron algunos sacerdotes, á quienes él pegó parte de su espíritu apostólico, y que le seguían y ayudaban en sus tareas cuando predicaba en Cataluña; pero no tenían carácter de estabilidad ni hacían vida perfectamente común, que era lo que nuestro Padre anhelaba. Eran piedras sueltas del edificio que se había

de levantar, y que el Señor iba labrando por medio del Padre Claret. Entre éstos estaba el joven sacerdote D. Manuel Vilaró, quien desde 1846 fué su compañero inseparable en las Misiones hasta que el P. Claret partió para Canarias.

En las excursiones apostólicas que hacía palpaba cada vez más la falta de operarios evangélicos, y se le desgarraba el corazón de pena al ver que no podía recoger por falta de confesores la abundante mies que él con sus predicaciones había segado. "En ésta,—escribía en 1846 desde Sarreal á su amigo Caixal,—se hace, gracias á Dios, un fruto extraordinario; lo que falta son confesores; yo y mi compañero trabajamos noche y día, pero con todo apenas podemos hacer nada: los demás sacerdotes verdad es que nos ayudan; mas como no están acostumbrados á confesar tanto, y por otro lado son poco aficionados á ello, se cansan pronto y lo dejan. Este es uno de los males predominantes en el clero del arzobispado; poco clero y sin afición á confesar, y es lástima, porque hay almas que tienen muy buen corazón, las cuales, si fuesen cultivadas, darían fruto centuplicado.„ Y al final de la misma carta muestra tal pena al ver que, á pesar de estar confesando desde la mañanita hasta muy entrada la noche, no puede despachar por falta de compañeros á los centenares de personas que piden confesión, y mayormente á muchísimos hombres que, después de haber llevado una vida muy desarreglada y escandalosa, lloraban compungidos de dolor alrededor del confesonario de nuestro Padre, pugnando por llegar á sus plantas y aguantando horas y horas los rigores del frío, que no pudiendo su corazón de Apóstol presenciar tan tierna escena, exclama: "¡Pobrecitos!, ellos padecen y yo padezco por verlos á ellos padecer; ¡ay!, ¡cuánto quisiera que Dios se me llevase al cielo!„ El amante de las almas deseaba ardientemente acudir á todas; y como no le era posible ni tenía suficientes compañeros que en ello le ayudasen, se afligía sobremanera, se quejaba amorosamente al Señor y le pedía ó que le llevase ya á sí, ó le diese compañeros que atendiesen á la salvación de las almas.

Para probar más el apostólico celo de su Siervo permitió el Señor que en Abril de 1847 cayese enfermo, perdiendo el apetito é hinchándosele bastante una rodilla, pierna y pie; mas el Siervo de Dios no dejó por esto de trabajar á la medida de sus fuerzas. Pedía al Señor que le restituyese la salud si había de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser para su gloria, y entretanto meditaba penetrar con sus predicaciones en lo interior de España, junto con algunos de sus compañeros, pues era ya sobrado reducido el Principado catalán para los ardores de su celo. Antes de emprender esta nueva excursión intentaba disponerse á ella con cuarenta días de ejercicios, hechos en algún célebre y retirado santuario, como Montserrat, y desde allí dar comienzo á la conquista de España entera para Jesucristo (1). Pero el Señor por entonces no quiso que se verificase semejante plan, reservando su ejecución para los Misioneros que el Siervo de Dios había de fundar, y también, aunque de modo muy diverso, para el tiempo en que nuestro Padre había de estar como puesto sobre el candelero de toda la Iglesia española.

Aunque no había llegado aún el tiempo señalado por la divina Providencia para la fundación de su obra, el P. Claret iba disponiendo los materiales de ella y juntando compañeros, á quienes comunicaba su mismo espíritu, entre los cuales se le había ofrecido el canónigo Caixal. Este señor tenía formado de nuestro Padre elevadísimo concepto, y le servía, como dijimos, en la publicación de sus numerosas obras. A fines del 48 el demonio trabajó muchísimo para arrebatar al P. Claret á este su dulce amigo, en quien aquél mucho confiaba; mas aunque por algunos momentos hizo dudar al valeroso compañero, al fin no consiguió vencerle, sino que antes sacó de ahí mayor pérdida, pues desde entonces con tanto calor tomó el señor Caixal la obra de la nueva fundación, que nuestro mismo Padre hubo de reprimir su abrasado celo con una carta que le escribió desde Las Palmas, con fecha 11 de Diciembre de 1848, en la que se retrata á la vez el corazón ternísimo del Siervo de Dios, el móvil de sus empresas y la prudencia con que esperaba los acontecimientos para llevar á cabo la obra que tantos años hacía meditaba. Merece seguramente ser conocida de mis lectores, á lo menos en los párrafos que se refieren á lo que estamos tratando: "Mi señor y cordial amigo: No cabe en mi corazón, ha de rebosar por fuerza la alegría al ver resucitado al que ya contaba muerto y hallado al que tenía por perdido, como me lo da á entender la que acabo de recibir, empezada á ser escrita á primeros de Septiembre y concluída á 17 de Octubre. Dos veces he tratado con canónigos la causa de Dios que defiendo, y otras tantas han sido frustrados los proyectos. Es verdad que soy un borrico que no sabe más que rebuznar; pero también á veces Dios se vale de los asnos para hacer conocer su voluntad á los profetas. En cierta ocasión Dios llamaba á un canónigo para compañero mío; yo se lo dije, pero él, como aquel perezoso que quiere y no quiere, no sé si por malicia ó si deslumbrado con la arrogancia de sus armiños, no vió lo que debía hacer; lo cierto es que fué omiso, y el Señor, con un poquito más, le habría tratado como á aquel criado malo, castigándole con las tinieblas exteriores, pues que al cabo de poco Dios le castigó con una enfermedad muy larga, acompañada de agudísimos dolores.

(1) Carta del P. Claret al Sr. Caixal. Vich, 12 de Agosto de 1847.

„Casi lo mismo ha sucedido con Ud.; pero gracias infinitas sean dadas á Dios y á su Madre santísima que Ud. abre los ojos y se resuelve á emprender lo que Dios quiere de usted; ¡qué alegría me da!... ¡quién me diera los brazos tan largos como los deseo para darle el más tierno y afectuoso abrazo! En cuanto á volver, yo estoy pronto para emprender hoy misma el viaje si ésta es la voluntad de Dios, la que únicamente deseo cumplir; pero Ud. no ignora que no debemos apoyarnos en nuestra prudencia y que no debemos creer á todo espíritu. Usted bien sabe que San José fué á Egipto porque el ángel del Señor se lo mandó, y que de allá no volvió hasta que el mismo ángel se lo dijo: lo mismo le digo; si yo vine á Canarias, fué porque mi Superior, suplicado por este señor Obispo, me lo dijo, y al momento que me diga que vuelva, yo al momento iré. Veo el plan de Ud., y le digo que es de Dios y que se verificará con el tiempo; este mismo pensamiento algunos años ha que le tengo concebido en mi interior, pero todavía no ha llegado la hora del parto; yo he procurado, con el auxilio del Señor, hacer como aquella madre que antes del parto tiene prevenidos los pañales y fajas para envolver la criatura, y para consuelo de Ud. le debo decir que ya hay casa destinada para esto, hay sujetos, hay... etc., etc.; pero no se debe violentar el parto... Mire, señor, que nos hallamos como aquella mujer preñada del Apocalipsis, que delante tiene un terrible dragón para devorarle la criatura que ha de dar á luz.

„Entretanto trabajen Uds. todo lo que puedan con palabras y con escritos y, sobre todo, con libros, y al momento

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que conozcan llegada la hora del parto digan á mi Superior que me escriba, que volando vendré.„

Estos últimos párrafos y la hermosa comparación que contienen, hacen referencia á la fundación de nuestro Instituto de Misioneros, el proyecto del cual estaba ya entonces muy adelantado, y del que tenían ya noticia muchos amigos suyos que habían prometido favorecer en cuanto pudieran sus planes. Causa verdaderamente admiración la seguridad con que el P. Claret afirma que el plan de la fundación se llevaría á cabo con el tiempo. No puso aquí las cláusulas ó restricciones que otras veces solía cuando juzgaba, según la prudencia humana, *si Dios quiere, con el auxilio de Dios, Dios mediante*, etc., sino que absolutamente, y como quien está cierto de ello porque lo ha visto, asegura que el plan es de Dios y que se verificará; lo cual da claramente á entender que el Señor le había inspirado dicho proyecto y que había tenido revelación de que se ejecutaría, aun cuando el Señor no le había manifestado aún el tiempo en que cumpliría sus divinas promesas.

De unos apuntes que hizo el día en que Dios le comunicó el divino plan, ya más distinto y concreto, y en donde escribió los afectos, luces y revelaciones que formó en la oración de aquel día, y que por una coincidencia especial se pudieron recoger, tomamos las siguientes líneas: "Ayudado de vuestra gracia, — dice á Dios y á la santísima Virgen María, — y de los compañeros que me destinéis, formaré esta Congregación, de la cual yo seré el último y el criado de todos, y por lo mismo les besaré los pies, les serviré á la mesa y me tendré por muy dichoso de ejercer estos oficios.„

En una postdata de la carta antes citada habla ya de un modo más claro de la futura fundación, tratando de determinar el lugar más conveniente para la primera Casa, pues se la habían ya ofrecido en distintos puntos, y expone su parecer de que no convenía establecerla en Canarias. "Diga á D. Palau, — escribe, — que no desista del plan del Colegio para Misioneros; quizá con un proyecto, lo permitido para una cosa la haríamos servir para muchas. Este señor Obispo mucho gustaría que se pusiera en Canarias este Colegio; pero á mí me parece que para reunir operarios mejor sería en Vich, Manresa, Gracia (y en cada uno de estos lugares me han prometido casa en caso de verificarse...). Ni se dé por razón que convendría en

Canarias para empezar á aclimatarse en estas tierras, pues que yo, que he pasado todo el verano en ésta, digo que mucho más calor tenía que sufrir en España que en estas islas; es verdad que cuando sopla el viento de Levante ó africano parece un horno encendido á todo fuego; pero si se quiere se puede preservar muy bien de él, pues que hay otras poblaciones á las que apenas nunca llega tal viento, y en las que siempre reina el aire fresquito de la parte del Norte, en donde hacía mis Misiones en verano con menos calor que en España.„

Vuelto á Vich el P. Claret á mediados de Mayo de 1849, trató de activar la fundación que tanto anhelaba, y que tanta gloria había de dar al Señor y de tanto provecho había de ser para la santificación de las almas. Al lado de sus principales amigos, el muy ilustre Sr. Soler, obispo después de Teruel, y á la sazón magistral del Cabildo y Rector del Seminario Conciliar de Vich; el muy ilustre canónigo Passarell; el P. Bach, Prepósito del Oratorio de San Felipe Neri, y el Ilmo. Casadevall, obispo de la diócesis, el plan maduró en poco tiempo y se hicieron todos los preparativos necesarios para la fundación. Desde esta época tenemos ya noticias claras de lo que atañe al Instituto, por haberlas consignado por escrito el mismo Padre Claret. "Á mediados de Mayo, —escribe, —llegué á Barcelona y me retiré á Vich, y hablé con mis amigos los señores canónigos D. Soler y D. Passarell del pensamiento que tenía de formar una Congregación de sacerdotes que fuesen y se llamasen Hijos del Inmaculado Corazón de María: ambos á dos acogieron muy bien mi pensamiento, y el primero, que era cabalmente rector del Seminario de Vich, me dijo que tan pronto como salieran los colegiales ó seminaristas para sus casas á pasar las vacaciones nos podíamos reunir nosotros en el mismo Seminario y habitar sus cuartos, y mientras tanto Dios nuestro Señor dispondría otro local. Este mismo pensamiento lo propuse yo al Ilmo. Sr. Obispo de Vich, que lo era el doctor D. Luciano Casadevall, que me quería muchísimo, quien aplaudió sobremanera el plan que yo le había manifestado, y convenimos que durante las vacaciones viviéramos en el Seminario, y que él entretanto haría habilitar el convento de la Merced, que el Gobierno había dejado á su disposición, y así se hizo; el señor Obispo dispuso el local correspondiente en el convento de la Merced, y yo entretanto hablé con algunos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sacerdotes á quienes Dios nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado; éstos eran: D. Esteban Sala, José Xifré, Domingo Fábregas, Manuel Vilaró, Jaime Clotet y Antonio Claret, el ínfimo de todos, y á la verdad todos son más instruídos y virtuosos que yo, y me tendría por muy feliz y dichoso en considerarme criado de todos (1).„ El 23 de Mayo daba cuenta al Sr. Caixal de la buena coyuntura que en Vich se le ofrecía de disponer sujetos utilísimos para la obra que entrambos meditaban, y exhortábale á trabajar con empeño en la publicación de libros, porque, le decía, es voluntad de Dios que Ud. procure disponer libros y yo hombres.

Otra de las personas más respetables á quienes consultó el pensamiento ó, mejor, la inspiración que de Dios había recibido, fué el virtuosísimo y celosísimo Echanove, arzobispo de Tarragona, varón de muchas letras y prudencia y cortado á la medida que el Apóstol dió para los Pastores de la Iglesia. También este Excmo. señor aprobó la idea con entusiasmo y alentó al P. Claret para su pronta ejecución. Por todos los modos que el hombre puede conocer la voluntad divina estaba probado que la obra era de Dios, que la revelación había sido verdadera y no hija del ingenio humano, ni mucho menos de la vanidad ó deseo de figurar entre los hombres. Según testimonio del Rmo. P. José Xifré, actual Superior General del Instituto, la revelación comprendía también una promesa de Jesucristo en orden á la duración y extensión del mismo, pues que el Señor le aseguró que la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María se extendería por todo el mundo y duraría hasta el fin de los siglos. Hoy día está ya, gracias al Señor, casi enteramente cumplida la primera parte, pues la Congregación posee Casas en Europa, en África y en el Nuevo Mundo.

La empresa de la fundación era arriesgadísima é imposible de realizar si se intentaba llevar á cabo con el carácter de Instituto religioso, porque éstos, por lo que se refiere á los varones, habían sido sacrílegamente suprimidos en España en el año de 1835, á excepción de los Padres escolapios y de alguno que otro convento destinado á proveer de sujetos á las

(1) Manuscritos del P. Claret.

Misiones españolas de Oriente. La inicua ley, á pesar del ánimo más ó menos conciliador de los que entonces regían los destinos de la patria, no había sido abrogada aún, y los votos religiosos continuaban siendo á los ojos del Gobierno el mayor atentado contra la mal entendida libertad. Las sangrientas heridas causadas á las costumbres públicas con semejante supresión no podían, por de pronto, restañarse con la vuelta de las Órdenes religiosas, por oponerse á ello abiertamente los que estaban en el poder; y así, los hombres celosos y que se desvivían por la salvación de las almas hubieron de inventar otros medios que, sin ofender la suspicacia oficial, dieran idénticos resultados. Esta fué la causa porque en el proyecto del P. Claret no entraron al principio los votos religiosos, aunque en lo demás concertó un plan de vida común y tan ajustado á la fiel observancia de los consejos evangélicos que no parece se podía más pedir para llegar al fin del Instituto, que no era otro que "procurar en todo la gloria de Dios, la santificación de sí mismos y la salvación de todos los habitantes del mundo (1)„. Dejando para más adelante dar una noticia más circunstanciada de la organización del nuevo Instituto y de las reglas acertadísimas que su Fundador le dió, daremos brevemente á conocer á los cooperadores evangélicos que el Señor deparó á nuestro Padre para fundamento de la grandiosa obra que estaba ya tan próxima á su ejecución.

El primero y más señalado por el prestigio de que ya entonces gozaba, era el presbítero D. Esteban Sala. Tenía entonces como unos treinta y un años; de carácter dulce y amable para con los demás y austero para consigo, hacía la virtud atractiva y se granjeaba á la vez el respeto y el amor de los demás. Era de mediana estatura, de rostro hermoso y suavemente expresivo, que parecía como bañado de una lumbre y resplandor celestial. Su levantado espíritu, sus talentos extraordinarios y más aún su elocuencia agradablemente arrebatadora, le hacían parecer entre los demás, después del Fundador, como la primera y más noble figura. Cuantos le oían quedaban admirados, y cuantos se acercaban á él se sentían impelidos á amarle. Los que más de cerca le trataban mirábanle como á santo, y verdaderamente lo era, pues á pesar de

(1) Constituciones primitivas, impresas en 1857 en la Librería Religiosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los aplausos que todos indistintamente le tributaban; á pesar de la amistad y benevolencia con que le honraban las personas más caracterizadas de la diócesis, ora por su dignidad, ora por sus letras y talentos, no obstante las consultas que como á persona tan prudente é ilustrada de Dios de todas partes le dirigían, se mantenía siempre en su humildad y en el conocimiento de su propia bajeza; y aun cuando después fué Superior, trataba á sus súbditos con respeto y deferencia, consultaba con ellos todos los negocios de alguna gravedad, y no se desdeñaba, desconfiando siempre de sus propias luces, de seguir el parecer de sus subordinados.

Se conocieron por vez primera él y el P. Claret en Gombrén, en donde, como se dijo en su lugar, el año 1843 hizo don Esteban los ejercicios espirituales de San Ignacio bajo la dirección de nuestro Padre, y desde entonces le cobró tal afición que fue el primero en ofrecérsele cuando el Siervo de Dios juntaba los primeros compañeros de la Congregación. Difícil hubiera sido hallar alma más pura y amable que la suya. Su modestia parecía angelical; una sola sonrisa de sus labios serenaba las conciencias y alegraba el alma, y tal fué la pureza y limpieza de su espíritu y de su corazón, que el Rmo. José Xifré, que fué por mucho tiempo su director espiritual, no duda en afirmar que el P. Esteban murió sin haber perdido la inocencia bautismal. Su ingenio y talento brillaban sobre todos sus condiscípulos en la entonces floreciente universidad de Cervera, de tal suerte que apenas terminó los estudios fué puesto en terna para darle la primera cátedra que vacase en la misma Universidad, y entretanto ejerció de profesor en el célebre colegio de Vall-Fogona, al que tanto nombre dió uno de los más conspicuos poetas españoles del siglo XVII.

Era, en fin, en todas sus cosas irreprensible; y aunque el Señor no le concedió aquel espíritu emprendedor que caracterizó á su sucesor en el cargo de Superior general de la Congregación, fué, sin embargo, su gobierno muy útil á la Congregación por las simpatías que sus excelentes dotes le granjearon, y afianzó y aseguró su existencia con el cariño y aprecio de las personas más señaladas por su virtud, saber y autoridad.

Algo menos joven que el anterior, pues sólo contaba treinta y dos años, de carácter muy distinto, aunque no menos celoso

de la gloria de Dios, D. José Xifré era el destinado por la divina Providencia para ser como el segundo fundador del Instituto por lo mucho que había de contribuir á su organización y desarrollo. Joven de talento y de inteligencia despejada, alto de cuerpo y delgado, de tez morena y ojos brillantes, en las facciones veíase como retratada la energía y constancia de su carácter. Hombre de una idea, la que lleva á ejecución luchando como héroe contra todas las dificultades, en el ejército hubiera sido general invencible por su talento y valor; en la marina heroico aventurero, y en la república terrible dictador, que hubiera hundido la soberbia de sus contrarios; pero el celo de la gloria del Señor se apoderó de aquel corazón magnánimo desde la más tierna edad, y determinó para siempre un empleo más glorioso y saludable de las energías ocultas en su carácter.

Fija en su mente la gloria de Dios como norte y fin de sus ideas, no pensó ya en otra cosa sino en procurarla á todo trance con todos los recursos de la inteligencia y con todas las fuerzas del corazón. No le espantaban las dificultades ni le asustaban los peligros. En medio de las unas y de los otros parecía estar como en su centro, peleando contra ellas y ofreciendo su salud y su vida en servicio de la causa de Dios. Bien pronto conoció el P. Claret el tesoro encerrado en el corazón de aquel joven magnánimo y adivinó los vastos designios que el Señor sobre él tenía, por lo cual le amó con especial afecto y consultó con él los negocios más graves que se ofrecían á los principios de la Congregación.

Dos años antes de que ésta se fundara llevaba ya *Mosén Xifré* una vida apostólica dando Misiones á los pueblos y ejercicios al clero, y el Señor había infundido en su alma idénticas aspiraciones á las del P. Claret; por lo cual, cuando éste le llamó á formar parte del nuevo Instituto, acudió gustosísimo y dió gracias á Dios porque iba á verificarse el plan que él mismo acariciaba.

El tercero de los que sirvieron de fundamento á la empresa fué D. Manuel Vilaró, joven sacerdote, algo bajo de estatura pero de presencia agradable, amable por su jovialidad siempre modesta, bien que sabía andar serio y grave cuando era menester. Fué de los primeros que acompañaron en sus tareas apostólicas al Padre Fundador, con el cual juntamente re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cogió abundantísimos frutos; con su modestia, santamente amable, edificaba á los pueblos en donde ejercía el ministerio, y con su ameno trato les ganaba las voluntades para servicio del Señor. En atención á sus cualidades lo escogió el Padre Claret por compañero cuando fué de Arzobispo á Santiago de Cuba; trabajó allí con incansable celo dando Misiones, ejercicios y conferencias, y víctima de su celo hubo en 1852 de regresar á España por haberse malogrado su salud con los excesivos trabajos.

En el tiempo en que llegó á Vich no se hacían aún en nuestra Congregación los votos y el juramento de permanencia; de manera que cada uno estaba en completa libertad para irse á su casa; por lo cual no es de extrañar que el P. Vilaró, á instancias de su familia, residente en el mismo Vich, se hospedara en ella y no en la Casa-Misión; pero hubo aquí además un sentimiento de delicadeza por parte de D. Manuel, porque, como nuestros Padres eran entonces muy pocos y debían multiplicarse para satisfacer á los muchos que los llamaban para ejercer el ministerio, no juzgó prudente que, por atender á él en su enfermedad, les fuera de estorbo para lo principal, como era la salvación de las almas; mas con el corazón vivió siempre entre ellos durante los pocos meses que duró la enfermedad que le llevó al sepulcro. Fué siempre asistido en ella por el P. Clotet, y aun parece que le cerró los ojos y que en sus brazos entregó el espíritu al Señor. Dulce y santa fué su muerte, y ha dejado entre nosotros el suave olor de sus virtudes.

Otro de los primitivos compañeros del Padre Fundador fué D. Domingo Fábregas, que nació en Orís el 10 de Julio de 1817, y contaba entonces treinta y dos años. De estatura antes baja que alta, hombre sencillo, tímido por natural, de temperamento algún tanto melancólico, pero de buena complexión y presencia, en extremo laborioso, dotado de un ingenio regular, de voz clara y penetrante, componía y se expresaba con facilidad; la claridad y el buen orden con que exponía los conceptos, atraían á sus predicaciones numerosa concurrencia; pero él, lejos de desvanecerse por ello y de atender á contentar á los hombres, predicaba siempre á lo apostólico, con la única mira de salvar las almas y dar gloria á Dios. Premió el Señor su rectitud y sencillez evangélicas con abundante cosecha de conversiones y con gracias muy singulares, que le mantuvieron siempre muy fervoroso y observante á pesar de las inclinaciones de su temperamento, con lo cual mereció la confianza de los Superiores, que sucesivamente le encargaron el gobierno de la Casa-Misión de Gracia y de Solsona.

El último y más joven de todos los compañeros fué el reverendo D. Jaime Clotet, que sólo tenía á la sazón veintisiete años, aún no cumplidos. Nació en Manresa á 24 de Julio de 1822; á los diez ú once años comenzó á estudiar Gramática latina en el colegio de San Ignacio de su pueblo natal; pasó después á Barcelona á estudiar Filosofía y Teología dogmática, y, por último, se trasladó á Vich, en donde cursó con gran aprovechamiento Teología moral. Facultado por un breve pontificio, fué ordenado de subdiácono por el obispo de Perpignan, y de allí se fué á Roma, en donde estuvo de cuatro á cinco meses, durante los cuales recibió el diaconado y presbiterado. Apenas hubo regresado á Vich se le encargó la catequística en una de las iglesias de la ciudad, para el cual oficio tenía singular gracia y donaire. Fué luego nombrado vicario de la parroquia de Castellfollit de Boix, cargo que desempeñó con gran acierto cosa de un año, al cabo del cual fué trasladado como ecónomo á la parroquia de Santa María de Civit. Aunque era mucho su celo y el bien que en las almas hacía por la escrupulosa exactitud con que cumplía sus deberes, conoció que el Señor no le llamaba por aquel camino, y al cabo de año y medio de estar en su nuevo destino escribió al Dr. D. Jaime Passarell, secretario del señor Obispo, que sin ánimo de faltar á la obediencia creía un deber suyo exponerle que su vocación especial no era la cura de almas. Valióse Dios de este medio tan sencillo para atraer á la nueva fundación aquella alma tan amable por su candor y sencillez, de la que intentaba hacer un vaso de elección y santidad. La respuesta que recibió el Sr. Clotet de su Superior fué que se presentase inmediatamente en la Secretaría del obispado, y allí, tanto el señor Passarell como el Dr. Soler le ordenaron que se avistase con el Siervo de Dios D. Antonio Claret, á quien él sólo conocía por la fama de sus predicaciones apostólicas. Verificólo al punto el joven sacerdote, y cuando estuvo en presencia del esclarecido Misionero díjole éste:

"—Algunos sacerdotes amigos hemos resuelto vivir juntos con un plan de vida y dedicarnos á la oración y al estudio, é

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ir á predicar adonde nos mande el Prelado; y en aquellos meses del año en que por lo común no se predica, estar retirados en nuestra casa y emplear el tiempo descansando, orando y dando repaso á las ciencias. ¿Le gustaría á Ud. este método de vida?„

El buen D. Jaime era tan humilde, y tan bajo concepto tenía de sí, que no se atrevió á responder directamente á la pregunta; pero dejo á su amable sencillez el proseguir esta interesante narración. "¿Qué harán Uds., — respondí yo, — de un hombre de débil complexión, de baja estatura, voz apagada, sin dotes oratorias y de cortos alcances?

„— Déjese Ud. de cualidades, — me contestó él; — responda usted únicamente á mi pregunta.

„ — Pues digo que me gusta el plan.

„— Siendo así, — continuó él, — disponga Ud. las cosas de manera que el 15 de Julio pueda Ud. estar en Vich; pronto le mandarán á Ud. un sustituto.

"Sucedía esto en el mes de Junio, y el tiempo era escasísimo; pude, sin embargo, estar allí el día prefijado. Habiéndole dado conocimiento de mi llegada, me dijo: "Mañana, á las tres „de la tarde, le aguardaré á Ud. en el Seminario.„ Fuí allí, hiciéronme subir al piso más alto, y abriéndome uno de los cuartos de los seminaristas, me dijeron: "He ahí el aposento „de Ud.„ Entro, y veo una cama, una mesita, una silla, una palangana y un pequeño cántaro de agua. Después de un rato, me llaman diciendo: "¿Se servirá Ud. pasar á nuestra sala „de conferencias y oratorio? — Con mucho gusto, — respondí „yo.„ Era otro cuarto de un seminarista: un crucifijo sobre una mesita, una imagen de la Madre del Divino Amor pintada al óleo, la cual todavía se conserva en la Casa-Misión de Vich; una silla muy modesta para el presidente y dos bancos sin respaldo para la pequeña Comunidad, constituían todos los muebles con que estaba alhajado.

„Allí vi al Rdo. D. Esteban Sala, sacerdote ejemplar, de vastos conocimientos y gran predicador; allí al Rmo. P. José Xifré, varón de grande actividad y empresa, y actualmente Superior general de nuestra Congregación; allí al Rdo. Don Manuel Vilaró, que había seguido al Padre Fundador en varias Misiones y que le acompañó de Secretario cuando fué á Cuba de Arzobispo; allí al Rdo. P. Domingo Fábregas, también

predicador notable por su celo, sencillez y claridad de ideas. Después de una breve conversación, unos se salieron y otros se quedaron. De éstos uno fué el Siervo de Dios, el cual nos dijo: "Hoy se comienza una grande obra.„ El P. Vilaró respondió sonriéndose: "¿Cuál puede ser su importancia „siendo nosotros tan jóvenes y tan pocos en número? — Ya lo „verán Uds., — replicó el P. Claret; — y si somos pocos, res„plandecerá más el grande poder de Dios (1).„

Sobre estas seis columnas, que tan débiles en un principio parecían, asentó el Señor efectivamente el grandioso edificio de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, para que se viese con mayor claridad que en lo flaco de los hombres está la fortaleza de Dios y que es Él quien levanta y humilla, según los designios de su adorable Providencia. Y si tanto resplandece el poder del Señor por haber hecho salir obra tan gloriosa de orígenes tan humildes, no brilla menos su infinita sabiduría y su entrañable bondad por el lugar y tiempo en que acudió á remediar con la nueva fundación las necesidades de la Iglesia española y por los medios de que se valió para afianzar la institución.

En cuanto al lugar, no parece que podía haber excogitado otro más á propósito que la religiosa ciudad de Vich, ora porque en aquel tiempo resplandecían en ella muchos sacerdotes, verdaderas lumbreras del clero español, no menos por sus virtudes y apostólico celo que por la solidez, pureza y amplitud de su doctrina, los cuales, ya con sus cosas y personas, ya con sus consejos é influencias, podían favorecer sobremanera la ejecución del proyecto, ora por estar la población menos maleada que en otras partes y ofrecer, por lo tanto, mayores garantías de paz y seguridad en tiempos de revueltas, de las que no estaba aún enteramente asegurada España.

Ni el tiempo de la fundación podía ser más providencial. Acababa de terminar la guerra civil, que tantos males y ruinas atrajo sobre España; muertos ó desterrados los religiosos en las pasadas revoluciones, perseguidos los ministros más celosos de la casa del Señor, coartada la libertad de los Prelados para constituir legítimos pastores á su grey, arruinados innumerables templos y revueltas con sus piedras las cenizas

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sus sacerdotes, profanados en muchas partes los santos asilos de las esposas del Cordero inmaculado, roto el freno de la autoridad y legalizada la licencia y corrupción en el seno de los pueblos y de las familias, España, aquella noble España, antes señora del mundo porque era servidora de Cristo, presentaba en 1849 un cuadro tristísimo, capaz de arrancar dolorosas lágrimas á cuantos conservaban algún ligero recuerdo de lo que poco antes había sido. ¿Cómo estarían los pueblos, privados por mucho tiempo del pasto espiritual? ¿Cómo las ciudades, que tan sangrientas escenas habían presenciado al grito de libertad, de aquella libertad que traía consigo pesadísimas cadenas, y que en las calles y plazas, en los círculos y reuniones sólo oían escarnios á la Religión, insultos á los sacerdotes, doctrinas desmoralizadoras, cosas, en fin, que el rubor prohibe nombrar y la vergüenza descubrir? Tras aquella tempestad, impregnada de espíritu revolucionario y anticatólico, los pueblos necesitaban respirar una atmósfera más pura para no morir de asfixia ó envenenamiento. ¿Quién podía entonces levantar el espíritu religioso, serenar las conciencias, tranquilizar el hogar y pacificar la misma Patria?

Sabido es por la Sagrada Escritura y por las lecciones que nos da la Historia general de la Iglesia que la predicación de la divina palabra ha obrado en todos los siglos semejantes maravillas, y así ésta debía ser la que en España introdujese de nuevo en la vida del individuo, de la familia y de la sociedad el espíritu vivificador de Jesucristo, que es espíritu de paz, de caridad y santificación. Mas había por entonces en nuestro suelo, como se ha dicho, una barrera infranqueable que prohibía penetrar en él á los religiosos, que de ordinario han sido los verdaderos predicadores apostólicos en quienes se han cumplido de lleno los efectos que á la palabra de Dios están vinculados. En estas circunstancias, el Señor, que en su amorosa bondad no quería abandonar enteramente á la ingrata España, suscitó el espíritu apostólico del P. Claret, el cual, después de haberse mostrado dechado de varones evangélicos recorriendo las provincias de Cataluña y la Gran Canaria, por divina inspiración juntó obreros apostólicos, los unió con vínculos de caridad, dióles reglas y consejos acertadísimos para ser verdaderos Misioneros poseídos del espíritu de Dios, y para que, armados de este modo, se esparcieran por

todas las poblaciones de España y aun por el universo mundo con el fin de anunciar la palabra evangélica y restablecer el orden moral, tan perturbado por un diluvio de vicios y errores.

Aunque desligados en un principio sus individuos de los votos religiosos y de la obligación de permanecer siempre en el Instituto por no excitar contra ella las persecuciones del Estado, eran, no obstante, en el espíritu y en el fervor verdaderos religiosos por la fidelidad con que observaban todos los consejos evangélicos, y así sus palabras, sus pláticas y predicaciones fueron eficacísimas, como lo acreditó la experiencia, para remediar en gran parte las necesidades del pueblo fiel é impedir que España caminara más precipitadamente á su ruina. De este modo se manifestaba por todos lados la amorosa providencia de Dios en la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

Verificóse la inauguración de este Instituto el día 16 de Julio de 1849, día memorable en que la Iglesia española celebra el triunfo de la Santa Cruz por la milagrosa victoria de las Navas alcanzada contra los moros el año 1212, y en el que la Iglesia universal hace solemne fiesta á la santísima Virgen bajo el título de Nuestra Señora del Carmen.

Con lo primero parece que el Señor quiso dar á entender el triunfo que por medio de la Cruz los nuevos Misioneros alcanzarían contra las potestades infernales, haciéndola amar de los fieles y plantándola por vez primera en medio de tribus salvajes allá en las inhospitalarias regiones africanas. Con lo segundo diónos la Virgen á conocer que nos tomaba bajo su especial protección, y que á la sombra de ella creceríamos y nos multiplicaríamos, y florecería la Congregación como carmelo lleno de rosas y cuajado de árboles.

Hízose la ceremonia de la fundación á las cinco de la tarde, y dió principio con diez días de ejercicios espirituales, que todos hicieron con gran fervor y recogimiento. Mostró el Siervo de Dios en la primera conferencia el inefable consuelo que su corazón experimentaba al ver establecida la obra por la que tantos años hacía andaba suspirando. Dijo que Jesús y María eran los fundadores de ella; comentando las palabras del salmo XXII: *Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt*, exhortó á los Padres á tener devoción y confianza en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santa Cruz y en la Madre de Dios, al cual intento aplicó maravillosamente todo el predicho salmo. En las conferencias é instrucciones sucesivas trató de las virtudes propias de un buen Misionero, é insistió mucho en la necesidad de la mortificación, para lo cual aconsejaba y recomendaba eficazmente el no tomar sin justo motivo cosa alguna de alimento ó bebida en los intervalos de una comida á otra.

Fué por muchos conceptos notable la definición que dió en una de las conferencias del Hijo del Inmaculado Corazón de María, definición que vale por todo un programa, y que entraña á maravilla la substancia del espíritu apostólico y de lo más subido de la perfección. "Un Hijo del Inmaculado Corazón de María, —dijo, —es un hombre que arde en caridad, que abrasa por donde pasa, que desea eficazmente y procura por todos los medios encender á todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le detiene, se goza en las privaciones, acepta los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino en cómo seguirá é imitará á Jesucristo en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.„

Esta hermosa descripción es el retrato moral más acabado del P. Claret; su alma, sus sentimientos y aspiraciones traslúcense en ella en perfecta conformidad con sus obras; sin quererlo se pintó á sí mismo y probó que él era un verdadero Hijo del Corazón de María. Podíanos muy bien decir á manera del Apóstol: "Sed mis imitadores, como yo lo soy del Corazón de vuestra Madre.„ ¡Cuán bien supo copiar en sí aquel celo ardentísimo por la gloria de Dios y la salvación del mundo que consumía el Corazón de María! ¡Cuán bien le imitó en aquella resignación silenciosa con que sufrió las calumnias é insultos de los fariseos! ¡Con qué arte tan maravillosa supo inflamar su pecho en aquellas llamas inmensas que arden en el Corazón de María y abrasan cuanto tocan en divinos incendios! Y para juntar la práctica á la teórica, los ejemplos á la doctrina, en aquellos mismos ejercicios sirvió con mucha humildad y caridad á la mesa de los Padres, lo cual hizo con tal sencillez y naturalidad como si toda su vida hubiera estado ejerciendo aquel oficio bajo y humilde.

Mas aunque ponía á sus Misioneros fin de tan alta perfección y que tan heroica abnegación comprende, no se crea que era con ellos severo y riguroso, sino antes muy manso y benigno. Con el afán de mortificarse, aquellos buenos Padres apenas comían, lo cual, como supiera nuestro Padre Fundador, un día que se hallaban reunidos les dió esta saludable advertencia: "El señor Vicerrector del Seminario me ha dicho: "Es„tos Padres no comen„. Al hablarles á ustedes de la necesidad de mortificarse en todo, y particularmente en la comida, no es mi ánimo decirles se priven ustedes de lo que conviene á la salud y á la conservación de las fuerzas corporales. „

Concluidos los ejercicios, se distribuyeron las horas de manera que todas, á excepción de las destinadas al descanso y á una recreación honesta que tenían todos juntos, se empleaban en la oración y en el trabajo. Al principio, la vida que llevaban y el modo de portarse en las distintas ocasiones y con las diversas personas que podían ofrecerse, aprendíanlo verbalmente del mismo Padre Fundador, el cual, así como en sus acciones era espejo en que todos se miraban, así en la doctrina era especialmente ilustrado y guiado del Señor. Mas como el intento del P. Claret era fundar una Congregación perfectamente organizada para que pudiera perpetuarse en la Iglesia de Dios y continuar produciendo los frutos que de ella esperaba, y aun que se convirtiera en Congregación religiosa cuando las circunstancias de los tiempos fueran á ello en España favorables, hacíase necesario escribir las Reglas por las que debían regirse y consignar por escrito lo que verbalmente les había ordenado para la organización y buen gobierno del naciente Instituto. La necesidad de escribir las Reglas se hizo más palpable cuando en el mes siguiente á la fundación se vió con sorpresa el nombramiento del P. Claret para el arzobispado de Santiago de Cuba, al cual, como en su lugar se dirá, no le fué posible, á pesar de sus instancias, renunciar. En la necesidad de verse la Congregación, á no tardar, separada de su digno Fundador, los Padres le rogaron con mucho encarecimiento que escribiera antes de irse las Reglas porque debían gobernarse, á lo cual accedió el P. Claret, pues no menos que ellos deseaba dar complemento á la grande obra que el Señor le había encomendado. Puso luego manos á la obra, y con la ayuda del Señor escribió en muy poco tiempo las Reglas que en aquellas circunstancias le parecieron más acomodadas. Va-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos á dar de ellas una ligera noticia, porque así se comprenderá mejor el modo de vivir de nuestros primeros Padres y se conocerá más claramente el espíritu de nuestro Padre Fundador, que está como encarnado en ellas.

En quince capítulos, que comprenden unas 76 páginas en 16.º, abrazó todo cuanto convenia consignar para el recto gobierno de la Congregación y cuanto puede desear un perfecto Misionero en materia de espíritu. Trata en el capítulo I del título y objeto de la Congregación. El título que ya desde un principio le dió, y que después ha conservado con aprobación expresa de la Santa Sede, fué el de *Congregación de Hijos del Inmaculado Corazón de María*. Si deseáramos profundizar en este título tan tierno y cariñoso hallaríamos materia abundantísima para muchas y muy variadas reflexiones; mas el carácter histórico de nuestra obra no nos permite sino apuntar dos ideas para dar á conocer algún tanto las relaciones que guarda con el fin y objeto del mismo Instituto.

En llamarnos *Hijos* manifestó la ternura filial con que debíamos amar á nuestra dulcísima Madre la Virgen María, la confianza sin límites que en Ella debíamos tener para salir airosos en las arriesgadas empresas de nuestro ministerio, y el espíritu de suavidad y dulzura que habia de animar todas nuestras obras, como movidos al fin á impulsos del amor; pero de un amor sincero y afectuoso que allana las dificultades, suaviza las asperezas, triunfa con mansedumbre de las oposiciones de los hombres y engendra un espíritu heroico con apariencias tranquilas y con modos dulces y atractivos. En llamarnos hijos, no como quiera, sino *del Inmaculado Corazón de María*, completó aún más esa idea de ternura y sinceridad filial que debe caracterizar nuestra devoción á María, y además nos manifestó el manantial purísimo adonde debíamos acudir para hallar consuelo que nos aliente en los trabajos apostólicos, vida que anime nuestras obras, gracia que convierta á los pecadores que resistan á nuestros discursos y consejos, y fuerza sobrenatural para empujar á las almas justas á la más sublime perfección. Todo esto está, como cualquiera puede notar, íntima y hermosamente enlazado con el fin y objeto de la Congregación, que es, según se dijo, la gloria de Dios, la santificación de los individuos que la componen y la salvación de las almas de todo el mundo. Este primero y substancial capítulo persevera del mismo modo en las Reglas que después aprobó Su Santidad el Papa Pío IX, á excepción de alguna que otra modificación gramatical que en nada afecta á las ideas en él expresadas.

Los capítulos II, III, IV, V, VI y VII, que tratan de la constitución del gobierno de la Congregación, fueron algún tanto modificados y ampliados cuando las circunstancias lo permitieron, conforme á los deseos del mismo Fundador de la Congregación y del Sumo Pontífice. La Congregación, según las Reglas primitivas, debe ser gobernada por un Director general, un Subdirector, tres Consultores y los correspondientes Superiores locales. Después se añadieron los Superiores provinciales, el Ministro y el Secretario general. Constó ya desde un principio de sacerdotes y Hermanos ayudantes. Cuando las circunstancias fueron favorables á la Congregación, de acuerdo con el P. Claret comenzaron á admitirse estudiantes, que recibian instrucción en Colegios propios del Instituto.

El capítulo VIII expone lo concerniente á la admisión de individuos en la Congregación, y en él es donde se declara que, por más que concluído el año de permanencia en la Congregación nadie puede ser despedido de la misma sino por alguna falta moral notoriamente grave, sin embargo, cualquier individuo de ella se puede siempre ir libremente.

Cualquiera comprenderá que esta disposición era en gran manera onerosa y perjudicial al Instituto; mas las circunstancias de los tiempos no permitían en España ligar con perpetuos vínculos de esta naturaleza á sujeto alguno, y así, para no exponerse á que el Gobierno mandara disolver la Congregación, se pasó por ello en un principio, con ánimo de modificar dicha regla cuando desapareciera el peligro.

El capítulo IX es un breve y perfectísimo compendio de ascética, que comprende subidísimos grados de perfección. Su objeto es presentar los medios de que se ha de valer el Misionero para conseguir su propia santificación, como la reclama uno de los fines principales del mismo Instituto. Comienza por determinar las prácticas espirituales, que todavía hoy rigen, y son: cada año hacer dos veces los ejercicios espirituales de San Ignacio; cada mes un día de retiro espiritual como preparación para la muerte; cada semana confesarse con algún Padre de la Congregación y leer los propósitos de los santos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejercicios; cada día hacer una hora de meditación, por lo menos, estando en casa, tener lectura espiritual y examinar la conciencia al medio día y á la noche, y cada hora tomarse cuenta con brevedad de lo que uno ha hecho en la hora anterior, saludar á la Virgen santísima con el Avemaría y hacer la comunión espiritual. Aconseja luego el desprendimiento de los padres y parientes, amándolos únicamente con amor de piedad y con caridad bien ordenada, vivir sólo de Jesucristo y tenerle en lugar de padre, madre y de todas las cosas. "Para mayor provecho espiritual y ejercicio de la santa humildad, deben, — dice, — todos alegrarse de que se les avisen las faltas ó defectos que se notaren ó se supieren fuera de confesión„, para persuadir lo cual trae una buena comparación. "Si viéramos, — escribe, — que alguno, sin advertirlo, anda con manchas en la cara ó con la ropa al revés, sin duda le avisaríamos, y el otro quedara por ello muy agradecido; pues lo mismo debemos hacer, y con mayor razón, con los defectos del alma.„

En cuanto á negación de los gustos, pasatiempos y honras mundanas, nuestro Padre Fundador daba á los suyos en las Reglas el siguiente consejo: "Donde su divina Majestad no fuere ofendido, ni al prójimo imputado á culpa, deseen pasar tribulaciones, injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos por locos, no dando, empero, ellos ocasión alguna.„ De cuánta perfección sea lo dicho, cualquiera lo puede fácilmente adivinar atendiendo á lo que pasa por sus adentros cuando le acaecen algunas cosas de éstas.

Para mayor abnegación y llegar antes al aniquilamiento del amor propio ordena á los Misioneros que, en cuanto esté de su parte, busquen los oficios bajos y humildes, aun aquellos para los cuales sienten mayor repugnancia. Manda precaver las tentaciones con los contrarios de ellas, preferir las virtudes sólidas á las letras y prendas naturales, y ejercitarse en la presencia de Dios obrando siempre con rectitud de intención á mayor honra y gloria de Él, y nunca con fin alguno torcido. Mándales, finalmente, huir de la ociosidad, como madre y maestra que es de todos los vicios, y que no se entremetan en negocios seculares, para que así puedan atender más desembarazadamente á las cosas espirituales y de perfección.

Tras estos medios generales de conseguir la propia santificación comienza á hablar de las virtudes en particular, exponiendo lo más perfecto que hay en cada una de ellas y el modo de ejercitarlas con provecho y perfección. En materia de obediencia, aunque no se hacía entonces voto de ella, era tal la perfección con que se cumplía en virtud de la Regla, que, á imitación de Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, todos debían obedecer con prontitud y alegría, aunque fuera dejando la letra comenzada, en todas las cosas en que no había pecado, aun en las más repugnantes y opuestas al amor propio y á la sensualidad, y no sólo ante el expreso mandato del Superior, mas aun á una simple insinuación de su voluntad, y todo ello, no con espíritu de esclavos, sino impulsados por el divino amor y por ver á Dios representado en la persona del Superior.

En la pobreza parecían los nuestros, aunque sin votos, verdaderos religiosos, y de los más estrechos y observantes, porque no podían poseer rentas ni en particular ni en común, y vivían únicamente de las limosnas de las Misas y de las que espontáneamente les ofrecían los fieles. Tampoco admitían paga alguna temporal en recompensa de su sagrado ministerio, ni aun lo que lícitamente pudieran recibir de los sermones, pláticas, ejercicios, etc. La vida era perfectamente común; á nadie se permitía, como tampoco ahora, tener en su aposento cosa alguna de comida, ni mueble de lujo, ni cosas de recreo ó pasatiempo. La cama debía ser sencilla, con pies de hierro y tablas lisas de madera, con un colchón y la ropa suficiente para el abrigo; el modo de vestir modesto y sencillo, acomodado al de los sacerdotes más edificantes del país, pero sin adorno alguno de seda ni otra cosa de vanidad y ostentación.

En la comida, nuestro amante Padre, que conocía bien la necesidad que los Padres tenían de conservar las fuerzas para el recto desempeño del sagrado ministerio, fué más indulgente y benigno; pero mandó que los alimentos fueran frugales y ordinarios, no delicados y exquisitos, y prohibió, excepto el caso de necesidad, comer ó beber fuera de las horas señaladas, que eran el desayuno de chocolate ó café, que se tomaba por las mañanas, la comida del medio día y la ligera cena de la noche.

En la castidad quería que fuesen como los ángeles del cielo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

huyendo hasta de lo que aun de lejos pudiera en lo más mínimo tiznarla ó mancillarla. En la modestia desciende á pormenores que á primera vista casi parecen ridículos, pero que son, en realidad, de mucha edificación en las personas que los observan. "Todo su aspecto, — dice, — debe respirar madurez y virtud, y por eso no volverán con ligereza y puerilidad la cabeza de un lado á otro, sino que, si es menester, lo harán con gravedad y pausadamente. Los ojos no se volverán á una parte y otra, sino que se tendrán verdaderamente bajos, sin fijarlos en el rostro de persona alguna, sobre todo en el de los Superiores ó personas del otro sexo. Se ha de evitar todo gesto afectado, ridículo y extravagante en la cara, nariz y labios, los cuales no deben tenerse ni muy cerrados ni muy abiertos. En su semblante debe aparecer una santa alegría antes que tristeza ú otro afecto desordenado, á fin de que por la serenidad exterior se manifieste la interior. Cuando estén sentados, tendrán las manos, ó decentemente cruzadas ante el pecho, ó extendidas sobre las rodillas, los pies juntos y no uno sobre otro, el cuerpo recto y no inclinado á alguno de los lados. Anden con paso grave y moderado, no con precipitación ni con afectada lentitud. En una palabra, todos los movimientos sean de tal manera decorosos que muevan á devoción y confianza á cuantos los miren.„ Esta parece la pintura del semblante y de la posición que tomaría un ángel en cuerpo humano.

Sobre la unión fraterna dió consejos excelentísimos, que pueden aprovechar á toda clase de personas. No quería que hubiese entre los nuestros singularidad alguna, ni en las prácticas del ministerio ni en el modo de ejercerlas, y que el porte, así exterior como interior, fuese en todos igual, tomando por blanco á Jesucristo, para que todos pareciesen hijos de una misma madre, y al verlos las personas de fuera dijesen luego: "Este es un Hijo del Corazón de María.„ Para más afianzar esta unión y fraternidad dispuso que se trataran unos á otros con santa y afectuosa deferencia, benignidad y amor, dándose mutuamente el tratamiento que correspondiera á su estado y condición, anticipándose en darse mutuamente muestras de respeto, pero con cierta sencillez que desvaneciera hasta la sombra de toda etiqueta frívola ó mundana. No quería por esta y otras causas que sus Misioneros tomaran parte alguna en la política. Las bases que en este punto asentó están

perfectamente conformes con las enseñanzas que posteriormente dieron Pío IX y León XIII acerca de las relaciones que la Iglesia guarda con los Gobiernos constituídos. Por seguir esta sabia conducta algunas personas, celosas quizá y de buena fe, pero indiscretas, tildaron á nuestra Congregación de mestiza y qué sé yo de qué otras cosas más; pero contra la censura de algunas personas particulares, que se metieron á juzgar de lo que no debían, podemos oponer la aprobación y los aplausos que de palabra y por escrito tributaron á la Congregación y sus Superiores por su proceder en este punto varios señores Nuncios apostólicos de España y el mismo Papa León XIII. Basta leer la norma de conducta que en esta materia nos trazó nuestro Padre para convencerse de la sinrazón de semejantes calumnias. "Respetarán, — dice, — á los Príncipes y demás potestades constituídas. Se sujetarán á sus órdenes y mandatos con tal que no sean contrarios á la ley de Dios y de la Iglesia, prescindiendo de partidos y opiniones, pues su único partido debe ser el que sigue á Jesucristo, el que practica sus virtudes y declara incesante y cruel guerra á los vicios y pecados.„ También solía decir, cuando le apuraban sobre estas cosas, que su política era la ascética, y por cierto que en ella salió excelente diplomático para tratar los negocios con Dios y ganarse el corazón de los hombres por ganarlos para Jesucristo.

Así como la caridad que ardía en su corazón no tenía límites, sino que se extendía á todos los hombres, y hasta á sus mismos enemigos y perseguidores, por los cuales rogaba de un modo especial al Señor, así pretendió infundir este mismo espíritu á sus Misioneros, para los cuales dejó escrito: "Abrazarán con un amor universal á todos los hombres, aun los más enemigos y contrarios, rogando de un modo especial por ellos y por sus perseguidores, á quienes mirarán como á insignes bienhechores, pues dice Jesucristo: "Amad á vuestros enemi„gos; haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os „persiguen y calumnian.„ ¡Cuán bien podemos mirarnos acerca de este punto en el P. Claret todos sus hijos! ¡Tan calumniado como fué, según veremos, y tan caritativo con los mismos que le injuriaban y perseguían!

Para mejor cumplir con estas disposiciones prohibió á los suyos leer diarios ó periódicos sin facultad del Superior; pues estas lecturas, como muy cuerdamente dice el Siervo de Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"además de fomentar las parcialidades, distraen de la virtud y vuelven mundanos á sus lectores„.

Aunque nuestro buen Padre deseaba que todos sus Misioneros fuesen santos y perfectos, quería, no obstante, que los Superiores, con afecto maternal, acudiesen á todos con cuanto habían menester para conservar la salud y las fuerzas; y si alguno caía enfermo, él mismo, como verdadera madre, se desvelaba por servirle y cuidarle, y era tal la solicitud que en esto tenía; que por atender á los enfermos dispuso que, si era necesario, se vendieran hasta los mismos libros. Apreciaba muy mucho la vida de sus Misioneros, porque los consideraba como instrumentos de la salvación de muchas almas, y atendía á la mucha gloria que podían dar á Dios con sus predicaciones y confesiones, y así no es posible imaginar el cariño con que los servía hasta en los oficios más bajos y humildes cuando estaban postrados en cama por alguna enfermedad. Esto se vió claramente á los dos meses, poco más ó menos, de fundada la Congregación, pues en el mes de Septiembre de aquel año cayó enfermo el P. Fábregas, y hubo de ser visitado unos treinta días por el médico. El P. Claret, con gran caridad y mansedumbre, se constituyó luego en enfermero del Padre; le arreglaba la cama, le servía las medicinas, le consolaba con palabras dulces y edificantes, le distraía y recreaba con algunas gracias honestas y con algunas historietas amenas y de edificación, y hacía con él todos los oficios de cariñosa y solícita madre. Decía con razón San Pablo de la Cruz que para cuidar á un enfermo era menester, ó la ternura de una madre, ó la caridad de un santo. Gracias al Señor, el piadosísimo ejemplo que en este punto, como en muchos otros, nos dió nuestro Padre, ha sido fielmente seguido en la Congregación, y todo se deja por atender á los enfermos, como lo han experimentado ya muchísimos que han muerto en ella y no han sabido cómo expresar su agradecimiento por la caridad y amor con que en todo les servían, aliviando en gran manera sus dolencias físicas y morales.

Después que en el capítulo anterior ha expuesto nuestro Padre de modo tan maravilloso los medios de que deben valerse los Misioneros para llegar á su propia santificación, pasa en el siguiente, que es el X, á exponer los que han de emplear en la salvación de las almas, que es el otro fin principalísimo de nuestro Instituto. Los medios principales que señala son la enseñanza del Catecismo á los niños y adultos, toda especie de predicaciones, pero en especial las más evangélicas, como son las Misiones y ejercicios á toda clase de personas, y mayormente á sacerdotes, estudiantes y monjas, el fomentar todas las obras de caridad y celo y toda suerte de Asociaciones piadosas.

En el capítulo XI establece el reglamento doméstico, que es el mismo que siguieron ya nuestros primeros Padres desde un principio. Levantábanse todos los días, así en verano como en invierno, á las cuatro de la mañana; y para que nadie se olvidara, había un encargado de llamar, que á esa hora pasaba de puerta en puerta y en cada una daba un golpecito, diciendo: *Deo gratias et Mariae*, á lo que respondía el que estaba adentro: *Semper Deo gratias et Mariae*. Por este modo tan ingenioso se conseguía que el primer acto del día fuese un acto de alabanza y hacimiento de gracias á Dios y á su santísima Madre. A más de esto, tenían ordenado que luego, en despertando, invocasen los dulcísimos nombres de Jesús y María y fijasen luego el pensamiento en la meditación que habían de hacer. Hacían después el ejercicio del cristiano y tenían una hora de oración mental, que á los principios hacía cada uno separado en su celda, pasando de vez en cuando el Padre Fundador por ellas para que nadie se descuidase; mas al poco tiempo pareció mejor hacerla en común, y así se hizo, como en el día se sigue haciendo. A la hora que cada Padre tenía señalada bajaba á la iglesia del Seminario, en donde decía la Misa. Servíansela unos á otros, con grande edificación de las personas que asistían, las cuales no habían visto semejante costumbre. A las ocho tomaban todos juntos el desayuno, rezando antes de él un Padrenuestro por los bienhechores vivos, y otro después para los difuntos. A las once tenían conferencia de moral, á la cual debían todos asistir, á no estar legítimamente impedidos á juicio del Superior. A las doce menos cuarto tenían un rato de lectura espiritual, y hacían luego el examen de conciencia hasta las doce y cuarto, que era la hora de comer. La comida iba precedida de la correspondiente bendición, acompañada de la lectura espiritual, que hacía por turno uno de los Misioneros, y seguida de la acción de gracias. Concluída la refección visitaban brevemente al santísimo Sacramento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y á la Virgen María, y luego pasaban á la sala de conferencias, en donde tenían recreación hasta la una y cuarto, desahogando su espíritu en santas y útiles conversaciones. Desde la una y cuarto hasta las dos descansaban cada uno en su celda. A las dos rezaban separadamente, cada uno de por sí, Vísperas y Completas, y á la primera hora que, según el Directorio, podía hacerse, Maitines y Laudes, los cuales ahora, por privilegio pontificio, pueden rezar en todo tiempo nuestros Misioneros á las dos de la tarde.

Á la hora señalada por el Superior tenían conferencia sobre el modo de predicar, que duraba una hora entera, y luego salían á paseo de dos en dos á las vecinas alamedas del pintoresco llano de Vich, en donde esparcían su corazón y su entendimiento á la vista de las bellezas de la creación y respirando el aire puro de los campos. Como todos aquellos primeros Padres estaban dotados de una santa sencillez, ganábanse en estas ocasiones con sus dulces pláticas el corazón de los rústicos labriegos que habitan en las innumerables casas de campo esparcidas por el llano, y llevaban el consuelo á sus pobres pechos cuando la tempestad ó la sequía les impedía recoger lo que con tantos sudores habían sembrado. Con esto, el nombre de los Misioneros del P. Claret se hizo muy popular en aquellas sencillas moradas, asentadas sobre un lecho de verdor, y aun hoy día dura en ellas el buen olor de Cristo que allí dejaron. Los días ordinarios, el paseo no duraba más de una hora; pero los jueves se prolongaba más, y era indecible la santa alegría que en ellos reinaba, y terminaba siempre con la visita á las Cuarenta Horas. El resto de la tarde lo pasaban en las tareas propias de su ministerio. Á las ocho tenían conferencia de mística, á las ocho y media se rezaba el santo Rosario, se hacía en el coro la visita mayor al Santísimo y á la Virgen, y luego tomaban la cena con frugalidad, después de la cual tornaban á visitar al Señor como al medio día, y luego tenían recreo hasta las diez menos cuarto, en que hacían el examen general de las faltas del día y el ejercicio de la noche, y á las diez retirábase cada uno á su celda para tomar el necesario descanso. En los días festivos, en vez de la conferencia de la tarde, tenían media hora de meditación en común y una plática que, sobre los deberes del estado y las virtudes más necesarias, hacía uno de los sacerdotes más antiguos.

Este método de vida, tan ajustado y tan santo, es el mismo que hoy día se practica, si se exceptúa alguna pequeña é insignificante variación en las horas.

Para el tiempo de Misión compuso nuestro Padre otro Reglamento acertadísimo, en el que se conservan todas las prácticas espirituales de que se habla en el Reglamento para cuando están en casa, y se distribuyen convenientemente las demás horas del día en los ejercicios propios de la Misión. Todo esto lo explica en dos capítulos, acerca de los cuales nada más diré porque consignan casi lo mismo que nuestro venerable Fundador hacía en sus Misiones, y que ya más largamente expusimos en su lugar.

Los dos últimos capítulos de las primitivas Constituciones están consagrados al reglamento de los Hermanos coadjutores ó ayudantes Hijos del Inmaculado Corazón de María, y á sus oficios ó empleos. En el postrero señala las obligaciones de los respectivos cargos que ellos suelen desempeñar, como el de sacristán, despensero, cocinero, ropero, portero, enfermero, hortelano, etc., para todos los cuales da muy atinadas reglas sobre el modo de ejercerlos con perfección, tanto material como espiritualmente.

Para el poco tiempo en que dispuso nuestro Fundador las Reglas, causa verdaderamente admiración la perfección y el orden con que las trazó, bien que el trabajo debió hacérsele más fácil por ser él mismo una regla viva y no ser menester otra cosa sino ir notando lo que hacía y el modo perfectísimo con que procedía en todas sus obras. La experiencia que adquirió en los diez años que desempeñó el oficio de Misionero apostólico antes de fundar la Congregación le sirvió no poco para encaminar los pasos de los nuevos Misioneros, preservándolos de los escollos en que muchos suelen caer y proporcionándoles los medios más adecuados para el logro de su objeto.

3. Pero volvamos al hilo de nuestra historia, por algunos instantes interrumpida, para describir la vida interior de nuestra Congregación en sus primeros años. Ya dijimos que el Padre Claret con sus compañeros se había instalado interinamente en el Seminario para llevar á cabo la fundación. La celdilla que ocupó el Siervo de Dios daba á un gran patio, que hoy día adornan dos elegantes jardincitos, en el centro de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuales tiene el uno un caprichoso surtidor y un pozo el otro. Junto al patio alzaban sus frondosas ramas algunos árboles copudos de las casas vecinas, los cuales alegraban la vista y daban al lugar cierto aire campestre. ¡Cuántas veces se regocijaría el corazón de nuestro buen Padre al oir por las mañanitas los trinos y gorjeos de los pajarillos, que despertaban alabando al Señor! La corta aunque ancha galería en donde á veces paseaba con los demás Padres durante el recreo, es muy alegre por las bellísimas vistas que tiene. Da al patio antes descrito, pero á lo lejos vese desde allí el frondoso monte de Tallella, cortado cerca de un extremo por un hermoso valle, donde tienen su asiento varios pueblos; enfrente y detrás del anterior se divisan, formando larga cadena, los variados y amenos montes de Colls Espina, que limitan por aquel lado el horizonte de Vich. Más á la izquierda ofrece imponente y agradable espectáculo al mismo tiempo la majestuosa montaña de Monseny, que, como gigante, levanta su cabeza sobre el llano, cubierta casi todo el año con blanca vestidura de nieve. En la misma dirección y más cercanos se descubren los collados de Santellas y Aiguafredas, entrecortados por pequeños y deliciosos valles entre Vich y Barcelona, que hacen de aquellos sitios uno de los paisajes más pintorescos que pueden imaginarse. Malla recrea la vista con los verdes prados que cual rica alfombra cubren sus faldas, y Tagamanent llama la atención por su forma casi piramidal. Nuestro Padre se complacía durante los recreos en hacer ver y apreciar á los suyos estas bellezas de la creación, las cuales él mucho deseaba contemplar por ser las menos peligrosas y las que más levantan el espíritu al Criador y conservan en el hombre el candor y la inocencia.

El refectorio, donde tantos actos de humildad ejerció, todavía se conserva en la misma forma, si no es que entonces no estaban las mesas, como ahora, cubiertas de mármol, ni los bancos tenían el elegante respaldo de madera muy bien labrada que los hace más cómodos y sanos. En la capilla del mismo Seminario, que es bastante espaciosa, pues tiene tres naves, bien que pequeñas, solían tener los ensayos de predicación, y desde el coro hacían la visita al Santísimo.

Muy contento hubiera permanecido el Siervo de Dios ocupando con sus compañeros aquel lugar, donde tanto resplandecía la pobreza, si hubiera sido posible; pero se acercaba el tiempo de comenzar el nuevo curso académico del 49 al 50, y era menester que para entonces estuviera el local desalojado. El Ilmo. Casadevall cumplió con fidelidad la palabra dada al P. Claret sobre la disposición de otro local más conveniente en el antiguo convento de la Merced. Obtuvo del Gobierno la cesión del edificio, y tomó posesión de él mediante escritura pública. Como había servido mucho tiempo de cuartel y últimamente se hallaba instalado en él el Juzgado de primera instancia, antes de ocuparlo nuestros Padres fué necesario hacer algunas reparaciones, que fueron en poco tiempo terminadas. Desocupóse el edificio por orden del Prelado, menos el ala del Norte, en donde tenía el Municipio escuelas de instrucción primaria y de dibujo. Debióse esto á una benigna concesión del señor Obispo, el cual condescendió con las súplicas del Municipio, que pedía un plazo determinado de tiempo para buscar nuevo local en que instalar las escuelas; pero esta gracia, como después veremos, fué ocasión de no pequeños disgustos. Arreglado ya todo convenientemente, trasladóse al convento la pequeña Comunidad en el mes de Octubre del mismo año de su fundación.

El edificio es grandioso, pues tiene local suficiente para una Comunidad de 200 individuos, con sus correspondientes oficinas. Llaman en él la atención los bonitos claustros, formados por elegantes columnas de granito, que rodean un patio convertido en jardín. En una de las alas que cierran el claustro está la iglesia, llamada también de la Merced como el mismo convento; es de piedra y de regulares dimensiones, de orden gótico aunque no puro, pues la afean los arcos romanos de la bóveda, que se hicieron así por no poder terminar, á falta de recursos, el plan primitivo. Venérase en ella una imagen milagrosa llamada del *Buen Suceso*, á la que el pueblo tiene mucha devoción, y en cuyo altar se canta Misa todos los días. Este espacioso edificio fué entregado á nuestros Padres para que dieran en él ejercicios espirituales á los sacerdotes y ordenandos y á los seglares que quisieran recogerse allí por algunos días. Todo se hizo y sigue haciéndose hasta hoy conforme á los deseos del Prelado, y con cuánto fruto sábelo muy bien el ejemplar clero de la diócesis de Vich, que en esa santa casa renueva de cuando en cuando su espíritu y cobra alien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos para cumplir con nuevos bríos su espinoso ministerio.

Era mucha la pobreza y necesidad que al principio padecieron nuestros Padres. Para remediarla en algo, el Rdo. Don Mariano Aguilar, á cuyo cargo estaba entonces la iglesia del convento, y el Dr. D. Benito Vilamitjana, que le servía de ayudante, y era á la sazón catedrático del Seminario y después fué arzobispo de Tarragona, les ofrecieron todos sus muebles y enseres; y aunque no pertenecían á la Congregación, comían con nuestros Padres y vivían con ellos. Para estar más desembarazados del cuidado de las cosas temporales y poderse consagrar con mayor fruto al ejercicio del sagrado ministerio encargaron al primero la administración temporal de la casa, lo cual hizo D. Mariano de muy buena gana por contribuir en algo á las obras meritorias de los nuestros.

También á los príncipios tuvieron los Padres que padecer bastante por la ignorancia de algunos Hermanos cocineros. Uno de ellos, D. José Pla, alma de candorosa sencillez y de no común inocencia, se hizo célebre por sus originales comidas, que dieron no poco que reir y que ofrecer al Señor á nuestros primeros Misioneros. Con frecuencia debían éstos comer crudos los garbanzos, y unas veces por falta de sal y otras por sobra de ella, y muchas por las extrañas combinaciones que de los manjares hacía, la comida se trocaba en ejercicio de mortificación. Una vez hallóle el P. Clotet triturando los garbanzos cuando estaba ya para dar la hora de la comida. Preguntado qué intentaba con aquello, respondió con la mayor sencillez: "Como no se han cocido, los estoy machacando para que los puedan pasar.„ Era el buen Hermano muy amante de la pobreza y dado á ejercicios de piedad, y para practicar aquélla y disponer de más tiempo para lo segundo coció un día de una vez gran cantidad de garbanzos, suficiente para una semana cuando menos. Como le sorprendiera afanado en esta su tarea el Padre que tenía á su cuidado á los Hermanos, díjole:

—Pero, Hermano, ¿por qué ha cocido tan gran cantidad?

—Para economizar leña y tiempo,—respondió el sencillo Hermano, muy satisfecho de su peregrino invento.

—¿Mas no ve que se le van á corromper?,—repuso el Padre, maravillado de tanta candidez.

—No tema V. R., Padre mío,—replicó el Hermano;—á mi

cuenta va el ponerlos en lugares frescos en donde no se echen á perder.

Y la Comunidad comió de resultas garbanzos toda la semana, nada sabrosos, por cierto, en los últimos días de ella.

Había notado el P. Superior, que lo era ya entonces D. José Xifré, que el pan que se ponía en la mesa estaba siempre muy seco y algo desabrido. Deseoso de remediar esta falta fué un día al encuentro del que lo traía á casa con ánimo de avisar al panadero que enviara pan más tierno, y si podía ser del mismo dia. Mas sorprendióse no poco cuando echó de ver que el pan venía de fuera muy blando y sabroso, y que no estaba allí, por consiguiente, la causa del defecto. Entonces preguntó al Hermano Pla cómo era aquello, y el buen Hermano le acompañó á la despensa, en donde le mostró varias hileras de panes que tenían ya muchos días, y aun por ventura semanas.

—¿Pues qué hace, Hermano,—preguntó admirado el Superior.—¿Por qué manda traer pan teniendo tanto en casa?

—Pues muy sencillo, Padre,—respondió el cocinero;—para que tenga tiempo para secarse y no coman tanto.

Reprendióle el P. Superior esta excesiva economía, y le hizo ver que era aquello mal entendida pobreza, pues ofendía á la caridad con que debía tratar á los demás; y después de una saludable amonestación le mandó que no comprara más pan hasta que se consumiera aquél, y que en adelante adquiriera no más que lo necesario para el día, pues él deseaba que se diera tierno para que los Padres comiesen más, pues lo habían menester. El buen Hermano obedeció con humildad, pues su falta sólo había nacido de su extremada sencillez.

Como en el nuevo edificio que ocuparon tenían con frecuencia ejercitandos, que hacían los santos ejercicios y comían en casa, suplicaron algunos Padres á D. Juan Arumí que diera al buen Hermano algunas lecciones de culinaria. Cuando el Padre Fundador lo supo, dijo con mucha gracia: "No hemos nosotros menester buenos cocineros, sino buenos Misioneros (1).„ Mas con todo no se opuso, por respeto á los de fuera. El Hermano Pla dejó en la Congregación santos recuerdos de sus virtudes, y tuvo en ella no ha muchos años una muerte edificante.

---

(1) Declaración de D. Juan Arumí, del comercio, y ahora de los primeros contribuyentes de Vich.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tenía nuestro Padre gran cariño á todos los que de algún modo trabajaban en la salvación de las almas, y más á los que ayudaban á los Misioneros con sus buenas obras; por esto sentía muy de veras sus enfermedades y las tribulaciones que padecían, y no sosegaba su bondadoso corazón hasta haberlas remediado de alguna manera. Sintió por esta causa gran pesar cuando su buen amigo D. Mariano Aguilar cayó gravemente enfermo en el convento de la Merced. Aunque el Siervo de Dios estaba ya entonces preconizado arzobispo de Cuba, no se desdeñaba de hacer los más humildes oficios con su querido enfermo. Había el médico recetado á éste un baño general, y el Siervo de Dios fué por sí mismo á buscar los cubos de agua, y subiólos hasta la celda del paciente para el fin indicado. Vióle en este bajo oficio un primo de D. Mariano, llamado Mariano Fábregas, que después fué abogado y alcalde de Vich, y enternecido á vista de la humildad y caridad del Siervo de Dios, le suplicó con mucha instancia que dejara estar los cubos; pero el P. Claret respondió con viveza: "No puede ser: la vida de Mosén Mariano interesa mucho (1).„

4. Entretanto la pequeña Comunidad había crecido algún tanto con algunos sujetos más que se le juntaron. Uno de los primeros fué el P. Bernardo Sala, hermano del P. Esteban y uno de los que más se distinguieron en el naciente Instituto. Había profesado solemnemente en la Orden benedictina, cuando la exclaustración que los Regulares en España padecieron el año fatal de 1835 le obligó á buscar un refugio en sus Hermanos de Italia, y, en efecto, fué recibido con muestras de singular aprecio en el célebre monasterio de San Martín de Scalis, en Sicilia, cerca de Palermo. Conoció muy pronto el Abad el superior talento de su nuevo huésped, y deseoso de aprovecharse de él le nombró bibliotecario y catedrático de Teología moral. Desempeñó estos cargos con gran acierto y á satisfacción de Superiores y alumnos, hasta que los acontecimientos políticos del infausto año 1848 le obligaron á regresar á su amada patria. Acostumbrado al suave yugo del Señor, se le hacía pesadísimo el vivir sin él; y como en España estaban los conventos arruinados y no había aún esperanzas de su próximo restablecimiento, buscó en nuestro incipiente Instituto algo

(1) Declaración de D. Mariano Fábregas en el proceso informativo.

que se pareciera á la observancia regular, para practicarla en él hasta que lucieran mejores días para su Orden. Halló aún más de lo que creía, y se consoló no poco en el Señor de poder vivir entre los nuestros guardando la más estricta observancia, cual pudiera desearla en los rígidos monasterios de su Orden. El Padre Fundador le admitió gustoso, porque descubrió en él dotes singulares que podían ser de mucho provecho á la Congregación. Aunque en ella se dedicó á todos los trabajos propios de un Misionero, sobresalió de una manera especial en la enseñanza, en la cual hizo mucho fruto como catedrático de Teología moral, de Sagrada Escritura y de Derecho canónico. Se señaló más por su ciencia y erudición que por las cualidades propias para el trato social; abstraído en sus letras y en las obras que el celo por la gloria de Dios le sugería, era silencioso, y en las conversaciones gastaba muy pocas palabras. Este defecto natural quedaba con creces compensado con los profundos conocimientos que poseía en todas las ciencias, pero de un modo singular en sagrada Liturgia, con la observancia exactísima de todas las reglas y con la puntualidad con que asistía á todos los actos de Comunidad, en los cuales siempre se le hallaba el primero. Su laboriosidad, puntualidad y exactitud en todas las cosas le habían valido ya en Italia el que algunos monjes le llamaran, como por gracia, el *P. Minuti*. Aquella boca, que parecía cerrada cuando se trataba de cosas frívolas ó poco importantes, brotaba en pocas sentencias raudales de sólida doctrina cuando se le consultaba algún caso ó alguna cuestión, como muchas veces acaecía á causa de sus singulares talentos. Después veremos el impulso que dió á las Hermanas carmelitas de la Caridad cuando, después de su hermano, fué nombrado Director de ellas. Á los veinte años de permanecer en nuestro Instituto fué, en cumplimiento de su profesión solemne, á acabar sus días en el célebre monasterio de Montserrat, en donde había sido restablecida en debida forma la Comunidad de Padres benedictinos. Fué admitido en él con indecible alegría por el Rmo. Abad P. Muntadas, que había sido su condiscípulo é íntimo amigo. Alargóse aún su ya trabajada existencia diez años más, durante los cuales continuó incesantemente sus trabajos, sin aflojar en nada la austeridad de los ayunos y abstinencias regulares, hasta perder enteramente las fuerzas. Mas la flaqueza con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siguiente al peso de los años le causó una enfermedad que le obligó á guardar cama. Agravóse muy pronto, y después de recibir con inusitado fervor los santos Sacramentos, expiró plácidamente el 19 de Abril de 1885. Dió á luz catorce obras originales sobre diferentes materias, entre las cuales alcanzaron mayor celebridad: *La Filosofía de la confesión*, el *Diccionario de erudición eclesiástica*, la *Teología moral*, en noventa conferencias, basada sobre la doctrina de San Ligorio; la *Exposición apologética del Syllabus*, la *Vocación considerada en todos sus aspectos* y *El Sacerdote instruído en las rúbricas de la Misa cantada y rezada*. Esta última obra se adoptó como texto en casi todas las diócesis de España y en algunas de América. Cuando falleció su autor se habían hecho de ella siete numerosas ediciones. Dejó también publicadas varias obras traducidas del inglés y del italiano.

Otro de los Padres que entraron al poco tiempo de fundada la Congregación fué el Rdo. D. José Homs. Parece, no obstante, que el Señor sólo le llamó á ella para amaestrarse en el modo de ejercer con fruto el sagrado ministerio y para que labrase en su alma sólidos cimientos de virtudes teniendo á la vista los edificantes ejemplos de los demás Padres, pues luego, por motivos de familia, hubo de salir, con gran sentimiento suyo. Dios le destinaba para ocupar altos y difíciles cargos en la diócesis, pues como estaba dotado de no comunes talentos, varios señores Obispos que se sucedieron en la diócesis de Vich le tomaron por Secretario, oficio que desempeñó á satisfacción de todos y con gran provecho de la diócesis. Sus merecimientos le elevaron á la dignidad de Deán del Ilmo. Cabildo de Vich, y con tal prudencia, humildad y abnegación lo preside, que merced á esto reina en él admirable concordia, con mucha edificación de los fieles. También tiene confiada á su prudencia la dirección espiritual de las carmelitas terciarias, que bajo su gobierno prosperan maravillosamente. Siempre ha conservado y conserva aún un cariño singular para la Congregación, de tal suerte que ha importunado hasta conseguir, con dispensa de la Santa Sede, que uno de sus albaceas testamentarios sea el Rdo. P. Clotet, ó el que á su muerte esté de Superior en la Casa-Misión de Vich. Varias veces había pedido con instancia volver á entrar en nuestro Instituto, aun siendo canónigo y secretario del señor Obispo; mas los Superiores no juzgaron prudente privar á la diócesis de un sujeto tan digno y de tan raras prendas.

De no poco consuelo sirvió también á nuestros primeros Padres la entrada del P. Ignacio Carbó, sacerdote de hermosa y agradable presencia, que tenía el don singularísimo de ganar para Dios los corazones de cuantos le trataban ó veían. La celestial sonrisa de los labios daba á su semblante un aire angelical, que le hacía en gran manera amable é imponía veneración y respeto. Estas prendas naturales estaban admirablemente realzadas por la afabilidad y amor con que trataba á los prójimos, lo cual nacía en él del ardiente amor que tenía á Jesucristo. Había sido monje cisterciense en el arzobispado de Tarragona, y arruinado su convento por la revolución, pidió un asilo entre nuestros Misioneros para continuar en lo posible la observancia religiosa y dedicarse al ministerio de salvar las almas. De palabra fácil y elocuente, las muchedumbres se iban tras él ávidas de oirle, y por dondequiera que se desbordaba el torrente de su divina oratoria florecía la virtud, é innumerables conversiones de almas, antes pecadoras, trocaban en delicioso verjel de verdor y frescura espiritual pueblos que antes, por su indiferencia y apatía religiosas, eran como páramos infecundos, como campos secos y estériles sobre los cuales apenas caía el rocío de la divina gracia. El Padre Carbó no tenía enemigos, porque bastaba verle para amarle; mas aunque en todas partes le seguían el amor y las alabanzas de los hombres, él no se alzaba con la gloria de ello, sino que todo lo refería al Señor, á quien amaba con todo el afecto de su hermoso y ardiente corazón. Maduro ya para el cielo y amado de los ángeles, que ansiaban tenerle en su compañía, tuvo la dicha de entregar á Dios su candorosa alma, víctima de su celo por la gloria del Señor y la salvación de las almas, á la aún temprana edad de cuarenta y dos años. Acababa de dar la Misión con el Rdo. P. Clotet en el pueblo de Palau, que está en la diócesis de Solsona y pertenece á la provincia de Lérida. El excesivo trabajo le había causado una ligera indisposición, junto con un sudor muy copioso. Era á fines de Noviembre, y á la mañana siguiente se había de partir para empezar la Misión en otro pueblo. Para llegar á tiempo era menester levantarse muy tempranito; y aunque el P. Clotet, previendo los funestos resultados que en aquel tiempo de tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riguroso frío podría tener el madrugar tanto, estando así indispuesto, habíale aconsejado que se estuviese más en la cama; él no lo consintió, porque deseaba antes que todo cumplir exactamente con su ministerio, aun á costa de la salud y de la vida.

No fueron, por desgracia, injustificados los temores del Padre Clotet, pues después de la Misa el P. Carbó vióse forzado á volver á la cama por el mal estado de su salud. Al poco rato vieron todos con espanto que había cogido una fuerte pulmonía y que la cosa era verdaderamente grave. Nueve ó diez días le duró la enfermedad, de la cual murió. Llevóla, como no podía ser menos, con suma paciencia é igualdad de ánimo. En el semblante se le traslucía á veces reflejada la interior alegría que experimentaba con la dulce esperanza de ir pronto á gozar de Dios. La santísima Virgen, de la que tan devoto había sido, y á cuyo Corazón inmaculado se había acogido como á sombra de refugio, le consoló en gran manera, y aun parece que visiblemente le alentó con su amorosa presencia estando ya él para morir; pues entrando en aquella ocasión el P. Clotet en la celda del enfermo, le dijo éste con el rostro inundado de celestial alegría: "Descúbrase, Padre; ¿no ve á la Madre de Dios?„ Todos sus pensamientos estaban ya fijos en el cielo, y con tanta claridad veía en aquellos instantes la vanidad de las cosas terrenas y la dicha de amar á Dios, que las últimas palabras que pronunció fueron éstas: *Vanitas vanitatum praeter amare Deum et illi soli servire.* "Todo es vanidad de vanidades menos amar á Dios y servirle á Él solo.„ (*De imitat. Christ.*, lib. I, cap. I.) Luego, como quien entra en un dulce sueño, entregó al Señor su hermosa alma, que sin duda fué á juntarse con los coros de los ángeles para cantar eternamente las alabanzas de Aquel á quien tanto había amado. Fué el primer ángel que la naciente Congregación envió al cielo, adonde voló el 3 de Diciembre de 1852 (1).

Llamó también á las puertas de nuestra Casa-matriz de Vich el Rdo. P. José Reig, religioso mercenario, el cual, arrojado de su convento por la revolución, se acogió á los nuestros para servir al Señor del modo más perfecto que en aquellos aciagos días le era permitido. Dotado de buena presencia, de

(1) Relación que oí de boca del mismo P. Clotet.

virtud, de talento, y más aún de ardiente celo por la salvación de las almas, trabajó mucho en Misiones y ejercicios; mas aunque tenía una voz regular, no era la predicación en lo que más sobresalía. Su talento peculiar era para los negocios, para los cuales tenía exquisito tacto y suma prudencia. Instruído más que medianamente en varias ciencias y agraciado con el singular don de conocer á los hombres, era muy apto para el gobierno, y así fué que, una vez rehecha su antigua Orden, el General de ella, P. Miquel, le llamó á Roma, en donde le hizo su secretario. A la muerte del General, Pío IX, de santa memoria, le nombró *proprio motu* para el elevadísimo cargo de Ministro ó Superior General de su Orden. Conservó siempre extraordinario afecto á la Congregación, á la que prestó por razón de su cargo muy importantes servicios, ora elogiándola delante del Papa y de muchos Cardenales y Prelados de la Ciudad Eterna, ora sirviendo á la misma de agente y procurador para los negocios que tenía que tratar con la Santa Sede. También influyó bastante para la aprobación de nuestras Constituciones, por lo cual, y por todo lo demás que hizo en beneficio de la misma, ha dejado entre nosotros muy grato recuerdo. Aun, Dios mediante, tendremos ocasión de tornar á mentarle en estas páginas cuando lleguemos á los últimos años de la vida de nuestro amado Fundador.

Entre los que en el primer decenio de la Congregación vinieron á aumentar la pequeña Comunidad de Misioneros merecen que hagamos de ellos especial mención, á más de los anteriores, los Rdos. Padres José Serra, Pedro Alibés, Miguel Rota, Francisco Rexach y Francisco Crusats. El primero nació por los años de 1827, fué familiar del señor Obispo de Teruel, y á la muerte de éste entró todavía joven en la Congregación. Dotado de profunda humildad y de celo nada común, aunque no se distinguía por sus talentos, hizo muchísimo fruto en las almas; y cuando más tarde fué nombrado Superior de la Casa-Misión de Huesca, supo con su santidad y prudencia granjearse el afecto del señor Obispo y de todos los canónigos. Después de una vida laboriosa y edificante murió en la Casa-Misión de La Selva el 4 de Noviembre de 1881, á la edad de cincuenta y cinco años y diez meses.

El P. Alibés, cuando entró en la Congregación, era un joven sacerdote de veintinueve á treinta años, de agradable as-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pecto, jovial, de regular ingenio y de imaginación brillante. Señalábase entre todos por una singular devoción á la santísima Virgen; en Barcelona, con su amable carácter, se atrajo el afecto general del clero é hizo mucho fruto con sus predicaciones á los fieles. El Gobierno general de la Congregación, apreciando, como era justo, sus raras partes, y más aún su prudencia, le nombró sucesivamente Superior de las Casas de Gracia, Selva, Argel y Solsona. En Argel el Señor le sujetó á muchas pruebas y contrariedades, que acrisolaron su virtud y le allegaron más á Dios por la resignación con que las llevó, deseoso siempre de morir abrazado con la cruz. Cuando le sobrevino en Solsona la última enfermedad, que le arrastró al sepulcro, el Rmo. P. General, que le apreciaba en gran manera, envió allá para consolarle á su íntimo amigo el P. Clotet; mas cuando éste llegó, ya aquél había entregado dulcemente su alma al Criador. Acaeció su muerte el 3 de Diciembre de 1884, á los sesenta y cuatro años de edad.

El P. Miguel Rota llamó á las puertas de nuestro Instituto el 15 de Junio de 1857, á la edad de cuarenta y dos años. Era de carácter sencillo, pero muy entendido y diligente para los negocios de administración, por lo cual los Superiores le nombraron para el difícil cargo de Ministro general, que desempeñó con gran acierto hasta su muerte. Laborioso y activo por carácter, era, no obstante, amante del retiro y observante de las Reglas. A pesar de sus numerosas ocupaciones á causa de los muchos encargos que de todas partes le hacían y con que le obligaban á salir de casa con frecuencia, no dejaba ningún acto de Comunidad, era puntualísimo en todos ellos, y nunca de sus labios salía una queja por los excesivos trabajos que mayormente en los postreros años de su vida hubo de sobrellevar. Parco en el comer y en el beber, y dado de veras á la oración y mortificación, no era extraño que su muerte fuera la de los justos. Durante los días que su última enfermedad le tuvo postrado en cama, fué maravillosamente consolado y recreado con la visita diaria de Jesús sacramentado por medio de la comunión. Después de una vida pasada con gran pureza de alma y de una ancianidad gloriosa que llegó á los setenta y dos años, conservando vigorosas todas sus potencias, descansó suavemente en el Señor el 31 de Octubre de 1887, vigilia de Todos los Santos.

D. Francisco Rexach dejó gustoso un buen beneficio que poseía en Olot por abrazarse con la pobreza de nuestros primeros Padres. Distinguióse siempre por su celo y observancia en el cumplimiento de las Constituciones, con lo cual mereció la confianza de los Superiores, que le pusieron al frente de la Residencia de Tarragona, en donde le alcanzó la muerte el 6 de Febrero del año 1876, cuando contaba sesenta y un años de edad.

Mas entre los Padres que más nombre han dejado en la Congregación, á pesar de la temprana edad en que murió, fué sin duda el más célebre y acreedor á nuestros elogios el piadosísimo P. Crusats. Entró muy joven en la Congregación, y el Señor, que le destinaba para ser la primera víctima que en sangriento holocausto le ofreciera nuestro Instituto, se complació en atesorar en su inocente alma las riquezas de su bondad y misericordia. Alma tan pura como la de aquel bendito Padre, que no sabía concebir que hubiera hombres en el mundo que no amasen á Dios; alma tan tiernamente amante de Jesucristo, que deseaba y anhelaba con todos los impulsos de su corazón dar por Él su sangre y su vida; alma tan celosa por la salvación de las almas, que no podía oir hablar de las Misiones sin enternecerse y sin inflamársele el pecho de santo celo; alma, en fin, tan candorosa, de tan sencilla mirada, de tan pura intención, de amor tan sincero y tierno, más parecía espíritu angélico que humano, y no era posible que estuviera mucho tiempo en esta tierra de corrupción. El huracán revolucionario del 68 se encargó de arrancarla de sus prisiones, ciñendo sus sienes con inmortal corona y colocando en sus manos la palma del martirio.

Todos estos varones, verdaderamente apostólicos, á más de algunos otros de quienes por sobrevivir aún no hago especial mención, aun cuando los haya entre ellos dignísimos por muchos conceptos, como el Rdo. P. Clemente Serrat, que actualmente desempeña el elevado cargo de Subdirector General, fueron el consuelo de la Congregación en aquel primer decenio, que fué para el Instituto de tribulación y de prueba, y en el que echó hondas raíces de humildad para levantar luego más robusto su hermoso tronco y extender más lejos sus verdes ramas. Algunos otros hubo que entraron también en la Congregación por aquel tiempo y labraron en ella su propia santifi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cación y la de otros, los cuales al fin, por causas independientes de su voluntad, tuvieron que dejarla, si bien continuaron siempre unidos á ella en espíritu y la favorecieron en la medida de sus fuerzas. De este número fueron D. Antonio Comellas, sujeto de carácter amable y sencillo, el cual, aunque de cortos alcances, convirtió con su incansable celo muchas personas perdidas. De resultas de un ataque apoplético, los médicos le aconsejaron que no continuara en la Congregación, la que por fin hubo de dejar, con grande sentimiento suyo; D. Pedro Vilalta, que salió también por enfermo, y D. José Portell, que á su buen talento unía algunas prendas oratorias, mas jovial en extremo, no pudo perseverar en la Congregación, á la cual, sin embargo, profesó siempre entrañable afecto y cariño, y á su muerte, acaecida siendo párroco de Santo Domingo, de Manresa, dejó á la misma todos sus libros y manuscritos.

Hubo otros, por el contrario, que entraron sin verdadero espíritu apostólico, y que por su incorregibilidad en la observancia de algunas Reglas fueron separados del Instituto, así por el buen nombre de éste como para impedir que se introdujera la relajación con perjuicio de sus individuos y con grave detrimento de las almas. Mas antes de narrar este género de pruebas porque pasó la Congregación ya en sus principios, recordaremos con brevedad los nombres de dos Hermanos ayudantes, que edificaron con sus virtuosos ejemplos á los de dentro y á los de fuera de la Congregación. El primero y más antiguo es el Hermano Juan Jordá y Verdaguer, que entró en la Congregación el año 1857, á la temprana edad de veintidós años. Joven laborioso, serio por carácter, observante por convicción, prudente por naturaleza, prestó muy buenos servicios á la Congregación en los difíciles cargos que se le confiaron, y mereció la mayor estima y confianza del mismo Superior general, á quien yo mismo he oído varias veces hablar con grande elogio de la conducta y de las cualidades de este buen Hermano. Ejerció el oficio de albañil, pero su ingenio se mostró más en el de hortelano y en las comisiones que varias veces se le encargaron. Vive aún en el momento en que escribo estas líneas; pero acaso cuando lleguen á mano de mis lectores habrá ya ido al cielo á recibir el premio de sus sólidas virtudes.

El otro se llama José Seguranyes; entró casi dos años más tarde que el anterior, pero le llevaba en edad casi seis años de ventaja. Joven bien plantado y robusto, hábil hortelano, buen cocinero, virtuoso y aplicado al trabajo; en Thuir se granjeó con su amabilidad las simpatías del pueblo, de manera que muchas personas ansiaban verle; pero él se mantuvo siempre en su humildad y fidelidad á los Superiores, y hoy es un venerable anciano, que admira á todos con su fervor y con la paz y tranquilidad de su hermosa alma.

Aunque á los principios no se hacían en la Congregación votos ni juramento de permanencia, manifestó algunas veces el Señor que no por eso dejaban de desagradarle los que sin causa justificada abandonaban el Instituto. A algunos castigó con enfermedades peligrosas, que contrajeron al poco tiempo de salidos; á otros con una inquietud de conciencia y con una terrible zozobra que no los dejaba sosegar, y á otros, finalmente, reduciéndolos á un estado sumamente miserable, faltos de todo humano y divino consuelo. Así lo experimentó el infortunado Hermano Isidro Clotet, el cual, siendo muy dado á penitencias y á otras mortificaciones exteriores, se dejó engañar del demonio, que le persuadió se saliera del Instituto, porque fuera de él podría con mayor libertad entregarse á sus mortificaciones. Mas el desgraciado se arrepintió bien pronto, porque vino luego á parar de sirviente en el hospital de Manresa, en donde hubo de aguantar trabajos y humillaciones para los que no tenía virtud ni costilla, á lo cual se juntó un gran desamparo del Señor, que le envió terribles remordimientos de haber dejado la Congregación, los cuales no le dejaban un punto sosegar, y aun fué obra de la infinita misericordia de Dios que estos trabajos porque pasó le sirvieran de purgatorio por el mal paso que había dado en salirse; pues al fin, como se humilló debajo de la mano del Señor y reconoció su yerro, alcanzó misericordia, y aunque con muchos padecimientos y torturas de corazón, llevó una vida ejemplar.

Todas las obras de Dios es ley general de la divina Providencia que pasen por la prueba de la cruz, que se purifiquen y aquilaten en la tribulación, que pasen por el Calvario para tomar una partecica de aquel santo madero ó una ramita de aquel árbol de salud, la cual luego se convierte en árbol frondosísimo, que alegra la vista con el verdor de sus hojas y con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la hermosura de sus flores, y recrea y conforta el corazón con sus regalados frutos. No podía, pues, faltar esta señal á la naciente Congregación del Corazón de María sin privarle por el mismo hecho de aquella divina savia que corr e por el leño de la cruz. Vino efectivamente la tribulación, y sus amargas aguas penetraron en lo más hondo de ella, hasta su mismo corazón. El invierno que siguió á la instalación de nuestros primeros Padres en el convento de la Merced fué muy crudo y riguroso; y como por la pobreza y estrechez con que vivian escaseaban los medios de defenderse de la molestia del frío, fué indecible lo que por esta causa hubieron de padecer; mas al fin éstas y otras molestias parecidas hacíanseles muy llevaderas teniendo á la vista los ejemplos del santo Fundador y disfrutando de su amable presencia, que infundía alientos y alegría en todos los corazones. Pero á las pocas semanas de fundado el Instituto recibió el P. Claret el nombramiento de arzobispo de Cuba, en el cual, como en su lugar veremos, hubo de consentir á pesar de su repugnancia. Privar á la Congregación de su amado Fundador cuando más había menester de él, era en verdad una prueba bastante fuerte; pero ni fué la única, ni la más temible. En 1852 perdió la Congregación, con la muerte del Ilmo. Sr. Casadevall, obispo de Vich, su más firme apoyo y la esperanza que se había concebido de poder ocupar pronto el ala norte de la Casa-Misión, pues el Municipio había prometido al dicho señor, poco antes que muriese, desalojarla pronto. Mas luego que el Ilmo. Casadevall cerró los ojos á la luz, la Corporación opuso mayores dificultades al cumplimiento de lo que en justicia debía, y llegó á tal punto la perfidia de algunos hombres que osaron con esta ocasión calumniar á los Misioneros y amenazarlos con apoderarse de todo el convento en caso de insistir en su justísima demanda. Luego la muerte fué segando antes de hora las vidas de dos Misioneros, difíciles de reemplazar por otros. Tales fueron la del P. Ignacio Carbó, de que antes se ha hablado, y la del P. Esteban Sala, que describiremos más adelante.

Contradicciones de otro género y mucho más peligrosas afligieron ya en su infancia á la Congregación. Muchos fueron los que buscaron un asilo en el naciente Instituto para servir con mayor perfección al Señor en la obra de la salvación de las almas, bien que no pocos, ó por su delicada salud ó por su

desaliento, tuvieron que desistir después de haber permanecido en él algún tiempo. Estos, aunque quitaron fuerzas á la pequeña Comunidad, siguieron, no obstante, en muy buenas relaciones con los Padres Misioneros, á los que varias veces ayudaron en sus empresas del modo que podian. Pero hubo algunos sacerdotes que, privados del espíritu de abnegación y proponiéndose acaso un fin torcido, que ocultaron cuidadosamente, solicitaron la admisión y la obtuvieron á prueba; mas como, ó no habían sido llamados del Señor, ó se hicieron indignos por su conducta del don de la perseverancia, se salieron al fin ó tuvieron que ser expulsados. Para encubrir su flaqueza é inconstancia muchos de ellos comenzaron á decir que nuestras Constituciones eran demasiado austeras. Vinieron luego los envidiosos á formar coro con los despedidos, porque no pudiendo ellos por su inmortificación ó corto talento llevar á cabo las obras buenas que los nuestros hacian, trabajaban por desacreditarlas con sus dichos y habladurías; y, repetidas un día y otro las especies, dieron origen á una opinión desfavorable al Instituto, con lo cual muchas personas que por sus virtudes y talentos le habrían adelantado no poco, se retrajeron de entrar, como antes estuvieran determinadas á ello. Parecía que el mundo, el demonio y la carne se habían conjurado para destruir la obra de Dios; porque el mundo decia que, perdida nuestra juventud en un excesivo trabajo sin reportar lucro alguno temporal, se exponía á morir en la indigencia. El demonio, transfigurado en ángel de luz, á los que llamaba el Señor para engrosar las filas de nuestros primeros Padres persuadíales que sería obra de mayor perfección para sus almas abrazar un Instituto religioso aprobado por la Iglesia; pues aunque no eran en España tolerados, podían irse á países extranjeros. La carne pintaba la vida de los nuevos Misioneros con los falsos colores de una rigidez insoportable.

A pesar de todos estos contratiempos, capaces de acabar con cualquier obra puramente humana, el Padre Fundador, rodeado de sus hijos más fieles, se mantenía firme, sin perder un solo instante la confianza en el Señor y en el Corazón Inmaculado de María, bajo cuya protección había puesto el Instituto. No dudó jamás de las promesas que la Virgen le había hecho asegurándole que la empresa no fracasaría y que á la postre la coronaría un éxito brillante. Casi diez años estuvo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Congregación como estacionada, echando únicamente raíces de humildad y de abnegación. Las causas que á ello contribuyeron, según testimonio de nuestro Rmo. P. General, pueden compendiarse en las siguientes:

1.ª La admisión de un sujeto que, aunque bueno en sí mismo y de excelente voz para la predicación, por sus cortos alcances, y más aún por sus modales groseros, era tenido en muy baja estima por las personas más respetables de la diócesis. Verdad es que al cabo de algún tiempo salió del Instituto, pero entretanto impidió que muchos sacerdotes de talento y muy celosos, que pretendían entrar, lo verificaran.

2.ª No siendo la Congregación á los principios más que una Asociación piadosa que tenía por fin la predicación evangélica, entraron en ella algunos exclaustrados imaginando que por ser tal podrían llevar en ella una vida más ó menos ajustada á su antigua Regla; pero cuando vieron la estrechez y la perfección que la nuestra encerraba á pesar de su aparente dulzura, y que sólo con el espíritu de amor y de sacrificio podía llevarse con suavidad, retrocedieron é intentaron desacreditarla entre las personas de virtud como á cosa descabellada y ridícula.

3.ª El verse privada la Congregación de su amado Fundador cuando aún no estaba debidamente arraigada, lo cual retrajo á muchos que hubieran entrado por el prestigio de santidad de que gozaba nuestro Padre, y desalentó á otros que al lado del Sr. Claret, como si saliera de él divino influjo, sentíanse animosos y no tenían miedo á los trabajos y sacrificios.

4.ª El descontento de algunos inmortificados por la pobreza de la cama y la frugalidad de las comidas, pero mayormente de uno, que se tomaba en este sentido algunas libertades harto perjudiciales á la observancia, de las que no se corrigió á pesar de las caritativas amonestaciones del P. Esteban Sala. Perseveró con todo en la Congregación bastantes años, siendo la pesadilla de los Superiores, pues como tenía regular talento y algunas otras buenas cualidades, se había granjeado el afecto de varias familias, de los profesores del Seminario y de otras personas de consideración, y así era muy expuesto cortar por lo sano. El Rdo. P. Sala, para evitar la polvareda que su expulsión podía levantar contra el Instituto, y ansioso, por

otro lado, á causa de su gran corazón, de enderezarle por el buen camino, juzgó más prudente por entonces tolerarle, contra el parecer del P. Xifré, que á la sazón era aún súbdito. Mas cuando éste, á la muerte del P. Esteban, fué nombrado Superior General, con su carácter enérgico no se espantó por lo que dicho individuo pudiera hacer en contra del Instituto, y así, llamándole á parte, le hizo con gravedad y resolución un capítulo de reconvenciones y le amenazó con echarle de la Congregación si no conseguía la enmienda. No es para pintado el efecto que tan inesperada resolución obró en el ánimo del inobservante Padre. Puso el grito en el cielo, se quejó á sus amigos y al mismo señor Obispo, acusando al P. General de tener un genio inaguantable; pero de nada sirvieron sus bravatas; antes, por el contrario, hizo con ellas más palpable su espíritu de rebelión é inobservancia, con lo cual el mismo señor Obispo y todas las personas sensatas alentaron al Superior para que procediese con energía, y así lo hizo, expulsándole de la Congregación por su incorregible pertinacia. Con la amputación de este miembro enfermo, el Instituto se robusteció y comenzó á ramificarse.

5.ª El carácter del primero y dignísimo Superior, Padre Esteban Sala, quien, aunque tan simpático y bondadoso, no osaba arriesgarse en empresas para las cuales es menester grande energía y constancia. El Señor le había destinado más para afianzar con la santidad de su vida el espíritu de los primeros Padres de la Congregación, que para extenderla y propagarla en diferentes regiones; y así, dotóle de un carácter atractivo, humilde, severo para consigo mismo, pero indulgente con las flaquezas ajenas, aunque no hasta el punto de tolerar que se quebrantaran sin causa las Reglas. Cuando sonó la hora en el reloj de la divina Providencia, suscitó otro Superior que esparciera aquella semilla, en alas de su celo, por todo el mundo.

La 6.ª y principal causa de no crecer el Instituto en el primer decenio de su fundación fué aquella Regla, que las circunstancias de los tiempos obligaron á nuestro Padre á consignar en las primitivas Constituciones, por la cual los individuos de la Congregación eran libres de dejarla siempre que quisiesen, al paso que el Instituto, al cabo de un año de permanencia en él, no podía despedirlos sin causa grave. Nacía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de aquí que cuando algún sujeto se disgustaba por cualquier concepto de alguna disposición del Superior, ó no se atrevía á arrostrar por amor de Dios un sacrificio que la necesidad le imponía, volvía atrás saliéndose de la Congregación, sin que por esta causa pudiera recibir molestia alguna. Todos nuestros Padres conocian la necesidad de poner un dique á esta libertad, que tanto perjudicaba á la Congregación y á la propagación de la misma; pero las circunstancias no se presentaban aún favorables. En el año 1858, la trabajada nación española, después del Concordato celebrado con la Santa Sede, pareció volver un poco en sí misma, y restablecida ya de un modo más permanente la paz religiosa, podían los nuestros con mayor libertad establecer lo que juzgaran más oportuno para el desenvolvimiento de la Congregación sin tanto temor al poder civil. El que más comprendía la necesidad de modificar la mencionada Regla, y que con mayores ansias deseaba ver sujetos y unidos á los individuos de la Congregación con un vínculo común, obligatorio y perpetuo, era el P. Xifré, el cual, apenas tomó las riendas del gobierno, se apresuró á poner manos á la obra. Consultó la idea al venerable Fundador, que á la sazón se hallaba ya en Madrid de vuelta de Cuba, quien la aprobó con entusiasmo, porque también tenía el mismo pensamiento, y alentóle á ponerla cuanto antes por obra. El celoso Superior, contento con la aprobación del que miraba y respetaba como á Padre y cabeza del Instituto, no paró ya en obstáculos de ningún género; expuso á los Padres su voluntad y deseo, y todos, á excepción de uno, que retrocedió, aplaudieron el pensamiento; y uno tras otro, comenzando por el Superior general, emitieron el juramento de permanencia perpetua en la Congregación, y además cada uno hizo privadamente sus votos de pobreza, castidad y obediencia, temporales ó perpetuos, según su devoción. En adelante no se admitió á ninguno sin dicho juramento.

A pesar de las contradicciones que tuvo la Congregación desde un principio y de la escasez de Padres, fué inmenso el fruto que hizo en casi todo Cataluña dando ejercicios y Misiones. En 1850, un año después de la fundación, sólo habia en ella nueve sacerdotes y algunos Hermanos ayudantes; con todo, predicaron en tres diócesis, dando en ellas veintisiete Misiones, sin contar otros muchos sermones sueltos, triduos,

quinarios y novenarios, y muchísimas tandas de ejercicios espirituales al clero, á ordenandos, á varias Comunidades religiosas y á toda clase de seglares. Siguiéronse los mismos trabajos en los años sucesivos á proporción del número de operarios.

"Á imitación de nuestro amado Padre Fundador,— escribe el P. Clotet en sus Memorias, — íbamos á las Misiones á pie, aunque los pueblos adonde nos enviaban estuvieran á largas horas de distancia. No recibíamos dinero, ni cosa equivalente, por nuestros trabajos apostólicos; en algunos pueblos, no estando hospedados en casa del párroco, sino en otra habitación que él nos señalaba para que estuviésemos más libres y pudiésemos seguir nuestro Reglamento como en casa, vivíamos de limosna, ó sea de los alimentos frugales en especie que las gentes espontáneamente nos traían. Concluída la Misión, se distribuía lo sobrante entre los pobres. En uno de estos pueblos aconteció que, ofendida la gente por haberles dicho alguno, sin que nosotros lo supiéramos, que se trataba de hacer un reparto para mantenernos, el primer día no nos trajeron nada de comida, y á una hora muy avanzada de la mañana el Hermano coadjutor, que nos la tenía que guisar, nos dijo que no sabía qué darnos para comer, pues nada le habían traído. Mas como la divina Providencia no falta jamás á los que buscan el reino de Dios y su justicia, se presentó luego un hombre de parte de una caritativa señora diciendo era el encargado de administrarnos cuanto nos conviniera. El día siguiente ya no fué necesario su socorro, pues fueron muy abundantes las provisiones de los fieles. En 1854, habiendo invadido el cólera morbo la diócesis de Vich, nuestro Rdo. P. Superior, en nombre de todos nosotros, se ofreció al señor Obispo para que nos enviase á los puntos de mayor necesidad y peligro: dos de los nuestros fueron mandados á Ripoll y otros dos á Roda, poblaciones en donde fueron numerosas las víctimas de la enfermedad reinante. Fué menester que aquellos Misioneros fueran relevados por otros hasta que cesó la epidemia. En la ciudad de Vich prestamos también muchos servicios á los coléricos, y se nos llamaba á todas las horas del día y de la noche."

Entre las obras del divino servicio que llevaron á cabo algunos de nuestros primeros Padres, y que fueron de más felices resultados para la Iglesia, notaremos la restauración ma-

terial y moral de la Casa-matriz de las carmelitas terciarias de la Caridad, que fué la base de su admirable propagación por todo el mundo. Tres fueron los que principalmente intervinieron en ella: nuestro amado Fundador, el P. Esteban Sala y su hermano don Bernardo. Fueron las carmelitas terciarias fundadas en Vich el 26 de Febrero de 1826 por una piadosa señora llamada Joaquina Mas y Vedruna, y por su director espiritual, el Rdo. Esteban de Olot, religioso capuchino, de santa memoria. Este último murió á los dos años de la fundación, y aunque tuvo tiempo para escribir las Reglas del nuevo Instituto, bajó al sepulcro sin el consuelo de verlas canónicamente aprobadas y con el pesar de haberse desmembrado de su Congregación las dos Casas de Tárrega y Manresa, que á más de la Matriz, en su vida se habían fundado. Durante los años de la guerra civil padecieron varias alternativas, entre las cuales, la que causó más sentimiento fué el tener que abandonar la Casa-matriz. Volvieron á ella el 16 de Septiembre de 1843, cuando la Sociedad contaba únicamente con las Casas de Vich, Solsona, Barcelona y Cardona. El decenio, de triste memoria, que había transcurrido desde el principio de la guerra fratricida, había sido tan funesto á este Instituto como á todas las otras Asociaciones pías ó religiosas. Tales fueron las calumniosas especies levantadas contra el estado religioso, que cesaron casi enteramente así las vocaciones de las jóvenes como las peticiones de los pueblos, los cuales, más ó menos seducidos ó arrastrados por el vértigo antirreligioso, lejos de querer aprovecharse de los apreciables servicios que las caritativas Hermanas les hubieran podido prestar, ya con la asistencia de los enfermos, ya con la educación de sus hijas, se mostraban totalmente indiferentes á tanto bien. En este concepto parecía inevitable la ruina de este utilísimo edificio; pero la amorosa Providencia del Señor le deparó, cuando más lo había menester, un hombre extraordinario, poderoso en obras y en palabras, y cuyo nombre pronunciaban ya las muchedumbres con el respeto debido al de un santo. Tal fué el P. Claret.

En este tiempo comenzaron las estrechas relaciones que le ligaron á este Instituto y que duraron más allá de la muerte. Empezó nuestro Padre por ayudar eficazmente á la Madre Fundadora en la reorganización del Noviciado. Con su apoyo y el del P. Bach pudo hacerse en Octubre del mismo año la fundación de San Juan de las Abadesas, en donde se encargaron del hospital y de la enseñanza de las niñas. Pero había que remover un poderoso obstáculo para lograr el completo desarrollo del Instituto. No había en él vínculo alguno que asentase la volubilidad propia de las mujeres, porque todavía no se hacían votos en él, si no es en el secreto de la confesión, y así no podía menos de haber muchas defecciones que herían no poco la buena reputación del Instituto. Dióles nuestro Padre á principios de 1844 unos ejercicios espirituales, en los que les pintó tan al vivo las excelencias de los votos religiosos, con los cuales el alma hace á Dios entero sacrificio de sí misma, que las Hermanas Paula Delpuig de San Luis y Raimunda Ribas de San Joaquín, movidas con las ardientes palabras del Siervo de Dios y anhelando consagrarse enteramente á Jesucristo, después de haber obtenido el beneplácito de la Madre Fundadora, pidieron al Ilmo. Sr. Casadevall que les permitiese hacer sus votos delante de la Comunidad, á lo cual accedió gustoso el señor Obispo, quien para este imponente acto delegó sus facultades en el Sr. Claret. Verificóse así el 8 de Febrero de 1844, con gran contento de las Hermanas, por tener la dicha de consagrarse irrevocablemente al Señor en manos de un varón tan santo, al que mucho amaban. En muchas otras ocasiones fomentó el espíritu y fervor de las religiosas, ora por medio de los ejercicios, ora por pláticas sueltas, que les hacía siempre que por algún motivo se hallaba en Vich.

De este modo las Hermanas recobraron poco á poco ante el pueblo su prestigio, y entraron algunas jóvenes más y pudieron hacer otras fundaciones en Arbucias, en Balaguer y las Borjas Blancas, en Olot y en Igualada. Nuestro Padre, que atendía con paternal cariño á cuanto podía ser útil y desenvolver el predilecto Instituto de las Hermanas terciarias, notó que las Constituciones, escritas por el P. Esteban de Olot, y con las que se regían desde su fundación las Hermanas, aunque habían sido aprobadas verbalmente por los Ilmos. señores obispos D. Pablo de Jesús Corcuera, de Vich, y D. Manuel Tabernero, de Solsona, no constaba la aprobación auténticamente, y echó de menos en ellas casi todo lo tocante á su régimen exterior. Por esta causa, siendo ya electo arzobispo de Cuba, aprovechó los últimos momentos de su estancia en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vich, y la presencia de los Obispos allí reunidos con motivo de su consagración, para modificar algunas Reglas y añadir otras tocantes al buen gobierno. Retocadas de este modo las Constituciones, las presentó á la aprobación de dichos Prelados, los cuales pusieron al pie de ellas sus autorizadas firmas en señal de aprobación. Como consta de las notas manuscritas del Siervo de Dios, gestionó él activamente en Roma, á la vez que la aprobación definitiva de nuestras Constituciones, la aprobación del Instituto de las Hermanas terciarias como Congregación religiosa de votos simples. El 11 de Febrero de 1870 el Santo Padre concedió la aprobación de entrambas cosas; el 16 de Marzo se extendió y firmó el decreto, y el 21 del mismo mes fué entregado al Excmo. Sr. Claret. Las Constituciones de las Hermanas fueron aprobadas más tarde de un modo temporal ó *ad experimentum*, como se dice, el 13 de Diciembre de 1876, y de un modo definitivo el 20 de Julio de 1880.

En el decurso de la Vida veremos aún cómo el P. Claret las ayudó siendo Arzobispo; por ahora baste lo apuntado, pues deseo exponer con brevedad el impulso que al Instituto de carmelitas terciarias dió la prudente y sucesiva dirección de los hermanos PP. Esteban y Bernardo Sala.

Ya en 17 de Septiembre de 1849, dos meses después de fundada nuestra Congregación, escribía el P. Claret al Dr. Caixal que él, con el P. Esteban Sala, estaban dando ejercicios á sus monjas de El Escorial, y que el señor Obispo quería encargarles una cosa harto pesada, que no era otra sino la dirección espiritual y temporal de las carmelitas terciarias ó monjas escorialesas, como vulgarmente se las llamaba. Mas esta carga no pesó sobre los hombros de la Congregación hasta que aprobadas, según se ha dicho, las nuevas Reglas del Instituto, reformadas y completadas por el P. Claret, el Ilmo. Sr. Casadevall, como Superior nato de las Hermanas, mandó á éstas que se conformasen con lo acordado y que lo cumpliesen en todas sus partes; y como por un lado la salud de la Madre Fundadora comenzaba visiblemente á decaer, y por otro no habia nadie que tuviese el título de Director general, conforme se disponía en las nuevas adiciones, convencido dicho señor de la urgente necesidad de remediar esta falta, y admitida la renuncia que de la dirección espiritual de las Hermanas le hizo el Rdo. P. Bach, confirió el insinuado cargo al Rdo. P. Esteban

Sala, Superior de nuestra Casa misión, el cual tomó posesión de su nuevo destino á últimos de Febrero de 1851.

No era entonces muy halagüeña la situación de la Casa-matriz. Tenía prevenidos aún contra sí los ánimos del pueblo, por lo cual escaseaban mucho las limosnas. De aquí resultó tal pobreza y estrechez, que para no morir de hambre hubieron de pedir dinero prestado, y cuando el P. Esteban comenzó á dirigirlas adeudaban ya muchos miles, sin tener con qué pagarlos. A la penuria temporal se habia seguido también más ó menos el resfriamiento del fervor, efecto de las mismas ansías y congojas en que las ponía la carencia de los recursos humanos; y como por esta misma causa no les entraban novicias, el Instituto hubiérase de seguro arruinado á no ser por la oportuna y providencial intervención del P. Esteban. Comenzó éste, como varón verdaderamente iluminado de Dios, por levantar el espíritu y fervor de las Hermanas, haciéndoles observar con escrupulosidad todas las Reglas, las alentó para que confiaran en aquel Señor que nunca desampara á los que fielmente le sirven, y luego, para sacarlas de tan triste situación, puso en práctica todos los medios que la prudencia le aconsejaba. Comenzó por hacerles vender algunos muebles innecesarios y harto lujosos para el estado de pobreza á que se hallaban reducidas, y en poco tiempo se dió tal maña en arreglar las cosas que pagó todas sus deudas y aun quedaron en caja los suficientes recursos para su honesta sustentación. Reanimado el Instituto al ver que tenía á su frente una mano tan fuerte y decidida para gobernarlo, cobró nuevos bríos é hizo notables progresos, así en la parte material como en la espiritual, así en lo relativo á la instrucción civil como en lo concerniente á la religiosa; pues de una parte el prestigio de que gozaba su nuevo director atrajo á su seno muchas jóvenes de capacidad y luces que á su tiempo han dado mucho realce á la Corporación, y de otra la autoridad que le permitía desplegar su nueva posición, junto con el apoyo que le prestaba la Madre Fundadora y el acierto que tuvieron en la elección de los medios de que debían valerse para perfeccionar la obra, dieron por resultado un notable mejoramiento en todos los ramos de la administración, y la fundación en aquel mismo año de los establecimientos de Sampedor, Cadaqués y Caldas de Montbuy, todos para hospital y enseñanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque era tan ventajosa para las Hermanas la dirección del P. Esteban, y bajo ella, no sólo se extendían y multiplicaban, sino que las novicias se perfeccionaban en la virtud y en las letras para poder un día desempeñar con brillantez el cargo de maestras en las principales ciudades, no lo era tanto para nuestra Congregación, de la que era entonces Superior el referido Padre, porque las muchas atenciones que aquel cargo le exigían impedíanle aplicar toda su actividad para fomentar y acrecentar la Comunidad de Misioneros que tenía á su cargo. Advirtióle de esto respetuosamente el P. Xifré; y como el P. Esteban era tan humilde y prudente, siguió al punto el consejo de dicho Padre, y así se avistó con el señor Obispo para que le exonerase á él de aquel empleo y lo diese, si lo tenía á bien, á su hermano el P. Bernardo, varón de mucha prudencia y sabiduría y que parecía cortado para aquel cargo. Por otro lado, la salud del P. Esteban, con los excesivos trabajos emprendidos por la gloria de Dios, estaba ya muy gastada, y obligarle á sostener la dirección de dos Institutos religiosos equivalía á precipitarle en el sepulcro. Movido el Ilmo. señor Palau, que era á la sazón obispo de Vich, por las razones y súplicas del P. Esteban, le admitió la renuncia, y en 2 de Junio de 1854 hizo el nombramiento de Director general en su hermano el P. Bernardo Sala, y para el de Vicesuperiora general nombró á la Hermana Paula Delpuig de San Luis, porque la Madre Fundadora se había ya imposibilitado para el gobierno á causa de sus achaques, que, unidos al cólera que tantos estragos hizo en aquel año, le causaron la muerte el 28 de Agosto de 1854, yendo al cielo á disfrutar del premio de sus extraordinarias virtudes.

Bajo la prudente dirección del P. Bernardo, que duró muchísimos años, el Instituto adquirió extraordinario vuelo en toda la Península, á lo cual contribuyó no poco el P. Claret, que dirigió hasta su muerte la conciencia de la Superiora general, y la aconsejaba y favorecía en todas las obras que llevaba á cabo. Este humilde Instituto, reanimado y vigorizado por nuestros primeros Padres, cuenta hoy día 129 entre casas y colegios, con más de mil trescientas Hermanas, que dan sólida instrucción á unas veintiséis mil alumnas de todas clases, y cuidan á muchísimos enfermos y á otras personas albergadas en sus casas. Como crecidas al calor de nuestra Congregación,

pretendieron, agradecidas, tener un mismo Superior general que nosotros; pero no se juzgó prudente, y así cada uno se gobierna independientemente del otro, y la Sagrada Congregación, al aprobar de un modo definitivo las Constituciones de las Hermanas, puso en términos expresos que su Instituto fuera gobernado por una Superiora general, salva la jurisdicción de los Ordinarios, de conformidad con lo que prescriben los sagrados Cánones y las Constituciones apostólicas. El P. Bernardo, para alentar á las Hermanas, publicó en Vich el año 1861 la historia de su Instituto, que sirvió de base á la vida de la Fundadora, que no ha mucho dió á luz el eminentísimo cardenal D. Benito Sanz y Forés, arzobispo de Sevilla.

Por lo dicho en este capítulo se podrá entender la trascendencia de la obra llevada á cabo por el P. Claret con la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que fué ya desde un principio, no sólo poderosísimo auxiliar de los Ordinarios para dar el pasto espiritual á sus fieles, sino también alma y vida de muchas piadosas Asociaciones y de Institutos religiosos que tanto bien han acarreado á España con la enseñanza religiosa y con el ejercicio de heroica caridad junto á la cabecera de los enfermos. La larga distancia que luego separó á nuestro Fundador de sus amados Misioneros y de todas las obras á que había dado tan vivaz impulso en España, le impidieron en Cuba continuar, á lo menos con tanta frecuencia, sus relaciones con las primeros Padres y con las obras que le eran más caras, y así, por no interrumpir el hilo de la narración por tan pocas cosas, he juntado en este capítulo todo lo referente á la Congregación hasta que volvió de Santiago de Cuba nuestro amadísimo Padre. Más adelante veremos el desarrollo providencial que adquirió la gran obra del P. Claret luego que el Señor la favoreció poniendo á su frente el hombre extraordinario que necesitaba para luchar sin intimidarse con todo género de dificultades, para arrostrar con valor toda suerte de peligros, y con mano robusta encaminarla, sin torcer nunca, hacia su fin. Ya hemos trazado las líneas generales de ese carácter enérgico y fuerte con la fortaleza de Dios al hacer notar con tanta insistencia que el P. Xifré era el compañero principal destinado por la amorosa providencia del Señor para ayudar á su fiel Siervo en la heroica empresa de la fundación de nuestro Ins-

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

tituto, y por esto infundió en su alma tanto cariño á la Congregación, manifestado ya desde el principio de muchas maneras, mayormente en el fervor con que celaba por su gloria y por su buen nombre. Sólo, por tanto, cuando veamos al naciente Instituto ramificarse por Europa, África y América con señales de perdurable vida se apreciará por completo la grandiosidad de la obra del P. Claret, aunque ya, por lo indicado en esta primera parte de su vida, se deja entender en algo su excepcional importancia. Ahora sólo nos falta, para completar este primer período de su vida apostólica, examinar lo interior de su alma haciendo resaltar las heroicas virtudes que hicieron de él un santo Misionero. Pero esto se dirá más largamente en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XIII

DE LAS VIRTUDES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET

1. Su celo y rectitud de intención. — Pasaje notable de sus Manuscritos. — Su lenguaje apostólico. — 2. Su recogimiento y mortificación. — Extraordinaria modestia de sus ojos. — Cómo cortaba las conversaciones inútiles. — Su gran abstinencia. — Penitencias que hacía. — Respeto que infundía su modestia. — 3. Humildad del Siervo de Dios. — Comparaciones de que se valía para arraigarse en el conocimiento de su nada. — Tristeza que el Señor le enviaba entre los aplausos para mantenerle en humildad. — 4. Mansedumbre de su corazón. — Admirables reflexiones del P. Claret sobre esta virtud. — Cómo trabajó para vencer su carácter. — 5. Su voluntaria pobreza. — Providencia del Señor en alimentar á su Siervo. — Limosna de un mendigo. — Un ángel en forma de niño le ayuda á pasar el río Besós. — 6. Obediencia del Siervo de Dios. — 7. Su amor á Dios y al prójimo. — Cómo aman los santos las criaturas. — El corderillo que busca refugio en el P. Claret. — Cómo en la práctica de la caridad están cifradas todas sus virtudes apostólicas.

1. "Cicerón, cuando habla del orador, dice que debe estar instruído en todo arte y ciencia: *In omnibus artibus, et disciplinis instructus debet esse orator.* Yo digo que el Misionero apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes, ha de ser la misma virtud personificada; á imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. *Caepit facere et docere.* Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: "Imitadme á mí, así como yo imito á Cristo. „*Imitatores mei estote sicut et ego Christi.*„

Con estas hermosas palabras comienza nuestro Padre en sus *Apuntes biográficos* á describir las virtudes propias de un Misionero, y de seguro que no podíamos hallar otras mejores para encabezar este capítulo, en el cual, con el auxilio del Señor, trazaremos el verdadero retrato del P. Claret como Misionero apostólico. Y comenzando por lo que constituía la nota dominante de su carácter, por lo que formaba su ideal, su modo de ser propio y peculiar suyo, por lo que era vida y alma de todos sus actos, el celo por la gloria de Dios y la sal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tituto, y por esto infundió en su alma tanto cariño á la Congregación, manifestado ya desde el principio de muchas maneras, mayormente en el fervor con que celaba por su gloria y por su buen nombre. Sólo, por tanto, cuando veamos al naciente Instituto ramificarse por Europa, África y América con señales de perdurable vida se apreciará por completo la grandiosidad de la obra del P. Claret, aunque ya, por lo indicado en esta primera parte de su vida, se deja entender en algo su excepcional importancia. Ahora sólo nos falta, para completar este primer período de su vida apostólica, examinar lo interior de su alma haciendo resaltar las heroicas virtudes que hicieron de él un santo Misionero. Pero esto se dirá más largamente en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XIII

DE LAS VIRTUDES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET

1. Su celo y rectitud de intención. — Pasaje notable de sus Manuscritos. — Su lenguaje apostólico. — 2. Su recogimiento y mortificación. — Extraordinaria modestia de sus ojos. — Cómo cortaba las conversaciones inútiles. — Su gran abstinencia. — Penitencias que hacía. — Respeto que infundía su modestia. — 3. Humildad del Siervo de Dios. — Comparaciones de que se valía para arraigarse en el conocimiento de su nada. — Tristeza que el Señor le enviaba entre los aplausos para mantenerle en humildad. — 4. Mansedumbre de su corazón. — Admirables reflexiones del P. Claret sobre esta virtud. — Cómo trabajó para vencer su carácter. — 5. Su voluntaria pobreza. — Providencia del Señor en alimentar á su Siervo. — Limosna de un mendigo. — Un ángel en forma de niño le ayuda á pasar el río Besós. — 6. Obediencia del Siervo de Dios. — 7. Su amor á Dios y al prójimo. — Cómo aman los santos las criaturas. — El corderillo que busca refugio en el P. Claret. — Cómo en la práctica de la caridad están cifradas todas sus virtudes apostólicas.

1. "Cicerón, cuando habla del orador, dice que debe estar instruído en todo arte y ciencia: *In omnibus artibus, et disciplinis instructus debet esse orator.* Yo digo que el Misionero apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes, ha de ser la misma virtud personificada; á imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. *Caepit facere et docere.* Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: "Imitadme á mí, así como yo imito á Cristo. „*Imitatores mei estote sicut et ego Christi.*„

Con estas hermosas palabras comienza nuestro Padre en sus *Apuntes biográficos* á describir las virtudes propias de un Misionero, y de seguro que no podíamos hallar otras mejores para encabezar este capítulo, en el cual, con el auxilio del Señor, trazaremos el verdadero retrato del P. Claret como Misionero apostólico. Y comenzando por lo que constituía la nota dominante de su carácter, por lo que formaba su ideal, su modo de ser propio y peculiar suyo, por lo que era vida y alma de todos sus actos, el celo por la gloria de Dios y la sal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vación de las almas, nadie hay de cuantos tuvieron la dicha de oirle que no admirara el ardor, la constancia, lo incansable é ingenioso de su celo. Fomentábalo en su corazón con la lectura de las vidas y escritos de los santos y santas que más en él se señalaron. De los pasajes más notables que se ofrecian á sus ojos formó una colección, que leía con especial gusto; pero lo que más encendía la llama de su pecho era el ejemplo de nuestro divino Salvador, que siempre tenía ante los ojos. "Quien siempre más me ha movido, — dice en sus notas manuscritas, — es Jesucristo, yendo de un lugar á otro y predicando en todas partes, no sólo en las grandes poblaciones, sino también en las aldeas, y hasta á una mujer de Samaria, aunque cansado del camino, molestado de la sed y á una hora intempestiva.„

Cuán bien le imitase en esta parte, pruébanlo la muchedumbre de pueblecillos en donde dejó oir su apostólica voz con el mismo fervor y entusiasmo que en las ciudades populosas. No buscaba, como algunos predicadores, auditorios de personas escogidas para figurar y granjearse el afecto y la consideración de ellas, sino que, en igualdad de circunstancias, se iba siempre á evangelizar á los pobres y humildes; porque no se buscaba ni predicaba á sí mismo, como suelen, por desgracia, muchos oradores, sino que atendía únicamente á la gloria de Dios y á la salvación de las almas y anunciaba á Cristo crucificado, al que de ordinario acostumbran recibir con más gusto los pobres y pequeñuelos que los ricos y grandes de la Tierra. La sinceridad de este su apostólico celo descúbrese claramente en estos hermosos párrafos, caldeados en el fuego de la caridad y extractados de sus Manuscritos: "Vosotros sabéis que los hombres se mueven por uno de estos tres fines: ó por el dinero, ó por el gusto, ó por la honra. Ahora bien: ninguna de estas cosas me ha movido á venir á predicaros. No el dinero, porque no lo recibo por mis predicaciones; de este pueblo no me llevaré un maravedí. No el gusto, pues ¿qué gusto puedo yo sentir en fatigarme, confesando desde la mañana hasta la noche? Si alguno de vosotros, deseando confesarse, ha de esperar dos ó tres horas, se cansa; ¿y no me cansaré yo, que he de estar en el confesonario mañana y tarde, y llegando la noche, en vez de descansar, he de subir al púlpito? Y esto, no por un día, sino por muchos días y semanas, y meses y años. ¡Ah

hermanos míos! Pensadlo bien... ¿Me moverá la honra? Tampoco; porque, vosotros lo sabéis, si alguno me alaba, muchos me vituperan, llenándome de ultrajes. ¡A cuántas calumnias está expuesto el Misionero! El es censurado de los hombres, como Jesucristo lo fué de los judíos, los cuales murmuraban de sus palabras y de sus obras, no cesando de perseguirle hasta que le prendieron, le azotaron y le quitaron la vida en el suplicio más infame y doloroso. No, lo repito; no me mueve un fin terreno; más noble, más elevado es el fin que me propongo, porque lo primero que deseo es que Dios de todos sea conocido, amado y servido. ¡Ah! ¡Quién tuviera los corazones de todos los hombres para amar á Dios con todos ellos! ¡Oh Dios mío! ¡Las gentes no os conocen!... Si os conocieran, ¡cómo os amarían! ¡Oh! Si conocieran vuestra sabiduría, vuestra bondad, vuestra hermosura, vuestros divinos atributos..., todos serían serafines abrasados en vuestro divino amor.

„Lo segundo que deseo es que Dios no sea ofendido. ¡El Criador del universo, á quien adoran los ángeles del cielo, es injuriado por el hombre, vil gusano de la tierra! ¡Ah hermanos míos! Si alguno de vosotros viera que hieren á su padre, ¿no le defendería? Y el no defender un hijo á su padre, ¿no sería un crimen? Pues ¿no sería yo el mayor criminal del mundo si no impidiera de mi parte las injurias que se hacen á Dios, que es mi Padre? Sí, Padre mío; yo os defenderé aun á costa de mi vida; yo me abrazaré con Vos y diré á los pecadores: *Satis est vulnerum, satis est*, como decía San Agustín: "¡Alto, „pecadores! no azotéis más á mi buen Padre; bastantes gol„pes le habéis dado, demasiadas heridas habéis abierto en su „sagrado cuerpo. Si no queréis deteneros, descargad vuestros „azotes sobre mí, que bien los merezco; pero no azotéis más „á mi Dios, á mi buen Padre...„

„Lo tercero que deseo es que las almas no se pierdan. Es de fe que todos los que mueren en pecado grave se condenan. ¡Ah! Según cálculo aproximado, cada día mueren unas ochenta mil personas, y ¡cuántas acabarán su vida en pecado mortal! Porque, por lo común, tal es la muerte cual fué la vida; y como veo que muchos viven de asiento en el pecado y se beben la iniquidad como el agua, no puedo contenerme. Estos desgraciados caminan por sus propios pies, como ciegos, al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infierno. Si vosotros vierais á un ciego que va á caer en un precipicio, ¿no le advertiríais el peligro? He aquí lo que yo hago, advertir á los pecadores el peligro en que están y hacerles ver el precipicio del infierno en que van á despeñarse. ¡Ay de mí si no lo hiciera! Me tendría por reo de su condenación! Cuando llevan un reo al suplicio, os compadecéis de él y le libraríais si pudieseis. ¡Ay, hermanos míos! Viendo yo al que vive en pecado mortal que á cada instante se va acercando al suplicio del infierno, y conociendo el medio de librarle, que es persuadirle que se convierta á Dios y le pida perdón de sus pecados por medio de una buena confesión, ¿queréis que me calle? ¡Ah, no! Mi corazón no podría estar tranquilo si no le avisara... Si una cariñosa madre viera que su hijo se cae de la ventana, ¿no gritaría y correría á detenerle? ¡Ay, hermanos míos! Más poderosa es la gracia que la naturaleza; pues si una madre, por el amor natural que tiene á su hijo, grita y le coge y le detiene para que no se precipite á una muerte temporal, ¿qué no deberé hacer yo, por el amor sobrenatural que os profeso, para que no os precipitéis á una muerte eterna? Sí, la caridad me urge, me obliga á gritar: Hijo mío, pecador, mira que te pierdes, que caes en el abismo del infierno, no pases adelante... ¡Ay, cuántas veces pido á Dios lo que pedía Santa Catalina de Sena!: "Señor, ponedme por puerta del infierno „para detener á los que van á entrar en él, diciendo á cada uno: „¿Adónde vas, infeliz? ¡Atrás! Haz una buena confesión y sal„va tu alma, no vengas á perderte por toda una eternidad...„

„Por fin, predicando y confesando deseo hacer felices á mis prójimos. ¡Qué bien se hace procurando la salud al enfermo, la libertad al preso, el consuelo al afligido! Esto y muchísimo más se halla en el cielo... ¡Guiándoos yo por su camino os ayudo á preservaros de todos los males y á poseer todos los bienes... y esto por una eternidad! Ahora los hombres no lo entienden, pero un día lo conocerán; los que tengan la dicha de salvarse ensalzarán eternamente las misericordias del Señor.„

En estas reflexiones tan bien sentidas, y que el Siervo de Dios amplificaba admirablemente, está pintada su alma en lo más vivo y divino que había en ella, en el fuego de amor á Dios que la abrasaba y en las llamaradas inmensas que brotaban de ese fuego para pegarlo á los corazones de todos los hombres y atraerlos al camino de salvación. ¿Qué extraño es

que palabras animadas de tan ardiente celo hirieran los corazones, arrancándoles lágrimas de arrepentimiento y chispas de divino amor? ¡Oh! Si todos los predicadores emplearan este lenguaje apostólico; si maduraran sus discursos al calor de la oración y del verdadero celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, ¡cuánto mayor fruto harían! ¡Qué de otra suerte andarían las corrompidas costumbres de los hombres de nuestros desgraciados días! La oratoria sagrada en las grandes ciudades y aun en muchos pueblos y aldeas, está casi por completo adulterada, porque escasean los varones verdaderamente apostólicos y apenas hay quien busque con sinceridad la conversión de las almas más bien que su propia honra y provecho. Fué, sin duda, providencial que el P. Claret hiciera oir por muchos años su apostólica voz en la capital de España, donde tanto abundaban los predicadores á la moda (tampoco hoy son raros, por desgracia), para que pudieran los demás mirarse en él como en perfectísimo dechado, y para demostrar prácticamente á los que, ó por vanidad ó por ignorancia, pretendían que en las grandes capitales era menester usar de más elevado estilo y de mayores pompas oratorias para atraer al auditorio y hacer algún fruto: que el celo evangélico y la predicación á él acomodada se abre paso lo mismo entre las muchedumbres y las clases ilustradas que entre el sencillo pueblo y entre el vulgo ignorante de los campos. El P. Claret, como más adelante veremos, no mudó de estilo cuando predicaba en Madrid, sino que siguió siempre con aquella sencillez apostólica y con aquel celo y fervor de que algunos seudo oradores suelen desdeñarse. Y, no obstante, cuando él predicaba se llenaban y rebosaban los templos más anchurosos, y por horas enteras tenía pendiente de sus labios á un inmenso auditorio compuesto de todas las jerarquías sociales, y las conversiones que obraba, y los tibios que enfervorizaba, y los justos que hacía adelantar más y más en el camino de la perfección no tenían número, porque de luengos años no se había visto en la corte española un varón que obrase tales maravillas, alentando todas las obras de celo y caridad.

2. Claro es que un celo tan ardiente y fervoroso no podía menos de ir acompañado de la mortificación interior y exterior, sin la cual, ó no se hace fruto, ó es muy escaso y poco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

duradero. La primera es ciertamente la más necesaria y esencial, y consiste en tener á raya todas las pasiones para que no se rebelen contra el espíritu, y en la negación de la propia voluntad y juicio. La segunda es el reflejo de la primera en los miembros y sentidos exteriores del hombre, es la cristalina superficie del lago profundo del alma que deja entrever los tesoros y riquezas escondidas allá dentro en la profundidad del corazón. La mortificación exterior sin la interior es algo postizo y violento y, por lo tanto, inestable é inseguro, y así sería vano empeño querer corregir y moderar lo exterior del hombre sin reformar antes lo interior de él, ó sea el corazón. "Jamás he aprobado, —dice San Francisco de Sales, —el método de algunos que empiezan á reformar el hombre por lo exterior, por los movimientos, por los vestidos y por los cabellos. Al contrario, me parece á mí que se ha de dar principio por lo interior. *Convertios á mí de todo vuestro corazón,* dice Dios (1), porque siendo el corazón el principio de las acciones, éstas son tales cual es él. *Ponme,* — dice el Esposo divino convidando al alma, — *ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo* (2); y con razón, pues quien tenga en su corazón á Jesucristo, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores (3).„

Cumplió el Siervo de Dios con mucha fidelidad esta sólida doctrina, tan hermosamente explicada por el santo obispo de Ginebra, porque las atentas reflexiones de su infancia sobre la eternidad de las penas de los malos y de la recompensa de los buenos, la memoria frecuente de los novísimos y la meditación asidua de la Pasión de Jesucristo, de que era muy devoto, tenían por objeto la reforma de su alma en lo interior, la huida del pecado, el enfreno de las pasiones, el amor á la virtud y el ejercicio de la presencia de Dios, á quien nunca perdía de vista ni aun en medio de sus mayores ocupaciones. Semejante al árbol fructuoso que ha echado hondas raíces en la tierra, y bañado con los benéficos rayos del sol y refrescado con el saludable riego de las corrientes de agua se agranda y robustece y hácese capaz de resistir á los más furiosos ven-

(1) Joel, II, 12.
(2) *Cant. Cant.*, VIII, 6.
(3) *Vida devota*, parte III, cap. XXIII.

davales, así el santo Misionero, meditando y andando en la presencia de Dios, Sol divino de justicia, y asistido con el riego de sus gracias, habíase hecho árbol robusto, indestructible á los impetuosos vientos de las tentaciones é inmóvil en su interior recogimiento, aun en medio de la variedad y gravedad de sus tareas y entre el bullicio de las personas con quienes conversaba. Antes parece que las ocasiones de distracción le acercaban más á Dios. "Conozco á un individuo, — decía el bendito Padre como si hablase de un tercero, que no era sino él mismo, — que á veces en las calles y plazas se halla más recogido que en la misma oración.„

La hermosura y compostura de su alma se difundía á lo exterior de su cuerpo; á todos era notoria su modestia y les parecía que el Siervo de Dios llevaba á Jesucristo en los ojos, en los oídos, en la lengua y en todo el cuerpo, y le miraban por ello como á fiel imitador de las virtudes del divino Maestro. Tratando un sacerdote ejemplar de los modales del Padre Claret, decía: "Cuando yo era joven, mi director espiritual, para estimularme á tener recogido el espíritu, no hallaba medio más eficaz que ponerme por modelo á *Mosén Antón Claret*. Decíame sabía de cierto que dicho señor nunca estaba más solo que cuando se hallaba rodeado de gente que le empujaba por todos lados, pues entonces se reconcentraba más en Dios nuestro Señor (1).„

Como la mortificación exterior es compañera inseparable de la oración y del interior recogimiento, se aplicó el P. Claret con todas sus fuerzas á mortificar los sentidos, negándoles lo que para ellos era de gusto y regalo y haciéndoles abrazar lo que les repugnaba y afligía. Aprendió en las vidas de los Santos los modos ingeniosos que inventaban para mortificar los sentidos, y particularmente de las vidas de San Bernardo, de San Pedro de Alcántara y de San Felipe Neri entresacó un fragante hacecito de mirra, que, como la divina Esposa, llevaba siempre entre los pechos para agradar al celestial Esposo.

Habiendo leído del último que, después de haber confesado en Roma por espacio de treinta años á una señora célebre por su rara hermosura, aún no la conocía de vista, se confirmó en

(1) Carta del P. Pablo Coma, del 28 de Febrero de 1881.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el hábito que ya tenía de traerla recogida y propuso en su corazón imitarle en lo que fuera posible. Las muchas mujeres que á su confesonario se acercaban, aunque varias de ellas eran de la más alta nobleza, más las conocía por la voz que por la fisonomía, pues jamás fijó la vista en la cara de ninguna de ellas; sólo de verlas se ruborizaba, no porque le diesen ocasión de tentaciones, pues que nunca más las experimentó desde que se le apareció la santísima Virgen siendo él estudiante, sino por una gracia especial de Dios, que él mismo no sabía explicar. Observaba con la mayor exactitud la antigua máxima de los Santos del Yermo y de los Doctores ascéticos. *Oculos humi dejectos habe:* "Ten la vista baja en su presencia.„ Cuando daba Misiones en Cataluña se hospedaba siempre en los curatos, y en ellos permanecía mientras duraba la Misión.

Como era tal la habitual modestia de sus ojos que no miraba á mujer alguna, resultaba que no llegaba casi nunca á conocer de vista ni á las mismas sirvientas ó amas de los señores Curas en cuyas casas había estado por muchos días hospedado. Por esta causa acaecía no pocas veces que entre las innumerables personas que por la fama de su santidad acudían á oirle de los pueblos circunvecinos, se presentaba alguna de estas amas ó criadas, que iban á él y le decían: "*Mosén Claret*, ¿no me conoce usted? Soy el ama del señor Cura de tal pueblo ó parroquia, en donde estuvo Ud. dando Misiones.„ El Siervo de Dios, para salir del paso, y sin levantar la vista del suelo, les respondía: "¿Cómo está el señor Cura? ¿Está bien de salud?„ Y luego, con breves palabras, aunque sin faltar á la cortesía, las despedía. Durante los seis años y dos meses que permaneció en Cuba, confirmó á más de trescientas mil personas, mujeres la mayor parte, y de entre éstas jóvenes las más; pero si le hubieran preguntado qué tipo tenían, —dice el mismo Siervo de Dios, —hubiera respondido que no lo sabía, porque para ungirles la frente levantaba y bajaba rápidamente los ojos y luego teníalos cerrados en todo lo que faltaba para la administración del Sacramento. Que llevaba la vista clavada siempre en el suelo, fué cosa que vieron y admiraron amigos y enemigos y era un distintivo de su retrato. Exhortaba á los demás que hicieran otro tanto; pero muy especialmente recomendaba la modestia de los ojos á los sacerdotes Misioneros,

porque sabía por experiencia cuán provechosa era y cuán necesaria para hacer fruto en las almas, y, por el contrario, cuánto bien se impedía en ellas por la más liviana ligereza en el mirar, mayormente el semblante de las mujeres. A este propósito solía contar el ejemplo de un predicador muy famoso que fué á predicar á una población, en la que hizo mucho fruto, de manera que la gente entusiasmada decía: "¡Oh, qué santo!„ Mas en medio de estos aplausos se alzó la voz de un hombre malévolo que gritó: "Podrá ser santo, pero yo lo que sé es que le gustan las mujeres, pues las mira.„ Y bastó esta expresión para neutralizar todo el fruto de sus trabajos apostólicos. "He observado, —añadía el Siervo de Dios, —que se forma mal concepto del sacerdote que no lleva los ojos recogidos. Jesucristo los llevó siempre modestos, y los evangelistas notaron las veces que los levantó, como cosa extraordinaria y no acostumbrada.„

Mortificaba el oído, no gustando de oir conversaciones superfluas, ni palabras ociosas, ni las que pudieran lastimar la caridad ó la buena reputación del prójimo. Al oirlas, si le era posible, separábase de los circunstantes, y cuando no, mudaba la conversación ó se ponía serio. Disgustábale también el oir hablar de comidas, de bebidas, de intereses y de política, á no ser por motivo de religión. Cuando hallaba á sus familiares ó á otras personas de confianza, hablando de estas frioleras solía cortar la conversación con estas ó parecidas frases: "Saben ustedes que hay una cosa que nunca he podido comprender, y es: ¿cómo amándonos Dios tanto, nosotros sepamos corresponder le tan poco? Mediten ustedes bien.„

Abstúvose por la misma causa de leer periódicos, en los cuales, por lo común, hay muchas inexactitudes y cosas superfluas, bien que cuando estuvo al frente de la parroquia, y más tarde cuando Arzobispo, ojeaba uno de ellos para enterarse de los principales sucesos, por lo mucho que podía convenir al más recto desempeño de su cargo. Era frase suya que el periódico mata al libro, y que prefería leer un capítulo de la Biblia, en donde sabía de cierto que hallaría la verdad, que todos los periódicos del mundo, plagados casi siempre de errores y exageraciones.

En orden á la lengua, como instrumento de la locución humana, fué siempre muy cauto y remirado. Tenía hecho propó-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sito de no hablar de sus predicaciones, particularmente después de la plática ó sermón.

"Había observado,—escribe en sus *Apuntes biográficos*,—que á algunos les pasa lo que á las gallinas, que después que han puesto el huevo lo cacarean y se lo quitan; así he notado que sucede á algunos sacerdotes poco avisados, porque luego que han hecho una obra buena, como oir confesiones, predicar ó hacer alguna plática, andan en busca y á caza de moscas de vanidad, hablan con satisfacción de lo que han dicho y del modo como lo han dicho; y así como á mí me disgusta el oir hablar de esto, pienso que también disgustaría á los otros si hablase yo de estas mismas cosas, por lo que hice propósito de nunca jamás hablar de ellas."

Á más de esto, temía mucho no se le entrase la vanidad con semejantes pláticas, y que el Señor, en castigo de su soberbia, no bendijese sus trabajos. "Algunos sacerdotes poco avisados,—decía él á nuestros primeros Padres,—hablando de los sermones que han predicado, de las confesiones oídas y de otras obras hechas por ellos, buscan ser tenidos en algo y alabados de los hombres, con lo cual se hacen indignos de que el Señor los recompense." Su práctica constante en este punto fué predicar del mejor modo que sabía, encomendar á Dios el resultado y recibir con humildad y acción de gracias los avisos que le dieran con ánimo de corregir las más ligeras faltas.

Pero lo que más le repugnaba en las conversaciones, y que no podía llevar en paciencia, era oir hablar de cosas sabidas por confesión, ya por el peligro de faltar al sigilo sacramental, ya por la mala impresión que causan semejantes conversaciones en los que las oyen. Él, por su parte, nunca hablaba de sus penitentes, ni del tiempo que hacía no se habían confesado, ni de si hacían ó no confesión general, ni de otras cosas que, próxima ó remotamente, pudieran exponerle á faltar al deber de todo confesor. Aun para consultar algún caso dudoso de un penitente aconsejaba á los sacerdotes ocultasen la circunstancia de hallarse con aquel caso y que lo propusieran como hipotético; verbigracia: supongamos que un confesor se hallase en este caso. ¿Qué debería hacer?

De muchas y muy diversas maneras mortificó también el sentido del gusto en lo tocante á las comidas y bebidas. Decía él con mucha gracia que los Misioneros, en la opinión de las

gentes, somos más celestiales que terrenos, y que, semejantes á las imágenes de los Santos, no hemos menester comer ni beber para conservar las fuerzas. "Habíame,—añade (1),—Dios nuestro Señor favorecido también en esto con una gracia especial, concediéndome el pasar algunos días comiendo poco ó sin comer." Á la rigurosa abstinencia que guardó en su vida apostólica movióronle varias razones, pero singularmente dos: el no ser gravoso á los párrocos, y el buen ejemplo que con ello daba á los pueblos, los cuales le respetaban por esta razón como á hombre celestial, exento de la humana flaqueza. Cuando llegaba á un pueblo á hora intempestiva, decía al señor Cura párroco que no le diesen más de una sopita y un huevo. En las primeras Misiones tomaba lo que le ponían delante, rehusando, en cuanto estaba de su parte, lo que era de mayor gusto y regalo, que fué la regla que nos dejó escrita á los Misioneros sus hijos para cuando estamos fuera de casa; mas al poco tiempo le pareció que el Señor quería de él mayor abstinencia, y para corresponder á sus inspiraciones se privó del vino y de la carne hasta el fin de sus días, la que no tornó á gustar sino rarísimas veces y por causas gravísimas, como fué por condescender á las instancias de personas muy respetables á las que no podía resistir sin pasar por la nota de terco y poco respetuoso. Esta mortificación en las comidas y bebidas encargábala de una manera especial á sus Misioneros Hijos del Corazón de María, y más desde que en el año 1859 tuvo una revelación, que él mismo refiere con estas concisas palabras: "Hallándome en Segovia el año 1859, día 4 de Septiembre, á las cuatro y veinticinco minutos de la madrugada, en que estaba en la meditación, me dijo Jesucristo: "La mortificación en la comida y bebida has de enseñar á los Misioneros, Antonio." Y la santísima Virgen, pocos minutos después, me dijo: "Así harás fruto, Antonio."

Para animarlos más á ello referíales lo que acaeció á algunos sacerdotes que, á instancias del señor obispo de Segovia, fueron á dar Misión á un pueblo. Antes de llegar á él tuvieron hambre y sed, y como iban bien provistos sentáronse á comer tranquilamente á orillas del camino; pero mientras estaban así saboreando los manjares llegó para recibirlos la Comisión

(1) *Apuntes biográficos*, del P. Claret.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Ayuntamiento con mucha gente del pueblo, y al verlos de aquella manera los desestimaron y no hicieron los sacerdotes fruto alguno. "Acuérdome aún, — escribe el P. Clotet en sus Memorias, — que á los principios de nuestra Congregación nos hablaba mucho de la templanza en el comer y de no tomar cosa alguna de una comida á otra.„

Mas no paraban aquí todas las mortificaciones del P. Claret. Afligía sus inocentes carnes con ásperos cilicios y sangrientas disciplinas; dormía poco, cuando no se le pasaban las noches en claro, y aun entonces no en la cama, sino sobre el duro suelo ó recostado en una silla. Los días que tomaba disciplina eran los lunes, miércoles y viernes, y los que se ponía el cilicio, los martes, jueves y sábados. Por su voluntad nunca se lo hubiera quitado, pero se atenía al consejo de su director espiritual, que no le permitía más. Cuando no hallaba lugar conveniente para disciplinarse suplíalo con otra mortificación equivalente, como era rezar con los brazos en cruz ó con los dedos debajo de las rodillas. Hallaba aún el Siervo de Dios otras maneras muy ingeniosas de mortificarse, como era el sufrir con ánimo quieto y sosegado y sin ademán ni movimiento alguno del cuerpo las picaduras de algunos insectillos, como pulgas, mosquitos, etc., la cual mortificación aconsejaba él á las personas espirituales, y la dejó apuntada en el *Camino recto*, para provecho universal de los fieles. Tal era la compostura del Siervo de Dios en todas sus acciones y movimientos, que el P. Bernardo Sala, que le acechó por mucho tiempo cuando estuvo entre los primeros Padres de la Congregación, le comparaba á San Francisco de Sales, pues nunca le pudo sorprender en posición menos modesta.

A todos cuantos le vieron era notoria su modestia y mortificación, y si hubiéramos de referir los testimonios de todas las personas caracterizadas que dieron de ello fe, nos haríamos interminables. Sólo traeré el hermoso retrato que en pocas palabras hace de él el que fué obispo de Santander y lo es hoy de Cádiz. "Recuerdo, — dice, — con profunda edificación aquel su rostro modestísimo tan dulcemente grave, la vista siempre recogida, las palabras pensadas, como contadas y dichas con inefable suavidad y penetrante unción, indicio todo de su presencia de Dios casi continua, y aquella su mortificación rigidísima, hasta el punto de no comer, ni aun en mesas

de reyes, más que legumbres, ni dormir en cama, sino en el duro suelo ó en una silla, como le aconteció en la casa de los Padres del Oratorio de Lérida, y eso á lo más por tres ó cuatro horas (1)„

Se ha dicho que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y por cierto que, si se exceptúan los Santos, la sentencia no puede ser más verdadera. Los mismos que á los ojos del mundo tan deslumbradores parecen por su poder, ingenio ó riquezas; los que ante el vulgo y la sociedad se muestran como pequeñas divinidades superiores á la raza común de los hombres, cuando se los contempla de cerca, cuando se les ve en el seno del hogar descubren sus flaquezas y parecen tan débiles ó más que el que nunca descolló entre sus semejantes.

Así son todas las grandezas humanas, que, como ilusorias y superficiales, de lejos parecen algo, pero al tocarlas con el dedo se desvanecen y sólo queda ante los ojos el profundo lago de miserias que ocultaban. Lo contrario acaece con la virtud y santidad, que constituyen la verdadera y sólida grandeza, porque son comunicaciones divinas de un Ser infinito en todas las perfecciones, estable como la eternidad, incomprensible por su soberana alteza, admirable por su sabiduría, adorable por su dignidad, respetable por su inmensidad, temible por su omnipotencia y amable por su bondad. Así como las almas que más se llegan á Dios más comprenden y aman sus soberanas perfecciones, así los que más de cerca tratan á los Santos, más cautivos quedan de su bondadosa condescendencia, más admirados de su virtud y con mayor estima y respeto de la gracia divina que en ellos resplandece. Así acaeció con el Varón de Dios, el P. Claret; los que más le admiraron y amaron, los que con mayor entusiasmo predicaron sus virtudes y los dones que recibió del cielo, fueron sus más allegados; los que, cuando Arzobispo, tuvo de familiares; los que, cuando Misionero, hicieron vida común con él; los que, cuando estudiante, le albergaron en su casa y observaban su vida íntima. ¿A quién no espanta que los dos sacerdotes ancianos, D. Fortián Bres y D. Francisco Guardia, respetasen y venerasen al Siervo de Dios cuando era aún joven estudiante,

(1) Carta del 10 de Julio de 1882.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando le tenían como inferior en su casa y le podían observar á todas las horas del día y de la noche?

Ni la familiaridad de muchos años, ni la superioridad que les daba su avanzada edad y más aún la dignidad del sacerdocio, ni todo, en fin, lo que humanamente había de engendrar en ellos libertad en el trato con el Siervo de Dios, cuando no desestima y desdén, fué bastante para quitar de ellos cierta veneración y respeto que les infundió desde un principio su extraordinaria virtud; antes por el contrario, con el trato y con los años fué creciendo, porque cada vez veían más claro la gracia del Señor que iba obrando en su Siervo. La angelical modestia y compostura que en el joven estudiante contemplaban los movía á devoción y piedad y los contenía de tal manera en su presencia, que nunca se atrevieron á tratarle con las bromas y chanzonetas que á otros jóvenes más bulliciosos suelen dar las personas de mayor edad cuando les tienen cariño.

3. Mas quien tanto supo refrenar los sentidos exteriores y tener tan á raya las pasiones interiores del ánimo por medio de la mortificación, no trabajó menos por ordenar las potencias superiores del alma, que son las que más derechamente alcanzan á Dios. Conocía muy bien que para copiar en sí la imagen de Jesucristo no bastaba trasladar en sí lo exterior de Él, si no imitaba también su espíritu, que era el alma, la vida y lo que daba expresión al retrato del Salvador de los hombres. Este divino Señor, como soberano artista, en dos pinceladas manifestó á sus siervos en qué consistía su divino espíritu, ese espíritu por el cual sus fieles seguidores se debían parecer á Él, comunicar en lo secreto de su vida divina y representar su noble y atractivo carácter. *Discite a me,* —dijo,—*quia mitis sum et humilis corde* (1): "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.„ Convencido el Padre Claret de que sin la humildad y mansedumbre no podría levantar el edificio de la santidad ni ganar las almas de sus prójimos en el oficio apostólico á que se sentía llamado, propúsose adquirir con perfección estas virtudes. Comenzando por la primera, como fundamento de la otra, con la oración y el examen particular del mediodía y de la noche venció la

(1) Matth., XI, 20.

vanagloria, que le principió, según él dice, á combatir en la ciudad de Barcelona cuando oía los elogios que hacían de sus habilidades en la fabricación y de su inteligencia en la mecánica. Las complacencias que, casi sin advertirlo, en aquel tiempo experimentó las lloró después toda la vida, y cuando se acordaba de ellas afluían á sus ojos abundantes y amargas lágrimas. La consideración de los motivos que tenía para humillarse; la lectura de la vida de Jesucristo y de los Santos; los fervorosos ruegos que dirigía al Señor pidiendo que le diera á conocer su propia nada, y los actos de humildad, para los cuales le daba el Señor ocasiones muy frecuentes aun en medio de los aplausos humanos, fueron los medios de que se valió por muchos años para ser y conservarse humilde.

Iba meditando que nada tenía de sí sino el pecado, y que era, por consiguiente, inferior á los seres privados de existencia, que no son merecedores de premio ni de castigo por no haber pecado. "A Dios debo,—decía,—lo bueno que hay en mí: separado de Él, soy incapaz para todo acto meritorio; soy semejante á un molino de agua, que por bien montado que esté no puede moverse si el agua no le pone en movimiento: no puedo invocar el dulce nombre de Jesús sin su auxilio; no puedo atender á lo que hago sin su gracia. ¡Ah! ¡Cuántas distracciones tengo á pesar mío! Soy como un hombre caído en un pozo, de donde no puede salir si no le sacan de él (1).„ A menudo repetía con el gran San Agustín: "Haced, ¡oh Dios mío!, que os conozca á Vos y me conozca á mí. *Noverim te, noverim me;* y con el humilde San Francisco de Asís: *Señor, ¿quién sois Vos y quién soy yo?* Un día, estando rodeado de algunos de nuestros primeros Padres, dijo con inimitable candor: "Quince años ha que hago examen particular de la humildad, y aun no soy humilde.„

Para llegar á aquel estado feliz del alma en el que ni se entristece por los desprecios ni se levanta por las alabanzas, escribió algunas reflexiones muy oportunas y sacó de ellas varios propósitos que puso ordenadamente en el jugoso opúsculo titulado *La Paloma.* En materia de soberbia ó vanidad era extraordinaria la delicadeza de su conciencia; vigilaba de continuo sus pensamientos, palabras y acciones, y cuando

1) *Apuntes biográficos,* del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

advertía que había tenido alguna vana complacencia ó que había dicho alguna palabra que podía más ó menos redundar en su loor, se confesaba de ello sin tardanza, y al arrepentimiento juntaba también actos de mortificación ó penitencia.

En los primeros años de sus Misiones dióle el Señor á entender con toda claridad que le quería muy humilde, para lo cual le ayudaba eficazmente permitiendo que le humillasen con persecuciones y desprecios. No hubo apenas pueblo alguno en donde no le persiguiesen y en donde el Siervo de Dios no recogiera abundante cosecha de humillaciones y calumnias. Tratábanle de ladrón, de faccioso, de embustero, y el buen Padre á todo se resignaba para evitar mayores males y á trueque de poder ofrecer al Señor mil y mil actos de humildad y de otras virtudes semejantes. En todas las poblaciones solía acaecer lo mismo hasta media Misión; pero luego, de ahí en adelante, notábase una mudanza completa, porque aquel Señor, que había puesto á prueba la humildad de su Siervo por lo mucho que en ella se complace, premiábasela trocando los corazones de sus enemigos, de manera que los que antes le despreciaban y calumniaban eran luego sus mayores panegiristas y los que después de haberse aprovechado de su apostólico ministerio más se deshacían en alabanzas de él. El demonio, empero, que nunca duerme y que trata siempre de convertir en nuestro daño lo mismo que Dios dispone para nuestro provecho, cuando las gentes aclamaban al Varón de Dios por santo procuraba inspirarle sentimientos de vanagloria; mas de nada servían sus astucias y artimañas, porque Dios nuestro Señor tenía al P. Claret debajo de su especial protección, y como Padre le cubría con sus alas para que no le hiriesen los dardos del enemigo. Para mantenerle en humildad en medio de los mayores aplausos, le concedió una gracia muy singular, y fué que, en los últimos días de las predicaciones que hacía, dando Misión en los pueblos, cuando mayor era el concurso de los que iban á oirle, y los convertidos con la eficacia de su palabra inundaban su confesonario, y todos se admiraban del extraordinario fruto que había hecho, acometíale una tristeza tal y tan honda que el Siervo de Dios, al referirlo, no sabía cómo explicarla sino diciendo que era una paternal disposición de la divina Providencia y

un contrapeso para impedir que el viento de la vanidad echase á pique la navecilla de su alma (1).

Fuera cosa larga ir enumerando todos los actos en que se manifestó su profunda humildad; muchos de ellos ya se han visto en lo que llevamos dicho de su vida, y otros se irán viendo, Dios mediante, en lo que nos queda por decir. Baste por ahora consignar que, cuantos le conocían, lo primero que en él alababan era la humildad y sencillez con que procedía en todas las cosas, sin sombra de afectación, sin ínfulas de autoridad, sin arrogancia de letrado, sin ademán alguno que indicase tenerse en algún concepto por superior á los demás. Terminaré lo concerniente á esta virtud con las palabras del ilustre D. Felipe Rovira, que fué Secretario y confesor del Siervo de Dios por espacio de diez años, y podía, por lo tanto, conocer bien su espíritu. "En su humildad, — dice, — confundía á propios y extraños, se conocía bien á sí mismo, servía á todos aun en las cosas más sencillas y tenía un placer de enseñar por sí mismo los rudimentos de la Doctrina cristiana á los niños, ya en las Misiones, ya en casa, siempre que se presentaba ocasión (2).„

4. De este mismo afecto de humildad nacía en el P. Claret la mansedumbre, pues del conocimiento que de su nada tenía brotaban en su pecho afectos de compasión y de caridad para con el prójimo al ver sus miserias, y afluían á sus labios palabras de dulzura con que aliviarlas. La indignación y la aspereza son hijas de la soberbia y de la ignorancia, pues quien ahonda en sus propias flaquezas y debilidades, lejos está de irritarse con las ajenas. En mucho estimaba nuestro Padre la mansedumbre en el Misionero, por lo provechosa y necesaria que es para hacer fruto en las almas, y así se aplicó con cuidado á practicarla, y escribió tales cosas sobre ella que bien merecen que traslademos aquí lo principal y más substancioso, tanto más cuanto que lo tomaremos de sus *Apuntes biográficos*, que dicen relación á su Vida. "Con la humildad, — escribe citando á San Bernardo, — se agrada á Dios; con la mansedumbre al prójimo. En el sermón del monte dijo Jesucristo: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (3). Y

(1) Declaración del P. Clotet y del P. Clemente Serrat.
(2) Apuntes del 14 de Febrero de 1880.
(3) Matth., V, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no sólo la tierra de promisión y la tierra de los vivientes, que es el cielo, sino también los corazones terrenos de los hombres. No hay virtud que tanto los atraiga como la mansedumbre; pasa en ellos lo mismo que en un estanque de peces, que si se les echa pan todos vienen á la orilla; pero si en vez de pan se les echa una piedra, todos huyen y se esconden. Así son los hombres: si se les trata con mansedumbre, todos se acercan y asisten á los sermones y al confesonario; pero si se les trata con aspereza, se incomodan y no asisten y se quedan murmurando del predicador allá con sus familias y amigos. La mansedumbre es una señal de vocación al ministerio apostólico. Cuando Dios envió á Moisés le concedió esta virtud. Jesucristo era la misma mansedumbre, y por esta razón se le llama Cordero. "Será tan manso, —decían los Profetas, —que „no acabará de romper la caña cascada ni de extinguir la me„cha que todavía humea. Será perseguido, calumniado y sa„ciado de oprobios, y, como si no tuviera lengua, callará (1).„ ¡Qué paciencia la suya! ¡Qué mansedumbre! Sí; trabajando, sufriendo, callando y muriendo en cruz nos redimió y enseñó á salvar las almas que Él mismo nos encarga.

„Adoctrinados los Apóstoles por su divino Maestro, todos poseían la virtud de la mansedumbre, la ejercitaban y enseñaban á los hombres, y sobre todo á los sacerdotes, á quienes dice Santiago: "¿Hay entre vosotros alguno tenido por sabio „y bien amaestrado para instruír á todos? Muestre por el buen „porte su conducta y una sabiduría llena de dulzura. Mas si „tenéis un celo amargo y el espíritu de discordia en vuestros „corazones, no hay para qué gloriaros ni levantar mentiras „contra la verdad, que esa sabiduría no desciende de arriba, „sino que es una sabiduría terrena, animal y diabólica (2).„

„Quedé espantado la primera vez que leí estas palabras del Apóstol, al ver que á la ciencia sin dulzura, sin mansedumbre, la llama diabólica... Sí, diabólica es, y me consta por la experiencia; que el celo amargo es arma de que se vale el diablo, y el sacerdote que trabaja sin mansedumbre sirve al diablo y no á Jesucristo. Si predica, ahuyenta al auditorio; si confiesa, aparta de sí á los penitentes; y si éstos se confiesan, lo hacen

(1) Isa., XLII, 3.
(2) Jac., III, 13 et seqq.

más porque se aturden que porque se arrepienten, y así se callan los pecados por temor. En cierta ocasión hacía yo el Mes de María, con muchísima asistencia á los sermones y al confesonario. En la misma capilla en que yo confesaba lo hacía también un sacerdote muy sabio y celoso, que había sido Misionero, pero que por su avanzada edad y por sus achaques se había vuelto harto iracundo y regañón. Los pobres penitentes, con las amargas reprensiones que les daba, quedaban cortados y confundidos y no atinaban en decir sus pecados. Su desconsuelo era tan grande, que para recobrar la paz de la conciencia venían y se confesaban conmigo.

„Como no pocas veces el mal genio y la ira ó falta de mansedumbre se encubren con la máscara de celo, estudié muy detenidamente en qué consiste una y otra cosa, á fin de no equivocarme en un asunto en que va tanto; y hallé que el oficio del celo es aborrecer, huir, estorbar, detestar, desechar, combatir y abatir, si es posible, todo lo que es contrario á la voluntad de Dios, según aquello de David: *Iniquitatem odio habui et abominatus sum: legem autem tuam dilexi.* "Aborrecí la injusticia y la detesté, y he amado tu santa ley.„ El verdadero celo nos hace ardientemente solícitos de la pureza de las almas, que son esposas de Jesucristo, según San Pablo á los corintios: "Yo soy celoso amante vuestro, y celoso en nombre de „Dios, pues que os tengo desposados con este único Esposo.„ Por cierto que si Eliecer hubiera visto que la bella y castísima Rebeca, á quien acompañaba para esposa del hijo de su amo, estaba en peligro de que le robasen la flor de su pureza, se hubiera picado de celos y la hubiera defendido á costa de su vida, pudiéndole decir: "Celador soy vuestro de los celos que „tengo yo por mi señor, porque os he desposado con un hom„bre para presentaros vírgen casta al hijo de mi amo Abra„ham.„ Con esta comparación se entenderá mejor el celo del Apóstol y de los varones apostólicos. Decía él mismo en otra parte: "Yo muero todos los días por vuestra gloria. ¿Quién de „vosotros enferma que yo no enferme con él juntamente? „¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?„

„Los Santos Padres, para dilucidar más esta materia, se valen de la comparación de la gallina. "¡Mirad, —dicen, —qué „amor, qué cuidado y qué celos tiene por sus polluelos la ga„llina! Ella es cobarde, tímida y espantadiza mientras no es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

„madre; pero cuando lo es tiene un corazón de león, lleva „siempre la cabeza levantada y los ojos atentos mirando á to„das partes; por pequeña que parezca la señal de algún peli„gro, avisa á sus hijuelos; no se presenta enemigo alguno á „quien ella no acometa con el fin de defenderlos; vive en per„petuo cuidado que sin descanso la hace vocear, y tan grande „es la fuerza del amor que les tiene, que se pone enferma y „descolorida. ¡Oh, qué lección tan interesante me dais Vos, „Señor, por medio de la gallina!„

„Comprendí que el celo es un amor vehemente que ha de ser con prudencia gobernado; de otra manera violaría los términos de la discreción y de la modestia, no porque el amor divino, por vehemente que sea, pueda ser excesivo en sí mismo ni en los movimientos ó inclinaciones que da á los espíritus, sino porque el entendimiento no escoge los medios más á propósito ó los ordena mal, tomando caminos muy ásperos y violentos, y conmovida la cólera, no pudiéndose contener en los límites de la razón, empeña el corazón á que cometa algún desorden; de modo que por este medio el celo se ejecuta con indiscreciones y desórdenes, con que viene á ser malo y, por tanto, reprensible. Cuando David envió á Joab con su ejército contra su desleal y rebelde hijo Absalón, le encargó que salvase á éste; pero estando Joab en la batalla furioso por el deseo de la victoria, mató con su propia mano al pobre Absalón. Dios manda al Misionero que haga guerra á los vicios, culpas y pecados; pero le encarga con el mayor encarecimiento que perdone al pecador, que le presente vivo á este hijo rebelde para que se convierta, viva en gracia y alcance la eterna gloria. ¡Oh Dios mío! Dadme un celo prudente para que en todas las cosas obre con suavidad y fortaleza, *fortiter et suaviter*, con mansedumbre y buen modo. Espero que me portaré en todo con santa prudencia, y al efecto recordaré que ésta es una virtud que nace en el hombre con la razón natural, que la instrucción la cultiva, la edad la fortalece, el trato y comunicación con los sabios la aclara, y la experiencia de los acontecimientos la consuma (1).„

Estas páginas, con tanta brillantez, profundidad y claridad escritas, descubren en el Siervo de Dios un corazón de fuego,

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

enardecido por el celo de la divina gloria, pronto para la lucha, incansable en el trabajo, perseguidor del vicio y del error hasta en las últimas trincheras; pero á la vez manifiestan un hondo sentimiento de compasión y caridad para con las desgraciadas víctimas del pecado, un amor y ternura más que de madre para con los pobrecitos pecadores, á quienes deseaba meter dentro de su mismo corazón para preservarlos de la ira divina y de los furiosos ataques de sus enemigos. De estas hermosas consideraciones que la fe le inspiraba nacía la amabilidad y mansedumbre con que acogía á toda suerte de infelices y desgraciados que se acercaban á sus pies; no les reprendía ni sus toscos modales, ni su dureza é insensibilidad, ni su extraña ingratitud, sino que con inefable amor los abrazaba, con dulces palabras los atraía al redil del buen Pastor y con saludables consejos los consolaba y alentaba á perseverar en el buen camino; y si á las veces era necesaria alguna reprensión, la hacía con tales muestras de cariño, daba tan claramente á entender que procedía del mismo exceso de ternura y amor y del interés con que miraba por el bien del corregido, que, lejos de espantarse ó incomodarse los penitentes, le cobraban afición, se enternecían y ablandaban é iban dulcemente arrastrados hasta donde el Siervo de Dios quería llevarlos. Ni se crea que tan maravillosa mansedumbre fuese propia de su natural blando y pacífico, porque él de suyo tenía un carácter vivo y un temperamento fuerte ó bilioso y propenso á la ira; pero como desde joven se hizo tanta violencia para reprimir su genio arrebatado, llegó á vencerlo de tal manera que sufría sin alteración alguna y con la mayor paciencia y fortaleza todos los trabajos é infortunios. Ponía increíble empeño en no hacer ni decir cosa que pudiese mortificar á otro, y si alguna vez á los principios le acaecía desmandarse en esto en alguna faltilla, luego al punto la reparaba pidiendo humildemente perdón al ofendido.

Aconteció una vez en los primeros años, después de su ordenación sacerdotal, que hallándose, á causa de la predicación, en una parroquia de la diócesis de Vich, se metió un día en el confesonario antes de decir la santa Misa. Como un amigo suyo viese que tardaba mucho en salir de él, pues era ya bastante tarde, llamóle para que fuese á celebrar, diciéndole: "Son ya las nueve.„ El P. Claret, santamente afanoso por aprove-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

char á las almas que tenía delante, respondió: "Déjeme usted en paz; aunque fuesen ya las diez.„ Parecióle después al Siervo de Dios que con esta respuesta había faltado á la caridad y mansedumbre, y así fué el mismo día á encontrar á su amigo y pedirle perdón de su falta (1)..

Uno de sus familiares que más le trataron, hace de la paciencia y mansedumbre del Siervo de Dios el siguiente retrato, con que terminaremos este asunto: "Su paciencia y mansedumbre eran admirables, pues á pesar de constarme que su genio era fortísimo y de un natural sumamente propenso á la ira, nunca vi que mudase el tono ordinario de la voz para reprender ó hacer las advertencias necesarias, aun cuando oyera palabras injuriosas ó presenciara acciones que á otro menos perfecto le hubieran llenado de indignación y movídole á prorrumpir en palabras destempladas para desahogar la cólera. De suerte que al ver su aparente apatía, los que no le trataban de cerca le tenían por hombre de temperamento flemático y que era incapaz de molestarse por nada (2).„

5. Otra de las virtudes que más resplandecieron en el Padre Claret como varón apostólico, fué la pobreza voluntaria. Bien conocía él que para combatir en los demás el desordenado amor á las riquezas y el apego ó afición á los bienes temporales, que suele ser madre de tantos vicios y pecados, era menester abrazarse estrechamente con la santa pobreza y dar ejemplo de ella á los que debía enseñar. Y hoy más que nunca era necesario predicar esta virtud con el ejemplo y con la palabra, porque, como notó muy bien el Siervo de Dios, "nos hallamos en un siglo en que no sólo se adora el becerro de oro, como lo hicieron los hebreos, sino que se le tributa un culto excesivo, olvidando los hombres por el dinero los preceptos del Decálogo.„ Para ejercitar la pobreza contentábase con la comida y el vestido necesarios; en un pañuelo llevaba todo el equipaje, consistente en un Breviario de un solo tomo, un vade mécum para sus manuscritos, un par de medias, una camisa, y nada más: dinero nunca llevaba, ni quería: asustóse una vez porque, metiendo la mano en el bolsillo, pensó hallar una moneda; pero tranquilizóse al momento, con gran consuelo suyo, cuando al sacar la mano vió que era una medalla. Tan grande era su horror al interés. Si alguna vez le ofrecían dinero por sus predicaciones, lo rehusaba diciendo que no lo había menester, pues en los viajes no usaba ni de caballerías ni de coches, sino que andaba siempre á pie, aunque los caminos fuesen largos y escabrosos. "Tampoco,—añadía el Siervo de Dios,—me hace falta el dinero para comer, porque pido la comida de limosna; ni para el vestido y calzado, porque Dios nuestro Señor me conservaba largo tiempo uno y otro, como lo hizo en el desierto con los hebreos, y de todo me proveía. Conocí,—prosigue,—ser la voluntad de Dios no tuviera yo dinero ni aceptara cosa alguna sino la comida necesaria, y aun sólo en el momento en que debía alimentarme, ni recibir provisiones para pasar de un punto á otro. Viendo que semejante desprendimiento edificaba á todos y les causaba grande impresión, hice lo posible para conservarlo.„

(1) Carta del Sr. D. Antonio Potellas.
(2) Carta de D. Dionisio González, 8 de Diciembre de 1879.

Animábase á ello con el recuerdo de la doctrina de Jesucristo, que frecuentemente meditaba, en particular aquellas palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.„ Y aquellas otras: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres, ven y sígueme.„ "Cualquiera de vosotros que no renunciare todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.„ Acordábase de que el divino Salvador quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza; pensaba en la pobreza de María santísima y en que los Apóstoles lo dejaron todo por seguir á Jesucristo, y así él no tenía otra ambición que seguir tan nobles ejemplos y tener algo en qué probar á Dios su espíritu de pobreza. Para consolar á su Siervo y cumplir en parte sus levantadas aspiraciones hízole el Señor sentir algunas veces los efectos de la pobreza, la amargura del hambre, el tormento de la sed y la vergüenza de la desnudez; pero luego le consolaba socorriendo con largueza sus necesidades. Era tal su alegría en estas ocasiones de prueba, que, según él mismo aseguraba, no poseyendo cosa alguna gozaba él más con su amadísima pobreza que los ricos con todos sus tesoros.

"Una cosa,—escribe el P. Claret en sus *Apuntes*,—he observado, y es que cuando uno es pobre y lo quiere ser de buena voluntad y no por fuerza, experimenta el gusto de la virtud de la pobreza, y el Señor le remedia de una de estas dos

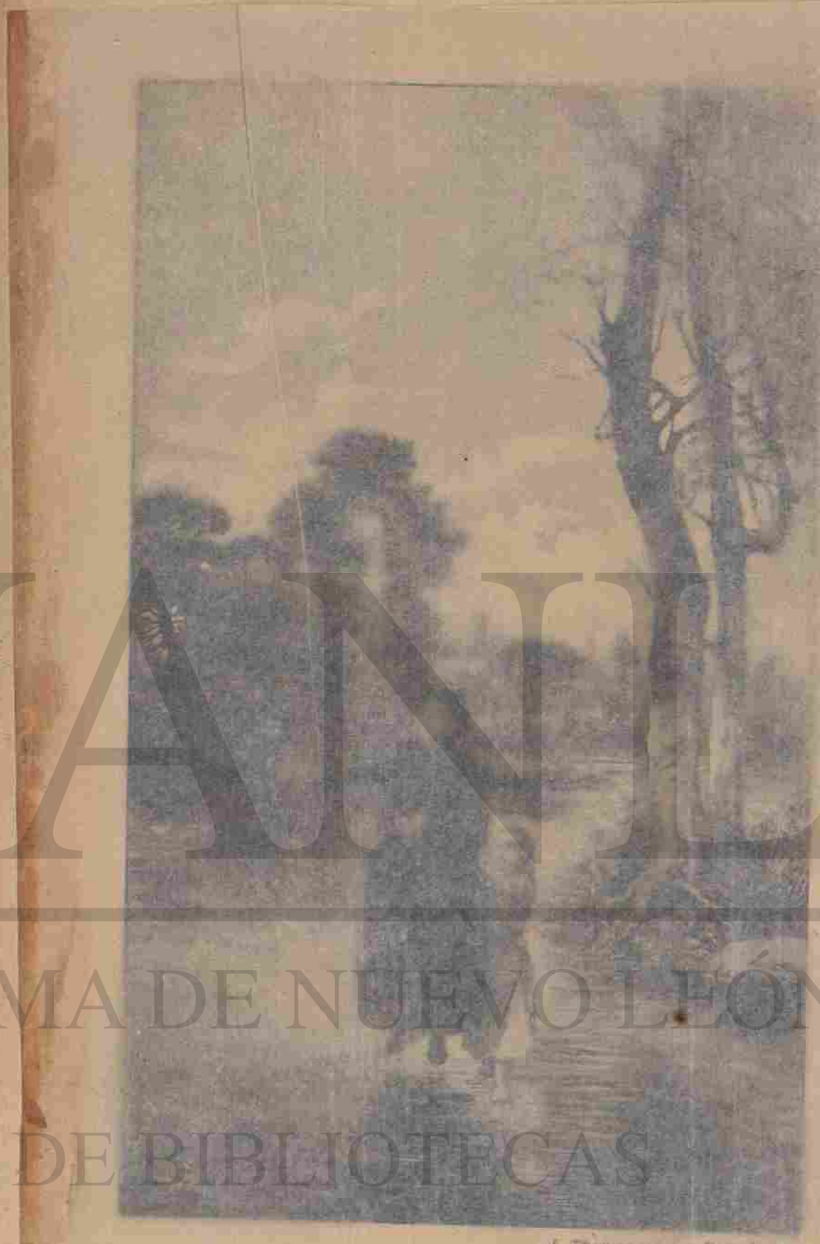
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maneras: ó moviendo el corazón de los ricos para que le den lo necesario, ó haciéndole vivir sin necesidad de alimento. De estos dos modos experimenté yo su Providencia, como se verá en los casos que voy á referir. Iba yo una vez de Vich á Campdevanol para dar ejercicios espirituales á unos sacerdotes reunidos en aquella parroquia con el Dr. D. Jaime Soler, canónigo de la Catedral de Vich. Era á fines de Junio, en tiempo caluroso, y nadando yo en sudor y estando en gran manera fatigado y molestado del hambre y de la sed, al pasar por frente de un mesón llamóme la dueña de la casa y me invitó á comer. "Gracias, — le dije yo. „ Instóme ella de nuevo, y manifestándole yo que no llevaba dinero: "No importa, — me res„pondió; — coma Ud. y beba, que de buena gana se lo damos.„ Entonces acepté la invitación con acción de gracias.

„ Viajando otro día de Igualada á Barcelona, al acercarme á Martorell y pasando al mediodía por un mesón, se compadeció de mí un pobre mendigo y me obligó á entrar en él; pidió para mí un plato de alubias, que le costaron cuatro cuartos, ó sea doce céntimos, los cuales pagó de su pobre bolsillo; con esta comida me sentí reforzado y aquella misma tarde llegué á Barcelona, que distaba aún de allí unas cinco leguas.

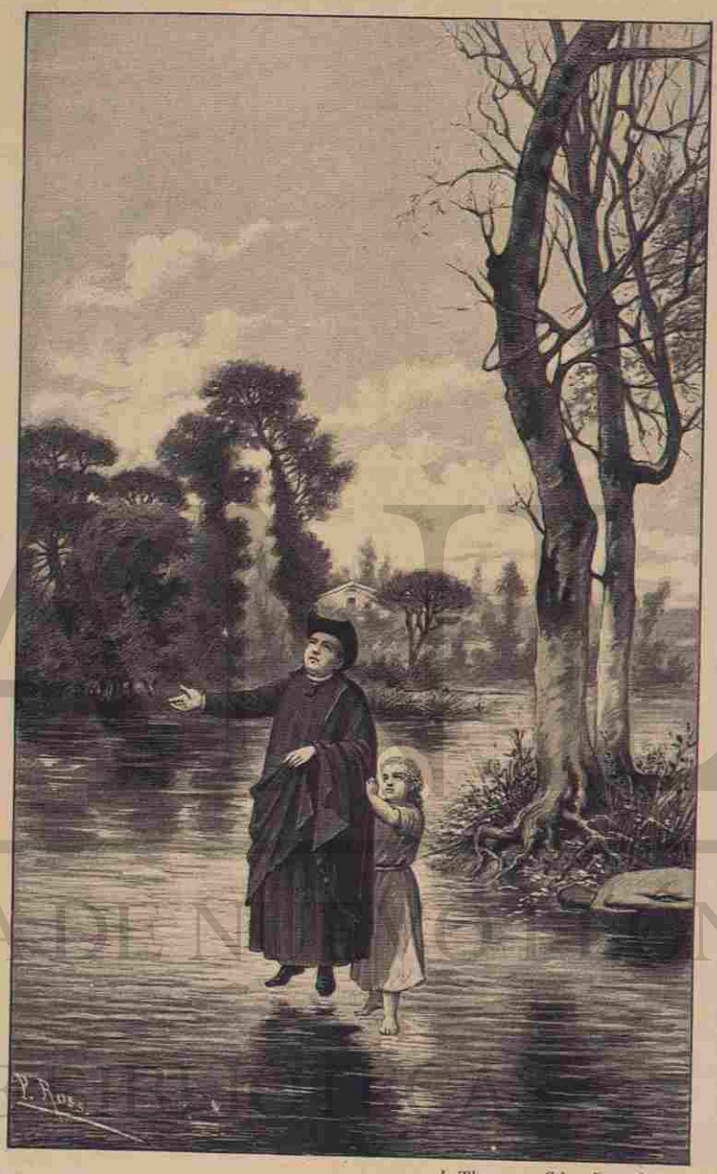
„ Viniendo un día de una Misión dada en el pueblo de Bagá, pasé por La Badella, Montaña de Santa María, Espinalpet, Pla del Llonch hasta San Lorenzo de los Piteos, sin comer nada en todo el día, caminando siempre por ásperos senderos y pasando ríos y arroyos bastante caudalosos; y, á la verdad, el vadear los ríos se me hacía más sensible que la falta de comer, aunque también para atravesarlos me favoreció algunas veces el Señor. Habiendo en cierta ocasión de pasar el río Besós, que iba bastante crecido, iba ya á quitarme el calzado, cuando se me presentó un niño desconocido y me dijo: "No „se descalce Ud., que yo le pasaré. — ¡Cómo! ¿Tú pasarme á „mí?, — le contesté; — eres tan pequeño que ni siquiera podrás „sostener el peso de mi cuerpo. — Ya verá Ud. si le sostengo y „si le paso, — replicó el niño.„ Y apenas lo hubo dicho, cargó con mi cuerpo, lo trasladó á la otra parte del río y desapareció al instante de mi vista, dejándome contento y admirado (1).„ Así premiaba el Señor los trabajos y fatigas que, por seguir

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.



J. Thomas y [illegible] Barcelona

Teniendo que atravesar un río el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de niño que lo traslada á la otra orilla



J. Thomas y C.ª — Barcelona

Teniendo que atravesar un río el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de niño que lo traslada á la otra orilla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la santa pobreza, experimentaba el P. Claret en sus viajes apostólicos.

Al paso que con la práctica constante de la pobreza traía edificados á los pueblos donde predicaba, adelantaba no poco con ella en la perfección, porque esta virtud es una buena madre que, cuanto más carece de las cosas de la tierra, tiene los pechos más llenos de leche celestial, con que cría y sustenta á las demás virtudes. Comparaba éstas el Siervo de Dios á las cuerdas de un piano, y decía que la pobreza, como era una cuerda corta y delgada, daba el sonido más agudo, y así concluía que cuanto más cortas son las conveniencias ó comodidades de la vida en un pobre voluntario, más alto es el punto de la perfección á que asciende, y por lo mismo se distinguieron en esta virtud los más perfectos, cuales fueron Jesucristo y los Apóstoles, quienes tenían que comer pan de cebada, y alguna vez, para saciar el hambre, hubieron de echar mano de las espigas. Comparaba también los pobres voluntarios á los fluidos, que tanto más suben cuanto son más ligeros y sutiles.

6. Mas aunque es muy grande y digno de loa el sacrificio que el hombre hace á Dios desprendiéndose de todo afecto á los intereses terrenos é inmolándole, por decirlo así, todo el mundo exterior de los sentidos, es sin comparación mucho más noble y de mayor valor y estima el sacrificio que por la obediencia se le hace de la propia voluntad, porque ésta es en el hombre la señora de todas las facultades interiores y exteriores; y así, quien da la voluntad da, juntamente con ella, todas las cosas, ofrece el árbol con sus frutos, el agua con su fuente, el joyel con sus piedras y perlas. Sin el sacrificio de la propia voluntad, de poca estima son todos los demás, porque en la voluntad está el amor, y como no hay perfecto amor sin la entrega de la voluntad ó del corazón, tampoco hay por parte de Dios entera complacencia en sus criaturas si no es cuando sin reserva alguna la voluntad del hombre queda enteramente aprisionada con las cadenas de su amor, de manera que en todas las cosas no mire sino lo que á Dios agrada, ni aspire sino á cumplir en todo y con perfección la divina voluntad de su Amado; y como esta voluntad nos la manifiesta Él con toda claridad y seguridad por medio de los Superiores, representantes suyos, de manera que, como Él mismo ha dicho, "los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que á éstos oyen, á Él mismo escuchan„, síguese que la virtud de la obediencia, ejercitada con este noble espíritu de caridad y de amor, es la virtud más perfecta y al Señor más agradable, verdadero holocausto de suavidad en su divina presencia, donde la víctima se consume toda entera en la hermosa llama del divino amor, y en ella transformada se une á Dios con lazo indisoluble y en apretado abrazo, manantial de eternas delicias. El Señor ama con especialidad esta noble virtud en el varón apostólico, y muestra bien lo mucho que le agrada bendiciendo con fruto copiosísimo sus tareas cuando las inspira y anima la obediencia, y retirando casi siempre su divina gracia cuando se emprenden por propia voluntad. Por esta causa el Siervo de Dios, que en todas sus acciones se movía como sobre los dos extremos de un eje, por el deseo de transformarse en Dios y por el anhelo de salvar las almas, amó y practicó siempre la obediencia como el eje que enlazaba ambos extremos y daba el primer impulso á todos sus movimientos.

Ya hemos visto cómo en su niñez y juventud se guió siempre por el confesor que dirigía su conciencia. Cuando emprendió la carrera apostólica púsose á las órdenes del Gobernador eclesiástico de Vich, que era su inmediato Superior; no iba á pueblo alguno que no fuese sin su consentimiento ó mandato. Vich, por esta causa, era el centro de sus excursiones apostólicas, aunque permanecía muy poco en dicha ciudad. De allí partía con la lista que le entregaba el Prelado de los pueblos adonde debía ir á dar Misión ó ejercicios, y nunca iba á población alguna por su propia voluntad. "Aconteció no pocas veces,—escribe el Varón de Dios,—que los Prelados de otras diócesis acudían al de Vich pidiéndole que me enviase á ellas; y accediendo él, iba yo adonde me llamaban, porque tenía por máxima inalterable no ir jamás á parroquia ni obispado alguno sin la orden expresa de mi Superior, y esto por dos razones poderosas. La primera, porque así me llevaba la santa obediencia, virtud que el Señor premia al momento, tanto es lo que le agrada; y sabiendo yo que así hacía la voluntad de Dios y que Él era quien me enviaba, iba muy contento, viendo además claramente su santa bendición en el copioso fruto que se hacía. La segunda razón era de conveniencia, porque viniéndome de todas partes peticiones con grande instancia,

les daba satisfacción diciendo: "Iré de muy buena gana si el Prelado me envía „; y así dejábanme en paz y entendíanse con él, quien me daba sus disposiciones. Conocí que en ellas no ha de meterse el Misionero; debe, sí, ofrecérsele diciendo: *Ecce ego, mitte me;* pero no ha de moverse hasta que el Prelado se lo mande, pues su mandato será de Dios (1).„

Para probar la necesidad que teníamos los Misioneros de no escoger por nosotros mismos los puntos adonde habíamos de ir á predicar, sino que en esto, como en todo lo demás, debíamos guiarnos por la obediencia, traía el testimonio del divino Redentor, que dijo á sus Apóstoles: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos;* esto es, que debían evangelizar los pueblos y las naciones, enviados por el mismo Jesucristo, y no por su propio capricho y voluntad, así como el mismo Salvador fué enviado al mundo por su Eterno Padre, y no escogió Él por sí ni la hora, ni el tiempo, ni los lugares de su predicación, sino que tanto en lo uno como en lo otro atendió á cumplir la voluntad de su Padre celestial. Y para darles á entender las ventajas que traía el ir á las Misiones enviados por el Señor, en cumplimiento de la obediencia, traía muy oportunamente á colación el ejemplo de las dos pescas milagrosas que hicieron los Apóstoles cuando echaron las redes por mandato de Jesucristo, según nos refieren los sagrados Evangelios.

A la obediencia atribuía el Siervo de Dios el maravilloso fruto que en las Misiones hacía, según es de ver por las siguientes palabras con que encarecía esta virtud á sus Misioneros:

"Esta necesidad, —dice,— de que el Prelado me enviase y señalase el lugar de mi predicación me dió el Señor á conocer desde un principio. Y así es que, aunque los pueblos escogidos por el Superior fueran muy malos y de costumbres corrompidas, se hacía grande fruto, porque enviándome Dios, Él los disponía y aparejaba. Por lo cual, ruego á los Misioneros que sin la obediencia no vayan á pueblo alguno, por bueno que sea; pero con la obediencia no tengan reparo en ir á cualquiera población, por mala que sea; no teman las dificultades que se presenten ni las persecuciones que se levanten: Dios los envía, van por obediencia; Él cuidará de protegerlos.„

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

7. Reina de todas las virtudes es la caridad, la cual, aunque es una en sí misma, se extiende á dos objetos, Dios y el hombre, pero según un mismo concepto formal. Es un fuego divino, encendido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, y que se divide en dos llamas inmensas, una que sube á lo alto y abraza al mismo Dios, y otra que se esparce por todas las criaturas capaces de la bienaventuranza eterna. La caridad ó amor de Dios es alma, forma y vida de todas las virtudes; sin ella los actos más heroicos pierden su valor en orden á la gloria del cielo, y con ella las acciones más ordinarias se aquilatan y avaloran de un modo en cierta manera infinito. El hervor subido de la caridad es el que ha formado los Santos; por ella agradaron á Dios, conquistaron á los hombres y vencieron á sus mayores enemigos. El Señor, pues, que intentaba llevar á nuestro Padre por los ásperos senderos de la santidad, le previno poniendo en su pecho una centella de ese fuego celestial del divino amor, la cual de tal manera fué creciendo con el ejercicio de la caridad, que á los cinco años le abrasaba ya y consumía las entrañas y no le dejaba un punto sosegar. Y como esta llama divina más y más se enciende al calor de la meditación, entregóse el P. Claret á este santo ejercicio cuando apenas podía conocer lo que era meditar, y sin que nadie le enseñara, si no es el Espíritu Santo, que en lo secreto y escondido del corazón le amaestraba en las cosas de espíritu. Cuando en Vich reanudó sus estudios eclesiásticos, tenía ya de tal manera fijo el amor de Dios en el corazón, que de continuo pensaba en Él, de Él hablaba en las conversaciones con sus condiscípulos, y por hacer que fuera de todos conocido y amado se aplicaba con afán al estudio y daba la preferencia á las ciencias que más habían de aprovecharle para pegar el fuego del divino amor en los corazones de los hombres. De la hoguera inmensa de caridad que ardía en su pecho brotaban aquellos sus ardientes discursos, aquellas inflamadas expresiones que encendían la caridad en los corazones más helados; de ese fuego bullidor salían las corrientes de su impetuoso celo, con las cuales pretendía nada menos que hacer arder el mundo por sus cuatro costados.

Conocedor de lo mucho que importa al Misionero abrasarse en este fuego de la caridad para herir á los pecadores con heridas de amor y arrepentimiento, se esforzaba por inflamar

las almas de nuestros primeros Padres, para lo cual, á más de presentarles con vivísimos colores la hermosura soberana de Dios, su bondad infinita y los innumerables beneficios de que en el orden de la naturaleza y de la gracia los había colmado, explicábales la necesidad que del divino amor tenían para desempeñar con fruto el ministerio apostólico. Estas admirables enseñanzas podemos aún apreciarlas algún tanto por las notas manuscritas que acerca de este punto nos dejó, en las cuales, entre otras cosas, se halla este importante documento: "La virtud, — dice, — más necesaria al Misionero apostólico es el amor de Dios. Sí, lo digo y lo diré mil veces; la virtud que más ha menester es el amor: ha de amar á Dios, á Jesucristo, á María santísima y al prójimo. Si no tiene este amor, inútiles son sus bellas dotes; pero si su amor á Dios y al prójimo es grande, con las dotes naturales lo tiene todo. Hace el amor en el que predica la divina palabra el mismo efecto que el fuego en la bala que sale del fusil. Si el soldado tirase la bala con la mano, poco daño causaría al enemigo aunque le tocase; pero tirándola impulsada por el fuego de la pólvora, hiérele ó mátale al tocarle.

„Así sucede con la divina palabra: que si sale de un corazón que no tiene caridad, no es mucho lo que mueve; pero si la profiere un sacerdote encendido en el amor de Dios y del prójimo, hiere los vicios, mata los pecados, convierte los pecadores y obra maravillas. Vémoslo en San Pedro, que saliendo del Cenáculo ardiendo en llamas de amor de Dios después que recibió el Espíritu Santo, en dos sermones convirtió 8.000 almas; 3.000 en el primero y 5.000 en el segundo. Dánoslo á conocer claramente el mismo Espíritu Santo que, apareciéndose el día de Pentecostés sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, muestra que el corazón y la lengua del Misionero apostólico han de estar encendidos en el fuego del amor de Dios ó de la caridad. Siendo un día preguntado el venerable Avila por un joven sacerdote qué había de hacer para salir buen predicador, respondió muy oportunamente: "Amar mucho.„ Enseña la experiencia y confirma la historia eclesiástica que los mejores y mayores predicadores han sido siempre los más fervorosos amantes de Dios. A la verdad, hace el fuego del amor divino en un ministro del Señor lo que el fuego material en la locomotora de un ferrocarril ó en la máquina de un bu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que de vapor, que con la mayor facilidad lo arrastra todo. ¿De qué serviría aquel grande aparato si no hubiera fuego ni vapor? De nada. De la misma manera, ¿de qué servirá el que un sacerdote, que ha hecho toda la carrera eclesiástica, esté graduado en sagrada Teología y en ambos Derechos, si le falta el fuego del amor ó caridad? De nada servirá ni para él ni para el prójimo. No para él, "porque, — como dice San Pablo, — aun cuando hablare el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad, será mi voz como hueco sonido de un metal ó el retintín de una campana. Tampoco sirve para el prójimo, porque es como una máquina inmovible.„

Convencido nuestro Padre de la necesidad y utilidad del amor de Dios para ser buen Misionero, se dió con afán á buscar este tesoro escondido, para hallar el cual se valió, según él dice, de estos medios: 1.° Guardar bien la ley de Dios. 2.° Practicar los consejos evangélicos. 3.° Corresponder á las inspiraciones interiores de la gracia. 4.° Hacer bien la meditación. 5.° Pedirlo incesantemente al Señor sin desfallecer ni cansarse. 6.° Interponer los méritos de Jesucristo y la santísima Virgen María, con la seguridad de que aquel buen Padre que está en los cielos da el Espíritu Santo al que así lo pide. 7.° Teniendo hambre y sed de este amor, imitando al que padece hambre y sed corporal, que no piensa sino en cómo podrá satisfacerlas, y expresándolo con encendidos deseos y suspiros. Cuán ardientes salieran éstos de su abrasado corazón, dícenlo claramente cuantos le conocieron, y podemos rastrearlo por las fervorosas exclamaciones de que están sembradas sus obras, tanto impresas como manuscritas. Escribía él, y así era verdad, que su corazón daba voces á Dios y le decía: "¡Oh Señor mío! ¡Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria y mi fin! ¡Oh amor mío, oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío, oh gozo mío! ¡Oh reformador mío, oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío, oh amor mío! No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla con toda perfección. No quiero más que á Vos, y en Vos y únicamente por Vos todas las cosas...„

Tan alta estima tenía de Dios, tan rico se creía con poseerle á Él solo, aunque careciese de todas las demás cosas, y tanto consuelo y regalo sentía en su amor, en su trato y amistad, que

solía decirle con frecuencia con una de sus jaculatorias favoritas: "Vos, Señor, sois para mí suficientísimo...„, frase misteriosa con la cual el corazón se le henchía de gozo; y luego, desentrañando lo mucho que con ella expresaba, añadía: "Vos sois mi Padre, mi Amigo, mi Hermano, mi Esposo, mi todo.„ Cuando pensaba en los excesos de amor que Dios había hecho por el hombre y comparaba la mezquindad con que él correspondía, se cubría su rostro de vergüenza, y en el deseo de amar á Dios cuanto merecía ser amado se dirigía á Él con una expresión ternísima y llena de santo atrevimiento, diciendo: "Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis.„ Mas luego, sintiendo la impotencia de su corazón para amar á Dios cuanto anhelaba y viendo que sus entrañas no se derretían con este divino fuego, se postraba á los pies de Jesús y de la Virgen y con santa impaciencia exclamaba: "Oh Jesús mío!, os pido una cosa que me la podéis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor. ¡Amor! llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo á la tierra. Ven, fuego divino; ven, fuego sagrado, enciéndeme, derríteme y derríteme al molde de la voluntad divina. ¡Oh Madre mía María, Madre del divino Amor! No puedo pediros cosa que os sea más grata ni más fácil de obtener que el divino amor. Alcanzádmelo, Madre mía. ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor; socorredme, socorredme! ¡Oh Corazón de María, fragua é instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo! (1).„

Aunque los Santos tienen en Dios reconcentrado todo su amor y viven enteramente desprendidos de las criaturas en desnudez y pobreza espiritual, nadie hay que como ellos penetre con la sutil llama del más puro y acendrado amor todas las cosas. Sumergidas sus almas en el piélago de la hermosura divina y en las llamas de su amor eterno, de tal manera quedan mudadas y como transformadas en Dios, que, exceptuada la distinción de substancias, parecen una misma cosa con Él, porque entienden y juzgan de las cosas á la manera que Dios entiende y juzga; aman lo que Dios ama y en el orden con que Él ama; obran por el fin que Dios intenta, y tienen como una sola voluntad con Él, distinta, sí, en la substancia y

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en los actos, pero una en el objeto; porque al modo que Dios se ama á sí mismo en sí, y por sí todo lo criado, el alma ama á Dios y todas las cosas en Él y por Él; y entre ambas voluntades se establece una relación y reciprocidad de afectos, en virtud de la cual la criatura participa sabrosa y divinamente de los deleites de Dios, se entristece con lo que al Señor desagrada, se alegra con lo que á Él honra y da gusto, y en todas las cosas procede en maravillosa consonancia con la divina voluntad. De aquí nace que el alma de este modo levantada en Dios y unida á Él con tan apretados lazos, lejos de entibiarse en el verdadero amor á las criaturas, las ama con un amor mucho más intenso, universal y heroico, porque las ama á la manera de Dios, el cual les tiene un amor infinito, y más á las criaturas racionales, por las cuales, como sabemos, tales extremos hizo encarnándose y muriendo en una cruz por salvarlas. El alma santa, en su amor abraza con ternura la creación entera, porque en toda ella ve reflejadas las perfecciones y la hermosura de su Amado, porque en todas ellas distingue los rayos de su bondad, y todas ellas son recuerdos y presentes de su dulce amor. Esta es la causa por que los Santos estaban en tan familiar comunicación con la Naturaleza, por que unos temían deshojar la florecilla con que topaban en las orillas de un sendero ó en medio de los campos, por que otros acariciaban las palomas ó en fraternal concierto unían su voz al suave cantar de los pájaros. Los mismos animales parece que reconocen por instinto este espíritu de amor y mansedumbre de los Santos, pues con frecuencia leemos en sus historias que muchos de ellos, perseguidos por los cazadores, se refugiaban á los pies de algún santo solitario ó en el casto seno de una virgen.

De nuestro mismo P. Claret sabemos que poco antes de ir á Cuba de Arzobispo, y cuando ya estaba consagrado, saliendo de paseo con algunos de sus Misioneros, vino derechito á refugiarse á él un manso cordero al que perseguían en la plaza de Santo Domingo de Vich algunos aviesos muchachos. Cuando el pobre animalillo se halló á los pies del Siervo de Dios, comenzó á hacerle fiestas como en señal de reconocimiento, y con tal aire de satisfacción las hacía y con tanta gracia, que el P. Clotet, que se hallaba presente, quedó muy admirado y no sabía cómo explicarse tan extrañas muestras de

simpatía, pues nunca el animalito había visto al Siervo de Dios. Este, por su parte, hizo al corderillo algunas caricias, y luego lo entregó con mucho amor á unos hombres formales para que lo volviesen á su dueño.

Pero si tales simpatías sentía aun con los mismos animales por ser criaturas de Dios, en las que resplandecen algunos de sus atributos, el amor que profesaba á sus prójimos era intensísimo por todos lados. La fuerza con que su corazón amaba no puede expresarse con más vehemencia y claridad que con aquel brillante párrafo que un día, dejando escapar las llamas de su inmenso amor, consignó, al parecer, con caracteres de fuego.

"¡Oh prójimo mío!—exclama,—yo te amo. Te amo, porque Dios quiere que te ame; te amo, porque Dios me lo manda; te amo, porque Dios te ama; te amo, porque has sido criado por Dios á su imagen y para el cielo; te amo, porque has sido redimido con la sangre de Jesucristo; te amo, por lo mucho que Dios ha hecho y sufrido por ti: y en prueba del amor que te tengo, sufriré por ti todas las penas y trabajos, hasta la misma muerte si fuere menester. Te amo, porque eres amado de María santísima, mi queridísima Madre; te amo, porque eres amado de los Ángeles y Santos del cielo. Te amo, y por amor te libraré de los pecados y de las penas del infierno. Te amo, y por amor te instruiré, enseñándote los males de que te has de apartar y las virtudes que has de practicar, y te acompañaré por el camino de las buenas obras y del cielo."

Cuán bien cumpliese estos nobles propósitos dedúcese claramente de todo el proceso de su vida, pues ésta no fué otra cosa que un ejercicio continuado de caridad en favor del prójimo; un sacrificio perenne para remediar toda suerte de miserias, y más especialmente las espirituales; una práctica, en fin, constante y jamás interrumpida de todos los oficios benéficos que el amor de una madre, de una esposa ó de un amigo, ó la caridad de un Santo, pueden inspirar. ¡Cuántas lágrimas enjugó en los diez años de su vida apostólica! ¡Cuántos cuerpos arrancó de las garras de la muerte y cuántas almas del duro cautiverio del demonio! En esta caridad, que nacía del puro amor de Dios, están cifradas y compendiadas todas sus virtudes apostólicas. Paciente, manso, humilde, benigno, complaciente, celoso, amable, todo lo era por salvar las almas, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvaba las almas por dar gloria á Dios, por satisfacer el hambre y la sed que tenía de que todos sirvieran á su Amado, de que todos le conociesen y amasen y fueran felices en este conocimiento y amor.

PARTE SEGUNDA

Desde que fué presentado para el cargo de Arzobispo de Santiago de Cuba hasta que fué nombrado confesor de la reina Doña Isabel II.

(1849-1857)

CAPÍTULO PRIMERO

DEL NOMBRAMIENTO DEL SEÑOR CLARET PARA EL ARZOBISPADO DE CUBA, Y DE COMO TOMÓ POSESIÓN DE ESTE CARGO

1. Estado moral de la isla de Cuba en 1849.—2. El P. Claret es presentado para arzobispo de Santiago.—Su resistencia.—Obligado á aceptar, sigue trabajando sin mudar de vida.—Viaje á Tarragona.—Cómo dibujó su sello arzobispal.—Parte para Gerona.—Predica desde un balcón por no caber la gente en la Catedral.—Últimos trabajos en esta ciudad.—Encuentro con su amigo Masmitjá.—3. Su preconización y consagración.—Emprende el viaje á Madrid.—Deja la corte y se despide de su pueblo natal.—Convierte á cuatro reos condenados á muerte.—4. Breve noticia de los compañeros que se le juntaron.—5. Sus ocupaciones hasta el día de su embarque.—Salva á una novicia.—Tranquiliza á una religiosa.—6. Se embarca en Barcelona.—Entusiasta despedida de la ciudad.—Peripecias de la navegación.—Reglamento que seguían en el buque.—Borrasca en Gibraltar, que les obliga á retroceder hasta Málaga.—Desembarca en esta ciudad.—Fruto espiritual que hizo en sus habitantes.—Se ve privado de desembarcar en Canarias.—Espíritu poético del Padre Currius.—Misión sobre cubierta.—Confiesa y comulga toda la tripulación.—Llegada á Cuba y recepción hecha al Siervo de Dios.—Dan gracias á Dios por el feliz viaje.

1. Cuba, la isla más hermosa que vieron ojos humanos, fué descubierta por Colón en 1492. A los nombres de Juana y de Fernandina, dados respectivamente por el descubridor de ella y por Velázquez, que la acabó de conquistar, prevaleció el nombre de Cuba, con que ya de antiguo la llamaban los naturales. Aunque tan pintoresca y tan fecunda en todo género

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

salvaba las almas por dar gloria á Dios, por satisfacer el hambre y la sed que tenía de que todos sirvieran á su Amado, de que todos le conociesen y amasen y fueran felices en este conocimiento y amor.

PARTE SEGUNDA

Desde que fué presentado para el cargo de Arzobispo de Santiago de Cuba hasta que fué nombrado confesor de la reina Doña Isabel II.

(1849-1857)

CAPÍTULO PRIMERO

DEL NOMBRAMIENTO DEL SEÑOR CLARET PARA EL ARZOBISPADO DE CUBA, Y DE COMO TOMÓ POSESIÓN DE ESTE CARGO

1. Estado moral de la isla de Cuba en 1849.—2. El P. Claret es presentado para arzobispo de Santiago.—Su resistencia.—Obligado á aceptar, sigue trabajando sin mudar de vida.—Viaje á Tarragona.—Cómo dibujó su sello arzobispal.—Parte para Gerona.—Predica desde un balcón por no caber la gente en la Catedral.—Últimos trabajos en esta ciudad.—Encuentro con su amigo Masmitjá.—3. Su preconización y consagración.—Emprende el viaje á Madrid.—Deja la corte y se despide de su pueblo natal.—Convierte á cuatro reos condenados á muerte.—4. Breve noticia de los compañeros que se le juntaron.—5. Sus ocupaciones hasta el día de su embarque.—Salva á una novicia.—Tranquiliza á una religiosa.—6. Se embarca en Barcelona.—Entusiasta despedida de la ciudad.—Peripecias de la navegación.—Reglamento que seguían en el buque.—Borrasca en Gibraltar, que les obliga á retroceder hasta Málaga.—Desembarca en esta ciudad.—Fruto espiritual que hizo en sus habitantes.—Se ve privado de desembarcar en Canarias.—Espíritu poético del Padre Currius.—Misión sobre cubierta.—Confiesa y comulga toda la tripulación.—Llegada á Cuba y recepción hecha al Siervo de Dios.—Dan gracias á Dios por el feliz viaje.

1. Cuba, la isla más hermosa que vieron ojos humanos, fué descubierta por Colón en 1492. A los nombres de Juana y de Fernandina, dados respectivamente por el descubridor de ella y por Velázquez, que la acabó de conquistar, prevaleció el nombre de Cuba, con que ya de antiguo la llamaban los naturales. Aunque tan pintoresca y tan fecunda en todo género

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de producciones, fué hasta fines del pasado siglo la más infortunada de nuestras colonias americanas. La población indígena, merced á un conjunto de desfavorables circunstancias, fué poco á poco decreciendo, y los extranjeros que en busca de aventuras surcaban los mares mirábanla como lugar de paso para el nuevo continente. Para repoblarla se acudió en mal hora al tráfico de negros, que, arrebatados inhumanamente en las costas africanas, eran vendidos en público mercado en la capital de la monarquía lusitana, y de allí, cual viles mercancías, hacinados en lo hondo de los buques, se los transportaba al Nuevo Mundo para servir como esclavos á sus conquistadores. Por este inicuo medio la abandonada isla de Cuba fué á la verdad ganando en brazos que la hicieron florecer, pero descendió no poco en el orden moral y civilizador, en la honradez de las costumbres, en la hidalguía y nobleza de sentimientos y en todo lo que forma el alma y la vida de la humana sociedad. Cuando en 1655 cayó Jamaica en poder de los ingleses, ocho mil españoles fugitivos se acogieron en Cuba; pero su principal incremento fué debido á la pérdida de nuestras colonias americanas á causa de los muchos que allí acudieron para conservarse fieles á la metrópoli.

Mas si por estas y otras causas se repobló la abandonada Isla, de tal suerte que, no contando en 1774 más que 173.620 habitantes, en 1846 ascendía ya á cerca de un millón el número de ellos, perdió, por otro lado, muchísimo la pública moralidad, porque los hombres que allí se refugiaron sólo atendían á su negocio, esto es, á hacer dinero, sin reparar en la injusticia de los medios que empleaban ni en otras cosas peores. Dando cuenta el general Tacón en una Memoria del estado de la Isla en el tiempo que tomó el mando de ella, que fué por Junio de 1834, afirma que "un crecido número de asesinos, ladrones y pillos circulaban por las calles de la capital matando, hiriendo y robando, no solamente durante las horas de la noche, sino también en pleno día y en las calles más públicas y concurridas... Los vagos eran numerosísimos, y muy excesivo el número de los que ganaban su vida por medio de toda clase de estafas." Aunque muchos Generales, que fueron allá de gobernadores, trabajaron por corregir semejantes abusos, nada ó muy poco fué lo que consiguieron, pues sabido es que la fuerza militar y política es impotente para causar hábitos

de moralidad en el pueblo cuando falta la Religión, que va derechamente á reformar las conciencias, base de todos los actos humanos.

Pero en el concepto religioso era todavía más desconsolador el cuadro que presentaba la desgraciada Isla. Sustraída al influjo de las Misiones extranjeras que iban á los Estados Unidos y á otros puntos del continente americano, por estar puesta bajo el patronato de España y en ocasión en que los Institutos religiosos, entonces más que nunca necesarios, habían sido suprimidos en la madre Patria; privada la capital de Cuba de su legítimo Pastor desde 1834 á causa de las perturbaciones políticas; desposeída casi enteramente de clero indígena, ora por la escasez de vocaciones eclesiásticas en un pueblo naturalmente muelle y dado á la holganza, ora por la falta de organización en el Seminario y por la penuria de los recursos materiales, la Religión estaba casi por completo abandonada, apenas se tenía conocimiento de los principios fundamentales de ella, y sin ideas ni sentimientos religiosos, el pueblo vivía entregado á sus brutales pasiones, sin freno ni ley ni temor de ulteriores castigos. Para formar idea de lo desmoralizada que estaba la Isla por aquel tiempo, basta saber que de 120.182 bautismos celebrados en la diócesis de la Habana desde 1842 á 1846, 52.108 fueron de niños ilegítimos, y de 41.167 que hubo en el arzobispado de Santiago durante el mismo período, 22.517, que son más de la mitad, fueron también ilegítimos. Cuantas personas de mediano criterio llegaban á Cuba lamentaban tan triste situación, no sólo por los intereses religiosos, que poco ó nada á muchos importaban, sino por los sentimientos de humanidad y honradez propios de cualquier nación medianamente civilizada, y más aún por los intereses de España, que corrían grave riesgo si continuaban las cosas en la Isla siguiendo tan fatal derrotero. "Principalmente á nuestras poblaciones campestres,—escribía su corresponsal al periódico *La España* en 26 de Enero de 1849,—faltan, no solamente el alimento espiritual, sino también en algunos lugares las ideas religiosas. Falta este lazo que une los hombres á la sociedad, arregla sus acciones y corrige sus costumbres. En estos mismos campos tenemos una inmensa población ignorante, nacida en la idolatría y educada en la vida salvaje, que hemos arrancado de sus hogares por medio de un comer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cio ilícito, y que no puede ser justificado más que con el objeto de conducirlos á la civilización y convertirlos al Catolicismo.„

Los enemigos de la Religión y de la madre Patria, aprovechándose á maravilla de la ignorancia y de la corrupción del pueblo, sembraron en él doctrinas disolventes y propalaron principios y noticias con el objeto de romper los vínculos que la unían con la metrópoli. Fruto dañino de tan malas semillas fué el partido antiespañol, que, ligado con algunos ambiciosos de los Estados Unidos, luchaba por sacudir el yugo de los españoles y formar de la isla de Cuba una República independiente, como lo habían hecho las demás colonias que poseíamos en la América.

2. Alarmados los hombres pensadores del peligro que á España amenazaba si no se ponía pronto y eficaz remedio á tamaños males fomentando en la Isla la instrucción religiosa y el espíritu católico, base de todo orden y bienestar, trataron seriamente así de lo uno como de lo otro. Claro es que lo primero era menester enviar allí Prelados dotados verdaderamente de celo apostólico y de todas las virtudes evangélicas, no menos que de fecundo ingenio para inventar las convenientes reformas y de enérgica voluntad para llevarlas á cabo; y así, cuando en 20 de Abril de 1849 vacó la Sede de Santiago de Cuba por promoción de su Arzobispo, Rmo. P. Fray Cirilo de la Alameda, á la metropolitana de Burgos, los que entendían en el asunto comenzaron á reflexionar sobre quién sería más á propósito para desempeñar aquel dificilísimo cargo. No era cosa fácil hallar así como así un varón de tan raras y singulares prendas, porque si siempre el mérito y la virtud suelen ocultarse entre los rincones y hacer el bien á escondidas, buscando el galardón de sus buenas obras en Dios y no en la vana estima de los hombres, en este siglo gacetillero, de bombos y de platillos, y en el que tantas falsas reputaciones se forman en los periódicos y en las reuniones, es aún más necesario andar con mayor cautela é investigar con divinas luces para no tropezar con una virtud fantástica y de relumbrón, en vez de una virtud sólida y á toda prueba.

Era á la sazón ministro de Gracia y Justicia el Excmo. señor D. Lorenzo Arrazola, el cual, bien penetrado de la verdad de los hechos y de la trascendencia que en Cuba tendría la recta elección del Prelado metropolitano, fijó su atención en

el Ilmo. Sr. Costa y Borrás, entonces obispo de Lérida y uno de los más celosos Prelados de la península ibérica. Propúsole, en efecto, el nombramiento en carta de 23 de Mayo de 1849, y el virtuosísimo Prelado no creyó oportuno acceder á la invitación del Ministro; pero aunque le dió la negativa, en el mismo documento indicaba cortesmente que podría proveerse aquella Sede en el obispo de Canarias y ser nombrado para esta última el celoso presbítero y Misionero D. Antonio Claret.

Entretanto, el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Brunelli, como más interesado en este asunto, discurría no poco para acertar en tan importante nombramiento, y, como prudente, consultó el caso con D. José Ramírez y Cotés, sacerdote ilustrado y virtuoso, que por sus buenas cualidades era con frecuencia consultado en los negocios de mayor gravedad. Después que éste hubo oído al Sr. Nuncio, le dijo: "Cuba necesita de Misioneros: lo que allí hace falta es un Prelado Misionero.—Es verdad,—respondió Mons. Brunelli;—pero ¿quién lo halla? ¿En dónde está?—En Cataluña. El Misionero que fué á Canarias, *Mosén Claret*, es el más á propósito, y no hay otro.„ De estas conferencias desinteresadas resultó el nombramiento del Sr. Claret para el arzobispado de Cuba.

De todos estos pasos nada sabía el interesado, el cual se hallaba por entonces dando ejercicios espirituales al clero de Vich, aquellos cabalmente en que, según se dijo, pronosticó la muerte próxima é imprevista de uno de los asistentes, y cuyo cumplimiento vieron todos con espanto. Un día de éstos, que fué el 11 de Agosto, después de terminar uno de los actos, le llamaron aparte en la sacristía y le dijeron que el Sr. Obispo le llamaba. Con la costumbre que de obedecer tenía, fué luego á Palacio, pensando si por ventura el Sr. Obispo querría concertar con él alguna nueva Misión ó consultarle, como solía, alguna cosa. Cuando estuvo delante del Prelado entrególe éste la Real orden recibida del señor ministro Arrazola, y con grande sorpresa leyó lo que sigue:

"*Real orden.*—Reservado.—En consideración al celo religioso, virtud, ilustración y demás recomendables circunstancias que concurren en V. S., la Reina (q. D. g.) se ha dignado nombrarle por Real decreto de ayer para la iglesia y arzobispado de Santiago de Cuba, vacante por traslación á la de Burgos de D. Cirilo de la Alameda y Brea; á condición de que

no estorbará y si consentirá la desmembración y división de la parte del territorio actual de la diócesis que fuese del agrado de S. M., siempre que tenga por conveniente erigir en él alguna otra Iglesia. De Real orden lo digo á V. S. para que manifieste si acepta esta elevada dignidad y se halla conforme con la condición expresada. Dios guarde á V. S. muchos años. San Ildefonso, 4 de Agosto de 1849.=*Lorenzo Arrazola.*„

Luego que el Siervo de Dios se hubo enterado del oficio, quedó inmóvil y sin decir palabra; mas pasados los primeros momentos de asombro, dijo resueltamente al Sr. Obispo: "Esto no puede ser: no puedo aceptar. Ruego á Vuestra Señoría Ilustrísima se digne responder á quien corresponda que no tengo la ciencia ni la virtud necesarias para el desempeño de tal cargo.„ Tan persuadido estaba el P. Claret de su ineptitud y tan confiado de que por esta causa sus ruegos serían atendidos, que pasado este incidente, siguió, como si tal cosa no hubiera, trabajando con el mismo celo y ardor en compañía de sus Misioneros y al frente de su pequeña Comunidad, de la que era el alma y la vida, dirigiendo sus actos religiosos y las conferencias de Teología moral, de Oratoria sagrada y de Ascética y Mística.

Mas aunque él vivía tan descuidado de toda humana pretensión y todo embebido en estas santas tareas, los señores que desde Madrid habían puesto en él los ojos para tan alta dignidad no cejaron en su empeño, y una y otra vez le escribieron para que aceptase, haciéndole ver la mucha gloria que en ello podía dar á Dios y el bien inmenso que podía hacer en las almas; pero él se escudaba en su humildad, y otras tantas respondía que no le era posible; para lo cual, á la razón de su ineptitud por falta de ciencia y de las virtudes necesarias, añadía otra, en verdad muy poderosa, y era que no podía abandonar la Congregación que acababa de nacer, y que más que nunca necesitaba del vivificante calor de su paternal celo, ni la Librería Religiosa, que estaba aún á los principios de su fundación. Pero todas estas razones no persuadieron ni al señor Nuncio apostólico ni al ministro de Gracia y Justicia, porque las juzgaron como nacidas de la profunda humildad del Varón de Dios; y empeñados por esto mismo con mayor eficacia en salir adelante con su intento, acudieron á otro medio más seguro y que debía dar, sin duda, mejores resultados.

Conocedores de la puntualidad y presteza con que el Siervo de Dios obedecía las prescripciones de su legítimo Superior, escribieron al señor Obispo de Vich para que en virtud de santa obediencia le obligase á aceptar, pues estaba visto que de otra suerte no recabarían de él el consentimiento.

Persuadido el Ilmo. Casadevall de las poderosas razones y de los rectísimos fines que movían al Sr. Nuncio y al Ministro, mandó, en cuanto podía, á nuestro amado Padre que aceptase. No fué pequeño el conflicto en que le puso este para él amarguísimo precepto. Por un lado no se atrevía á resistir no sólo los mandatos, mas ni aun las simples insinuaciones de su Superior, y por otro estaba tan convencido de la debilidad de sus fuerzas para sustentar la pesada carga del episcopado, y temía tanto los peligros y la responsabilidad inherente á tan levantado cargo, que no acababa de vencer su repugnancia y estaba como indeciso. ¡Cosa extraña, aunque frecuente en los santos! Cuando se trataba de comisiones humildes y penosas y repugnantes al amor propio ó á la naturaleza, nunca replicaba ni oponía cosa alguna, antes con sumo contento obedecía á la más ligera insinuación; pero en tratándose de cargos honrosos, y más como el que al presente se le ofrecía, sentía tal repugnancia, que luego oponía su indignidad para ellos y buscaba especiosas razones con que declinarlos. En esta ocasión no se negó á obedecer; pero como era asunto tan grave, pidió al Sr. Obispo que le concediera un plazo para dar la respuesta decisiva.

Con la venia, pues, del Prelado se retiró á hacer ejercicios con el fin de conocer claramente en la oración la voluntad de Dios y de reforzar de paso su espíritu para que se le hiciera más llevadera la abrumadora carga, si es que el Señor quería echársela encima. Y para que no quedase nada por hacer en un asunto tan trascendental, no fiándose de sus propias luces, reunió á los respetables sacerdotes Dr. D. Jaime Soler, Doctor D. Jaime Passarell, P. Pedro Bach y al P. Esteban Sala, señores todos ellos sabios y virtuosos y de toda su confianza, y de los que ya en otro lugar hablamos como de personas muy recomendadas en su tiempo. Después de comunicarles el objeto por el cual los había juntado, les rogó que encomendasen á Dios el negocio, que conferenciasen entre sí, y que después de algunos días de retiro, que iba él á comenzar, le dijeran si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había de admitir el cargo, como el Sr. Obispo le mandaba, ó bien si había de resistirse en absoluto. Cumplieron con fidelidad los mencionados sacerdotes el encargo que el Varón de Dios les había hecho, y cuando éste terminó los ejercicios, dijéronle unánimemente que opinaban que debía aceptar, porque era esta á todas luces la voluntad del Señor. Ya no podía por más tiempo resistirse sin faltar á su deber, y así, sobreponiéndose á las inclinaciones que sentía en contrario, se resignó á aceptar el espinoso cargo á los dos meses de haber sido nombrado, ó sea á 4 de Octubre.

Hallábase entonces el Sr. Obispo de visita, y le escribió notificándole su resolución en estos términos: "Ya sabe Vuestra Señoría Ilustrísima que siempre me he dejado llevar por la mano de la obediencia; en vista, pues, de la apreciada de Vuestra Señoría y de las adjuntas del Sr. Nuncio y del señor ministro de Gracia y Justicia, digo que humildemente acepto el arzobispado de Santiago de Cuba. *Ecce servus Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (1). „

Nada hasta entonces habían sabido nuestros Padres de la Casa-Misión de Vich, si se exceptúa el P. Esteban Sala, del nombramiento de su muy amado Fundador para la silla metropolitana de Cuba, ni de la correspondencia que con este motivo había mediado; mas no pudiendo ya ocultarse después de la aceptación, un día, el Superior de la naciente Comunidad, que lo era el P. Esteban Sala, los llamó y reunió á todos, y en presencia del mismo Siervo de Dios les enteró de cuanto había ocurrido; explicóles la resistencia que el P. Claret por su parte había puesto, y les leyó la correspondencia del Nuncio y del Ministro y el precepto formal del Prelado para que aceptase; de todo lo cual dedujo que había que acatar la voluntad del Señor, tan claramente manifestada.

Imposible es describir el sentimiento que en nuestros primeros Padres produjo aquella para ellos tan dolorosa noticia, pues cuando más los alentaba su presencia y mayor necesidad tenían de beber su espíritu, se les privaba de su amado Fundador, sin esperanza de volver á recobrarle, y para colmo de desconsuelo se le enviaba á regiones apartadas, donde sería sumamente dificultoso consultar con él las dudas que por necesidad se habían de ofrecer en un Instituto que sólo contaba algunos meses de existencia. Pero como aquellos buenos Padres estaban tan bien formados en la virtud, no se opusieron á la divina voluntad, y el Siervo de Dios los consoló diciéndoles que se entregasen en las manos del Señor, que Él no los abandonaría, y así, todos juntos, adoraron y alabaron los designios ocultos, pero siempre amorosos, de la divina Providencia.

(1) Carta del P. Claret, fechada en 4 de Octubre de 1849.

Como nuestro Padre vivía en tanta pobreza y nunca había sospechado que pudiera hallarse en trance tal, asaltáronle algunas dudas sobre las diligencias que debía practicar, para las cuales no disponía de recursos; pero en todo le dirigió y ayudó el señor Obispo de Vich, llevado del entrañable amor que le tenía. Entretanto la noticia había cundido entre los de fuera, y la *Revista Católica*, en el número 91, dió cuenta del nombramiento en los siguientes términos: "Sabedor el Gobierno de S. M. de los excelentes y abundantes frutos que este Varón apostólico había producido en Canarias cuando no era más que simple Misionero, ha calculado que más abundantes los daría en calidad de Obispo y primer Pastor en otra diócesis que estaba todavía más necesitada, y bajo este cálculo ha procedido al nombramiento de D. Antonio Claret para arzobispo de Santiago de Cuba. Mucho se ha resistido este Varón apostólico, como era de presumir, no sólo porque su humildad le hacía considerarse muy inferior á dignidad tan sublime, sino también porque con esta novedad se le desbarataban ciertos planes y obras que tenía principiadas. Pero al fin, haciéndosele ver que nada perdería la gloria de Dios, sino que antes bien ganaría mucho con su aceptación, y cediendo á las instancias y aun mandatos de su Superior, se resolvió á aceptar, después de muchas semanas de indecisión é incertidumbre. Aunque personalmente sentimos la separación del Sr. Claret de este Principado, porque reconocíamos en él un amigo y un celoso patrocinador de todos nuestros proyectos, cediendo las afecciones personales al bien general de la Iglesia, nos alegramos y damos gracias á Dios por tan acertado nombramiento. Felicitamos al Gobierno y á la Iglesia de Cuba; al primero, por haber puesto los ojos en un simple Misionero, no atendiendo á las afecciones de carne y sangre, sino tan sólo á la virtud y al mérito; y á la segunda, porque va á adquirir un Pastor cual conviene á sus actuales necesidades. „

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Electo ya Arzobispo, no hizo mudanza alguna en su método apostólico de vida; siguió usando del mismo vestido, de la misma comida, y en su trato continuó tan humilde, amable y sencillo como siempre. Tampoco interrumpió sus tareas apostólicas, pues en el breve espacio que medió hasta su consagración dió Misiones en Vich, Barcelona, Tarragona y Gerona, y predicó infinidad de pláticas para satisfacer los piadosos deseos de muchas personas, ora eclesiásticas, ora seglares, que querían aprovecharse del poco tiempo que el celoso Misionero debía estar aún entre ellos.

Entre las muchas y respetabilísimas personas que deseaban con ansia abrazarle después de su nombramiento y antes que partiera para Cuba, era la principal y la más acreedora á ello el venerable Arzobispo de Tarragona. No menos lo anhelaba el Siervo de Dios, quien estaba sumamente agradecido á los beneficios que aquel Prelado le había hecho, y le profesaba especial cariño por la virtud y celo que en él resplandecía y por la identidad de aspiraciones que ambos tenian para el mayor servicio del Señor. Asi fué que luego que sus ocupaciones se lo permitieron, salió el P. Claret para Tarragona, adonde llegó á mediados de Enero de 1850. La impresión que esta visita hizo, así en el Prelado como en los fieles de aquella capital, tradúcese claramente en una carta que el Siervo de Dios escribió al señor Obispo de Vich luego de llegado á Barcelona de vuelta de su viaje. Como esta carta contiene además la explicación del sello que para su nueva dignidad tomó el Siervo, creo será del agrado de mis lectores el que la transcriba íntegra. Está fechada en 23 de Enero de 1850, y dice así: "Mi señor y dueño de toda mi veneración y aprecio: Acabo de llegar de Tarragona, después de haber visto y hablado con nuestro venerable Arzobispo. Es inexplicable la satisfacción que ha tenido de mi visita, y después de tantos días de haber estado con él, aun sentía que me fuese con tanta prontitud.

„Heme ocupado en diferentes cosas: el domingo prediqué al pueblo con un concurso numerosísimo. En cierto punto del sermón prorrumpió el pueblo en un llanto ternísimo, temiendo que ya no me oirían más en aquel púlpito.

„Ayer en la capilla de Palacio bauticé á una señora protestante calvinista; después el señor Arzobispo le administró la Confirmación; luego yo empecé la santa Misa y distribuí la

sagrada Comunión á la neófita, á su esposo y á la madrina. Finalmente, el Provisor presenció su matrimonio.

„Aquí le envio una muestra de mi sello, dando á Vuestra Señoría brevemente una idea de este mi dibujo. Se divide en dos partes: la parte de arriba significa mi nacimiento espiritual, y la parte de abajo mi nacimiento corporal. El puente significa el que hay en mi pueblo; por la cascada ó cascadas que hay allí y por los saltos que hace el río al pasar por allá, la población se llamó *Sallent*. Mi padre Claret está de esta parte oriental del río, y mi madre Clará en la parte occidental: estos dos nombres y lugares están simbolizados por el Sol y la Luna. Mi nacimiento espiritual lo simboliza el nombre dulcísimo de María, Madre de Dios, por ser la patrona de la parroquia de Sallent y de mi nombre; la palma se refiere á San Esteban, también patrono de la población, y la azucena alude á San Antonio, patrono mío, y á San Luis Gonzaga, patrono de la Congregación que teníamos en el Seminario, y además, en memoria del día de San Antonio, en que fuí ordenado de presbitero, y del dia de San Luis, en el cual celebré la primera Misa. Estas cosas son también jeroglificos de María santisima, la cual se compara á la palma, *sicut palma*, y á la azucena, *sicut lilium*, y al Sol y á la Luna, *pulchra ut Luna, electa ut Sol*.

„Dentro de pocos días pienso que, Dios mediante, nos veremos. Mande como guste á su afectísimo y seguro servidor Q. B. S. A. = *Antonio Claret*.„

A principios de Febrero tornó á Vich; pero las muchas instancias que de todos los puntos del Principado le hacían para que les dirigiera por última vez su apostólica palabra no le permitieron descansar ni un solo momento. Su laboriosidad parecía entonces más extremada que nunca, y á los ojos de las muchedumbres continuaba siendo el santo Misionero, el amado Apóstol de Cataluña, á todos accesible y á todos venerable.

Acogía también con mucha benignidad y dulzura á los que de todas partes iban á tratar con él las cosas de sus almas, y en todo su porte y en sus mismos viajes procedía con tal sencillez que nadie hubiera podido imaginar que se ocultara en él un Arzobispo ya nombrado. Muchos testimonios pudiéramos traer aquí de las personas que entonces le trataron; pero bastará, para venir en conocimiento de los demás, citar lo que acaeció al Ilmo. Sr. D. Francisco de Asís Aguilar en una de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estas excursiones apostólicas que hizo el Siervo de Dios siendo ya electo Arzobispo. Dejemos que él mismo, como testigo presencial, nos refiera el hecho. "Al amanecer,—dice,—de una mañana de Abril de aquel año, 1850, salian de Barcelona por el camino que va á la estación del ferrocarril de Mataró un sacerdote y un estudiante. El sacerdote, vestido con una sotana y un balandrán ya muy usados, casi raídos, y adornados con algún pequeño remiendo, pero limpios y aseados cuanto su pobre condición permitía, no llevaba más que el sencillo bastón de viaje. El estudiante llevaba debajo del brazo, atados con una cinta de á cuarto la vara, un manteo de la misma edad, poco más ó menos, que el balandrán del sacerdote, y envueltos con el mismo manteo una camisa, unas medias y algunos libros, con lo cual se da bastante á entender que el lío era el equipaje del sacerdote que iba de camino. Cerca ya de la estación, el joven preguntó á su respetable compañero en qué clase de coches viajaría, con objeto de adelantarse á tomar billete. "No sé; me han dado seis reales„, respondió el sacerdote; y recibiendo el estudiante los seis reales que al mismo tiempo le dió el cura viajero, fué á tomar billete de tercera clase. Sin duda el sacerdote era muy pobre y el estudiante no estaba muy rico.

"Pues bien: el sacerdote era D. Antonio Claret, electo Arzobispo de Cuba, venerado, más bien que respetado, en todos los pueblos de Cataluña y Canarias, famoso en toda España y nombrado y querido en otras regiones más lejanas: el estudiante era el mismo que ahora escribe estas líneas.

„De las cosas que me contó sencillamente haber hecho en aquel día antes de salir de Barcelona, deduje que á las doce de la noche todavía trabajaba, y que á las dos ó á las tres de la madrugada estaba ya trabajando de nuevo.

„Iba entonces á Gerona á predicar aquella Misión para la cual hubo necesidad de convertir en púlpito el balcón de casa Pastor, porque no había iglesia capaz de contener el inmenso gentío que acudía á oir los sermones. A la hora de éstos, la plaza, las calles adyacentes, las ventanas y balcones de las casas, todo estaba lleno de gentes que escuchaban asombradas y compungidas al fervoroso predicador.

„¿Quién hubiera conocido al celebrado Misionero y al electo Arzobispo de Cuba en el pobre capellán que viajaba en tren de tercera clase con dinero que le habian dado de limosna? Así anduvo hasta que fué consagrado Arzobispo.„

En Gerona, á más de los sermones predicados á millares y millares de personas al descampado, por ser la Catedral incapaz de contener al inmenso gentío, dió ejercicios al Cabildo y clero de la ciudad, á los párrocos de la diócesis, á los seminaristas, á las religiosas en sus conventos y á los enfermos del Hospital. Su amigo Masmitjá, el fundador de las Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María, que se hallaba entonces en Gerona, de cuyo Cabildo fué luego Arcipreste, fué en esta ocasión á visitar al P. Claret, y éste al verle le preguntó: "¿Cómo vamos? — En cuanto al cuerpo, bien,—respondió aquél„; y antes que completara la respuesta, le interrumpió el Siervo de Dios con estas palabras: "Jamás he visto que obediente alguno se haya perdido.„ "Con lo que entendí, —dice el Sr. Masmitjá,—que penetraba mi intención, que era de manifestarle mi congoja por el cargo parroquial á que había sido llamado.„ "Otro día,—añade el mismo señor,—le hallé en una de las salas del Palacio episcopal rodeado de niños tan contentos y deseosos de estar junto á él, que parecía iban á echársele encima (1).„

3. Mientras el Siervo de Dios seguía con tanto ardor en sus trabajos apostólicos, se estaban en Roma haciendo las oportunas diligencias para su preconización. Verificóse ésta el 18 de Mayo de 1850. Poco después le fueron despachadas las Bulas Pontificias, en las cuales es de notar cómo Pío IX, en atención á los singulares méritos adquiridos por el Siervo de Dios, le dispensa de los grados académicos que por disposición canónica para el episcopado se requieren, pues nuestro humilde Padre, aunque tenía hechos todos los estudios eclesiásticos con notables pruebas de capacidad y aprovechamiento, y le hubiera sido por lo mismo fácil adquirir la borla de Doctor, como no aspiraba á dignidad alguna y se consideraba además indigno de toda honra, no se cuidó, ni siquiera le pasó por la mente, hacerse con el pomposo título de que muchos hacen gala; y así, lo que suelen tener otros por indecoroso, en él se trocó en mayor gloria y alabanza, pues por el título que acostumbran á dar las Academias tuvo la superior aproba-

(1) Relación del muy ilustre D. Joaquín Masmitjá, 3 de Julio de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción del Romano Pontífice, quien en la Bula de promoción decía así: "Hemos puesto los ojos en ti, porque habiendo seguido perfectísimamente todos los estudios, administraste con feliz éxito la cura de almas en tu patria, y después te dedicaste sin reserva á las Misiones para la propagación de la fe, y ejercitaste muchas obras de piedad... Y aunque no has recibido el grado de Doctor, como posees suficiente doctrina y has dado pruebas de ser hábil y á propósito para regir y gobernar la Iglesia metropolitana de Cuba... (1).„

Llegado que hubieron á Madrid las Bulas, fueron llevadas á Vich por los dignos sacerdotes D. Fermín de la Cruz y Don Andrés García Novoa, y estando todas las cosas prevenidas, se verificó su consagración en la Santa Iglesia Catedral el día 6 de Octubre de 1850, en el día en que se celebraba la solemnidad del santísimo Rosario, del que tan entusiasta propagador había sido, y la fiesta de San Bruno, de quien fué siempre muy devoto. Consagróse juntamente con él el Ilmo. Dr. D. Jaime Soler, que había sido preconizado Obispo de Teruel; fué consagrante el señor Obispo de Vich, Dr. D. Luciano Casadevall, al que asistieron los Rdos. D. José Costa y Borrás y D. Florencio Llorente y Montón, Obispos respectivamente de Barcelona y Gerona. Excusado es decir que la concurrencia y admiración del pueblo fué extraordinaria, porque no suelen en ciudades de segundo orden verificarse tan solemnes actos.

Lleno el P. Claret de agradecimiento á los muchos favores que la santísima Vírgen le había dispensado, y para tener como una prenda de su maternal protección, al nombre de Antonio, que en el bautismo había recibido, añadió el día de su consagración episcopal el dulcísimo nombre de María, con el cual firmó siempre en adelante, con grande consuelo de su al-

(1) El texto de la Bula Pontificia dice así: "...ad te ex legitimis catholicis honestisque parentibus in dioecesi Vicensi progenitum quadragessimum secundum tuae aetatis annum agentem... qui studiis omnibus optime peractis animarum curam in tua patria feliciter administrasti. Hinc te totum Missionibus addixisti de Propaganda Fide pluraque christianae pietatis opera exercuisti... Nos enim te cum in Doctoratus gradu insignitus non sis, nihilominus quia sufficienti Doctrina praeditus et ad eamdem Metropolitanam Ecclesiam Sancti Jacobi de Cuba regendam et gubernandam habilis et idoneus esse dignosceris... Datum Romae, apud Sanctum Petrum anno Incarnationis Domini Milessimo Octingentessimo quinquagessimo, tertio decimo Kalendas Junii, Pontificatus nostri anno quarto.„

ma, pues sentía cierto gusto ó sabor espiritual cada vez que lo pronunciaba ó escribía sus cinco letras.

Al día siguiente de su consagración, el Sr. D. Sebastián Bres, que había sido su padrino y protector, se presentó al Siervo de Dios diciéndole que quería tener de él un recuerdo y que éste había de consistir en su retrato. "De ninguna manera, — respondió el Sr. Arzobispo, — puedo consentir en dejarme retratar; pídame Ud. alguna otra cosa. — Teniendo que ausentarte, — replicó el Sr. Bres, — y siendo probable que no nos veremos más en este mundo, si algo puede mitigar mi sentimiento es el verte retratado.„ Conociendo el Varón de Dios que si se negaba á las repetidas instancias de aquel su fiel amigo y buen sacerdote, que por tantos años le había colmado de beneficios, le contristaría, consintió en ello. No estaba entonces aún muy en uso la fotografía, y así se valieron de un hábil pintor muy diestro en sacar retratos, aunque á éste le pareció muy difícil, porque decía graciosamente: "¿Quién obliga á este señor á estar quieto el tiempo necesario para delinear su semblante?„ Sin embargo, aunque fué corto el tiempo que le tuvo en su presencia, la obra, á juicio de personas entendidas, salió muy bien, y de todos los retratos del Siervo de Dios, éste es el que más devoción inspira por representarle con su propia y habitual modestia.

Una persona rica y piadosa de Barcelona le regaló los hábitos de la nueva dignidad, que cuidó que fueran no muy lujosos, sino modestos y ordinarios, para no exponerse á que el Siervo de Dios los rehusara. Aborrecía tanto la vanidad en los trajes y vestidos, y de tal suerte amaba la pobreza, que era su ánimo ponerse un pectoral de hoja de lata ó de latón, como él mismo lo manifestó á nuestros primeros Padres, y hubiéralo puesto por obra si razones de prudencia no le hubieran obligado á admitir el que le ofrecieron.

Deseoso de estar cuanto antes en medio de sus ovejas, á los dos días de su consagración salió de Vich para Madrid, en compañía del P. Esteban Sala y de los señores Cruz y Novoa. Los otros Padres que quedaban en aquel pequeño colmenar de nuestra Congregación viéronle partir con lágrimas en los ojos. Los viajeros llegaron á la capital el domingo inmediato; el 13 del mismo Octubre, el nuevo Arzobispo recibió el palio de manos del señor Nuncio apostólico, Mons. Brunelli. Mientras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se despachaban sus asuntos en la corte se ocupó en predicar y confesar con el mismo fervor y celo que antes.

En esta ocasión debió sin duda acaecer la profecía que el Excmo. señor marqués del Arco oyó de los labios del Siervo de Dios, poco antes de embarcarse éste para Cuba, y que declaró aquél en el proceso con estas palabras: "Cuando le nombraron Arzobispo de Cuba tuve ocasión de oirle: "Ahora ire„mos allá y estaremos seis años (1).„

Los enemigos de la Religión, que algunos años después le hicieron blanco predilecto de sus iras, propalaron que en el breve tiempo que estuvo en la corte antes de ir á Cuba preparó el pedestal de su futura grandeza, haciendo frecuentes visitas á los Reyes y con otros medios más indecorosos, que no tuvieron rubor de estampar en infames papeluchos. Una sola vez, por no faltar á la cortesía, visitó á los Reyes, y aun tales circunstancias en ella concurrieron, que la entrevista fué antes fría que señalada por alguna prueba de especial afecto. Cuando llegó á Palacio había ya pasado la hora destinada para audiencia, á la que no llegó á tiempo por haber estado aquel día predicando en la iglesia de Italianos. Los Reyes se habían retirado ya á sus habitaciones privadas, y estaban en traje ordinario de casa. Pero acaeció que mientras el gentilhombre de guardia le estaba diciendo que no podía entrar por haber pasado la hora, pasó por allí el Rey, el cual, viendo á un Obispo, preguntó quién era. Cuando supo que era el Arzobispo de Cuba, dijo: "Le hemos estado aguardando con Isabel, extrañando que Ud. no viniese.„ Dió aquél cortesmente sus excusas, y después de llamar á la Reina, el Rey le hizo entrar. Isabel II pronunció casi las mismas palabras, pero añadiendo la circunstancia agravante de haberle aguardado un buen rato. El Siervo de Dios tornó á repetir el motivo de su tardanza, y luego fué presentado por los Reyes á los Príncipes. La visita se redujo á decirle que deseaban el bien de Cuba y que los tuviera presentes en sus oraciones. Con esto le despidieron, sin traspasar con él los límites generales de la cortesía.

Para que se vea el poco caso que hacía de las distinciones mundanas, de que tanto suelen preciarse los hombres, referiré aquí lo que le pasó cuando fué condecorado con la gran

(1) Declaración del Excmo. señor marqués del Arco y conde de Isla.

Cruz de Isabel la Católica. Propúsole para ella el Sr. Arrazola, ministro de Gracia y Justicia, el 18 del citado mes de Octubre. El 22, se hizo por real orden el nombramiento. Al principio el Sr. Arzobispo no quería aceptar, pero al fin cedió cuando le advirtieron que era esto costumbre con los Arzobispos que iban á Cuba para que tuvieran el trato de excelencia y alternaran con decoro con las demás autoridades de la Isla. Pero dió tan poca importancia á este asunto que, sin acordarse más de él, salió de la corte en cuanto hubo terminado las demás diligencias, y así ni se cruzó ni satisfizo los derechos de título. Para que llegase á ser efectivamente Caballero fué menester que D. Francisco María Marín le avisase, en oficio del día 25, que había de pagar tres mil reales, los que entregó por él una persona caritativa al contador de las Ordenes, D. Manuel Antonio Las Heras, y además, como se había ya ido de Madrid, fué necesaria una real orden, que se dió en 4 de Noviembre, por la que se le autorizaba para cruzarse por sí mismo.

Luego de ajustados en la corte sus negocios, salió de allí sin pararse á ver las muchas curiosidades que hay en la capital de España. Habiendo llegado á ella el 16 de Octubre, el 31 del mismo mes estaba ya de regreso en Igualada. Como no sabía pasar por pueblo alguno sin derramar en él parte de los tesoros de su predicación evangélica, al día siguiente de su llegada, que era la festividad de Todos los Santos, predicó en dicha población con el fruto acostumbrado. El día 2 de Noviembre salió para Montserrat á pedir la bendición de la soberana Reina de aquellas majestuosas montañas; dejó, como en Igualada, oir su apostólica voz, y luego descendió á la vecina ciudad de Manresa. Hacía en ella á la sazón un novenario de almas el célebre jesuita P. Mach. Deseosos los fieles de oir, acaso por vez postrera, la voz que tantas veces había movido sus corazones, pidieron con instancia al P. Claret que les predicase aquella noche en el novenario. Juntó á ellos sus súplicas el P. Mach, y el Sr. Arzobispo complació por fin los santos deseos de los manresanos, y distribuyó además la comunión en la mañana del día siguiente á las innumerables personas que con este intento se habían preparado de antemano. Aquella misma tarde fué el Siervo de Dios á Sallent á despedirse de sus paisanos, los cuales salieron á recibirle con extraordinaria pompa y con el entusiasmo que es de presumir por ver

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

levantado á tan sublime dignidad á un hijo de su pueblo, y más por verle en todas partes cercado de la aureola de santidad que iluminaba su serena frente. Por la noche del mismo día despidióse en un patético sermón que pronunció desde un balcón de la plaza, porque la iglesia, aunque espaciosa, no podía contener, ni con mucho, la gente que se habia juntado para oirle. Los buenos sallentinos, deseosos de obsequiar á un hijo suyo tan ilustre, publicaron en su alabanza algunas hermosas poesías. Como les tenía á todos admirado el mansísimo carácter del Arzobispo, un inspirado vate no supo hallar más adecuado comienzo á su composición que esta graciosa cuarteta, llena de candor, ternura y suave melancolía:

¿Dó vas, ovejita mansa?
Oveja mansa, ¿dó vas?
¿Dó vas allá en lontananza,
Si en luto dejarnos has?

En medio del gozo que la población experimentaba por ver tan sublimado á uno de sus más caros hijos, la tristeza se retrataba en todos los semblantes. La causa de ella bien la expresó el poeta principal de esta jornada en aquellas sentidas estrofas dirigidas al Siervo de Dios:

Cual astro te vió brillar
El suelo natal que dejas,
Y triste ve que te alejas
Por el anchuroso mar.

No oiremos ya en el templo resonar
Esa voz que, melifiua y elocuente,
Lágrimas suele vivas arrancar
Del corazón más duro é impenitente.

¡Oh hijo de la España predilecto,
Querubín encendido en santo amor!
¡Adiós!... ¡Adiós!... Recibe nuestro afecto,
Que expresamos sumidos en dolor.

Por la onda amarga, ¡ay!, ya corre aprisa,
Y surcos forma el rápido bajel;
¡Ojalá le recree suave brisa,
Cual si moviera plantas de un verjel!

Aunque sus paisanos instaban para que se detuviera algunos días entre ellos, no pudieron conseguirlo, porque el Siervo de Dios anhelaba trasladarse cuanto antes en medio de su caro rebaño, y así, el día siguiente por la tarde fué á Sanmartí, en donde pasó la noche. Por la mañanita, atravesando montes escabrosos, cubiertos casi todos de bosques de pinos y de encinas, fué á despedirse del santuario de Nuestra Señora de Fusimanya, al que tenía especial devoción, y adonde tantas veces había ido en su niñez en romería, acompañado de una de sus hermanas. Cuando de la cima del elevado monte, adonde hay que subir, descendió al ameno valle, en donde se halla enclavada la pintoresca ermita, le aguardaba ya un extraordinario concurso de personas que habían acudido de Sallent, de Artés y de otros pueblos vecinos. Como despedida de aquel santo lugar, en el que tan tiernas emociones había experimentado en su infancia, y en donde tantas gracias había recibido de la Madre de Dios, predicó á los fieles allí reunidos un fervoroso sermón sobre la devoción á María santísima, que arrancó dulces lágrimas al auditorio; después se encaminó al pueblo de Artés, de allí á Calders y, por último, á Moyá, en donde comió y pasó la noche.

Aunque fué tan rápido el paso de nuestro Padre por estos pueblos, en todos ellos se detuvo el tiempo suficiente para anunciarles por última vez la palabra de Dios. En Moyá hizo el sermón por la noche, y á la mañana siguiente prosiguió su viaje hasta Vich, pasando por Collsespina, en donde se detuvo á predicar. A mediodía llegó á la capital del Obispado, y para descansar del viaje subió por la noche al púlpito y pronunció un largo y elocuente sermón, que llenó de admiración á los fieles. Dos meses permaneció aún en Cataluña antes de embarcarse, los que empleó en afianzar y consolidar las obras que había fundado, en allegar compañeros que le ayudaran á cultivar la nueva grey que se le había confiado, y en hacer bien en todas partes con sus predicaciones, consejos, escritos y conversaciones familiares.

No podemos pasar por alto, sin faltar á la integridad de la historia, la maravillosa conversión que en este tiempo obró de cuatro reos puestos ya en capilla, que rehusaban confesarse. Cederemos con gusto la palabra al Ilmo. señor Obispo de Segorbe, que fué testigo ocular del suceso. "Hallándome,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—dice,—en Villafranca del Panadés, fueron puestos en capilla un sábado por la tarde, para ser ajusticiados en la mañana del siguiente lunes, cuatro presos, los tres muy jóvenes, el otro de bastante más edad, aunque tampoco era viejo: sumadas las edades de los cuatro, no llegaban á cien años. Con poca previsión, excusada en parte por la falta de local á propósito, se encerró á los cuatro en una misma habitación, y bien sea porque se confabulasen para representar el papel de *espíritus fuertes,* bien porque esperasen que no se les mataría sin haberse confesado, se negaron todos á reconciliarse con Dios. Cuantas diligencias practicaron en todo el día del domingo los dignos eclesiásticos, así como las autoridades civiles y militares y otras personas notables de la población, para moverlos á confesarse, fueron inútiles. Todo el vecindario se hallaba consternado, y los señores curas, que no habían visto una tenacidad semejante á la de los cuatro reos, estaban afligidos y conturbados. Yo sabía que el excelentísimo Sr. Claret había de pasar por el pueblo en la diligencia, que yendo de Barcelona á Tarragona, debía estar en Villafranca á las siete de la mañana del lunes, y se lo avisé al señor Deán, por si le parecía conveniente invocar el auxilio del Prelado de Cuba. Como un rayo de luz que penetrase de repente en las tinieblas fué la noticia para los clérigos de Villafranca; parecióles que en llegando el Misionero todas las dificultades se vencerían fácilmente, y se acostaron con tranquilidad.

„Al otro día muy temprano nos hallábamos en la fonda *dels Italians* aguardando con ansia que llegara la diligencia. Luego que el ilustre viajero se hizo cargo de la necesidad para la que se le llamaba, salió del carruaje, y enviando recado al excelentísimo señor Arzobispo de Tarragona, que le estaba aguardando, se detuvo en Villafranca. Alguno de los que le acompañaban le instó á ir á tomar chocolate y á pasar inmediatamente á la cárcel, á lo que respondió: "No, no; primero vamos á en„comendar el negocio á Dios.„ Mientras con este fin íbamos al templo, enterábase de las diligencias practicadas inútilmente para la conversión de los criminales, y decía: "Es grave, es „grave.„ En la iglesia estuvo un rato en oración delante del santísimo Sacramento, y cuando salimos, dijo con tono de seguridad: "Vamos allá; esas son cosas de muchachos„: palabras que notaron todos los que las oyeron. Tres de los presos se confesaron inmediatamente, cediendo á las vivas exhortaciones del Prelado; el más viejo se negó á todas las instancias, y aun se manifestó incomodado, al parecer, porque los demás faltaban al convenio que habían hecho. Pero cuando el sacerdote estuvo allí con el sagrado Viático para administrarlo á los tres confesos, uno de éstos contestó á las preguntas del Ritual que *perdonaba á todo el mundo menos á su madre,* que era la causa de que se viese en aquel triste estado por no haberle corregido á tiempo.

„El espanto producido en todos los ánimos por estas palabras, pronunciadas delante del santísimo Sacramento por un hijo que iba á morir, es más para imaginado que para descrito. El Sr. Arzobispo, postrado á los pies del delincuente, besándoselos y abrazándole, pedía perdón para su madre en nombre suyo y en nombre de Dios; á los circunstantes se les saltaban las lágrimas de los ojos, y el corazón les daba saltos de terror... y el reo repetía: "A Ud. no debo perdonarle, que no me „ha ofendido: ella tiene la culpa de todo.„ No siendo posible por entonces conmover aquella alma empedernida, húbosele de negar la sagrada Comunión. Al poco tiempo, los cuatro criminales, vestidos con la hopa infamante y montados en asnos, caminaban al patíbulo: dos sacerdotes acompañaban á cada uno, yendo á su lado el verdugo con mordazas para cerrar la boca á los impertinentes si tratasen de gritar. Siguiendo las instrucciones del Sr. Claret, los sacerdotes encargados de los reos que se habían confesado procuraban mantenerlos en sentimientos de piedad con fervorosas jaculatorias; los otros iban junto á los sentenciados rezando el Rosario; el Arzobispo los seguía orando también por la salvación de aquellos infelices.

„El resultado de estas diligencias fué satisfactorio para todos, pues los cuatro reos entregaron el espíritu á Dios confesados y contritos: el que se había negado á perdonar á su madre dijo en alta voz que pedía perdón y perdonaba á todos; el cuarto, que se había resistido á las instancias más eficaces para que se confesara, extendió los brazos pidiendo confesión cuando estaba sentado en el fatal banquillo, tapado el rostro, con la argolla al cuello y el verdugo comenzaba á apretar los tornillos. Después de ejecutada la terrible sentencia, el señor Claret, de pie junto á los cadáveres, dirigió un elocuente y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oportunísimo sermón á la inmensa muchedumbre que llenaba la Rambla-paseo de Villafranca.

„¡Qué bien ha venido Mosén Claret! ¡Suerte ha sido que estuviera aquí! Dios le ha traído,„ decian las gentes, atribuyendo á sus oraciones y á su destreza la conversión de los cuatro reos (1).„ El Señor reveló después á nuestro Padre que los cuatro reos se habían salvado, y así lo dijo él mismo en la sala de conferencias de nuestra Casa-misión de Vich delante del Rdo. P. Clotet, quien asegura en sus Memorias que le oyó esta expresión, pronunciada con tono firme y seguro: "Los reos de Villafranca se salvaron.„

4. En medio de las múltiples tareas, que no le dejaban un instante libre en los últimos meses que estuvo en la Península antes de partir para Cuba, no se descuidó de una cosa que él juzgaba convenientísima, como en verdad lo era, para la reforma de las costumbres en la desmoralizada diócesis que se habia puesto á su cargo. Tal fué la de juntar algunos celosos sacerdotes revestidos del espíritu apostólico, que con sus Misiones le ayudaran á levantar el espíritu religioso de la Isla, y con sus conocimientos de las ciencias eclesiásticas le sirvieran para organizar el Seminario y dar á los jóvenes levitas la instrucción que debe tener un sacerdote, y más si ha de desempeñar la cura de almas. Algunos, atraídos por la afabilidad y por las virtudes apostólicas del Siervo de Dios, deseosos de estar siempre á su lado, se le ofrecieron espontáneamente, y el Sr. Claret, después de examinar y aprobar su espíritu, los admitió por compañeros, y desde entonces los miró siempre como miembros de una misma familia, como hermanos queridísimos. Otros le siguieron, como los Apóstoles á Jesucristo, á una simple manifestación de su voluntad. De este número fué, entre otros, el joven y docto presbítero D. Juan Nepomuceno Lobo, quien, hallándose en Madrid en el seno de una familia piadosa y acomodada, y lisonjeado con un brillante porvenir que le aseguraban sus virtudes y talentos, en ocasión que el Siervo de Dios había ido allí para recibir el palio y hacer otras diligencias, oyó á éste que le decía, como el Señor á los que llamaba al apostolado: "Ven, sígueme„; y él, aunque sólo le había visto una vez, que era cuando nuestro Padre estuvo en

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. XXXVII.

Madrid de paso para las Islas Canarias, y por más que hasta entonces no había tenido intención de alejarse de la patria y dejar su familia, sintióse interiormente como arrastrado por una fuerza irresistible, y así, sin replicar palabra, le siguió. A los que después le preguntaban por qué había tomado semejante resolución, no sabía responder sino con estas palabras: "Nada. El Sr. Claret me dijo en Madrid que le siguiera, y ¿quién puede negarse á ese hombre?„ Nuestro Padre, con aquel instinto especial que tienen los santos para conocer los corazones de los hombres, apenas vió al Sr. Lobo quedó prendado de su saber y de sus virtudes, y así, cuando fué nombrado Arzobispo, le invitó á seguirle con el cargo de Provisor ó Vicario general. Además, una vez llegado á la Isla, procuró alcanzar para él la dignidad de Tesorero, y más tarde la de Deán, y por cierto que no había otro que fuese más acreedor á estas distinciones que el P. Juan. Desempeñó éste con sumo acierto el cargo de Provisor casi todo el tiempo que nuestro Padre estuvo en Cuba, y sólo lo dejó cuando, renunciadas todas las cosas por obedecer á la voz del Señor que le llamaba, entró en el Noviciado de la Compañía de Jesús. Fué en ella Provincial, y acabó su vida laboriosa con una muerte edificante.

Otro de los que el Siervo de Dios escogió por sí mismo fué D. Manuel Vilaró, á quien confió el cargo de Secretario. Era, como ya hemos dicho en otra parte, uno de nuestros primeros Padres, y el P. Claret, al escogerlo entre los demás, dió pruebas de una exquisita prudencia, pues atendido el carácter del joven Misionero, acaso hubiera dado algo en que entender á la naciente Congregación, mientras que al lado del Fundador se mantuvo siempre alegre y fervoroso y prestó no pequeños servicios con su celo, habilidad y buen talento.

Otro de los que se le juntaron fué el presbítero D. Felipe Rovira, profesor que había sido de latín; en el Seminario de la Isla continuó desempeñando este mismo cargo hasta que en 1852 el Siervo de Dios le nombró su Secretario, en reemplazo del P. Vilaró, que hubo de regresar á España á causa de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Después de haber permanecido en este cargo algunos años, con permiso del Padre Claret pasó á Puerto Rico con el Ilmo. Sr. Obispo, Don Benigno Carrión, quien le nombró Canónigo de su Iglesia Catedral.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Antonio Barjau, natural de Manresa, fué otro de los operarios más constantes de nuestro santo Misionero. En Cuba comenzó sus trabajos dando Misiones con el P. Lorenzo Senmartí, de las cuales sacaron copiosísimo fruto. Mas habiéndole el Señor dotado de una gracia especial para instruir y educar á la niñez y juventud, le destinó el Siervo de Dios al Seminario con el cargo de Rector, el cual cumplió con aplauso del mismo Prelado. Cuando éste fué, según veremos, Presidente de El Escorial, de Madrid, le dió el mismo empleo en el colegio de aquel Real Monasterio. Por consejo del mismo P. Claret volvió á Santiago de Cuba, en donde estuvo muchos años de Canónigo con el laudable fin de conservar, á lo menos en parte, la grandiosa obra de reformación que, como veremos, llevó el Siervo de Dios á cabo, ayudado de sus compañeros. Fué siempre laborioso y desprendido, celoso de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y no ha mucho tiempo que el Señor le llamó á sí para premiar sus muchos méritos.

D. Paladio Currius fué uno de los virtuosos sacerdotes que más tiempo tuvo el Sr. Claret á su disposición. Era natural de Riudaura, provincia y obispado de Gerona; al principio de su permanencia en Cuba salió á dos Misiones con el P. Esteban, religioso capuchino, de quien después hablaremos; pero habiendo enfermado gravemente, le volvieron á Santiago. Restablecido de su enfermedad, le puso el Sr. Arzobispo en el Seminario de catedrático de Teología Moral, en sustitución de otro que murió, llamado Juan Pladevella, y además le confió el cargo de Mayordomo, que el Sr. Currius desempeñó siempre con inquebrantable fidelidad. La voluminosa correspondencia que de él poseemos, gracias á su noble generosidad y desprendimiento, nos servirá muchas veces de guía en esta segunda parte de la Vida de nuestro P. Fundador, como también las importantes declaraciones que hizo como testigo en la Causa preparatoria para su Beatificación.

D. Lorenzo Senmartí, sacerdote joven y amable, natural de un pueblo de la diócesis de Solsona, se ofreció al P. Claret por compañero de sus tareas apostólicas. En Cuba comenzó á dar Misiones con el presbítero Antonio Barjau; continuó después de compañero con el P. Esteban Aduain, y, por último, el Sr. Arzobispo le colocó de Vicario foráneo en Puerto Príncipe. Como era muy fervoroso y desprendido, el Siervo de Dios le apreciaba en gran manera; pero llamado por el Señor á un estado más perfecto, hizo renuncia de su cargo y entró en la Compañía de Jesús.

D. Manuel Subirana siguió al P. Claret con tanto más gusto cuanto que había sido condiscípulo suyo en el Seminario y había trabado con él, de mucho antes, sólida amistad. Ya en Cataluña había trabajado no poco bajo la dirección de nuestro Padre, y en Cuba desplegó su virtud, celo y sabiduría en beneficio de aquellos pobres habitantes. No satisfecho con esto, pasó después á Guatemala y Honduras, en donde iba de pueblo en pueblo haciendo verdaderos prodigios por convertir las almas. Finalmente, se estableció en tierra de salvajes, y con su abnegación y laboriosidad siempre constantes les enseñó, juntamente con las verdades de la fe, el cultivo de las tierras y los bienes de la vida social, de manera que logró formar varios pueblos civilizados, en los que aquellos fervorosos neófitos llevaban una vida muy pura y en donde él era mirado como el Padre de todos. Consumido de trabajos murió el P. Subirana á los doce años de haberse establecido en aquella Misión, en la que dejó de sí memoria imperecedera, pues cuando dos años después de su muerte visitó el Obispo de la diócesis aquellos pueblos, quedó admirado de la conducta intachable de sus habitantes, y para perpetuar la memoria de los beneficios del insigne Misionero les propuso que el pueblo principal de la comarca se llamase Subirana, idea que acogieron con grandes demostraciones de contento y entusiasmo (1).

Compañero del anterior en sus Misiones de Cuba fué el presbítero D. Francisco Coca, natural de Capellades, que pertenece á la diócesis de Barcelona. Conoció el P. Claret á este virtuoso sacerdote cuando predicaba el Mes de María en Villafranca del Panadés, en donde á la sazón se hallaba aquél de teniente cura. Prendado el Sr. Coca de nuestro Padre, cuando supo su nombramiento se le ofreció al instante por colaborador; y como el Siervo de Dios había descubierto en él un carácter sencillo, humilde y fervoroso, aceptó desde luego la oferta. En Cuba, como antes he apuntado, tuvo por compañero de Misión al Pa-

(1) Véase *El Domingo*, revista semanal publicada en Vich, 13 de Marzo de 1870.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre Subirana, y animados de un mismo espíritu iban de una á otra aldea predicando sin descanso. Á entrambos había dotado el Señor con voces muy dulces y agradables, las cuales ellos empleaban en alabar al Señor con harmoniosos cánticos que atraían á las sencillas gentes, y como tras ellos venía el sermón, fué inexplicable el fruto que por este medio alcanzaron. El P. Coca, al par de su amable compañero, pasó después á Guatemala, pero en ella siguió distinto rumbo, porque entró en la Compañía, en donde acabó sus días santamente. De la diócesis de Gerona escogió el Siervo de Dios al insigne moralista D. Juan Pladevella, para confiarle, como lo hizo, en el Seminario de Santiago la cátedra de Teología Moral; pero al cabo de algún tiempo, en que tan á gusto de todos desempeñaba tan difícil cargo, le acometió la terrible enfermedad del vómito, que en pocos días le llevó al sepulcro. Los médicos no entendieron su enfermedad hasta después de su muerte, cuando se pintó en la espantable amarillez del rostro.

A más de los sacerdotes que procuró reunir el nuevo Arzobispo con intento de que cooperaran al bien de su diócesis en la parte moral y científica, buscó también entre los legos algunos familiares fieles y virtuosos que se encargaran de lo concerniente á la parte material y administrativa, para que los demás estuvieran más desembarazados en sus ministerios apostólicos. Para cocinero eligió á Gregorio Bonet, mozo robusto, pero que, á pesar de sus fuerzas, al poco tiempo de estar en Cuba hubo de regresar á Mallorca, de donde era natural, por habérsele abierto unas heridas que recibió siendo soldado. También se llevó como doméstico á un joven amable y simpático de la ciudad de Vich, llamado Felipe Vila. Tenía á su cargo el cuidar de los enfermos y de los pobres, lo que hacía á maravilla. A estos últimos, mientras les distribuía las limosnas, les enseñaba la Doctrina cristiana y los exhortaba á la virtud; hacíales unas reflexiones tan oportunas y enérgicas, que oyéndole algunas veces los curas del país, quedaron admirados. Valióse el demonio de esta ocasión para tentarle, porque, habiéndole dicho algunos sacerdotes que sería mejor estudiase para cura que no que sirviera de criado, dió oídos á la tentación y pretendió estudiar. El Sr. Arzobispo, que comprendía que el Señor no le llamaba al sacerdocio, pues, aunque era de muy buenas costumbres, su delicada

complexión no le permitía ocuparse mucho en trabajos mentales, le dijo una y otra vez que dejase los estudios; mas el joven, á pesar de tan caritativos consejos, siguió estudiando, de lo cual resultó lo que el Siervo de Dios había ya previsto, pues enfermó del pecho, y, vuelto á España, se le agravó la enfermedad que luego le llevó al sepulcro. Antes de morir conoció su yerro y arrepintióse de él, y el Señor le concedió en su misericordia una muerte muy santa y consoladora. El familiar que más tiempo perseveró al lado del Siervo de Dios, y el que le acompañó á todas partes adonde iba, fué D. Ignacio Betriu, natural de Hereu, pueblo del obispado de La Seo de Urgel.

Era un joven piadoso, constante en sus empresas, de irreprensibles costumbres, celoso de la gloria de Dios y muy amigo de los pobres, á los cuales instruía en la Doctrina cristiana al mismo tiempo que los socorría con limosnas. Con sus conversaciones familiares ganó en las Misiones en que acompañó al P. Claret muchas almas para Dios, é hizo mucho bien con los libros, estampas, medallas y rosarios que repartía por encargo del Sr. Arzobispo. Después de haber estado muchos años con el Siervo de Dios en América y en Madrid, entró de hermano Coadjutor en la Compañía, en donde llevó hasta su muerte una vida edificante.

Al P. Lobo acompañó otro joven secular llamado Telesforo Hernández, al que el Sr. Arzobispo puso de escribiente en la secretaría, y que no mucho después murió del vómito.

Hablando nuestro Padre de sus familiares y de cuantos le ayudaron á trabajar siendo Arzobispo, estaba muy agradecido al Señor por haberle concedido tan buenos operarios, y decía de ellos que no le habían dado el menor disgusto; que su conducta era intachable; que vivían desprendidos de todo lo terreno y sólo buscaban la gloria de Dios y la conversión de los pobres pecadores. No faltarán ocasiones en el decurso de esta historia de volver á tratar de estos dignos colaboradores de nuestro apostólico Varón.

5. Después que el Siervo de Dios tan felizmente hubo allegado estos laboriosos compañeros que tanto le habían de valer en Cuba, partió para Barcelona á esperar el embarque. Mientras éste llegaba, se ocupó, según costumbre, en el ejercicio del ministerio apostólico, predicando con su celo prover-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bial en varias iglesias y conventos de la capital del Principado.

En uno de estos conventos había una novicia que estaba practicando ejercicios para la profesión, la cual se confesó con el Siervo de Dios. Como la Comunidad se inclinaba á negar la profesión á la postulante, el P. Claret la reunió y le dijo: "La Comunidad es libre de admitir ó no á esa novicia; pero tenga entendido que si vuelve al siglo se condenará, al paso que si se queda en el convento se salvará." Ante una disyuntiva tan terrible del Prelado, pronunciada con un aire de seguridad que sólo Dios podía haberle comunicado, la postulante fué admitida sin vacilación, y aun cuando, como ya se temía, durante su vida dió mucho que hacer á la Comunidad, ocasionándole sinsabores y hasta llegó á estar privada del uso de la razón, no obstante, á la hora de la muerte púsose muy sobre sí, llamó á la Superiora del Monasterio, pidióle perdón, y tuvo una muerte muy edificante (1).

En esta ocasión, y antes del embarque, se completó otro hecho extraordinario, que refiere D. Mariano Saniás, como oído de los labios del mismo Siervo de Dios, y que yo me había resistido á creer hasta que hallé un papel autógrafo del mismo P. Claret en que se contenía la substancia del hecho. Por tratarse de un caso de obsesión, en que tantos engaños suele haber, no me atrevía á darle crédito, por más que de suyo sea cosa muy frecuente en las vidas de los santos y en nada se oponga á los principios de la sana Teología. El caso pasó, pues, de esta manera: Mientras daba el Siervo de Dios Misión en Barcelona, se le presentó un confesor de monjas que le dijo: "En el convento de mi cargo hay, señor, una religiosa á quien la Comunidad mira como inútil; nunca ha recibido la sagrada Comunión y falta con frecuencia á los actos de Comunidad; yo, como confesor, r unca he entendido su espíritu y nada he sacado en tantos años de confesor. Quisiera merecer de Ud. que tuviese á bien venir al convento para confesarla y ver si Ud. conoce lo que yo no he podido conocer." Fué allá, efectivamente, el P. Claret, y la confesó. Luego, al despedirse del confesor de las monjas, le dijo cómo había ordenado á la religiosa que al dia siguiente, con las demás de la

(1) Declaración de D. Mariano Saniás, presbítero. Ad art. 125.

Comunidad, se presentase á recibir la sagrada Eucaristía.

Aquel mismo día partió el santo Misionero para un pueblo, en donde predicó un novenario, terminado el cual tornó á Barcelona, y sin hablar con nadie se fué derecho al convento en donde estaba la mencionada religiosa. Mandóla llamar y le preguntó si había comulgado, á lo cual respondió aquélla que no, porque si bien lo intentó, cuando iba á bajar la escalera detrás de la Comunidad en dirección al comulgatorio, los demonios la cogieron por medio del cuerpo, y como á un bulto la tiraron por encima de las cabezas de las demás religiosas, varias de las cuales cayeron por el suelo, yendo ella á dar en el plano del comulgatorio. Quedó del golpe tan molida que no se pudo mover, por lo que fué necesario que la llevaran á la cama, de la que no pudo levantarse en ocho días. Vista la tenacidad de los espíritus malignos, el Siervo de Dios quiso dar por sí mismo al día siguiente la sagrada Comunión á todas las Hermanas, y mandó que con ellas se acercara á recibirla la obsesa. Cuando llegó á ésta el turno de aproximarse á la ventanilla en donde se daba la Comunión, la acometieron extraños vómitos con grandes arcadas; pero el santo Misionero, sin hacer caso de ello, llamó en voz alta á la religiosa para que se acercase, la que siguió vomitando hasta el instante mismo en que puso sobre su lengua la sagrada Hostia, y, ¡cosa admirable!, con el tacto del Cuerpo Sacramentado de nuestro Señor Jesucristo quedó al instante tan tranquila como las demás religiosas, y de ahí adelante pudo llegarse sin impedimento alguno á la sagrada Comunión.

Siguieron, no obstante, los demonios atormentando á la infeliz de muchas maneras, porque de noche la sacaban de la cama con violencia, la amarraban á una columna del claustro y allí la azotaban con rigor y le rasgaban el hábito. Como efecto de estos maltratamientos no podía asistir á los actos de Comunidad, las Hermanas la tenían por inútil; pero el Siervo de Dios descubrió en ella un alma muy pura y humilde, á quien el Señor favorecía en lo secreto con muchos y riquísimos dones de gracia. Poco antes de que el P. Claret fuera sorprendido con el nombramiento de Arzobispo de Cuba, supo por medio de aquella religiosa cómo los demonios, al aparecérsele por la noche para espantarla, paseándose decían: "Ahora le quieren hacer Arzobispo de Cuba." El humilde Mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sionero no les dió crédito, pues sabía muy bien que el demonio es padre de la mentira; pero ello fué así, como hemos visto. Ahora, cuando antes de embarcarse se despidió de aquella Comunidad, la referida religiosa le contó que la noche antes los malignos espíritus la habían llevado al barco y la habían dicho: "Este camarote es para aquel *ladrón* que va á Cuba; no lo hemos podido impedir, pero sepa que le haremos tanta guerra que no le dejaremos hacer nada." Y por cierto que, cuanto estuvo de parte de ellos, lo cumplieron á maravilla, según después se dirá.

6. Amaneció, entretanto, el día venturoso de 28 de Diciembre de 1850, que con ansia esperaban, no sólo el Sr. Arzobispo, mas aun sus fervorosos Misioneros. Reunidos todos en casa del señor Capellán de las Madres Magdalenas, en la que estaba hospedado Su Excelencia, comenzaron el viaje de este modo: bajaron primero á la iglesia del convento, en donde rezaron el itinerario de los clérigos, alternando los sacerdotes con el Siervo de Dios, que lo dirigía. De allí, alineados en procesión todos los Misioneros y cerrando la marcha el Sr. Arzobispo con su Provisor el P. Lobo y el Sr. Rector del Pino, con algunas otras personas, partieron en dirección á la Santa Iglesia Catedral. Una inmensa muchedumbre, que había tenido ya noticia del próximo embarque, se agolpó alrededor del Siervo de Dios apenas puso los pies en la calle. La efusión con que le besaban el anillo, las lágrimas que de sus ojos caían, los cariñosos apretones que le daban, eran el más sublime y sincero testimonio del amor que un numeroso pueblo agradecido profesa á un Santo. Trabajo le costó, rodeado como se hallaba de tanta gente, el llegar á la Santa Iglesia Catedral. En ella visitaron al Santísimo, hicieron devota oración en casi todas las capillas, pero mayormente delante del sepulcro donde se conserva el cuerpo de San Olegario, cuyo sepulcro abrieron para satisfacer la devoción del Siervo de Dios y la piadosa curiosidad de sus compañeros. Desde la Catedral entraron en el palacio del Sr. Obispo para despedirse de él. Éralo entonces de Barcelona el Excmo. D. José Costa y Borrás, quien dió al P. Claret un tierno abrazo de despedida, y manifestó bien en el semblante la pena que sentía en su alma por tenerse que privar, acaso para siempre, de la consoladora presencia de su amigo.

Desde el palacio se encaminaron al puerto, formados también en procesión y guardando los Misioneros un silencio sepulcral, que no interrumpieron hasta llegar al muelle. A medida que adelantaban, el gentío iba engrosando, y al salir á las afueras, en el paseo que llaman *La Riba*, hallaron una muchedumbre que estaba aguardando desde las primeras horas de la mañana para manifestar por última vez al Siervo de Dios la veneración y el cariño que le profesaban. Rarísimas veces el muelle de Barcelona ha presentado animación tan alegre y pacífica como la de aquel solemne día. La mar estaba cubierta de lanchas, llenísimas de gente de todas las jerarquías sociales, las cuales se dirigían á la fragata mercante llamada *Teresa Cubana*, que era la destinada á transportar al otro lado de los mares al antiguo Apóstol de Cataluña. Barcelona entera parece que se hallaba allí reunida; los saludos del pueblo se confundían con los de la nobleza y los de los ministros del Señor; ante la presencia del santo Misionero no había distinción de jerarquías; cuando pasaba tranquilo por entre la apiñada muchedumbre, todos por igual pugnaban por acercarse á él, besarle el anillo y recibir de sus amorosos labios una amable sonrisa que les robaba el corazón, una palabra dulce que llevaba el consuelo á sus almas, una expresión cariñosa que los enternecía y embelesaba. No veían en él un grande de la tierra, ni siquiera se acordaban de su elevada dignidad por lo que tenía de humano resplandor; únicamente miraban al Santo, al Apóstol, al que iba á trabajar y sufrir de nuevo por la gloria de Jesucristo y por la salvación de las almas.

El Siervo de Dios, por su parte, estaba tan tranquilo, sereno y afable en medio de las extraordinarias demostraciones de la muchedumbre, como si tan sólo fuera á dar Misión á alguno de los pueblos vecinos; en su semblante no se reflejaba ni el orgullo de los grandes, ni el temor de los pusilánimes, ni el abatimiento de los que suelen abandonar la cara patria para ir á padecer en aquella insana Isla. A todos bendecía con paternal afecto; á todos sonreía con inefable gracia; para muchos conocidos tenía una palabra de edificación, y al gentío que á su paso se postraba, y á los que reverentes tocaban y besaban sus vestiduras, decía: "¡Adiós, adiós! Encomendadme á Dios. Nos veremos en el cielo." Entre la numerosa con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

currencia no había una sola voz discordante; las exclamaciones que con más frecuencia se oían entre ellos, eran éstas: "¡Qué cariñoso! ¡Qué humilde! ¡Qué santo! ¡Es el mismo de siempre! ¡Cuánto bien hará en Cuba! Dios le dé fuerzas."

Desprendido como pudo de la muchedumbre que por todos lados le apretaba, saltó por fin al bote que debía conducirle á la *Nueva Teresa Cubana*, y tras él saltaron los demás. Ya en él le aguardaban de antemano el P. Subirana con Telesforo y Gregorio Bonet, familiares del Siervo de Dios, y otros muchos amigos que iban á despedirle. Lo primero que hizo el P. Claret al saltar al bote fué bendecirlo, y luego que todos entraron en él se dirigieron á la corbeta que debía llevarlos y se embarcaron en ella. Eran como las diez de la mañana cuando el buque, levantadas las anclas é izadas las velas, salió de Barcelona remolcado por un vapor mercante, que sirve para entrar en el puerto y sacar de él los buques veleros cuando el viento es desfavorable. La muchedumbre que estaba en la orilla dió un caluroso y tierno adiós al santo Misionero, que de ellos se alejaba, y extendiendo los brazos y agitando los pañuelos prolongaron su despedida cuando las voces no podían llegar hasta él. Las numerosas lanchas que cubrían el puerto salieron con grave riesgo acompañando á la *Teresa Cubana* hasta media milla dentro del mar, en donde el vapor dejó al buque para tornar al puerto. El santo Prelado, puesto en pie, desde el puente de la fragata y frente del castillo de Montjuich, dió por despedida la bendición á la ciudad y al inmenso gentío que iba en las lanchas, la que todos recibieron dulcemente emocionados. Luego, poco á poco se fueron alejando unos de otros hasta perderse de vista.

Iban en el buque Su Excelencia y los nueve sacerdotes y cuatro legos, que en calidad de familiares le acompañaban; 18 Hermanas de la Caridad con un Padre Paúl que las dirigía, las cuales se encaminaban á la Habana, y ocho pasajeros más, que, unidos á los que componían la tripulación, incluso el capitán, sumaban unas sesenta y ocho personas. Aquel mismo día comenzaron ya á marearse algunos de los pasajeros; pero gracias al buen humor y á los solícitos cuidados del P. Claret, que era la alegría y esperanza de todos ellos, semejante accidente, indispensable á casi todos los que por vez primera surcan la mar, no alteró en nada la regularidad y la paz de los que iban



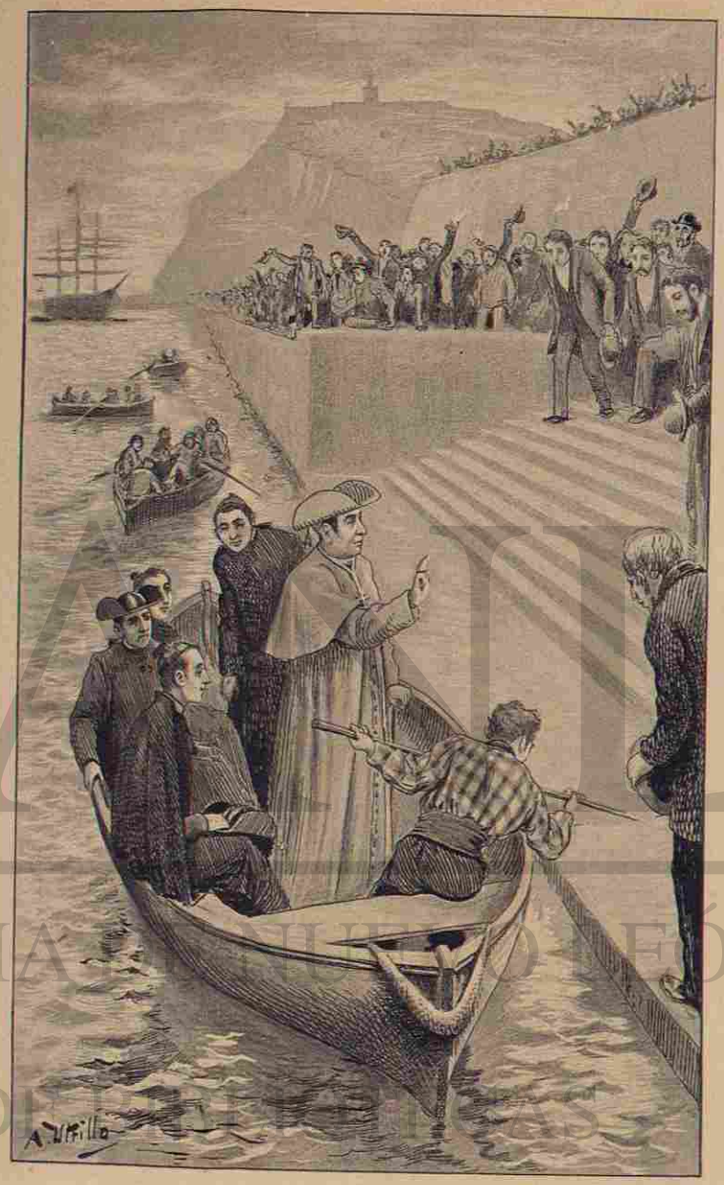
Se embarca el Siervo de Dios en Barcelona para Cuba y bendice á la muchedumbre que le despide con entusiasmo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

currencia no había una sola voz discordante; las exclamaciones que con más frecuencia se oían entre ellos, eran éstas: "¡Qué cariñoso! ¡Qué humilde! ¡Qué santo! ¡Es el mismo de siempre! ¡Cuánto bien hará en Cuba! Dios le dé fuerzas."

Desprendido como pudo de la muchedumbre que por todos lados le apretaba, salió por fin al bote que debía conducirle á la *Nueva Teresa Cubana*, y tras él saltaron los demás. Ya en él le aguardaban de antemano el P. Subirana con Telesforo y Gregorio Bonet, familiares del Siervo de Dios, y otros muchos amigos que iban á despedirle. Lo primero que hizo el P. Claret al subir al bote fué bendecirlo, y luego que todos entraron en él se dirigieron á la corbeta que debía llevarlos y se embarcaron en ella. Eran cerca de [illegible] cuando el [illegible] soltaron las velas, salió de Barcelona rumbo [illegible], que sirve para entrar [illegible] de los buques veleros cuando el viento [illegible] contrario. La muchedumbre que estaba en la orilla dió un caluroso y tierno adiós al santo Misionero, que de ellos se alejaba, y extendiendo los brazos y agitando los pañuelos prolongaron su despedida cuando las voces no podían llegar hasta él. Las numerosas lanchas que cubrían el puerto salieron con grave riesgo acompañando á la *Teresa Cubana* hasta media milla dentro del mar, en donde el vapor debía tomar [illegible] puerto. El santo Prelado, puesto en [illegible] bendijo [illegible] y frente del castillo de [illegible] que recibieron la bendición á la ida y á la vuelta, la que todos recibieron [illegible] de rodillas, hasta que poco á poco se fueron alejando [illegible] de vista [illegible] de Vapor.

[illegible] de la [illegible] nueve sacerdotes y [illegible] acompañaban [illegible] las [illegible] dirigía, [illegible] y otros pasajeros más, [illegible] la población, incluso el capitán, [illegible] atenciones. Aquel mismo día [illegible] el P. Claret, que [illegible] semejante accidente, [illegible] todos los que por vez primera surcan las [illegible] la regularidad y la paz de los que iban



J. Thomas y C.ª — Barcelona

Se embarca el Siervo de Dios en Barcelona para Cuba y bendice á la muchedumbre que le despide con entusiasmo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el buque. Al día siguiente, que era el 29 de Diciembre, se levantaron todos á las cinco y media; á las seis hicieron el ejercicio del cristiano y la meditación en común, luego celebró la Misa su Excelencia, y tras él el P. Planas, que era el Paúl que acompañaba á las religiosas. A las seis y media de la tarde rezaron sobre cubierta el santo Rosario, que dirigió el Siervo de Dios, y al final de él cantaron el *Santo Dios*, á pesar de hallarse casi todos mareados. La habilidad con que el P. Claret sabía levantar los ánimos decaídos y hastiados con el mareo se trasluce claramente en estas líneas, que el mismo día escribió en sus notas de viaje uno de los pasajeros, el alegre P. Currius, quien, no obstante hallarse muy postrado, tuvo valor para escribir esta página hermosísima, inspirada por las circunstancias: "He aquí,—dice,—el estado en que nos hallamos: el cielo, luciendo sus lumbreras; el mar, en reposo ó calma; el buque, sin movimiento. Parece que el Señor ha paralizado los elementos para escuchar mejor las plegarias que le dirige la tripulación caritativa. Confundidos los sacerdotes con los seglares, las cándidas vírgenes con los hombres pecadores y el culto habitante de la ciudad con el rústico marinero, formamos todos un pequeño pueblo en una aldea flotante sobre las olas del mar: unas mismas súplicas, unas mismas palabras, unas mismas modulaciones nos hacen iguales en este momento á los ojos del Hacedor. Sin otra bóveda que la inmensidad de los cielos, sin otro suelo que la inmensidad de las aguas, y rodeados por todos lados de estas dos inmensidades, orábamos al Dios inmenso llamándole *Fuerte é Inmortal*, é implorando de su clemencia nos librara de todo mal.„

Repuestos algún tanto del mareo, fijó el Sr. Arzobispo un Reglamento para todos los familiares, que comenzaron á observar fielmente desde el 31 de Diciembre, tres días después de su embarco. Él, con sus Misioneros, ocupaba en la cámara la parte que va desde la popa al palo mayor, y desde el palo mayor hasta la proa estaban las Hermanas, sin comunicación alguna con ellos, pues había de por medio unas puertas-persianas. Por la mañana levantábanse á una hora fija, que al principio era á las seis, pero luego fué á las cinco, y tenían en seguida una hora de meditación en común; las Hermanas hacían otro tanto en su departamento. Concluída á las seis y media la oración mental, celebraba el Siervo de Dios la santa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Misa en un altar que levantó en la misma cámara. Asistían á ella todos sus compañeros y también las Hermanas desde su departamento, para lo cual se abrían las puertas que formaban la línea divisoria.

Tanto las Hermanas como los Misioneros recibían en la Misa de manos de nuestro Padre el pan eucarístico, á excepción de uno de los sacerdotes, que por turno se reservaban para decir la segunda Misa, la cual oían también los demás en acción de gracias. Terminadas estas primeras devociones, cada uno se ocupaba en lo que creía conveniente hasta las ocho y media, en que tomaban el té sobre cubierta. A las nueve se juntaban á rezar en común Horas menores, después de las cuales tenían conferencia de Teología moral hasta las diez, que era la hora de tomar el almuerzo. Seguía luego el descanso y el estudio hasta las dos y media, en que rezaban Vísperas y Completas, tras de las cuales leían un capítulo del Evangelio y luego rezaban Maitines y Laudes para el día siguiente. A continuación tenían otra conferencia de Rúbricas, que duraba hasta las cuatro y media ó hasta las cinco, en que se les daba la comida. A las seis y media rezaban el Rosario sobre cubierta, al que asistía toda la tripulación; lo dirigía siempre el Sr. Arzobispo, y al fin de él cantaban el *Santo Dios* y algunas coplillas del Rosario con acompañamiento de acordeón. A las siete y cuarto, después de tomar el té, tenían una conferencia de Ascética y lectura espiritual por Rodríguez. A las ocho y cuarto hacían el ejercicio de la noche, consistente en una corona de antífonas en honor de la santísima Virgen, visitaban luego en espíritu al santísimo Sacramento y á la celestial Señora, y terminaban con el ejercicio del cristiano, el examen general del día y la lectura de los puntos de la meditación para el día siguiente. Todo esto solía acabar como á las nueve de la noche, y entonces era cada uno libre de retirarse á descansar ó de quedarse sobre cubierta hasta las diez, en que todos se recogían á sus camarotes. Este plan de vida, que más parece de religiosos que de sacerdotes seculares, siguieron poco más ó menos durante su larga travesía; en los días festivos la segunda Misa no se decía hasta las ocho, para que pudiera asistir á ella toda la tripulación, y por la tarde uno de los Misioneros hacía un sermón á todos los viajeros, en cuyo ejercicio solían alternar todos, empezando por el mismo Siervo de

Dios, continuando por el Provisor y siguiendo así por los demás.

"El P. Claret, — escribía el P. Currius en sus notas, — es la alegría y la felicidad de todos„; en su compañía y gozando de su afable conversación, las horas se les hacían cortas y los días parecía que volaban. Más de quince días tardaron en llegar al estrecho de Gibraltar, y, sin embargo, todos seguían alegres, sin dar señal alguna de fastidio y disfrutando de una paz envidiable. Aquí el Señor parece que quiso poner á prueba su confianza. Era el día 14 de Enero, cuando de repente se levantó una furiosa tempestad de lluvias y de vientos que puso en peligro la nave. Guareciéronse, en unión con otros buques, bajo el célebre peñón de aquella bahía. Por la noche arreció tanto el viento y creció tanto la mar, que sus olas salpicaban por dentro la corbeta; bajaron todas las velas, menos gabia y trinquete; pero no calmó con esto la tormenta. De nueve á doce el temporal fué terrible. El buque era juguete de las olas, las cuales, no obstante, se estrellaban contra él como si dieran contra una firme roca; pero no se pudo evitar el que algunas, que como montañas hirvientes le acometieron con furia, penetrasen hasta en la cámara de proa. En tan crítica situación el capitán, hombre práctico y en los peligros sereno, hizo largar la vela cangreja en el palo de popa, conseguido lo cual con mucho trabajo, disminuyó algún tanto el balanceo del buque y pudo gobernarse un poco para salir fuera y hasta ponerse casi frente al Estrecho, lo cual hizo el diestro piloto para evitar que los rudos y repetidos golpes de las olas estrellaran el barco contra el peñón ó lo hicieran encallar cerca de la costa. El horrible silbido del viento, junto con el mugido de las olas que hacían bambolear el buque y se rompían contra él en todas direcciones, y todo ello en medio de las tinieblas de una noche espesa y sombría, formaba un espantoso cuadro que llenaba de terror principalmente á las pobres Hermanas; pero el P. Claret nada temía, porque sabía muy bien que le acompañaba la protección del Señor, el cual ordenó aquella terrible borrasca para el bien espiritual de sus escogidos, porque á la mañana siguiente, viendo el capitán que seguía la tormenta, tomó otra vez el rumbo de Málaga que había ya dejado atrás y dista del estrecho de Gibraltar como unas veinte leguas, á cuyo puerto llegaron poco más del mediodía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apenas desembarcados, el Sr. Arzobispo, con los suyos, fueron, formados en procesión, á visitar al Excmo. Sr. Obispo de la diócesis, que era ya Arzobispo electo de Granada, el cual los recibió con mucha afabilidad y cariño, y á pesar de sus muchos años se agregó inmediatamente á la procesión y por sí mismo acompañó á nuestro Padre y á sus Misioneros á la Santa Iglesia Catedral, que es de arquitectura moderna y de buen gusto, y á todas las iglesias y conventos de monjas. En éstos entraban solos los dos Prelados, y el Siervo de Dios dirigió en todos ellos á las Hermanas algunas palabras de edificación y de aliento para estimularlas á la observancia de sus respectivas Reglas y á orar con fervor por las necesidades de la Iglesia y por la conversión de los pobres pecadores. Terminada la visita regresaron á palacio, en donde el señor Obispo de Málaga quiso tenerle como huésped hasta que llegara la hora del reembarco. Quedóse con él su Secretario el Padre Vilaró, y los demás se fueron á comer y descansar en el buque. Por la noche fueron todos, incluso el Siervo de Dios, á oir el sermón que el célebre capuchino Fray Félix de Cádiz predicaba en la iglesia de Santo Domingo.

Aunque tenemos varias relaciones del fruto que nuestro Padre hizo en los cuatro días que estuvo en Málaga, hechas por testigos oculares, preferimos dar cuenta de él á nuestros lectores en los términos humildes y modestos del mismo Siervo de Dios, el cual, en carta que escribió desde Canarias al señor Obispo de Vich, dice así: "Ya sabrá Ud. como el día 28 salimos de Barcelona. A excepción de un día, siempre tuvimos ó calma ó vientos contrarios, de manera que, estando ya dentro del estrecho de Gibraltar, nos vimos forzados á retroceder al puerto de Málaga, so pena de perderse el buque, como se perdieron otros en aquella bahía. Estuvimos en Málaga desde el miércoles al domingo; la venida á esta ciudad creo que fué una singular disposición de Dios para el bien de ella, lo cual no pude menos de decírselo en un sermón, esto es, que el Señor me había llevado allá como llevó al profeta Habacuc á Daniel, que estaba en el lago de los leones. Cabalmente hacía cuatro días que habían empezado una Misión cuatro religiosos capuchinos; así que mi arribo vino muy oportunamente. Fuí muy bien recibido del Sr. Obispo; viniéronme á visitar las autoridades, y todos, con el Sr. Obispo y los canónigos, me

suplicaron que les predicara; la gente de la ciudad se reunió en la Catedral con grande orden y devoción; prediqué también en otros varios puntos. Durante los cuatro días que allí estuve me parece que hice unos quince sermones. Los malagueños han quedado muy contentos de mí, y yo de ellos. ¡Qué cosecha tan grande se me presentó!

"A las cinco de la mañana del domingo salí del Palacio para embarcarme: el Sr. Obispo, á pesar de ser tan viejecito, me vino á acompañar hasta la barca destinada por las autoridades de la ciudad, que era la barca de cristales, y ellas me llevaron á bordo hasta el buque. Desde que salimos de Málaga parece que volamos: todos los días hemos hecho á lo menos cincuenta leguas de camino. Estamos en la tarde del 23, y nos hallamos frente á Canarias (1). „

Hallándose en este puerto deseó saludar el Siervo de Dios á sus amadísimos isleños, que ya le estaban aguardando; pero tan borrascosa estuvo allí la mar que no fué posible arrimarse para saltar á tierra, lo cual fué de gran sentimiento para entrambas partes. Sin embargo, un bergantín que se hallaba descargando en la ciudad de Las Palmas, por la mucha marea se vió forzado á salir al mar, y pasando cerca de la *Teresa Cubana*, la tripulación reconoció en seguida al Siervo de Dios, y con grande afecto y cariño comenzó á gritar: *¡Padrecito! ¡Padrecito!* Por medio de unas botellas herméticamente cerradas pudieron los Misioneros hacer llegar hasta el bergantín algunas cartas, dirigidas unas al obispo Sr. Codina y otras para la Península. Entre éstas figuraba la que antes hemos copiado del P. Claret. Desde Canarias hasta Cuba el viaje fué felicísimo, sin contratiempo de ninguna especie.

El alegre P. Currius, á quien mucho apreciaba nuestro Padre por el levantado espíritu que tenía, recreaba á sus compañeros con las poéticas descripciones que hacía del gran Océano, que rápidos surcaban. "¡Qué grandioso,—exclamaba,—es el Océano! El aire agitando su superficie lleva las olas de un lado á otro formando montes movedizos que ahora se elevan, ahora se hunden, trocando en valles lo que antes eran montañas. El barco rasga las aguas que, cediendo á la violencia, saltan, suben y se deshacen en plateada espuma, y estré-

(1) Carta del P. Claret del 23 de Enero de 1851.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llanse las olas contra los lados del buque, formando mil juegos caprichosos. Parece que sienten, conocen y nos dan la bienvenida voceando, danzando y jugueteando para alegrarnos y entretenernos. Unas se cruzan y cortan el paso á las que vienen, otras se juntan y saltan á la vez moviendo sus cabezas, que llevan adornadas como con blanquísimos plumajes, otras inclinan su cerviz y dejan que pasemos por encima para mecernos como niños en la cuna. Algunas, con aire siniestro, vienen como amenazando asaltar el buque y anegarlo, pero en llegando cerca se abren de parte á parte y siempre nos dejan el paso libre, aunque bulla y hierva su hinchado pecho. Por todo el horizonte, verde como los prados, se ven aquí y allí olas convertidas en espuma que parecen rebaños de ovejas que pacen á su gusto en un campo sin término.„

En estas ocasiones, cuando más entusiasmado estaba el buen Padre en la contemplación de tan sublimes bellezas, se le acercaba á veces el Siervo de Dios y con su conversación le levantaba el espíritu á mayores alturas. "¡Qué variado es el mar!—exclamaba D. Paladio.—Admirables son sus olas y su espuma, su bullir y su gritar, sus montañas y sus valles,„ y el P. Claret añadía: "*Mirabiles elationes maris;* y ¿quién le comunica esa variedad, esa vida y movimiento? El que habita en las alturas y desde allí nos llena de asombro y admiración.„ Y luego los dos, como en coro, proseguían: "Seguid, ondas admirables, bendecid y alabad al Señor con vuestro bullir y vuestros saltos de alegría.„

Otras veces el buen D. Paladio se solazaba contemplando el mar en la puesta del sol, cuando este astro luminoso parecía sumergirse en un horno de fuego y coloreaba de purísimo carmín las nubecillas y convertía en ascuas de oro las lejanas crestas de los montes que se divisaban en la costa. Y cuando más absorto estaba gozando de aquel pintoresco espectáculo, dábale el Siervo de Dios una ligera palmada en el hombro y le decía: "¡Qué lindo, rico y hermoso ha de ser el cielo, cuando en la tierra así se descubre la sabiduría de Dios!„

Al llegar al golfo de las Damas comenzó nuestro Padre una Misión sobre cubierta para todos los pasajeros y marinos, la cual dió con tal fervor que no quedó ni un pasajero, ni un tripulante, desde el capitán al último grumete, que no hiciese confesión, general los más de ellos, durante la travesía, y que

no recibiese la sagrada Comunión; y fué de notar, añade el P. Lobo, que casi todos se confesaron con el Sr. Claret (1). El más rehacio lo verificó la víspera de desembarcar en Cuba, y ¡singular coincidencia y misericordia adorable y providencial del Señor!, á los tres dias murió de un ataque fulminante de vómito. El 13 de Febrero hallábanse ya frente del cabo Francés, al Norte de la Isla de Santo Domingo, y se encontraron con el bergantín catalán llamado *Pepito*, el cual hizo al nuevo Arzobispo una salva real de tres cañonazos. El 15 por la mañana, estando todos sobre cubierta, divisaron el cabo ó punta Mayrí, de la Isla de Cuba, y lleno el corazón de regocijo entonó el Siervo de Dios el *Tedéum*, que la tripulación entera prosiguió con indescriptible entusiasmo, y tras él dirigieron, en acción de gracias, á la Estrella de los mares aquel himno hermoso y cántico suave, espirante filial ternura y confianza, por el que saludamos á la Virgen con el gráfico título de Reina y Madre de misericordia. Al día siguiente amanecieron á tres ó cuatro leguas del puerto de Santiago, término del codiciado viaje. En este día excepcional se levantaron media hora antes para alabar al Señor, y después de la meditación y de las preces acostumbradas, su Excelencia celebró la santa Misa, la que oyeron todos los que iban en el buque, y en la que comulgaron los sacerdotes, las Hermanas de la Caridad y algunos seglares. A las diez se levantó una brisa suave que refrescó el ambiente. A las once y media, estando cerca de la entrada del puerto, se presentó á recibirlos el práctico y el comandante del Morro (2) con varios catalanes avecindados en Cuba, entre los cuales se hallaba el más joven de los célebres *Milans del Bosch*. A las doce y cuarto entraban ya en la magnífica bahía, formada casi enteramente por las manos del soberano Artífice á manera de un extenso canal, que serpentea entre montañas de roca firme, cubiertas con el verde y caprichoso manto de sus variadas producciones. Una gruta, que el agua socavando ha abierto al pie del castillo, llama á la entrada la atención del viajero. A la derecha un brazo de agua, formando puerto, se pierde entre las breñas como en un laberinto. Más

(1) Carta del P. Lobo, del 28 de Enero de 1880.

(2) Llámase *Morro* por el ribacito ó peñón que se eleva al Este de la entrada, y sobre el cual está la farola, el telégrafo y el castillo que defiende la bahía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

adentro, el canal se ensancha y se divide en distintas direcciones que, tornándose á juntar, dejan en medio algunas islas. Entre éstas, y en la parte más céntrica, álzase el islote que contiene el polvorín. Por la izquierda, al noroeste, arranca el ferrocarril del Cobre, y en esta parte entran los buques que conducen el mineral á Europa.

En lo más hondo de la bahía se distingue el muelle con anchos, largos y elevados puentes de madera, que sirven para cargar y descargar los buques. A su lado se extiende la población sobre la falda de un pintoresco montecillo, de manera que el conjunto ofrece uno de los paisajes más hermosos que pueden contemplarse en la Naturaleza al lado de la morada del hombre.

Cuando la *Teresa Cubana* fondeó en el puerto hizo una salva de cinco cañonazos, y los navegantes entonaron un cántico á María. El recibimiento fué sobremanera entusiasta. Los buques anclados en la bahía estaban todos empavesados con sus respectivas banderas. Un inmenso gentío llenaba los espacios del anchuroso muelle, y los vivas repetidos que daba á su Prelado, al santo Misionero, hendían los aires y retumbaban en el seno de la mar. Antes de llegar al desembarcadero salieron á bordo á cumplimentar al Siervo de Dios el ayudante del General, el Comandante de marina, el Capitán del puerto, el Gobernador eclesiástico, la mitad del Cabildo y el clero parroquial. La otra mitad del Cabildo no pudo salir por hallarse en el santuario del Cobre haciendo rogativas para que no tocase á Santiago el cólera, que estaba ya á treinta leguas de la población. Poco antes de desembarcar había el Padre Claret terminado el rezo del Oficio divino, y como era el sábado de Septuagésima, en que se suspenden las Aleluyas hasta la Pascua, exclamó al terminar: "¡El último Aleluya!„ dando á entender que se acababa la tranquilidad que habían tenido en el viaje, y que desde aquel punto iba á empezar para él en Cuba una pesada cruz que le daría muchos disgustos y le haría probar las amarguras de la pasión. Correspondió, no obstante, sonriente á las demostraciones de amor y júbilo que le hicieron los cubanos á su llegada. La población entera de Santiago se agrupaba á su alrededor para verle y besarle el anillo, las casas de la ciudad se ostentaban engalanadas con innumerables banderas, el alegre repique de las campanas de

todas las iglesias regocijaba el corazón, y por todos conceptos fué aquél un día de regocijo público como en las mayores solemnidades.

Desprendido como pudo de la afectuosa muchedumbre que por todos lados con muestras de cariño le asediaba, subió con Usera, gobernador eclesiástico, en el quitrín del General, y tras él, en otros carruajes, se colocaron sus compañeros. De este modo, y formando una larga cadena de coches por las muchas personas principales que quisieron formar parte del acompañamiento, se dirigió el P. Claret á casa del general, D. José Machrón, de quien fué recibido muy cortesmente, y luego continuaron la marcha hasta la Iglesia Catedral, que estaba ya cuajada de gente. Aquí hizo su Excelencia un rato de oración, y en seguida, con cruz alzada, se retiró á su Palacio arzobispal, adonde le siguieron todo el clero y algunas otras personas principales. Hasta muy entrada la noche no pudo librarse de recibir las muchas visitas que le hicieron las personas más caracterizadas de Santiago, las cuales quedaron prendadas de la amable sencillez del nuevo Arzobispo.

Aunque muy fatigado con las fuertes y variadas impresiones de aquel día, no quiso descansar sin enterarse antes por sí mismo del estado del Seminario, que estaba contiguo al Palacio episcopal. Este, con la Iglesia Catedral y el palacio del General, son tres edificios situados en lo más alto de la ciudad y casi en medio de ella. Están á tiro de piedra uno de otro, y trazando con la imaginación una línea de uno á otro se formaría un triángulo, cuyo vértice correspondería á la Catedral, que es el punto más elevado, el lado derecho al palacio del General y el izquierdo al del Sr. Arzobispo. Este último edificio, aunque formaba un cuadrado de regulares dimensiones, como sólo tenía los bajos y un piso, era muy poco capaz, de suerte que los compañeros del Siervo de Dios tuvieron que dormir cinco en un cuarto, y aun así, tres de ellos hubieron de pasar la noche en el Seminario. El día siguiente, 17 de Febrero, hizo su entrada solemne en la ciudad, y el 18 tomó posesión de la Silla arzobispal, por medio de apoderado, que lo fué el canónigo penitenciario D. Jerónimo María Vera. A los quince días de su arribo fué el Siervo de Dios con todos los suyos á visitar y dar gracias á María santísima por la próspera navegación que les había concedido, en el rico san-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuario del Cobre, que está como á cuatro leguas de la ciudad, en donde celebraron todos la santa Misa y cantaron un solemne Oficio, que dijo el señor vicario general, D. Juan Nepomuceno Lobo; el Sr. Arzobispo consagró su diócesis á la Madre de Dios y la puso bajo su especial protección, invocándola con el título á que más devoción tenía la Isla, y con esta ceremonia se dió por terminado todo lo concerniente á aquel felicísimo viaje, de tanta edificación para los pasajeros, de tanto interés para el bien moral y aun material de Cuba, y de tanta gloria para el Señor por los resultados que tuvo. Con esto damos también fin á este capítulo, para comenzar en el siguiente la narración de las nuevas empresas del Varón de Dios.

CAPÍTULO II

DE CÓMO ATENDIÓ AL DESEMPEÑO DE SUS DEBERES PASTORALES, MAYORMENTE EN LAS SANTAS VISITAS Y EN LAS MISIONES

1. Propósitos que hizo en el nuevo cargo.—Cuán presentes tenía los deberes del Prelado. — Cómo atendía al bien espiritual de sus familiares. — Su solicitud pastoral para con el clero. — 2. Misiones en la capital de la diócesis. — Comunión general extraordinaria. — Correspondencia interesante. — Distribución de cargos. — Envía á sus compañeros á las Misiones. — 3. Visita pastoral en Santiago, en el Caney y en el Cobre. — 4. Pasa á visitar á Puerto Príncipe. —Estado de los ánimos en esta ciudad con motivo de la guerra. — Prudencia con que se portó. — Cómo contribuyó á la pacificación de Puerto Príncipe. —Intercede por los rebeldes arrepentidos.—Frutos de sus desvelos.—5. Misiones de sus compañeros y fruto de ellas. — Enfermedad del P. Currius y su convalecencia. - Misiones del P. Claret en Nuevitas, Mayá, San Miguel y San Jerónimo, y su vuelta á Puerto Príncipe. — Enfermedad gravísima del Padre Barjau. — El Siervo de Dios profetiza su curación.— Vuelve á Santiago. — 6. Nuevas excursiones pastorales por su diócesis, y trabajos que en ellas pasó. —Escena encantadora.—El caballo perezoso.—Curación milagrosa.—Resultados maravillosos de su celo pastoral.

1. Elevado es por muchos conceptos el estado sacerdotal, y seguramente que para desempeñar los ministerios que entraña con el decoro conveniente, menester es una virtud nada vulgar que sobresalga entre la de los demás fieles, como el sol entre las estrellas y aun más, pues que incomparablemente mayor es la dignidad sacerdotal, que distingue al ministro del Señor de los demás hombres, que la brillantez y hermosura del rey de los astros en comparación de las demás lumbreras que lucen en el firmamento. Pero si el simple sacerdote está por esta causa obligado á labrar en su alma más subidos quilates de virtud que los que puede tener el que sólo aspira á ser fervoroso cristiano, el que por la consagración episcopal ha llegado ya á la cumbre del sacerdocio ha de ser dechado y forma de toda virtud, conforme á la doctrina del Apóstol, el cual, en sus cartas á Timoteo y Tito, trazó con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuario del Cobre, que está como á cuatro leguas de la ciudad, en donde celebraron todos la santa Misa y cantaron un solemne Oficio, que dijo el señor vicario general, D. Juan Nepomuceno Lobo; el Sr. Arzobispo consagró su diócesis á la Madre de Dios y la puso bajo su especial protección, invocándola con el título á que más devoción tenía la Isla, y con esta ceremonia se dió por terminado todo lo concerniente á aquel felicísimo viaje, de tanta edificación para los pasajeros, de tanto interés para el bien moral y aun material de Cuba, y de tanta gloria para el Señor por los resultados que tuvo. Con esto damos también fin á este capítulo, para comenzar en el siguiente la narración de las nuevas empresas del Varón de Dios.

CAPÍTULO II

DE CÓMO ATENDIÓ AL DESEMPEÑO DE SUS DEBERES PASTORALES, MAYORMENTE EN LAS SANTAS VISITAS Y EN LAS MISIONES

1. Propósitos que hizo en el nuevo cargo.—Cuán presentes tenía los deberes del Prelado. — Cómo atendía al bien espiritual de sus familiares. — Su solicitud pastoral para con el clero. — 2. Misiones en la capital de la diócesis. — Comunión general extraordinaria. — Correspondencia interesante. — Distribución de cargos. — Envía á sus compañeros á las Misiones. — 3. Visita pastoral en Santiago, en el Caney y en el Cobre. — 4. Pasa á visitar á Puerto Príncipe. —Estado de los ánimos en esta ciudad con motivo de la guerra. — Prudencia con que se portó. — Cómo contribuyó á la pacificación de Puerto Príncipe. —Intercede por los rebeldes arrepentidos.—Frutos de sus desvelos.—5. Misiones de sus compañeros y fruto de ellas. — Enfermedad del P. Currius y su convalecencia. - Misiones del P. Claret en Nuevitas, Mayá, San Miguel y San Jerónimo, y su vuelta á Puerto Príncipe. — Enfermedad gravísima del Padre Barjau. — El Siervo de Dios profetiza su curación.— Vuelve á Santiago. — 6. Nuevas excursiones pastorales por su diócesis, y trabajos que en ellas pasó. —Escena encantadora.—El caballo perezoso.—Curación milagrosa.—Resultados maravillosos de su celo pastoral.

1. Elevado es por muchos conceptos el estado sacerdotal, y seguramente que para desempeñar los ministerios que entraña con el decoro conveniente, menester es una virtud nada vulgar que sobresalga entre la de los demás fieles, como el sol entre las estrellas y aun más, pues que incomparablemente mayor es la dignidad sacerdotal, que distingue al ministro del Señor de los demás hombres, que la brillantez y hermosura del rey de los astros en comparación de las demás lumbreras que lucen en el firmamento. Pero si el simple sacerdote está por esta causa obligado á labrar en su alma más subidos quilates de virtud que los que puede tener el que sólo aspira á ser fervoroso cristiano, el que por la consagración episcopal ha llegado ya á la cumbre del sacerdocio ha de ser dechado y forma de toda virtud, conforme á la doctrina del Apóstol, el cual, en sus cartas á Timoteo y Tito, trazó con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano maestra el ideal de un Prelado de la Iglesia, que deben todos imitar, si no quieren que el Señor cumpla en ellos la amenaza hecha á los obispos de Éfeso por carecer de la perfección á que estaban obligados.

Bien persuadido de esta doctrina el Siervo de Dios y de los deberes que con la nueva dignidad habia contraído, si hasta entonces habia procurado resplandecer en toda virtud y señalarse en la santidad, en adelante trabajó, si cabe, con mayor empeño en perfeccionar la obra de su santificación, atendiendo á las tildes y motitas que pudieran más ó menos empañar la divina brillantez de su levantado espíritu. Su anhelo principal fué matar en sí todo lo que nacía del amor propio, para revestirse enteramente de Jesucristo y hacer de su alma una perfecta imagen del crucificado. Refiéjase lo primero en algunos propósitos y reflexiones que hizo por aquel tiempo y que se conservan manuscritas de su mano. "Pediré,—dice,—á María santísima una profunda humildad con deseos de ser despreciado. Tendré grande estimación de la virtud de todos, mirándolos como á mis superiores. Nunca hablaré de mí ni bien ni mal: si alguna vez me viere precisado á hacerlo, será como hablando de tercera persona, á imitación de San Pablo.„

"La cosa que más debo procurar,—dice en otra nota,—es la paz interior; y así en las contrariedades no me enfadaré ni hablaré, ni indicaré pena alguna por lo que contra mí digan ó hagan. En cada cosa criada debo ver como un espejo, en que se refleja la bondad, sabiduría, poder y hermosura de Dios; á Él debo dirigir mi atención y amor. Deseo padecer por Jesucristo; deseo impedir las ofensas que se hacen á Dios, y que todos los castigos, penas y dolores caigan sobre mí. A un Misionero dijo el Señor que para la salvación de las almas le había á él preservado de caer en el infierno. Y á mí me sacó de la mar y de otros peligros para que procurase su mayor honra y gloria y la salvación de las almas; por lo mismo estoy resuelto á sufrir penas, trabajos, desprecios, mofas, murmuraciones, calumnias, persecuciones, muerte, para decir con el Apóstol: *Omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur* (1). "Todo lo sufro por amor á los escogi„dos, para que consigan también ellos la salvación del alma„.

(1) II Tim., II, 10.

Lo segundo, es decir, su anhelo por imitar en todo á Jesucristo parece claro por este otro propósito, que hizo en el año 1850, después de su promoción á la dignidad episcopal: "Por la mañana, al despertarme, me acordaré de Jesús cómo se despertaba y se ofrecía á su Eterno Padre. Me levantaré prontamente y ofreceré á Dios mi corazón y todas mis obras; al hacer oración pensaré cómo Jesús oraba; en cada obra me acordaré de lo que Él hacía y cómo lo hacía, á fin de imitarle en la intención en hacerla y en la perfección en practicarla.„ Excitábase también, como buen hijo, con el ejemplo de María santísima. "Pondré, — dice, — grande atención y esmero en hacer bien las cosas, estando siempre sobre mí en cada una de ellas, imitando á María santísima, que hacía bien cada cosa en particular, aun las más comunes y ordinarias.„ Esta escrupulosidad con que atendía á sacar con perfección las cosas al parecer más insignificantes, era hija legítima de la pureza de alma con que pretendía servir al Señor en el nuevo y elevadísimo estado á que le había levantado su infinita misericordia para bien de innumerables almas, con lo cual intentaba disponerse á recibir de la divina Sabiduría las ilustraciones celestiales que había menester para el recto gobierno de su diócesis, y la fortaleza y constancia para vencer las dificultades que sin duda le opondrían las pasiones de los hombres y los eternos rencores del enemigo de nuestra salvación. Por esta razón, entre los medios de que se valía para acertar en el régimen de su Arzobispado, era uno y principalísimo la oración, aunque no por esto descuidaba los demás. A tres los reducía todos nuestro Padre en unas notas manuscritas que se hallaron entre sus papeles. "Los medios, — dice, — para alcanzar las gracias necesarias al buen gobierno de una diócesis, son la oración, el estudio y el consejo.„

Con tal diligencia atendía el virtuosísimo Arzobispo al recto desempeño de todos los deberes propios de un Prelado, que para tenerlos más á la vista y no descuidar ninguno de ellos los puso en un cuadro sinóptico que por fortuna se pudo hallar entre sus papeles, aunque muy deteriorado. Hablando en la introducción de este precioso tratado sobre los deberes del Obispo, cita, para animarse á trabajar, la terrible sentencia de San Félix, que decía: "Un Obispo ha de estar preparado á una de estas tres cosas: á ser envenenado, procesado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ó condenado: si cumple con sus obligaciones, los hombres le envenenarán ó procesarán, como procesaron á Jesucristo, á los Apóstoles, etc.; y si no cumple, Dios le condenará, como lo tiene amenazado en las divinas Escrituras.„ Tres géneros de obligaciones tiene, según el P. Claret, un Prelado: las que se refieren á Dios, las que miran á sus feligreses y las que atañen á sí mismo.

Los deberes del Prelado para con Dios los reducía á ser un verdadero imitador de Jesucristo, á procurar que el Señor no fuera ofendido, sino antes bien conocido, amado y servido de todos, y á promover la devoción al santísimo Sacramento, á María santísima, á los ángeles y Santos, para todo lo cual propone reglas más particulares. Los deberes para con sus feligreses los divide según que éstos sean eclesiásticos, religiosos ó seglares, y para cada uno de ellos da atinados consejos, basados en las mejores reglas de un buen gobierno. Por último, en los deberes para consigo mismo comprende las virtudes más necesarias á un Prelado, y además incluye en ellos, por formar un cuerpo moral con el Prelado, los deberes de los que trabajan en su curia y los que atañen á sus domésticos.

Lo primero que hizo el Siervo de Dios después de su llegada á Cuba y de poner su diócesis bajo la maternal protección de Nuestra Señora del Cobre, fué recogerse con sus familiares á hacer los santos ejercicios para disponerse á emprender las tareas que meditaba para la reforma de la diócesis, con las ilustraciones del Señor y con las fuerzas espirituales que en ellos suelen recobrarse. Encerrados solos en el Palacio episcopal, guardaban riguroso silencio, no recibieron en los diez días que duraron ni cartas ni oficios, ni despacharon negocio alguno, sino que pasaron aquél santo tiempo en un retraimiento absoluto de todas las criaturas y en una soledad por todos lados silenciosa, donde sólo se oía la voz de Dios hablando en lo secreto del alma y la palabra ardiente del Padre Claret, quien en las conferencias espirituales que daba á sus compañeros los alentaba y enfervorizaba de un modo extraordinario para acometer luego con bríos las batallas del Señor. Para predicarles más]con el ejemplo que con la doctrina, y para ejercicio de humildad y abnegación, besó á todos los pies al fin de los ejercicios. Entre los propósitos que en ellos hizo el Siervo de Dios, y que llevan por fecha el 1.º de

Marzo de 1851, figuran el andar siempre en la presencia de Dios y hacerlo todo para su mayor honra y gloria, lo cual, del modo que él lo proponía y practicaba, pertenece á la unión íntima y trato amistoso y secreto con el Señor. Propuso también que en concurrencia de dos cosas escogería la de mayor perfección y que tendría presente aquella máxima de Epicteto: *Abstine et sustine*: "abstente y sufre„; abstente de la gula y de cualquier gusto corporal; sufre el trabajo, la enfermedad y el desprecio.

Encendido más y más su celo en la fragua de la prolongada oración de aquellos días, creció sobremanera la solicitud pastoral con que se propuso atender á la grey que el Buen Pastor le había encomendado. Comenzó á desplegarla en sus familiares, á los que instruía y amaestraba por sí mismo en toda virtud. Conocía muy bien la influencia que en la diócesis ejerce la acertada elección de los familiares del Prelado y el que resplandezcan en la santidad, y así, entre las notas que para su uso escribió acerca de los deberes de un Obispo, dejó anotado lo que corresponde á sus domésticos. Tan alta idea tenía formada de la importancia de este asunto, que solía decir que el mayor acierto de un Prelado consistía en la elección de familiares y domésticos y en no hacer caso de empeños, pues si en esto yerra quedará sola la cabeza, sin manos ni pies. "Al señor cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, — escribía el Siervo de Dios en confirmación de lo dicho, — hízole feliz en su familia y gobierno el canónigo Urraca; al Sr. D. Pedro de Moya, arzobispo de Méjico, el Sr. D. Juan de Salcedo, secretario suyo; y como éstos se podrían citar otros.„

Efecto de estas enseñanzas, que el Varón de Dios era el primero en poner por obra, fué la paz y tranquilidad que siempre reinó entre todos sus familiares y domésticos, para lo cual se valió de cuatro medios muy excelentes y de una eficacia á toda prueba. Fué el primero el método de vida que observaban. Todos los días se levantaban á una hora fija y determinada y hacían en común media hora de oración mental, á la que no faltaba ni un solo individuo de casa. Comían y cenaban juntos, y durante la comida tenían lectura espiritual, que hacía por turno uno de ellos. Después de la comida y de la cena se juntaban todos para tener un rato de expansión, en la cual se veían y comunicaban entre sí, y terminaban el día rezando en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comunidad el santo Rosario y otras devociones. Esta semejanza y uniformidad de vida tan recta y ajustada, engendraba naturalmente el amor de unos á otros y una santa alegría que les hacia llevadera cualquier carga. El segundo medio eran los ejercicios espirituales, que en un tiempo determinado hacían cada año por espacio de diez días reunidos en el Palacio episcopal. En ellos servían todos por orden y leían en la mesa, comenzando por el Sr. Arzobispo. Á instancias de los mismos familiares las pláticas estaban siempre á cargo del P. Claret, y como éste al fin de ellas tenia por costumbre besarles á todos los pies, los familiares, movidos con tan santo ejemplo, pedíanle permiso para besárselos á él y á los demás de casa, y así, con tan tierno acto de humildad, se arraigaba más en todos ellos la caridad, la paz y la mansedumbre, y estaban muy ajenos de la envidia y rivalidad, que suele ser carcoma de palaciegos y fraguadora de disgustos y tumultos. Para estar más lejos de cuanto pudiera perturbar la paz que entre ellos reinaba, prohibíales el P. Claret tener entre sí amistades particulares, y los exhortaba á que todos se amasen igualmente unos á otros como hermanos. Menos toleraba estas amistades particulares con los de fuera de casa, por los muchos sinsabores y escándalos que suelen acarrear; y así, no habiendo necesidad, no hacían visitas á las familias ni se dejaban visitar de ellas, pues la experiencia les había enseñado que este medio es utilísimo y aun necesario para evitar disgustos, celos, envidias, murmuraciones y otros males. Para acabar de afianzar entre los suyos la paz y concordia, como último medio les prohibió, con toda la fuerza de su autoridad, leer papeles anónimos, á lo cual añadió la súplica por el amor y cariño que les profesaba.

La caridad y el orden que en casa del Sr. Arzobispo reinaba era la admiración de propios y extraños, la cual subía de punto cuando la miraban de cerca. Tenía dada orden de que todos los sacerdotes forasteros, fuesen ó no de la diócesis, se hospedaran en su Palacio por los días que quisieran, tanto si él estaba en casa como si se hallaba ausente. Un canónigo de la Isla de Santo Domingo, llamado Gaspar Hernández, hubo de abandonar su destino á causa de las revueltas revolucionarias de su República; fuése á Cuba, y el Varón de Dios le recibió y hospedó con gran cariño en su Palacio, en el que permaneció, comiendo y viviendo con los familiares de nuestro Padre, por espacio de tres años. Iban á su casa eclesiásticos de los Estados Unidos y de otros puntos, y todos hallaban en ella cariñosa acogida y seguro albergue. Parecía que el Señor los llevaba allí de las más remotas regiones para que, como la reina de Sabá, contemplasen aquel maravilloso espectáculo de la caridad y concierto que reinaba en su casa. Su palacio era como una colmena, de la que unos salían y en la que otros entraban, según las disposiciones que daba el Siervo de Dios, y así en lo uno como en lo otro andaban todos muy contentos y alegres, con admiración de los huéspedes, que no dejaban de alabar á Dios por ello.

Después de los suyos, extendíase en primer término su solicitud pastoral al clero de la diócesis, por ser el que más derechamente influye en las costumbres del pueblo. Al poco tiempo de llegar dirigió los ejercicios al clero de Santiago, y todos los años siguió dándolos él mismo á los demás sacerdotes del arzobispado, á lo menos en las ciudades principales. Para que más fácilmente pudieran todos los sacerdotes alcanzar la santidad que exige su encumbrado ministerio, formó un excelente plan de vida, al que procuró con todas sus fuerzas que se ajustaran todos los presbíteros que estaban bajo su jurisdicción.

2. A los pocos días de haber tomado posesión de su Silla, con el comienzo de la Cuaresma dió principio á una Misión en la Santa Iglesia Catedral y en la de San Francisco, que después de aquélla era la más espaciosa de Santiago. Su Excelencia predicaba con extraordinario concurso en la primera, y el Padre Vilaró en la segunda. Los demás se distribuyeron por los restantes templos de la ciudad para enseñar el Catecismo á los niños y oír las confesiones de los fieles. El fruto fué inmenso, como se demostró por el inexplicable concurso de gente que se acercó á la comunión general del último día. Entre los felices resultados de esta Misión merece citarse el que anotó en sus declaraciones, ante el tribunal que instruía la Causa de Beatificación, el canónigo y familiar del Siervo de Dios, D. Antonio Barjau. "Al llegar,—dice,—el Siervo de Dios á Santiago de Cuba, la mayor parte de los chiquillos de uno y otro sexo andaban desnudos por las calles, y efecto de aquella Misión que duró toda la Cuaresma, mudó la ciudad de aspecto;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de suerte que, excepto en los arrabales, todos se cubrieron, y no se puede dudar que fué á consecuencia del copiosísimo fruto de la misma Misión, pues la comunión general que se hizo al concluirla duró desde las seis de la mañana á la una de la tarde, siendo tres los sacerdotes que la administraban. Se aseguraba que en la ciudad no habia quedado uno sin recibir la comunión (1).„

El mismo Siervo de Dios se maravillaba del copioso fruto recogido en aquella primera Misión, como lo escribía al ilustrísimo señor Obispo de Vich cor fecha de 28 de Marzo de 1851; mas para que el fruto fuese duradero, formó varias Congregaciones: una para solos hombres, llamada Escuela de Cristo; la de San Luis Gonzaga para los estudiantes, la Congregación de los Dolores para los hombres y mujeres indistintamente, lo mismo que la Cofradía del Rosario y la Hermandad de la Doctrina Cristiana. A los dos meses de su permanencia en Cuba se habia ya granjeado el afecto de todos los isleños y llamado la atención de las autoridades por el extraordinario movimiento religioso levantado en aquellas posesiones, hasta entonces tan abandonadas en la parte moral. Los desvelos de su solicitud pastoral arrancaron acentos de entusiasmo á los españoles sensatos que moraban en la Isla, y uno de ellos, testigo presencial de las maravillas obradas por el P. Claret con la fuerza de su palabra, con el ardor de su celo y con las prudentes medidas tomadas desde el principio de su gobierno, escribia en estos términos á un amigo suyo de Barcelona: "El Sr. Arzobispo y los que tienen la dicha de acompañarle, son cada dia más amados y considerados, no sólo en la metrópoli, sino en la Habana. Ha prestado ya grandes servicios al país y al Gobierno... Así se explica la preponderancia que á los dos meses de su llegada ha adquirido ya el Sr. Arzobispo; tan grande y tan absoluta es en Cuba, que hoy está siendo el objeto de las conversaciones de todos y ha producido una considerable reforma en las costumbres. Terminada la Misión en esta ciudad, siguen sus efectos como si durase todavía. Todos los días se arreglan matrimonios desunidos, el concubinato va extirpándose, se verifican grandes restituciones, porque el Sr. Claret es dueño de los corazones de los cubanos de esta parte oriental. En los partidos ansían su llegada: las gentes vienen de treinta y cuarenta leguas á confesarse y arreglar sus conciencias. La venida de este santo Prelado, que no entiende de política y que se atiene sólo al Evangelio, única doctrina que predica, es un gran paso para la tranquilidad y conservación de la Isla, como lo reconocen y confiesan todas las autoridades, convencidas de la grande importancia de este varón esclarecido y de lo mucho que de él debe esperarse en la reforma de las costumbres y sumisión de los subordinados á sus legítimos superiores. El celo y la actividad de este Prelado alcanzan á todas partes. Concluída la Misión en las principales iglesias, la hizo extensiva á los cuarteles, cárceles y presidios. El éxito ha sido completo, de modo que no hay clase en la sociedad que no bendiga al virtuoso Arzobispo. Pronto se establecerá una Congregación de Doctrina Cristiana, consagrada á los Corazones de Jesús y de María, en la que los tres curas toman mucha parte, y se tomará por protector á San Luis Gonzaga. Cuarenta jóvenes ordenandos están ya divididos en tantas secciones como iglesias, y desde el miércoles de ceniza acuden todas las tardes á ellas, á las órdenes de un Misionero, para enseñar á los niños la Doctrina. Los templos se llenan. El resultado es tan satisfactorio, que ya son los menos los niños y niñas, blancos y negros, que no saben el compendio de lo esencial para salvarse, redactado por el Sr. Arzobispo. Otros muchos van sabiendo el Catecismo del mismo, y todos los domingos, por la tarde, salen los niños con los Misioneros de la Catedral rezando el Rosario en procesión, y en tres atrios de tres de las iglesias donde se verifica la catequística, tienen un certamen, subidos en unas mesas; se les premia con una medalla, y continúa la procesión hasta volver á la Catedral, donde se efectúa el último certamen, se cantan el *Santo Dios* y las *Avemarias*, y se termina la procesión. Es un gusto ver los buenos efectos de esta práctica.„ Para prueba de la extraordinaria mudanza obrada en los corazones de los habitantes de Santiago por medio de esta Misión, baste decir que muchos jóvenes pedían confesión hasta por las calles, cuando antes no se atrevían ni en las sacristías (1).

Pasada la Cuaresma y concluídas las Misiones y ejercicios

(1) Declaración del ilustre D. Antonio Barjau. Ad art. 45.

(1) Carta de D. Paladio Currius á D. Julián Martí, 23 de Noviembre de 1851.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dados en Santiago, distribuyó los cargos entre sus familiares. Al P. Juan Nepomuceno Lobo, que era el más entendido en Derecho, le nombró su Provisor, y en sus ausencias Gobernador eclesiástico; al P. D. Felipe Rovira, profesor de Gramática latina, y al P. Juan Pladevella, catedrático de Teología moral. A los demás, en calidad de Misioneros, á imitación de Jesucristo, que envió á sus discípulos de dos en dos á las ciudades y aldeas adonde había de ir Él á predicar, los mandó el Siervo de Dios, distribuídos en parejas, á los pueblos que había de recorrer en su visita pastoral para que los prepararan y dispusieran á recibir la gracia del Señor, pues él no podría detenerse en ellos muchos días. A más de los compañeros que el P. Claret se trajo de España, en Cuba mismo se le juntó un celoso Padre capuchino, llamado Esteban Adoain, el cual, como fuera muy perseguido en la Habana á causa de sus predicaciones, se refugió en la diócesis de Santiago, en donde trabajó mucho tiempo como Misionero, hasta que, después de haber pasado á Guatemala, se retiró á un convento de su Orden. Entró, pues, también en el reparto que de las Misiones hizo el P. Claret, quien le destinó, juntamente con el P. Paladio Currius, al pueblo del Coney. Los Padres Manuel Subirana y Francisco Coca fueron enviados á la ciudad del Cobre, y D. Lorenzo Senmartí y Antonio Barjau á Puerto Príncipe. Encargó á estos últimos que perseverasen en la ciudad hasta que él fuese á ella, porque se la había reservado para sí y su secretario, el P. Vilaró.

Como quien tanta experiencia tenía en el difícil arte de dar Misiones y sabía lo mucho que interesa al bien de los pueblos el que los Misioneros sean en todo irreprensibles y no den ocasión por concepto alguno á las críticas y censuras de los malévolos y á la desedificación de las personas sencillas é ignorantes, antes de dejarlos partir á sus pueblos respectivos les dió algunos avisos muy prudentes y oportunos, los cuales el Siervo de Dios, en sus notas manuscritas, redujo á los siguientes: "1.° No quejarse del clima, de la tierra, de los frutos, etc.; antes bien, alabar lo que sea digno de alabanza. 2.° No elogiar nuestra patria (se refiere al país natal), sus frutos, sus costumbres, etc., ni hablar siquiera de ella. 3.° Mantener siempre una mansedumbre inalterable. 4.° Ser desinteresados, de manera que no vean en nosotros el más pequeño apego al interés ni al regalo. 5.° Ser castos como los ángeles del cielo, de modo que no tenga la gente motivo de sospechar de nosotros lo contrario en lo más mínimo, particularmente en orden á mujeres, niños, etc. 6.° Ser celosos, píos y devotos, singularmente de María santísima (1).„

Con estos sabios consejos amaestró á sus dignos compañeros en la ciencia de ganar almas para Dios por medio de la predicación evangélica, y cuán felices fueron los resultados lo veremos en parte dando cuenta de las visitas pastorales y de las Misiones que, ayudado de los suyos, dió en toda la archidiócesis.

3. Entre los deberes más esenciales de los Obispos cuéntase con razón la visita pastoral, pues mediante ella el Prelado conoce más perfectamente á sus ovejas, el estado moral de las poblaciones y los medios más adecuados para remediar sus necesidades. Por esto el santo Concilio de Trento la prescribió tan encarecidamente á todos los Prelados, y los Pastores más celosos, como San Carlos Borromeo, la practicaron con tanto esmero aun á costa de su salud y de los mayores sacrificios. Convencidísimo estaba de ello el Siervo de Dios, y así lo manifestó en los Apuntes que para su uso tenía, por medio de una comparación muy noble é ingeniosa, como la mayor parte de las suyas. "El Prelado,—decía,—debe visitar la diócesis cada año, ó á lo más tardar cada dos años; no estar siempre fijo en su palacio. Si el sol mirara siempre desde un mismo punto á la tierra, de poco provecho le serviría; pero girando continuamente de uno á otro la alumbra, calienta y fecunda toda. Otro tanto debe hacer el Prelado para alumbrar, calentar y fecundar su diócesis.„

Y á la verdad, que si esta visita es necesaria á todas las diócesis, la de Santiago la había entonces menester en gran manera, pues á causa del abandono en que la habían tenido los que debían atender á su remedio, había en ella algunos pueblos que nunca habían sido visitados, y otros, como todos los contenidos en el importante distrito de Baracoa, que hacía ya muchísimos años que no habían podido contemplar el rostro de su Pastor. Por todas estas causas, nuestro Padre, apenas terminó la Misión con tan feliz éxito dada en la capital de su

(1) Notas manuscritas del señor arzobispo Claret.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diócesis, mandó, como se dijo, á sus Misioneros á varias poblaciones para que dispusiesen á sus habitantes á recibir la visita pastoral, y él entretanto se quedó en Santiago, en donde abrió desde luego la santa visita, comenzando por la Catedral y siguiendo por las parroquias y las demás iglesias. Todos los días administraba el sacramento de la Confirmación; y como la muchedumbre de los que habían de recibirlo era tan grande, para evitar la confusión que suele reinar en semejantes casos mandó imprimir unas papeletas, en cada una de las cuales se habían de escribir los nombres del confirmando, de sus padres y del padrino ó de la madrina, si era niña la que se había de confirmar. Entregábanse tantas papeletas al señor Cura cuantos eran los confirmandos de su parroquia; luego el señor Cura, tres días antes, las iba distribuyendo por barrios para que se pudieran preparar los que habían de recibir dicho Sacramento. En el día señalado para la ceremonia sólo se permitía entrar en la iglesia á los que presentaban papeleta, con lo cual no había griterías ni se cometían otras irreverencias en el templo (1).

Como la devoción del P. Claret á la santísima Virgen era tan tierna y singular, se echaba de ver hasta en los más insignificantes pormenores de su vida, como se probó en este caso, pues en las papeletas de confirmación hizo grabar la imagen de la Madre de Dios, que se venera en su santuario del Cobre, para fomentar por todos los modos posibles tan provechosa devoción en los corazones de los fieles. Pasaba aún más allá la industriosa solicitud del Siervo de Dios, pues en estas mismas papeletitas, por el reverso de la cara, en donde estaban los nombres del confirmando, de la parroquia, etc., y la fecha de la confirmación, imprimió, para instrucción de los que habían de recibir este Sacramento, algunas advertencias sobre los requisitos para la Confirmación, sobre quiénes pueden ser padrinos en ellas y sobre las obligaciones que contraen.

Con estas y otras industrias parecidas de que se valía el Siervo de Dios, el resultado de la visita pastoral de Santiago fué en extremo satisfactorio, y en poco tiempo se adelantó mucho.

Luego, por una Pastoral que publicó en 8 de Mayo de

(1) Carta del P. Claret al Ilmo. Obispo de Vich, 28 de Marzo de 1851.

aquel año, anunció á todos los fieles su visita á los demás puntos del arzobispado. "Empezamos,—les decía,—nuestras apostólicas tareas por esta ciudad, pues siendo la cabeza de todo el arzobispado, parece que debe ser preferida á las demás; y estos ciudadanos se han prestado con tanta docilidad, fervor y devoción, que el grano de la divina palabra ha producido en sus corazones fruto centuplicado. No dudemos, venerables hermanos, que los mismos prodigios que ha obrado aquí obrará en vuestras parroquias la divina palabra que venimos á predicaros, y los santos Sacramentos que vamos á administraros, pues que nos han informado de la docilidad de esos feligreses, de la afición que tienen á las cosas de Dios y del deseo con que nos esperan.

„Y para que nuestra visita y predicación no encuentre ningún obstáculo y pueda producir todo el buen resultado que es de esperar, nos ha parecido conveniente escribiros la presente para manifestaros nuestro deseo y propósito de pasar á vuestra residencia cuanto antes, y la confianza en que estamos de que nos haréis entretanto el oficio de San Juan Bautista ó de precursor del Señor, preparándonos los caminos á la gracia que en nombre de nuestro Señor Jesucristo os venimos á comunicar.„

Después baja á describir en particular el modo que habían de tener para quitar el vicio dominante entre aquellos isleños, que era el amancebamiento, y luego, como el apóstol San Pablo dirigiéndose á los fieles de Corinto, decía nuestro celoso Pastor á los suyos: "Finalmente: exhortaréis... á todos los que viven en mal estado que procuren enmendarse y disponerse de manera que cuando nos hallemos entre vosotros no tengamos que obrar como juez contra el reo, sino como padre el más tierno y amoroso, que os ama á todos en Jesucristo. Al propio tiempo os mandamos que el primer domingo que ocurriere después de haber recibido la presente, la leáis á vuestros feligreses en el ofertorio de la Misa, y que en los demás días de fiesta, en el mismo ofertorio de la Misa, leáis algún trozo de nuestro Catecismo, á fin de que haya uniformidad con esta ciudad, donde todos ó la mayor parte han procurado aprenderlo. Luego que lleguemos os comunicaremos lo demás de viva voz, y vosotros y los señores comandantes de partido ya nos diréis de palabra todo lo que conocieréis que es de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la mayor gloria de Dios y bien de las almas, que es lo único que deseamos y procuramos cumplir.„

Precedido de la fama de santidad que en pocos meses se había en Cuba conquistado y de la voz de su hermosa Pastoral, salió á principios de Junio de Santiago en dirección al Caney para concluir la Misión que con grande provecho estaban allí dando los Padres Esteban Adoain y Paladio Currius; confirmó y dió la comunión á los niños, y como era población pequeña, pasó en seguida á la ciudad del Cobre, en donde estaban predicando los Padres Manuel Subirana y Francisco Coca. Tan perdida estaba la moralidad en los habitantes del Cobre, que antes de empezar la Misión sólo había en ella ocho matrimonios canónicos. Era esto tanto más espantoso cuanto que la parroquia de Santiago de Minas del Cobre abraza un territorio tan extenso como una diócesis regular de la Península. El P. Claret, para regenerar tan corrompidas costumbres, llamó allí á toda la curia episcopal, y en menos de un mes consiguió arreglar 400 matrimonios de personas amancebadas, con las consiguientes legitimaciones de sus hijos (1).

4. Después de haber permanecido en el Cobre el tiempo suficiente para confirmar á los que aún no habían recibido este santo Sacramento, para dar la última mano á la santa Misión y dispensar algunos parentescos para los cuales le había facultado el Soberano Pontífice, partió para la importante Misión de Puerto Príncipe. La ocasión con que fué allá antes que á otros puntos, se presentó de este modo: Mientras estaba en el Cobre despachando varios asuntos, el general Gemerí, que se hallaba de Comandante general en el departamento del Centro de la ciudad de Puerto Príncipe, con el mayor encarecimiento le escribió que pasara luego allá, pues convenía para extinguir la revolución, que estaba muy enardecida. Al mismo tiempo el Capitán general de la Habana, D. José de la Concha, le decía en otra carta que no fuese, porque con su clemencia y peticiones le impediría el obrar justicia y hacer los escarmientos que él creía indispensables. El celoso Prelado, que por lo mismo deseaba con mayor ardor acometer aquella empresa, de la que esperaba habían de resultar muchos bienes é impedirse muchos males, le respondió manifestándole

(1) Manuscritos del Siervo de Dios y declaración de D. Antonio Barjau.

la conveniencia de dar allí una Misión, y le hizo ver las repetidas instancias que á este fin le hacía el General del Centro, con lo cual, calmado el Gobernador general, consintió en ello, y tornó á escribir dando su respuesta afirmativa. Era imponente el espectáculo que ofrecía el P. Claret en estas excursiones. Se deja entender por estas palabras de D. Antonio Barjau, pronunciadas en el momento solemne de declarar en el proceso informativo: "En Cuba, — dijo, — había visto yo tres, cuatro y hasta cinco mil jinetes, acompañando de un pueblo á otro al que ellos llamaban el santo Arzobispo (1).„

Para apreciar más la obra salvadora del P. Claret en Puerto Príncipe, conviene describir el estado en que entonces se hallaba, tanto más cuanto que el bien obrado por las predicaciones del P. Claret trascendió á los años posteriores en beneficio de la nación española y de la tranquilidad de la Isla de Cuba. Puerto Príncipe es cabeza de un extenso territorio, de suma importancia comercial y política por su proximidad al mar y por su considerable riqueza. Sus habitantes, afectando cierto aire de singularidad y de independencia, gustan mucho de que se les llame con el nombre de *Comagüeyanos*, tomado del de una hacienda en que se fundó la ciudad. Como abundan en ella las familias medianamente acomodadas, han salido siempre de allí muchos jóvenes para educarse en países extranjeros, pero mayormente en la vecina república de los Estados Unidos. Si á estas circunstancias se agrega el ser puerto de mar y la larga distancia de 151 leguas que la separan de la Habana, residencia del Gobierno general de la Isla, nadie extrañará que haya sido en todos tiempos el centro de las revoluciones y de las conspiraciones que los filibusteros han tramado contra España.

Cuando el Excmo. Sr Claret se dirigió á aquella ciudad para abrir en ella la santa pastoral visita y dar comienzo á una Misión, los ánimos estaban sobremanera excitados; parte de la población se hallaba en armas contra el Gobierno, capitaneada por el célebre Narciso López, y en tales circunstancias no podía menos de llamar la atención el arrojo de un Prelado que en nombre de Jesucristo venía á anunciarles la paz evangélica. Al principio le miraron con prevención, porque

(1) Declaración del ilustre D. Antonio Barjau. Ad art. 132.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los insurrectos le consideraban como á un emisario del Gobierno español que iba á amenazar con las penas eternas del infierno á los que pretendían declararse independientes y á convertir en favor de los intereses terrenos de la metrópoli el prestigio que le daba su sagrado ministerio, pensamiento que se robustecía más aún por ser el Prelado recién llegado de la Península; los que se mantenían fieles al Gobierno español temían, por otro lado, que, dejándose llevar excesivamente de su corazón, por natural compasivo y bondadoso, no podría menos de condolerse de la triste suerte de los esclavos y de horrorizarse al ver el modo inicuo con que algunos españoles los trataban; de lo cual creían ellos que por necesidad había de resultar el dejarse arrastrar, llevado de su celo, á predicaciones indiscretas que comprometerían la autoridad del Gobierno y favorecerían, aun sin él pretenderlo, la causa de los revoltosos. Ciertamente que las circunstancias no podían ser más desfavorables á la predicación del Siervo de Dios, pues cualquiera puede comprender que, estando de esta manera los ánimos prevenidos, era muy difícil que no saliera de sus labios alguna palabra que, interpretada torcidamente por los que la oyeran, le comprometiera con alguno de los opuestos bandos.

Fueron, efectivamente, á oirle muchos hombres de uno y otro partido con la única mira de atisbar si por algún caso hablaría de las revueltas políticas que por entonces afligían á la Isla de Cuba, pero más á Puerto Príncipe. Escuchábanle atentos para ver si por algún concepto soltaba expresiones por las cuales diera á conocer de algún modo que se declaraba por uno ú otro partido; mas como el prudente Arzobispo estaba ya adiestrado en estas luchas de santa diplomacia por haber desempeñado ya, cuando simple Misionero, en Cataluña el mismo papel en parecidas circunstancias, se guardó muy bien de tratar directa ni indirectamente de lo que pudiera herir más ó menos las pasiones políticas, sino que antes bien, prescindiendo de bandos y partidos, intimó á todos igualmente el cumplimiento de los preceptos del Señor, habló con su acostumbrado celo y fervor del juicio, de las penas del infierno, de la eternidad, de la vanidad de las cosas humanas, del amor de Dios y de otras cosas semejantes. Al contemplar en él miras tan levantadas y que, sin fijarse en los intereses humanos, á todos, sin distinción de razas, los abrazaba en Jesucristo y anhelaba proporcionarles una felicidad eterna; que en las conversaciones, en el confesonario, en las visitas á los hospitales, en el arreglo de las parroquias y en todo cuanto hablaba y decía sólo se reflejaba el deseo que tenía de salvarlos á todos y de extender la gloria de Dios, desvaneciéronse muy pronto todas sus preocupaciones, comenzaron á respetarle y amarle, y al que antes miraban como á enemigo sospechoso tuviéronle luego como á hombre más celestial que terreno, y les parecía ver en él un ángel exento de las pasiones ruines de los hombres, que tantos daños causan en la sobrehaz de la tierra.

Durante los días que estuvo en Puerto Príncipe fueron prendidos por las tropas del Gobierno varios insurrectos, naturales de la misma ciudad, y como los cogieron con las armas en la mano fueron condenados á muerte. Oyeron los infelices hablar del santo Arzobispo, y fué tal la confianza que, así ellos como sus parientes, pusieron en él, que le llamaron para que los confesase en la cárcel, lo cual hizo él de muy buen grado. Pasó más adelante la confianza que de él hicieron los desgraciados insurrectos, pues como se hallaban ya subyugados y conmovidos con las predicaciones del Siervo de Dios, no querían prolongar por más tiempo la rebelión; pero espantábales el tremendo castigo que les esperaba si, deponiendo las armas, se entregaban al Gobierno. Para salir de tan apurado trance suplicaron al santo Prelado que agenciase para obtener del General que todos los que estaban comprometidos en la sublevación y se hallaban con las armas en las manos, deponiéndolas, pudiesen volver disimuladamente á sus casas sin ser de nuevo perseguidos ni hacer constar sus nombres en registros, sino que se echase todo al olvido, porque no volverían á sublevarse. El P. Claret, como de entrañas piadosísimas, no desatendió un negocio en el cual se interesaba la vida temporal y eterna de tantos hombres, feligreses suyos muy amados y como los medios que debía emplear eran muy propios de su santo y caritativo ministerio, les ofreció que trabajaría con gusto cuanto estuviese de su parte para obtener el perdón general de todos ellos.

Puso desde luego manos á la obra, y con fecha de 26 de Julio escribió al Capitán general una sentida carta, en la cual, entre otras expresiones ternísimas y que ponían de manifiesto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su compasivo corazón, se leían estas otras no menos tiernas y conmovedoras: "¿Cómo me tendré por buen Pastor de este rebaño que el Señor me ha confiado si no procuro por todos los medios posibles salvar la vida á estos infelices, que aunque rebeldes é inobedientes á las autoridades, son súbditos y ovejas mías? Vuestra Excelencia me dirá que, según la ley, deben morir: lo conozco, señor; pero también diré que á veces concurren tales circunstancias, que las penas impuestas por las leyes pueden conmutarse. El fin de aplicar las penas á los reos no sólo es castigar el delito en el que lo cometió, sino advertir á los demás para que escarmienten en cabeza ajena... En cuanto á lo primero, ya se llevarán buena parte del castigo... En cuanto á lo segundo, le puedo asegurar, mi General, que no se sacará ningún bien, antes es de temer grande perjuicio para la causa pública, pues que si éstos han de sufrir la pena de muerte, serán mirados como héroes, víctimas de la libertad de la patria... Á más de que ahora ya no se necesita este escarmiento, porque el país está en suma paz y los motores y seducidos bien desengañados, y si ven benignidad en el Gobierno español, acabarán de persuadirse de que es paternal y no tirano, como algunos charlatanes han querido darles á entender.„

A esta respetuosa carta contestó bien pronto D. José de la Concha con otra, en que le decía, refiriéndose á la que acababa de recibir: "Todo su contenido revela la ardiente caridad que brilla en V. E., y es tanto más doloroso para mí no contestar con la palabra *perdón para todos*, cuanto en esto no haría más que seguir los impulsos de mi corazón y hasta de mis convicciones, que son hasta cierto punto las que V. E. expresa. Pero yo no tengo el poder de los reyes; sólo puedo ejercer en su nombre el conceder los indultos cuando pueda probar que he usado de aquella facultad en beneficio de la causa pública, porque mi primer deber es acatar y hacer cumplir la ley. En las circunstancias presentes, en las condiciones de este país, un indulto general de la pena capital sería peligroso tal vez, y mi razón me dice que en tal caso no tengo el derecho de oponerme á la ley, si ésta condena á ella á los que han hecho armas contra su patria y llamaban á los extranjeros y se preparaban en venir en su auxilio. Pero como la ley del Estado no me aconseja que la ley se cumpla con todos los

que condena á tan terrible pena, he dado instrucciones al excelentísimo Sr. Comandante general de ese departamento para conciliar lo que el deber me manda y los sentimientos de V. E., que son lo que los míos en esta parte me piden. Réstame manifestar á V. E. que en ninguna circunstancia de mi vida me hubiera sido más grato complacer en un todo á V. E. como en la presente, y espero que V. E. hará justicia á las razones que me lo impiden, seguro como debe estar de la alta consideración y respeto con que soy de V. E. su muy atento seguro servidor, q. b. s. m. = *José de la Concha*.„

Ante una respuesta que parecía tan desairada no cejó el Sr. Claret, sino que con nuevos bríos y razones, llevado de su amor paternal, tornó á escribir al Gobernador; y como éste se había escudado en que el interés de la patria reclamaba un escarmiento, él, haciendo uso por tan noble causa del derecho que le daba el título de consejero de la Corona, hablóle no ya tan sólo como Prelado por medio de súplicas, sino como consejero de oficio, intimándole la responsabilidad que pesaría sobre él si obraba en causa tan grave contra el parecer de un consejero de S. M. y de un Prelado, que podía estar más enterado del verdadero estado de las cosas que él, puesto que se hallaba en el foco de la revolución, y que amaba no menos la nación española, pues estaba dispuesto á dar su vida por ella. Esta nueva carta, llena de ternura, terminaba así: "Habiendo visto desde que le escribí mi última lo mucho que afecta á la causa pública la pena que se quiere imponer á los sublevados, no puedo menos de escribirle como Prelado en favor de estas mis pobres ovejas, y decirle como consejero de S. M. que no conviene que mueran; pero si V. E. teme comprometerse ó faltar á su justo deber, tenga la bondad de mandar que se suspenda la sentencia y darme permiso de acudir á S. M. la Reina nuestra señora; pues que yo, obrando con esta convicción y sentimientos de caridad por el bien de la nación, no temo compromiso alguno, y estoy pronto á sacrificar la misma vida á favor de mis ovejas y de la nación española.„

El Sr. Concha no pudo resistirse á las razones y piadosos sentimientos de esta segunda carta, y así dió luego un indulto general, como se lo pedía el Sr. Arzobispo, el cual indulto produjo para la paz pública excelentes resultados, como ya lo había previsto nuestro Padre. Claro se vió esto en la tentativa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

revolucionaria que dos años más tarde hicieron los norteamericanos, pues no halló eco en la Isla como la anterior, y pudo ser fácilmente sofocada. Algún tiempo después hicieron otra, pero sin resultado alguno; por lo cual los enemigos de España aborrecían al Sr. Arzobispo como á su principal enemigo, y le temían más que á todo un ejército. Persuadidos que nada adelantarían sus planes separatistas mientras estuviera en la Isla el virtuoso Prelado, intentaron, como más adelante veremos, quitarle la vida. De esta manera contribuyó más el Sr. Arzobispo á conservar la paz y las buenas relaciones de aquellas colonias con la metrópoli, sin nombrar jamás la causa de España, que muchos Capitanes generales con sus ejércitos, y así, en efecto, lo confesaron sus enemigos; pues en una carta que de uno de ellos se conserva, escrita por aquel tiempo en Puerto Príncipe, decían así: "Nada nos hace más daño y causa más miedo que el Sr. Arzobispo; porque con sus predicaciones y limosnas se hace dueño de todo el pueblo, sin cuyo concurso nosotros nada podemos: nos daña, no sólo respecto á los del país, sino también respecto á los extranjeros; pues bastaría que el día que vengan diga el Arzobispo: "esos „son protestantes, son herejes, no podéis comunicar con ellos„ para que el pueblo los rechace.„

Lo primero que hizo el Siervo de Dios al llegar á Puerto Príncipe, que fué á últimos de Julio, fué dar ejercicios al clero, y después comenzó la Misión al pueblo en tres iglesias á la vez, porque la ciudad era muy grande, pues tenía más de una legua de extensión. D. Lorenzo Senmartí y D. Antonio Barjau la dieron en la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, que se halla á un extremo de la población; el P. Vilaró en la de Santa Ana, que está al extremo opuesto, y el P. Claret se reservó para sí la de Nuestra Señora de la Merced, que es la más capaz y está situada en el centro de la ciudad. Duró esta importante Misión dos meses enteros, que fueron los de Agosto y Septiembre, y "nadie podrá explicar,—dice el mismo Sr. Arzobispo,—el fruto que se hizo con el auxilio del Señor.„ Giró además, durante este tiempo, la visita pastoral á las seis parroquias que á la sazón había en Puerto Príncipe, y á las demás iglesias que se levantaban en su seno, y hacia el fin de la Misión, para que fuese el fruto más duradero, publicó una circular con varias disposiciones muy oportunas, dirigida

exclusivamente al clero y pueblo de Puerto Príncipe. Entre las cosas importantes que en ella se ordenan merece citarse la disposición quinta de la segunda serie, la cual dice así: "Según nuestras facultades, fundamos en la iglesia de la Merced la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, y, por lo tanto, en cada día festivo, á las cinco y media de la tarde, se empezará la función, que consistirá en rezar el santísimo Rosario, en un rato de lectura espiritual y otro de oración mental.„ Esta instructiva y edificante Pastoral está fechada en 16 de Septiembre de 1851, y firma en ella, no el secretario de gobierno, que lo era el P. Vilaró, sino el especial de visita, don Manuel José Miura.

5. Entretanto otros Misioneros estaban por orden de su Excelencia dando Misión en otros puntos con no menos felices resultados. "A los 20 de Mayo, —escribía D. Paladio Currius, —ya salieron dos de nosotros á abrir la santa Misión en la villa del Cobre, á cuatro leguas de esta ciudad, y á los 24 del mismo abrimos la santa Misión en el pueblo del Caney... Tanto la Misión del Cobre como la nuestra tuvieron efecto muy satisfactorio, y mucho más por haberse coronado las dos Misiones con la administración del santo sacramento de la Confirmación y la pastoral visita de S. E. I., quien, con su acostumbrado fervor, en pocos sermones confirmó cuanto nosotros habíamos hecho en muchos... Seguimos unos y otros dando segunda y tercera Misión en otros pueblos (ó puntos, porque muchas veces la dábamos en casas de campo, como diríamos en Cataluña, en las cuales se reunían todos los de los alrededores). Si no crecía siempre el auditorio, se acrecentaba á lo menos la docilidad en los pobrecitos campesinos, los cuales, aunque muy ignorantes en Catecismo y Religión, estaban muy hambrientos de la divina palabra, que nunca habían oído; y así como en España se ve por lo regular, ó casi siempre, que los primeros concurrentes al sermón ó al sacramento de la Penitencia suelen ser algunas mujeres, en estas dos últimas Misiones nuestras era todo lo contrario, pues tuvimos el consuelo de hacer la primera comunión general, siendo siempre más de la mitad jóvenes de veinte á treinta años, que por cierto no suelen ocupar muchos confesores. Mas no se crea que el no concurrir tanto el sexo femenino era por falta de fe ó devoción, sino que por estar los caminos casi intransi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tables á causa de las continuas lluvias, les era muy difícil el acceso á ellas. A pesar de todo esto, experimentamos los admirables frutos de la divina gracia de tal manera que se veían estampados en los rostros de todos los recién convertidos, y muy particularmente en la celebración de los matrimonios. En este asunto era y es todavía una maravilla continua. Se llega á una Misión, cuyo pueblo no cuenta al principio más allá de diez á veinte matrimonios, aunque tenga el vecindario más de tres mil almas; pero al concluir la Misión, los capitanes de partidos, que en ésa llaman alcaldes, tienen que formar nuevos registros por la variación tan grande que ha habido durante la misma... Al llegar al punto donde hicimos la tercera Misión no había más que diez ó doce matrimonios canónicos, y á los quince días de comenzada contaba ya más de ciento sesenta (1).„

Mas cuando estaban ya á más de la mitad de esta última Misión, el Señor quiso probar la virtud de los Misioneros permitiendo que acometiera al P. Currius tan fuerte ataque del vómito que estuvo á punto de perder la vida. Cabalmente este buen Padre, que era uno de los más celosos y fervorosos, estaba ya alegremente combinando con su compañero el plan para la cuarta Misión, que había de ser en punto donde había muchas personas que hacía treinta ó más años que estaban aguardando hacer la primera confesión y ver una sotana de sacerdote; mas cuando más gozoso estaba con la cosecha que esperaba recoger en aquel nuevo campo de acción, el Señor le probó con la gran enfermedad predicha, lo cual acaeció el 20 de Julio. Lleváronle en unas parihuelas á Santiago, que distaba como nueve leguas del punto en donde enfermó. Con el trastorno del viaje perdió los sentidos y estuvo veinticuatro horas antes de volver en sí. Todos creían que no tardaría en morir, por lo cual le fueron prontamente administrados los santos Sacramentos; pero Dios nuestro Señor, que le tenía destinado para ayudar al Siervo de Dios con muchos empleos de gran confianza, contra toda esperanza humana le devolvió poco á poco la salud, de manera que á últimos de Agosto ya pudo levantarse y el 8 de Septiembre decir Misa en la capilla del Sr. Arzobispo.

(1) Carta de D. Paladio, del 23 de Noviembre de 1851.

Peligro semejante corrió otro compañero del santo Prelado cuando más satisfechos estaban de los resultados que en las Misiones iban obteniendo. De Puerto Príncipe había pasado el P. Claret con los suyos á Nuevitas, que es puerto de mar, al Norte de la Isla, en donde dió Misión, lo mismo que en Bagá, San Miguel y San Jerónimo. "El fruto que hace su Excelencia Ilustrísima, — escribía el P. Currius refiriéndose á estas Misiones, — es inmenso; luego de llegar al pueblo, abre la Misión, siendo más Misionero que Arzobispo, pues que de esto no tiene más que la carga. Luego de terminada la Misión, se pone á confirmar y hace la santa pastoral visita á las parroquias circunvecinas y, entretanto, él mismo y sus compañeros están instruyendo á los niños para la primera comunión, que es la última función que hace como por despido en todas partes por donde pasa (1).„

Después de haber dado cima á la Misión y visita de los anteriores pueblos, volvió el Siervo de Dios á Puerto Príncipe y allí pasó las fiestas de Navidad, en las cuales celebró solemnemente las funciones eclesiásticas, cantando en la iglesia de la Soledad los Maitines y la Misa de gallo. En esta ocasión fué cuando el vómito se cebó en uno de sus celosos operarios, el P. Antonio Barjau, quien estuvo á las puertas de la muerte, con grande pena del Siervo de Dios. Fué tan fuerte el ataque, que todos le daban por muerto, y así lo creyó en un principio el mismo P. Claret; mas luego, iluminado con luz profética, dijo terminantemente que no moriría de aquélla, lo cual consta claramente por la carta que aquel mismo día del ataque escribió á su Provisor, el P. Lobo, dándole cuenta de la enfermedad de D. Antonio. Al principio de ella, llevado como los demás de un sentimiento humano, daba ya por perdida la vida de dicho Padre; mas en una postdata que añadió al fin, aunque éste continuaba en el mismo estado de gravedad y no daba esperanza alguna, dijo absolutamente que el Señor le curaría, porque él le había encomendado muy de veras en sus oraciones y le había menester para que siguiera ayudándole en sus tareas apostólicas. El suceso probó la verdad de la profecía, porque el P. Barjau curó y siguió por muchos años sirviendo al Sr. Arzobispo en varios empleos y comisiones de importan-

(1) Carta del P. Currius, del 23 de Noviembre de 1851.

cia, á mayor gloria del Señor (1). Así á éste como al P. Currius parece que el Señor les restituyó á la vida para ensalzar y glorificar al Siervo de Dios con las importantes declaraciones que como familiares suyos hicieron en el proceso ordinario de su beatificación.

No acaeció lo mismo con el joven toledano, que hacía de escribiente al Sr. Provisor, ni con el P. Juan Pladevella, que enseñaba Teología moral en el Seminario y era al mismo tiempo examinador sinodal. Falleció aquél en 21 de Septiembre, y el segundo el 4 de Octubre de 1851, con gran sentimiento y pesar de nuestro Padre, que los estimaba mucho, principalmente al último, por sus raras prendas.

Entretanto el Sr. Arzobispo continuaba sus visitas y Misiones en las parroquias hasta la semana de Pasión, que aquel año fué el 30 de Marzo; de manera que habiendo salido para dar comienzo á las Misiones del campo el 16 de Julio de 1851, fueron más de ocho meses los que estuvo en ellas ocupado, y si ahora volvió á la capital de su diócesis fué para ajustarse á las prescripciones del Concilio Tridentino, que aconseja á los Pastores de las iglesias que en los días más solemnes de entre año residan en sus respectivas iglesias Catedrales para el mayor esplendor del culto, y con ánimo además de cobrar nuevos alientos en los santos ejercicios que, como se dijo, hacía todos los años con sus familiares. Hiciéronse con gran solemnidad las funciones de Semana Santa, para lo cual dispuso el observante Prelado que todos los que habían de tomar parte en las funciones ensayaran de antemano las rúbricas, en lo cual dió él primero el ejemplo con grande edificación de los demás.

El 17 de Abril, terminadas las fiestas de Semana Santa y Pascua, empezó con sus familiares los ejercicios de San Ignacio, los cuales dirigió él mismo. Acabados el día 26 los ejercicios, entraron en ellos veinte ó veintiún Ordenandos, de los cuales doce recibieron de manos de S. E. las Órdenes menores y los demás la tonsura el 9 de Mayo de 1852. El día tercero de este mismo mes tuvo el consuelo de bautizar y confirmar solemnemente á un médico chino convertido por sus desvelos de la gentilidad á la Religión católica, y á quien apadrinó el Excmo. Sr. Capitán general Manzano, representado en la ceremonia por su secretario (1).

(1) Declaración de D. Antonio Barjau, Ad art. 93.

6. El 19 de Mayo salió otra vez el santo Prelado, acompañado de tres Misioneros, del Secretario de visita y de un paje, en dirección á la ciudad de Manzanillo para reanudar la Misión y la santa visita pastoral en lo restante de su vasta diócesis. Predicaba cada día, y sin saber cómo con frecuencia se le escapaba durante la predicación el decir que dentro de poco vendrían grandes terremotos. Lo mismo le acaeció en otras poblaciones. De Manzanillo pasó á la parroquia de San Fructuoso, y de aquí á la ciudad de Bayamo, en donde dió ejercicios al clero, y lo mismo que en las otras poblaciones se ocupó el Siervo de Dios en predicar, confesar, quitar amancebamientos y administar el sacramento de la Confirmación á cuantos era necesario. En este último punto, después de haber ejercido ya en él por varios días el sagrado ministerio, el 20 de Agosto, á las diez de la mañana, estando él en la capilla del Sacramento ó de los Dolores, sintióse un terremoto, que se repitió en los días sucesivos. Lo mismo aconteció en la ciudad de Santiago, pero con mayor vehemencia; y como el Sr. Gobernador eclesiástico, en vista de los estragos que allí hacían los terremotos y del terror y espanto de las gentes, escribiese al Sr. Arzobispo diciéndole que convenía fuese á la capital, éste, dejando la Misión de Bayamo, partió volando al punto donde más peligraban sus amadas ovejas, en donde, como después más largamente veremos, desplegó toda su actividad y celo en socorrer á los necesitados.

Durante los dos primeros años, no obstante los temblores de tierra y el cólera morbo, visitó todas las parroquias del Arzobispado, dió Misión en todas ellas por sí mismo ó por sus celosos compañeros, reuniendo á las veces dos ó tres parroquias rurales que comprendían dos ó tres leguas. Para iglesia, en caso de necesidad, servíanse de alguna casa de tabaco, que no era otra cosa que un grande cobertizo. Allí levantaban un altar y el púlpito: los confesonarios se formaban con sillas; mas para confesar á mujeres, añadían unas rejillas que á este efecto llevaban consigo. Para comprender la abnegación de aquella vida apostólica que el Siervo de Dios hacía á pesar de

(1) Carta del P. Currius al Cura párroco de Castelló, 20 de Mayo de 1852.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su dignidad episcopal, sería menester haberle visto recorrer muchas veces á pie, con gran modestia y sencillez, caminos ásperos y tortuosos, sin provisiones de ningún género, ó tan frugales que para cualquier rústico labriego servirían de penitencia. Juntóse á esto que en los dos primeros años fueron las lluvias tan frecuentes y abundantes, que hubo vez en que llovió nueve meses seguidos, sin un solo día de interrupción, con lo cual cada uno puede echar de ver los apuros en que, viajando, se verían. De estas trabajosas expediciones, emprendidas en un país tan caluroso, por la gloria del Señor, nos ha dejado escritos el mismo Siervo de Dios dos piadosos episodios que, al paso que indican la estrechez y necesidad grande en que á las veces se veían y el contento y alegría con que la llevaban por amor del Señor, parecen recordarnos los poéticos tiempos narrados por Homero ó inventados por la fecunda imaginación de los más insignes novelistas. Mas aquí la realidad supera en ternura y pintoresca sencillez á las escenas campestres más tierna y delicadamente descritas por los que apacientan su imaginación con los caprichos de su fantasía, como lo podrán ver nuestros lectores, mayormente en la segunda.

"Me acuerdo, — dice, — que el segundo año que nos hallábamos en aquellas tierras, quise ir por tierra á la ciudad de Baracoa, ya que por mar no tuve proporción. Emprendí el viaje con mis compañeros, y como los lugares por donde habíamos de pasar eran solitarios y las gentes de las pocas casas que por allí había, por temor del cólera, se habían ausentado, venía con nosotros un criado que llevaba la comida. Comenzó éste á quedarse atrás porque la bestia de carga no podía caminar, y entretanto nosotros, aunque muy tarde y ya de noche, llegamos á una casa en la que no hallamos más que una galletica de soldado, pequeña y durísima, de la que hicimos cuatro pedazos, uno para cada sacerdote; y al día siguiente, en ayunas, tuvimos que emprender el peor camino que jamás he andado en mi vida. Fué necesario pasar el río llamado Jojo treinta y cinco veces, pues como corre serpenteando entre dos altas montañas y no hay otro lugar para el paso, cuando abre camino por una parte no lo abre por otra. Pasado el río, tuvimos que subir á las altas montañas llamadas *Las Cuchillas de Baracoa*, cuyo nombre les es muy adecuado, porque verdaderamente están como cuchillas, y porque por encima del corte ó cresta se extiende el camino. Hay trechos en él en que es menester dar señal ó aviso con el sonido de un caracol marino para que si hay dos viajantes á caballo en dirección contraria no se encuentren; de otra suerte, el caballo del uno ó del otro tendría que rodar montaña abajo, porque es tan estrecho el paso que el animal no tiene lugar para dar la vuelta atrás, y las montañas son tan altas, que desde ellas se ve el mar á uno y á otro lado de la Isla, por estar en medio de ella; y son tan largas, que el paso dura cuatro leguas. Pues por estas montañas tuvimos que subir y andar en ayunas y con gran peligro de caer. La bajada es tan pendiente que yo resbalé y caí dos veces, aunque, gracias á Dios, no me hice mucho daño.

„Al mediodía llegamos á una casa de campo, en donde pudimos comer, y por la tarde llegamos felizmente á la ciudad de Baracoa, en el punto en que al llegar á la Isla de Cuba puso los pies el descubridor Colón. Todavía se conserva la cruz que plantó á su llegada. Sesenta años hacía que esta ciudad no había sido visitada por ningún Prelado, y, por lo tanto, no se había administrado en ella desde entonces el sacramento de la Confirmación. Cuando yo llegué, ya dos de mis Misioneros habían hecho la santa Misión; no obstante, prediqué todos los días que permanecí en ella, administré á todos el sacramento de la Confirmación, la visité y pasé luego á la parroquia de Guantanumo, y de ésta á la de Mayari, preparadas con la Misión de mis compañeros, é hice en ellas lo mismo que en Baracoa.

„De Mayari fuimos á Santiago, la capital, distante de allá unas cuarenta leguas. Salimos de Mayari el lunes de Semana Santa, y como el camino es muy solitario, tuvimos que llevarnos provisión para comer, la cual consistió en un potaje de bacalao con garbanzos y patatas en una olla de barro. Después de haber andado gran trecho de camino, los viajeros dijeron que habíamos de comer. Nos detuvimos, por lo tanto; sacaron la olla, encendieron lumbre, y para resguardarse del viento se arrimaron al tronco de una gran caoba; todos fuimos por leña, mas fué luego tan intenso el calor del fuego, que se rompió la olla. Entonces nos procuramos una yagua, que es una hoja grande que se cae de las palmeras, semejante al pellejo de un carnero. Pusimos en ella el potaje, y como no te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

níamos cuchara ni tenedor, cogimos unas güisas, que son hojas de otro árbol, y con ellas tomamos nuestro rancho ó potaje. Tuvimos sed, y para calmarla cogimos otra yagua, y atada por los extremos formamos un odre, que llenamos de agua en el vecino arroyo, y así bebimos muy regaladamente: todos estábamos tan contentos y tan alegres, que era una maravilla. El día siguiente llegamos á Santiago, en donde celebré las funciones de Semana Santa, lo cual hice todos los años (1).„

Tan poca cuenta tenía de sí mismo, á pesar de su dignidad, que según dicho de los que le acompañaban en sus visitas pastorales, en donde le cogía la noche allí dormía, aunque fuese en despoblado, para lo cual colgaba á veces su hamaca (2) de dos árboles y en ella tomaba un ligero descanso. Premió el Señor la abnegación con que su Siervo le servía con varias gracias extraordinarias que le concedió en algunos de estos viajes. El P. Juan Bautista Fonte, que le acompañó en la santa visita pastoral, dice que así él como los familiares del virtuoso Prelado tenían por cosa singular y admirable el que atravesando muchas veces á caballo barrizales, de donde todos salían enlodados, sólo el Siervo de Dios salía limpio (3). El presbítero D. Juan Gallart solía contar otro caso harto gracioso que le pasó á él mismo, y en el cual, á su juicio, había algo de sobrenatural. Á causa de las distancias y de las fatigas consiguientes á un clima tan caluroso como el de Cuba, veíanse á las veces en la necesidad de ir á caballo todos los de la comitiva. Acaeció una vez que acompañando al Siervo de Dios en la visita, iba aquel buen sacerdote montado en un caballo, al parecer el más bizarro y elegante, pero tan torpe en el andar que todos los otros le dejaban muy atrás. El Sr. Gallart echaba mano del látigo y de la espuela, pero no había medio de arrancar al animal de su paso. Ya el brazo se le cansaba de darle tan fuertes y repetidos golpes, ya las espuelas habían roto la dura piel del caballo y la sangre goteaba de las frescas heridas que le abrieron, pero la bestia no se movía más ni menos, como si fuera insensible á aquella especie de

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Hamaca es una red gruesa y clara que, asegurada por las extremidades en dos árboles, sirve de cama y columpio, y llevándola dos hombres sirve también para andar de viaje dentro de ella.

(3) Carta del P. Gallo, de la Compañía de Jesús.

martirio. Los que iban delante se cansaban de esperarle y no sabían á qué atribuir tanta indolencia. Oyendo el santo Arzobispo el murmullo de los que le acompañaban, preguntó qué era aquello. Se lo explicaron, y volviéndose él atrás fué adonde estaba el Sr. Gallart, y le dijo: "Monte Ud. en mi caballo y yo montaré en el de Ud.„ Trocaron, en efecto, las cabalgaduras y, ¡cosa admirable!, apenas montó el Sr. Claret, el pesado animal aligeró el paso de tal manera que se adelantó á los demás y parecía que volaba. Los compañeros se maravillaron no poco del suceso, y más el P. Juan Gallart, que no había podido con él. Acaeció el hecho yendo de las Tunes á Canto del Embarcadero.

Otra vez, encaminándose desde Santa Cruz á Puerto Príncipe, volcó el coche en que iba el Siervo de Dios con su secretario Sr. Miura. Aquél salió del lance sin lesión alguna, pero á éste se le descompuso un pie, hinchándosele de tal manera que no podía dar un paso, y además le causaba la herida intensísimo dolor. Llevároníe entre todos á un rancho de negros: allí pidió el Siervo de Dios aguardiente de caña, y con un paño empapado en él envolvió el pie del doliente. Luego hizo sobre él la señal de la cruz, le quitó el paño, y á los cinco minutos le dijo: "Abríguese bien con la media y ande, pues está ya curado.„ El mismo Sr. Miura aseguró que no sentía dolor alguno y estaba sin hinchazón, como si nada le hubiese sucedido (1). Alentados el P. Claret y sus Misioneros con estos y otros favores del cielo, siguieron incansables sus tareas apostólicas recorriendo todos los pueblos del Arzobispado. En 1853 juntóse al Siervo de Dios un nuevo obrero, que fué D. Antonio Galdácano, capuchino vizcaíno, quien exclaustrado por la revolución se fué á los Estados Unidos; de allí pasó de Cura párroco á Puerto Rico, y como en este punto no le probase el clima, se trasladó á Santiago, en donde ayudó á nuestro Padre en algunas Misiones y luego como profesor del Seminario de Cuba, y por último, como catedrático de Teología en el Seminario de El Escorial.

Gran consuelo experimentó el Varón de Dios con estos y otros sucesos favorables; pero fué sin comparación mayor el que sentía á vista de los felicísimos resultados que sus Misio-

(1) Declaración de D. Antonio Barjau. Ad art. 124.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y visitas obtenían. D. Paladio Currius declaró en el proceso para la beatificación del Siervo de Dios que antes de terminar los dos años de su permanencia en Cuba había verificado por sí ó por sus Misioneros 8.577 matrimonios de públicos amancebados, y unido á 210 que vivían divorciados. Asimismo declaró que las comuniones recibidas en las Misiones durante ese período de tiempo ascendían á la suma de 73.447, y las confirmaciones á 97.070. El ilustrísimo señor Obispo de Segorbe añade que en los dos primeros años se celebraron 9.000 matrimonios de personas que vivían públicamente amancebadas y se legitimaron 40.000 niños espúreos, á los que sus padres dieron en adelante una educación cristiana; cerca de trescientos matrimonios, que vivían escandalosamente separados, volvieron á reunirse; unas ochenta mil personas comulgaron en las comuniones generales de las Misiones, siendo unas trescientas mil las que se confesaron. En esta proporción fué creciendo el fruto en las Misiones y visitas que hizo en los años restantes. ¿Quién, pues, puede calcular el bien moral hecho á la Isla de Cuba por el Siervo de Dios en los seis años que duró el gobierno personal de su diócesis? Durante ellos "llegó á visitarla toda tres veces, como escribe su Provisor el Padre Lobo, en una extensión de ciento cincuenta leguas de longitud y por muchas partes de más de cuarenta de latitud. No hubo pueblo ni ranchería que no visitase, teniendo que atravesar páramos y sábanas dilatadísimas, siempre á caballo ó á pie y por senderos poco ó nada conocidos. Las jornadas no bajaban de veinte leguas, y ocasiones hubo en que se pasaron veinticuatro horas sin probar alimento bajo un clima abrasador como la zona tropical. En cuanto llegaba con sus Misioneros al punto á que se dirigía, daba principio á la Misión, que él mismo predicaba siempre, ayudándole los Misioneros en la explicación de la doctrina... Puede asegurarse que no quedó lugar habitado adonde no acudiera. En las visitas, concluído todo lo relativo á Misión y confirmaciones, procedía el Sr. Claret al examen riguroso y detenido de los libros parroquiales: comprobaba las fechas de los nacidos y su condición de legítimos ó naturales, para hacer cargo á los párrocos y amonestar dulcemente ó con autoridad si no eran escuchadas y atendidas sus paternales exhortaciones, tratando á todo trance de corregir el escándalo, ó con la unión conyugal de los amancebados ó

por la separación, valiéndose, en caso necesario, del auxilio del brazo secular (1).„

Aunque parece imposible que en el breve decurso de los años en que estuvo el Sr. Claret en Cuba visitase tres veces su extensa diócesis, realmente la visitó no sólo tres veces, más aún, cuatro, por lo que se refiere á las poblaciones más importantes de ella, lo cual consta por los manuscritos del Siervo de Dios y por las claras noticias de un testigo presencial y muy autorizado, cual fué el presbítero D. Paladio Currius. "Dejando aparte,—escribe,—la ciudad de Santiago de Cuba, cuyas parroquias todas visitó á lo menos cinco veces, si seis no, voy á probar que las principales partes del Arzobispado las visitó cuatro veces. En el departamento occidental, ó sea en la ciudad de Puerto Príncipe y sus cercanías, estuvo desde el 16 de Julio de 1851 hasta fines del mismo año, y como no volvió á Santiago de Cuba hasta el 30 de Marzo de 1852, creo que visitaría por la parte del Norte de la Isla los departamentos central y occidental del Arzobispado. El 19 de Mayo de 1852 salió á la visita del departamento central por la parte del Mediodía de la Isla y del Arzobispado, y no volvió á Santiago de Cuba hasta el 23 de Noviembre de 1852, excepto los días que mediaron desde el 3 hasta el 29 de Septiembre, que estuvo en Santiago por causa de los temblores. De esta manera se verifica la verdad de lo que él dice en sus *Apuntes biográficos* en el penúltimo apartado del capítulo VI. El viaje á Baracoa, que pone en dicho capítulo VI, lo comenzó el 20 de Febrero de 1853, principio del año tercero de su Arzobispado, y, por consiguiente, sería ya la segunda visita que hacía á Baracoa, departamento oriental. Aunque en estas visitas parecen dos parroquias visitadas por primera vez, sin embargo, Baracoa puede ser ya la segunda visita en que fué por tierra, y la primera había ido por el mar del Norte... El 8 de Junio de 1853 salió á la segunda visita de todas las poblaciones del Norte y del departamento occidental: en esta visita estuvo hasta el 2 de Diciembre de 1853, en que llegó á Santiago de Cuba. El 21 de Noviembre de 1854 salió conmigo para el departamento occidental, donde hizo la tercera visita, como también hizo la segunda ó tercera en Baracoa, donde estuvimos la menor par-

(1) Carta del P. Lobo, del 22 de Enero de 1881.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te del día 22. El 30 de Octubre de 1855 estaba otra vez en Puerto Príncipe, haciendo la cuarta visita, y en los meses de Julio, etc., de 1854, y en los de Marzo y Julio de 1855, había hecho las visitas por tercera y cuarta vez en las poblaciones del centro meridional del Arzobispado (1).„

(1) Carta de D. Paladio Currius del 11 de Febrero de 1889.

CAPÍTULO III

DE LAS CONTRADICCIONES QUE TUVO EN LAS VISITAS PASTORALES, Y CÓMO LAS VENCIÓ

1. Contradicciones que sufrió de la autoridad civil.— Origen de ellas.— El capitán general D. José de la Concha.—Causa de sus desaciertos.—2. La cuestión de los esclavos. — Su triste condición. — Cómo trabajó el P. Claret por mejorarla.—Cuánto le favoreció en esta empresa el señor marqués de la Pezuela. —Los enemigos de la Religión y de la Patria ocasionan la destitución del señor Marqués.—3. Ley de Indias sobre el matrimonio entre gentes de distinto color.—Falsas interpretaciones de dicha ley apoyadas por las autoridades civiles de Cuba. —Cómo las impugnó el Siervo de Dios.—Carta á D. José de la Concha.—Respuesta de éste.—Otra carta sobre lo mismo al capitán general D. Valentín Cañedo.—Publica un extracto sobre la legislación de Indias para desvanecer los errores sobre esta materia.—Protección decidida que le dispensó el señor marqués de la Pezuela, y frutos de esta protección.—Persecuciones que se acarreó el Sr. Marqués con su noble conducta.—4. Excomulga el P. Claret á un amancebado público.—Persecución que padeció por esta causa.—Fortaleza apostólica del Siervo de Dios en este asunto, y saludable efecto de ella.—Expone con valentía al Capitán general de Cuba los abusos y la corrupción de varios empleados del Gobierno y la guerra que le hacían.—Orden del Capitán general para defender al P. Claret.—Paz inalterable del Siervo de Dios en medio de estas contradicciones.—Su completo triunfo, y conversión del excomulgado.—Cuánto contribuyó con su celo á la pública moralidad.—El Gobierno y el Papa le felicitan por ello.

1. Fué menester en el Siervo de Dios gran fortaleza para llevar á cabo tantas obras del divino servicio, tanto más cuanto que hubo de hacer frente á varias contradicciones de parte de la autoridad civil. Comenzaron ya éstas el año de 1851 en la ciudad del Cobre. El mismo Siervo de Dios las refiere en estos términos: "El demonio no podía mirar con indiferencia la multitud de almas que cada día se convertían al Señor, y además Dios había de permitir alguna tribulación para templar la natural satisfacción que teníamos todos á vista del feliz resultado que tenían todas nuestras cosas. El disgusto empezó de esta manera: Hallándome yo en aquella población,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te del día 22. El 30 de Octubre de 1855 estaba otra vez en Puerto Príncipe, haciendo la cuarta visita, y en los meses de Julio, etc., de 1854, y en los de Marzo y Julio de 1855, había hecho las visitas por tercera y cuarta vez en las poblaciones del centro meridional del Arzobispado (1).„

(1) Carta de D. Paladio Currius del 11 de Febrero de 1889.

CAPÍTULO III

DE LAS CONTRADICCIONES QUE TUVO EN LAS VISITAS PASTORALES, Y CÓMO LAS VENCIÓ

1. Contradicciones que sufrió de la autoridad civil.— Origen de ellas.— El capitán general D. José de la Concha.—Causa de sus desaciertos.—2. La cuestión de los esclavos. — Su triste condición. — Cómo trabajó el P. Claret por mejorarla.—Cuánto le favoreció en esta empresa el señor marqués de la Pezuela. —Los enemigos de la Religión y de la Patria ocasionan la destitución del señor Marqués.—3. Ley de Indias sobre el matrimonio entre gentes de distinto color.—Falsas interpretaciones de dicha ley apoyadas por las autoridades civiles de Cuba. —Cómo las impugnó el Siervo de Dios.—Carta á D. José de la Concha.—Respuesta de éste.—Otra carta sobre lo mismo al capitán general D. Valentín Cañedo.—Publica un extracto sobre la legislación de Indias para desvanecer los errores sobre esta materia.—Protección decidida que le dispensó el señor marqués de la Pezuela, y frutos de esta protección.—Persecuciones que se acarreó el Sr. Marqués con su noble conducta.—4. Excomulga el P. Claret á un amancebado público.—Persecución que padeció por esta causa.—Fortaleza apostólica del Siervo de Dios en este asunto, y saludable efecto de ella.—Expone con valentía al Capitán general de Cuba los abusos y la corrupción de varios empleados del Gobierno y la guerra que le hacían.—Orden del Capitán general para defender al P. Claret.—Paz inalterable del Siervo de Dios en medio de estas contradicciones.—Su completo triunfo, y conversión del excomulgado.—Cuánto contribuyó con su celo á la pública moralidad.—El Gobierno y el Papa le felicitan por ello.

1. Fué menester en el Siervo de Dios gran fortaleza para llevar á cabo tantas obras del divino servicio, tanto más cuanto que hubo de hacer frente á varias contradicciones de parte de la autoridad civil. Comenzaron ya éstas el año de 1851 en la ciudad del Cobre. El mismo Siervo de Dios las refiere en estos términos: "El demonio no podía mirar con indiferencia la multitud de almas que cada día se convertían al Señor, y además Dios había de permitir alguna tribulación para templar la natural satisfacción que teníamos todos á vista del feliz resultado que tenían todas nuestras cosas. El disgusto empezó de esta manera: Hallándome yo en aquella población,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todavía faltaban algunos que se querían casar y no lo habían podido conseguir hasta entonces; yo, para el mayor acierto, llamé al Comandante de la población y le dije: Usted que conoce la gente mejor que nadie, me dirá si los sujetos contenidos en esta lista, que viven mal, pueden ó no hacer matrimonio feliz, ó bien si hay entre ellos algún impedimento de raza; pues yo quiero acertar y no quiero hacer cosa que con el tiempo me acarree algún disgusto.

„Iba él todos los días á mi casa y me informaba de los pretendientes; y si los matrimonios eran factibles, el Cura párroco extendía las proclamas. Presentóse un día un europeo, natural de Cádiz, que vivía amancebado con una mulata, de la cual tenía nueve hijos: yo no le vi, pero oí que hablaba con mi Secretario, diciéndole que se quería casar á todo trance con aquella mujer, á fin de poder dar buena crianza á los hijos que tenía de ella, y el Secretario le contestó que me hablaría del asunto y que volviese á otra hora, que en aquélla el señor Comandante no estaba, y nosotros no teníamos antecedentes. No hubo más que esto; cuando he aquí que en aquella misma noche el señor Comandante ofició al señor Cura, diciéndole que había sabido que casaba gente de distinta clase, aludiendo á dicho europeo. Se me presentó con el oficio el señor Cura, de lo que me admiré mucho. Llamé al Comandante y le pregunté cómo había obrado de aquella manera, añadiéndole que el paso que él había dado no era contra el Cura, sino contra el Arzobispo, y que con aquel oficio, no sólo faltaba á la verdad, sino también á la atención. Hícele ver la consideración que yo le tenía, no permitiendo que se proclamase á nadie sin haber hablado antes con él para evitar choques y disgustos, y que ahora salía con aquella inexactitud calumniosa. Y como el oficio decía que daría parte al Comandante general de Cuba, le pregunté si lo había hecho ó no, para prevenir yo los primeros pasos; y me contestó con otra falsedad diciéndome que no había escrito. Mas he aquí que el Comandante general, sin más noticias que las que le había oficiado el Comandante del Cobre, mal aconsejado del secretario del Gobierno, empezó las más furibundas diligencias, de las que resultaron muchísimas contestaciones y sinsabores.„

Era á la sazón capitán general de Cuba D. José de la Concha, quien, si bien es cierto no tenía ningún resentimiento

personal con el Sr. Claret, fué, no obstante, harto condescendiente con sus enemigos, no sabemos si por ambición ó interés. De estas oposiciones más ó menos directas hechas al Padre Claret por D. José de la Concha, algunos enemigos de nuestro Padre llegaron hasta decir que el marqués de la Habana había herido al P. Claret de un sablazo. Es curioso lo que con este motivo declaró el ilustrísimo señor Obispo de Segorbe en la Causa del Siervo de Dios. Refirió que hallándose en Madrid fué á visitar al señor marqués de la Habana para averiguar la verdad sobre este punto. Eran las diez ú once de la mañana de un día, que no recordó cuál era, del año 1871; el criado de ordenanza le dijo que no podría ver á S. E. porque estaba enfermo ó delicado. Entonces arrancó D. Francisco, que aún no era Prelado, una hoja de la cartera, en la que escribió estas ó equivalentes palabras: "Dicen que V. E. hirió de un sablazo al Padre Claret en Cuba, y deseo saber si es cierto, porque estoy escribiendo su vida.„ Dió luego el papel al ordenanza para que lo entregase al Marqués, quien, al recibirlo, saltó inmediatamente de la cama, vistióse aprisa y de mala manera, y salió preguntando: "¿Quién dice esto?— Este papel, — respondió D. Francisco muy sosegado; — yo no lo creo, pero quiero que V. E. mismo me lo afirme.„ Entraron en la sala, y el señor Marqués comenzó, no sólo á defender, sino á alabar la conducta del P. Claret en Cuba, continuando estos elogios delante de otros militares que vinieron durante la visita (1).

Por esta anécdota se ve que las oposiciones del Sr. Concha al celosísimo Prelado no nacían ni mucho menos de desafecto personal, sino más bien de las personas á quienes se había entregado para afianzar la duración de su gobierno en Cuba. En vez de apoyarse, como lo verificó después el señor marqués de la Pezuela en las personas sensatas, amantes del orden y de la prosperidad material y moral de la Isla, sirvióse como de pedestal de los negociantes que entendían en el tráfico de negros, de los militares corrompidos que, á trueque de que tolerara sus desórdenes, le prometían su apoyo, y de los amos crueles y codiciosos que trataban con tiránica dureza á sus esclavos. Por estas y otras causas su gobierno fué harto funesto y fatal para la Isla, no sólo en la parte moral, á que tan

(1) Declaración del ilustrísimo señor Obispo de Segorbe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pocos atienden, mas aun en la material y económica, como puede verse en la *Crónica de las Antillas,* escrita por Jacobo de la Pezuela. En dos cosas principalmente mostró culpable debilidad, ó, mejor dicho, criminal condescendencia D. José de la Concha: en el contrabando de los negros y en el escaso apoyo que prestó al P. Claret para quitar los amancebamientos, cuando no se opuso á ello por fútiles pretextos.

2. No se puede leer, sin llenarse el alma de tristeza, la manera inicua con que eran tratados los negros por sus amos. Algunos de ellos los consideraban como irracionales y los tenían en sus haciendas como á brutos; tratábanlos á veces peor que á éstos, pues les ponían grillos, los fustigaban con el látigo, y hacían con ellos lo que no puede decirse ni escribirse sin rubor. De la manera que se tiene un rebaño de cabras ó de ovejas, así tenían algunos amos á sus pobres esclavos. Había muchos que no les permitían acercarse á recibir los santos Sacramentos, ni los instruían, ni los dejaban instruir por otros en la Doctrina cristiana; y al paso que los obligaban por un miserable lucro á lo que es impropio de seres racionales, no los dejaban contraer matrimonio. A más de esto, á las pobres esclavas enviábanlas algunos amos á ganar trabajando, y si no les traían tanto á la semana, las azotaban con inaudita crueldad; de donde se seguía que ya para evitar el castigo, ya para tener algo con que comer y vestirse, se entregaban á la prostitución, con detrimento gravísimo de la pública moralidad. Otros compraban negros por cinco años y no permitían que durante aquel tiempo se casasen, sino teníanlos siempre trabajando en sus *ingenios* ó haciendas, como si fueran bestias de carga. Como prueba de la inicua tiranía que sobre ellos ejercían los amos, basta leer el siguiente párrafo de una carta escrita por el P. Claret el 4 de Noviembre de 1852. "En el mes pasado, —dice, —se dió Misión en el partido del Dátil; y un amo envió una orden al mayoral de los esclavos que allí tenía, diciéndole que al esclavo que fuese á oir la Misión se le diesen cuarenta azotes."

Mucho trabajó el Sr. Claret para mejorar la triste condición de estos desgraciados, ya que no le era posible arrancarlos por completo de la esclavitud. Trabajó primeramente para que disminuyese el número de ellos, ora por la emancipación, ora estimulando á las autoridades para que se cumplieran con rigor las leyes que habían sido dadas por el Gobierno peninsular prohibiendo el tráfico de negros. En este último sentido poco ó nada consiguió del gobernador Concha, por las razones que se han dicho; y así, bajo su mando, se introdujeron de contrabando en la Isla muchísimos esclavos, que empeoraron el estado de las cosas. Hubo poblaciones en que estos infelices eran en mayor número que los hombres libres, contando entre éstos á los blancos y á los de color. Con tan inicua tolerancia no sé adónde hubiera ido á parar la desgraciada Isla si el 16 de Abril de 1852 no hubiera sido relevado D. José de la Concha por el teniente general D. Valentín Cañedo, quien, secundando en este punto los deseos del Siervo de Dios, hizo cumplir con mayor escrupulosidad las predichas leyes, con lo cual se contuvo por algún tiempo el número siempre creciente de esclavos. A causa de los innobles manejos de los que en Cuba especulaban con el mercado de carne humana, y de las calumniosas acusaciones que en la Península propalaron contra el Sr. Cañedo, fué éste depuesto del Gobierno de Cuba por real decreto de 22 de Septiembre de 1853; pero viéronse sus enemigos burlados con el nombramiento del teniente general señor marqués de la Pezuela, hombre integérrimo é inexorable en el cumplimiento de sus deberes, quien, por lo mismo que conocía las dificultades con que debería luchar para introducir en Cuba las reformas que él estimaba necesarias al mejoramiento de la Isla, no quiso asumir el honroso cargo sin ponerse antes de acuerdo con el Ministro sobre muchos puntos de Gobierno y sin robustecer su autoridad con la superintendencia de Hacienda de la Isla y la dirección de las fuerzas navales del Apostadero. Con estos cuidados se detuvo en Madrid bastante tiempo, y no llegó á tomar posesión de su cargo hasta el 3 del próximo Diciembre.

Apenas llegado á la Habana, conoció el nuevo Gobernador el poderoso auxiliar que tenía en el Arzobispo de Santiago para reformar moral y materialmente la Isla, y desde luego, apreciándole en lo mucho que valía, le ofreció generosamente todo su apoyo, no sólo para impedir el tráfico de negros, mas aun en todo lo demás que pudiera mejorar la suerte de ellos en el cuerpo y en el alma. Dió el General acertadas medidas para enseñar á los negros emancipados á hacer uso legítimo de su libertad, asegurarles el vestido, la honesta sustentación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y facilitarles todos los medios para cumplir sus deberes religiosos. Aunque en su tiempo se intentaron introducir en Cuba varias expediciones de africanos, no lograron su objeto, porque fueron todas aprehendidas y castigada con su separación la tolerancia de algunos tenientes-gobernadores. El número de emancipados creció en más de dos mil, y para que no fuesen posibles nuevos fraudes no tardaron los informes del general Pezuela en obtener del Ministerio el decreto del 22 de Marzo de 1854 disponiendo un empadronamiento general de todos los esclavos y emancipados. Habiendo precedido á esta medida una contrata del Ministerio con D. Urbano Feijóo de Sotomayor para la introducción en la Isla de colonos gallegos, se cerraron todas las puertas á los interesados en el tráfico de negros para continuar sus lucros, por lo cual, irritados en extremo, trataron de ridiculizar en la prensa peninsular la administración del joven Marqués, pintándole como abolicionista, como apadrinador de los siervos contra los amos, como preparador de la emancipación y sobrado tolerante en permitir el matrimonio de los negros con las blancas. Aunque estos rumores no hallaron eco en el Ministerio, los descontentos y los partidarios del general Concha aprovecharon con malas artes la mudanza radical que hubo en el Gobierno para reemplazar al valiente Gobernador por el que ya en tiempo atrás había sido más tolerante con sus abusos. Llegó, en efecto, á la Habana oficialmente la noticia del relevo en 22 de Agosto de aquel mismo año, con lo cual viéronse frustradas las esperanzas que el P. Claret y todas las personas de orden habían concebido de llevar á los negros todas las ventajas de una cristiana civilización.

Cuando se le cerró esta puerta no halló otros recursos que los que le ofrecían su inagotable caridad, con la que socorrió largamente sus miserias, y la eficacia de su palabra para persuadir á los dueños que trataran á sus esclavos con entrañas de amor y compasión, como lo alcanzó de muchos de ellos. Publicó, además, el bando de buen gobierno y las leyes de Indias relativas á la esclavitud, y estas publicaciones, circulando con profusión, dulcificaron muchísimo el rigor señorial (1). Él, por su parte, se portaba con ellos como un padre

1) Declaración de D. Antonio Barjau. Ad art. 42.

cariñoso, amaestrábalos en la doctrina cristiana con admirable suavidad y paciencia, oíalos en confesión con extraordinaria caridad y dulzura, consolábalos y hacíales más llevaderas, con los consuelos de la Religión, las cadenas de la servidumbre.

3. Otro abuso había, si cabe, aún más pernicioso que el anterior, y que, por desgracia, sancionaron más ó menos las autoridades. El vivir públicamente amancebado, aunque fuese un Marqués, Conde ó Duque, con una esclava ó libre, bien que fuese más negra que la pez, no lo llevaban á mal, al paso que si un europeo cualquiera, ora fuese un simple ranchero, contraía por el matrimonio legítimo enlace con una negra ó parda, mirábanlo como si hubiera cometido un enorme crimen y como una deshonra incalificable. Cierto que existía una ley de Indias, en virtud de la cual los blancos de *notoria nobleza* no podían contraer matrimonio con mujeres de color sin haber aquéllos antes obtenido el consentimiento de sus parientes; pero de esta ley al abuso que se había introducido, hay una inmensa distancia. Por un lado, como si todos los blancos fuesen por el mismo hecho de notoria nobleza, creíanse todos ellos comprendidos por igual en la prohibición, y por otro, en vez del consentimiento de los parientes de que hablaba la ley, pretendían ser necesario el consentimiento de las autoridades civiles, las cuales, halagadas con ello, favorecieron estas falsas interpretaciones, que tantos males acarrearon á la Isla.

En el tiempo en que nuestro Padre recorría la diócesis de Santiago, el abuso estaba ya tan arraigado que era de todo punto imposible luchar de frente contra él sin atraerse los odios de los que disponían del poder; mas no por esto dejó de combatir valerosamente el santo Prelado, comenzando por lo más urgente, y no parando hasta quitar de raíz aquellos fantasmas de ley tan desastrosos para la pública moralidad. Convenía, por de pronto, remediar á todo trance el estado tristísimo de aquellas personas de distinta raza que, después de vivir por mucho tiempo en ignominioso contubernio con larga descendencia de hijos, deseaban legalizar su situación, legitimar la prole y vivir conforme á lo que Dios manda. Como estos casos eran frecuentísimos en Cuba y las autoridades subalternas se negaban á consentir en el matrimonio de personas de distinta raza, al P. Claret se le despedazaba el corazón de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pena viendo que aquellas pobres gentes, á pesar de sus buenos deseos, no podían ponerse en buen estado, y que las obligaban como por fuerza á pecar. Quiso á todo trance poner remedio á tan lastimoso estado de cosas, y con la firmeza y lealtad propias de un Prelado escribió el 7 de Abril de 1852 al Capitán general de Cuba, D. José de la Concha, una carta vigorosa, en la cual, sin faltar á las atenciones debidas á la autoridad, habla con entereza y resolución; y como conocía el carácter del General y que poco ó nada conseguiría de él por las vías amistosas ó confidenciales, emplea un lenguaje enérgico, implora la estricta justicia y, para el caso de que fueran inútiles sus gestiones, le asegura que acudirá sin arredrarse al supremo Gobierno de Madrid.

"Por razón, —escribe,—de la santa visita que estoy haciendo por este mi Arzobispado, según está dispuesto por los sagrados Cánones, y también por leyes de Indias, siendo el objeto de la mencionada visita quitar los escándalos y plantar las buenas costumbres, y, como dice el Pontifical, quitar los amancebamientos, procurando que se casen, en muchos ya se consigue, porque les allano todas las dificultades en virtud de mis poderes; mas en algunos no me es posible, porque, siendo de distinta clase, las autoridades civiles de este mi Arzobispado no lo consienten, y privanme de la libertad de mi sagrado y apostólico ministerio en asuntos de conciencia. Á la verdad, Excmo. Sr., yo soy el primero en procurar que se guarde la distinción de razas, como se puede ver en las disposiciones parroquiales de visita; mas cuando se presentan ciertas circunstancias es preciso ser prudente y condescendiente; de otra suerte se seguirá más daño que provecho, pues ha de saber, Excmo. Sr., que en el decurso de la visita he hallado algunos blancos que vivían amancebados con mulatas, de las que ya tenían una porción de hijos, y deseando los infelices salir de tan mal estado por medio del matrimonio, la autoridad no se lo ha permitido, y al paso que permite ó tolera que vivan amancebados y procreen hijos, los persigue si tratan de casarse; de aquí es que, á pesar de las leyes divinas y humanas, por necesidad han de vivir amancebados, pues casarse no pueden y separarse tampoco; porque ¿cómo crían á sus hijos si se separan?, ¿cómo se rompe el lazo del amor que tanto tiempo ha se profesan mutuamente?, ¿cómo es posible que se

separen aquel hombre y aquella mujer, si á más del amor que se profesan y del que tienen á sus hijos, están de por medio los intereses que ganaron juntos? Que esta es, Excmo. Sr., otra de las razones por que algunos blancos del bajo pueblo se quieren casar ó se amancebaban con las mulatas, prefiriéndolas á las blancas, porque éstas regularmente son holgazanas y amantes de gastar mucho, de manera que en lugar de ayudar al pobre marido le sirven de molestia y carga; mas no sucede así con las mulatas, pues son activas y diligentes y no tienen empacho en ocuparse en cualquier cosa, y son el bienestar del marido y de la familia, como lo he visto con mis propios ojos.

„Que los que son de distinta clase, cuando no hay de por medio ninguna obligación ni razón poderosísima, no puedan casarse, lo tolero; pero que cuando han vivido muchos años juntos en paz y tienen ocho ó más hijos y amenazan suicidarse si no pueden casarse, se les impida el matrimonio, esto es tiranía, como ellos dicen, y cosa intolerable para un Prelado que quiere cumplir con su deber.

„Yo ya sé que V. E. no ignora estas cosas, pero quizá no se le habrá dicho la verdad tan clara como se la dice el arzobispo Claret. Por lo que acudo á V. E. suplicando que se permita casar á los que se hallan en el estado indicado; mas si V. E. no se considera con bastantes facultades, tenga la bondad de contestarme, que á correo seguido escribiré al Gobierno superior de Madrid, el cual estoy cierto que me complacerá, pues me lo tiene muchas veces prometido y me ha dado pruebas muy claras de la sinceridad de sus promesas.

„Entretanto, soy de V. E. el más atento y seguro servidor y Capellán. = *Antonio María*, arzobispo de Cuba.„

Á esta carta tan expresiva y vigorosa respondió el Capitán general D. José de la Concha, el 16 del mismo mes, lo siguiente: "Muy señor mío y mi apreciable Prelado: Recibo la carta de Ud., de 8 de Abril, en momentos de estar entregando el mando al teniente general D. Valentín Cañedo, á quien Su Majestad se ha servido nombrar para sucederme. Abundo en los sentimientos piadosos de Ud., y deseo cesen los males que me indica y con ellos la justa pena que le causan; pero debo dejar á mi sucesor el cuidado de contestar á su apreciable carta.

„Al despedirme de Ud. para la Península, deseo asegurar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Ud. de la suma consideración y distinguido aprecio que me merecen sus virtudes, y me repito siempre su muy afecto y seguro servidor q. b. s. m. = *José de la Concha.* „

Fué, sin duda, muy buena coyuntura la ocasión en que le cogió la carta para salir honrosamente del paso y sin compromisos; pero no sabemos lo que hubiera hecho si continuara en el mando, aunque parece muy probable que, en parte á lo menos, le hubiera atendido, por el ascendiente que en él ejercían las virtudes del santo Prelado, como le atendió en lo del indulto, por más que costara á nuestro Padre dos sentidas cartas. Mayores esperanzas infundía su sucesor el general Cañedo, quien conocía ya personalmente á nuestro Padre y le había ofrecido su apoyo para cuanto se le ofreciese. Luego que tomó posesión del mando supremo de la Isla, hizo al Sr. Arzobispo toda clase de ofrecimientos y dióle particulares muestras de aprecio y veneración, que el Siervo de Dios supo estimar en lo que valían. Mas á pesar de la buena voluntad del General, sus órdenes muchas veces se estrellaban contra las artes y marañas de los jefes subalternos, los cuales, tales disgustos causaron al corazón del bondadoso Pastor, que éste, por no ver tanta maldad y ruina en las almas, anhelaba le fuese admitida la renuncia del Arzobispado, como claramente se deduce de la sentida carta que escribió á D. Valentín, en la que le habla, no tanto como á autoridad, cuanto como un amigo á otro, desahogando en él sus penas, en justa correspondencia del afecto que el General le profesaba. "Siempre, —le dice con fecha de 10 de Mayo de 1853,—me he acordado de las promesas que me hizo cuando tuve la satisfacción de verle y tratarle: mas lo que le voy á pedir, más es de justicia que de gracia, y es que le ruego haga cumplir la real cédula del año de 1805 y el acuerdo que sobre lo mismo dió la Real Audiencia en el año de 1806, respecto de matrimonios desiguales. Por la mala inteligencia de estas soberanas disposiciones (son palabras de inteligentes juristas), se han introducido algunos abusos, que no sólo se oponen á las buenas costumbres, sino también á los adelantos de esta Isla... Por lo que espero de su celo, religión y palabra que me dió, que dispondrá que se cumpla la ley, pero limpia del abuso con que en el día se halla manchada, y que los inteligentes no reparan en calificar de tiranía. Desde que tuve el honor de verle á Ud. y comunicarle mis penas y hacerle sabedor de mis deseos y pretensiones, *que son de dejar el Arzobispado,* han ocurrido algunos casos muy desagradables sobre el particular que me acaban de desesperanzar: por lo que me dirijo á Ud. como á autoridad para que se sirva mandar se cumpla la ley limpia de abusos, y también me dirijo á Ud. como á amigo para que me aconseje lo que debo hacer hasta que venga la renuncia, si es que la puedo alcanzar de la Reina nuestra señora (q. D. g.) y del Sumo Pontífice, á quien estoy solicitándola. Para que Ud., como amigo, se digne darme consejo, le diré algunas de mis penas que me parten el corazón. 1.ª Hay algunos militares retirados, capitanes y tenientes de partido y cabos de cantón, que viven públicamente amancebados, y con sus palabras y mal ejemplo neutralizan todas mis fatigas y trabajos apostólicos en vez de ayudarme. Y como el Gobierno no les dice nada, antes bien, deposita en ellos toda la confianza, se ríen de los avisos, correcciones y amonestaciones de su Prelado y se creen con derecho de criticar mis disposiciones y de aconsejar á los escandalosos que no hagan caso de cuanto les mande. 2.ª Como los que viven escandalosamente quieren encubrir sus delitos con la multitud de criminales, apenas saben que alguno quiere casarse, aunque sea un mulato pordiosero, acuden á la autoridad diciendo que un blanco se casa con mujer de color, y la autoridad manda suspender el matrimonio y tolera que vivan escandalosamente, molestando así á todos mis Curas, Misioneros y á mí mismo. Y ¿qué Prelado puede sufrir esto?... Estas y otras cosas que me callo son las que me afligen y me tienen en un continuo disgusto. Yo pensaba si acaso sería bueno que yo mismo me presentara al Gobierno superior de Madrid; tenga la bondad de darme consejo, pues yo no quisiera errar, y usted me merece toda la confianza. „

Poco pudo hacer D. Valentín Cañedo en favor de nuestro Padre, pues como los enemigos del Siervo de Dios, á quienes interesaba que continuaran los escándalos, le vieron inclinado á favorecer las saludables reformas que el Sr. Arzobispo meditaba, al paso que en las Audiencias de la Isla levantaban contra éste mil calumnias para indisponerle con el Capitán general, usaban en Madrid de todas sus malas artes para derribar á Cañedo del Gobierno, como lo lograron en 22 de Septiembre de aquel mismo año. Mas con el nombramiento y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venida del señor marqués de la Pezuela se estrecharon más y más las relaciones entre el Gobernador de la Isla y el virtuoso Arzobispo. Hizo éste al Capitán general las mismas exposiciones que á los anteriores en orden al matrimonio de blancos con gente de color, y para remachar más el clavo y acabar de una vez con aquella cuestión que tanto perjudicaba á la moral, á la fe y á la cristiana civilización de la Isla, compuso un extracto de la legislación de Indias en lo tocante al matrimonio, desvaneciendo las preocupaciones y falsos alegatos de abogadillos corrompidos y presuntuosos, que por haber hecho su carrera en los Estados Unidos y perdido en ellos la fe y las buenas costumbres con las materialistas doctrinas que allí aprendieron, tomaban cualquier pretexto para amparar toda licencia y libertinaje y perseguir al santo Prelado y sus Misioneros. Este opúsculo se imprimió y circuló con difusión, con lo cual cayó de los ojos de muchas personas la venda de los errores, que en esta materia se habían hecho comunes en el pueblo y las autoridades.

El nuevo Capitán general apoyó con todas sus fuerzas al P. Claret en sus proyectos, hízole respetar de las autoridades subalternas y obtuvo del Gobierno la declaración de que podían casarse los de diferentes razas sin necesidad de otra licencia que de los suyos, debiendo obtenerla del Gobierno los blancos de notoria nobleza. Durante el breve período de tiempo que fué Gobernador de la Isla el señor marqués de la Pezuela, nuestro Padre fué respetado y amado de todas las autoridades, y sus enemigos no se atrevieron á levantar cabeza. El prestigio que entonces adquirió entre todas las clases del pueblo fué verdaderamente extraordinario, y más cuando empezaron á verse los felices resultados de la declaración oficial que su constancia y celo pastoral había obtenido, legalizándose en todas partes uniones ilegítimas, reflореciendo, en consecuencia, las buenas costumbres, y afianzándose más y más la paz y tranquilidad de la Isla. De tal manera se granjeó el aprecio y la estimación del nuevo Capitán general, que éste dió una orden mandando que en todas las oficinas se despacharan favorablemente las peticiones del Sr. Claret, atendiendo únicamente á lo que pedía y sin mirar las razones en que se apoyaba, porque, decía, "no pide nada que no deba concederse". "El buen acuerdo del Capitán general con el señor

Arzobispo, —añade el P. Currius en sus declaraciones, — producía excelente efecto para quitar los amancebamientos, abolir la esclavitud y consolidar la paz de la Isla; pero en estas circunstancias fué mudado el Capitán general y se frustraron las esperanzas que habían podido formarse (1)." Tan persuadido estaba el buen Marqués de que favoreciendo al Sr. Arzobispo con todo el peso de su autoridad y secundando ciegamente sus planes favorecía del mejor modo posible la causa de España y el bienestar temporal de la Isla de Cuba, que, al defenderse en el juicio de residencia que se le formó, dijo estas palabras: "Si el Gobierno quisiera mirar los intereses de la Isla de Cuba y conservarla española, debería aumentar allí una nueva diócesis y en ellas dos Obispos como el santo Padre Claret (2)."

Quien en tal concepto tenía al Siervo de Dios y con tal empeño tomaba su causa, no es de maravillar que levantara contra sí las iras y los furores de los enemigos de la Religión y de la Patria y de los que por el sórdido interés querían mantener y continuar el escándalo. Así fué, en efecto: revolviéronse á la vez contra el santo Arzobispo y contra el Capitán general, y de este último comenzaron á decir que profesaba ideas monárquicas y religiosas poco en harmonía con las tendencias de la época, la cual recriminación, tan gloriosa para el ilustre General, le fué lanzada públicamente por el *Diario de Marina* de la Habana; mas como en Madrid se conocían harto las buenas prendas del valiente militar, ni ésta ni otras inculpaciones le hubieran derribado á no venir la revolución de 1854, que echó por tierra el Ministerio y dió el poder á los progresistas. Éstos, ganosos del aura popular, diéronse á una serie de reformas que halagaron las pasiones de las muchedumbres, y, anteponiendo sus fines políticos al bien de la nación, desposeyeron de sus cargos á los hombres de orden y de ideas no tan avanzadas como las suyas, y entre las víctimas escogidas no podían, como era de suponer, dejar en paz al digno marqués de la Pezuela. Un Capitán general de Cuba, secundando los planes del Arzobispo para moralizar la Isla, hiriendo pasiones inveteradas, intransigente con los que ha-

(1) Declaración del P. Currius. Ad art. 46.
(2) Declaración de D. Antonio Barjau.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cían su negocio en el tráfico de negros, y, en fin, tan recto en su administración que no daba *libertad* ni *desahogo* á las malas pasioncillas de ciertos sujetos, parecía un anacronismo, una antigualla que había que relegar al olvido, y así, bonitamente, le quitaron para reemplazarlo por otro más *progresista,* es decir, más tolerante con el error y con el vicio, y que guardara las cadenas para *moderar* los celosos arranques del santo Arzobispo de Cuba y sus Misioneros. Esta y no otra fué la causa de la salida del marqués de la Pezuela, como él mismo lo declaró en el proceso de beatificación del Siervo de Dios, y como de ello dieron unánime testimonio todos los familiares del santo Prelado y paladinamente lo confesaron los mismos enemigos del que es hoy conde de Cheste. Sírvale al veterano General de consuelo y agradecimiento, por nuestra parte, este glorioso testimonio que mucho le honra á los ojos de los católicos, más aún que sus laureles.

4. Fuente de disgustos fué también para el Siervo de Dios otro hecho particular, en que manifestó la energía que corresponde á un santo Prelado de la Iglesia cuando se trata de defender el vigor de la disciplina y la pureza de costumbres. El celo que el amante Pastor mostraba por quitar las uniones ilegítimas por medio del santo matrimonio, se extendia á todas sus ovejas. Entre éstas había un tendero que vivía hacía mucho tiempo amancebado, y lejos de aprovecharse de los paternales avisos y amonestaciones del P. Claret, se burlaba de él y sus consejos y de las disposiciones que tomaba para arreglar matrimonios de las personas que vivían mal, é influía maliciosamente en el ánimo de otros con sus palabras y malos ejemplos. Deseoso el Sr. Claret de ganarle para Dios, envió dos Misioneros á predicar en el pueblo en donde el tendero residía, para ver si con las exhortaciones de los predicadores y el movimiento extraordinario de piedad que en tales casos suele haber se movería á convertirse; pero fué inútil: agotáronse los medios ordinarios antes de pasar á los extraordinarios, mas unos y otros no dieron resultado alguno satisfactorio. El infeliz se reia de las amonestaciones, correcciones y amenazas del Prelado y de los Misioneros. Apurados ya todos los medios, y viendo que el escándalo iba en aumento, el Arzobispo le exhortó por edicto público; pero tampoco hizo caso el delincuente de este nuevo paso. Tan tenaz resistencia puso

en angustiosa situación el corazón del Prelado. Por una parte dolíale en extremo emplear el rigor de la ley contra uno de sus hijos rebeldes, y por otra el correctivo se hacía necesario tanto para el bien espiritual del ofensor como para conservar la autoridad que había menester para corregir con eficacia á otros menos endurecidos.

Al cabo se decidió á empuñar, conforme á lo establecido por el Santo Concilio de Trento (sess. 24, c. 8.º), la espada de la excomunión, la que blandió contra el altanero amancebado, como lo comunicó el mismo Siervo de Dios al Cura párroco de Lara, á cuya feligresía aquél pertenecía, para los efectos consiguientes. "Con grande sentimiento,—le dice,—y dolor de nuestro corazón le hacemos saber que nos hemos visto precisado á dar cumplimiento á lo dispuesto por el sagrado Concilio de Trento, sesión 24, declarando excomulgado á D. Agustín Vilarrodana, feligrés de esa parroquia de Lara, tendero del Zarzal, quien vive públicamente amancebado sin hacer caso de nuestras pastorales amonestaciones que le hicimos por edicto del mes de Mayo del año pasado y por la santa Misión que Nos hemos hecho en esa parroquia en el presente año... Viendo enteramente frustradas todas nuestras esperanzas, como á miembro corrompido le cortamos y separamos del cuerpo de la Iglesia, para que no inficione á los demás miembros sanos, y, por lo tanto, le declaramos excomulgado vitando, y como tal le tendrá Ud. y todos los demás fieles cristianos, y para que todos le conozcan y se aparten de él, fijaréis su nombre en la puerta de la iglesia y leeréis esta nuestra declaración en el Ofertorio de la Misa en tres dias festivos seguidos, y después en cada primer domingo de mes... (1)."

Imposible es imaginar la polvareda que semejante energía levantó. No tardó en llegar el caso á la noticia de la Real Audiencia de Puerto Príncipe. Antes de pasar adelante, un magistrado de ella escribió al Siervo de Dios intercediendo para que se levantara la excomunión al tendero, fundándose en que era una medida demasiado grave la que había tomado; pero el santo Arzobispo le respondió con decisión y firmeza

(1) Oficio del Siervo de Dios escrito en la santa visita de Bayamo, 23 de Agosto de 1852.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diciendo que le agradecía los consejos, mas que lejos de arrepentirse de haber impuesto la pena consabida, haría pronto lo mismo con él si no enmendaba su conducta, pues también vivía amancebado. Atemorizado el leguleyo con semejante respuesta, formalizó luego canónicamente su unión; pero la Real Audiencia, en 17 de Septiembre de 1852, como unos veinticinco días después de haber sido lanzada la excomunión, mandó librar una real provisión en la que decía: "Que don Agustín Vilarrodana (sobre quien había recaído la excomunión) era mercader con tienda pública y arrendatario de una finca del Estado, con quien hasta las autoridades tenían que comunicar„, y luego añadía que "los casos de amancebamiento no podían reputarse graves; y que lejos de ser merecedores de excomunión, el Fiscal juzgaba que se hallaban excluídos„.

Al oficio de estos señores, que pretendían saber más que el Concilio de Trento y se metían á determinar tan erróneamente lo que no era de su incumbencia, y por el que se le pedían los autos que se habían formado sobre la causa del dicho tendero, respondió valerosamente S. E. I. que obró en santa pastoral visita y por razones poderosísimas de conciencia, después de haber apurado todos los medios ordinarios y extraordinarios, y que en todo había obrado por el temor de la cuenta que habría de dar á Dios, sin intención de faltar al cumplimiento de las leyes, antes bien obrando dentro de los límites de sus atribuciones, según están marcadas en los sagrados Cánones, especialmente en el de Trento; y añadió, por fin, que estaba pronto á dar mil veces la vida antes que retroceder un ápice de lo que entendiese ser para él deber de conciencia. Entretanto, como varios hombres corrompidos y de influencia se habían valido de la anterior declaración para desprestigiar sus pastorales ante el pueblo, y para acabar de hundirle habían levantado contra él y los suyos mil falsas acusaciones y hasta le amenazaron con quitarle la vida, si es que ya no lo intentaron, escribió al Capitán general, que lo era entonces D. Valentín Cañedo, una sentida carta, en la que se descubren todas las tramas de sus enemigos y quiénes eran sus calumniadores.

Está fechada en Bayamo á 12 de Octubre de 1852, poco más de veinte días después de recibir el oficio de la Real Audiencia de Puerto Príncipe, y dice así: "Muy señor mío y de todo mi aprecio: Siempre había desempeñado mi sagrado ministerio con grande fruto y con admiración y aplauso de todo el mundo católico, que lo pregonaba con sus escritos, hasta que la Audiencia de Puerto Príncipe, con fecha 11 de Septiembre de este mismo año, dijo *que los casos de amancebamiento no pueden reputarse graves*. Desde entonces los hombres malos se han vuelto tan insolentes y atrevidos contra mi persona, ministerio y doctrina, y contra mis familiares los Misioneros, que ya no es posible resistir, sufrir ni disimular por más tiempo, porque no sólo peligra ya nuestro ministerio, sino también nuestras vidas, ora por las feas calumnias que nos levantan, ora por otras cosas que están urdiendo; por lo que si cualquier español tiene derecho á implorar el auxilio de la autoridad en todo apuro, no me falta á mí este derecho, que, á más de ser español, soy Prelado, y espero que V. E., con más autoridad y poder, se dignará ampararme en el peligro en que me hallo, mientras que yo acudo al trono de S. M. exponiendo sencillamente mi recto proceder, sin haber jamás perdido de vista el objeto de mi misión, que es morigerar el país, conforme á las miras que tuvo el Gobierno superior al mandarme á este Arzobispado. No me he apartado un ápice del límite de mis atribuciones, y sin embargo de mi recto y laudable proceder, ¡cómo he sido tratado por la Real Audiencia de Puerto Príncipe y por algunos hombres viciosos y escandalosos! Igualmente han procedido mis familiares, reprendiendo los vicios, exhortando á las virtudes y enseñando á todos la obediencia á las autoridades, según las instrucciones que les tengo dadas, y no obstante de no haberse apartado jamás del camino que les tengo marcado, en los días que he estado ausente de la ciudad de Cuba, á pesar de lo que han hecho para consolar á los cubanos de las desgracias de los temblores, son tantas las calumnias queles han levantado que causa horror ver el recurso que han forjado; pero no lo extrañará tanto S. E. si atiende á los sujetos que las han formado y firmado, hombres malos y amancebados y algunos de ellos encausados por asuntos políticos; y para que S. E. los conozca, aquí pongo algunos: D. Francisco Castillo Moreno, abogado, casado, pero amancebado y encausado; D. José Fornaris, soltero, amancebado con una casada y encausado;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Jorge Milanés, licenciado, amancebado y encausado. (Estos tres el Gobierno los tiene con nota de anarquistas.) D. Esteban Astrada, abogado, casado, divorciado y amancebado. Estos cuatro son los que han formado el recurso, pero no se han firmado. Los firmados son los siguientes: D. Rafael Contador, receptor de Rentas Reales, amancebado; D. Jesús Tamayo Flute, capitán de partido, amancebado; D. Jaime Arbós, teniente de partido, amancebado; D. Raimundo Comas, teniente de partido, amancebado; D. Francisco Comas, amancebado; D. Lorenzo Miravent, amancebado; D. Francisco Puig, amancebado. Estos son los principales; los otros los omito, y sólo pongo éstos para que sepa S. E. quiénes son los que nos persiguen. Como ve, todos son inmorales, y aun algunos encausados; y hombres de esta naturaleza á mí me parece que deben ser vigilados y refrenados por el Gobierno, el cual de ninguna manera puede permitir que así insulten y persigan la santa Misión que estamos desempeñando, no sólo como ministros de Dios, sino también como enviados por el Gobierno superior de Madrid para morigerar el país; por lo que, auxiliándonos, no sólo prestará S. E. un servicio á Dios y á su Religión, sino también al Gobierno de S. M., que tan felizmente desempeña. Con esta ocasión, etc.„

Esta enérgica exposición, elevada al Capitán general de Cuba, produjo inmediatamente su efecto, porque el Sr. Cañedo dió luego órdenes terminantes para que el Sr. Arzobispo fuera protegido. Lo mismo hizo el Comandante general de Santiago, quien, con fecha de 18 del mismo mes y año, escribió al jefe militar del departamento de Bayamo, en donde se hallaba á la sazón el Sr. Arzobispo, en estos términos: "Hay motivos para encargar á V. S. que preste al Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo metropolitano cuantos auxilios le pida y estimase conducentes á su seguridad mientras permanezca en el distrito de su cargo; cuyo aviso he creído oportuno dar á V. S. para su conocimiento y fines á que se contrae.„

En cumplimiento de esta orden, el jefe del distrito envió al día siguiente un oficio al Rmo. Prelado ofreciéndole su apoyo en cuanto hubiese menester para su seguridad. Entretanto, el asunto principal pasó á la Audiencia de la Habana, y el señor Claret presentó ante ella una nueva y larga defensa de su conducta y la de los Misioneros, tan bien escrita y razonada,

que el regente de la Audiencia, que le era hostil, quedó asombrado y pidió licencia á su autor para copiarla. "Sé por juez competente en la materia,—escribe el jesuita P. Legarra,—que fué alegato tan bien escrito que merecía se propusiera como obra maestra, quedando en su virtud absuelto en el tribunal el Prelado y los Misioneros. No se objete que más tarde los condenaron; porque esto se decidió, no en la Habana, sino en Madrid y por intrigas y celo del Sr. Concha (D. José) contra el Sr. Pezuela, antecesor de D. José en la Capitanía general de las Antillas españolas (1).„

En medio de estas contradicciones, el Siervo de Dios no perdía la paz inalterable de su alma, ofrecía estos trabajos pacientemente al Señor, y si se defendió ante las autoridades no fué por su honor personal, sino por salvar la honra de la dignidad episcopal que representaba, por defender los derechos de la Iglesia y lograr más eficazmente la salvación de la grey que le estaba encomendada. Por lo demás, él se mantenía siempre en su bajeza, y por lo que á él tocaba hubiera deseado que le quitaran la misma dignidad episcopal. Así lo declaró uno de sus familiares en el proceso de beatificación con estas categóricas palabras: "Creo deber consignar como rasgo que expresa la fortaleza del Siervo de Dios y su poco apego á las dignidades humanas, que cuando, con motivo de la excomunión nominal, sobre la que he declarado, se hicieron recursos al Gobierno de Madrid para que se castigara civilmente al Siervo de Dios, me dijo al saberlo: "Ojalá me quitaran la mitra, que, al recibir esta noticia, daría tal salto de contento que llegaría hasta „las nubes (2).„ Mas aquel Señor que se complace en exaltar á los humildes dió al Siervo de Dios un completo triunfo sobre sus enemigos, y para acrecentarle la alegría le concedió la conversión del que había sido excomulgado, porque al cabo se reconoció, pidió perdón al Sr. Arzobispo, se sujetó á la penitencia que éste le impuso, legitimó su unión por el matrimonio, y en adelante llevó una vida verdaderamente cristiana. Con esto se acabó de confirmar que la rigurosa medida tomada por el santo Prelado fué dictada por la prudencia, pues aunque levantó contra él pasajeras tempestades de los

(1) Carta del P. J. Legarra, de la Compañía de Jesús, 16 de Diciembre de 1880.
(2) Declaración de D. Paladio Currius. Ad art. 136.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viciosos y enemigos de la Iglesia, fué eficaz para quebrantar la contumacia del delincuente y para que otros, como el magistrado de que hablamos, temerosos de pasar por la misma afrenta, normalizaran su situación volviendo al buen camino.

Para colmo de alegría, por las contradicciones pasadas, el Señor bendijo de una manera extraordinaria sus tareas apostólicas. En poco más de dos años se verificaron como unos doce mil matrimonios de personas que vivían públicamente amancebadas (1). Durante la primera visita distribuyeron 38.217 libros, que daban gratis ó cambiaban por otros libros malos que recogían para quemarlos. Dieron además 83.500 estampas, 20.663 rosarios y 8.931 medallas. Después de la primera visita fueron tantos los objetos piadosos que repartieron por la diócesis y fuera de ella, que les fué imposible llevar cuenta de ello (2). Con su humildad, modestia y mansedumbre se atraía los corazones de los sencillos cubanos, que casi llegaron á idolatrarle, y así hacía de ellos lo que quería en servicio de Dios nuestro Señor. "Imposible es, —escribía el mismo Siervo de Dios al señor Obispo de Vich, —explicar los felices resultados de la Misión y santa visita pastoral; hemos de sufrir mucho y trabajar muchísimo; pero cada población hace una mudanza completa, tanto en lo moral como en lo político, aunque de esto nunca jamás les habló. Todos se confiesan y comulgan, se confirma á los que no lo están, y se celebran muchos matrimonios de los amancebados, que los hay en cada pueblo. Ha habido parroquia en que han pasado de trescientos los que se han efectuado entre los que vivían en amancebamiento, y para no tener que dispensar las proclamas y no tener que esperar los tres días festivos, he dispuesto que durante la Misión todos los días se reputen festivos por razón de la grande concurrencia; pues que no sólo asisten á los sermones y á confesarse las personas de mi Arzobispado, sino también las del Obispado de la Habana. Hay personas que han venido expresamente haciendo 156 leguas de camino para oir la divina palabra y confesarse.

„Otro de los medios de que me sirvo para hacer el bien es el de la distribución de libros buenos, ya regalándolos, ya

(1) Declaración del P. Lobo.
(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

cambiándolos por libros malos: de modo que se les quita el veneno y se les pone en su lugar el pan sabroso y saludable de la buena doctrina, mayormente el Catecismo explicado y el *Camino recto*. Es inexplicable el entusiasmo con que se los procuran, la afición con que los leen y lo mucho que les aprovechan estos libros. Voy procurando que en cada casa se encuentren, aunque me cuesten muchísimos duros, que hasta el presente ya suben á miles, pero yo todo lo tendré por bien empleado con tal que se salven estas almas, pues á esto me ha enviado Dios, y no á holgar ni á hacer dinero (1).„

Fué tanto lo que con su desprendimiento, celo y actividad contribuyó al bien moral y material de la Isla, que las autoridades, maravilladas de tan estupendos resultados, se vieron obligadas á aplaudirle y le dieron á él y á los suyos, oficialmente, las gracias en nombre de S. M. por oficio del 7 de Julio de 1852; pero la aprobación que más consoló á nuestro Padre y que más satisfacción le dió fué la del Supremo Pastor de la Iglesia, quien en 27 de Septiembre de 1854 le escribió, entre otras cosas, lo que sigue: "Nuestro corazón se ha sentido inundado de gozo al leer estos testimonios y pruebas de tan grande solicitud y vigilancia verdaderamente pastoral; y levantando nuestros ojos al Señor hemos tributado bendiciones á Aquel que en la suma necesidad en que se hallaba esa Iglesia, le ha suscitado clementísimamente un Pastor según su corazón. A ti y á Nos, venerable Hermano, nos damos el parabién por esa tu celosísima voluntad con que cumples los deberes del cargo episcopal. Sigue con buen ánimo la obra que has comenzado para que se acreciente el número de eclesiásticos que por sus costumbres arregladas á la regla de la disciplina canónica, sana doctrina y celo de la salvación de las almas, puedan servir á los fieles de ejemplo y á la par de estímulo á la piedad y á la virtud. Continúa corrigiendo y formando más cada día en la vida cristiana al pueblo fiel, ora con sagradas Misiones, ora con todo otro auxilio religioso (2).„

(1) Carta del P. Claret del 7 de Abril de 1852.
(2) "Gaudio quidem superabundavit cor nostrum, cum haec tantae sollicitudinis et vigilantiae vere pastoralis testimonia ac significationes legeremus; et levantes oculos nostros ad Dominum Ei benedicimus, qui in summa istius Ecclesiae necessitate Pastorem ei juxta cor suum clementissime suscitavit. Tibi idcirco Nobisque gratulamur, venerabilis Frater, de studiosissima, quam

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quien fué digno de oir en vida tales alabanzas de boca del inmortal Pío IX, bien podía reirse de las hablillas de sus calumniadores y bien puede asegurarse que era varón verdaderamente apostólico. Y con esto nos parece que quedará mejor cerrado este capítulo que con cuantos testimonios pudiéramos traer de otras personas ilustres.

---

praefers ad partes omnes episcopalis muneris obeundas, voluntate. Urge alacriter opus quod coepisti, ut numerus ecclesiasticorum istic augeatur, qui moribus ad canonicae disciplinae normam compositis, sana doctrina et celo salutis animarum fidelibus ad pietatem atque ad virtutem inflammandis exemplo simul et incitamento esse possint. Perge fidelem populum, qua sacris missionibus, qua alio omni religioso auxilio excolere, atque ad christianam vitam continuo informare.„

CAPÍTULO IV

DE LO QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS PARA REFORMAR EL CLERO DE LA DIÓCESIS

1. Cómo arregló el Seminario de Santiago de Cuba.—Oficio que dirigió al Gobierno de S. M. para asegurar la buena organización del Seminario.—Sus resultados.—Últimas diligencias que hizo en favor de dicho Establecimiento.—2. Arreglo parroquial. —Estado triste de las parroquias á su llegada. — Diligencias que practicó para su arreglo.—Cómo le favoreció en ellas el señor conde de Villanueva.—Excelentes resultados de las mismas.—Agradecimiento del Padre Claret al Sr. Conde —Caballerosa generosidad de éste.—3. Reales cédulas en que se determina el arreglo parroquial de las diócesis de Cuba.—4. Medios de que se valió para la reforma de su clero.—5. Manera de aplicarlos y resultados que dieron en general.—6. Contradicciones que tuvo por parte de algunos malos sacerdotes y cómo triunfó de ellos.

1. Sabida es la influencia que el ejemplo de los sacerdotes ejerce en las costumbres del pueblo, porque si aquéllos son edificantes, celosos, caritativos y fieles imitadores en todo de Cristo nuestro Señor, el pueblo los ama, respeta y hace caso de los consejos y amonestaciones que les dirige, de manera que es cosa averiguada por la experiencia, que allí donde los sacerdotes son más ejemplares, está más viva la fe en la muchedumbre, más alentada la esperanza de los bienes eternos y más encendida la caridad en los corazones. Pero es casi imposible que haya buenos sacerdotes si no hay buenos Seminarios. Por esto el sacrosanto Concilio de Trento, en donde se juntaron tantos varones ilustres en santidad y ciencia, dispuso muy sabiamente el modo cómo en ellos habían de ser formados en las ciencias y virtudes eclesiásticas los futuros ministros del Señor, y estableció reglas oportunísimas para el buen régimen de los mismos Seminarios, pues sabían muy bien aquellos Padres que de la recta educación de los aspirantes al sacerdocio dependía la prosperidad de la Iglesia y la salvación de innumerables almas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quien fué digno de oir en vida tales alabanzas de boca del inmortal Pío IX, bien podía reirse de las hablillas de sus calumniadores y bien puede asegurarse que era varón verdaderamente apostólico. Y con esto nos parece que quedará mejor cerrado este capítulo que con cuantos testimonios pudiéramos traer de otras personas ilustres.

---

praefers ad partes omnes episcopalis muneris obeundas, voluntate. Urge alacriter opus quod coepisti, ut numerus ecclesiasticorum istic augeatur, qui moribus ad canonicae disciplinae normam compositis, sana doctrina et celo salutis animarum fidelibus ad pietatem atque ad virtutem inflammandis exemplo simul et incitamento esse possint. Perge fidelem populum, qua sacris missionibus, qua alio omni religioso auxilio excolere, atque ad christianam vitam continuo informare.„

CAPÍTULO IV

DE LO QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS PARA REFORMAR EL CLERO DE LA DIÓCESIS

1. Cómo arregló el Seminario de Santiago de Cuba.—Oficio que dirigió al Gobierno de S. M. para asegurar la buena organización del Seminario.—Sus resultados.—Últimas diligencias que hizo en favor de dicho Establecimiento.—2. Arreglo parroquial. —Estado triste de las parroquias á su llegada. — Diligencias que practicó para su arreglo.—Cómo le favoreció en ellas el señor conde de Villanueva.—Excelentes resultados de las mismas.—Agradecimiento del Padre Claret al Sr. Conde —Caballerosa generosidad de éste.—3. Reales cédulas en que se determina el arreglo parroquial de las diócesis de Cuba.—4. Medios de que se valió para la reforma de su clero.—5. Manera de aplicarlos y resultados que dieron en general.—6. Contradicciones que tuvo por parte de algunos malos sacerdotes y cómo triunfó de ellos.

1. Sabida es la influencia que el ejemplo de los sacerdotes ejerce en las costumbres del pueblo, porque si aquéllos son edificantes, celosos, caritativos y fieles imitadores en todo de Cristo nuestro Señor, el pueblo los ama, respeta y hace caso de los consejos y amonestaciones que les dirige, de manera que es cosa averiguada por la experiencia, que allí donde los sacerdotes son más ejemplares, está más viva la fe en la muchedumbre, más alentada la esperanza de los bienes eternos y más encendida la caridad en los corazones. Pero es casi imposible que haya buenos sacerdotes si no hay buenos Seminarios. Por esto el sacrosanto Concilio de Trento, en donde se juntaron tantos varones ilustres en santidad y ciencia, dispuso muy sabiamente el modo cómo en ellos habían de ser formados en las ciencias y virtudes eclesiásticas los futuros ministros del Señor, y estableció reglas oportunísimas para el buen régimen de los mismos Seminarios, pues sabían muy bien aquellos Padres que de la recta educación de los aspirantes al sacerdocio dependía la prosperidad de la Iglesia y la salvación de innumerables almas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conocedor de esto nuestro Padre, apenas llegó á Cuba, uno de sus primeros cuidados fué el atender á la reforma material y moral del Seminario de su diócesis. Verdad es que existía ya éste en Santiago desde el año 1722, en que lo fundó el ilustrísimo Sr. Fray Jerónimo Valdés, del Orden de San Basilio; mas, aunque en 1774 lo había restaurado el Ilmo. Sr. D. Santiago José de Echevarría, natural de Cuba, cuando el P. Claret tomó posesión de la diócesis se hallaba en estado tristísimo, de suerte que apenas merecía el nombre de establecimiento eclesiástico. Podíasele aplicar con razón lo que del de la Habana decía D. Nemesio Fernández Cuesta. "El Seminario de la Habana está frecuentado por jóvenes que aprenden todas las ciencias, menos la Teología, y se destinan á todas las carreras, excepto á la carrera eclesiástica. Las clases de Filosofía, de Derecho y de Matemáticas son las concurridas de pensionistas y externos, y tal vez habría necesidad, por falta de discípulos, de cerrar el Seminario si la enseñanza se limitara á estudios eclesiásticos... Así hay pocos sacerdotes ordenados en el país, vienen de España ó del extranjero, y bastan apenas á desempeñar todas las parroquias, que son, por otra parte, en número muy pequeño para la población (1).„

Todavía era más deplorable la situación del Seminario de Santiago, pues hacía más de treinta años que no se había ordenado en él ningún seminarista. No había en él orden de ningún género, ni muebles, ni forma alguna que indicara enseñanza, ni memoria de que hubiera dado á la diócesis sacerdote alguno. No parecerá tan extraño si se atiende á las largas vacantes por que pasó la diócesis, á que fué á las veces gobernada por Vicarios capitulares intrusos y al abandono en que la metrópoli tenía aquella parte de sus hermosos dominios, que hacía servir únicamente como de escala para el continente americano. Era tal la relajación á que se había llegado, efecto de las tristes circunstancias, que el expediente para la formación de un sacerdote se formaba tan sólo por medio de una simple solicitud presentada al Vicario capitular, en la que se le pedía la promoción de algún sujeto á los sagrados Órdenes. El Vicario, por medio de un decreto que ponía en el

(1) *Nuevo viajero universal*, enciclopedia de viajes modernos. Tomo III, página 819.

margen, pasaba la solicitud á informe del Cura párroco del pretendiente (podía éste ser un simple fiel), y á la certificación del Párroco *de vita et moribus* y de idoneidad científica, dábanseal interesado letras dimisorias para ordenarse en tres días seguidos. Esto explica el porqué la mayor parte del clero, al llegar allí el Siervo de Dios, apenas supiera leer el latín y fuera además de costumbres muy relajadas (1).

No es fácil imaginar la prisa con que el celosísimo Arzobispo se dedicó á remediar tamaños males. Mandó luego reparar lo material del edificio, en lo que gastó considerables sumas, y en seguida se dedicó á organizar el establecimiento con sujeción á las prescripciones tridentinas y de varios Sumos Pontífices. Nombró Rector del Seminario al inteligente P. Antonio Barjau, catedrático de Latín al Sr. Rovira, de Teología Moral al Sr. Pladevella y de Liturgia al Sr. Currius. Para las clases de Ciencias naturales adquirió los aparatos y ejemplares necesarios, supliendo de su dotación lo que faltaba á la del establecimiento, hasta que por real orden del 12 de Septiembre de 1857 pudo recabar del Gobierno que, en tanto que no recayera la aprobación de la Reina en el expediente que presentó, del fondo especial de bienes de regulares se le acreditase y abonase la cantidad anual de 4.000 pesos para aplicarlos exclusivamente á las más apremiantes necesidades del mismo Seminario. Con los hábiles sujetos que puso para la enseñanza y la dirección espiritual, logró comunicar al nuevo plantel de jóvenes el espíritu eclesiástico, que se manifestaba en la práctica de la oración mental, de la piedad, de los exámenes y lecturas, de la frecuencia de Sacramentos y de los ejercicios espirituales de cada año. Celosísimo, sobre todo, de ordenar únicamente á los que fueran dignos, hubo de dejar pasar casi dos años sin admitir á ningún estudiante á las Órdenes sagradas, porque, según se ha dicho, en esta delicada materia era muy necesaria la reforma, á causa de que muchos, por entrar en posesión de pingües capellanías gentilicias, solicitaban las Órdenes. A estos tales los estrechaba para que se pusiesen en condiciones de probar su vocación y de poder ingresar en el Seminario, y si no respondían á los medios de que solía valerse, los privaba de las capellanías para conferirlas á otros más

(1) Declaración del ilustre D. Antonio Barjau Ad art. 43.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dignos (1). Para lo cual, el 4 de Agosto de 1851 dió en Puerto Príncipe un decreto que decía: "Cada uno de estos individuos manifieste en particular si tiene verdadera vocación, y careciendo de ella renunciará las capellanías que haya obtenido, para que á título de ellas se ordene otro más á propósito y digno de pertenecer al clero, debiendo los aspirantes tener muy presente que deben ser castos, pues los deshonestos son indignos del estado sacerdotal; que deben practicar las virtudes, frecuentar los Sacramentos y tener un amor grande á las cosas de Dios nuestro Señor; ser aficionados á las funciones de iglesias, devotos de María santísima, celosos por la salvación de las almas; edificar á los fieles con sus palabras y buen ejemplo y enseñar el Catecismo; aplicados al estudio, puesto que un eclesiástico sin ciencia es como la campana que no suena. Por lo tanto, los demasiado jóvenes se dedicarán al estudio de las primeras letras, y los más adelantados á la gramática latina, cuyos preceptores darán cuenta cada tres meses á Nos ó á nuestro Vicario en esta ciudad, de su aplicación y aprovechamiento. Entiendan los desaplicados que declararemos vacantes las capellanías que obtuviesen por considerarlos desde ahora indignos de poseerlas; los que hayan estudiado latinidad, pasarán á nuestro Colegio Seminario de Cuba á continuar los cursos de Filosofía y Teología y aprender las demás ciencias que deben adornar á un sacerdote... Y por cuanto es sumamente doloroso que algunos, después de haber perdido su puericia y juventud en la ociosidad gastando malamente los emolumentos de las capellanías, se presenten luego á ser ordenados con la sola recomendación de poseer cuantiosas capellanías, y como quiera que esto no les da las virtudes y ciencia necesarias, sino que hace más sospechosa su vocación y da una triste idea de la especulación que se quiere hacer del ministerio sacerdotal, conviene estén éstos advertidos que no será ascendido á las sagradas Órdenes sino el que haya dado pruebas de su decidida vocación, de sus virtudes y ciencia necesarias."

Con estas disposiciones quitó á los mercaderes del templo del Señor, y ofreció medios para honrarle á los jóvenes de buenas costumbres que se sentían llamados al estado eclesiástico.

(1) Carta del P. Lobo, del 22 de Enero de 1880.

Tenía por máxima, y la cumplía, ser preferible dejar los pueblos sin sacerdotes antes que enviarles un indigno, pues había observado por propia experiencia que, en los puntos donde no había clérigos, se cumplía mejor la ley natural que donde éstos eran malos; y corregido el abuso de las uniones ilegítimas por la celebración del matrimonio durante las Misiones, solía acaecer que, al volver los Misioneros á los mismos lugares al cabo de dos años, hallaban que muchos de los habitantes se habían conservado en gracia de Dios. Por el contrario, en los pueblos regidos por clérigos indignos, las costumbres eran depravadas. Y añadía el santo Prelado: "Si Dios no me envía varones verdaderamente llamados, el mismo Señor cuidará de aquellas almas por medio de los ángeles. A Dios toca el llamar. Yo no he de introducir indignos en el rebaño para que lo devoren en lugar de apacentarlo."

Dos solos, de los que ordenó en Cuba, dieron después malos ejemplos, y fueron D. Tristán Jesús Medina, que tan triste celebridad adquirió en Madrid y en toda Castilla por sus predicaciones insensatas y por su apostasía, y un tal Armiñán, ambos de la Isla. Sin embargo, consta positivamente que el santo Arzobispo se resistió mucho á ordenarlos, á pesar de que entonces aparentaba D. Tristán virtud y modestia, y del segundo no constaba nada malo, y sólo los ordenó por las repetidas instancias que le hicieron los que estaban al frente del Seminario, que respondieron de ellos. Poco después, estando de visita en Bayamo, escribió al Rector con fecha 16 de Febrero de 1855 acerca de Armiñán: "Este papelito que le incluyo lo guardará y me lo devolverá cuando yo vuelva; entretanto, lo enseñará al Sr. Provisor y al P. Rovira para que vean cómo se cumple á la letra el pronóstico que yo había formado de él. Yo decía que con el tiempo tendría que arrepentirme de haberle ordenado, y ya me estoy arrepintiendo." Amaestrado con esta triste experiencia, decía después en una carta añadida á los Apuntes que escribió para el buen orden de la diócesis: "Vaya, pues, con cuidado el Prelado, tenga firmeza de carácter, no admita á los que le infunden recelos, después que haya encomendado el negocio á Dios, no le suceda lo que á mí con un viudo que ordené. Antes le hice pasar al Seminario para poderlo observar mejor, y no supe de él cosa mala; sin embargo, sus maneras no me eran satisfactorias y me resistí,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta que por las repetidas instancias del rector del Seminario y de su catedrático, le ordené; pero ha salido tan mal que es una compasión, y es para mí una grande pesadilla. „

Á otro seminarista, aunque era de mucho talento, no quiso ordenarle por los informes que de él tuvo, á pesar de las instancias de algunos catedráticos, pero más que por otra cosa se resistió por una señal de mal agüero que vió en él y en que otros no habían reparado, y era que mientras los demás rezaban el Rosario, aquel seminarista permanecía mudo sin pronunciar palabra.

Era tan cuidadoso en vigilar las costumbres de los que aspiraban al sacerdocio y en que no entrasen en el Seminario jóvenes que pudieran dar mal ejemplo, que, no obstante la confianza que tenía en el celo y en la discreción del rector Don Antonio Barjau y de los demás que estaban al frente de él, en esto no se fiaba de nadie y por sí mismo vigilaba y se enteraba minuciosamente de las cualidades de cada uno. Acaeció varias veces que estando él ocupado en la santa visita pastoral vacaron algunas plazas de colegial, que fueron solicitadas por algunos jóvenes. El Rector lo escribió al Siervo de Dios, inclinándose á admitirlos, más éste solía darle respuestas dilatorias hasta su regreso, para examinar por sí mismo á los pretendientes.

En los primeros años, como necesitaba el Sr. Arzobispo prontamente sacerdotes para la provisión de las parroquias, pidió á algunos Prelados de la Península estudiantes adelantados en las ciencias y de conducta intachable, y los admitió en el Seminario, para que concluidos en el mismo sus estudios les pudiese conferir las Órdenes sagradas. Mas luego procuró fomentar las vocaciones entre los naturales del país, para lo cual los alentaba, proveyendo en ellos todos los beneficios, para los que le tocaba á él nombrar, y hasta los ordenaba á título de sacristía, con lo cual llegó á ordenar hasta treinta y seis. No fueron infructuosas las prudentes medidas adoptadas para la reforma del Seminario, como lo prueban los brillantes resultados obtenidos al cabo de pocos años, según declaración jurada de sus familiares. "Á los dos años,—dice el ilustre Barjau, rector que era entonces de aquel Seminario,—de estar el señor Arzobispo en la diócesis, habiendo puesto el Seminario según la norma del Santo Concilio de Trento, contaba unos cuarenta

alumnos internos y unos setenta externos; aumentaron después mucho más, siendo un establecimiento eclesiástico tan regular y observante como el mejor de la Península. Al final del Pontificado del Siervo de Dios, verdaderamente el clero de Santiago de Cuba estaba reformado y era instruído y edificante (1).„

Para afianzar más y más la obra llevada á cabo en el Seminario, poco antes de partir para la Península, adonde era llamado por S. M., hizo al señor ministro de Ultramar una exposición contenida en los siguientes términos: "Excmo. Sr.: Teniendo que trasladarme á la Península, según se ha servido disponer S. M. (q. D. g.), y á fin de dar más pronto cumplimiento á esta soberana disposición, sólo me llevo conmigo el Secretario y un criado, dejando entretanto á los demás familiares sacerdotes en sus destinos respectivos; y como dos de ellos se hallan destinados en el Colegio-Seminario de San Basilio, el uno por director y el otro por profesor de sagrada Teología, se hace indispensable atender á esta urgentísima necesidad; pues que ellos dos son el sostén de aquel utilísimo establecimiento y, por de pronto, no veo otro medio para llenar el vacío de estos dos familiares, que van á salir á no tardar, sino que pasen dos ó más Padres de la Compañía á hacerse cargo de aquel Seminario, ya que, según estaba dispuesto en la real cédula de 1852, no se ha podido confiar este cuidado á los Padres Paúles hasta ahora, ni se ve esperanza próxima de poderlo hacer en lo sucesivo. Tal vez esta urgencia sea la que abra el paso y dé principio al cumplimiento de los deseos que tenemos, tanto yo como mi Hermano el muy Rdo. Obispo de la Habana, de que los Padres de la Compañía se hagan cargo de los Seminarios respectivos; primeramente del de Santiago de Cuba, por ser más urgente su necesidad, y después del de la Habana: y estamos bien seguros de que estos Padres infundirán en los clérigos no sólo la ciencia y la virtud, sino también el verdadero espíritu eclesiástico, cuya falta tanto se hace sentir en la Isla de Cuba. Y á fin de que nuestro pensamiento consiga toda su perfección, consideramos ser una necesidad el que se creen en la Península ocho becas para la diócesis de Santiago de Cuba y doce para la de la Habana, sacando de los fondos de los Colegios respectivos los gastos de via-

(1) Declaración de D. Antonio Barjau. Ad art. 43.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

je y de manutención de los estudiantes enviados, en la inteligencia de que han de ser hijos de la Isla, procedentes de los Seminarios de esta misma Isla, con vocación decidida al estado eclesiástico; y que sólo se paguen las becas en la Península, si están ocupadas por éstos; pues que de otro modo no se llenaría el objeto, que es el que los hijos del país, llamados por Dios á la carrera eclesiástica, tengan ciencia, virtud y amor á la metrópoli, y es de esperar que así lo adquirirán; y por esto conviene proporcionarles todos los medios posibles para que vayan á acabarse de perfeccionar, y recompensarlos, prefiriéndolos á los demás en iguales circunstancias, y aun agraciándolos con otras consideraciones. Con estos medios, excelentísimo señor, no dudo que dentro de algunos años el clero de esta Isla será sabio y virtuoso y tendrá otras cualidades, de las que el de ahora carece (1).„

Resultado de sus primeras gestiones acerca de este punto fué la disposición undécima de una real cédula por la cual se reservaban en los Seminarios centrales de la Península cuatro becas gratuitas para los naturales de la diócesis de Santiago de Cuba, que, previa oposición, designare el Prelado. Las primeras diligencias, tanto para esto como para que los Padres jesuítas se encargaran del Seminario de San Basilio, las hizo á su paso por la Habana, conferenciando largamente acerca de ello con el excelentísimo capitán general, D. José de la Concha; pero al llegar á la Península vió desvanecidas sus esperanzas acerca de este segundo punto, porque los Padres de la Compañía, con quienes habló, se excusaron cortesmente diciendo que tenían prohibido por las Constituciones hacerse cargo de Seminarios, á más de que la real cédula de 1856 mandaba que los Seminarios de la Isla fueran dirigidos por Padres Paúles. Acudió entonces á éstos, los que, si bien al principio le dieron lisonjeras esperanzas y hasta prometieron, de acuerdo con el director de Ultramar, enviar por de pronto en el mes de Octubre ó Noviembre del 57 seis Hermanas de la Caridad para la Beneficencia, y con ellas dos Padres para la dirección del Seminario, al fin no pudieron cumplir su palabra por defecto de personal, bien que el Gobierno había dado ya la orden de partida. Aunque en este asunto, por causas independientes de su voluntad, no pudo hacer todo lo que deseaba, fueron más fructuosas sus diligencias en orden al aumento de dotación que solicitó del Gobierno para su Seminario con el intento de aumentar las plazas de colegiales. En una *postdata* de una carta que escribió desde Madrid á D. Antonio Barjau el 1.° de Noviembre de 1857, le decía: "Ya sabrá cómo he alcanzado del Gobierno que se den 4.000 duros más para los gastos de ese Seminario, y así podrá admitir algunos colegiales más.„ Así se desveló el Siervo de Dios hasta los últimos instantes de su gobierno de la diócesis de Cuba por su querido Seminario.

(1) Oficio del Excmo. Sr. Claret, del 2 de Abril de 1857.

2. Los desvelos pastorales del P. Claret no se limitaron al plantel de eclesiásticos que, trasplantados, luego de crecidos, á las parroquias, habían de hermosear y rejuvenecer la iglesia de Cuba; el estado mismo de éstas, ora se atienda al número, ora á la asignación de los Curas, era por todos lados tristísimo y desconsolador. Había parroquias de quince y dieciséis leguas de extensión, en las cuales, por lo mismo, era de todo punto imposible administrar cumplidamente el pasto espiritual á los fieles. A esto se añadía que en muchas de ellas vivían éstos esparramados en los cafetales ó haciendas; de donde resultaba, que ni podían oir Misa, ni confesarse, ni recibir siquiera los últimos Sacramentos al bajar al sepulcro. Por otro lado, las dotaciones de los Curas, ó no existían, como acaecía en muchas parroquias, ó eran tan mezquinas que no bastaban para llevar un pedazo diario de pan á la boca. Júzguese de su ruindad por lo que tocaba á las siguientes parroquias, que eran las principales de la diócesis: las cuatro de Santiago, capital del Arzobispado, tenían cada una 33 pesos al año, la de Manzanillo cinco pesos anuales, la de Guisa seis, etc. El estado material de los templos correspondía á la miseria en que yacían sumidos sus ministros. En muchas poblaciones no los había, en otras más parecía un pajar que la casa de Dios, en casi todas la pobreza y estrechez se echaba de ver en la suciedad, descompostura y ruindad de los ornamentos y vasos sagrados. En fin, era tal el abandono en que estaban las iglesias y los que de ellas cuidaban, que cuando el santo Arzobispo hizo la primera visita se llenó de indignación contra el Gobierno español, que tan descuidada tenía en Cuba la Religión y sus ministros, como puede verse por la triste

pintura que hizo al señor Obispo de Vich de lo que sus ojos vieron al recorrer por vez primera su vasta diócesis.

"Ya sabe Ud.,—le escribía en 24 de Noviembre de 1851,—que todavía no puedo disponer de toda la renta y, sin embargo, la espero con ansia para poder reparar algunos templos é iglesias parroquiales: son de paja como el portal de Belén, y en algunas no me he visto con ánimo de celebrar, dar Misión y confirmar por su falta de decencia. Dando Misión y visitando las parroquias de este Arzobispado, tengo un grande consuelo al ver la docilidad de las gentes y el copioso fruto que se hace; mas me lleno de indignación al presenciar el criminal abandono en que el Gobierno español tiene al culto y clero de este Arzobispado. Voy á decir á Ud. una verdad, que quizá le parecerá un imposible; hay iglesias parroquiales en las que ni el culto ni el clero tienen dotación alguna, y á veces el pobre Cura se ve precisado á ir á la choza del negro para que le convide á comer su ñame y su plátano, y no perecer de hambre. Sabe Dios y Ud. que soy español, y que como tal moriré si es menester; pero le digo á Ud. que aunque la nación española no tuviera otro pecado que la grande injusticia que está cometiendo en las parroquias de esta Metrópoli, Dios ha de castigarla terriblemente. El Sumo Pontífice concedió al Rey los diezmos, obligándose éste á mantener con la esplendidez correspondiente el culto y clero, y esto no se cumple; y es una de las razones por que los hijos del país tanto se quejan de los españoles, pues ven las grandes sumas que entregan de diezmos, además de las otras crecidísimas contribuciones, y que con todo se los tiene así abandonados. Ahora acabo de llegar del pueblo de Beja de visita y Misión y he hablado con los propietarios; hay dos, de los cuales el uno paga 450 duros y el otro 500 duros de diezmos, y, no obstante, se hallan tan abandonados que han de morir y ser enterrados como perros. Y la lástima está que ha ya dos años que no se les ha celebrado Misa; y lo que más desconsuela aún es el ver que como todo es de patrimonio real, nada se puede alcanzar (1)."

Hallándose el pobre clero en tanta miseria, necesariamente habían de escasear las vocaciones eclesiásticas, y si se quería que del todo no pereciese el culto había que echar mano de

(1) Carta del P. Claret al señor Obispo de Vich, 24 de Noviembre de 1851.

los primeros que se presentasen, como así en realidad acaecía. Los pocos que de este modo se ordenaban, desprestigiados ya por sus escasas dotes personales, obligados por la miseria, á que pronto se veían reducidos, acababan por rebajarse enteramente, entregándose á vilísimas ocupaciones por no perecer de hambre. ¿Qué influencia podía ejercer en el pueblo un clero reducido á semejante situación? Nada se podía esperar ni exigir de ellos, porque como el Gobierno no les daba de comer, ni el Prelado tenía recursos suficientes para ello, no había medio para sujetarlos, y así acontecía que los unos se declaraban independientes de su Pastor, los otros murmuraban del Gobierno y fomentaban contra él el espíritu de rebeldía, y casi todos se entregaban á bajezas indignas de su ministerio, sin distinguirse apenas de los seglares. La ignorancia que de ordinario tenían de sus deberes, por las tristes condiciones en que se ordenaban, junto con la penuria y miseria, habían engendrado ese estado tan lastimoso del clero, apenas creíble, pues el mismo Sr. Arzobispo, hablando de su primera visita, escribía: "He quedado admirado, ni lo habría creído, á no haberlo visto y palpado en la santa visita que estoy haciendo."

Para que nadie tache de exagerador al virtuosísimo Prelado ni atribuya á excesos de su celo pastoral el cuadro tristísimo que acabamos de presentar, vean y comparen si no está escrito con tan negros colores el que poco después trazó el general Concha en sus Memorias: "Como si el rápido movimiento de la población,—dice,—no hubiese debido sugerir la idea de atender á las necesidades religiosas de los nuevos habitantes y de las poblaciones que se iban formando, ni se pensó en erigir nuevas parroquias, ni menos en construir iglesias; y á no ser por el celo de las autoridades locales y por la piedad de los fieles, todavía Cárdenas, entre otros pueblos importantes, carecería hoy de templo en que tributar el culto de nuestra santa Religión. Según la estadística de 1846, había entonces en la Isla, para una población de 939.000 habitantes, 438 eclesiásticos de todos órdenes y jerarquías...; en el departamento oriental, para 120.000 libres y 48.000 esclavos, había 85 eclesiásticos, de ellos 46 en Santiago de Cuba y 20 en Bayamo..., 17 iglesias parroquiales, ocho auxiliares y 15 ermitas, oratorios y conventos... Las ricas jurisdicciones de Cárdenas y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nueva Filipina tienen un solo eclesiástico por cada uno de sus partidos: en toda la jurisdicción de Nuevitas hay sólo dos, y en toda la de Jaruco uno. El abandono en que por muchos años ha estado la educación del mismo clero, y la ruina que muchas de las iglesias, ermitas y oratorios amenazan, hacen aún más lastimoso el cuadro que el clero y el culto ofrecen, hasta el punto de poder decirse, no ya de la población esclava, que aglomerada en los ingenios carece de la instrucción y pasto espiritual, sino de la misma libre, blanca y de color, que una buena parte de ella nace, vive, se enlaza y muere sin tener quien la bautice, case y entierre. Los virtuosos Prelados que hoy se hallan al frente de las dos diócesis, trabajan seguramente con evangélico celo por remediar tanto mal; pero faltos de recursos, porque aunque allí existe el diezmo, éste es una contribución más bien secular que eclesiástica, de la cual sólo se destina una parte al culto y clero, tienen que limitarse á mejoras muy parciales y pequeñas y á elevar al Gobierno constantes reclamaciones... Es urgente, es indispensable dotar á aquel país del personal eclesiástico que inmediatamente necesita, asegurándole para el porvenir una decorosa subsistencia (1). „

Herida el alma de dolor á vista de las miserias de su pobre clero, se aplicó el Siervo de Dios con todas las fuerzas de su caridad é ingenio á remediarlas. Antes de terminar los tres meses de su llegada á Cuba ya había enviado á Madrid un prebendado para presentar á la Reina una solicitud, en la que el celoso Prelado le pedía el aumento de parroquias y la conveniente dotación del clero. Para consolar á éste en sus desgracias y manifestarle las entrañas paternales que para con él tenía, en una carta pastoral del 27 de Mayo de 1851 le daba cuenta de las diligencias que en su favor había practicado con palabras de mucho amor y cariño. "Desde que nos hemos encargado, — decía á los señores párrocos, — del Gobierno de nuestra diócesis para cumplir la voluntad del Señor, discurrimos de día y de noche acerca de los medios más oportunos para conseguir la felicidad de todas las almas que el Señor nos ha confiado. De todas decimos, pero singularmente de las vuestras, amadísimos párrocos, hermanos nuestros. Y vien-

(1) Memorias del Sr. Concha, pág. 114.

do, en primer lugar, con nuestros propios ojos el estado triste de miseria á que muchos de vosotros os halláis reducidos, hemos resuelto representar á S. M. la Reina (q. D. g.) sobre este punto y enviar un prebendado que entregue la exposición al supremo Gobierno y le informe de viva voz de cuanto convenga, á fin de conseguir que el proyecto de nueva dotación yel aumento de parroquias se verifiquen. Bien retribuídos, como es justo y corresponde á vuestra dignidad sacerdotal y al espinoso cargo de cura de almas, y subdividido el territorio para que las feligresías no sean tan dilatadas, será más llevadera la carga que hoy soportáis y podréis ganar en consideración á los ojos de vuestros feligreses. „

El beneficiado que fué á Madrid con esta importante comisión fué D. Jerónimo Usera. Mas no por esto dejó su Excelencia Ilustrísima de trabajar en el asunto en otro sentido. Recurrió con su acostumbrado celo al rey de España y al Gobierno de la Isla para que apoyara su petición ante el Gobierno de Madrid. En la capital de España era completamente ignorado el estado tristísimo en que se hallaban las parroquias de Cuba, y no acababan de creer la lastimosa pintura que de él hacía el enviado del Sr Arzobispo. Así á lo menos se trasluce por la carta que en 31 de Mayo de 1852 escribió el Sr. Usera al P. Claret, en la cual, entre otras cosas, le decía: " Cuando refiero por aquí lo ruinoso y mezquino de esos templos, la pobreza suma de los párrocos y la grande escasez de clero, apenas quieren creerlo. Es preciso que se lo diga cara á cara y que me conozcan con anterioridad para creerme. „ Para decir verdades á los reyes no hay como los Santos, porque, revestidos de la fortaleza de Dios, no temen arrostrar sus iras, á trueque de cumplir con un deber de conciencia, ó de proporcionar algún bien á las almas, ó defender los intereses de Jesucristo; y porque lo era el P. Claret, cuando en 28 de Octubre de 1851 se dirigió al rey de España suplicándole que apoyara ante el Gobierno sus pretensiones, tan justas como desinteresadas, le decía: "El aumento de las parroquias es de absoluta necesidad... Cuando los hijos del país ven la rigidez con que se les cobran las contribuciones y los diezmos (1) por medio de arrendatarios que á nadie perdonan,

(1) "Los diezmeros, — dice también el Sr. Concha en sus Memorias, — ejer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y por otra parte están mirando al estado de abandono é infelicidad del culto y clero, murmuran y se quejan del Gobierno español, deseando y procurando por todos los medios ver cómo se emanciparán de España.„

No menos clara y aún más patética fué la exposición que con el mismo fin dirigió al Capitán general de Cuba en 24 de Diciembre de aquel año. "He visto, — dice, — con mis ojos y tocado con mis manos lo que á un Prelado católico no le es lícito decir sino únicamente para suplicar que se le ayude á encubrir la confusión y vergüenza que le causa el estado en que el Real Patrimonio español tiene el culto y clero de este mi Arzobispado, tomando de aquí motivo los enemigos para hablar mal de los españoles y atizar la tea de la insurrección. Válense de estos datos innegables, puestos al lado de la severidad y rigor con que les cobran los diezmos y otras contribuciones destinadas al efecto, alegando al mismo tiempo el desprecio que se hace de las disposiciones pontificias y la injusticia que dicen se comete en no cumplir la promesa hecha por los reyes de España cuando el Sumo Pontífice les concedió el goce de los diezmos con la obligación de mantener con decoro el culto y clero; ni tampoco olvidan, para irritar los ánimos contra los gobernantes, la inobservancia de las leyes de Indias sobre el particular. A la verdad, Excmo. Sr. el grande amor que tengo á la patria, de la que no puedo oir hablar mal, me hace callar y reprimirme al ver las iglesias sin los ornamentos correspondientes, y los pocos que hay, rasgados, sucios é inservibles... Los templos se hallan en peor estado por falta de fondos de fábrica. Me ha sucedido predicando en las iglesias tener que dejar el puesto, é ir á guarecerme en otro ángulo para librarme de la lluvia que caía sobre

---

cen toda su tirania en los labradores pobres, haciéndoles frecuentes visitas domiciliarias para contarles sus ganados, sus aves, sus sementeras, y obligándoles á pagar, no ya el diezmo, sino el tributo que les acomoda, porque ¡desgraciado el labrador que no se somete á sus exigencias! Se le demanda á los tribunales, se le obliga á abandonar su sitio ó estancia y se le hace gastar en un pleito el producto de las cosechas de dos años...; lo que el país satisface por esa contribución debe ser quizá una cantidad doble de la que la Hacienda cobra, mientras que el clero está indotado, mientras que el culto se halla en lamentable abandono y mientras, en fin, hay población de 30.000 almas con un pequeño templo, y hay partido rural de cuatro á cinco mil almas que hace años está clamando porque se le ayude á construir una iglesia.„

mi cabeza; en algunos lugares, por no tener la fábrica dinero para comprar tejas, las cubren de paja; las hay tan indecentes que no me he atrevido á celebrar en ellas los sagrados Misterios, y he buscado un almacén, prefiriéndolo á la parroquia, para administrar los santos sacramentos de Penitencia, Confirmación y Eucaristía. Viendo, pues, este estado tan miserable, voy repartiendo todas mis rentas entre el culto y clero, ya comprando ornamentos y reparando los templos ruinosos, ya manteniendo al clero, no sólo á los sacerdotes y Misioneros que vinieron conmigo, sino también á los hijos del país, que de otra manera no quieren ni pueden vivir en el lugar adonde los destino.

„Ya que V. E. ve el estado lastimoso en que me hallo, dígnese V. E. ampararme, pues aunque me valgo de todas las disposiciones de economía que rayan en mortificación y privación de mi necesario sustento, no son bastantes todos mis ahorros á remediar tantas necesidades. Y así le suplico, con todo el encarecimiento posible, que entretanto que el Gobierno superior dé las disposiciones correspondientes para remediar tantos males y desgracias, V. E. interponga su poderoso influjo para lograrlo más pronto, haciendo al mismo tiempo lo que V. E. pueda para ayudarme á llevar esta pesadísima carga.

„Lo pido, no sólo como católico y Prelado, sino también como español, pues que si estas necesidades no se remedian, no podrán menos de producir los más fatales resultados... ¡Ojalá el Gobierno español se penetrara bien de la posición de este Arzobispado!, pues estoy seguro que, aunque como católico no quisiera remediarlo, lo haría por su propio bien.„

Esta vez se conmovieron hondamente las entrañas del excelentísimo Sr. Concha, que era á la sazon Capitán general, y como estimaba personalmente al Prelado y era causa en que estaba de por medio la honra, la justicia y el bien de España, favoreció en cuanto pudo la solicitud del P. Claret, y como remedio á las necesidades más apremiantes le mandó entregar, según ya se apuntó, la cantidad de 20.000 duros. Pero quien más le ayudó en sus justas aspiraciones fué el conde de Villanueva, uno de los personajes á quienes más debe la Isla de Cuba. A él se dirigió primeramente nuestro Padre apenas llegado á Cuba, y enterado de la angustiosa situación del culto y clero de su diócesis, y el Sr. Conde, que se hallaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entonces en Cuba con el cargo de superintendente de la Isla, en carta del 12 de Abril de 1851 le prometió valerse de toda su influencia para remediar de un modo radical tamaños males. Así lo cumplió, en efecto, cuando, después de dejar el cargo que en la Isla tenía á D. José de Mesa, regresó á Madrid, si bien no pudo acelerarlo cuanto era su deseo. Por fin, el 7 de Agosto de 1852 pudo ya comunicar al santo Arzobispo gratísimas noticias sobre el asunto, y comenzaba la carta excusándose de no haber podido cumplir antes su compromiso. "Mi apreciado Prelado y amigo, — le escribía: — Si no he cumplido antes de ahora el compromiso que contraje con Ud. en su carta de 12 de Abril del año pasado, no ha sido, á la verdad, por indolencia ni olvido, sino porque desde que llegué á esta capital hasta hace poco tiempo he estado casi siempre rodeado de cuidados domésticos que me impedían ser puntual en mi correspondencia y relaciones sociales.

„Además de eso, como el arreglo del culto y clero corría trámites indispensables, no quise distraer á Ud. mientras no pudiese comunicarle una noticia cierta y definitiva, con tanta más razón cuanto que sabía que el Sr. Usera tenía á Ud. al corriente del curso del expediente. Al fin tengo el gusto de participarle que se ha despachado en términos bastante razonables y juntamente con el relativo al restablecimiento de las Comunidades religiosas, que vino á ser parte esencial del arreglo. Según la resolución del Consejo de Ultramar, donde tuve que trabajar no poco, se equiparan en dotaciones las dos Catedrales, se asignan cantidades fijas para las fábricas, se aumenta cierto número de parroquias y se manda instruir expediente sobre la creación de algunas otras, lo mismo que sobre el arreglo definitivo de los Seminarios. Se dispone que vayan de aquí á engrosar las actuales Congregaciones eclesiásticos de saber y buenas costumbres mientras se establecen las Casas respectivas, y otras cosas que no podrán menos de producir los resultados apetecidos, y cuyo pormenor omito, porque supongo lo dará á Ud. extensamente su representante el Sr. Usera, á quien he visto algunas veces.

„Aunque nuestra comunicación ha estado interrumpida, no por eso he perdido á Ud. de vista en sus visitas pastorales y administración apostólica, que todos por acá aplauden conmigo según Ud. lo merece, y que justifican cada día más la

acertada elección del Gobierno al proponerle para esa Silla.

„Aquí me tiene Ud. para lo que crea que puedo servir y dispuesto siempre á complacerle y ayudarle en su cristiana misión, como hasta ahora lo he hecho en lo que ha estado á mi alcance. Puede Ud., pues, disponer de los sentimientos de consideración con que soy su más atento servidor y amigo que besa su mano. = *El conde de Villanueva.*„

Á esta carta afectuosísima, en la que se le confirmaban las buenas esperanzas que el Sr. Usera en otra del 31 de Mayo le había dado, manifestándole que en el próximo mes de Junio quedaría concluído del todo el asunto de arreglo y dotación en el Consejo de Ultramar, se apresuró el Sr. Arzobispo á responder, dando al Conde las más expresivas gracias, con frases que honran mucho al esclarecido protector. "Acabo, —le dice, — de recibir la de Ud., fecha 7 del pasado Agosto, y ha sido para mí de tanto consuelo que parece que la divina Providencia se ha querido valer de ella para consolar mi corazón afligido á la vista del estado infeliz y ruinoso en que se hallan la Catedral y demás templos de esta ciudad á causa de los temblores que acaba de sufrir, como supongo que á estas horas ya Ud. sabe. Yo me hallaba en la ciudad de Bayamo ocupado en la Misión y santa pastoral visita, cogiendo los más abundantes frutos de nuestros trabajos; mas al saber las aflicciones y penas de los cubanos dejé á los bayameses y me trasladé á esta ciudad de Santiago. Hemos todos acudido á Dios con rogativas públicas y oraciones particulares, y el Señor nos ha oído, ha calmado el azote y se van reparando las desgracias del mejor modo posible.

„Yo no puedo menos de dar gracias á Dios y á Ud. por haberme mandado una carta tan consoladora, y no dudo que la bondad y celo de Ud. consumarán la obra que tan felizmente ha comenzado y llevado hasta el presente estado, influyendo para que el Gobierno de S. M. resuelva cuanto antes el asunto sin otras dilaciones que no espera el estado aflictivo de mi Iglesia.

„Le doy á Ud. las más afectuosas gracias, no sólo de mi parte, sino también de todo mi Arzobispado, y le puedo augurar que el nombre del señor conde de Villanueva será para mí y para los católicos de esta diócesis de eterna memoria. Con esta ocasión me ofrezco de nuevo por su más atento y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seguro servidor y capellán q. s. m. b.=*Antonio María,* arzobispo de Santiago.„ Escribió el Siervo de Dios esta carta el 22 de Septiembre de 1852, y ocho días después se habían ya firmado cinco reales cédulas, por las cuales se constituyó el arreglo parroquial en las diócesis de Santiago y de la Habana. El señor conde de Villanueva, incansable favorecedor de los planes de nuestro Padre, había entretanto conseguido de la Reina y del Gobierno no pequeños recursos para atender á la reparación de los templos de Santiago de Cuba, la cual gracia era tanto más de apreciar, cuanto que con suma delicadeza se movió el señor Conde á recabarla movido tan sólo por la triste nueva que el Siervo de Dios le dió en la carta poco ha citada, á la cual no tardó en responder el caballeroso señor como correspondía á un verdadero amigo, es decir, acompañando las obras á las palabras y derramando una gota de suave bálsamo sobre el afligido corazón del Arzobispo. "Bien puede usted considerar,—le decia en Noviembre de 1852,—la penosa impresión que sobre mi ánimo produciría la noticia del suceso á que se refiere su sentida carta del 22 de Septiembre. Compadecido del estado de consternación en que había quedado ese pueblo después del duro golpe que la mano de la Providencia quiso descargar sobre él, y deseoso de remediar en lo posible los males y pérdidas que se lamentaban, di pasos aquí que tuvieron por resultado las franquicias que ya había usted visto concedidas y que en gran parte se deben á la generosidad del actual Gobierno y á los maternales sentimientos de S. M. la Reina. A mí me cupo la satisfacción de haber sido el comisionado para proponer esas concesiones en el expediente que se instruyó al efecto, y grande será la que reciba si llego á saber que ellas han correspondido á mis buenas intenciones y deseos.

„Los mismos me han animado y me animan con respecto al arreglo del culto y clero, que no se había despachado todavía por las perentorias atenciones del Gobierno, pero que no tardará en ir resuelto, á fin de que se ponga en observancia desde principio del año próximo. En él he procurado sacar el mejor partido posible para ese Arzobispado, y creo que no quedará Ud. descontento al ver las dotaciones del personal y la suma anual que se asigna para el sostenimiento de los templos existentes y construcción de otros nuevos. Con

ella y los demás arbitrios adoptados por consecuencia del terremoto, podrá Ud. ir reparando los estragos que este fenómeno ocasionó en las casas de Dios, así como con su celo apostólico y cristianas virtudes continuará desempeñando tan bien como hasta aquí la misión que le ha sido confiada. Doy á Ud. gracias por las lisonjeras expresiones con que termina su citada atenta carta, y dispuesto siempre á complacerle y secundar sus miras religiosas, se repite de Ud. afectísimo amigo seguro servidor q. b. s. m. = *El conde de Villanueva.*„

3. Grande satisfacción y agradecimiento causó en el Siervo de Dios esta segunda carta, y á la verdad que lo que el señor Conde había conseguido con el arreglo parroquial apoyando las peticiones del P. Claret, mejoraba en gran manera la condición de la Iglesia de Cuba. Primeramente se señaló una cantidad fija para la decente sustentación del personal y el esplendor del culto. Al muy reverendo Arzobispo de Cuba y al reverendo Obispo de la Habana se les fijó como dotación á cada uno 18.000 pesos anuales, á más de 2.000 pesos al primero y 4.000 al segundo para alquileres de casa, mientras no se dotase á las mitras de correspondiente y decorosa habitación. Para cada uno de los Deanes de ambos Cabildos se fijó la renta anual de 4.500 pesos, para las demás Dignidades la de 3.800, para los Canónigos 3.000, 2.500 para los racioneros y 2.000 para los medios racioneros. Además, se estableció que estas dotaciones se satisficiesen íntegras, sin descuento alguno por razón de anualidades ni medias anatas eclesiásticas; abolióronse las leyes y disposiciones sobre espolios y vacantes, permitiéndose á los Prelados de ambas Mitras testar libremente como los demás españoles; suprimióronse las pensiones que pesaban sobre las Mitras de ambas diócesis y se asignó á cada uno de los venerables Cabildos la cantidad de 10.000 pesos para la dotación de los ministros inferiores y subalternos necesarios para el decoro del culto, la de 5.000 para las fábricas y la de 5.600 para la capilla de música. Las parroquias de ambas diócesis habían de clasificarse como las de la Península, en parroquias de ingreso, de ascenso y de término. Las primeras se dotaron con 700 pesos anuales, las segundas con 1.200 y las postreras con 2.000. Señalóse, á más de lo dicho, la cantidad de 300 pesos anuales para un sacristán sacerdote que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debía haber en cada parroquia á las órdenes del señor párroco. Para gastos de fábrica en las parroquias se señalaron 300 pesos á las de ingreso, 400 á las de ascenso y 700 á las de término. Por fin, se destinaron á cada una de las diócesis de Santiago de Cuba y de la Habana 20.000 pesos anuales para reparaciones de sus fábricas, edificios de nuevas iglesias y dotación de ornamentos y vasos sagrados de las mismas. Era esto, como se ve, no pequeño alivio á las necesidades que tanto deploraba el Siervo de Dios en su vasta diócesis.

La segunda real cédula se refería exclusivamente al Arzobispado de Santiago de Cuba, y por ella la Reina declaraba y resolvía lo siguiente:

1.° El Cabildo de Santiago de Cuba se compondrá, por ahora, de las tres dignidades: Deán, Chantre y Tesorero; de las canongías de oficio, Doctoral y Penitenciaria; de dos canongías más de merced, de tres raciones y de cinco medias raciones.

2.° La tercera parte de las canongías, raciones y medias raciones que vacaren en lo sucesivo, se han de proveer en los párrocos de ascenso ó de término de la misma diócesis de Santiago que lleven á lo menos veinte años en la cura de almas.

3.° Se reservará cierto número de prebendas y dignidades en las Iglesias Catedrales de la Península para proveerlas en los capitulares de la Santa Iglesia Catedral de Santiago de Cuba que quieran pasar á aquélla, ó en los párrocos que, conforme á la precedente disposición, tienen derecho á optar á las de la referida Santa Iglesia.

4.° Para la conveniente distribución de los 10.000 pesos señalados como dotación de los ministros subalternos y sírvientes se formará por el muy Rdo. Arzobispo, de acuerdo con el Cabildo, la plantilla de dichos dependientes y de sus dotaciones, sin perjuicio de que en adelante pueda variarse en igual forma de la que ahora se establece.

5.° De la misma manera y en la propia forma se fijará el número de los músicos que han de componer la capilla y sus dotaciones.

6.° El nombramiento de unos y otros se ha de hacer por el Prelado, en unión con el Cabildo y á pluralidad de votos.

7.° La remoción de los mismos no podrá hacerse sino con muy justa causa conforme á derecho.

8.° La dotación que se asigna á los capitulares y demás individuos de la Santa Iglesia Catedral se entenderá repartida en distribuciones cotidianas.

9.° El Mayordomo de la fábrica de dicha Santa Iglesia no podrá ejecutar gastos extraordinarios ni en poca ni en mucha cantidad sin que preceda licencia *in scriptis* del Prelado, al cual ha de rendir sus cuentas.

Las dos últimas disposiciones hacen referencia al Seminario; por la primera se manda hacer expediente al muy reverendo Arzobispo para la dotación y arreglo de estudios del dicho Seminario conciliar, y por la segunda se reservan en los Seminarios centrales de la Península las cuatro becas de que en otra parte hicimos mención. La tercera real cédula daba análogas disposiciones para la diócesis de la Habana.

En la cuarta se declara cuáles son las parroquias de término, cuáles las de ascenso y cuáles las de ingreso en el Arzobispado de Cuba: además, que no podían ascender los párrocos de una á otra clase sin previo concurso y después de haber servido en la misma diócesis ó en otra de las del Reino tres años en la clase inmediata: que para las parroquias de ingreso serán preferidos, en igualdad de circunstancias, los alumnos de los Seminarios centrales que hayan terminado su carrera con buena nota, y después de ellos, los sacristanes ó tenientes curas: que ninguno podrá ser promovido á las Ordenes sagradas si no ha seguido su carrera en algún Seminario del Reino: que habrá en cada parroquia un Mayordomo de fábrica, elegido anualmente por el Prelado, con aprobación del Vicerreal Patrono, entre los vecinos de la misma: que los Mayordomos de fábrica darán sus cuentas: que el Vicerreal Patrono procederá á instruir, con acuerdo del Prelado, y á la brevedad posible, el oportuno expediente para la erección de nuevas parroquias donde la extensión ó el crecido vecindario de las actuales lo hicieren necesario; y que, por último, también se formará expediente sobre el aumento de dotación de los tenientes curas ó sacristanes.

La quinta real cédula contenía, respecto de la diócesis de la Habana, las mismas disposiciones que la anterior respecto de la de Santiago. En 26 de Noviembre del mismo año de 1852, su Majestad la Reina, á instancias del Siervo de Dios, dió otra real cédula autorizando el establecimiento en la diócesis de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santiago de varias Ordenes religiosas; pero de ella hablaremos más adelante en su debido lugar.

De todos modos, á la simple lectura de este pequeño extracto de las reales disposiciones, se comprende que por ellas se mejoraba notablemente la situación del culto y clero de la archidiócesis, y mediante este arreglo se adquirieron fundadas esperanzas de obtener pronto la reforma moral de la Isla y de afianzar más para lo por venir las conquistas religiosas que él con sus compañeros iba haciendo en las Misiones y visitas pastorales. Fué ciertamente uno de los mayores bienes que el señor Claret hizo en Santiago el haber sabido aprovechar en favor del clero catedral y parroquial y en beneficio del pueblo el patronato de los Reyes católicos de España en Ultramar, con lo cual se organizaron el personal y las rentas del Cabildo metropolitano, se verificó satisfactoriamente el arreglo de parroquias, se regularizó la provisión de prebendas de oficio y se restablecieron las Órdenes religiosas. "Ningún Prelado,—dice el Ilmo. Obispo de Segorbe,—había podido alcanzar una resolución semejante, por más que la hubiese solicitado. Verdad es que, sin ánimo de ofender á los antecesores del Sr. Claret, podemos suponer que ninguno pidió con la instancia y con las circunstancias recomendables con que lo hizo su Excelencia; pues en primer lugar pedía diciendo la verdad sin ambages ni debilidades, como quien no teme ni espera de los hombres y mirando sólo á cumplir su deber y á su conciencia; en segundo lugar había comenzado las diligencias, imponiéndose sacrificios á sí propio, renunciando las cuartas funerarias de todas las parroquias, que ascendían á unos seis mil duros anuales para la Mitra, y gastando lo que le quedaba en favor de las iglesias más pobres (1). „

4. Por medio de estas benéficas disposiciones adoptadas por las gestiones del Siervo de Dios, logró éste reformar la parte material del clero; mas urgía aún mucho más la reforma moral y científica del mismo, pues á causa del estado de abyección y miseria en que antes se hallaba, la ignorancia y los vicios lo habían contaminado, y de ordinario, en vez de atraer al pueblo á los caminos de la virtud con sus palabras y buenos ejemplos, los apartaban de ellos con sus escándalos y pésimas

(1) Ilmo. Aguilar, *Vida del Sr. Claret*, cap. XLIV.

costumbres. Había algunos que ni decir Misa sabían, y no es de maravillar ordenándose de la manera que en otra parte se dijo. Muchos vivían públicamente amancebados como si fuera la cosa más natural del mundo, y apenas comprendían las obligaciones del celibato eclesiástico. Para remediar tamaños males se valió el Siervo de Dios de tres medios principalísimos, que fueron los ejercicios espirituales, las conferencias eclesiásticas y el vigilar para que se cumplieran con fidelidad todas las prescripciones canónicas.

Conocido es de todos los eclesiásticos piadosos que en los ejercicios espirituales repara el sacerdote las faltas que puede haber cometido durante el año, ora en su vida privada, ora en su vida pública, ó sea en el ejercicio de su sagrado ministerio; por ellos, además, se mantiene en él aquel estado de fervor y celo ardiente que tan necesario le es para aprovechar á las almas y cumplir bien con sus deberes. Por esto la Iglesia, por medio de los Soberanos Pontífices, halos muchas veces aconsejado á todos los sacerdotes y estimulado á ellos, dispensando muchas gracias y favores á los que se recogiesen á hacerlos, y varios Prelados los han prescrito á su respectivo clero una vez al año ó cada dos años cuando menos. El P. Claret, apenas tomó posesión de su Silla, los mandó hacer á todos los sacerdotes de su Arzobispado, para lo cual él mismo los dió y dirigió en la capital, en Puerto Príncipe y en los puntos más céntricos; y como la palabra del Varón de Dios era de fuego, logró por este medio hacer entrar en sí á la mayoría de los eclesiásticos y que ajustaran más sus vidas á las virtudes que requiere el estado sacerdotal.

Para desterrar la ignorancia de los mismos é instruirlos convenientemente en las ciencias más propias del sacerdote, estableció las conferencias eclesiásticas, que le dieron felicísimos resultados. Por de pronto, para que todos pudieran aprovecharse alternativamente de las que había puesto en el Seminario de San Basilio, dirigidas por sacerdotes ilustrados, en la misma circular del 27 de Mayo 1851, en la que anunciaba á los señores párrocos lo mucho que se interesaba por la suerte de ellos y las providencias que había tomado para mejorar su situación material, les manifestaba el amor y celo con que atendía á su bien espiritual, diciendo: "También ha llamado nuestra atención que siendo tan vasto vuestro respectivo te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rritorio, el ejercicio de la cura de almas no os dejará tiempo en muchos días para abrir un libro de Teología moral. Así, para remediar este mal hemos dispuesto las cosas de modo que cada año podáis trasladaros por un mes á esta ciudad, enviándoos un sustituto. Durante este tiempo, recogidos en el Seminario de San Basilio, os ocuparéis exclusivamente en encomendaros á Dios y en conferencias diarias de Liturgia y de Teología moral. Y para que este proyecto sea realizable, vendréis á esta ciudad por turno, según lo establezcamos, de modo que los sustitutos pasen de unas á otras parroquias, y al cabo del año todos hayáis gozado de este beneficio.„ Con esta prudente disposición, al paso que facilitaba á los eclesiásticos los medios de instruirse y renovar su espíritu, proporcionaba á los fieles confesores extraordinarios y desconocidos con quienes más libremente pudieran arreglar los negocios de sus almas, pues la experiencia ha enseñado que en muchos pueblos la familiaridad que tienen con el señor Cura retrae á muchos de los Sacramentos, y es para otros ocasión de hacer confesiones sacrílegas, por no atreverse, á causa de la vergüenza, á manifestar ciertas bajezas á personas con quienes han de tratar y platicar familiarmente. Aparte de estas conferencias del Seminario, á que por turno asistían todos los párrocos de la diócesis, mandó que tuvieran otras en todas las parroquias en donde hubiera por lo menos dos sacerdotes. Para que ninguno se excusara de asistir á ellas redactó un reglamento, en el que tuvo presente las especiales circunstancias de su diócesis, y ordenó que todos se atuvieran á él en los puntos esenciales, aunque en los otros introdujo diversos pormenores según lo requerían las necesidades particulares de cada parroquia.

Poco más ó menos, el predicho reglamento contenía para la generalidad las disposiciones siguientes: 1.ª Cuando alguno de los sacerdotes haya de ausentarse, procure no sea en el día y hora prefijados para la conferencia; mas si alguna causa grave á ello le obligase, asista, si es posible, á la de la parroquia adonde se dirija. — 2.ª Las conferencias se harán el lunes y jueves de cada semana; y si en uno de estos días hubiese algún obstáculo, se trasladarán al primer día no impedido, á juicio del Presidente. — 3.ª La conferencia se hará de once á doce de la mañana, por ser la hora más libre. — 4.ª El lugar á

ella destinado será la sacristía, por haber allí lo necesario para ensayar las ceremonias de la Misa y la administración de los santos Sacramentos. — 5.ª Presidirá el sacerdote más digno; y en sus enfermedades, ausencias y ocupaciones graves y urgentes, le sustituirá el segundo en dignidad después de él, con el título de Vicepresidente. — 6.ª Al Presidente, junto con el Vicepresidente, toca elegir el Secretario, el cual deberá tener la voz clara y leer bien y con sentido, de manera que todos los asistentes oigan y entiendan perfectamente lo que lee. — 7.ª Observarán todos la puntualidad en asistir, considerando que los no puntuales, presentándose después de empezada la conferencia, se dañan á sí mismos, porque no se aprovechan del todo y estorban á los otros. — 8.ª La materia de las conferencias será de Teología pastoral, ó sea de las cosas necesarias que ha de saber un párroco. En los días extraordinarios, próximos á una fiesta solemne, se ensayarán las ceremonias para observarlas con despejo, devoción y gravedad. En los días ordinarios, después de la lectura, se pasará á la práctica, según la materia de que haya sido la lectura... Al que ensaya las ceremonias nadie le interrumpa, aun cuando cometiere alguna falta. Concluído el ensayo, el Presidente hará sus preguntas, y no responderá sino el que fuere preguntado. Lo mismo se debe observar en la administración de Sacramentos y otros oficios propios de un Cura, empezando por el sacramento de la Penitencia ó Confesión sacramental. Nómbrese uno que tenga experiencia y haga de penitente y otro de confesor; para lo cual servirá mucho el Directorio del beato Leonardo de Puerto-Mauricio. También se tratará del modo de administrar la sagrada Eucaristía, el santísimo Viático, la Extremaunción; del modo de anunciar las fiestas, los ayunos, las proclamas matrimoniales, la manera de hacer oración mental públicamente en el templo, de rezar el Rosario, hacer el *Via Crucis*, etc. — 9.ª Los libros de que se servirán están en el catálogo (1). — 10. El orden que se seguirá en la conferencia es el siguiente: Después de la invocación del Espíritu Santo con el *Veni sancte Spiritus*, etc., y de la santísima Virgen con tres Avemarías, el Secretario leerá el libro

(1) Este catálogo es el que pone el Sr. Claret en la obra *El Colegial instruido*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que señalare el Presidente; cuando á éste pareciere que lo que se lee no es de todos entendido, puede interrumpir al lector y dar una breve y clara explicación, y luego se continuará leyendo. A la media hora cesa la lectura y comienza la práctica conforme á lo que se ha leído. La duración de la conferencia no pasará de una hora y, por tanto, á las doce se concluye con el rezo de las oraciones del mediodía.„

Con tan sabias disposiciones no tardó el clero en instruirse en lo más necesario al ministerio pastoral; y para que las conferencias fueran más provechosas, exhortaba el santo Arzobispo á los sacerdotes á que evitasen en ellas las disputas: "á ellas, —decía, —se asiste más bien para escuchar que para hablar„. No podía tolerar el que en ellas hablase uno al oído de otro, y para cortar de raíz todos los vicios que suelen inutilizarlas, concluía con mucha razón: "Es necesario convencerse de que cuanto más se estudie en casa y menos se hable en las conferencias, tanto más provecho se sacará de ellas, y el peor mal que en ellas puede haber es el hablar mucho, pues con estas parlerías se pierde el fruto, se fomenta el orgullo, se obstina el juicio, se lastima la caridad y se acaba por abandonar las conferencias, siendo únicamente Satanás quien de ellas se aprovecha.„

Para completar la reforma del clero tuvo el Siervo de Dios sumo cuidado en hacer que se cumplieran las prescripciones tridentinas, singularmente en lo que atañe á la enseñanza del Catecismo á los niños y en la obligación que tienen los pastores de almas de predicar en los días festivos de precepto la palabra de Dios de un modo acomodado á la capacidad de los oyentes.

5. La manera con que el Siervo de Dios proponía á su clero los medios de santificarse y de cooperar á la salvación de los fieles de toda la diócesis, naturalmente obligaba á todos los eclesiásticos de buena voluntad. Como no se movía nunca á obrar por miras interesadas, sino únicamente por la gloria de Dios y por el bien de sus súbditos, y precedía siempre el ejemplo á las palabras, no podía hallar oposición en corazones dóciles y humildes. Sin duda todas estas cosas deberían parecer muy nuevas á la mayoría del clero de Cuba, y eran á la verdad molestas para algunos; mas ¿cómo podían resistirse á ponerlas por obra si delante de sí tenían el ejemplo de un

Prelado que los amaba entrañablemente, se desvelaba por el bien de sus súbditos y se mortificaba á sí mismo por socorrer las necesidades de ellos? Hubiera sido menester no tener corazón para negarse á complacer á quien con tal generosidad por ellos se sacrificaba en una cosa por otra parte tan justa y encaminada al provecho espiritual y temporal de los mismos.

A más de esto, la manera que el Prelado tenía de mandar ó aconsejar las cosas no daba lugar á réplicas ni excusas, porque quitaba todos los pretextos con que suelen escudarse la pereza é inobediencia. Para comprenderlo bastará citar, entre otras, una anécdota que solía contar el Excmo. señor conde de Cheste, de la época en que fué él Capitán general de Cuba. En una de aquellas excursiones que hacía por los pueblos dando sorpresas á los párrocos que no tenían noticia de su llegada, entró en la iglesia en ocasión que el sacristán dirigía el Rosario en vez del señor Cura, contra lo que tenía mandado el santo Arzobispo. Su Excelencia Ilustrísima no dijo nada ni dió señal alguna de admiración; pero con mucha naturalidad se arrodilló junto al sacristán y se puso á dirigir el Rosario. En cuanto el señor párroco recibió aviso de que su Prelado estaba allí y de lo que en el templo hacía, corrió asustado á dar sus excusas y descargos; mas el Siervo de Dios, con gran sosiego, le dijo que se tranquilizara, que no había por qué desasosegarse; pero que sólo le advertía y suplicaba que siempre que estuviese muy ocupado, como suponía que entonces lo estaba, le diera á él aviso, pues se encargaría de suplirle mientras durase la Misión que estaba dando en un pueblo vecino. Huelga decir que el pobre Cura no dió ocasión á que le supliera otra vez el Arzobispo, porque su conciencia le decía bien que su omisión más nacía de pereza que de sobra de ocupaciones, y por aquel hecho del Prelado comprendió lo mucho que importaba no descuidarse en el cumplimiento de lo que les tenía ordenado.

Para proceder con mayor suavidad y eficacia acordaba las cosas de mayor interés, y las que por su naturaleza pudieran causar algún disgusto público, en Junta general del clero, ó sea en Sínodo diocesano. El 7 de Abril de 1852 celebró uno de estos Concilios en su Palacio arzobispal, en el que se tomaron resoluciones importantes sobre capellanías, tenencias de curato, entierros y derechos parroquiales por los mismos, á más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de corregirse con el común concurso de los Curas varios abusos lamentables é inveterados. Conocía muy bien el Siervo de Dios la trascendencia de estas reuniones conciliares, y se lamentaba de que hubieran caído en desuso casi en todas partes, lo cual no podía menos de acarrear grave detrimento á la disciplina eclesiástica. En los apuntes que hizo para su gobierno particular, hablando de dicha materia, terminaba con estas elocuentes frases: "Hay precepto que manda la celebración frecuente de Concilios diocesanos: la utilidad se conoce; su falta se deja sentir demasiado... ¿Por qué no los hay? ¿Quién tiene la culpa? ¿La tiene Roma? No. ¿La tienen los Obispos? ¿La tiene la autoridad civil? ¿Qué haremos?... ¡Qué lástima! Hay Congreso, Senado, Cortes para lo civil; hay Juntas de comercio para lo temporal; y ¿no habrá Concilios para la Iglesia, para lo espiritual? (1)„ Ciertamente que estos Sínodos diocesanos son de suma importancia, y así en nuestros días, con gran consuelo de la Iglesia española, hemos presenciado algunos en nuestra Península, y Dios quiera que se restablezca pronto la disciplina eclesiástica en este punto.

Los resultados de estas y otras diligencias que hizo el Padre Claret para la reforma del clero fueron en general satisfactorios; cinco sacerdotes, alentados con el fuego del divino amor que les comunicaba su santo Prelado, se le ofrecieron para cuanto quisiese hacer de ellos, ya en las parroquias, ya en las Misiones, y aun cuando les fuera necesario arrostrar penosos sacrificios; en otros, que ya antes llevaban una conducta bastante regular, se acrecentó el fervor de la caridad sobremanera; muchísimos, que vivían descuidados de sus deberes parroquiales, ajustaron su vida á las disposiciones canónicas, y en todos obró algún buen efecto la palabra evangélica del santo Pastor, acompañada de sus relevantes ejemplos. En fin, fueron tan copiosos los frutos que con su celo y constancia reportó del clero, que uno de sus familiares no temió declarar en el proceso de beatificación del Siervo de Dios que "al final de su pontificado el clero estaba reformado y era instruído y edificante (2).„

6. Sin embargo, no faltaron algunos, aunque pocos, que

(1) Apuntes del Sr. Claret.
(2) Declaración del muy ilustre Antonio Barjau. Ad art. 43.

dieron mucho en que entender con su obstinación y rebeldía y causaron á su corazón de padre increíbles amarguras. La verdad de la historia me obliga, á fuer de imparcial, á narrar algunos hechos de esta naturaleza, que con gusto omitiría para no empañar el brillo del estado sacerdotal; pero como fueron públicos en Cuba, y nadie, por otro lado, que juzgue rectamente de las cosas podrá por ello culpar á la Iglesia, ni siquiera maravillarse después de lo que llevamos dicho acerca del abandono en que el Gobierno tenía al clero de Santiago de Cuba, los pondré aquí tal cual resultan de documentos auténticos que tengo á la vista. No quiero valerme en la narración de otras palabras que de las que usó el Siervo de Dios escribiendo sobre este repugnante asunto al Capitán general de Cuba, D. Valentín Cañedo. Era entonces la época de las grandes contradicciones que tuvo el celoso Arzobispo por la fortaleza con que luchaba para quitar los amancebamientos y los escándalos que daban algunas personas caracterizadas que no querían dejar sus viciosas costumbres. Á la sentida carta que el Siervo de Dios escribió confidencialmente á D. Valentín Cañedo, cuando supo por D. José de la Concha que le acababa de suceder en el gobierno de la Isla, se siguió antes de un mes otra no menos dolorosa en contestación al oficio que pocos días antes le había mandado D. Valentín, remitiéndole con él una exposición del cura de Bayamo. Esta segunda carta, fechada á 3 de Junio de 1853, decía así:

"Muy señor mío de todo mi aprecio: Con fecha 10 del pasado tuve el honor de dirigirme á Ud., y no dudo que á estas horas habrá recibido mi comunicación confidencial en que le pintaba mi situación angustiosa. En la presente debo añadir que los disgustos, en vez de cesar, se aumentan á causa de algunos sacerdotes díscolos y de muy mala conducta, cosa que usted no extrañará, pues cuando tuve el gusto de conocerle y tratarle personalmente, ya me manifestó que estaba enterado del proceder de muchos en general, lo cual es conforme con lo que sobre esto me expresaba Ud. también en su oficio de Enero sobre las quejas contra las Misiones. Estos días atrás se sirvió Ud. mandarme una exposición del P. Antonio Díaz, cura de Bayamo, la que le dirige desde Puerto Príncipe; pues este pájaro ha vivido hasta mi ida á Bayamo públicamente amancebado con una negra, de la que ha tenido 16 hijos. Cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do pedí las listas de amancebados pasé por el bochorno de que alguno me dijera si debían incluirse en ellas los clérigos amancebados, y lo decían por él y por otros. De los 16 hijos le quedan 10, que le sirven de sacristanes y acólitos. Cuando fuí á visitar la iglesia tuvo la osadía de salir á darme el agua bendita, como previene la rúbrica, llevando un hijo suyo la calderilla; otros de ellos me presentaban los ornamentos en la visita: no sé si puede darse mayor desfachatez y desacato. Pero á más de esto es tan ignorante que me confesó que no sabía nada, y, en efecto, nada pudo responder á los exámenes. Enviéle al Colegio Seminario de Cuba para que se instruyera y apartara de la mala vida y de la ocasión de pecar con la concubina En la conferencia, y en presencia de los demás clérigos, se le examinó prácticamente de la Misa, y todos vieron su ignorancia, porque ni aun sabe las oraciones ordinarias y se excusa con su falta de memoria. Si se olvida de las oraciones de la Misa, ¿de qué se ha de acordar? Al cabo de poco tiempo se fugó sin pasaporte de Puerto Príncipe y entabló contra mí recurso de fuerza, pero la Audiencia lo desestimó.

„Recordará Ud. también que cuando se dignó venir á visitar á Cuba me ocupaba yo en dar ejercicios al clero. No hay duda que algunos de ellos se aprovecharon, pero otros no así. Un prebendado medio racionero, llamado D. Francisco Espinosa de los Monteros, natural de esta ciudad, fué sorprendido por mi Provisor á las siete y media de la noche del dia 28 de Mayo en casa de su concubina, de la que tiene dos niñas, y lo encontró escondido debajo de la cama, en traje blanco, pantalón y chaqueta. Confesaron entrambos sus relaciones y me trajo el culpable á mi presencia, según las órdenes que le di, y ahora se sigue la sumaria. Lo advierto á Ud. para que se evite, si es posible, que sea promovido á la ración vacante que ha pretendido, porque mal podrá darse colación de un nuevo beneficio á un clérigo encausado.

„Mas estos dos no son los peores: hay otro, con el cual se hace de todo punto necesario tomar una medida muy enérgica y pronta, y es el cura de Mayarí, D. Juan Tomás de Mena. No es posible explicar el mal estado en que hallé su parroquia en la santa visita y el modo descortés é irreverente con que me trató en los días que allí permanecí. Hubo algunos en que tuve que esperar á la puerta de la iglesia largo rato mientras enviaba la llave para poder entrar á celebrar el santo Sacrificio, y lo peor es que conmigo aguardaba en la calle mucha gente que iba á oirla y presenciaba el escándalo. Esto mismo me sucedió todos los días, sin que uno solo viniera en persona, como debía, sino que, continuando él, sin duda, en la cama, entregaba la llave al que iba á pedírsela. Las continuas quejas que de él tuve desde el principio de mi llegada, la mala conducta que había llevado en Mayarí con sus propias criadas, sus comilonas, juegos, abusos del ministerio y su carácter altivo, arrogante, díscolo y pendenciero, así como la desobediencia y el desprecio que hizo á las disposiciones tomadas en mi visita, me obligaron á seguir esta determinación. Lo llamé á ejercicios espirituales, y concluídos éstos, le mandé que se quedara en Cuba interinamente para comprobar algunos de los muchos escándalos que había dado. Pedí informes, registré archivos de secretaría, averigué muchos hechos, y el resultado es bien repugnante, porque me consta que siempre ha vivido en contubernio, teniendo de una sola mujer seis hijos, alguno de los cuales conozco bien.„

Tales fueron los clérigos que más sinsabores y amarguras causaron á su Prelado, los que, formando causa común con algunos seglares de la misma ralea, le calumniaron y acusaron repetidas veces ante los Tribunales; pero el Siervo de Dios triunfó de ellos, porque las autoridades no hicieron caso de las denuncias de tan desdichados clérigos, sino antes favorecieron al Siervo de Dios para que pudiera reprimir los escándalos que daban, como lo hizo, privándoles de la tercera parte de su dotación, lo que hizo también con algunos otros reincidentes. Los que no se rindieron á sus paternales amonestaciones fueron, gracias á Dios, en corto número, y aun ésos, mientras el Siervo de Dios estuvo en Cuba, no pudieron levantar cabeza. A imitación de San Carlos Borromeo, tenía confidentes especiales y secretos para enterarse de la conducta de todos los eclesiásticos de su diócesis; apuraba todos los medios que la caridad le sugería para traer á buen camino á los extraviados, y si no lo podía conseguir, se llenaba de prudente fortaleza, removiendo á los tenaces para evitar escándalos ó repararlos si los habían cometido (1).

(1) Carta del P. Lobo, del 22 de Enero de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y basta ya de este asunto, aunque tan importante, porque es aún mucho lo que nos queda por decir de las obras de celo llevadas á cabo ó ideadas, á lo menos, por el Siervo de Dios en Cuba, y ejecutadas más tarde cuando las circunstancias lo permitieron.

CAPÍTULO V

DE TRES CALAMIDADES PÚBLICAS QUE PRONOSTICÓ EL SIERVO DE DIOS EN CUBA, Y DE SU EXACTO CUMPLIMIENTO (1852 Y SIG.).

1. Anuncia los terremotos de Santiago. — Cosas admirables que en ellos acaecieron. — Confianza del pueblo en el Siervo de Dios. — Destrozos materiales. — El Siervo de Dios predice la continuación de los temblores de tierra y el tiempo en que habían de cesar. — Serenidad del santo Prelado en medio del común peligro. — Cómo con esta ocasión atrajo á la penitencia á los habitantes de Santiago. — Caridad que desplegó en reparar los daños causados por los terremotos. — 2. Graciosa comparación con que predijo desde el púlpito el cólera morbo. — Estragos que hizo el terrible azote, y heroica caridad y extraordinario celo que mostró el Siervo de Dios durante él. — Providencia del Señor en librar al P. Claret y á sus compañeros. — Anuncia la guerra de Cuba, y cómo se cumplió al pie de la letra su predicción. — El cisma del señor Llorente, previsto por el P. Claret.

1. Entre los favores que Dios nuestro Señor continuó dispensando al Sr. Claret en Cuba, fué uno muy señalado el don de profecía, que se manifestó claramente en tres ocasiones, conforme á la unánime declaración de muchos testigos oculares que oyeron de los labios del Siervo de Dios los tristes anuncios y presenciaron su exacto cumplimiento.

Predicando nuestro Padre por los meses de Mayo y Junio de 1852 en Manzanillo y otras poblaciones, sin saber cómo, se le escapaban en el púlpito unas proféticas expresiones anunciando que dentro de poco vendrían grandes terremotos. En Bayamo, distante de la capital más de treinta leguas, acaeció que, el 20 de Agosto del mismo año, estando en el púlpito, á la mitad del sermón interrumpió de repente la materia de que estaba tratando y dijo al auditorio: "Roguemos á Dios por nuestros hermanos residentes en Santiago de Cuba, pues se hallan en grande tribulación; mañana iremos á consolarlos." Es de notar que en Bayamo sólo se sintió una muy ligera tre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y basta ya de este asunto, aunque tan importante, porque es aún mucho lo que nos queda por decir de las obras de celo llevadas á cabo ó ideadas, á lo menos, por el Siervo de Dios en Cuba, y ejecutadas más tarde cuando las circunstancias lo permitieron.

CAPÍTULO V

DE TRES CALAMIDADES PÚBLICAS QUE PRONOSTICÓ EL SIERVO DE DIOS EN CUBA, Y DE SU EXACTO CUMPLIMIENTO (1852 Y SIG.).

1. Anuncia los terremotos de Santiago. — Cosas admirables que en ellos acaecieron. — Confianza del pueblo en el Siervo de Dios. — Destrozos materiales. — El Siervo de Dios predice la continuación de los temblores de tierra y el tiempo en que habían de cesar. — Serenidad del santo Prelado en medio del común peligro. — Cómo con esta ocasión atrajo á la penitencia á los habitantes de Santiago. — Caridad que desplegó en reparar los daños causados por los terremotos. — 2. Graciosa comparación con que predijo desde el púlpito el cólera morbo. — Estragos que hizo el terrible azote, y heroica caridad y extraordinario celo que mostró el Siervo de Dios durante él. — Providencia del Señor en librar al P. Claret y á sus compañeros. — Anuncia la guerra de Cuba, y cómo se cumplió al pie de la letra su predicción. — El cisma del señor Llorente, previsto por el P. Claret.

1. Entre los favores que Dios nuestro Señor continuó dispensando al Sr. Claret en Cuba, fué uno muy señalado el don de profecía, que se manifestó claramente en tres ocasiones, conforme á la unánime declaración de muchos testigos oculares que oyeron de los labios del Siervo de Dios los tristes anuncios y presenciaron su exacto cumplimiento.

Predicando nuestro Padre por los meses de Mayo y Junio de 1852 en Manzanillo y otras poblaciones, sin saber cómo, se le escapaban en el púlpito unas proféticas expresiones anunciando que dentro de poco vendrían grandes terremotos. En Bayamo, distante de la capital más de treinta leguas, acaeció que, el 20 de Agosto del mismo año, estando en el púlpito, á la mitad del sermón interrumpió de repente la materia de que estaba tratando y dijo al auditorio: "Roguemos á Dios por nuestros hermanos residentes en Santiago de Cuba, pues se hallan en grande tribulación; mañana iremos á consolarlos." Es de notar que en Bayamo sólo se sintió una muy ligera tre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pidación, que pasó para muchos inadvertida, y que fué en el mismo día en que principiaron los terremotos en Santiago. Dejando, pues, el Arzobispo la Misión de Bayamo, corrió volando hacia el punto en donde sabía estaban peligrando sus amadas ovejas, y descuidando su propia seguridad, llegó á la capital de la diócesis en ocasión en que la población se hallaba en extremo consternada. Habíase oído un trueno subterráneo, y desde aquel momento todo se movía, oscilaban los edificios, mudaban de lugar los muebles de las habitaciones, crujían las maderas de las ventanas y puertas, bamboleaban las casas y las iglesias y caíanse á pedazos las paredes y los techos; los habitantes estaban espantados, y no teniéndose por seguros dentro de sus casas, salían corriendo á los patios, plazas y calles, y con voz despavorida gritaban: "¡Misericordia, misericordia!„; parábanse luego, y atónitos y en silencio, y derramando algunas lágrimas, se miraban unos á otros sin saber explicar lo que pasaba, y un terror glacial helábales la sangre en las venas. En medio de los sustos consiguientes, fué cosa maravillosa que los enfermos de las casas y de los hospitales, junto con los que gozaban de salud, salieron de los aposentos envueltos en sus mantas y daban alegres voces diciendo que se hallaban ya curados y no querían volver al lecho del dolor.

Cuando el Siervo de Dios llegó á Santiago, la ciudad le recibió con respeto y confianza, y todos indistintamente le miraron como el pararrayos de la ira divina. Y fué, en verdad, cosa admirable y providencial que con los destrozos espantosos hechos en los edificios apenas hubo que deplorar desgracias personales, y el Señor, en medio de los rigores de su justicia, manifestó también, atendiendo á la virtud del Pastor, su infinita misericordia, pues muchísimos contaban que entre los escombros de sus casas habían escapado por milagro sin lesión alguna; empero las destrucciones y pérdidas materiales fueron horrorosas; el mismo Sr. Arzobispo se espantó al ver tantas ruinas: las calles cubiertas de escombros, la Catedral y las demás iglesias cuarteadas, el palacio episcopal arruinado, y más ó menos lo estaban también todas las casas. Tuviéronse que improvisar capillas en las plazas; en ellas se celebraba el santo sacrificio de la Misa, se predicaba y administraban los santos Sacramentos.

Cesadas las primeras sacudidas de los terremotos, que dejaron la iglesia Catedral y todas las demás en estado ruinoso é inservible, según se ha dicho, la generalidad de los vecinos emprendió la reedificación de sus casas y el Siervo de Dios la de su palacio arzobispal. El Cabildo metropolitano, que interinamente se había trasladado á la parroquia de los Dolores, la cual con mayor facilidad había podido rehabilitarse para el culto divino, al ver el ejemplo de su Prelado se le presentó con ánimo de emprender la construcción de la iglesia Catedral. Mas el Varón de Dios se opuso á ello diciendo: "No conviene, porque volvería á destruirse: yo reconstruyo el palacio para que tengan ocupación los muchos obreros que el Capitán general ha enviado desde la Habana, y no se achacase á avaricia mi demora. Todo lo que se edifique es en balde. Yo avisaré al Cabildo cuando sea tiempo oportuno.„ Los hechos confirmaron la predicción; porque estas palabras las pronunció el Padre Claret á últimos de Septiembre de aquel año 1852, y el 26 de Noviembre del mismo vino otro terremoto tan terrible que una de las almenas que había en la cumbre de las torres de la Catedral entró en el primer piso de la misma torre, y la fachada de la iglesia Catedral, que había quedado en pie de los terremotos anteriores, se desprendió por completo. Al día siguiente el Siervo de Dios llamó al Cabildo y le dijo: "Ya pueden ustedes reedificar la iglesia Catedral.„ Siguieron después de esto algunos ligeros estremecimientos hasta la noche de Navidad, que fué el último. Acaeció éste en ocasión en que el pueblo se hallaba reunido en la iglesia de los Dolores, y como la gente se estremeciera, clamando al cielo misericordia, el Sr. Arzobispo, dice D. Antonio Barjau, "se levantó, miróme sonriendo, y luego, dirigiéndose á la muchedumbre, dijo: "No „temáis, no habrá nada más (1).„ Y así fué, porque ya no se repitieron más los temblores ni poco ni mucho.

Con ocasión de los terremotos brilló mucho la virtud del Siervo de Dios y hasta su santidad, lo cual echaron de ver cuantas personas entonces le trataron, y en especial lo dejó escrito D. Pelegrín Ferrer, director del célebre colegio de Coll de Valdemia en Mataró y presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl en la misma ciudad, pero que á la sa-

(1) Declaración de D. Antonio Barja . Ad art. 125.

zón se hallaba en Santiago de Cuba. "Una madrugada hubo un terremoto muy notable; fuí,—escribe,—á ver si tenía novedad (el P. Claret); otras personas habían acudido al Seminario con el mismo objeto: salió él de su aposento tranquilo, complaciente, y con su acostumbrada calma nos dijo: "Vamos „á dar gracias á Dios.„ Á ninguno de nosotros pareció natural lo que estábamos viendo, comparando nuestra zozobra con su tranquilidad inquebrantable. Este fué el momento en que más me convencí de su santidad. Para poder dar valor á esta indiferencia por sí mismo, es preciso haber experimentado terremotos. Otro dia paseaba con él por el claustro del Seminario, concluída la función nocturna que diariamente celebraba en la capilla. Sentimos mugir, como sordo trueno, la tierra bajo nuestros pies, y él me hablaba de cosas referentes á las Misiones de la China: cuya historia conocía muy perfectamente, y distrayéndome y parándome varias veces me dijo: "No tema „usted, yo considero estas circunstancias, es decir, el cólera „y los terremotos, como dos Misioneros eficacísimos que nos „ha enviado Dios por su misericordia (1).„

Duraron los temblores, según se desprende de lo dicho, desde el 20 de Agosto hasta fines de Diciembre, y si bien hubo algunas interrupciones, aunque breves, hubo en cambio días que se repitieron hasta cuatro y cinco veces. Al día siguiente de empezados los terremotos, entre las capillas que al descampado se improvisaron fué una la que se levantó con tablas de madera en el paseo de la Marina, junto á una hermosa alameda que está á orillas de la mar. Para que los rayos del sol, que en aquella época eran abrasadores, no dañaran á la muchedumbre, pusieron un gran toldo que pudiera cobijarla. En este sitio se hicieron rogativas públicas, y allí iban en procesión el Prelado, los canónigos y los demás sacerdotes con las autoridades y los habitantes de Santiago. El Padre Claret, ansioso de aprovechar aquellas solemnes circunstancias para atraer al Señor los pecadores empedernidos que se habían resistido á las paternales amonestaciones que antes les había hecho, dió comienzo á un novenario en forma de Misión; por la mañana, además de las letanías, se cantaba una Misa de rogativas, y por la tarde, además del Rosario y de las

(1) Carta de 1.° de Abril de 1881.

rogativas, el Siervo de Dios dirigía al pueblo la palabra exhortándole á la penitencia. El espectáculo que ofrecía aquella inmensa muchedumbre clamando al Señor misericordia era tierno y conmovedor, y á las oraciones que espontáneamente brotaban del corazón de todos los fieles, pero mucho más á las del santo Prelado, fué debido el que las desgracias se limitaran á las pérdidas materiales. En el primer sermón que predicó dijo, entre otras cosas notables, que una fuerza superior le había obligado á expresarse del modo que lo hizo el día anterior á la catástrofe de Santiago.

La piedad, caridad y desprendimiento del Siervo de Dios hiciéronse palpables en esta ocasión. Lo primero á que se dedicó, apenas cesaron los terremotos, fué á la reparación de las iglesias, mayormente de la Catedral. En esta sola gastó 24.000 duros de su bolsillo particular. Las reparaciones hechas en el Colegio ó Seminario conciliar le costaron 7.000, y 5.000 las de palacio. Como sus rentas no llegaban ni con mucho á remediar todas las desgracias ocasionadas por los terremotos, elevó una patética exposición á S. M. para que en su magnánimo corazón buscara recursos con que reparar los pasados males, y valiéndose de los buenos oficios de su amigo el conde de Villanueva logró recabar de la generosidad de la Reina la no despreciable cantidad de un millón de duros, con la cual suma se acabaron de reedificar los templos, los edificios públicos y las casas de los cubanos pobres que no disponían de suficientes recursos para rehacerse de las últimas pérdidas. Con esto, en poco tiempo la ciudad de Santiago recobró su primer ser y aspecto, lo cual se debió principalmente á las diligencias del santo Arzobispo, á quien parece que ni las autoridades ni el Gobierno se atrevían á negar cosa alguna, efecto del concepto elevado que de su santidad tenían.

2. Pero el Señor dejó sentir aún de modo más terrible su justiciera mano sobre la capital de la diócesis, cuando todavía no había enteramente levantado de sobre ella el castigo de los terremotos; y si éstos dieron á conocer el espíritu profético del P. Claret, la nueva calamidad predicha mucho antes por el Siervo de Dios confirmó este concepto en la opinión de los que habían oído el primer anuncio, y puso además de realce su inagotable y heroica caridad, como luego veremos. En uno de los fructuosos sermones que predicó á orillas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mar con ocasión de los terremotos, haciendo ver la providencia amorosa del Señor en aquellos tristes sucesos, empleó, como solía, para hacerse comprender de los fieles, una oportuna comparación en que iba envuelta una terrible profecía.

"Dios,—les dijo,—hace con muchos de vosotros lo mismo que una madre con un hijo perezoso y dormilón; que le menea el catre ó la cama para que despierte ó se levante, y si esto no basta, le da golpes con el látigo. Lo mismo hace Dios con muchos de sus hijos, pecadores aletargados; ahora les ha sacudido su cama, es decir, sus casas, perdonando sus cuerpos y sus vidas; si con esto no despiertan y no se levantan, les dará de palos, enviándoles el cólera ó la peste; Dios me lo ha dado á conocer.„

Reparó el inmenso auditorio en estas palabras espantables, y algunos de ellos las llevaron muy á mal pensando que era un recurso oratorio para embaucar á la gente sencilla; pero bien pronto se desengañaron, porque apenas hubo transcurrido poco más de un mes, el terrible azote se presentó en la ciudad de manera tan terrible y alarmante que hubo calle en Santiago en la que en menos de dos días fallecieron todos sus habitantes. D. Antonio Barjau dióños de esta profecía noticias más circunstanciadas en las declaraciones que prestó para introducir la Causa de beatificación del Siervo de Dios, donde, entre otras cosas notables, refirió lo siguiente: "A consecuencia del derrumbamiento de todas las iglesias por causa del terremoto, se instaló una capilla provisional en el llano de la Marina, y en un novenario que se celebró en el mes de Agosto, en el cual predicaba el Siervo de Dios para sacar fruto del azote del terremoto, en uno de sus sermones dijo estas palabras: "Dios tiene otros castigos para despertar á los „pecadores; ahora los ha despertado con los terremotos, y ya „nos amenaza con el cólera morbo y otras calamidades públi„cas: ajustad vuestras conciencias para detener el brazo irri„tado de su justicia.„

„Dos cosas son de advertir: la primera, que esta predicción la hizo el Siervo de Dios con tal insistencia, que todos, ó casi todos los días de la novena repitió las palabras dichas ú otras parecidas; y la segunda, que á pesar de que no había ningún caso de cólera, ni se soñase en tal enfermedad, el

9 de Octubre del mismo año fué declarado oficialmente (1).„

A estas circunstancias el Vicario general del Siervo de Dios, Rdo. P. Lobo (2), añade una tercera, que nunca se había padecido el cólera en la parte oriental del Arzobispado, por más que la occidental hubiese sido afligida con él desde 1834 hasta hacerse endémica la enfermedad, lo cual prueba aún más que naturalmente no podía el Siervo de Dios predecir el azote, y que si lo anunció con tanta insistencia fué porque el Señor se lo había revelado. En toda la parte oriental hizo el cólera un sinnúmero de víctimas, sembrando la desolación en las desconsoladas familias.

La conducta que observó en esta ocasión el clero de la ciudad, alentado con el noble ejemplo de su Prelado, fué digna de todo elogio. Todos los sacerdotes se esmeraban en el cuidado corporal y espiritual de los enfermos, y sin temor alguno acudían á administrar los últimos Sacramentos adondequiera que eran llamados; pero quien más se desvelaba, quien no perdía un instante de tiempo para que todos los moribundos partiesen á la eternidad fortificados con los auxilios de la Religión, era el santo Arzobispo, quien entonces, más que nunca, descubrió la inmensa caridad que atesoraba su corazón. La epidemia fué tan horrorosa que, á más de los enfermos que había en las casas particulares, siete ú ocho hospitales estaban llenos de ellos; casi todos luchaban con el estertor de la agonía, y mientras los cadáveres de los unos, hacinados en fúnebres carrozas, eran de allí conducidos al cementerio, otros esperaban ya el triste turno, y al mismo tiempo que los muertos eran llevados por una puerta á la sepultura, entraban por otra varios enfermos, mortalmente heridos por el azote, á ocupar los puestos que los primeros habían dejado vacíos, y no parecía sino que la muerte había asentado allí su trono y extendido el sombrío manto. En las calles reinaba un silencio sepulcral sólo interrumpido por el rumor de los carros fúnebres ó las pisadas ligeras del ministro del Señor que corría á la cabecera del moribundo; en las casas todo eran llantos y sollozos por los vacíos que en la familia dejaba el terrible azote; en los hospitales no se oían más que quejidos lastime-

(1) Declaración del muy ilustre D. Antonio Barjau. Ad art. 125.
(2) Carta del 22 de Enero de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ros, ayes de dolor, mezclados con el murmullo de las plegarias que recitaban los sacerdotes á la cabecera de los enfermos; sólo en el templo hallaba la desolada muchedumbre algún consuelo á sus amarguras; sólo allí, con las lágrimas del arrepentimiento, arrancadas por la elocuente voz del santo Prelado, hallaban los que de pronto habían enviudado ó quedado huérfanos ó sin hijos algún alivio á su orfandad y esperanza á su desesperación; porque el mismo Arzobispo, que con tanto celo visitaba mañana y tarde todos los hospitales de coléricos, llevando el consuelo espiritual y corporal á los moribundos, juntaba por la noche en las iglesias á los que el azote había perdonado, pero que no por esto tenían menos necesidad de consuelo que los primeros, y con su palabra ardiente, entonces más que nunca conmovedora, los exhortaba á la penitencia para aplacar la ira de Dios, y los animaba con la esperanza del perdón y con la dicha que les cabría si la muerte los hallaba en estado de gracia, pues trocarían una vida breve y llena de aflicciones y amarguras por otra inmortal y eternamente bienaventurada.

El fruto que con esto hizo y el bien que recabó de saber aprovechar en favor de sus ovejas los dos castigos de Dios, los terremotos y el cólera, lo apuntó el mismo P. Claret con estas palabras: "Durante los temblores y el cólera muchísimos se confesaron, que no lo habían hecho en la santa Misión, pues muchos pecadores son como los nogales, que no dan fruto sino á palos. No puedo menos de bendecir á Dios y darle continuamente gracias por haber enviado á Cuba oportunamente el cólera ó la peste, pues conocí con claridad era un efecto de su misericordia adorable. En aquella epidemia, para bien morir, confesáronse muchos que, como repito, no se habían confesado en la santa Misión; otros, que lo habían hecho, habiéndose de veras convertido, se habían precipitado otra vez en el abismo de sus culpas, y Dios en aquella calamidad les tocó el corazón y se convirtieron, murieron y en el día de hoy se hallan en el cielo, y á no haber sido la epidemia hubieran recaído y muerto en pecado mortal y condenádose para siempre. ¡Bendita y alabada sea la misericordia y bondad de Dios, nuestro buen Padre, Dios de consolación y de clemencia.„

Fué particular providencia de Dios nuestro Señor que ni

el Siervo de Dios ni ninguno de los sacerdotes de la diócesis de Santiago que, siguiendo las huellas de su Arzobispo, asistían y auxiliaban á los enfermos atacados del cólera, contrajo esta enfermedad, si se exceptúa al digno párroco del Cobre, á quien el Señor escogió por víctima expiatoria, y que dió ejemplo de heroica caridad dando la vida por sus ovejas. Al sentirse ligeramente atacado púsose en cama con esperanzas de curarse. En este estado vinieron á llamarle para asistir á un enfermo, y aunque conoció que si iba se agravaría necesariamente su enfermedad y era casi seguro que moriría, prefirió morir á dejar de auxiliar á un moribundo, y así, sin respeto á su estado, fué al punto allá, cumplió con su deber, y al llegar á casa, rendido y sin fuerzas, dejóse caer de nuevo en la cama, de la que no se levantó sino para volar al cielo. Tan edificante conducta del clero en general, y más la heroica abnegación del párroco del Cobre, consoló mucho á nuestro Padre en medio de la natural aflicción que sentía por ver padecer á sus amadas ovejas, pues si bien cuando contemplaba en aquel castigo la mano amorosa del Señor, que por este medio atraía á sí á muchos que de otra suerte no se le hubieran acercado, experimentaba en su corazón cierta espiritual alegría por la gloria que de allí resultaba para Dios y por el provecho que reportaban sus ovejas, no podía menos de afligirse como bondadoso padre al ver que este bien espiritual costaba tantas lágrimas y dolores á los que él amaba como hijos.

3. Mezclaba el Señor las pruebas con los consuelos, y como si se hubiera propuesto hacer ver al santo Prelado cuanto pudiera despedazar su corazón y servirle al mismo tiempo de arma poderosa para aterrar á los pecadores y hacer brotar de sus ojos lágrimas de dolor por los pecados, le reveló otro tercer castigo más terrible aún que los pasados, que había de llenar de consternación la Isla de Cuba y sembrarla de cadáveres. Éste, como los anteriores, lo anunció al pueblo de Santiago en varias ocasiones, aunque sin especificar en qué consistiría, y, según testimonio de sus familiares, lo recordó al consternado auditorio cuando, presa del terror por los terremotos, se agrupaba alrededor del púlpito en que predicaba el Varón de Dios como á lugar de refugio y misericordia. Hablando, en efecto, del novenario predicado por el P. Claret en esa ocasión, escribe el P. Lobo estas palabras: "Ocupó el se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñor Claret todos los días la sagrada cátedra, exhortando á la penitencia. Para moverlos recordó su triste anuncio de los tres castigos: "el primero ya lo veis cumplido,—dijo;—es el „terremoto. El segundo se realizará muy pronto, y será el có„lera morbo.„ Por razones de prudencia no creyó deber revelar el último y más poderoso de los tres castigos, que aseguró ocurriría más adelante y que sería el más funesto y duradero. Supimos que aludía á la fatal insurrección que ha asolado por tres años aquella región oriental de la diócesis de Cuba, mucho más que el resto de la Isla (1).„

El ilustre D. Felipe Rovira, en carta del 22 de Enero de 1880, aseguró que este tercer azote del cielo lo había predicho el Siervo de Dios predicando en el pueblo de Vicario, y D. Paladio Currius, después de referir cómo en Manzanillo, por el mes de Mayo ó Junio de 1852, predijo los tres azotes: el de los terremotos, el del cólera y otro tercero que no determinó, añade: "Después me dijo á mi que consistiría en una guerra, en la que los europeos, y especialmente los españoles, serían perseguidos de muerte como los conejos en los bosque (2).„ Mas no fué tan sólo á algunos de sus familiares á quienes manifestó en particular en qué consistiría este tercer castigo, pues hallándose en Jara se dirigió una vez á un grupo de españoles obstinados, y con aire amenazador les dijo: "Vosotros ponéis tropiezos á las palabras de vuestro Prelado, que os distingue y se interesa por vuestra salud espiritual como un padre cariñoso: ruego al Señor para que no caiga sobre vosotros el castigo que os amenaza, pues aquí seréis perseguidos como conejos y estos campos serán regados con sangre española (3).„ Estas palabras, pronunciadas con espíritu profético, tuvieron cabal cumplimiento como unos dieciséis años más tarde. En efecto: el 11 de Septiembre de 1868, junto al ya citado caserío de Jara, más de tres mil campesinos á caballo, con escopetas y machetes, congregados por D. Carlos Manuel Céspedes, inquieto abogado de aquella ciudad; por un coronel de sus milicias, el arruinado propietario D. Francisco Aguilar, y algunos otros descontentos, sin otro porvenir que el que les ofreciese en la Isla una mudanza de bandera, lanza-

(1) Apuntes del ilustre D. Felipe Rovira, del 14 de Febrero de 1880.
(2) Declaración de D. Paladio Currius. Ad art. 125.
(3) Carta de D. Antonio Barjau, del 15 de Junio de 1881.

ron el grito de independencia contra España. Desde aquella soledad acudieron con presteza á sorprender y desarmar los cortos destacamentos de la población, que no contaban ni cien hombres, y comenzaron las hostilidades cometiendo, con infelices soldados sin defensa, las alevosías más indignas y feroces. Entre los españoles que en esta ocasión fueron bárbaramente asesinados, había dos, por lo menos, que habían oído al mismo Arzobispo las expresiones proféticas antes citadas, como aseguró en una carta el ilustre señor D. Antonio Barjau (1).

A más de estas predicciones, sobre las cuales no cabe duda alguna, el ya citado familiar D. Antonio Barjau cree que anunció también el cisma de Llorente, quien con sólo el nombramiento del Gobierno se erigió en gobernador eclesiástico de Santiago de Cuba. Fúndase en que el Siervo de Dios, algún tiempo antes que aconteciera, hablando con sus familiares, dijo con semblante demudado: "Roguemos á Dios para evitar un castigo terrible que amenaza á este Arzobispado, y que si no destruye todo el fruto de nuestros trabajos apostólicos, arrastrará gran parte de ellos.„ Como le invitaran á que concretara este castigo, respondió: "Roguemos á Dios para que esto no suceda.„ Esta velada predicción la hizo respondiendo á una pregunta que el Sr. Barjau le dirigió sobre la causa de presentarse, contra su costumbre, por espacio de nueve ó diez días cariacontecido y triste. Y como, según él, la guerra que estalló en Jara, en nada ó en muy poco destruyó el fruto apostólico del Siervo de Dios, pero sí el cisma del Sr. Llorente (2),

(1) Carta ya citada.
(2) En tiempo del efímero reinado de Amadeo de Saboya, Ruiz Zorrilla, que hacía de ministro de Gracia y Justicia, para proveer las Sillas episcopales vacantes echó mano del escaso pelotón de clérigos liberales con puntas de jansenistas y de *católicos viejos*, que redactaban un periódico titulado *La Armonía*. Entre éstos, para la iglesia de Cuba puso los ojos en el tristemente famoso Llorente, quien se empeñó primero en desposeer al Vicario capitular, legítimamente nombrado, y luego en intrusarse como Arzobispo electo y gobernador eclesiástico, á despecho de las terminantes declaraciones de Pío IX, que en 13 de Agosto de 1872, por medio del Cardenal Secretario de Estado, había prevenido á los Capitulares de Santiago que en ninguna manera entregasen la administración de la diócesis al Sr. Llorente, *por ser indigno moralmente de tan alta prelacia*. Semejante declaración pontificia, unida á la denegación de las Bulas, quitaba de hecho toda validez canónica á los actos de jurisdicción que Llorente quería ejercer, amparándose con la protección del Capitán general de Cuba, y en ciertas prerrogativas de Vicariato apostólico que suponía concedidas á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

opina que en este caso particular no hacía referencia á la insurrección, aunque en otras circunstancias aludió clarísimamente á ella, sino á los desórdenes ocasionados por la intrusión de aquel prebendado en el gobierno eclesiástico de Cuba; y así, según esto, fueron cuatro los castigos anunciados por el Siervo de Dios, conviene á saber: los terremotos, el cólera, la guerra de Cuba y el cisma del Sr. Llorente.

Por de pronto, el próximo cumplimiento de los dos primeros castigos que presenciaron los cubanos acrecentó en éstos la opinión de santidad en que tenían á su Prelado, y así cada vez escuchaban sus exhortaciones y consejos con mayor respeto, atención y docilidad, y el fruto, por lo tanto, era de día en día más copioso.

---

nuestros reyes en Indias, mediante las cuales podían autorizar á los electos para que gobernasen las diócesis en tanto que no llegaban las Bulas de confirmación. El privilegio, que se decía fundado en una Bula de Alejandro VI, no pareció y mal podía parecer, pues no existía semejante monstruosidad canónica, nunca tolerada por los Papas. El Vicario capitular, D. José Orberá y Carrión, resistió dignamente y prosiguió ejerciendo la jurisdicción ordinaria, apoyado por todo el Cabildo. Sólo tres capitulares, el Deán, el tesorero y un canónigo dieron la obediencia á Llorente, y con esto ciertas apariencias canónicas á su intrusión. La Audiencia encausó y suspendió al Vicario, poniéndole preso á buena cuenta; y el Deán y los suyos dieron posesión á Llorente con ayuda de la Guardia civil. La Congregación del Concilio reprobó, con autorización pontificia, en 30 de Abril de 1873, todo lo hecho, calificándolo de *horrible* y *detestable*, y declarando incursos en excomunión mayor y privación de todo beneficio eclesiástico, presente ó futuro, á Llorente y al Deán y á todos sus parciales, dando, además, por nulos *é irritos* todos los actos de jurisdicción que hubiesen ejercido. Con todo, el desorden continuó hasta 1875, en que fueron reduciéndose los cismáticos. (Véanse la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo, tomo III, cap. IV, número I, y la obra sobre el *Cisma de Cuba*, del P. Sancha, entonces canónigo penitenciario de dicha Iglesia y hoy arzobispo de Valencia.) El Sr. Llorente se reconcilió con la Iglesia, después de haber hecho ejercicios espirituales en la casa de los Padres Paúles, de Madrid; pero sigue gozando de una renta anual de 40.000 reales, que como á Obispo dimisionario le pasa el Gobierno más ó menos liberal; que ya se sabe que estos Gobiernos liberales son impenitentes en reconocer sus desaciertos.

CAPÍTULO VI

DE LAS CARTAS PASTORALES Y DE OTROS ESCRITOS QUE PUBLICÓ EN CUBA EL P. CLARET (1852-1855).

1. Pastorales que publicó el Siervo de Dios. — Pastoral dirigida al clero de la diócesis. — Pastorales al pueblo. — Pide oraciones por medio de una Pastoral para que sea declarada dogma de fe la Concepción inmaculada de María. — Análisis de otra hermosa Pastoral congratulatoria después de la declaración de dicho dogma. — Háblale la Virgen aprobándole esta Pastoral. — Ofrecimiento del Siervo de Dios á la santísima Virgen. — 2. Escribe al Romano Pontífice dándole cuenta del estado de su diócesis. — Respuesta de Pío IX. — 3. Publica el compendio de Teología moral del P. Larraga, por él adicionado. — 4. La llave de oro. — Calumnias levantadas contra el Siervo de Dios con ocasión de este libro. — 5. Defensa que de él hicieron hombres eminentes.

1. Breve, pero fecundo en todos conceptos, fué el pontificado del P. Claret en Santiago de Cuba; lo hemos visto ya recorriendo las ciudades y aldeas de su dilatada diócesis para reformar las costumbres del pueblo, trabajando con incansable celo y actividad para mejorar la situación moral y material del clero, y ostentando los tesoros inagotables de la caridad de su corazón en las calamidades públicas que afligieron mayormente la capital de su Arzobispado; mas todo esto, que por sí solo bastaría á perpetuar su memoria entre los fieles, no fué sino una parte de sus continuas y apostólicas tareas: fáltanos aún considerarle en sus cartas pastorales y otros escritos que publicó en Cuba, y en varias obras de pública utilidad que llevó á cabo para el bien temporal y espiritual de sus ovejas. De lo primero trataremos en este capítulo, así como de las relaciones que por medio de cartas familiares mantuvo en aquel tiempo con la Santidad de Pío IX, que regía entonces los destinos de la Iglesia.

Luego de llegado á Cuba publicó el Siervo de Dios una circular, á la que pronto se siguieron otras, dirigidas unas en general al clero y pueblo de su Arzobispado y otras á una par-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

opina que en este caso particular no hacía referencia á la insurrección, aunque en otras circunstancias aludió clarísimamente á ella, sino á los desórdenes ocasionados por la intrusión de aquel prebendado en el gobierno eclesiástico de Cuba; y así, según esto, fueron cuatro los castigos anunciados por el Siervo de Dios, conviene á saber: los terremotos, el cólera, la guerra de Cuba y el cisma del Sr. Llorente.

Por de pronto, el próximo cumplimiento de los dos primeros castigos que presenciaron los cubanos acrecentó en éstos la opinión de santidad en que tenían á su Prelado, y así cada vez escuchaban sus exhortaciones y consejos con mayor respeto, atención y docilidad, y el fruto, por lo tanto, era de día en día más copioso.

---

nuestros reyes en Indias, mediante las cuales podían autorizar á los electos para que gobernasen las diócesis en tanto que no llegaban las Bulas de confirmación. El privilegio, que se decía fundado en una Bula de Alejandro VI, no pareció y mal podía parecer, pues no existía semejante monstruosidad canónica, nunca tolerada por los Papas. El Vicario capitular, D. José Orberá y Carrión, resistió dignamente y prosiguió ejerciendo la jurisdicción ordinaria, apoyado por todo el Cabildo. Sólo tres capitulares, el Deán, el tesorero y un canónigo dieron la obediencia á Llorente, y con esto ciertas apariencias canónicas á su intrusión. La Audiencia encausó y suspendió al Vicario, poniéndole preso á buena cuenta; y el Deán y los suyos dieron posesión á Llorente con ayuda de la Guardia civil. La Congregación del Concilio reprobó, con autorización pontificia, en 30 de Abril de 1873, todo lo hecho, calificándolo de *horrible* y *detestable*, y declarando incursos en excomunión mayor y privación de todo beneficio eclesiástico, presente ó futuro, á Llorente y al Deán y á todos sus parciales, dando, además, por nulos *é irritos* todos los actos de jurisdicción que hubiesen ejercido. Con todo, el desorden continuó hasta 1875, en que fueron reduciéndose los cismáticos. (Véanse la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo, tomo III, cap. IV, número I, y la obra sobre el *Cisma de Cuba*, del P. Sancha, entonces canónigo penitenciario de dicha Iglesia y hoy arzobispo de Valencia.) El Sr. Llorente se reconcilió con la Iglesia, después de haber hecho ejercicios espirituales en la casa de los Padres Paúles, de Madrid; pero sigue gozando de una renta anual de 40.000 reales, que como á Obispo dimisionario le pasa el Gobierno más ó menos liberal; que ya se sabe que estos Gobiernos liberales son impenitentes en reconocer sus desaciertos.

CAPÍTULO VI

DE LAS CARTAS PASTORALES Y DE OTROS ESCRITOS QUE PUBLICÓ EN CUBA EL P. CLARET (1852-1855).

1. Pastorales que publicó el Siervo de Dios. — Pastoral dirigida al clero de la diócesis. — Pastorales al pueblo. — Pide oraciones por medio de una Pastoral para que sea declarada dogma de fe la Concepción inmaculada de María. — Análisis de otra hermosa Pastoral congratulatoria después de la declaración de dicho dogma. — Háblale la Virgen aprobándole esta Pastoral. — Ofrecimiento del Siervo de Dios á la santísima Virgen. — 2. Escribe al Romano Pontífice dándole cuenta del estado de su diócesis. — Respuesta de Pío IX. — 3. Publica el compendio de Teología moral del P. Larraga, por él adicionado. — 4. La llave de oro. — Calumnias levantadas contra el Siervo de Dios con ocasión de este libro. — 5. Defensa que de él hicieron hombres eminentes.

1. Breve, pero fecundo en todos conceptos, fué el pontificado del P. Claret en Santiago de Cuba; lo hemos visto ya recorriendo las ciudades y aldeas de su dilatada diócesis para reformar las costumbres del pueblo, trabajando con incansable celo y actividad para mejorar la situación moral y material del clero, y ostentando los tesoros inagotables de la caridad de su corazón en las calamidades públicas que afligieron mayormente la capital de su Arzobispado; mas todo esto, que por sí solo bastaría á perpetuar su memoria entre los fieles, no fué sino una parte de sus continuas y apostólicas tareas: fáltanos aún considerarle en sus cartas pastorales y otros escritos que publicó en Cuba, y en varias obras de pública utilidad que llevó á cabo para el bien temporal y espiritual de sus ovejas. De lo primero trataremos en este capítulo, así como de las relaciones que por medio de cartas familiares mantuvo en aquel tiempo con la Santidad de Pío IX, que regía entonces los destinos de la Iglesia.

Luego de llegado á Cuba publicó el Siervo de Dios una circular, á la que pronto se siguieron otras, dirigidas unas en general al clero y pueblo de su Arzobispado y otras á una par-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te de su rebaño. Como ya en su lugar correspondiente dejé anotados los decretos principales que, según las circunstancias, contenían, nada añadiré aquí á lo dicho anteriormente sobre este asunto. En cuanto á las cartas pastorales, es de advertir la prudencia y delicadeza del Siervo de Dios, que no quiso dar á luz ninguna hasta que, recorrida toda la diócesis por medio de las Misiones y de la santa visita pastoral, pudo apreciar por sí mismo los males que más afligían á sus ovejas y los remedios que convenía dar á las necesidades más urgentes y aconsejar á sus súbditos lo que les había de ser más provechoso. Así fué, en efecto, que terminada la primera visita pastoral alzó su voz como Padre y Prelado, y á 20 de Septiembre de 1852 firmó la primera carta dirigida á todo el clero de su diócesis, documento importantísimo por las sabias disposiciones que acerca de diversas materias contenía, y que reimpresa luego en varios edictos, venía á ser un breve pero luminoso tratado de cuanto el clero de su diócesis debía hacer para cumplir con fidelidad todas sus obligaciones. Resumía además en él admirablemente, junto con los edictos que le fueron añadidos, cuanto sobre derecho canónico convenía prácticamente saber al clero de Santiago de Cuba, como se puede comprender con sólo enunciar los asuntos sobre que versaban la Pastoral y sus apéndices. En el primer punto trataba sobre el hábito clerical y la obligación que tenían de llevarlo con modestia y decencia; el segundo, sobre los deberes de los Vicarios foráneos; el tercero, acerca de los deberes de los Curas párrocos y de los demás sacerdotes; el cuarto contenía el arreglo parroquial para los Curas y tenientes; en el quinto, presentaba un método de vida para que todos los clérigos vivieran ajustados á los deberes que su estado les impone; el sexto versaba sobre capellanías; el séptimo sobre matrimonios, y el octavo sobre dispensas matrimoniales. Los siete apéndices que á la Pastoral seguían abarcaban las siguientes materias: 1.ª, disposiciones sobre ornamentos sagrados y sobre libros parroquiales; 2.ª, disposiciones sobre campo santos; 3.ª, el arancel; 4.ª, distribución de la asignación de las fábricas; 5.ª, disposiciones acerca de las conferencias; 6.ª, Hermandad de la Doctrina cristiana, y 7.ª, modo de quitar escándalos.

Después de haber instruído al clero por la anterior Pastoral en cuanto le convenía tener presente para el recto desempeño del ministerio sagrado, pasó en seguida á dar el pasto espiritual de un modo permanente á lo restante de su amada grey; y así, á 25 de Marzo de 1853, publicó ya otra Pastoral dirigida al pueblo, en la cual le recordaba por escrito lo que de palabra le había enseñado en las Misiones y en la santa visita. A ésta, en el espacio de poco más de dos años, siguieron otras tres; la primera contra los malos libros, con ocasión de haber llegado á la Isla un buque que los trajo en abundancia, y las dos últimas son una gallarda muestra de la devoción que el Siervo de Dios tenía á la santísima Virgen y de lo mucho que celaba sus glorias. Era tal el ansia con que este amante de María deseaba ver parecer á la celestial Señora ante los ojos de los fieles de todo el mundo, coronada con la aureola inmarcesible é indisputable de su inocencia original, que publicó nada menos que una Pastoral, siendo como era tan parco en ellas, instando á los fieles á orar con fervor y á multiplicar sus buenas obras para obtener la declaración dogmática de la inmaculada Concepción de María santísima. ¿Quién sabe si á las oraciones de este santo Varón y á las que en todo su Arzobispado se hicieron por tan noble fin, fué debido el que se anticipara más ó menos aquel momento tan glorioso para la Madre de Dios y del género humano, en el que el inmortal Pío IX, rodeado del Sacro Colegio Cardenalicio, de centenares de Obispos de todo el orbe cristiano y de una inmensa muchedumbre que aguardaba oir sus palabras como palabras de Dios, declaró dogma de fe que María había sido preservada de la culpa original desde el primer instante de su purísima Concepción? El hecho fué que la declaración se hizo al poco tiempo de que el P. Claret dirigiera á sus fieles ovejas la carta Pastoral en que pedía fervientes oraciones y multiplicación de obras buenas con el piadoso intento de que se manifestara pronto á los hombres de modo infalible el singular privilegio de la inmaculada Concepción de María.

Y ahora, ¿quién podrá explicar el gozo que inundó el corazón del fervoroso Arzobispo cuando llegó á su noticia que el Papa había hablado y que sus palabras ante la Iglesia militante habían colocado en la corona de María ese nuevo florón, que ya nadie podría osar arrancarle sin precipitarse en las tinieblas de la herejía y del averno?... ¡Ah! Cuando llegó á sus manos la codiciada Bula dogmática, experimentó inefables

dulzuras; sus ojos, humedecidos con las lágrimas que de alegría derramaba, se levantaron radiantes de dicha y dieron una mirada tierna y expresiva de amor y congratulación á una imagen de la Señora, representada en ese gloriosísimo misterio; apretó una y muchas veces contra su corazón la Bula mensajera de tan felices nuevas para su dulce Madre, y no cabiéndole el gozo en el pecho tomó la pluma, y con una unción, ternura y amor indescriptibles escribió otra Pastoral, que fué la última que compuso, convidando á los fieles á celebrar con regocijo tan feliz acontecimiento y cantando de un modo desusado las alabanzas de María, y más su pureza virginal, nunca empañada, ni aun con la mancha original común á todos los demás hombres. Por ser ésta la última y la más hermosa de sus Pastorales y respirar toda ella ternura y devoción para con la Madre de Dios, haré de la misma una síntesis algo más larga, á lo cual me mueve también lo que después se dirá.

La Pastoral está fechada en Junio de 1855, y comienza de este modo enfático y oportunísimo:

"Ya llegó el día feliz..., amadísimos hermanos é hijos muy queridos en Jesucristo. Ya sonó la hora dichosa en que nuestro santísimo Padre Pío IX, órgano de la voz del mismo Dios, ha pronunciado y declarado dogma de fe el misterio de la inmaculada Concepción de María santísima. No lo dudéis: acaba de llegar á nuestras manos la Bula de la declaración. Alegrémonos todos en el Señor..., y bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos.„

Luego, con santas y fervorosas frases, excita á los fieles, y con ellos á sí mismo, á dar á la Reina de los cielos y Madre de Dios el más tierno y cumplido parabién. Pasa inmediatamente á explicar la grandeza, el poder y la gloria de María; expresa la firme confianza que abrigaba de ver cumplido su vivísimo deseo de la declaración dogmática de este misterio, y añade: "Así se ha cumplido, amados hermanos...; el misterio de la inmaculada Concepción de María santísima, nuestra querida Madre, es una verdad católica. Ya no nos duele el morir. Sí, amados hermanos, con gusto moriremos en cualquiera hora en que el Señor se digne disponer de Nos, porque ya han visto nuestros ojos lo que tanto apetecíamos.„ Á continuación,

para que la devoción de sus feligreses fuese más sólida y provechosa y sus obsequios á la Madre de Dios más agradables, da una explicación de esta solemnidad.

"Entre todas las festividades,—dice,—que celebra la Iglesia en honor de la santísima Virgen María, ninguna tan gloriosa como la de la inmaculada Concepción. En ella recordamos aquel primer instante en que la Virgen santísima empezó á ser, y se halló por una gracia singular, perfectamente hermosa á los ojos de Dios, su Criador, quien, habiéndola formado como la obra más cumplida y cabal de su omnipotencia, y habiéndola colmado al mismo tiempo de todos los dones con mayor liberalidad que á todas las criaturas, reconoció en ella un objeto digno de su amor y de sus más dulces complacencias.„ Luego manifiesta que si el primer instante de la existencia del hombre es ignominioso por venir al mundo esclavo del demonio, el primer instante de la existencia de María es glorioso por ser concebida sin pecado, y el principio y origen de las bendiciones que Dios derramó sobre su Madre. "Los infelices hijos de Adán,—añade,—á manera de los náufragos que levantan la voz al descubrir de lejos la barca salvadora, invocan á María con la devota jaculatoria de *Ave María purísima, sin pecado concebida*. Después de explicar la palabra *purísima*, prueba que las palabras *sin pecado concebida* se fundan en la tradición. Cita los textos de la Sagrada Escritura, que se le aplican; los símbolos que de su pureza original se hallan en el Antiguo Testamento; las hermosas comparaciones en que se explica el dogma de la Concepción inmaculada; lo que dijeron de ella los Apóstoles, los Santos Padres de los primeros siglos y de los siglos consecutivos, los Sumos Pontífices y muchos Concilios de la Iglesia; refiere el celo que desplegaron en defensa de este dogma las Órdenes religiosas, las Universidades de Europa, los Reyes católicos de España, y la devoción tradicional de los buenos españoles á este misterio, como se prueba por lo común que es en nuestra patria el uso de la ya citada jaculatoria: *Ave María purísima, sin pecado concebida*. Apoya el dogma con razones de congruencia, y al llegar, por fin, á las palabras con que el gran Pontífice Pío IX declaró dogma de fe la Concepción inmaculada de la Virgen, exhorta á los fieles á que feliciten por ellas á este oráculo de la Iglesia y á no apartarse jamás de su doctrina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la objeción de los devotos ignorantes, que se admiran de que se haya declarado dogma de fe lo que ellos ya creían, responde diciendo que el obsequio que hacen á María santísima creyendo de fe lo que antes era una creencia piadosa, es mucho mayor y más meritorio, y que los sabios devotos de la Virgen han tenido singular alegría por este hecho glorioso á favor de la Madre de Dios. Y como pudiera causar extrañeza á ciertas personas sencillas el que después de tantos argumentos de Santos Padres y Concilios haya sido necesaria una declaración dogmática para que algunos creyeran en este misterio, da una hermosa explicación, diciendo que fué permisión de Dios el que esta verdad tuviese opositores, para ofrecer á los devotos de María ocasión favorable de defenderla contra los que combatían su pureza original; que aquella duda dió ocasión á hermosísimos escritos y melodiosos cánticos á favor de María inmaculada; que los contrarios hicieron que se confirmase la fe de este misterio en los devotos de la Madre de Dios, como la duda de Santo Tomás fué causa ocasional de que se confirmase la fe de los demás Apóstoles en la resurrección de Jesucristo; todo lo cual prueba además el Siervo de Dios con razones y ejemplos de la Sagrada Escritura. "Mas ya se acabaron, — dice en seguida, — las disputas entre los católicos... Bendito sea Dios por tan singular merced.„ Añade luego con una oportuna comparación que esto ha irritado á los malos, que forman el cuerpo de la serpiente, cuya cabeza es pisada por la virginal planta de María como estaba ya profetizado. Con esta ocasión exhorta á los católicos á santificarse á sí mismos huyendo del vicio y de la culpa; establece la diferencia que hay entre los hijos de María y los de la serpiente, que es Lucifer, el cual cayó por su soberbia. "Envidioso después, — prosigue el santo Prelado, — de la suerte de Adán y de sus descendientes, procuró con astucia su caída sugiriéndoles el mal con la apariencia del bien; ahora también sugiere Lucifer la libertad de examen, la libertad de conciencia, la libertad del individuo y el derecho de gobernarse cada uno por sí mismo. Tristes consecuencias de sus sugestiones son el vicio y las desgracias que causa. Muy diferentes son los hijos de María: ella triunfó de la serpiente con la virtud de la humildad; sus hijos obtienen también por ella un glorioso triunfo del enemigo infernal. Jesucristo y los Apóstoles nos enseñaron á ser humildes y obedientes, y con esto á ser felices.

"Para conseguir los bienes temporales y eternos que provienen de la obediencia, hemos menester de la palabra de Dios, que nos viene por la Iglesia: van errados los que no se apoyan en esta columna de la verdad. Las doctrinas que se fundan en la filosofía humana, hija del discurso del hombre orgulloso, están expuestas á errores.„ Termina exhortando á los fieles á formar un cuerpo con la Iglesia por medio de la caridad, á rogar por los pobres pecadores y á poner después de Dios toda la confianza en María. En acción de gracias por el glorioso acontecimiento de que hablaba en esta Carta pastoral, mandó se celebrase un solemne tríduo en todas las parroquias.

Concluyó de escribir este hermoso documento el 12 de Julio de 1855, á las cinco y media de la tarde, é inmediatamente se postró de rodillas delante de la imagen de María para darle afectuosas gracias por haberle ayudado á escribirlo. Apenas se hubo arrodillado, de repente, con gran sorpresa suya, percibió una voz clara y distinta que salía de la imagen, y que le dijo: *Bene scripsisti*. "Bien has escrito.„ Causaron en el Siervo de Dios estas palabras muy honda impresión, y dejáronle mejorado en el espíritu con muy grandes y vivos deseos de llegar á ser perfecto (1). Excusado es decir lo muy agradecido que quedó á favor tan regalado de la Reina de los ángeles, y si antes la amaba ya y celaba sus glorias con delirio, después no hallaba palabras con que expresar su amor.

Entre sus papeles se halló un ofrecimiento de sí mismo á la Madre de Dios, que expresa á maravilla la ternura y fervor con que la amaba y la santa impaciencia que tenía por darle pruebas de este amor en padecer y morir por Ella. Cosa cierta es que este ofrecimiento lo compuso cuando Arzobispo, y aunque no consta la fecha, parece lo más probable que fué un arranque de su corazón ó después de haber recibido las heridas, de que después hablaremos, como correspondiendo á los regalos que entonces le hizo la Madre de Dios, ó en esta ocasión después de la señalada merced que acababa de recibir de la Virgen aprobándole su Carta pastoral. Si nos atenemos á las vigorosas expresiones con que en el segundo párrafo del

(1) Notas reservadas del Sr. Claret.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ofrecimiento expresa sus ansias de padecer y morir por María, parece más seguro lo primero, porque los documentos que escribió á raíz de las heridas expresan casi todos las mismas ansias de padecer martirio; pero si nos fijamos en el primer párrafo del mismo ofrecimiento, parece más natural lo segundo, pues con el entusiasmo que entonces tenía por haberse declarado dogma de fe la Concepción inmaculada de María y con el favor que acababa de dispensarle la misma Señora, no eran de extrañar los vivos deseos que en él muestra de emplearse todo en dar á conocer las glorias de María y hacer que sea de todos los hombres amada y ensalzada. Por otro lado, estos deseos se parecen mucho á los que en la misma Pastoral expresa; y como los deseos del martirio, y más en honra de María, los tuvo siempre en mayor ó menor grado, me inclino más á que fué ésta y no otra la ocasión en que compuso el mencionado ofrecimiento, el cual, por ser tan breve y fervoroso, lo pondré en este lugar.

Dice, pues, así: "Yo, Antonio María Claret, Arzobispo, quisiera tener todas las vidas de los hombres para emplearlas en el servicio de la Madre de Dios; quisiera tener todas las vidas de los Santos y Santas del cielo para amar á la santísima Virgen María, Madre de Dios, con aquel perfectísimo y ardentísimo amor con que ellos actualmente la aman. Deseo con todo mi corazón que todos los reinos, provincias, ciudades, pueblos, hombres, mujeres, niños y niñas que en ellos hay, conozcan, amen, sirvan y alaben á María santísima con aquel fervor con que lo hacen los cortesanos del cielo.

„Deseo morir y derramar toda mi sangre por amor y reverencia de María, Virgen y Madre de Dios; deseo que Jesús me conceda la gracia y fortaleza que necesito para que todos mis miembros sean atormentados y cortados uno á uno por amor y reverencia de María, Madre de Dios y también mía. *Fiat, fiat.*„ Ya veremos más adelante cómo el Señor le cumplió en parte estos deseos; por ahora, baste notar que él, en cuanto pudo, hizo que todos los hombres sin distinción amasen y honrasen á María, y que todos sus sermones solían terminar exhortando á la devoción á la Virgen como medio eficacísimo para alcanzar remedio á todos los males y cuantas gracias y virtudes ha el cristiano menester para su perfección espiritual.

2. Si el santo Arzobispo dió en sus Pastorales claras muestras del celo con que atendía al bien espiritual y temporal de todo su rebaño y de la tierna devoción que profesaba á María santísima, en sus cartas familiares probó el sincero afecto que le unía al centro de la unidad católica, al Pontificado Romano. Para mantener firme esta unión con la Silla de San Pedro y conservar en todo el orbe cristiano la pureza de la fe y la conveniente uniformidad de la disciplina por medio de la comunicación con la autoridad suprema de la Iglesia, que es á la vez órgano infalible de la verdad, varios Sumos Pontífices prescribieron á los Obispos la visita *ad limina Apostolorum* cada cierto número de años, determinado prudencialmente, conforme á la mayor ó menor distancia que separaba á las respectivas diócesis de la Ciudad Eterna. Para las iglesias de Ultramar fijóse por término medio el período de diez años, y aunque en este supuesto el P. Claret no estaba obligado á hacer la visita ni á dar cuenta con esta ocasión del estado de su diócesis á la Congregación Romana, á este fin establecida por los Papas, su amor á la Silla Apostólica no le permitió esperar mucho tiempo sin comunicar con ella lo concerniente al gobierno de su Arzobispado; y aunque por razón de las distancias y por el estado de su diócesis, que hubiera empeorado mucho con su larga ausencia, no le fué posible ir personalmente á Roma para manifestar su amor y adhesión al inmortal Pío IX, que regía á la sazón los destinos de la Iglesia, hízolo por cartas, á las cuales el Pontífice de la Inmaculada respondió con cariñoso afecto y con palabras de mucha loa para el santo Prelado. Ahora sólo haremos mención de una de ellas, dejando la otra para cuando se hayan referido los hechos á que alude.

El 21 de Octubre de 1853, á los dos años y medio poco más de haber tomado posesión del Arzobispado, escribió la primera carta al Sumo Pontífice. Dícele en ella que sólo por obedecer á la voluntad de Dios admitió el delicado cargo de la dignidad episcopal; que luego después de consagrado se dirigió á su diócesis con nueve sacerdotes, uno de los cuales es su digno Vicario general y Provisor, y los demás son Misioneros del clero secular, "los cuales, —dice, —fueron allá con él movidos, no por la esperanza de un lucro ó recompensa temporal, sino solamente por la gloria de Dios y la salvación de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las almas; dos de ellos están ya recibiendo en el cielo el premio digno de sus virtudes apostólicas.„ Después de haber contado cómo llegó á su diócesis metropolitana el 16 de Febrero de 1851, pasa á manifestarle la muy grande admiración que le causó el ver que en su extenso Arzobispado, que tiene 2.085 millas romanas cuadradas, no había sino 125 sacerdotes para dar el pasto espiritual al numeroso rebaño de sus fieles; pero que mayor fué el dolor de su ánimo al observar que de este escaso número de eclesiásticos, muchos no vivían según su dignidad reclamaba, para lo cual le refirió lo que públicamente de ellos se sabía, y que, acordándose él de su deber, los reunió á todos, y con humildes ruegos y amargas lágrimas los exhortó á mejorar la vida y dar buen ejemplo, y vivir y vestir conforme á los sagrados Cánones; que les dió las convenientes disposiciones y les recordó las penas en que incurrirían si cerraban sus oídos á los paternales avisos del Prelado, y que para conseguir el deseado fruto se sirvió de los santos ejercicios. Dióle conocimiento de haber emprendido desde luego las Misiones y la santa visita pastoral, y de haber visto durante ella la corrupción de costumbres que había invadido las ciudades, los pueblos y aldeas de su Arzobispado, y que felizmente había conseguido que los clérigos se aprovechasen de sus suaves amonestaciones, á excepción de nueve, á los cuales por su terquedad é ignorancia se vió obligado á suspender en el ejercicio del sagrado ministerio. Pasa en seguida á exponerle los abundantes frutos que por la divina misericordia habían producido en todos los puntos de su Arzobispado las santas Misiones, pues en el espacio de dos años, dice el Siervo de Dios, se han unido en matrimonio 9.000 que vivían públicamente amancebados, se han legitimado 40.000 hijos naturales y se han unido 200 que vivían en divorcio.„ Luego apunta el número de libros, estampas, rosarios y medallas que se habían distribuído, y cómo se habían recogido y reducido á cenizas muchos libros heréticos é inmorales y trocado por otros de sana doctrina. Le notifica también haber obtenido del Gobierno de S. M. se señalase al culto y clero una dotación fija y razonable, el que se pudiese aumentar el número de parroquias, tan necesarias en su vasta Metrópoli; que en ésta se habían establecido las Cofradías del Santísimo Rosario, de la Buena Muerte, del Inmaculado Corazón de María

y de la Doctrina cristiana, y que cinco sacerdotes de costumbres ejemplares y enriquecidos con celestiales dones, dos de los cuales eran religiosos capuchinos, se le presentaron para trabajar en su diócesis, lo cual iban haciendo, unos dando Misiones, y otros desempeñando cargos parroquiales. Expone, por último, á Su Santidad los muchos obstáculos que tuvo que vencer, las muchas persecuciones por que hubo de pasar y la crudelísima guerra que el enemigo infernal le hizo en todas las cosas; mas que, apoyado en Dios, lo llevaba todo con esfuerzo y le daban valor los mismos estorbos y peligros, y que, considerando en esto la mano del Señor, se animó á emprender algunas obras que parecía en un principio no habían de dar fruto; pero que sostenidas con firmeza y constancia, lo dieron copiosísimo. Con la carta envió sus Pastorales al clero y al pueblo, las que puso bajo la censura de la Silla apostólica.

A esta carta el inmortal Pío IX se dignó responder, con palabras de mucho encomio para el Siervo de Dios, en otra fechada el 27 de Septiembre de 1854. "Hemos,—le dice,—recibido tu carta llena de piedad, de fe y de respeto, juntamente con las instrucciones pastorales sobre la disciplina del clero y ministerio eclesiástico y sobre las costumbres y religión del pueblo cristiano.„ Luego siguen los párrafos, que citamos ya en otra parte (1), en los que Su Santidad expresa al Siervo de Dios el gozo en que rebosó su corazón al ver tan grandes testimonios é indicios de la solicitud y vigilancia verdaderamente pastoral del virtuoso Prelado, y en la que daba gracias al Dador de todo bien por haber suscitado en aquella Iglesia tan necesitada un Pastor según su corazón, y termina dándole con toda la efusión de su alma la bendición apostólica.

3. Incansable en sus tareas evangélicas el P. Claret, apuró todos los medios que de algún modo podían contribuir á la perfección de la grey que le estaba confiada. Apenas se comprende cómo en medio de sus continuas predicaciones, de la asiduidad con que frecuentaba el confesonario y de las audiencias que concedía á toda clase de personas para tratar toda suerte de negocios, tuvo tiempo para responder á innumerables cartas que de todas partes le venían, y ventilar en ellas negocios tan graves como los que en otro capítulo veremos.

(1) Parte II, cap. III, pág. 125.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas sube de punto la admiración si se considera el número no despreciable de obras que dió á luz en Cuba, entre las cuales merecen especial mención el *Compendio de Teologia moral*, del P. Larraga, adicionado por el Siervo Dios, y la *Llave de oro*, obra enteramente compuesta por él. Deseaba el celoso Arzobispo poner en manos de su clero un libro que le sirviera de texto en las conferencias que había establecido en su diócesis, en lo tocante á Teología moral; y aunque pudiera echar mano de obras maestras, como la de San Ligorio, que por entonces comenzaba á ser apreciada en España, no lo juzgó prudente, y con razón, ora por la extensión de dichas obras, ora por estar escritas en latín, lo cual era no pequeño estorbo para que fueran entendidas de los sacerdotes cubanos, cuya ignorancia y las causas de ella se apuntaron ya en otra parte. Por esta causa, á más de otras económicas, se valió del Prontuario del P. Francisco Larraga, religioso capuchino, obra muy conocida y generalmente estimada en España, la cual, por estar escrita en castellano, se hacía más accesible á los principiantes y á los de más corto ingenio, y aunque no puede servir de obra de consulta y para adquirir profundos conocimientos de Teología moral, en sus dimensiones, relativamente cortas, abarca y explica con claridad y solidez cuanto el sacerdote ha de saber para el recto y ordinario desempeño del ministerio sagrado. Un Padre de nuestra Congregación, que estaba muy enterado de las doctrinas de San Alfonso de Ligorio, se habia entretenido en adornar el texto de Larraga con notas aclaratorias sacadas de las obras de este santo Doctor de la Iglesia; el P. Claret, á quien su autor las entregó para que hiciera de ellas el uso que creyera conveniente, "se aprovechó de este trabajo, escogiendo con tanto acierto (son palabras del censor eclesiástico de Barcelona), cuanto podía mejorar y dar más inteligencia á varios puntos, que puede ser mucho más útil que antes á los jóvenes estudiantes y principiantes moralistas, como igualmente á los nuevos confesores, que por lo regular sólo estudian en los Prontuarios.„ Dióse á luz la nueva edición del Larraga, adicionado, el año 1854, en la Librería Religiosa de Barcelona. Al fin de la obra el Siervo de Dios añadió, por modo de apéndices, varios tratados utilísimos al clero en general y particularmente al de Cuba. Tales fueron un extracto de *La práctica del confesor para recibir las confesiones*, escrita por San Ligorio en su *Homo Apostolicus*, en el cual extracto el confesor hallará el modo de tratar á los penitentes y los remedios generales y particulares que puede dar contra los vicios según lo aconsejen las circunstancias del penitente; un breve tratadito sobre el modo cómo debe portarse el confesor para dirigir á las personas espirituales, otro sobre la *asistencia á los moribundos*, y, por último, uno en que se contienen notables avisos á los confesores y párrocos y la práctica de la oración mental para provecho suyo y de las personas que dirijan. En las ediciones sucesivas que de esta obra se hicieron, á los apéndices anteriores añadió el Siervo de Dios otros cuatro, que fueron: el *Diálogo entre el confesor y el penitente*, escrito por el Rdo. Leonardo de Puerto Mauricio para facilitar la confesión general; *Tratado de las Reglas de la Iglesia*, acerca de la aceptación y cumplimiento de cargas de Misas, reducción, condonación y dispensa de localidad de las mismas, por el M. D. Magín Ferrer; el *Tratado de las virtudes hijas de la justicia y de las demás virtudes cardinales*, traducido de la obra moral de Scabini, y un resumen de los *privilegios* concedidos á los Obispos y fieles de las Indias, que interesaba mayormente á los eclesiásticos de Cuba y de la Habana.

Transformada de este modo la obra del P. Larraga, llegó á ser en manos del P. Claret una verdadera Enciclopedia teológica moral, donde los sacerdotes pueden hallar admirablemente compendiado cuanto les conviene saber para desempeñar con fruto los diversos oficios de su ministerio, aunque no quiere esto decir que con sólo aprender este libro salga uno consumado moralista, pues el mismo Sr. Arzobispo, en el prólogo á su obra, hizo á los presbíteros esta prudente advertencia, con la que otro menos humilde que él hubiera creído herir su amor propio: "Nadie crea, — dice, — que con él sólo ha de salir un moralista perfecto...; muy errado andaría el que así pensara. Todos sabemos que, para formarse un buen moralista, primeramente se ha de pedir esta gracia á Dios, como dice Santiago: *Si quis autem vestrum indiget sapientia, postulet a Deo, qui dat omnibus affluenter, et non improperat et dabitur ei.* Luego se ha de procurar saber bien un autor, y después leer ó estudiar otros, y consultar á sabios y experimentados moralistas. Por lo que á todos suplico y rue-

go encarecidamente que procuren saber bien este Prontuario del modo que se lo presento, y que después lean los autores siguientes: Neyraguet, etc.„

4. Si con la publicación de la obra anterior prestó el Padre Claret importante servicio al clero de su diócesis, y en general al de toda España, con dar á luz por aquel mismo tiempo, y junto con la que precede, su famosa *Llave de oro,* mereció las alabanzas de los Prelados y la gratitud de los eclesiásticos de Cuba y de toda la Península, por más que los impíos levantaran contra él, á causa de esta obra, una inmensa polvareda que cegó hasta los ojos de algunos buenos, pero incautos. *La llave de oro* no es otra cosa que una serie de reflexiones que ofrece el Siervo de Dios á los que ejercen el ministerio del confesonario para abrir el corazón cerrado de los pobres pecadores. Esto se comprenderá claramente por lo que su autor dice en el hermoso y ameno prólogo que sirve de portada á la obra. "Ya que el Señor, — escribe, — por su divina bondad é infinita misericordia, se ha dignado entregarnos las llaves del reino de los cielos con poder de desatar á todos los pecadores que vengan bien dispuestos y dejar en las mismas ataduras á los indispuestos, y siendo deber vuestro el valeros de los medios que os dicta la caridad y os sugiere el celo para disponer á los indispuestos y para remediarlos á todos, me ha parecido que el mayor obsequio que os podía hacer era presentaros esta *Llave de oro,* ó llave del corazón del hombre, con que podáis abrir aquel real gabinete, que es la habitación de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, si se halla adornado de la gracia, y cueva del príncipe de las tinieblas, si en lugar de la gracia está en él la inmundicia y asquerosidad del pecado mortal.

"Para mayor inteligencia, debo deciros que el corazón del hombre es un castillo que no tiene más que una puerta que se llama voluntad, y ésta tiene su cerradura con dos muelles ó resortes que se llaman *quiero* y *no quiero.* Quiero lo bueno y no quiero lo malo. La llave de esta cerradura y que mueve estos dos resortes es el conocimiento de lo bueno, con que abre y quiere, y el conocimiento de lo malo, con que cierra y no quiere. Por esto decían allá los filósofos antiguos: *nihil volitum quin praecognitum.*„

Después de haberse extendido sobre la fortaleza de este

simbólico castillo, el cual, como él dice, ni los ángeles del cielo, ni los hombres de la tierra, ni los demonios del infierno pueden abrir si la voluntad no quiere, prosigue sobre el modo de usar de la llave del conocimiento con estas palabras: "¡Oh, si el hombre conociera la malicia del pecado y los daños que le causa en el cuerpo y en el alma, en el tiempo y en la eternidad! Estoy cierto que no pecaría tan fácilmente, que no se bebería la iniquidad como el agua, y si alguna vez fuese sorprendido y cayese, no tendría reposo hasta haber sacado de su casa tan mal huésped, como lo hace el que sorprendido se ve con los ladrones en casa, que no reposa y está lleno de espanto hasta que se ve libre de ellos, ó lo mismo que aquel á quien en un convite han hecho tragar un veneno. A buen seguro que si hubiese sabido que en aquella copa dorada, llena de un deleitable y gustosísimo licor, estaba el veneno mortífero, no le hubiera tomado, y tan pronto como conoce que está emponzoñado, hace todos los esfuerzos posibles para arrojar el veneno. Lo propio haría el hombre si conociese bien que el pecado es esa copa dorada, llena quizá de deleite momentáneo y de gusto pasajero, pero emponzoñada de un mortífero veneno, y si alguna vez fuese sobrecogido y lo bebiese, al momento que lo advirtiera lo arrojaría de sí.

„He aquí, pues, el motivo de escribir el presente librito, que contiene una serie de breves reflexiones y advertencias que se deben dar al hombre para que no peque, y si ha tenido la desgracia de pecar, para que arroje al momento el mortal veneno de la culpa... Las reflexiones que aquí se ponen son pocas y breves, porque no se trata de hacer al pobre penitente un largo discurso sobre cada vicio, sino una breve reflexión acomodada á su capacidad, que la entienda bien y le penetre el corazón, y así se humille y arrepienta, y entonces Dios no le despreciará, sino que le recibirá como al hijo pródigo.„

Para proceder con claridad y método sigue por orden los Mandamientos de la Ley de Dios, poniendo en cada uno las reflexiones de que él se había valido muchas veces con incalculable provecho de las almas. Esto es, en substancia, el célebre librito *La llave de oro.*

A pesar de haber sido este opúsculo recibido con tanta aceptación de Prelados y sacerdotes, que desde 1854 á 1860 se hicieron de él, en unión con la obra del P. Larraga, cinco nu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

merosas ediciones, en ese último año los enemigos de la Religión pusieron el grito en el cielo y levantaron contra la obrita y su autor mil groseras calumnias, que ni merecen los honores de la refutación. La ocasión de tales alharacas fué la siguiente: En 1860 se hizo una edición por separado de la *Llave de oro,* y, por desgracia, un ejemplar del opúsculo fué á dar en manos de un doctor progresista, enemigo del Siervo de Dios. En aquella época el santo Arzobispo, á causa del cargo que tenía de confesor de la Reina, había atraído sobre sí las iras de los revolucionarios y de cuantas personas creían ver frustradas su ambición y malvados proyectos por el ascendiente que con S. M. tenía la extraordinaria virtud del P. Claret. Estábanle atisbando hacía tiempo con ojo avizor para poder agarrarse de cualquier pelillo y tomar de ahí ocasión de difamarle ante los ojos de la sencilla muchedumbre; pero el Varón de Dios era tan remirado en todas sus cosas, que sus enemigos se desesperaban y rabiaban por no hallar pretexto á sus calumnias. El referido doctor, cuando leyó la *Llave de oro,* sonrió maliciosamente y juzgó que había llegado ya el instante favorable á los que intentaban hacer caer al P. Claret de su alto puesto y en la opinión de las muchedumbres. Puso manos á la obra, y con increíble descaro y villanía extractó y falsificó el libro, intercalando en él algunas desvergüenzas y dándolo á la estampa bajo el nombre del P. Claret. Las personas sensatas no cayeron en la trampa del infame calumniador, porque habían ya adquirido y saboreado la edición genuina del opúsculo; pero no dejó de alarmar á algunos que sólo lo conocían por el nombre, y de promover escándalos farisaicos en los que estaban interesados en que siguiera adelante la farsa. Hasta en las mismas Cortes hubo quien se atrevió á censurar el mencionado librito, pero todo esto sólo sirvió para aquilatar más la gloria y la virtud del Varón de Dios y poner de manifiesto la impostura de sus calumniadores. Entre los que salieron á la defensa del maltratado Arzobispo merecen citarse *La Esperanza,* en su número del 24 de Enero de 1865; el insigne crítico é historiador D. Vicente de La Fuente, profesor ya entonces de la Universidad Central, y el diputado á Cortes Sr. Pérez Hernández, quien defendió el libro y á su autor en el Congreso, en la sesión del 30 de Abril de 1878.

"Le han calumniado atrozmente,—decía *La Esperanza,*—

en sus piadosos é instructivos escritos, llegando la vileza é infamia al extremo de alterar inicuamente dos de sus libros entre los muchos que el Sr. Claret ha publicado. Uno de ellos es el *Ramillete.* Este opúsculo contiene lo más selecto para dar gracias á Dios, pedirle favores y hacer actos de amor; pero los enemigos han escrito otro con el mismo nombre con dibujos y figuras tan lúbricas y obscenas, que jamás hemos visto igual, atribuyéndolo al Sr. Claret. Lo propio han hecho con el libro titulado *Llave de oro.* Hallándose en su diócesis de Cuba, dirigiendo por sí mismo las conferencias á los sacerdotes recién ordenados, á fin de instruirlos teórica y prácticamente en la administración de los santos Sacramentos, escribió un libro con ese título, que con la mayor rapidez se extendió por todas las diócesis de España, felicitándole los Prelados por lo mismo. Pues bien: ¿qué han hecho los enemigos? Han escrito un opúsculo con este nombre, con figuras obscenas y las explicaciones más repugnantes, atribuyéndolo también al Sr. Claret. Más de diez años hacía que aquel libro andaba con el mayor encomio en manos de los sacerdotes, y hará cosa de un año que ha aparecido este engendro infernal con el mismo nombre, para manchar, si pudiesen, aquel libro y su autor."

Es curiosa la anécdota que á este propósito refiere Don Vicente de La Fuente en la defensa que hizo de este mismo opúsculo. Después de probar que lo que el P. Claret dice sobre el modo con que se ha de manejar el confesor en el examen de los hombres sensuales que se acercan al tribunal de la Penitencia, que es el caballo de batalla de los calumniadores, está casi todo tomado de otros escritores de Teología moral y también de Medicina y Cirugía, tales como Mr. Devans, Debreyne, Tissot, Gossilieb-Wogues, Trant, Arethie, Hofíman y otros, y que lo más ofensivo al pudor está consignado en latín, y no macarrónico, como ha querido suponer alguno, sino correcto, y que de seguro no lo escriben tan bien sus detractores, añade el siguiente diálogo que sostuvo con un personaje que tuvo la desgracia de leer el adulterado por los enemigos del Siervo de Dios:

"—Pero así y todo,—me decía un excelentísimo señor liberal moderado,—¿se atrevería Ud. á poner ese libro en manos de una hija suya si la tuviera?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

„—¿Y por qué no, si había de ser confesora?

„—Pero las mujeres no son sacerdotes ni confiesan.

„—Pues entonces, ¿á qué le había de dar á mi hija un libro hecho *exclusivamente* para los sacerdotes y para los que se han de sentar en el tribunal de la Penitencia? Eso sería absurdo. ¿Le daría Ud. á su hija obras de Medicina y Cirugía? ¿Y por qué no ha dicho Ud. su hijo en vez de decir su hija? Y si los hijos, cualquiera que sea su sexo, llegan á verse dominados de un vicio infame con harto sentimiento de Ud., ¿no les pondría Ud. en las manos esa misma obra de Tissot que cita el P. Claret, y que en esos casos desgraciados se apresuran los padres y los facultativos á poner en manos de los adolescentes á pesar de sus dolorosas y horribles revelaciones? Se ha mirado á Tissot como un bienhechor de la humanidad por haberlo escrito, ¡y se ridiculiza en el sacerdote católico lo que se encomia en el médico del cuerpo! ¡Oh hipocresía infame!

„No debo omitir aquí que viendo el excelentísimo señor que muchos se daban por convencidos, ó á lo menos suspendían el juicio, citó un latín breve tan macarrónico, tan sucio é impertinente, que apenas hallé qué contestar, pues no me atreví á negarlo rotundamente ni sospeché tan mala fe. Al registrar el libro y buscar el pasaje, me hallé no poco sorprendido al ver que no había en él asomo de semejante pasaje, y eso que el ejemplar que yo tenía me lo regaló el mismo autor recién publicada la obra. No puede llegar á más la infamia. Debo añadir á esto que el libro no se vendía al público, sino solamente á sacerdotes. Si el pasaje grosero que citó el excelentísimo señor calumniador está en la edición falsificada de intento y por burla, en tal caso el falsario es quien debe responder de aquella indecente bellaquería.„

Muerta había quedado hacía tiempo esta acusación, y más desde que los acontecimientos del 68 dieron el triunfo á la política española revolucionaria, la cual nada tenía que temer de un enemigo al que poco tiempo después de desterrado vió bajar al sepulcro, cuando en Abril de 1878 vino á resucitarla paladinamente en las Cortes, no un republicano, ni siquiera un progresista, sino un conservador perteneciente al partido moderado, pero al cabo liberal. Discutíase entonces amplia y acaloradamente en el Congreso el proyecto de ley sobre las bases de instrucción pública presentadas por el Gobierno liberal-conservador, que á la sazón tenía las riendas del poder. Distaban mucho las mencionadas bases de estar animadas por el espíritu católico, pues quitaban á la Iglesia la intervención que por derecho divino le compete en los Estados católicos para que la enseñanza pública no contraríe ni á los dogmas ni á la moral católica. Para combatir este proyecto liberalesco, el elocuente orador y diputado católico Sr. Pérez Hernández, en la sesión del 27 de Abril pronunció un discurso magistral que arrancó aplausos á sus mismos enemigos. En el calor de la oración apostrofó de un modo elocuentísimo á la enseñanza oficial, que era en gran parte heterodoxa y racionalista, para comprobación de lo cual citó varios textos de doctrina impía, ridícula y extravagante que habían, sin embargo, pronunciado públicamente en la cátedra algunos profesores, é hizo la cita con tanta sal y gracia, que excitó en gran manera la hilaridad del Congreso. Entre los que se levantaron á responderle figuró, en nombre de la comisión y de la mayoría parlamentaria, el diputado liberal-conservador D. Lorenzo Domínguez, quien, al principiar su discurso, no pudo menos de reconocer la superioridad del Sr. Pérez Hernández y de manifestarse en extremo temeroso por tener que rebatir al que con la fuerza de la palabra y de la lógica había luchado como gigante. Entre las doctrinas más ó menos descaradamente liberales que vertió en su discurso de contestación para reducir á polvo el argumento ineludible del Sr. Hernández, que con los textos por él alegados había puesto de manifiesto los peligros que corría la enseñanza oficial de caer en manos de profesores impíos y racionalistas sin la intervención de la Iglesia, aseguró que, así en las Universidades como en los Institutos, la enseñanza oficial era en general católica, y que nada probaban contra la clase en general el extravío de cuatro, ó nueve, ó diez profesores, y para robustecer su débil argumento, que no hacía al caso de que se trataba, hizo una alusión desgraciadísima á la *Llave de oro* del P. Claret en estos términos: "¿Cree S. S. que si yo me dejara tentar del mismo espíritu que le tentó ayer tarde no podría traer aquí trozos de sermones, y aun sermones enteros, que producirían la misma hilaridad en la Cámara y mayor que la que produjeron los trozos que leyó S. S.? ¿Cree su señoría que me faltaría *alguna llave* con que abrir ciertos libros y marcar y señalar párrafos y páginas y capítulos en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teros que hacen más daño al Catolicismo que todo lo que ayer leyó aquí S. S.? ¿Cree S. S. que no podría hacer eso trayendo aquí algunos libros de texto que se dan en los mismos Seminarios? Pues yo no lo haré nunca, ni podré jamás sacar de casos particulares y raros este argumento, ni en contra de los Seminarios, ni en contra del virtuoso y respetabilísimo clero español.„

Hay más veneno entrañado en estas palabras del que parece á primera vista; y porque aquel dia se acercaba ya la hora de terminar la sesión, el Sr. Hernández pidió la palabra para echarlo en cara de su autor al día siguiente, junto con las demás especies liberalescas, envueltas con mucha finura en su discurso. Las palabras del Sr. Hernández, que recogió en seguida la alusión, son no sólo una defensa del libro y de la persona del Sr. Claret, sino también un breve panegírico del Siervo de Dios y un elocuente testimonio de que los verdaderos católicos de todas las jerarquías sociales le miraban como á un Santo. "Siento,—dijo en el discurso pronunciado en la sesión del 30 de Abril de 1878,—recordar á la Cámara que de los labios del Sr. Domínguez han salido palabras que no hemos oído á los oradores de la oposición revolucionaria; que ha traído recuerdos aciagos de un libro, que no son aciagos por el libro mismo, sino por las calumnias, de que se hizo eco la opinión pública. ¿Cuál es ese libro? Aquel que nos señaló sin terminar la frase, diciendo que no le faltaría *llave* para abrir cierto libro. Pues ese libro á que se refiere S. S., esa *Llave de oro*, libro escrito para confesores en el tribunal de la Penitencia, es perfectamente legible por aquellos que saben leerlo, y no tiene nada de escandaloso, más que á la manera de algunos libros de Medicina, y está la obra dedicada á los confesores, que la deben conocer para las consultas en el tribunal de la Penitencia. Pero ¿no hay ejemplo de algún otro libro como el del virtuoso, el del santo, el de inmortal memoria P. Claret? ¿No hay otro ejemplo? Pues hay un ejemplo elocuentísimo. En Francia el ilustre P. Debreyne, trapense, escribe en 1846 una obra titulada *Machioelogia ó tratado de los pecados contra el sexto y nono Mandamiento de la ley de Dios,* con un compendio poético de embrieología sagrada, en francés, que no en lengua erudita, que no en latín; se hacen muchas ediciones de ella, la conocen todos los que la deben conocer, y nadie se escandaliza, y no se hace eco la opinión de ninguna calumnia como se ha hecho con la obra del santo y del inolvidable P. Claret.„

Si no supiéramos los frívolos recursos á que suelen apelar los enemigos de la buena causa cuando se ven cercados y estrechados por la fuerza de la razón, causaría no poca extrañeza que una persona ilustrada como el Sr. Domínguez, después de la brillante defensa hecha por el Sr. Hernández, prefiriera, antes de confesarse vencido y rendirse á la verdad reparando la injusticia cometida con un Sr. Arzobispo venerado en toda España, acogerse á malignas reticencias y á las diferencias de gustos como si se tratara de un asunto literario. "Con respecto, — dijo el Sr. Domínguez en su pobre rectificación, — á cierto libro que S. S. ha nombrado y yo no nombré, y que S. S. encuentra muy discreto, muy prudente y muy ameno, ni una palabra más he de decir sobre él á S. S. Es cuestión de gusto; S. S. opina de este modo, y yo no opino así. Puede que mi gusto sea malo y que el de S. S. sea bueno.„ En esto último dijo, por cierto, la verdad, pues como liberal, en estas materias que se rozan con la Religión, tenía el gusto harto estragado, no sé si por ignorancia del entendimiento ó por malicia de la voluntad, que de todo hubo entre los calumniadores del Siervo de Dios. Y ¿qué mejor prueba de ello que el reprobar lo que tantos Prelados de España, cien mil veces más competentes que él en la materia, habían aprobado, y tener por malo lo que los Sres. Obispos, únicos jueces legítimos en este asunto, habían tenido y tenían por bueno, y como tal lo aconsejaban á los sacerdotes de sus diócesis y lo ponían en las manos de los jóvenes levitas en los Seminarios? Los que tanto ruido movieron contra el P. Claret con ocasión de este libro han ya desaparecido y nadie se acuerda de ellos, al paso que el libro y su autor son más estimados cada día (1).

(1) Tampoco puedo pasar sin correctivo la calificación de *inocente* y *estúpido* que dió al librito de la *Llave de oro*, al hacer alusión á este incidente del Congreso, el autor de la *Estafeta de Palacio*, D. Ildefonso Bermejo. Dudo mucho que el Sr. Bermejo haya siquiera leído el libro del P. Claret, y es casi seguro que en su juicio se dejó guiar únicamente de los que, no conociendo bien al Sier-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De otro libro titulado *Las delicias del campo,* compuesto también en Cuba por el Siervo de Dios, trataremos más adelante, y con esto cerramos este capítulo, para pasar en otro á referir obras de otro género no menos benéficas y gloriosas.

---

vo de Dios, le tenían por un *bendito*, incapaz de hacer daño á nadie, pero de cortísimo talento, sino es que la vanidad de crítico no le ha cegado; porque hay liberales, aun entre los moderados como Bermejo, que cuando hablan de las cosas de Religión ó de Moral desbarran de lo lindo, por más que en otras materias discurran con acierto. La causa está unas veces en la malicia de la voluntad, pero muchísimas en una ignorancia supina de la moral católica y de todo lo que se refiere á la Iglesia de Cristo, pues en su orgullo piensan estos señores que estas cosas son muy baladíes para hacer de ellas materia de sus estudios, y como están acostumbrados á hablar *ex cathedra* de otras materias que creen más importantes y difíciles, cuando meten el pie en éstas les parece que pueden talar y sentenciar á diestro y siniestro. ¡Infelices!

CAPÍTULO VII

DE VARIAS FUNDACIONES QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS EN SU DIÓCESIS DE CUBA PARA MORALIZAR Á SUS HABITANTES

1. Plan de moralización. — 2. Cómo lo llevó á cabo. — Trata de instalar en su diócesis varios Institutos religiosos.—3. Funda un Instituto de religiosas para la enseñanza de las niñas.—Establecimiento del Noviciado en Tremp.—Cómo alcanzó la autorización del Gobierno. — El Nuncio faculta al Siervo de Dios para que tres religiosas salgan de la clausura á fundar el Noviciado.—Nuevas dificultades que retardan la salida de las religiosas. — Cómo se orillaron y se llevó á cabo la fundación. — 4. Intenta fundar un grande asilo y granja modelo. — Pone manos á la obra en la ciudad de Puerto Príncipe. — Obstáculos que halló y cómo, á pesar de ellos, prosiguió con gran actividad las obras. — Oposición obstinada de las autoridades. — El ser llamado á la Península le impide concluirla. — 5. Publica el libro de las *Delicias del campo* para fomentar el bienestar espiritual y temporal de sus feligreses. — 6. Establece una caja de ahorros. — Varias otras cosas que hizo en favor de los pobres enfermos y presos. — Es nombrado socio y presidente honorario de la Sociedad "Amigos del País".

1. Aunque las repetidas y fervorosas predicaciones del Siervo de Dios habían logrado hasta cierto punto mudar la faz de su diócesis, como los males eran muchos, inveterados y fomentados por los mismos que debían trabajar en extirparlos, era necesaria una reforma más radical que hiciera duraderos los frutos conseguidos en las Misiones y los extendiera de un modo permanente á toda suerte de personas. Con este intento el Siervo de Dios iba anotando con diligencia los males principales á que convenía poner remedio, y que su perspicacia descubría muy pronto. Por la lista que de ellos hizo, y que afortunadamente se conserva escrita de su mano, puede apreciarse algún tanto lo mucho que debía trabajar para arrancar las malezas del vasto campo que el Padre de familias le había entregado para que lo cultivase y le hiciera dar frutos. Tales desórdenes fueron la ignorancia del Catecismo y de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De otro libro titulado *Las delicias del campo,* compuesto también en Cuba por el Siervo de Dios, trataremos más adelante, y con esto cerramos este capítulo, para pasar en otro á referir obras de otro género no menos benéficas y gloriosas.

---

vo de Dios, le tenían por un *bendito*, incapaz de hacer daño á nadie, pero de cortísimo talento, sino es que la vanidad de crítico no le ha cegado; porque hay liberales, aun entre los moderados como Bermejo, que cuando hablan de las cosas de Religión ó de Moral desbarran de lo lindo, por más que en otras materias discurran con acierto. La causa está unas veces en la malicia de la voluntad, pero muchísimas en una ignorancia supina de la moral católica y de todo lo que se refiere á la Iglesia de Cristo, pues en su orgullo piensan estos señores que estas cosas son muy baladíes para hacer de ellas materia de sus estudios, y como están acostumbrados á hablar *ex cathedra* de otras materias que creen más importantes y difíciles, cuando meten el pie en éstas les parece que pueden talar y sentenciar á diestro y siniestro. ¡Infelices!

CAPÍTULO VII

DE VARIAS FUNDACIONES QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS EN SU DIÓCESIS DE CUBA PARA MORALIZAR Á SUS HABITANTES

1. Plan de moralización. — 2. Cómo lo llevó á cabo. — Trata de instalar en su diócesis varios Institutos religiosos.—3. Funda un Instituto de religiosas para la enseñanza de las niñas.—Establecimiento del Noviciado en Tremp.—Cómo alcanzó la autorización del Gobierno. — El Nuncio faculta al Siervo de Dios para que tres religiosas salgan de la clausura á fundar el Noviciado.—Nuevas dificultades que retardan la salida de las religiosas. — Cómo se orillaron y se llevó á cabo la fundación. — 4. Intenta fundar un grande asilo y granja modelo. — Pone manos á la obra en la ciudad de Puerto Príncipe. — Obstáculos que halló y cómo, á pesar de ellos, prosiguió con gran actividad las obras. — Oposición obstinada de las autoridades. — El ser llamado á la Península le impide concluirla. — 5. Publica el libro de las *Delicias del campo* para fomentar el bienestar espiritual y temporal de sus feligreses. — 6. Establece una caja de ahorros. — Varias otras cosas que hizo en favor de los pobres enfermos y presos. — Es nombrado socio y presidente honorario de la Sociedad "Amigos del País".

1. Aunque las repetidas y fervorosas predicaciones del Siervo de Dios habían logrado hasta cierto punto mudar la faz de su diócesis, como los males eran muchos, inveterados y fomentados por los mismos que debían trabajar en extirparlos, era necesaria una reforma más radical que hiciera duraderos los frutos conseguidos en las Misiones y los extendiera de un modo permanente á toda suerte de personas. Con este intento el Siervo de Dios iba anotando con diligencia los males principales á que convenía poner remedio, y que su perspicacia descubría muy pronto. Por la lista que de ellos hizo, y que afortunadamente se conserva escrita de su mano, puede apreciarse algún tanto lo mucho que debía trabajar para arrancar las malezas del vasto campo que el Padre de familias le había entregado para que lo cultivase y le hiciera dar frutos. Tales desórdenes fueron la ignorancia del Catecismo y de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

elementos de la Religión, la ociosidad, los juegos inmoderados, la embriaguez, la lujuria, los amancebamientos, las conversaciones y cantares deshonestos, la desnudez de los niños y de las niñas, las láminas escandalosas, los libros malos, los bailes, las comedias y los vestidos indecentes, los divorcios, los adulterios, los enlaces con parientes, el no ir á Misa los días de obligación, las parlerías en el templo, la profanación de los días festivos, los rencores, las malas voluntades, los pleitos, robos y estafas, la mala fe y las murmuraciones y calumnias. Todos estos abusos eran más ó menos directamente fomentados por algunos empleados del Gobierno, como francamente lo confesó el Capitán general Concha en sus Memorias con estas palabras: "Los empleados de policía se habían constituído en agentes de todos los establecimientos y personas que necesitaban del Gobierno documentos en que aquellos debían intervenir y que podían detener cuanto quisieran... Las disposiciones del bando sobre las llamadas academias de baile de la gente de color, velorios de muertos, casas de juego y de prostitución, pases ó cartas de seguridad de los esclavos, eran además tan rico manantial de lucro para aquellos empleados, como asqueroso foco de inmoralidad: permitíanse las academias de baile á razón de cuatro pesos semanales: se tenía tolerancia con las casas más públicas de prostitución, mediante uno ó cuatro pesos también por semana: permitíanse los juegos prohibidos por una onza, ó á lo menos media diaria, y se consentían los velorios ó se dejaba velar á los cadáveres de los negros *tendidos* ó expuestos, cantándoles los de la nación del finado, merced á otra cuota de ocho á diecisiete pesos."

Aunque esta criminal tolerancia de los empleados gubernamentales aumentaba la dificultad de la situación, no por esto desistió de su empresa el P. Claret, antes esto le sirvió de estímulo para trabajar con más empeño y emplear remedios más eficaces. Después de meditar sobre el asunto y de encomendarlo á Dios con largas horas de oración, propúsose realizar el siguiente plan de reforma, hallado entre sus notas de aquel tiempo, y que, como veremos, llevó felizmente á cabo casi en su totalidad.

"Además,—dice,—de la Universidad del Seminario para formar clérigos sabios y virtuosos y de otros Colegios superiores, ha de haber escuelas de niños y de niñas, Casas de caridad para hombres, ídem para mujeres, hospitales, escuelas en las cárceles, cajas de ahorros.

„*Instrucción de niños.*—Se establecerán escuelas de instrucción primaria de primera y segunda clase, en las cuales los pobres serán admitidos gratuitamente, y los ricos por una pensión. Todos los niños deberán asistir á la escuela, á no ser que sus padres ó superiores los instruyan ó hagan instruir en sus casas, haciéndolo constar de algún modo. Se les enseñará religión y moral, lectura, escritura, cuentas, gimnasia. Más adelante, en el mismo establecimiento ó en otro, se les enseñará gramática española, geografía, astronomía, historia, dibujo natural y lineal, matemáticas, mecánica, arquitectura, los tres ramos de historia natural, metalúrgica y gimnástica.

„*Instrucción de niñas.*—Se les enseñará religión y moral, lectura, escritura, cuentas, geografía, historia sagrada y profana; á coser, hacer media, encajes, blondas, bordar, hacer flores, y gimnasia. A las pobres se les enseñará además á coser ropa blanca, coser de sastrería, hacer zapatos de mujer, tejer sombreros, torcer tabacos.

„*Casas de caridad.*—Las habrá para hombres y para mujeres, enteramente separados los dos sexos. Las primeras para niños y viejos pobres; las segundas para niñas y viejas pobres. A unos y á otros se dará escuela y trabajo.

„*Hospitales.*—Los habrá únicamente en las poblaciones grandes, con separación de sexos y asistidos por las Hermanas de la Caridad. En las poblaciones pequeñas suele dar mejores resultados que un hospital la beneficencia domiciliaria, sobre todo si puede destinarse una persona de toda confianza á cuidar el enfermo.

„*Cárceles.*—Se establecerá la conveniente separación entre los presos, y se les tendrá con la comodidad posible. Se les instruirá en religión y moral y se les procurará una ocupación mecánica. Á los presos que satisfacen condena se les obligará á trabajar; á los que sólo están detenidos se les aconsejará solamente, si ellos se mantienen, pero no si les mantiene el establecimiento. Del producto de los trabajos una parte servirá para el establecimiento, lo demás se dará al preso el día en que salga de la cárcel. Así muchas veces la pena de cárcel habrá sido el principio de su felicidad, pues saldrá instruído en reli-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gión y moral y en oficio para ganarse el sustento y con dinero para emprenderlo, y el que era un miembro pernicioso, pasa desde la cárcel á ser útil para sí y para la sociedad.

„*Caja de ahorros.*—Se procurará que haya en cada parroquia una Caja de ahorros, de la cual cuiden tres personas señaladas por su probidad y responsabilidad. Las imposiciones podrán hacerse en cualquier día, y de dos reales á dos mil pesos fuertes. Los fondos podrán prestarse al 1/4 por 100 mensual, cuyo producto servirá para pagar los gastos indispensables. La devolución de las cantidades, en todo ó en parte, se hará cuando la pida su dueño, dando un mes de tiempo. Se prestará á cuantos pidan, mediante fianza, pero serán preferidos los imponentes, y entre éstos los que lo sean de más tiempo y los hijos de éstos; después lo serán aquellos que quieran comprar tierras ó animales y los que pretendan dedicarse á la agricultura ó algún oficio mecánico.

„*Libros de enseñanza.*—Se redactarán cuadernitos que expliquen con mucha sencillez, claridad y brevedad la mecánica, agricultura y botánica, acomodándolos á las labores que se practican en el país y á las que puedan introducirse con el tiempo. Estos cuadernos se mandarán á los capitanes y tenientes de partido y á los cabos de cantón para que los den á leer á las gentes de su cargo, procurando que en cuanto sea posible pongan en práctica lo que leen. Al propio tiempo cuidarán de que en cada hacienda, finca ó vega haya las bestias, animales, aves, colmenas, árboles, plantas, verduras y demás cosas que juzguen oportunas, según las circunstancias del propietario y las condiciones del terreno. Vigilarán los capitanes de partido para que las personas de su jurisdicción no estén ociosas, porque la ociosidad no sólo es causa de miseria, sino también de murmuraciones, lujuria, robos y otros vicios, mientras que la ocupación es base y fundamento de la moralidad y riqueza del país.

„*Juegos.*—En los días y horas de trabajo se prohibirán no sólo los juegos ilícitos, sino también los lícitos, á los trabajadores y gente de labor, según la real pragmática de 6 de Octubre de 1771; pero en los días de fiesta se procurará que, oída la santa Misa y cumplidas las obligaciones de cristiano, se ocupen en juegos honestos en algún lugar cubierto para librarse del sol; entendiendo que, aun en este clima, son preferibles los juegos que se ejercitan de pie ó andando á los que se hacen estando sentados (1).„

Este magnífico plan, bosquejado únicamente en las notas que para su gobierno iba haciendo el Siervo de Dios, no fué mera utopia, como suelen serlo casi todos los de los modernos economistas, sino que en cuanto le fué posible fué poco á poco poniéndolo por obra, como se verá por las fundaciones que llevó á cabo en poco tiempo y por la empresa que acometió en Puerto Príncipe en los últimos años de su arzobispado en Cuba.

2. Para plantear el plan que había ideado con el intento de moralizar la Isla de Cuba, juzgó que era indispensable la instalación de varios Institutos religiosos que le sirvieran de poderosos auxiliares en su obra. Tres cosas llamaban principalmente la atención de nuestro Padre: la dirección del Seminario, la enseñanza y el cuidado de los enfermos. Para proveer á estas tres necesidades puso todas las diligencias que estuvieron en su mano á fin de que se instalasen en su diócesis los Padres Paúles, que tan grandes servicios han prestado siempre á la enseñanza religiosa de los que se destinan al sagrado ministerio; los Padres Escolapios y los Jesuitas, que tanto se han distinguido en la enseñanza de la niñez y de la juventud, y las Hermanas de la Caridad, cuyo magnánimo corazón ha siempre atesorado manantial inagotable de heroísmo y de dulzura para consolar á los que gimen en el lecho del dolor. Sabido es que por los años de 1852 seguía aún en España dominando la inicua ley que abolió los Institutos y las Congregaciones religiosas, y era, por lo tanto, arriesgadísimo aventurarse á restablecerlos sin permiso ó autorización del Gobierno. Por esta causa el prudente Arzobispo de Cuba, antes de llevar á cabo la instalación de los dichos Institutos en su diócesis, elevó á S. M. la Reina una solicitud pidiendo el restablecimiento de las Órdenes religiosas en la Isla de Cuba, para apoyo de lo cual adujo tantas y tan buenas razones, que el 26 de Noviembre de 1852, S. M. expidió una real cédula accediendo á los deseos del Prelado, y en la que se reproducían casi todas las razones y con casi las mismas palabras que el Sr. Claret había alegado en su solicitud. "Considerando, —decía la Reina en

(1) Notas del Siervo de Dios Sr. Claret.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los preámbulos á los decretos,—que si con el clero parroquial, en los términos que se ha constituído y determinado por mis expresadas reales cédulas (las del 30 de Septiembre de 1852), puede proveerse por ahora á las primeras y más urgentes necesidades espirituales de las poblaciones de mediano vecindario, no así en las populosas, donde el confesonario y las atenciones diarias del culto exigen la cooperación asidua de otros operarios evangélicos, los cuales han escaseado siempre en el clero secular de esa Isla, y faltan enteramente en la actualidad hasta el punto de carecer de pastores muchas parroquias de la diócesis de Santiago de Cuba, cuyo muy Rdo. Prelado ha reclamado de mi Gobierno los sacerdotes necesarios para remediar esta dolorosa orfandad en sus iglesias; convencida además de que la educación religiosa de las clases pobres, y en particular la de sus numerosos párvulos, no está atendida en esa Isla como conviene y es conforme á mis deseos y católicos sentimientos, confiándose la de las clases más acomodadas á manos mercenarias, que frecuentemente la convierten en objeto de especulación mercantil y aun á veces en instrumento de reprobadas y apasionadas miras políticas; y conviniendo, por último, que la numerosa población de color que reside en las fincas de campo pueda recibir en ellas la enseñanza religiosa, que considero como un deber de estricta conciencia y aun de humanidad procurarle para su bien y el de esos mis amados súbditos, me he persuadido de la necesidad de establecer en la Isla algunas de aquellas Órdenes religiosas que por su instituto puedan contribuir más directamente á los rectos y piadosos fines que me he propuesto, y en vista de todo, y de acuerdo con el parecer de mi Consejo de ministros, he venido en expedir esta mi real cédula, por la cual declaro y mando lo siguiente:

„I. Considerando los servicios que desde su fundación han prestado á la Iglesia los clérigos de San Vicente de Paúl, y la obligación en que están por su Regla, no sólo de consagrarse á la enseñanza religiosa de los que se destinan al sagrado ministerio del sacerdocio, sino de ocuparse en las Misiones y otros cargos que tengan por conveniente confiarles los Prelados de las diócesis en que se hallan establecidos, he dispuesto que se erijan dos casas de esta Orden, una en la ciudad de Santiago de Cuba y otra en esa de la Habana, en alguno de los

conventos suprimidos, que vos, de acuerdo con el respectivo intendente, tuviereis por conveniente designar, siendo obligación de aquéllos encargarse, con el beneplácito de los reverendos diocesanos, de la enseñanza, régimen y disciplina de los Seminarios conciliares, cuya suprema dirección é inspección han de conservar siempre los últimos, conforme á lo dispuesto por el santo Concilio de Trento.

„II. Uno de los Institutos más piadosos, y del que más utilidad y sazonados frutos ha reportado la Iglesia bajo una forma modesta, aunque en la realidad de grande y benéfico influjo en la educación moral y religiosa de la juventud, lo es y ha sido desde su origen el de los Padres de las Escuelas Pías, cuya importancia no sólo fué reconocida por las Cortes de la nación en la ley de 5 de Marzo de 1845, sino que las miras de su santo Fundador fueron generalmente adoptadas por las naciones católicas, estableciéndose en ellas diversas Congregaciones religiosas consagradas á la enseñanza de la juventud; y deseando yo que participen de iguales ventajas todas las clases de esa Isla, pero más especialmente las de artesanos y otras menos acomodadas de las grandes poblaciones, supliendo el vacío que en la Habana y Cuba dejó la falta de los Padres Belemnitas, es mi voluntad que se establezcan en los puntos que estimareis conveniente, y permitan los recursos destinados á este objeto, dos casas de Padres Escolapios, en cuyos colegios, además de la enseñanza primaria para las clases pobres, puedan las acomodadas recibir la esmerada y religiosa educación que se da en la Península.

„III. Restablecida para las Islas Filipinas la Compañía de Jesús, que tantos y tan señalados servicios ha prestado á la Religión y al Estado; y considerando que puede prestarlos todavía de grande importancia, así en las parroquias y doctrinas que se erijan en los puntos más despoblados de la Isla, como también en la enseñanza secundaria superior, que con el mejor éxito para los alumnos y satisfacción de los Padres ha desempeñado siempre y desempeña aun hoy en muchos países; deseando yo, por otra parte, satisfacer la falta generalmente sentida por esos leales habitantes de establecimientos en que puedan educar á sus hijos, viéndose por esta causa en la dolorosa necesidad de desprenderse de ellos para enviarlos á los colegios extranjeros, y con preferencia á los de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los mismos jesuítas, he determinado que se establezca por ahora, y á reserva de hacerlo más adelante en otras poblaciones, un colegio de la Compañía de Jesús en alguno de los suprimidos conventos de esa ciudad que os pareciera más á propósito, con obligación de encargarse de la educación secundaria superior, con arreglo al plan que yo aprobare, y sin perjuicio de que se empleen asimismo sus individuos, en cuanto lo permita su número, en el servicio de las nuevas doctrinas y parroquias que, como patrono, tuviere yo por conveniente confiarles conforme á las Bulas y Breves pontificios que sobre la materia rigen en América.„

Todavía se dieron en esta real cédula seis decretos más, mandando que se estableciera en la Península una Casa-matriz de la Orden de San Francisco, no sólo para repoblar alguno de los conventos suprimidos en la Isla de Cuba, sino también para atender al servicio de los Santos Lugares. Disponíase en ellos asimismo que se formaran inventarios de todos los censos de fincas rústicas y urbanas que hubiesen pertenecido á las Comunidades religiosas y no hubiesen sido enajenadas, y que, terminado el inventario, se extendiese por el Superintendente, en nombre de S. M., obligación formal á favor de la Iglesia, y en su representación de los respectivos diocesanos donde radicaran las fincas, de invertir en sus necesidades, y con preferencia en la manutención y sostenimiento de los Institutos religiosos, todos los productos que se obtuviesen de la venta ó del censo que de los mismos bienes había de hacerse..., y que igual aplicación tendrían las fundaciones piadosas que hubiesen estado á cargo de las Congregaciones suprimidas. El número VIII disponía que las Hermanas de la Caridad se encargaran del Hospital de San Juan de Dios, en Puerto Príncipe.

Cuando el santo Arzobispo recibió la real cédula se llenó de gozo extraordinario por ver que se le abrían las puertas para poner por obra los grandes planes que había meditado. En orden á la Compañía, nada se decía en ella respecto de la diócesis de Santiago; pero á más de haber proporcionado á la Habana con su solicitud y diligencia el Colegio, que en el número III del decreto mandaba establecerse en la capital de la Isla, y que en efecto fué al poco tiempo establecido, ya él mucho antes había negociado lo mismo con el General de los Jesuítas. Como amaba tanto á la Compañía y conservaba de ella tan gratos recuerdos del tiempo que estuvo en el Noviciado de San Andrés, en Roma, apenas aceptado el Arzobispado, se apresuró á escribir al Rmo. P. Roothán pidiéndole algunos individuos para Cuba; y aunque las circunstancias de la Compañía hacían por entonces imposible el acceder á su petición, dió la providencial coincidencia de que un triste acontecimiento, que llegó á noticia del General de la Compañía á tiempo que acababa de recibir la carta del Siervo de Dios, hizo mudar de parecer al Superior, y así, en los últimos días que el P. Claret estuvo en Barcelona antes de embarcarse, recibió con agradable sorpresa la respuesta del General de la Compañía, que le decía en substancia: "No pensaba poder complacer á su Excelencia Ilustrísima por falta de sujetos; pero habiendo recibido aviso de que el Gobierno de Nueva Granada nos ha expulsado de su país, escribo á los que estaban allí para que algunos pasen á Cuba á trabajar por la gloria de Dios y bien de las almas, como S. E. I. desea.„ No obstante, en la diócesis de Santiago no llegaron á establecerse los Jesuítas, porque los que, expulsados de Nueva Granada penetraron en la Isla, se detuvieron en la capital, y, junto con los que después mandaron de España, fundaron el Colegio que allí tienen, y más tarde otro en Cienfuegos. Verdad es que pocos meses antes de embarcarse el P. Claret para España, concibió en Puerto Príncipe halagüeñas esperanzas de verlos pronto allí establecidos, pues el 12 de Enero de 1856 escribía desde allí á D. Antonio Barjau: "Ya sabrá cómo en ésta tenemos dos Padres Jesuítas catalanes, el P. Costa, Visitador, y el P. Busquets. Estamos ocupados en los proyectos de reparación del convento de la Merced ó de hacer un Colegio nuevo; veremos.„

El inesperado llamamiento del Siervo de Dios á España, que al poco tiempo sobrevino, frustró estos proyectos, y en vista de las dificultades que los mismos Jesuítas oponían por la escasez de personal, pensó en otro plan, que declaró en una carta dirigida al Capitán general de Cuba, el cual consistía en que los Padres se afianzasen primero en la Habana y desde allí se fueran extendiendo por los puntos principales de la Isla; mas debido sin duda á los tristes acontecimientos que algunos años después regaron con sangre aquellas ricas colonias, no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

han podido hasta ahora establecer más de los dos Colegios mencionados de la Habana y Cienfuegos.

No ofreció tantas dificultades el establecimiento de los Padres Escolapios. El 12 de Mayo de 1853, á los pocos días de recibida la real cédula en que se disponía la fundación de dos Colegios de dichos Padres en los puntos más convenientes de la Isla, según lo estimaren los respectivos Prelados y se lo permitieren sus recursos, el P. Claret escribió ya al muy reverendo Padre de la Escuela Pía, en estos términos: "No dejo el asunto de la mano. Por de pronto pienso pedir el establecimiento de una Casa de Escolapios en la ciudad de Puerto Príncipe; igual pensamiento creo tiene el Capitán general... No creo que desconocerá Ud. la mucha gloria para Dios, que necesariamente ha de resultar del establecimiento de este santo Instituto. La gente del país es dócil en sumo grado, y me atrevo á asegurar desde luego que el fruto que les espera á los hijos de San José de Calasanz será muy considerable.„ El celoso Arzobispo tuvo el gusto de ver establecidos en sus diócesis, en el convento de San Francisco de Puerto Príncipe, á estos hábiles educadores de la niñez antes de salir para la Península, y pudo ver el Colegio que abrieron para la enseñanza de los niños. Por el mismo tiempo establecieron estos Padres otro Colegio en Guanabacoa, diócesis de la Habana, dando cumplimiento á lo dispuesto en la real cédula.

Respecto de los Padres Paúles, á los que con tanta ansia deseaba tener por cooperadores de su ministerio, dió también muchos pasos para traerlos á Santiago de Cuba, y así, apenas obtuvo la autorización del Gobierno, lleno su corazón de entusiasmo y regocijo, escribió al Visitador general de dicha Congregación: "Hoy veo con placer y satisfacción mía próximos á realizarse mis deseos, y lo que es más, me prometo los mejores resultados para la causa de la Religión, de la disposición soberana acerca de los Padres. Ya comienzo á dar pasos para arreglarles una casa de Ejercicios, y deseo que puedan cuanto antes hacerse cargo de mi Seminario... Voy á pedir á su Majestad que la gracia de las Hermanas se haga extensiva á los demás hospitales y casas de beneficencia.„ Mas á pesar de tan vivos deseos, por causas ajenas á la voluntad del Siervo de Dios, los Padres Paúles no pudieron establecerse en Santiago de Cuba hasta pasados muchos años, pero al fin se establecieron, ocupando la casa que los Padres de nuestra Congregación tuvieron que abandonar por la pérdida lamentable de nueve individuos, que en el período de pocos meses fallecieron víctimas del vómito. También se establecieron en la diócesis de la Habana en cumplimiento de las disposiciones reales, y por algún tiempo dirigieron el Seminario, cargo que por último dejaron por razones que no nos toca averiguar. Continúan, sin embargo, permaneciendo en esta diócesis, lo mismo que en la de Santiago, haciendo el bien que pueden conforme á su Instituto.

Mucho antes que los Paúles se establecieron en la diócesis de Santiago las Hermanas de la Caridad para encargarse del Hospital de Puerto Príncipe; y aunque por entonces había ya resignado el P. Claret el Arzobispado en su inmediato sucesor, el Ilmo. Neguerela, debióse á sus diligencias la instalación. Elevó también á la Reina, conforme lo había indicado al Rmo. P. Visitador, una solicitud pidiendo se hiciera extensiva la gracia de las Hermanas á todos los demás hospitales de la Isla, y efecto de ella fué el que antes de 1870 tuvieran las Hermanas de la Caridad unas diecinueve casas en la diócesis de la Habana y cuatro en la de Santiago, las que todavía existen hoy muy florecientes.

De este modo el P. Claret, con el transcurso del tiempo, consiguió en gran parte poner por obra lo relativo á la enseñanza de los niños y al cuidado de los enfermos y ofrecer al clero de la diócesis un santo retiro en donde recogerse para la renovación espiritual, tan necesaria al sacerdote, bajo la dirección de maestros tan experimentados como los Paúles. Para perpetuar además entre el pueblo las Misiones, que tan felices resultados le habían dado, se propuso restablecer en Cuba á los Padres Capuchinos, tan célebres por sus predicaciones apostólicas, hechas casi siempre con abundante fruto. Para su establecimiento en la Isla, además de la autorización real, era menester, según las leyes vigentes, poseer en la Península un convento-noviciado que sirviese de probación y estudio á los jóvenes que habían de ser destinados á Cuba. Sabedor muy bien de esto, como quien había hecho especial estudio de las leyes de Indias, hizo á S. M. la petición, que expresa con estas palabras en una carta dirigida al Sr. Ministro, manifestándole sus intentos sobre este asunto: "Ahora, —dice, —

voy á pedir á S. M. que se establezca en Navarra un Colegio de Capuchinos para las Misiones de la Isla. Tengo conmigo dos de estos religiosos, muy buenos, y hay otros que desean venir á ayudarme. Su instalación tiene la ventaja de que no ha de costar nada al Gobierno, aquí por lo menos. Todo se hará de caridad, como que ellos nada pueden poseer.„ El decreto cuarto de la real cédula del 26 de Noviembre de 1852 concedió lo que el Siervo de Dios había solicitado, con la sola diferencia de que no determinó el lugar de la Península donde había de establecerse la Casa-matriz, y que quiso sirviera ésta también para proveer á los Santos Lugares. Mas como para llevar á cabo la obra eran necesarios en España no pequeños dispendios, y los Ministros, á pesar de su buena voluntad, andaban indecisos, la obra no se llevó á cabo, y en Cuba aún no han puesto el pie los frailes Capuchinos.

3. Conocedor de la importancia que tiene en la sociedad la instrucción y buena educación de las niñas, que si son virtuosas pueden con el tiempo hacer un bien incalculable en el seno de las familias, y vista la falta que había en Cuba de maestras aptas para darles la instrucción civil y religiosa que conviene, pensó el Siervo de Dios en fundar en Cuba un Instituto de monjas de enseñanza, para lo cual se valió de la ocasión que ahora diré. Poco antes de que el P. Claret hubiera sido propuesto para el Arzobispado de Cuba se habían juntado en Tarragona algunas piadosas doncellas que, animadas de un espíritu verdaderamente religioso, deseaban servir al Señor en la perfección de vida á que se sentían llamadas, y trabajar para su mayor gloria en cualquier parte del mundo adonde su divina Providencia quisiese destinarlas. En los aciagos días que por aquel tiempo alcanzó España, no podían verificar, como deseaban, sus nobles propósitos en la Península; mas el Señor, que leía en los corazones de ellas las levantadas aspiraciones de sus almas, proveyó de manera que pudieran poner en obra los buenos deseos que les había inspirado. El Sr. Claret había tenido ocasión repetidas veces de reanimar el fervor de aquellas jóvenes, y éstas, que habían experimentado el ardiente celo del Siervo de Dios, apenas supieron que había sido nombrado Arzobispo de Cuba, le rogaron con instancia que las llevase consigo para trabajar y sacrificarse por la gloria de Dios en aquella insalubre diócesis.

S. E., aunque apreciaba como se merecía el heroico valor de aquellas vírgenes, no juzgó prudente llevarlas consigo antes de enterarse personalmente de las necesidades de su Arzobispado y de disponerles el local conveniente para su habitación. Mas cuando, llegado á su diócesis, palpó la triste situación en que se hallaba la enseñanza, escribió al instante á Tarragona para que, si perseveraban en sus nobles propósitos, pasasen á la Isla, que él les daría en qué ocuparse para la gloria de Dios. Se embarcaron, efectivamente, al poco tiempo, y después de una navegación harto borrascosa, en la que más de una vez se descubrió la particular providencia del Señor sobre ellas, llegaron á Santiago de Cuba, en donde el Sr. Arzobispo les había ya comprado para su residencia, de su propio bolsillo, una casa que le costó de once á doce mil duros. Fundóse allí el primer convento el año de 1852, y apenas instaladas en él tuvieron ocasión de manifestar la constancia y el valor que infunden la caridad y confianza en Dios en las almas de suyo más flacas y asustadizas, porque habiendo acaecido al poco tiempo de su llegada los terremotos y el cólera, de que en otro lugar hablamos, ni se abatieron ni dieron señal alguna de que les pesara haber dejado la Península, antes con gran contento y satisfacción interior prestaron los servicios que su estado permitía. Luego, sin perder tiempo, el señor Arzobispo hizo todas las diligencias necesarias para que la instalación fuera legal y canónica, y se dió tan buena maña en el asunto, que en 1855 nueve ó diez jóvenes emitieron ya sus votos solemnes, después de haber obtenido la real licencia y un Breve de Su Santidad, conforme al cual se obligaron á ir á cualquiera parte del mundo á enseñar la Ley santa del Señor, y á observar la Regla de San Benito con sujeción á los Ordinarios.

El objeto de este Instituto, fundado por el P. Claret, es la educación cristiana de las niñas, enseñándoles las labores propias de su sexo, y además lectura, escritura, gramática castellana y francés, pintura, dibujo, etc., y formándolas en la virtud para que un día sean excelentes esposas que, con su modestia, laboriosidad y mansedumbre, labren la felicidad de sus maridos, y buenas madres de familia, que crien cristianamente á sus hijos para gloria del Señor y bienestar de la sociedad. Nada costó esta fundación al Gobierno, porque su Ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

celencia pagó todos los gastos que en ella se hicieron de lo que de sus rentas ahorró con su parsimonia y buena administración, pues tenía la ventaja de que, á causa de su virtud, se le ofrecieron por familiares personas muy desprendidas y desinteresadas, que no buscaban hacer dinero, sino únicamente servir á Dios nuestro Señor al lado de un Maestro tan aventajado en esta ciencia celestial.

Para que la fundación del nuevo Instituto fuera sólida y permanente y pudiera éste además extender sus ramas á otras partes, era necesario establecer en España un Noviciado en donde ingresaran las jóvenes que el Señor llamase al nuevo Instituto y se empaparan bien en el espíritu de las Reglas antes de dedicarse á las tareas propias del mismo. Antes de que el Siervo de Dios fuera llamado á España comenzó ya á pensar en el asunto, como se desprende de varias cartas que mediaron entre el Ilmo. Sr. Caixal y el P. Currius; mas cuando recibió la noticia de pasar á la metrópoli, aplazó la ejecución del proyecto para cuando estuviera en ella, puesto que allí le sería más fácil activar el negocio. Llegado á Madrid á mitades de Mayo del 57, no tardó en escribir á varios de sus amigos para ver de hallar local en donde establecer el proyectado Noviciado.

El 12 de Enero de 1858 le escribía el señor Obispo de Gerona ofreciéndole para ello una colegiata suprimida en Villabertrún, pueblo de su diócesis; pero luego surgieron dificultades y no pareció prudente fundarlo en aquel punto. Uno de los que más á pechos habían tomado el negocio por su cuenta, después del Sr. Claret, era su íntimo amigo el Ilmo. Caixal, Obispo de Urgel, quien el 31 de Marzo del mismo año notificaba al Siervo de Dios que en Tremp el Ayuntamiento le cedía un local que podía servir muy bien á este propósito, y así que podía pasar adelante el expediente y pedir desde luego la competente autorización para que tres religiosas del convento de Santiago pudieran embarcarse para la Península con el dicho objeto. El Sr. Claret presentó al Gobierno las debidas instancias para que concediera la suspirada autorización, y aunque le costó varias réplicas y contestaciones sobre las bases con que debía hacerse la instalación, al fin la consiguió. El 3 de Diciembre del mismo año de 1858 recibió una comunicación del subsecretario del ministerio de Gracia y Justicia, Sr. D. José

L. Fignesio, en que se le decía lo siguiente: "Excmo Sr.: El señor Ministro de Gracia y Justicia dice con esta fecha al señor Obispo de Urgel lo que sigue: He dado cuenta á la Reina (q. D. g.) del expediente promovido á instancia del muy reverendo Arzobispo de Santiago de Cuba, sobre que se establezca en la villa de Tremp un noviciado y probación de Religiosas de Enseñanza, que al paso que formen religiosas jóvenes para aquella Isla, eduquen á las niñas de Tremp. Y en vista de que se ha acreditado hay edificio propio y adecuado para la Comunidad, y que tiene ésta el mobiliario y renta anual que se ha estimado suficiente, de conformidad con lo propuesto por V. E. I. y por la Sección de Estado y Gracia y Justicia del Consejo de Estado, se ha dignado S. M. conceder la real autorización solicitada para que pueda plantearse en la villa de Tremp la expresada comunidad de Religiosas de Enseñanza, mandando al propio tiempo se tengan presentes las condiciones siguientes: 1.ª El número máximo de religiosas de que se compondrá la Comunidad será de cincuenta. 2.ª La dote que llevarán las religiosas consistirá en once mil reales de capital y una renta de ciento sesenta y tres reales para cubrir las atenciones de la Comunidad. 3.ª El Gobierno no sufragará lo más mínimo, por ningún concepto, para la subsistencia de las religiosas, ni para cubrir las demás atenciones de la Comunidad y del convento. 4.ª La Comunidad quedará sujeta á la dirección y gobierno del Ordinario diocesano. 5.ª Según lo dispuesto en el art. 153 de la ley de 9 de Septiembre del año último sobre Instrucción pública, las maestras de la referida Comunidad quedarán relevadas de justificar su ciencia por los medios generales, y podrán ejercer el profesorado en su convento, sin necesidad de título. Y 6.ª Que V. E. I. ejercerá en dicho establecimiento la vigilancia administrativa que previene el art. 294 de la referida ley de Instrucción pública, entendiéndose con la administración en todo lo concerniente á los estudios."

No le había costado tanto á nuestro Padre obtener de Su Santidad Pío IX, por medio del Nuncio apostólico, el permiso que necesitaba para que tres religiosas profesas del convento de Cuba pudieran trasladarse á España para llevar á cabo la nueva fundación. El 3 de Enero de 1858 había elevado la petición al Sr. Nuncio apostólico, Mons. Lorenzo Barili, y éste le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

respondió el 8 del mismo mes concediendo el permiso solicitado en estos laudatorios términos: "Habiendo considerado la nota que V. E. se ha servido enviarme con fecha 2 de los corrientes, y teniendo plena confianza de que la solicitud que en ella me hace será muy útil al convento de Religiosas de Enseñanza, fundado por el celo apostólico de V. E. en la ciudad de Santiago de Cuba, uniéndose también con sus piadosas miras el empeño y aprobación de su excelente colega de Urgel, condescendiendo muy gustoso á sus deseos. Por lo cual, haciendo uso de las facultades que me ha benignamente delegado nuestro santísimo Padre Pío IX, Sumo Pontífice, autorizo á dos ó tres, escogidas con el consentimiento de V. E., del convento mencionado á que salgan de la clausura con el fin de que inmediatamente, acompañadas por un sacerdote respetable y virtuoso, emprendan su viaje para Urgel, en donde se pondrán á disposición del Ilmo. Sr. Obispo de allá, con quien Vuestra Excelencia se servirá ir de concordia. —Dios haga que las excelentes intenciones de V. E. sean del todo cumplidas, como se lo pido yo de todo mi corazón, deseoso de que V. E. viva largos años para el bien de la Iglesia y de los fieles.„

Con esta autorización, única exigida por los sagrados Cánones, creyóse en un principio que las monjas podrían emprender su viaje, y así, después de haber determinado con el señor Obispo de Urgel el lugar donde se había de fundar el Noviciado y mientras se estaba tramitando el expediente gubernamental arriba mencionado, el P. Claret escribió el 7 de Julio un oficio á D. Dionisio González, á quien había dejado de Gobernador eclesiástico de su diócesis de Cuba, ordenándole que en la primera ocasión que se le ofreciese embarcara tres monjas á su elección con un sacerdote virtuoso que les sirviera de "ángel custodio„. Mucho deseaban, es verdad, así las Madres de Cuba como D. Paladio y el Provisor D. Dionisio, llevar á cabo cuanto antes la fundación en que ellos mismos tomaban parte muy activa; pero toparon con una dificultad insuperable que les impidió cumplir la orden de su Prelado, y fué que averiguaron que sin una real orden que autorizase su salida, según las leyes de Indias, á la sazón vigentes, no podrían embarcarse para España ni era fácil fueran admitidas en buque alguno, á más de exponerse á las deplorables consecuencias que de allí se habían de seguir. Por esto, de común acuerdo resolvieron, antes de obrar, poner dicho obstáculo en conocimiento del Sr. Arzobispo para que él en su prudencia determinara lo que le pareciera conveniente. Mientras iban y volvían las respuestas pasaron algunos meses, de manera que hasta el 7 de Diciembre no pudo el Padre Claret hacer la solicitud para que se diera la real orden, la cual, como era tan sólo una consecuencia del permiso concedido anteriormente por S. M. para que se estableciera en Tremp un Noviciado de monjas de enseñanza, fué otorgada sin dificultad, y el 7 de Enero de 1859 pudo ya el celoso Arzobispo notificarlo á su Provisor, quien, en vista de la real autorización, dió un decreto, nombrando para trasladarse á la Península á la muy Rda. Madre Priora del convento de Enseñanza de Cuba, Sor María Antonia París de San Pedro, y á las religiosas del mismo Sor María Josefa Caixal de San Pablo y Sor María Gertrudis Barril de San Felipe. Dióles por compañero al Rdo. P. Currius, familiar de S. E. I. y Secretario entonces de cámara y gobierno del Arzobispado. Embarcáronse, en efecto, en la fragata española *Venus* el 10 de Abril de 1859. Después de treinta y seis días de navegación bastante próspera, llegaron el 8 de Mayo á Cádiz, en donde fueron muy agasajadas del Sr. Obispo, quien después de haberles enseñado con mucho cariño la magnífica Catedral que estaban concluyendo, las acompañó hasta el convento de las Descalzas, que fué el lugar en donde se hospedaron hasta que llegó el día del reembarque. Fué éste el 17 del mismo mes, y el 24 llegaron á Barcelona, en donde recibieron una agradable sorpresa al ver que las esperaban en el muelle dos familiares del señor Arzobispo, que á la sazón se hallaba en la ciudad condal acompañando á la Reina en su viaje por Cataluña. Fué indecible el consuelo que experimentaron, tanto las Madres como el Padre Currius, en tornar á ver á su Prelado, el cual, solícito por la salud y bienestar de sus religiosas, quiso que se detuviesen á descansar en Barcelona algunos días, mientras él y el Sr. Caixal disponían todas las cosas para su recepción en Tremp (1).

(1) Noticias sacadas de una carta del P. Currius al Ilmo. señor Obispo de Cádiz, 24 de Mayo de 1859.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Repuéstas algún tanto de las averías de tan prolongada navegación, emprendieron su viaje á la suspirada villa de Tremp, adonde arribaron el 11 de Junio. A la entrada de la villa salieron á recibirlas el Ilmo. Sr. Caixal, las autoridades y casi todo el pueblo. Veinte ó treinta niñas salieron vestidas de blanco, y con sus blancas manecitas iban esparciendo flores sobre las humildes religiosas, á las cuales vitoreaban además, en unión del pueblo, con vivas y cánticos, que alegraban los aires y regocijaban el corazón de la muchedumbre. Después de dar gracias á Dios en la iglesia con el canto del *Te-déum,* dirigido por su Ilustrísima, las monjas se retiraron, y al día siguiente fueron á ocupar la casita que hacía tiempo les tenían preparada para mientras durase la fábrica del convento en el local que estaba ya comprado. Era día de Pentecostés. Su Ilustrísima el Sr. Obispo celebró la primera Misa en la capilla bendecida de antemano por él, en la que dejó reservado el Santísimo y puso luego á las Madres en clausura. El P. Currius quedó por de pronto encargado de la fábrica, hasta que el P. Claret le llamó á Madrid. El convento se hizo en poco tiempo y llegó á ser para las vírgenes del Señor un palomar, de donde salieron pequeñas bandadas de palomas que fueron á establecerse en otros puntos, con gran provecho de las poblaciones en donde se fijaban. La primera fundación, después de la de Tremp, se hizo en Reus, en la que intervino también el P. Claret, al cual aquellas buenas monjas han mirado siempre como á su amado Padre y Fundador, alegrándose cuando recibían acerca de él buenas nuevas, y acompañándole en sus tristezas cuando era perseguido y afligido de los hombres. Fuéronse estableciendo poco á poco en algunos otros puntos de Cataluña, y gracias á sus buenos oficios muchísimas familias vieron crecer á sus hijas en toda suerte de virtudes, al paso que crecían en edad y adelantaban en las labores y en los estudios propios de su sexo.

4. Con las obras hasta aquí emprendidas y llevadas en gran parte felizmente á término, había provisto á las necesidades espirituales de los fieles y á la enseñanza religiosa de la niñez y de la juventud, pero su corazón magnánimo descubrió otra especie de necesidades, no menos graves que las pasadas en esa clase infeliz de pobres sin oficio y de niños abandonados que, faltos de toda instrucción y desprovistos de

todo lo necesario á la vida, sin ver en la sociedad entrañas de misericordia para con ellos, se abandonan á sus bajos instintos y hacen de la vagancia, del pillaje y de la ratería un arte vergonzoso, que pone en continuo peligro las sociedades. No por estar tan rebajados eran menos atendibles esos seres desgraciados, cuya maldad nace más de falta de educación que de malicia propia, pues los mismos que, abandonados desde la infancia en medio de las calles, crecen como salvajes en medio de un país civilizado y no paran hasta ser unos grandes criminales, víctimas con el tiempo de la justicia humana, si se los recoge é instruye, si se van formando en ellos hábitos de justicia y laboriosidad, amaestrándolos en algún arte ú oficio con que ganarse decorosamente la vida, llegan á ser honrados ciudadanos, amantes de la paz, de nobles y piadosos sentimientos, y más á las veces que los que no conocieron la desgracia, porque suelen sentir compasión muy honda de los infelices que ven en el triste estado del cual el Señor los sacó á ellos misericordiosamente. Tal fué la obra de civilización y moralizadora que intentó llevar á cabo el Sr. Claret al acometer la fundación de una granja modelo en Puerto Príncipe.

Compró, al efecto, en esta ciudad una extensa hacienda, en la cual antes de salir de Cuba había ya invertido más de veinticinco mil duros.

"El plan de esta obra, —dice él mismo, —era recoger á los niños y á las niñas pobres, muchos de los cuales se pierden pidiendo limosna por las calles, mantenerlos á expensas de la misma hacienda, darles la conveniente instrucción religiosa y literaria, y enseñarles el arte ú oficio á que sintiesen más inclinación. Los niños habían de trabajar en la hacienda una hora no más cada día, con lo cual ésta produciría lo suficiente para mantenerlo; todo lo demás que ganasen se había de echar en la Caja de ahorros, de manera que cuando salieran del establecimiento, á más de haber recibido y aprendido algún oficio, habían de llevarse consigo lo que hubiesen ganado.

„La casa estaba distribuida en dos grandes secciones; una para los niños y otra para las niñas, con la iglesia en medio. En las funciones religiosas los niños debían estar en el centro del templo y las niñas en las tribunas correspondientes á su sección, y así estarían los unos completamente incomunicados

con las otras. La casa debía tener dos pisos, el primero para talleres y el segundo para dormitorios, etc.

„Al frontis del establecimiento, y á la parte de los niños, había de haber un gabinete de Física y aparatos de agricultura, un laboratorio de Química y una biblioteca: la biblioteca debía estar abierta todos los días dos horas por la mañana y dos por la tarde, para que entraran todos los que quisieran; la clase de agricultura tendría también entrada franca tres veces á la semana á cuantos quisieran asistir; lo demás era sólo para los internos.„

Emprendió el Siervo de Dios la obra con grande entusiasmo, y para activarla más puso al frente de ella á su inteligente mayordomo, el P. Currius, quien habitaba en la misma finca, con los trabajadores. Para más adelantar la obra, en la misma hacienda se puso un tejar en donde se fabricaban los materiales necesarios: aserrador, cerrajería, carpintería y una calera ú horno para quemar la cal que se iba gastando. El edificio debía tener ochenta varas de frente y otras tantas de fondo, aunque por este lado quedaba terreno para agrandar el edificio siempre que fuera menester. Cuando el Sr. Arzobispo fué llamado á Madrid, el frontis tenía ya 35 varas de edificio en tres cuerpos, con dos pisos á punto de tejar, para lo cual estaban ya las maderas arregladas de modo que no había más que colocarlas. De la extensa muralla, que había de rodear toda la hacienda, se habían hecho 74 varas con casi tres de altura. La parte laborable que quedaba junto al edificio habíala hecho dividir el P. Claret en diferentes cuadros, alrededor de los cuales, y en las líneas que formaban, plantó árboles de la Isla y de fuera de los que podían allí aclimatarse, é intentaba formar como un jardín botánico, numerando todos los árboles y explicando en un libro en que se correspondiesen los números la naturaleza de cada uno, su procedencia y utilidad, el modo de propagarse y mejorarse, etc. Al efecto, y para estímulo de los demás, él mismo sembró más de cuatrocientos naranjos, que crecieron admirablemente. Un platanal de más de seiscientas cepas dió una cosecha tan abundante que, después de comer las muchas personas que había en el establecimiento, los frutos fueron llevados en carros al Hospital y á la Casa de huérfanas. Era también intento del P. Claret destinar en la misma finca una parte para criar los animales de la Isla y los

de fuera de ella que pudieran utilizarse y para mejorar las razas. ¿Quién hubiera creído que un plan tan beneficioso para los pobres, para la clase más desamparada de la sociedad, había de hallar fuerte oposición por parte de las autoridades de la Isla? Sin embargo, ello fué así, y fué sin duda una permisión de Dios para hacer más meritoria la caridad de su Siervo.

Al principio intentaron, para frustrar los planes del señor Arzobispo, hacer pasar una calle por medio del edificio; pero el P. Claret se opuso con energía, y prosiguió las obras con mayor actividad; cuando ya la construcción estaba bastante adelantada le amenazaron con apoderarse del edificio apenas estuviera terminado para convertirlo en cuartel, y como esta amenaza no era infundada, antes teníase casi por cierto que la ejecutarían, á lo menos cuando el Siervo de Dios hubiera cesado en el Arzobispado de Cuba, se afligió éste en gran manera, y por no exponerse á gastar en vano el dinero que podía emplear para atender á otras necesidades más urgentes, cuando fué llamado á Madrid y previó que él y los suyos tendrían que abandonar la Isla, determinó vender la hacienda por la que tanto se había interesado, y así lo verificó al poco tiempo. Aunque la obra, por secreta providencia de Dios, no pudo llevarse á cabo, da á conocer claramente la caridad, previsión y alteza de miras del P. Claret y lo mucho que se desvelaba en favor de los pobres.

5. Con esta ocasión había el Siervo de Dios compuesto una obra de suma utilidad para la Isla, titulada *Las delicias del campo*. En 25 conferencias trata de lo que han de saber los que se dedican á la agricultura. De las noticias que contiene, unas son exclusivamente para los cubanos; pero otras pueden ser de utilidad para cuantos se dedican al arte de cultivar la tierra y al cuidado de animales de labranza y de otras especies. Parecerá á muchos extraño que un Sr. Arzobispo escribiera sobre agricultura, y más estando tan ocupado en otras tareas propias de su ministerio pastoral; pero espanta todavía más y maravilla el que la obra saliera á luz con la perfección con que salió, porque quien quiera que la haya leído no podrá menos de admirar en el autor el profundo conocimiento de muchos principios científicos de que abunda el librito, y la sagacidad, discreción y acierto con que hace sus observaciones y da reglas prácticas basadas en la ciencia y en la ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

periencia. El santo Prelado y Misionero tenía por máxima que el buen Pastor debe procurar también á sus ovejas los bienes corporales que le sea posible, lo cual él cumplió perfectísimamente, y por esto escribió el mencionado opúsculo, que fué de grande utilidad para aquellas Antillas, tanto más cuanto que su industrioso celo halló medio para aprovechar á las almas bajo el cebo de los bienes temporales; pues en la conferencia 25 da al propietario hermosamente hermanadas reglas higiénicas, de religión y de moral, de buen gobierno, de orden y economía. Luego que la obrita se publicó, los Generales de la Habana y de Santiago hicieron grandes elogios de ella y trabajaron por hacerla conocer y extenderla en toda la Isla; los dueños de las haciendas se apresuraron á comprarla y la entregaban á sus mayorales, ordenándoles que se guiasen por ella, y en poco tiempo se agotaron varias ediciones. La "Librería Religiosa„ imprimió 6.000 ejemplares en tres ediciones; hiciéronse además varias ediciones en Cuba, y en 1862 el general Vargas, que se hallaba de Gobernador en Puerto Rico y estaba de Comandante general en Santiago cuando se publicó por vez primera la obra, hizo por su cuenta imprimir una nueva edición de *Las delicias del campo* para las Islas de Puerto Rico y Santo Domingo.

6. Otra de las maneras con que mostró la inagotable caridad de su corazón para con los pobres fué con el establecimiento de la Caja de ahorros en todas las parroquias. Su objeto era fomentar las buenas costumbres, la agricultura y las artes mecánicas, especialmente en las clases menesterosas. Para apreciar el desprendimiento y la caridad sin límites del Siervo de Dios basta leer la introducción al Reglamento de esta importante obra, firmado en 1854, y las bases del mismo. "A vista, — dice, — de los felices resultados que ha producido la Caja de ahorros en todos los lugares donde se ha establecido, algunos escritores han dicho que era la mejor obra que los modernos han inventado á favor de la humanidad. El Arzobispo de Cuba, deseoso de conservar las buenas costumbres que ha enseñado de palabra y por escrito, de promover la moralidad pública y de fomentar al propio tiempo la agricultura y artes mecánicas, la instala en su diócesis.„ Luego, en las bases del Reglamento, se consigna que el Prelado se ofrece á pagar los libros de cuenta y demás gastos ordinarios y extraordinarios que ocurran; que ofrece igualmente prestar mil pesos fuertes á cada parroquia para empezar esta grande obra de caridad; que los réditos que podrían corresponder al Prelado se destinen para limosnas; también protesta que nada pretende ni desea lucro de ninguna especie, sino el bien de sus ovejas; "y así, — añade, — las ganancias líquidas que proporcionen á la Caja de ahorros las cantidades que ha puesto y ponga el Prelado, se distribuirán á las viudas pobres y á las doncellas honradas.„

El Reglamento se presentó para su aprobación al Capitán general de la Habana, que lo era entonces el excelentísimo señor marqués de la Pezuela, quien lo leyó con sumo interés y como quien conocía las excelentes cualidades del Prelado y el celo y desinterés con que se sacrificaba por el bien de sus súbditos, le dió cumplida aprobación el 15 de Febrero de 1854, junto con otros planes que le había propuesto en bien de la Isla. El oficio que con la indicada fecha escribió al Sr. Arzobispo, decía así: "Habiendo examinado con interés y detenimiento el Reglamento de la Caja parroquial de ahorros, ó sea depósito y guarda maternal, formado por V. E. I. en 10 del mes próximo pasado, y el proyecto que con la misma fecha me propuso sobre las medidas que convendría adoptar para el fomento de la agricultura en esa diócesis, he aprobado con esta fecha el citado Reglamento, del que mando copia al excelentísimo Gobernador de esa provincia para su debido conocimiento, autorizando desde luego á V. E. I. para que ponga en planta tan útil y piadosa institución. Al mismo tiempo he tomado las disposiciones convenientes para que se observen las que rigen en esta Isla sobre juegos lícitos é ilícitos, y he pasado con recomendación á la Real Junta de Fomento la Memoria y observaciones de V. E. I. sobre establecimiento de Institutos agrícolas y sobre bosques y prados artificiales y naturales.

„Todo lo que tengo el gusto de participar á V. E. I., manifestándole mi complacencia por el celo que le anima en bien de sus feligreses, y del cual me prometo preciosos frutos. — Dios guarde, etc.„

No se limitaba la caridad del Siervo de Dios á estos amorosos desvelos que tanto le hacían discurrir en favor de los pobres; él mismo personalmente los socorría corporal y espi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ritualmente, según vemos en esta nota, que dejó entre sus apuntes biográficos: "Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres; todos los lunes del año, durante el tiempo de mi permanencia en aquella Isla, reunía á todos los pobres de la población en que me hallaba, y como á veces son más pobres de alma que de cuerpo, les daba á cada uno una peseta; pero antes yo mismo les enseñaba la Doctrina cristiana; después de enseñarles el Catecismo les hacía siempre una plática y los exhortaba á recibir los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, y muchísimos se confesaban conmigo porque conocían el grande amor que les tenía, y á la verdad el Señor me ha dado un amor entrañable á los pobres."

No era menos tierno el que profesaba á los pobres enfermos del Hospital, á los cuales visitaba con frecuencia y socorría con limosnas, mayormente cuando ya convalecían por serles más necesarias. Ni se olvidó su corazón paternal de los presos de la cárcel, por más que fueran culpables y encenagados muchos de ellos en toda suerte de crímenes. Por las obras que en favor de los cubanos había llevado á cabo, la sociedad de *Amigos del país* le envió un diploma nombrándole miembro efectivo y además presidente honorario. No fué esto para el Siervo de Dios una vana distinción, porque con su actividad y celo reunía á los socios en su Palacio arzobispal y con ellos se ocupaba en los adelantos de la Isla. Por este medio consiguió dar oficio á un crecido número de muchachos pobres antes vagabundos, logró establecer en la cárcel varios talleres, donde los presos aprendían algún arte ú oficio, y obtuvo además que se les diesen lecciones de escritura, lectura, moral y religión.

Cada una de estas benéficas obras hubiera bastado para dejar grato y perpetuo recuerdo de su arzobispado en Cuba; pero aún emprendió y terminó en ella otra de mayor importancia, que trascendió á muchos puntos de la Península, y que de haberse aceptado en otras naciones hubiera de seguro dado felicísimos resultados á la Religión y á las Letras, y acaso á estas horas España y Europa entera no se vieran inundadas con un diluvio de publicaciones impías é inmorales que han trastornado la sociedad; pero de esto trataremos más largamente en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO VIII

DE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA DE SAN MIGUEL

1. Idea de la fundación.—Proyecto de un Padre Jesuita.—Aprobación del Reglamento de la Academia.—2. Real cédula de aprobación.—3. Preámbulo notable del Reglamento; consideraciones á los literatos.—Importantes documentos de estética cristiana para los socios de la segunda jerarquía.—4. Objeto de la tercera jerarquía.—La Academia no debe meterse en la política.—5. Parte dispositiva del Reglamento.—Disposiciones generales.—Dirección de la Academia.—Obligaciones respectivas de los socios.—6. Juicio crítico de la Academia.—Gusto artístico del P. Claret.—Carta de Pío IX alabando al Siervo de Dios por la fundación de tan grandiosa obra.—7. Comienzos y desarrollo de la Academia.—Personas notables que de ella formaron parte.—8. Lámina para los socios dibujada por el Siervo de Dios.—Personas que le ayudaron en la dirección de la Academia.—Bien inmenso que ha hecho en España la Academia de San Miguel.

1. Estando el Siervo de Dios en Cuba convaleciente de un atentado de que fué víctima por causa de la fe, y del cual luego hablaremos, concibió una idea verdaderamente grande y digna de consideración. Bajo la protección del príncipe de las milicias celestiales, el arcángel San Miguel, pensó reunir las aguerridas huestes de los escritores y artistas católicos y reñir valerosamente las batallas del Señor, contrarrestando y anulando, si fuera posible, las publicaciones que tanto daño causan á las almas y á la religión. No hay duda que los esfuerzos adunados de cualquier corporación, cuando concordes tienden á un mismo fin, son mucho más eficaces y poderosos que los aislados del individuo, no sólo porque el ejemplo de los unos es acicate que espolea á los otros y desarrolla sus energías, sino también porque las fuerzas se completan mutuamente y adonde el uno no llega alcanza el otro, y juntos forman una palanca de gran potencia para remover los mayores obstáculos. Bien lo ha comprendido el espíritu moderno, que es espíritu de asociación. En la unión, se ha dicho, está la fuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ritualmente, según vemos en esta nota, que dejó entre sus apuntes biográficos: "Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres; todos los lunes del año, durante el tiempo de mi permanencia en aquella Isla, reunía á todos los pobres de la población en que me hallaba, y como á veces son más pobres de alma que de cuerpo, les daba á cada uno una peseta; pero antes yo mismo les enseñaba la Doctrina cristiana; después de enseñarles el Catecismo les hacía siempre una plática y los exhortaba á recibir los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, y muchísimos se confesaban conmigo porque conocían el grande amor que les tenía, y á la verdad el Señor me ha dado un amor entrañable á los pobres."

No era menos tierno el que profesaba á los pobres enfermos del Hospital, á los cuales visitaba con frecuencia y socorría con limosnas, mayormente cuando ya convalecían por serles más necesarias. Ni se olvidó su corazón paternal de los presos de la cárcel, por más que fueran culpables y encenagados muchos de ellos en toda suerte de crímenes. Por las obras que en favor de los cubanos había llevado á cabo, la sociedad de *Amigos del país* le envió un diploma nombrándole miembro efectivo y además presidente honorario. No fué esto para el Siervo de Dios una vana distinción, porque con su actividad y celo reunía á los socios en su Palacio arzobispal y con ellos se ocupaba en los adelantos de la Isla. Por este medio consiguió dar oficio á un crecido número de muchachos pobres antes vagabundos, logró establecer en la cárcel varios talleres, donde los presos aprendían algún arte ú oficio, y obtuvo además que se les diesen lecciones de escritura, lectura, moral y religión.

Cada una de estas benéficas obras hubiera bastado para dejar grato y perpetuo recuerdo de su arzobispado en Cuba; pero aún emprendió y terminó en ella otra de mayor importancia, que trascendió á muchos puntos de la Península, y que de haberse aceptado en otras naciones hubiera de seguro dado felicísimos resultados á la Religión y á las Letras, y acaso á estas horas España y Europa entera no se vieran inundadas con un diluvio de publicaciones impías é inmorales que han trastornado la sociedad; pero de esto trataremos más largamente en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO VIII

DE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA DE SAN MIGUEL

1. Idea de la fundación.—Proyecto de un Padre Jesuita.—Aprobación del Reglamento de la Academia.—2. Real cédula de aprobación.—3. Preámbulo notable del Reglamento; consideraciones á los literatos.—Importantes documentos de estética cristiana para los socios de la segunda jerarquía.—4. Objeto de la tercera jerarquía.—La Academia no debe meterse en la política.—5. Parte dispositiva del Reglamento.—Disposiciones generales.—Dirección de la Academia.—Obligaciones respectivas de los socios.—6. Juicio crítico de la Academia.—Gusto artístico del P. Claret.—Carta de Pío IX alabando al Siervo de Dios por la fundación de tan grandiosa obra.—7. Comienzos y desarrollo de la Academia.—Personas notables que de ella formaron parte.—8. Lámina para los socios dibujada por el Siervo de Dios.—Personas que le ayudaron en la dirección de la Academia.—Bien inmenso que ha hecho en España la Academia de San Miguel.

1. Estando el Siervo de Dios en Cuba convaleciente de un atentado de que fué víctima por causa de la fe, y del cual luego hablaremos, concibió una idea verdaderamente grande y digna de consideración. Bajo la protección del príncipe de las milicias celestiales, el arcángel San Miguel, pensó reunir las aguerridas huestes de los escritores y artistas católicos y reñir valerosamente las batallas del Señor, contrarrestando y anulando, si fuera posible, las publicaciones que tanto daño causan á las almas y á la religión. No hay duda que los esfuerzos adunados de cualquier corporación, cuando concordes tienden á un mismo fin, son mucho más eficaces y poderosos que los aislados del individuo, no sólo porque el ejemplo de los unos es acicate que espolea á los otros y desarrolla sus energías, sino también porque las fuerzas se completan mutuamente y adonde el uno no llega alcanza el otro, y juntos forman una palanca de gran potencia para remover los mayores obstáculos. Bien lo ha comprendido el espíritu moderno, que es espíritu de asociación. En la unión, se ha dicho, está la fuer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za, y en virtud de este principio, ahora más que nunca desentrañado, se han establecido Sociedades literarias, de crédito é industriales; Sociedades bíblicas, políticas y económicas; sociedades, en fin, de socorro y mutua defensa entre los de una misma clase ú oficio. ¿Por qué, pues, no se había de establecer una Sociedad católica destinada á fomentar los intereses de la verdad y de la virtud? He aquí lo que preocupaba el celo siempre activo del P. Claret.

Con la Academia de San Miguel intentó fundar, no una Hermandad, Congregación ó Cofradía, sino una Asociación piadosa, una Sociedad ó reunión de hombres de fe y de celo, que se agruparan adunando sus esfuerzos para oponerse al error y difundir la verdad, contrarrestar el vicio y propagar la virtud. Aunque en 1856 había ya concebido el P. Claret este vasto plan, no trazó el Reglamento por que debía regirse la Asociación hasta el año 1858, cuando se hallaba ya en Madrid. Un año antes que nuestro Padre, había tenido un pensamiento parecido un Padre de la Compañía de Jesús, quien había ideado formar una sociedad de literatos para defender la causa católica con el título de Sociedad de los Santos Ángeles. Había ya obtenido, después de muchos esfuerzos y contradicciones, la aprobación del Reglamento del Consejo de Estado; pero el Señor, que no quería valerse de él para tan gloriosa empresa, permitió que cuando se disponía á ponerlo en práctica tuviera que salir de Madrid, destinado por la obediencia á otra parte, y aun cuando comunicó el pensamiento á algunos literatos para que lo realizaran, éstos no supieron ponerse de acuerdo, se les pasó todo el tiempo en discusiones, y al fin no hicieron nada. Esta obra estaba reservada para el celo prudente é incansable del Sr. Claret, á quien por el influjo que ejercían sus virtudes no osaba nadie negar cosa alguna.

Llegado á Madrid, escribió el Reglamento de la Asociación, y en Junio de 1858 había ya entregado el borrador de él á Don Fermín de la Cruz para que lo examinara en unión de otros literatos católicos, mientras él se ausentaba de la corte para acompañar á la Reina. El 22 de Diciembre del mismo año el Sr. Arzobispo presentó ya al ministerio de Gracia y Justicia el Reglamento, ligeramente retocado, conforme á las observaciones hechas por sus amigos, para obtener la real aprobación, y el 16 de Marzo del año siguiente recibió un oficio del

entonces ministro del ramo, D. Fernández Negrete, en que se le comunicaba como S. M. había aprobado el Reglamento y que podía pasar á la Cancillería de aquel Ministerio á recoger la real cédula. Fué ésta firmada á 20 de Abril de 1859, y como en ella se insertó el Reglamento, que da por sí mismo más clara idea de la grandiosidad y maravillosa organización de la obra que cuanto pudiéramos nosotros decir, pondré aquí sus principales párrafos para dar á conocer el espíritu y el cuerpo de la Asociación.

2. "Doña Isabel II, por la gracia de Dios y por la Constitución de la Monarquía española, Reina de las Españas. Por cuanto con presencia del expediente instruído á instancia del muy reverendo en Cristo Arzobispo de Santiago de Cuba, en solicitud de mi real permiso para plantear en España una Asociación literaria y artística con el título de "Academia católica de San Miguel„, con el objeto de contrarrestar el mal que la propaganda, tanto impía como protestante, hacen contra la Religión católica y la buena moral por medio de los malos libros; en vista de lo expuesto por la sección de Gracia y Justicia del Consejo de Estado, de conformidad con su parecer, por mi real autorización de 15 de Marzo último tuve á bien acceder al establecimiento de la mencionada Asociación, bajo el Reglamento presentado por el indicado muy reverendo Arzobispo de Santiago de Cuba, adicionado el artículo noveno en el sentido de que la Junta directiva no dependa, por ningún concepto, de alguna Asociación extranjera, cuyo tenor es el siguiente:

3. „*Reglamento de la Academia de San Miguel: idea de su organización y objeto.*—Cada día vemos formarse nuevas Sociedades y Compañías con el fin meramente terrenal de fomentar las artes, la industria y el comercio. Los hombres de letras se reunen igualmente en Juntas y Academias con el laudable propósito de hacer adelantos en las letras y ciencias humanas. A su vez, los protestantes se han asociado con el fin de publicar y extender por todas partes sus Biblias adulteradas y demás libros con que tratan de propalar sus errores é infestar los países católicos. Preciso es que los hombres aficionados al estudio de las ciencias eclesiásticas, amantes de la Religión católica y deseosos del bien espiritual de sus hermanos, procuren también, como hijos de la luz, asociarse para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fomentar las ciencias y las artes por el lado religioso, y para el logro de tan santos y elevados fines, reunidos en una Sociedad literaria y artística, podrán adunar sus esfuerzos para combatir los errores, propagar los buenos libros y con ellos las buenas doctrinas, haciendo de paso guerra al vicio, defendiendo y practicando la sana moral y valiéndose para el logro de tan santas miras de todos aquellos medios que les dicten su celo, prudencia y caridad. Tal es el objeto que se propone esta Academia, titulada de San Miguel. Su proyecto fué concebido por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba, hallándose postrado en cama á causa de las heridas que acababa de recibir en la ciudad de Holguín el día 1.° de Febrero de 1856, por mano de los enemigos de la Religión católica y de la sana moral. Como que su idea es asociar á los hombres sabios y honrados para alabar á Dios en esta vida por medio de la verdad, y caminar á él por medio de la virtud, la organización de la Academia se asimilará á la de las jerarquías angélicas que alaban al Señor y ejecutan sus mandatos. Al efecto, la Academia se dividirá en tres jerarquías que procuren mirar por la verdad y la virtud cada una en su respectiva esfera. Pertenecen á la primera jerarquía los literatos...

„Los académicos de la primera jerarquía en la Academia de San Miguel, su jefe, deben procurar asemejarse en la tierra á los espíritus angélicos de la primera jerarquía celestial, los querubines, serafines y tronos que sostienen al Señor. Procurarán recibirle con frecuencia en la sagrada Eucaristía, haciendo de su pecho un trono en que resida, y sobre todo cuando hayan de escribir acerca de sus asuntos religiosos, pues mal encontrarán la verdad si no la buscan en Dios, que es la verdad y la vida, y mal podrán comunicar á sus semejantes el amor á Dios y la afición á la virtud si ellos mismos no están inflamados de uno y otra...

„Las bellas artes contribuyen no poco á instruir útilmente el entendimiento y mover santamente la voluntad. La Religión católica no solamente las ha favorecido siempre, sino que las protegió y aun protege hoy día según sus fuerzas. Los protestantes han llegado á formular un cargo contra la Iglesia católica por la decidida protección que les prestó en el siglo XVI para su Renacimiento. Pero este cargo absurdo é infundado, como todos los que dirigen contra la Iglesia, está ya desvirtuado y hace poco honor al buen gusto de quien lo dirigió. Los mejores artistas del mundo han sido siempre los católicos, y hay una razón de filosofía estética para que lo sean. El error, después de seducir al entendimiento, pervierte la voluntad, y en seguida deprava la imaginación y el buen gusto. Los filósofos que mejor han escrito de estética convienen en que no se puede hablar del bello ideal, ni concebir arte, sin que haya una idea arquetipa de un sumo bien y de una belleza sobresaliente, de modo que cuanto más se aproxima un artefacto á esta idea suma de belleza será más bello, y cuanto más se retire, será más feo y deforme. Esta belleza suprema es Dios, cualquiera que sea el nombre que se le dé. Quien tiene su entendimiento y su voluntad obcecados por el error y el vicio, y su imaginación ofuscada por la torpeza y supeditada por otras pasiones bajas y mezquinas, ¿cómo podrá elevarse hasta esa idea purísima de belleza, que debe brillar en su imaginación, y que no podrá imprimir en sus artefactos sin haberla mirado antes en su alma con soberana y grata intuición? Un artista sensual y que de continuo tenga á la vista objetos lúbricos y torpes, ¿cómo podrá expresar la santa y purísima imagen del pudor sencillamente noble, recatadamente hermoso, elevadamente humilde, tímidamente casto, modestamente decidido y revelando firmeza en medio de su santo encogimiento? Por eso los artistas cristianos más eminentes no pasaban á pintar, ni aun á trazar, los rostros del Salvador y de María santísima sin haber purificado su alma y realzádola con los santos Sacramentos. Así lo hacía Juan de Juanes, el divino Morales y otros muchos pintores y escultores, tanto españoles como extranjeros. De ahí que sus cuadros tengan ese no sé qué tan difícil de copiar y reproducir, mucho más por artistas que no tengan algo de su piedad. Por eso, conforme decayeron las costumbres, decayeron también las bellas artes, y dejando el servicio de Dios se pusieron á las órdenes de Lucifer, sirviendo para representar escenas de galanteos, orgías, vanidad y aun de la más abyecta obscenidad. Contra este abuso de las bellas artes tienen que trabajar los artistas católicos, procurando con sus obras y con su ejemplo hacer el bien y combatir el mal, excitar á la piedad y enseñar al pueblo rudo por los ojos lo que no comprendiera bien por el oído. Para ello

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ingresarán en la segunda jerarquía, asemejándose á las dominaciones, virtudes y potestades, atrayendo las almas á la virtud, dominándolas por el suave poderío de la belleza expresada en sus artefactos. Para conseguirlo unirán la oración al trabajo, y no solamente se abstendrán de grabar ó pintar cosa alguna obscena, impía, ni aun ligeramente deshonesta, sino que procurarán que todas sus obras lleven el sello de la piedad, honestidad y decoro. Además de la pintura y escultura, tendrá lugar en esa jerarquía la música; aquel culto de ciertos temperamentos hacia los tonos y la harmonía en general; aquella especie de intuición divina, encarnada en todos los corazones, profundamente sensibles, y como sensibles tiernos, dulces y cariñosos. Por tanto, los músicos y cantores sabios y piadosos podrán tener lugar en esta jerarquía, absteniéndose de composiciones, cánticos y tocatas impías é inmorales, ocupándose únicamente en las de buen gusto, piedad y religión.

„Ni los academicos de esta jerarquía ni los de la primera celebrarán reunión alguna, pues pudieran llegar á ser perjudiciales por los inconvenientes que la discusión suele acarrear entre los literatos, por muy piadosos que sean. Entre los artistas serían inútiles. Por otra parte, no habiendo unos ni otros de contribuir con cantidad alguna ni tener fondos la Academia, no hay para la reunión de ellos ni aun el pretexto de inspeccionar la inversión de los fondos.

4. „Mas si las dos primeras jerarquías no celebran reunión alguna ni tienen fondos, debe celebrarla y tenerlos la tercera, pues de lo contrario no podría llenar bien su misión, asemejándose sus miembros á los principados, arcángeles y ángeles que, puestos en contacto inmediato con los hombres, les comunican los mandatos de la Divinidad, los defienden de las asechanzas de sus enemigos y los fortalecen de continuo con santas inspiraciones en la lucha incesante entre el bien y el mal, entre Satanás y los escogidos por Dios. Para formar esta tercera jerarquía son llamados los católicos de reconocida piedad y celo. El bien que pueden hacer en ella es incalculable y de la mayor trascendencia. "Un hombre honrado, abrasado „de celo y de fe viva,—dice San Juan Crisóstomo,—es capaz „de corregir á un pueblo entero.„ Si los académicos de esta tercera jerarquía se hallan todos animados de un santo celo

y llenos de caridad cristiana, no sólo procurarán su mutuo bien, sino que harán por difundirlo entre todos sus semejantes, ya sea con buenas palabras y saludables consejos, ya con libros espirituales, prestándolos ó dándolos según fueren sus facultades ó la proporción que para ello tengan. Así harán con sus propios hermanos el oficio mismo de los ángeles con los hombres. Son los libros para el alma lo mismo que los alimentos y medicinas para el cuerpo. No á todos gusta un alimento ni conviene á todos la medicina que quizá sanó á otro. Esto mismo sucede con los libros, los cuales, por buenos que sean, no sirven indistintamente para todos. Requiérese mucho tino y discreción en repartirlos ó prestarlos, siendo necesario, para hacerlo bien, conocer á fondo los libros que se dan y las personas á quienes se entregan. Sólo así podrán producir el efecto apetecido. Está reconocido que para hacer bien con mucho fruto son preferibles los libros de poco tamaño. Las obras voluminosas apenas se leen, sobre todo en España, al paso que las pequeñas se leen y releen, se adquieren más fácilmente y su contenido se retiene mejor. Si la Academia llega á prosperar, como lo esperamos de la misericordia de Dios, cada país tendrá una imprenta adonde poder acudir para surtirse cada jerarquía de los libros que respectivamente necesite. Además las librerías, unidas á ellas, administrarán los fondos necesarios para las ediciones de libros, independientemente de la Academia, que, por su organización especial, ni tiene fondos ni reuniones. En España puede prestar ventajosamente este servicio la Librería Religiosa, que tiene un buen surtido de opúsculos aplicables á todos los estados de la sociedad. De ellos deberán echar mano con preferencia los miembros de la tercera jerarquía y sus respectivas quincenas.

„Queda, pues, consignado el pensamiento que ha de presidir á la formación de la Academia de San Miguel y el motivo de ponerla bajo la advocación de éste. Queda, además, bajo la protección y patronato especial de la santísima Virgen María, por ser ella la que aplastó la cabeza del dragón infernal, y á quien se dió el glorioso é irresistible poder de acabar con las herejías en todo el mundo. La Academia de San Miguel se pone bajo los auspicios del Jefe supremo de la Iglesia, á cuyas decisiones se sujeta y se sujetará en todo, defendiendo su autoridad y la de la Iglesia. Ajena enteramente á la política,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se abstendrá completamente de tomar parte ni directa ni indirectamente en las contiendas de los partidos, ni constituirse en instrumento de ninguno de ellos. No fomentará tampoco la edición ni circulación de libros que por cualquier concepto puedan conducir á la subversión del orden social, al menosprecio de las autoridades civiles ni á la preconización de una forma de gobierno sobre otra cualquiera, aun cuando, por otra parte, los libros sean buenos y piadosos. La Academia de San Miguel solamente busca el reino de Dios y su justicia. Por otra parte, la observancia de su Reglamento no compromete á los miembros de la Academia á ninguna culpa ni pena, por leves que sean una y otra. Ni aun separa de sí á nadie, sino á quien por sus malas obras ó poca aptitud se haya separado ó sea ajeno de ella. Adunados entre sí los académicos, procurarán vivir con la sencillez de los primeros cristianos, sin que haya entre ellos más que un solo corazón y un alma sola, procurando atraer á su seno á las personas honradas, celosas y prudentes para la propagación y duración de la Academia, á fin de lograr en bien de la Iglesia católica y de las almas lo que en perjuicio de ellas hacen con tantos dispendios la sociedad bíblica y otras varias juntas protestantes.

5. „ Parte dispositiva: *Título primero.* — Disposiciones generales. — Artículo 1.° La Academia de San Miguel será universal, admitiendo en su seno á sujetos de todos los idiomas y países, siempre que sean verdaderos católicos.

„ Art. 2.° Su objeto exclusivo será combatir los errores religiosos y los vicios por medio de la verdad y de la virtud.

„ Art. 3.° La Academia tendrá por Patrona á la santísima Virgen y por caudillo al glorioso San Miguel, su Titular, como defensor de la Iglesia.

„ Art. 4.° Tendrá cada país una imprenta con su correspondiente librería. La administración de una y otra y de sus respectivos fondos serán independientes de la Academia y tendrá su Reglamento especial.

„ Art. 5.° Todas las Academias deberán suscribirse, á lo menos por un ejemplar, á cada una de las obras que se publiquen por la Academia en su respectivo país.

„ Art. 6.° Procurarán el fomento de la Academia con sus oraciones y gestiones particulares, y la propagación de los libros publicados por ella, persiguiendo al mismo tiempo las

Biblias adulteradas y pinturas y libros malos, proponiendo al Director los sujetos que creyeren convenir para la Academia.

„ Art. 7.° Según sus respectivas profesiones y las funciones que han de desempeñar, se dividirán los académicos en tres jerarquías: la primera de escritores, la segunda de artistas y la tercera de colaboradores.

„ *Título segundo.* — Dirección de la Academia. — Párrafo primero. — Junta directiva. — Art. 8.° Habrá una Junta directiva en cada nación para la dirección y gobierno de las jerarquías que se establezcan en ella. Su residencia será en el punto más céntrico y adecuado del país para su objeto religioso y científico.

„ Art. 9.° La Junta directiva de España residirá en Madrid ó en otro lugar, según se estime conveniente, y será considerada como central de todas las demás, sin depender en ningún concepto de alguna otra Asociación extranjera.

„ Art. 10. Cada Junta directiva se compondrá de un Director, un Vicedirector, cuatro Consultores y un Secretario; sus cargos serán perpetuos, pero podrán renunciarse por justas causas.

„ Art. 11. Esta Junta se reunirá semanalmente, en día, hora y lugar prefijados, y que se procurará cambiar lo menos que fuere posible. Sus sesiones principiarán y acabarán con las preces que luego se dirán, no debiendo durar la reunión más de una hora.

„ Art. 12. Durante ella no se hablará absolutamente sino de los asuntos de la Academia; se procurará evitar toda discusión, y cuanto se diga en ella será con sencillez, laconismo, claridad y mucha modestia. „

Pasa en seguida á tratar en los párrafos segundo y tercero de las obligaciones respectivas de cada uno de los miembros de la Junta directiva. El título tercero habla en tres distintos párrafos de los deberes de los socios, según que pertenecen á la primera, segunda ó tercera jerarquía. Véase la singular prudencia que resplandece en algunos artículos del Reglamento.

"Académicos de la primera jerarquía. — Art. 21. Pertenecen á esta primera jerarquía los escritores religiosos de buena nota, ó personas distinguidas en cualquier ramo del saber que con sus escritos científicos ó literarios hayan contribuido ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puedan contribuir á sostener la Religión católica, su doctrina y sana moral, y á impugnar los errores que ataquen á éstas. Para ello procurarán leer y tener presentes las advertencias que se les hacen en el preámbulo de este Reglamento.

„Art. 22. Sus obligaciones particulares, además de las marcadas en el título primero, serán las siguientes: 1.° Aceptar los cargos de la Junta directiva para que se les nombre por el Director. 2.° Censurar reservadamente, según su conciencia, las obras que el Director les encargare revisar. 3.° Escribir según su talento y posibilidad libros en defensa de la Religión y de la buena moral, ó traducir los que fueren á propósito para este objeto, sin desdeñarse porque sean breves y su estilo sencillo. 4.° Informar al Director de los errores que llegaren á su noticia, como también de las Biblias adulteradas, pinturas y libros obscenos, sediciosos, inmorales ó en cualquier concepto malos, al tenor de lo manifestado en el artículo 6.°, pero con una obligación más especial para ellos, como hombres de letras y de saber en sus respectivas ciencias.

„Art. 24. Los académicos que deseen imprimir alguna obra suya, original ó traducida, que creyeren útil, podrán remitirla al Director, el cual, previa la revisión y calificación convenientes, procurará se les facilite la impresión de la obra, comprándola si el estado de la librería lo permitiese, ó imprimiéndola de modo que después de indemnizarse ésta de los gastos de impresión, queden á beneficio del autor la propiedad y el resto de los ejemplares no enajenados, ó por cualquier otro trato que pueda convenir á la librería y al autor, si éste no pudiere regalarla.

„Párrafo segundo. — Académicos de segunda jerarquía.— Artículo 25. Son académicos de segunda jerarquía los artistas que se dedican á la pintura, dibujo, grabado, litografía, escultura y música, siempre que por su religiosidad y pericia en su arte respectiva sean tenidos por dignos de ingresar en ella.

„Art. 26. Para ser dignos miembros de la Academia de San Miguel, deberán abstenerse completamente de trazar, construir ni aun idear imagen alguna impía, obscena, ni aun ligeramente deshonesta, ni composición alguna liviana ó provocativa, procurando que cuanto salga de su mano rebose piedad y decoro.

„Art. 27. Todos los académicos de la segunda jerarquía

que tuvieren los requisitos indicados en los dos artículos anteriores serán acreedores á que la Junta directiva recomiende sus trabajos y talleres, y que los prefiera en el caso de que fuera preciso ilustrar con láminas algunas obras publicadas por la librería, ó dar láminas sueltas con objeto de piedad ó instrucción. Otro tanto se dice de los profesores de música con la correspondiente analogía.

„Art. 28. A fin de que haya unión de oración entre todas las jerarquías, los miembros de la segunda rezarán diariamente un Padrenuestro y diez Avemarías, esto es, una decena del Rosario viviente.

„Párrafo tercero.—Académicos de la tercera jerarquía.— Art. 29. Corresponden á esta tercer jerarquía los sujetos conocidos por su piedad, celo y prudencia que sean juzgados á propósito para ingresar en la Academia y contribuir á la propagación de ella y de sus obras.

„Art. 30. Se dividirán en coros de 15 individuos, en obsequio y memoria de los 15 misterios del santísimo Rosario. A pluralidad de votos elegirá cada coro un Presidente de quincena, que se pondrá en comunicación con el respectivo director de la Junta de su nación para obtener la confirmación de su nombramiento y para las demás comunicaciones y remisiones de prospectos y catálogos que se hubieren de dirigir. Habrá, además, en cada quincena un Vicepresidente, un Tesorero, un Bibliotecario y un Secretario nombrados por el Presidente, y los suplentes que se juzgaren necesarios para cada uno de estos cargos.

„Art. 31. Tendrá cada quincena ó coro una reunión el primer domingo de cada mes.„

A continuación describe el modo con que se han de tener las sesiones, lo que se ha de tratar en ellas y el tiempo que han de durar, y en los artículos siguientes las demás obligaciones de los socios de esta jerarquía. La real cédula, después de insertar el Reglamento de la Academina, termina diciendo:

"Por tanto, he resuelto expedir este mi real despacho, por el cual concedo la autorización y licencia necesarias para el establecimiento en España de la Academia católica de San Miguel, á los fines propuestos por el muy Rdo. Arzobispo de Santiago de Cuba bajo el Reglamento inserto, pero sin perjuicio de las regalías y derechos de mi real patronato y de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jurisdicción real ordinaria, y mando que dicho Reglamento se observe puntualmente sin alteración ni contradicción alguna en cuanto no se oponga á las leyes y disposiciones vigentes en la materia, y mando á las autoridades, corporaciones y personas particulares á quienes corresponda el cumplimiento de lo contenido en este mi real despacho que, cumplido y observado el citado Reglamento, no impidan á los asociados el ejercicio de los actos y funciones de su Instituto. También mando que se imprima literalmente este mi real despacho de aprobación para los usos y efectos convenientes. Y del presente se ha de tomar razón en la oficina de Hacienda correspondiente, la cual expresará haberse satisfecho el servicio de arancel, la media anata y demás derechos, sin cuya formalidad será de ningún valor ni efecto. Dado en Palacio á 20 de Abril de 1859. = Yo la Reina. = El ministro de Gracia y Justicia, *Santiago Fernández y Negrete.*— Quedó registrado en el número 28.807.„

6. Con sola la lectura de esta real cédula, en que se contiene el Reglamento, se concibe lo vasto del plan, que se extendía á reunir no sólo las fuerzas católicas de España, mas aun las de todo el orbe católico en favor de la Religión y de la moral cristiana, y admírase la prudencia y sabiduría que presidió á la formación del mismo Reglamento hasta en sus más ligeros pormenores. No dejan también de llamar la atención en los preámbulos al mismo los principios generales de estética cristiana, tan clara, sencilla y sólidamente expuestos, pues demuestran que el P. Claret no era insensible á las maravillas del arte, sino que antes tenía un gusto delicado y exquisito para apreciarlas cual se merecen, y que, lejos de desecharlas como lazos inventados por Luzbel para cazar las almas, como en su afán de exagerado ascetismo las menospreciaron algunos escritores, llamábalas á tejer corona de gloria á Jesucristo y su Iglesia, y á la Virgen y á los Santos, y á ejercer una especie de noble apostolado que las realce y sublime. Si no puede menos de reconocer, como cualquiera persona sensata, que el abuso y la profanación del arte corrompen las costumbres, extinguen y debilitan la lumbre de la fe y apegan el corazón á los bienes deleznables de la tierra, proclama también muy alto y asegura que el arte en sí misma es hija del cielo, una derivación de la Belleza increada, á la cual debe tener presente el

artista como ideal de sus obras, esforzándose en encarnarla en ellas, y serán, dice, tanto más perfectas cuanto más á él se asemejen y queden en las mismas más hondamente impresas sus huellas soberanas. Y concede aún el Siervo de Dios mucho más al arte, porque á más de su valor estético ó de adorno, ve en él, cuando se inspira en la Religión, un poderoso estímulo para la piedad, una predicación muda, pero elocuente, que habla derechamente al alma, y unas veces aviva en ella las apagadas cenizas de la fe, otras despierta sentimientos de dolor y esperanza, y muchas excita suaves afectos de divino amor. Por esta causa quiso que los artistas formaran por sí solos una jerarquía en la Academia, y tal poderío reconocía en ellos para propagar los fines de la Academia, que los puso en la segunda, y por analogía les dió como patronos á las Potestades, Virtudes y Dominaciones, nombres todos que significan virtud y poder.

Antes que la aprobación del Gobierno, un pensamiento tan noble y levantado había merecido las felicitaciones y los plácemes de la Santa Sede. El inmortal Pío IX, que tantas pruebas de amor había dado al virtuosísimo Arzobispo en su ardiente celo por la causa católica, juzgó prudente alentar al Siervo de Dios en una empresa que tan felices resultados prometía para la Religión, y así el 28 de Febrero de 1859, casi dos meses antes que se despachase la real cédula, le escribió una carta cariñosa, en la que no sólo aprobaba su proyecto, sino que le exhortaba á seguir adelante, cada vez con nuevos bríos, en el camino empezado. He aquí el texto de tan precioso documento:

"Venerable Hermano: Salud y bendición apostólica. Por tu carta, que hemos recibido, fechada el 16 de Noviembre del año próximo pasado, hemos visto con el mayor placer un nuevo testimonio de tu pastoral solicitud. En la referida carta nos expresas, venerable Hermano, haber fundado, bajo la protección y patrocinio del arcángel San Miguel, una Academia, cuyo objeto es emplearse en defender las sanas doctrinas, en fomentar la buena educación moral, en propagar los buenos libros, en extirpar los errores y los vicios. Muy grato nos ha sido en verdad este tu proyecto, digno, por cierto, de los mayores encomios. Porque si en todos tiempos ha sido necesario emplear toda la vigilancia y trabajar con el mayor empeño

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en defender y promover por todas partes la saludable doctrina de la Iglesia católica, destruir los múltiples errores, fraudes y maquinaciones del hombre enemigo, lo es ciertamente en los actuales tan lastimosos, en que con tanto perjuicio de la república cristiana y civil se hace guerra cruel á nuestra divina Religión y pululan tantos y tan monstruosos sistemas de opiniones. Por lo que, venerable Hermano, al paso que te felicitamos por este motivo, abrigamos la esperanza de que la referida Academia, mediante el auxilio de Dios, cuidará de llevar á cabo con el mayor esmero y religiosidad todas aquellas cosas que se ha propuesto para que pueda servir de utilidad y de gloria, no sólo á la Religión, sino también al Estado. Y ahora te exhortamos y excitamos, venerable Hermano, á que con esfuerzo y prontitud de ánimo siempre mayor, prosigas en llenar todas las exigencias de tu ministerio y mirar con todo afán por la salud é incolumidad de tu grey. Por último, así á ti, venerable Hermano, como á todas las personas, tanto del estado eclesiástico como seglar, confiadas á tu vigilancia, damos con el mayor cariño la bendición apostólica como auspicio de todos los celestiales dones y en prenda del entrañable amor que te profesamos. Dado en San Pedro de Roma á los 28 días de Febrero del año 1859, décimotercero de nuestro pontificado.=*Pío, Papa IX.*„

7. Obtenidas las autorizaciones que le eran necesarias para que la obra se desenvolviera sin obstáculos, dió comienzo á la misma con algunas personas que á este fin se le habían juntado. El prestigio de que gozaba el P. Claret hizo que en poco tiempo se inscribieran en la Asociación muchos varones, respetables unos por su autoridad y posición social, recomendables otros por sus letras, algunos celebrados como artistas y muchos señalados por su actividad y celo. Las primeras juntas se tuvieron en la modesta habitación que ocupaba el señor Arzobispo en el Hospital de Italianos, y después en la que pasó á habitar en el Hospital de Montserrat, hasta que en el verano de 1868 partió S. E. de Madrid acompañando á la Reina, para no volver ya más. Entre las personas que al poco tiempo de establecida entraron en la Academia, figuran en la primera jerarquía, ó sea en la de literatos y escritores, sus Majestades la Reina y el Rey, el Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola, el excelentísimo Sr. D. Santiago Tejada, el activo y fervoroso catedrático de la Universidad Central, D. Vicente de La Fuente, quien escribió su *Historia eclesiástica de España,* como él confiesa, alentado por el Sr. Claret, y la publicó gracias á la Librería Religiosa, que era la de la Academia; D. Pedro Salgado de la Soledad, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás Iglesias, Patriarca de las Indias; D. Andrés Casanovas, canónigo de Urgel; Don José Julio de La Fuente, catedrático de Huesca; el Excmo. señor Arzobispo de Santiago de Galicia, D. León Carbonero y Sol, redactor entonces de *La Cruz,* de Sevilla; el Ilmo. Obispo de Plasencia, su amigo D. José Caixal, Obispo de Urgel; el señor Obispo de la Habana, D. Saturnino Fernández de Castro, rector del Seminario de Santander; D. Pedro de la Hoz, Don Antonio Juan de Vildósola, el marqués de Molíns, el celebrado poeta D. Juan Manuel de Berriozabal, marqués de Casajara; los Ilmos. Juan Ignacio Moreno, Obispo de Oviedo, y Fernando Argüelles, Obispo de Astorga; el insigne filósofo D. Manuel Orti y Lara, entonces catedrático de la Universidad de Granada; los periodistas Enrique y Cándido Ojero de la Cruz, el Excmo Sr. D. Ángel Calderón de la Barca, senador del Reino; D. Mariano Conrado de Mallorca, gentilhombre de S. M.; D. José de la Pezuela, D. Zenón Amandi, auxiliar del ministerio de Gracia y Justicia; los escritores Celestino y Gabino Tejado, el Ilmo. Sr. D. Domingo Canubio, Obispo de Segorbe, y el Excmo. señor conde de Villalobos, D. Francisco Aguilera, que también era escritor.

Al frente de la segunda jerarquía figuraba como pintora la hermana del Rey, S. A. Doña Cristina de Borbón, con la cual formaban respetable lista el sobresaliente grabador D. Domingo Martínez y varios profesores de pintura, música y dibujo. De la tercera jerarquía se formalizaron en poco tiempo varios coros, tanto en Madrid como en Provincias, en los cuales entraron personas de todas categorías, recomendables unas por su piedad y posición social, como D. Pedro de Zúñigo, marqués de Mirabel; D. Luis Corondolet y Castaños, duque de Bailén, y D. Manuel de la Pezuela, marqués de Viluma, y otras señaladas por su actividad y celo religioso, como los canónigos Matías García y José Güell, y muchas más, tanto eclesiásticas como seglares.

Bajo la prudente dirección del mismo P. Claret, la Academia fué prosperando hasta llegar á contar 40 coros de la ter-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cera jerarquia, 20 en Madrid y otros tantos en Provincias, además de las muchas personas que en las otras jerarquias fueron entrando. Verdad es que por tristes circunstancias, en 1868 se habían ya los coros reducido á 24, 12 en la capital y 12 en el resto de España; pero aun así, el bien que hicieron fué incalculable, y muchos de ellos siguieron trabajando aun en medio de la famosa revolución de aquel año. De los apuntes que por los años de 1859 al 60 el Siervo de Dios hacía anotando las Bibliotecas parroquiales y populares que la Academia iba estableciendo, resulta que ya entonces había establecido 43 en diversos puntos de la Península, provistas casi todas de las principales obras de algún modo relacionadas con la Religión y que pudieran ser útiles á toda clase de personas.

8. Para los literatos y artistas de la primera y segunda jerarquía hizo grabar el Siervo de Dios una magnífica lámina, que él mismo había dibujado, al fervoroso católico y académico D. Domingo Martínez, profesor de grabado en la Escuela de Bellas Artes, y premiado varias veces en Exposiciones públicas por sus artísticos trabajos. Representa la lámina un edificio gótico muy suntuoso, figurativo de la Iglesia, como puerta del cielo, la cual defiende el arcángel San Miguel. En la parte exterior se ven varios monstruos, que la combaten disparando contra ella sus baterías; mas en la parte superior está la santísima Virgen, que protege á la Iglesia, y sobre Ella la Trinidad Beatísima, rodeada de coros de ángeles y Santos en actitud de adorarla, los cuales se pierden en lejanos y casi imperceptibles grupos, representando todas sus jerarquías. Este soberbio diploma, que tan alta idea da del buen gusto artístico y de la habilidad del Siervo de Dios en el dibujo, es hoy día muy buscado, y los literatos y artistas que lo poseen con el autógrafo del Sr. Claret, lo conservan con grande estima por muchos conceptos.

El Sr. Arzobispo, que presidía la Junta superior, llamó para ayudarle á varios eclesiásticos y á algunos pocos literatos. Entre aquéllos estaba el Rmo. señor Obispo de Puerto Victoria y los presbíteros Tenorio y Novoa.

Los resultados que en España dió la fundación de la Academia de San Miguel fueron más importantes de lo que á primera vista parece. Ya la *Gaceta del Clero*, que se publicaba

en Madrid, en su número del 20 de Abril de 1867, decía lo siguiente: "Hace ocho años que, inspirándose en los sentimientos de la caridad cristiana, un celosísimo Prelado fundó en Madrid una Asociación piadosa bajo la advocación y título de *Academia de San Miguel*. Formado el Reglamento y aprobado por S. M., dió principio esta nueva Sociedad de hombres de fe á cumplir, bajo la visible protección del cielo, el piadoso y civilizador objeto de su Instituto, teniendo al poco tiempo la dicha de que su digno fundador, el Excmo. Sr. D. Antonio María Claret, recibiera una carta de nuestro santísimo Padre Pío IX, en la que el bondadoso Pontífice de la cristiandad le enviaba una expresiva felicitación por tan santa obra, exhortándole á que la prosiguiera con empeño, y augurando que produciría incalculables beneficios á la Iglesia y al Estado.

"Las palabras de Su Santidad se han confirmado, los deseos del ilustre Fundador se cumplen, y Madrid, Barcelona, Córdoba, Segovia y otras capitales son testigos de los bienes que á la causa de la verdad y de la educación de las clases todas de la sociedad reporta la *Academia de San Miguel*. En los ocho años escasos que cuenta de existencia esta Asociación, ha repartido gratuitamente más de dos millones de libros, opúsculos, hojas sueltas y un sinnúmero de estampas y muchos millares de rosarios, crucifijos y medallas. Las Bibliotecas que dicha Academia tiene ya organizadas con un número crecido de volúmenes, han prestado más de doce mil libros para que la sana doctrina llegue por ese medio á los que carecen de recursos para comprarlos ó á aquellos á quienes se estimula más fácilmente ofreciéndoles libros prestados.

„Ultimamente, la nobilísima ciudad de Cádiz, alentada por el ejemplo de las poblaciones que hemos citado, ha querido cooperar á la realización de los altos fines de la Academia estableciendo en su seno una jerarquía, de cuya instalación nos da cuenta una persona piadosa, remitiéndonos al mismo tiempo un notabilísimo trabajo, debido á uno de nuestros amigos y colaboradores de la *Gaceta*, canónigo en aquella Santa Iglesia Catedral, y en el cual se da á conocer el verdadero espíritu de esta Asociación, que desearíamos se generalizase y extendiese por toda la cristiandad.„

Del estado que en 28 de Febrero de 1868 publicó la Acade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mia, resulta que en menos de nueve años había distribuído gratuitamente 1.071.003 libros, que corresponden, por término medio, á unos 120.000 por año; 1.734.022 estampas, 25.311 medallas, 2.112 crucifijos y 10.101 rosarios. Además se habían prestado 20.396 libros y repartido una infinidad de hojas sueltas y opusculitos. Sólo esto merecería los aplausos de todos los católicos, pues el Apostolado de la Prensa, que con tanto acierto dirige el jesuíta P. Garzón en Madrid, y que ha sustituído á la *Academia de San Miguel* en el fin principal que tenía de la propaganda religiosa, á pesar de ser secundada por la Compañía y por respetabilísimas personas de la corte, no ha llegado, ni con mucho, á alcanzar esas cifras tan altas en el número de opúsculos que lleva publicados en el año y medio que cuenta de existencia mientras escribo estas líneas. Sin embargo, considérase como un triunfo, y lo es en realidad, el haber repartido gratuitamente en un año 88.750 opúsculos, y se alaba justamente á los que cooperan á obra tan beneficiosa por el bien inmenso que obra en el pueblo semejante propaganda. Pues ¿con cuánta mayor razón ha de ser el P. Claret acreedor á las alabanzas de los buenos por haber fundado una obra y sido por tanto tiempo el alma de ella, que distribuyó gratuitamente entre el pueblo mucha mayor cantidad, no sólo de opúsculos, sino de verdaderos libros, además de la propaganda hecha con estampas, medallas, crucifijos y rosarios y con el establecimiento de tantas bibliotecas populares en donde los hijos del pueblo, faltos de recursos, podían instruirse y aprender la sana y sólida doctrina que alimenta el alma? No pretendo con esto rebajar la obra del Apostolado de la Prensa, que tanto bien hace en Madrid, y cuyos directores son dignos de todo encomio por el celo y actividad extraordinaria que despliegan en favor de la Religión, sino tan sólo hacer resaltar la grandiosidad de la obra llevada á cabo por el excelentísimo señor Arzobispo de Cuba, P. Claret, acaso poco apreciada por no ser tan conocida, merced á los esfuerzos de la revolución del 68, que tantos trastornos causó en España.

Verdad es que el P. Claret, para la organización de su obra, dispuso de muchos, variados y poderosos elementos difíciles de adquirir; pero éstos los conquistaron sus virtudes y su celo, y aun así no hubiera nunca dado la Academia tan felices

resultados á no ser por la actividad del Siervo de Dios en escribir libros y opúsculos de propaganda, en lo cual nadie, que se sepa, le ha igualado, por su generosidad en costear la impresión de las obras de otros escritores, por su desprendimiento en adquirir por su cuenta millares de ejemplares, que distribuía gratuitamente en los viajes que por España hacía acompañando á los Reyes, y por la eficacia irresistible de su palabra, á la cual no sabían resistir los grandes de la tierra, que cooperaban con sus limosnas, ni negarse los literatos y artistas, que le ayudaban con sus obras.

Muchos y escogidos fueron los libros dados á luz por la Academia, de los cuales gran parte compuso el Siervo de Dios; pero á más de estos simples académicos dieron á luz otros por su cuenta, ajustándose á las reglas de la Asociación, con lo cual se consiguió que á las prendas literarias de sus autores reunieran la pureza de la doctrina, conforme á la fe y á la moral cristianas. A esto fué debido, según declaración de uno, que entonces era académico, el que Ayala, Hartzenbusch, Berriozabal y otros insignes poetas y escritores dieran un rumbo moralizador á la literatura, pues todos ellos eran de la Academia de San Miguel, lo cual ha sido no pequeña ventaja para las letras patrias, puestas hasta entonces casi exclusivamente al servicio de los errores liberales y de las pasiones más vergonzosas. Si al P. Claret hubiera sucedido un hombre de actividad y empresa en la dirección de la Academia, los resultados hubieran sido todavía mucho más brillantes, y acaso hoy día las letras españolas y las artes de nuestro fecundo suelo cantarían himnos de gloria á Jesucristo, después de haber levantado en el pueblo el espíritu cristiano y de regenerarlo con las aguas de la verdadera doctrina y con el lenguaje religioso expresado en las obras de arte.

La revolución de Septiembre, que tantas y tan nobles empresas esterilizó, dió también al traste con una obra que, por su naturaleza, estaba destinada á difundir doctrinas enteramente opuestas á las pregonadas á cañonazos por los llamados apóstoles de la libertad, y esto, no tanto lo conseguía con las medidas opresoras tomadas contra todas las obras católicas, cuanto con haber privado á la Asociación, llevándole al destierro, al que era alma y vida de la Academia y sostén indispensable por entonces de la misma; pero de todos modos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

será siempre acreedor á nuestro respeto, amor y admiración aquel Varón ilustre, que con bríos de gigante se propuso reunir en un plan de campaña cristiana, trazada en la *Academia de San Miguel*, las fuerzas católicas diseminadas y dispersas en España, que no eran pequeñas á la sazón, para reñir la última batalla contra los errores y vicios modernos, desencadenados por el dragón infernal.

CAPÍTULO IX

DE LAS HERIDAS QUE RECIBIÓ EN HOLGUÍN, Y CÓMO CONTINUÓ SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS (1856-1857)

1. Heridas recibidas en Holguín: su curación y cosas notables que en ella ocurrieron. — 2. El Siervo de Dios pide perdón para el reo. — Cómo con sus diligencias le consiguió el indulto. — Muerte misteriosa del reo en Ceuta. — 3. Cómo le quedó impresa en la cicatriz de la mano derecha la imagen de Nuestra Señora de los Dolores. — Milagrosa curación de una fístula. — Carta fervorosísima en que manifiesta su hambre y sed de padecimientos. — Intenta renunciar la mitra de Cuba. — Consulta á Pío IX. — Respuesta cariñosísima de éste. — 4. Vuelta á Santiago. — Nuevas emboscadas contra el Siervo de Dios, y cómo la divina Providencia le libró de ellas. — Sigue de nuevo trabajando en la diócesis. — 5. Nombramiento de nuevo Provisor en D. Dionisio González. — Breve noticia de este señor. — 6. Vida privada del santo Prelado. — Cómo el Señor le favorecía en la oración con éxtasis y otras gracias extraordinarias. — Propósitos que hizo en Cuba, en los que se manifiesta el estado de su alma.

1. Ha sido en todos tiempos muy común entre los Santos el deseo del martirio: aquella sentencia del divino Salvador de que no hay prueba de mayor amor que dar la vida por el amigo, estaba hondamente impresa en sus corazones, y entre las ansias de probar de algún modo el entrañable amor que tenían á Jesucristo, y en la necesidad que sentían de que el testimonio de este amor fuera irrecusable y el mayor que entendimiento humano pudiera concebir, el santo afán del martirio brotaba en sus pechos natural é instintivamente, y por eso los que sentían arder en sus almas los ardores apostólicos suspiraban, como un San Francisco de Asís y un Ignacio de Loyola, por ir á anunciar la palabra divina á tierra de infieles, en donde esperaban arrebatar la anhelada palma del martirio. Con esta noble esperanza el P. Claret había ya emprendido en los primeros años de su juventud aquel largo viaje á Roma para entrar en la Congregación de la Propagación de la Fe, y aunque se vieron por entonces defraudados sus lauda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

será siempre acreedor á nuestro respeto, amor y admiración aquel Varón ilustre, que con bríos de gigante se propuso reunir en un plan de campaña cristiana, trazada en la *Academia de San Miguel*, las fuerzas católicas diseminadas y dispersas en España, que no eran pequeñas á la sazón, para reñir la última batalla contra los errores y vicios modernos, desencadenados por el dragón infernal.

CAPÍTULO IX

DE LAS HERIDAS QUE RECIBIÓ EN HOLGUÍN, Y CÓMO CONTINUÓ SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS (1856-1857)

1. Heridas recibidas en Holguín: su curación y cosas notables que en ella ocurrieron. — 2. El Siervo de Dios pide perdón para el reo. — Cómo con sus diligencias le consiguió el indulto. — Muerte misteriosa del reo en Ceuta. — 3. Cómo le quedó impresa en la cicatriz de la mano derecha la imagen de Nuestra Señora de los Dolores. — Milagrosa curación de una fístula. — Carta fervorosísima en que manifiesta su hambre y sed de padecimientos. — Intenta renunciar la mitra de Cuba. — Consulta á Pío IX. — Respuesta cariñosísima de éste. — 4. Vuelta á Santiago. — Nuevas emboscadas contra el Siervo de Dios, y cómo la divina Providencia le libró de ellas. — Sigue de nuevo trabajando en la diócesis. — 5. Nombramiento de nuevo Provisor en D. Dionisio González. — Breve noticia de este señor. — 6. Vida privada del santo Prelado. — Cómo el Señor le favorecía en la oración con éxtasis y otras gracias extraordinarias. — Propósitos que hizo en Cuba, en los que se manifiesta el estado de su alma.

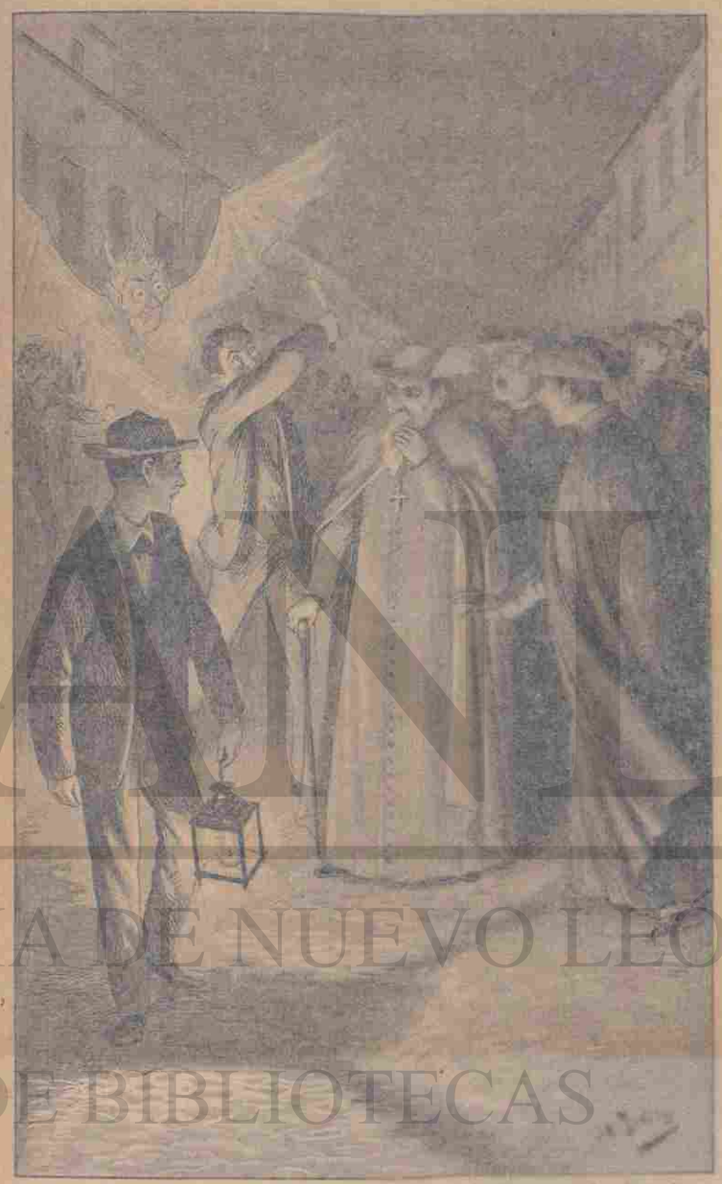
1. Ha sido en todos tiempos muy común entre los Santos el deseo del martirio: aquella sentencia del divino Salvador de que no hay prueba de mayor amor que dar la vida por el amigo, estaba hondamente impresa en sus corazones, y entre las ansias de probar de algún modo el entrañable amor que tenían á Jesucristo, y en la necesidad que sentían de que el testimonio de este amor fuera irrecusable y el mayor que entendimiento humano pudiera concebir, el santo afán del martirio brotaba en sus pechos natural é instintivamente, y por eso los que sentían arder en sus almas los ardores apostólicos suspiraban, como un San Francisco de Asís y un Ignacio de Loyola, por ir á anunciar la palabra divina á tierra de infieles, en donde esperaban arrebatar la anhelada palma del martirio. Con esta noble esperanza el P. Claret había ya emprendido en los primeros años de su juventud aquel largo viaje á Roma para entrar en la Congregación de la Propagación de la Fe, y aunque se vieron por entonces defraudados sus lauda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bles propósitos, no cejó en los deseos del martirio, los cuales eran en él tan vehementes que con frecuencia solía decir á sus familiares é íntimos amigos: "Deseo morir en un cadalso ó en un hospital„, con lo cual quería dar á entender que deseaba morir mártir de la fe ó de la caridad. El Señor quiso cumplirle en parte estos deseos hacia el fin de su permanencia en Cuba.

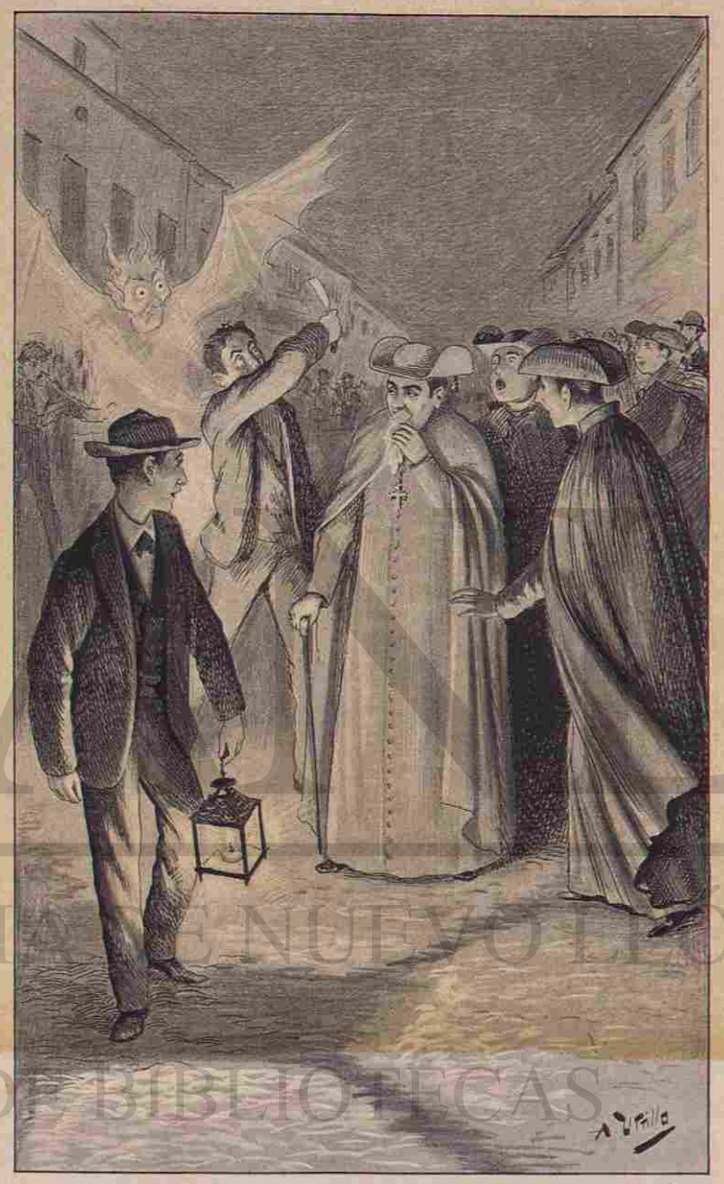
El atentado de que el Siervo de Dios fué víctima á causa de su celo apostólico, resonó en toda España y en gran parte del orbe católico, acabando de ganarle las simpatías de todos los buenos, que ya tenía conquistadas con sus virtudes y con la resonancia de sus tareas evangélicas. Por dicha nuestra podemos hacer la relación de este notable acaecimiento de su vida, valiéndonos de las mismas palabras del P. Claret, que manifiestan claramente el estado de su espíritu antes del suceso, en él y después de él. "Hallábame, —dice,—en Puerto Príncipe pasando la cuarta visita pastoral, á los cinco años de haber llegado á la Isla. Visitadas las parroquias de aquella ciudad, me dirigí á Gibara, pasando por Nuevitas, que visité también de paso; de Gibara, puerto de mar, tomé el camino de la ciudad de Holguín. Hacía algunos días que me hallaba muy fervoroso y deseoso de morir por Jesucristo. A mis familiares y á los de fuera que venían á visitarme no sabía ni atinaba á hablarles sino del divino amor; tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar mi sangre por Jesús y por María, y aun desde el púlpito decía que deseaba sellar con la sangre de mis venas las verdades que les iba predicando.

„Era el día 1.º de Febrero de 1856, cuando habiendo llegado á la ciudad de Holguín abrí la santa visita pastoral. Siendo la víspera de la fiesta de la Purificación de la santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio, haciéndoles ver el grande amor que nos manifestó la Virgen con ofrecer á su santísimo Hijo para que padeciese y muriese por nosotros. Aunque decían que en aquel sermón de hora y media estuve feliz como nunca, yo no recuerdo lo que dije ni de qué manera. Bajé del púlpito fervorosísimo: concluída la función, salí de la iglesia para ir á la casa de mi posada, acompañado de cuatro sacerdotes, de mi paje Ignacio y de un sacristán con un farol ó linterna para alumbrarnos, pues que el tiempo estaba obscuro y eran las ocho y media de la noche. Pasando



Es herido en Holguín por un sicario el Siervo de Dios al salir de una iglesia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J. Thomas y C.ª — Barcelona

Es herido en Holguín por un sicario el Siervo de Dios al salir de una iglesia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

por la calle Mayor, calle ancha y espaciosa, por donde también pasaba mucha gente á uno y otro lado, saludándome todos con respeto, se me acerca un hombre en ademán de besarme el anillo, y levantando el brazo armado con una navaja de afeitar, descarga con toda su fuerza el golpe sobre mi cuello; pero como yo iba con la cabeza inclinada y tapándome la boca con un pañuelo que tenía en mi mano derecha, en lugar de cortarme el pescuezo como intentaba, me rajó la cara ó mejilla desde frente la oreja hasta la punta de la barba, hiriéndome de escape el brazo ó mano derecha con que me tapaba la boca. Como por donde pasó la navaja partió toda la carne hasta rajar el hueso ó las mandíbulas superior é inferior, la sangre salía igualmente por dentro como por fuera de la boca. Con la mano derecha agarré la mejilla para contener el chorro de la sangre, y con la izquierda apretaba la herida que tenía en la derecha.

„Cabalmente había allí cerca una botica ó farmacia, y dije: Entremos aquí y tendremos más á mano los remedios. Como los médicos de la ciudad y del regimiento habían asistido al sermón y salían de la iglesia con la otra gente, se presentaron al momento que corrió la voz de aquel suceso. Al ver á un Prelado con pectoral y capisayos todo bañado en sangre, quedaron asombrados y con grande aflicción; porque además de ser su Arzobispo, era un amigo á quien querían y veneraban; y tal era su estupor, que yo tenía que alentarlos y decirles lo que habían de hacer, pues me hallaba muy tranquilo y sereno. Dijéronme los mismos facultativos que la sangre que había salido por las heridas no bajaba de cuatro libras y media; por lo cual no es extraño que, á causa de la falta de sangre, tuviese un pequeño desmayo.

„Hecha la primera curación, me llevaron á mi posada con una parihuela. No puedo explicar el placer, el gozo y la alegría que sintió mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre de mis venas por amor de Jesús y de María y poder sellar con ella las verdades evangélicas. Y subía de punto mi contento al pensar que esto era una muestra de lo que con el tiempo lograría, que sería el derramarla toda y consumar el sacrificio con la muerte. Me parecía que estas heridas serían como la de la Circuncisión de Jesucristo, y que las que vendrían después con el tiempo se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rían como las que recibió Él en el Calvario, pudiendo yo también morir en la cruz de un patíbulo ó del puñal de un asesino ó de otra cosa semejante. Esta alegría y gozo me duró todo el tiempo que estuve en la cama; por manera que alegraba á cuantos me visitaban, y me fué pasando á medida que se iban cicatrizando las heridas.

„En la curación de éstas ocurrieron tres cosas maravillosas ó muy notables, que brevemente voy á referir aquí. La primera fué la curación de una fístula, que los facultativos me habían dicho sería duradera. Con el corte de la herida se rompieron completamente los conductos de las glándulas salivales; así es que la saliva, líquida como el agua, me salía por un agujerito de enmedio de la raja ó cicatriz de la herida de la mejilla frente de la oreja. Los facultativos trataban de hacer una operación dolorosa y poco ventajosa; al proponérmelo quedamos para el día siguiente. Entretanto yo me encomendé á la santísima Virgen María, y me ofrecí resignándome á la voluntad de Dios, y he aquí que al instante quedé curado, de manera que cuando los facultativos al día siguiente vieron el prodigio se llenaron de asombro.

„La segunda fué que la cicatriz de la mano derecha me dejó un pequeño bulto á manera de una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, de medio cuerpo, con los colores blanco y violado. Conocióseme perfectamente en los dos primeros años con admiración de los amigos que la vieron; después se desvaneció insensiblemente, y en el día apenas se conoce. La tercera fué el pensamiento de fundar la *Academia de San Miguel*, pensamiento que tuve en los primeros días de hallarme en cama. Luego que me levanté comencé á dibujar la estampa y á escribir el Reglamento que hoy está aprobado por el Gobierno con real cédula y celebrado y recomendado por el Sumo Pontífice Pío IX (1).„ Hasta aquí son palabras del Siervo de Dios, en las cuales resplandece su levantado espíritu y serenidad de ánimo.

La indignación que causó en la Isla tan sacrílego atentado fué general. El primero que protestó contra él fué el Cabildo de Santiago de Cuba, quien apenas supo el triste suceso se reunió y elevó á su digno Prelado una manifestación afectuosa

(1) Apuntes del Sr. Claret.

del dolor que tan inesperado acaecimiento había producido en sus corazones y en los de todo el pueblo (1). Con este mismo objeto, cuando llegó á Santiago la noticia, pusiéronse al instante en camino para Holguín los presbíteros D. Felipe Rovira, D. Antonio Galdácano, capuchino, y D. José Garófalo, que llevaban además los votos y el sentimiento de todos los cubanos. Mas donde la indignación contra el criminal llegó á su colmo fué en la misma ciudad de Holguín, cuyos moradores no acababan de espantarse de que entre ellos se hubiera cometido tamaño crimen. Para borrarlo trataron de hacer añicos al criminal, y ¡espectáculo sublime!, mientras el agraviado, bañado en su sangre, gritaba cuanto sus fuerzas, debilitadas por las heridas, se lo permitían: ¡perdón para el infeliz!, las turbas, indignadas contra el reo, gritaban: ¡que muera, que muera!, y pugnaban por arrebatar al asesino, que preso inmediatamente para ser entregado á los Tribunales de justicia, á duras penas pudo librarse del furor popular. El día 3 de Febrero de aquel mismo año, dos días después del suceso, publicó el *Diario de la Habana* una carta escrita por uno de los médicos que en aquella ocasión escribieron al Siervo de Dios, en la cual se asegura que éste predicó aquella noche del misterio de la Purificación de Nuestra Señora; que después de las heridas recibidas al salir del templo, fué curado en la farmacia de D. Miguel Guerra; que fué llevado á su casa por cuatro granaderos en una camilla del regimiento de la Habana, seguido del clero, Teniente Gobernador, Coronel y de todas las clases, que lloraban de congoja. S. E. I. hizo llamar al Alcalde Mayor para suplicarle que suspendiese todo procedimiento contra el reo, que él nada quería ni pedía, y le perdonaba de corazón. Mientras le curaban dijo al Sr. Teniente Gobernador: "Señor, yo le perdono, nada pido contra él, no quiero que le hagan mal alguno al pobrecito... Nada más,—continúa la carta,— se le oyó decir durante la curación que palabras cariñosas; ni una queja, ni un ¡ay!, ni un suspiro... „

2. Este sublime comportamiento del Siervo de Dios para con el que le había herido, no fué pura ceremonia para alejar de sí la nota de vengativo; las diligencias que practicó para que se perdonara al reo, que había sido encausado y conde-

(1) Periódico de Cuba *El Redactor*, número del 15 de Febrero de 1856.

nado á muerte, dieron claras muestras de que sus palabras nacían de su bondadoso corazón, y más cuando se vió que sus ruegos no fueron del todo ineficaces. Apenas el Capitán general de la Habana, D. José de la Concha, recibió noticia del triste acontecimiento, hizo un viaje expreso á Holguín para visitar al Siervo de Dios y manifestarle su profundo sentimiento por el atentado de que había sido víctima; mas el Padre Claret, lejos de pedir venganza contra el reo, suplicó encarecidamente al Capitán general que le concediera el indulto, y como era tal en la Isla la efervescencia de los ánimos contra el criminal, que era de temer le arrancaran de la cárcel para hacerle pedazos y lavar en su negra sangre la injuria hecha á su queridísimo Padre y Pastor, pidióle asimismo que cuanto antes le sacara de la Isla y le llevase á Tenerife, en la Isla de Canarias, que era la tierra natal del reo; para lo cual el mismo Siervo de Dios se ofreció á costear el viaje. Escribió además con este intento varias cartas á Madrid; y el resultado de todas estas diligencias fué el alcanzar que no se ejecutara en el reo la pena de muerte y fuera sólo condenado al presidio de Ceuta. Esta conducta del P. Claret era tanto más heroica cuanto que á las circunstancias del crimen se añadía la de incalificable ingratitud, pues aquel mismo criminal, cuyo nombre era Antonio Pérez, hallándose preso el año anterior, había obtenido la libertad por los ruegos del Siervo de Dios, el cual, sin conocerle, y sólo á instancias de los parientes del criminal, había pedido á las autoridades le diesen libertad, y éstas, por complacerle, soltaron al preso (1).

"El año siguiente,—añade á esto el Siervo de Dios,—me hizo el favor de herirme; digo favor, porque prescindiendo del gravísimo pecado que cometió, tengo por un favor muy grande del cielo lo poco que padecí, y estoy dando por ello continuas gracias á Dios y á María santísima. A los que iban á prender á Jesús en el huerto, les dijo: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum.* Lo propio debiera decir yo, porque aquella fué la hora en que Dios dió permiso á los malos y á los demonios para que me hiriesen; pues que cuando el asesino me hirió, yo vi al mismo demonio cómo le ayudaba y

(1) Notas manuscritas del Siervo de Dios y declaraciones de D. Felipe Rovira y P. Paladio Currius.

daba fuerzas para descargar el golpe, y me ocurrió la idea que suscitan aquellas palabras de los sagrados Cánones: *Si quis, suadente diabolo,* etc. "Si alguno, por persuasión del diablo, etc." Pensé: este hombre infeliz, cooperando el diablo, pone las manos violentas sobre tu miserable persona, que si eres, bien es verdad eres un pobre pecador, un indigno sacerdote, con todo, sacerdote, eres Prelado de la Iglesia, eres ministro de Jesucristo. ¡Padre mío, perdonadle, que no sabe lo que se hace! (1)."

Acerca del reo conviene añadir otro pormenor que se desprende claramente de una declaración hecha en el Proceso de Beatificación del Siervo de Dios por el P. Currius. Aseguró éste, por haberlo oído de los labios del mismo Sr. Arzobispo, que estando el reo en el presidio de Ceuta escribió una carta al P. Claret en la que le ofrecía descubrir el complot que se había tramado para asesinarle; mas el Siervo de Dios, que no quería tomar venganza alguna de sus enemigos, le respondió que no lo quería saber, y que se preparara para morir, porque no tardaría mucho en presentarse al tribunal de Dios. Así se verificó, efectivamente, pues al poco tiempo murió sin precedentes de enfermedad, contra lo que indicaban su salud y robustez, y con circunstancias tales que hicieron sospechar un envenenamiento para que nunca pudiese descubrir el nombre de los que habían comprado su brazo para el crimen. El atentado fué, sin duda, obra de los que en Cuba secretamente conspiraban contra la Religión y la Patria, y así la voz pública, después de recorrer varias personas sospechosas por sus antecedentes, se fijó en una que consideraba como cabecilla de las demás, de ideas enteramente contrarias á las del fervoroso Misionero y de costumbres corrompidas. Lo que parece cierto por la ingenua confesión del reo es que el crimen se cometió á la sombra de las sociedades secretas, lo cual confirman además las circunstancias del hecho, puesto que no es creíble que un hombre, por malvado que fuese, no siendo enemigo personal del Siervo de Dios y debiéndole antes bien el apreciable beneficio de la libertad, sin interés alguno se hubiera arriesgado á una acción que muy probablemente debía acarrearle la muerte. La codicia despertada en su innoble corazón con

(1) Manuscritos del Sr. Claret.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el ofrecimiento del dinero y las promesas hechas de que le asegurarían la espalda para que ó no fuese preso ó burlara á lo menos con intrigas y sobornos la justicia de los Tribunales, fué sin duda lo que movió á Antonio Pérez á prestarse como instrumento de tan horrendo crimen.

3. Mas dejemos ya esto, y parémonos un poco más en dos de aquellas circunstancias maravillosas que intervinieron en la curación de las heridas y que el Siervo de Dios dejó brevemente anotadas, según antes vimos. En cuanto á que en la cicatriz del brazo quedó dibujada la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, es cosa que unánimemente declararon sus familiares. Uno dijo que las líneas formadas por la llaga al cerrarse presentaban realmente un dibujo en que podía verse, sin hacerse violencia, una imagen de la Señora, que el herido veneraba con mucho consuelo y devoción. Otro, después de afirmar lo mismo, añade que S. E. I., al ver las líneas que formaban el dibujo, dijo: "Parece la imagen de María santísima: eso será que hasta ahora he pensado poco en la Virgen.„

Respecto á la milagrosa curación de la fístula que se le había formado, su Provisor, el P. Lobo, escribió una carta en la que dió sobre esta circunstancia todos los pormenores deseables. "Estando en Holguín,—dice,—consagrando una Misión, al bajar del púlpito se le acercó un forajido, saliendo del templo, y le asestó un golpe de navaja al cuello, causándole en la cara una profunda herida y otra en la mano. Milagrosamente le salvó la Virgen. Sintió en aquella noche dulcísimas consolaciones en su alma: siguió la curación de la herida, y los médicos no hallaban medio de cerrarle una fístula salival que se le formó en el carrillo á consecuencia de la herida. Era tanta la saliva que de ella fluía, que empapaba todos los pañuelos que se le aplicaban. Era necesario esperar á que cesase la inflamación para ver si se remediaba el mal, y una noche, de repente, se sintió curado á pesar de la inflamación. Él lo atribuyó á un favor de la Virgen; los médicos protestaban que, dadas las condiciones de la herida é inflamación, el resultado instantáneo no podía ser natural. Ello es que la fístula desapareció. El Sr. Arzobispo me escribió después que aquella noche la santísima Virgen le llenó de consolaciones espirituales como nunca las hubiese experimentado iguales.„

Lejos de amortiguarse en él los deseos del martirio con los

padecimientos que las heridas le habían ocasionado, crecieron en su ánimo de tal manera, que cualquiera diría que tenía hambre de padecer y un santo furor por acabar de derramar toda su sangre por Jesucristo, como se ve por una carta que escribió á los sacerdotes de Vich no mucho tiempo después de su curación. He aquí su hermoso contenido: "Santiago, 30 de Mayo de 1856. — Muy apreciados Hermanos en los sagrados Corazones de Jesús y de María: Hace muy poco he recibido la que ustedes me escribieron confecha 31 de Marzo, la que ha sido para mí de mucho consuelo y satisfacción, y espero que todos me ayudarán á dar á Dios muchas gracias por el beneficio imponderable de haber podido derramar un poco de sangre (cinco libras) por amor de Aquel que toda la derramó por mí, y sellar con ella las verdades del santo Evangelio y las alabanzas de María santísima que con tanto gusto predico. ¡Ay, carísimos Hermanos! ¡Qué dulce cosa es derramar la sangre por Jesús y por María! Yo os puedo asegurar que en todo este acontecimiento no he padecido nada y he gozado mucho y muchísimo; sólo allá en el cielo se puede gozar más; que aquí, en la tierra, no es posible mayor placer espiritual. He quedado tan engolosinado que quisiera se probase segunda vez, y que se acertase mejor el golpe que en la primera. Sin embargo, he puesto el hecho en conocimiento del Sumo Pontífice y haré lo que él me diga. Entretanto, ayúdenme ustedes á dar gracias á Dios y á María santísima, su dulcísima Madre. Tengan la bondad de hacer una visita y presentar mis respetos al Sr. Obispo y á los Rdos. Padres de la *Merced* (sus Hijos los Misioneros del Corazón de María), saludando á todos por su nombre. Ánimo y confianza en Dios y en la santísima Virgen, nuestra querida Madre. ¡Ay, cuánto nos ama!„

Alma tan generosa y hecha á los padecimientos, de un temple tan superior á los infortunios y á las contradicciones humanas, necesariamente debía haber llegado á un grado de perfección nada común y en extremo heroico. No obstante tan sobrehumanas virtudes, las más á propósito para un Pastor de la Iglesia, él se creía en su humildad insuficiente y desprovisto de las eminentes cualidades que exige tan difícil como honroso cargo, y desde el año 1853 tenía ya vivísimos deseos de renunciar la mitra. Con ocasión de las heridas le parecía haber llegado el momento oportuno de poner por obra sus hu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mildes propósitos, no ciertamente por temor de ser víctima de un nuevo atentado, que con los bríos que tenía y los ánimos siempre mayores de padecer no eran compatibles temores semejantes, sino para poder consagrarse con mayor libertad y humildad á las tareas de las Misiones. Mas, como prudente, no quiso guiarse en esto por su propio juicio, sino por el del Vicario de Jesucristo en la tierra, con lo cual estaba seguro de que cumpliría la divina voluntad. Por esto, apenas restablecido de las heridas, que fué como á los quince días del atentado, curación que, por lo temprana, los médicos no sabían explicar naturalmente, escribió una larga carta al Sumo Pontífice dándole cuenta del estado de su diócesis, de lo acaecido en Holguín con su persona y de los deseos que tenía de renunciar el Arzobispado, poniendo, sin embargo, el asunto en manos de Su Santidad, que es á lo que aludía en la carta poco antes copiada. La importancia de este documento y de la respuesta de Pío IX, me obligan á dar un extracto del primero y á transcribir íntegra la segunda.

En la carta, pues, que envió el santo Arzobispo á Su Santidad, con fecha 23 de Febrero de 1856, manifiesta cómo habiéndole enviado una carta con dos Pastorales á fines del año 1853, en la que le daba cuenta de la visita hecha á su metrópoli, de las Misiones y de los ejercicios espirituales dados al clero y del copioso fruto que de estos trabajos las almas reportaron, llegó á sus manos la respuesta de Su Santidad del 22 de Septiembre de 1854, la cual le sirvió de grandísimo consuelo entre las angustias y tribulaciones de que se hallaba rodeado. Tras esto, dice, que lleno de confianza con la aprobación del Vicario de Cristo, y gozoso por sus venerables exhortaciones á continuar lo comenzado, había seguido hasta entonces el mismo método, reuniendo todos los años al clero para los ejercicios espirituales y procurando que no faltasen las conferencias de Teología moral y de Liturgia; que se habían fundado dos colegios, uno de Religiosas para la instrucción cristiana de las niñas, y otro de Padres de la Compañía de Jesús para la de los niños (1), y que, por último, se había establecido con sus

(1) Debe aludir sin duda al de la Habana, fundado por su mediación, pues en Santiago no parece que llegó á establecerse, según lo que dijimos en el capítulo VII.

rentas una Casa de caridad para los párvulos pobres de uno y otro sexo. "Según lo dispuesto,—añade,—por el santo Concilio de Trento, he dedicado muchos meses en el año á la visita de las parroquias, predicando cada día al pueblo y administrando los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Confirmación. Dios, bendiciendo con largueza mis trabajos, se dignó derramar con abundancia sus gracias en las almas de los fieles, aunque no sean ahora los efectos tan sensibles como en los primeros años, pues hierve más el vino nuevo; en las últimas excursiones he observado que los hombres perversos, no siendo de Dios, no se cuidaban de oir la divina palabra, mientras que, por el contrario, los fieles y piadosos eran muy diligentes en oirla y se aprovechaban mucho de ella: para consuelo de éstos y para que Dios los librase del azote de los temblores, del cólera morbo, del vómito negro y de otro todavía más terrible que los anteriores, el cual no tardará en llegar (parece referirse á las guerras que luego se sucedieron), he establecido la circular de las Cuarenta Horas en honor del santísimo Sacramento en las dos principales ciudades de la diócesis, que son Santiago y Puerto Príncipe.

„Estando ocupado en estos cuidados pastorales, ¡oh beatísimo Padre!, recibí poco ha dos heridas, una en el rostro y otra en el brazo, y ojalá fuese esta segunda herida la señal del amor á mi dulce Jesús, el cual dice en los Cantares: *Pone me ut signaculum super brachium tuum*, y la primera la letra *tau*, ó sea la señal de Jesucristo.„ Sigue explicando las circunstancias del crimen, afirma que perdona de corazón al reo, que ha rogado á Dios por él y suplicado á los jueces que no le impongan pena alguna, y continúa: "¡Oh santísimo Padre! Apenas puedo referir las grandes delicias con que fuí visitado de Jesús y de María en aquella misma noche.„ Con los auxilios de la gracia de Dios dice que está dispuesto á recibir nuevas heridas, y aun la misma muerte si tal es su divino beneplácito; pero que no quisiera exponerse temerariamente al peligro, ó permanecer en él por su propio arbitrio; que siendo el criminal un extranjero y no habiendo recibido de su Prelado injuria alguna, sino antes bien un grande beneficio que le hizo en el año anterior, fué instrumento de una mano oculta, lo cual no era de extrañar, pues, según su gráfica expresión, en su Arzobispado había muchos Herodes y Herodiades que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vivian mal y no querían dejar la mala vida, y mientras él hiciere el oficio de Juan no cesarían de pedir su cabeza. Sin embargo, como varón perfecto y obediente, termina con estas hermosas palabras, dignas de un verdadero Prelado de la Iglesia: "No habiendo salido bien una tentativa, probarán otra hasta conseguir su intento, porque escrito está: *La soberbia de los que te aborrecen crece siempre.* Yo, pues, deseando conocer la voluntad de Dios y cumplirla en todas sus partes, acudo á Vuestra Santidad, que sois el Vicario de Cristo en la tierra, para que os dignéis indicarme qué es lo que debo hacer, *si renunciar y retirarme, ó continuar hasta consumar el sacrificio.* "Hablad, Señor, porque vuestro Siervo escucha (1).„

La respuesta del inmortal Pío IX á la precedente carta es un panegírico del Siervo de Dios, una muestra extraordinaria de paternal cariño, y prueba á todas luces el concepto de santidad en que le tenía. Tanto es así, que al fin de ella se recomienda muy encarecidamente á sus oraciones, y para estimularle á ello le asegura que también él le tenía presente en las suyas, pues no dudaba el buen Pontífice que las oraciones del Padre Claret serían muy eficaces en la divina presencia, por lo aceptas que le eran sus heroicas virtudes. He aquí esta admirable carta, escrita apenas recibida la del Siervo de Dios, y con la cual puede decirse que el venerando Pontífice puso una corona de gloria sobre la frente del santo Prelado.

"Á NUESTRO VENERABLE HERMANO ANTONIO MARÍA CLARET, ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA

„PÍO, PAPA IX

„Venerable Hermano, salud y bendición apostólica. Tu insigne virtud, religión, piedad y solicitud pastoral, tiempo ha conocida y vista de Nos, admirablemente y en todas sus partes resplandece en la respetuosísima carta que nos dirigiste en 23 de Febrero próximo pasado, y que hace poco recibimos. Por ti mismo podrás fácilmente entender, venerable Hermano, de qué manera nos hayamos alegrado en el Señor al ver de nuevo por tu misma carta que, encendido cada día más y más en un celo singular del divino servicio, no perdonas cuidados ni trabajos para procurar la mayor gloria de Dios y la salvación eterna de las almas. Porque visitando en lo posible esa tu diócesis, según los sapientísimos decretos del sacro Concilio de Trento, y trabajando con esfuerzo como buen soldado de Jesucristo, jamás cesaste de dar el alimento espiritual á ese pueblo confiado á tu solicitud con la predicación de la divina palabra, la distribución de la multiforme gracia de Dios y la administración de los santos Sacramentos; y apartándolo de los emponzoñados pastos de las malas doctrinas, le impeles á los saludables alimentos de las buenas y le conduces con todo esmero á la senda de la justicia y de la vida. En gran manera solícito de la católica educación de la juventud, de la cual tanto depende la felicidad de la república cristiana y civil, procuraste la fundación de dos colegios: uno de Religiosas para educar debidamente á las niñas, otro de Religiosos de la Compañía de Jesús para la educación esmerada de los niños; y con tus propias rentas has abierto una Casa-asilo de caridad para los niños pobres de uno y otro sexo. Dirigiendo eficazmente y con igual vigilancia tus cuidados á favor del clero, tienes en el corazón el que todos los eclesiásticos hagan cada año los ejercicios espirituales y tengan en días señalados conferencias científicas, principalmente de Teología y Liturgia; con lo cual, acordándose siempre de su propio oficio, procuren cumplir sabia y santamente los deberes de su sagrado ministerio, dar al pueblo cristiano ejemplos de todas las virtudes, cultivar con asiduidad las ciencias sagradas y trabajar cada día con mayor diligencia para la salvación eterna de los hombres. Grande es, por cierto, el gozo que sentimos, viendo, ¡oh venerable Hermano!, con cuánto esmero trabajas asiduamente en cumplir en todas sus partes el oficio de un buen Pastor. De aquí es que no tenemos palabras con que poder expresar el dolor que experimentamos al saber por tu misma carta el impío y cruel atentado que cometió aquel hombre, que repentinamente y con engaño, que-

(1) Et quamvis primum tentamen non illis bene cesserit, aliud atque aliud molientur, donec opere compleant quod corde conceperunt; scriptum est enim: *superbia eorum qui te oderunt ascendit semper.* Dei ergo voluntatem cognoscere, et in omnibus adimplere desiderans, ad Vestram Beatitudinem, Christi in terris Vicarium accurro, ut mihi significare dignetur quid agere debeam, paratus vel loco cedere, vel sacrificium consummare si ita Deus voluerit. *Loquere, Domine, quia audit servus tuus.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riendo quitarte la vida, primero te partió la mejilla con una navaja, y después te hizo con ella otra herida en el brazo derecho en tiempo en que estabas haciendo la santa visita en la ciudad de Holguin, y en el primer día del pasado mes de Febrero al salir del templo, después de predicar á un numerosísimo auditorio y ejercer las otras sagradas funciones. Pero muy grandes y humildes gracias tributamos á Dios Altísimo é infinitamente bueno por haberte benignamente sacado de tan gran peligro de la vida y haber hecho que casi hayas ya convalecido, bendiciendo Él los cuidados y remedios de los médicos. No ignorando Nos la singular virtud que en ti resplandece, no fué para Nos cosa nueva é inesperada, ¡oh venerable Hermano!, el que apenas recibidas las heridas, levantando tu voz en presencia de la muchedumbre del pueblo, perdonases de corazón al sacrílego agresor, que fué preso en aquel mismo instante; que rogases á Dios por él y que con todo empeño suplicases á los jueces que no se le condenase á pena alguna. Porque este tu excelente modo de obrar, tan digno de un Obispo católico, claramente manifiesta, ¡oh venerable Hermano!, que nada tienes tanto en tu ánimo como el profesar la perfección de la enseñanza cristiana, imitar los ejemplos de nuestro divino Redentor y seguir los documentos que nos enseñó con obras y palabras de amar á nuestros enemigos, rogar por los que nos persiguen y hacer bien á los que nos aborrecen. *Arrebatan nuestro espíritu los eximios y religiosísimos sentimientos de que está llena tu carta, con los cuales vemos confirmarse el buen concepto que de ti habíamos formado y sentimos acrecentarse más y más la benevolencia que con razón te profesamos. Así no podemos dejar de felicitarte cordialmente por tu singular virtud y piedad, y darte un nuevo testimonio del sumo aprecio en que te tenemos, y del afecto del corazón con que íntimamente te amamos.* Finalmente: respondemos á la súplica que nos haces al terminar tu carta, pidiéndonos que te indiquemos si debes continuar en el gobierno de esa diócesis ó renunciar al Episcopado, pues tú sólo deseas, conforme á tu piedad, lo que fuere de nuestro beneplácito. Por cierto Nos, teniendo á la vista tus virtudes, y no ignorando los grandes bienes que con los divinos auxilios ha reportado y ha de reportar en adelante de tu celo episcopal esa diócesis, quisiéramos, venerable Hermano, que continuases rigiéndola y gobernándola si en tu prudencia conoces que puedes hacerlo sin peligro de tu vida. No ceses, venerable Hermano, de ofrecer tus asiduos y fervorosos ruegos al Padre de las misericordias para que se digne auxiliar, robustecer y confirmar con su virtud omnipotente nuestra flaca naturaleza, oprimida principalmente en estos calamitosos tiempos con el gravísimo peso de la solicitud pastoral de todas las Iglesias. Tampoco Nos dejamos de pedir con humildad y empeño, ¡oh venerable Hermano!, al mismo clementísimo Señor, que con su divina diestra te guarde y defienda y derrame siempre propicio sobre ti todos los abundantísimos dones de su bondad, los cuales desciendan también sobre las ovejas confiadas á tu cuidado paternal. Y como presagio de todas estas cosas y testimonio de nuestro ardentísimo amor para contigo, muy afectuosamente te damos, ¡oh venerable Hermano!, de lo íntimo de nuestro corazón nuestra bendición apostólica á ti y á todos los fieles, clérigos y seglares de esa tu Iglesia.

„Dado en Roma, en San Pedro, día 8 de Mayo de 1856, de nuestro pontificado año décimo. = Pío, PAPA IX.„

Quien examine detenidamente las frases de esta cariñosa carta del Jefe de la Iglesia, no podrá menos de notar en ellas el empeño que el Sumo Pontífice parecía tener en ir escogiendo las palabras que con mayor fuerza pudieran declarar lo íntimo y acendrado de su amor al Siervo de Dios, como puede observarse en las expresiones con que le da al fin su bendición apostólica, pues no se contentó con decir *ardiente* amor, sino que lo hizo subir de quilates hasta el grado superlativo; y luego, como si no bastara á expresar la intensidad del afecto con que le daba su bendición, á la expresión, ya de suyo tan tierna, *muy afectuosamente*, añádele en seguida aquella otra *de lo íntimo de nuestro corazón*, la cual no puede ser, ni de mayor fuerza, ni de mayor cariño, puesto que no se puede en el afecto penetrar más allá de lo más metido dentro del corazón.

Llama también de un modo especial la atención la frecuencia con que encomia la virtud y piedad del santo Prelado, á la que llama insigne y singular, y casi parecerían adulación los repetidos elogios que le tributa, sin atenuación de ninguna especie y sin velarlos con ideas ó consejos que mantuvieran

al elogiado en su humildad, si no conociéramos la sinceridad y el amable candor de Pío IX, incapaz de adulación, como lo prueban muy alto las terribles verdades que cantó á las potestades de la tierra.

Y aún hay otra circunstancia que corrobora más y más la alta estima en que el Pontífice Supremo tenía al Siervo de Dios. Quien haya leído con alguna detención los documentos pontificios, y más los de los últimos Papas, habrá podido notar que las cartas dirigidas á los Prelados, y aun á cualesquiera personas particulares, suelen siempre ejercitar su celo pastoral exhortando á que continúen trabajando con celo por la causa católica, si es que ya lo hacían, ó animando para que trabajen ó lo hagan con más empeño si eran descuidados en esto. En la respuesta de Pío IX á la primera carta del P. Claret, siguió la misma costumbre; pero en ésta la dejó, como quien estaba seguro de que, lejos de aflojar en su apostólico celo, iría creciendo en él siempre más y más, y como quien estaba bien penetrado de la profundísima humildad y de la perfección del Siervo de Dios, no juzgó prudente, ni menos necesario, hacerle la acostumbrada exhortación, ni temió que se amenguase su humildad con las alabanzas que le tributaba.

4. Cuando el P. Claret recibió la respuesta del Soberano Pontífice, había ya vuelto á Santiago de Cuba restablecido enteramente de sus heridas. Lo primero que hizo en Holguín apenas los médicos le permitieron salir de casa, fué ir á la iglesia á dar gracias á Dios por su curación, para lo cual se cantó un solemnísimo *Tedéum*, y de paso confirmó á cuantos lo habían menester. Tanto á la ida como á la vuelta le acompañaron todas las autoridades y las personas más distinguidas de la ciudad, junto con la música del regimiento y una innumerable muchedumbre que se afanaba por obsequiar y vitorear á su santo Prelado, como en satisfacción del atentado de que en la ciudad había sido objeto y en prueba de la alegría que experimentaban por su pronto y feliz restablecimiento. Cuando poco después emprendió el viaje á la capital de su diócesis, los señores de Holguín, con una gran parte del pueblo, le acompañaron hasta cuatro leguas de distancia, y para expresarle más y más su acendrado afecto en el término de la despedida levantaron con hojas de palma una muy vistosa glorieta que daba fresca y agradable sombra, en la cual descansaron el Arzobispo y su comitiva. Entre otras cosas de que allí hablaron se trató del punto en donde convendría pernoctar, y todos los acompañantes convinieron en que en la hacienda de Altagracia, que era de gran extensión y á propósito para alojar mucha gente. La noticia corrió entre la muchedumbre, que todavía se hallaba esperando para recibir la última bendición de su buen Pastor; mas fué el caso que, confundidos con ella, se hallaron algunos hombres perversos, sin duda de los que habían tomado parte en la anterior conjuración contra el Siervo de Dios junto con el criminal asesino, los cuales intentaban rematar al santo Prelado con un segundo golpe que no pudiera fácilmente evitar.

Los presentimientos del P. Claret manifestados en su carta al Soberano Pontífice no eran quiméricos, sino muy reales por desgracia, como lo acreditaron luego los sucesos. Aquellos hombres malvados corrieron apresuradamente á esconderse en las cercanías de la hacienda en que había de pernoctar el Arzobispo, y cuando en las altas horas de la noche supusieron que ya estaba en ella con los suyos, le pegaron fuego por todos lados, y en pocas horas las llamas, favorecidas por el viento, la redujeron toda á escombros y cenizas. El triste acaecimiento no tardó en saberse en la ciudad de Holguín, y el pueblo, consternado, daba voces temiendo que su buen Prelado habría sido víctima del fuego abrasador, pues todos conocían la resolución que habían tomado de pasar la noche en Altagracia. Pero la providencia del Señor se había manifestado de un modo maravilloso con su Siervo. Acaeció, en efecto, que cuando el P. Claret con los suyos llegaron á la hacienda de Naranjo ó Santo Domingo, que se encontraba antes que la de Altagracia, el Sr. Arzobispo, en atención á lo avanzado de la hora, dijo á sus compañeros de viaje: "Es muy de noche y aún falta una legua para llegar á Altagracia; ustedes están cansados y podíamos pasar la noche aquí, en Naranjo." Hízose así como el Prelado lo deseaba, y cuando á la mañana siguiente, al pasar por Altagracia, la vieron reducida á cenizas, comprendieron que aquella idea había sido una especial providencia del Señor para preservarlos del peligro inminente que los amenazaba. Dió también la singular coincidencia de que en el momento del incendio sólo había en la hacienda dos personas, un muchacho con su abuelita, por hallarse los de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más cosechando en otra parte. Los animales domésticos perecieron todos; pero aquellas dos personas se salvaron como por milagro, pues el muchacho tuvo la buena suerte de ver el fuego cuando por diversas partes comenzaba á arder, y en seguida, cargando sobre sus espaldas á la anciana, se puso en salvo á todo correr.

Con motivo de este hecho redoblaron los viajeros su vigilancia, y todo fué menester, pues que durante todo el camino vieron personas de mal cariz, que los estaban acechando para caer sobre ellos al menor descuido, y gracias á estar siempre en vela alguno por la noche no se atrevieron aquellos malvados á acometer la casa donde se hospedaba el Siervo de Dios (1). Esto no impidió que el celoso Arzobispo administrara el sacramento de la Confirmación en todas las parroquias que halló á su paso hasta Santiago de Cuba. Cuando llegó á esta ciudad, una inmensa muchedumbre le aguardaba, y con gritos y cánticos de alegría le acompañaron hasta su Palacio arzobispal, pues por el mucho cariño que todos le habian cobrado experimentaban un consuelo indecible al tornar á verle entre ellos, cuando ya le creían muerto. El día siguiente á su llegada, que era el viernes de Pasión, fué á la iglesia de la Virgen de los Dolores á darle gracias por su feliz regreso, celebró en ella la santa Misa, dió la comunión á mucha gente y asistió á la Misa solemne que allí hubo con sermón. El domingo hizo por sí mismo en la Catedral las ceremonias de la bendición de los ramos, y en los días siguientes presidió todas las funciones de Semana Santa y de Pascua. Como de resultas de la herida de la cara había quedado bastante desfigurado y con la voz obscura y con dificultad en la pronunciación, en los primeros meses de su vuelta á Santiago no pudo predicar según tenía de costumbre; pero suplíalo con pláticas familiares á diversas clases de personas, en las que empleaba todo el tiempo que le dejaban libre el confesonario y las demás obras del sagrado ministerio, á que se entregó con los primeros bríos.

5. Una de las cosas que tuvo que arreglar el Siervo de Dios al poco tiempo de su regreso á Santiago fué el nombramiento de un nuevo Vicario general y Provisor. El piadoso é inteligente P. Lobo, que desde 1851 tan excelentes servicios le ha-

1) De una relación del P. Llausás.

bía prestado en el desempeño de cargo tan espinoso, acababa de ser admitido en la Compañía de Jesús, pues que hacía tiempo que al lado del santo Arzobispo había aprendido á despreciar todo lo terreno y deleznable para darse enteramente á Dios nuestro Señor, y así no halló dificultad en trocar sus armiños y dignidades por el hábito modesto del jesuíta, á trueque de verse más desembarazado para el divino servicio. Lo único que su magnánimo corazón sintió en esta ocasión, lo único que hizo asomar las lágrimas á sus ojos, fué el tenerse que separar de la compañía de un Prelado tan amable, santo y virtuoso y verse privado de sus nobilísimos ejemplos, pues como él mismo confesó muchos años después en una carta al Rdo. P. Clotet, de nuestra Congregación, ni en el Noviciado ni en Casa alguna de la Compañía, aunque encerraran varones muy santos, vió ejemplos más edificantes de perfección evangélica que los que le había dado el P. Claret.

Para cubrir la vacante que dejaba, el P. Claret se hubiera visto acaso en un apuro á no ser por el nombramiento providencial para la Doctoral de Cuba, que poco antes había recaído en una persona tan ilustrada y de tanta entereza como D. Dionisio González de Mendoza. Éste, que conocía ya por la fama las esclarecidas virtudes del Arzobispo de Santiago y estaba prendado de él, el 2 de Febrero de aquel año de 1856 le escribió desde la Habana cómo había sido nombrado Doctoral de su Iglesia Metropolitana, de lo cual él se felicitaba, no por la dignidad y las rentas, sino por tener la dicha de vivir al lado de tan santo Prelado. Don Dionisio era un sabio y humilde sacerdote que había nacido en Barriosuso, provincia de Palencia, el año de 1815. Pasó los primeros años en su pueblo natal, hasta que por disposición de sus padres fué á Carrión de los Condes, en donde cursó Latinidad y Humanidades. De aquí pasó á León á estudiar Filosofía, y más tarde á Valladolid, en donde terminó brillantemente la carrera de Derecho. Retirado á Saldaña, ejerció por algún tiempo la abogacía; mas luego, llamado por el Señor al santuario, se ordenó de sacerdote; fué nombrado canónigo de Puerto Rico por el Ilmo. señor Puente, Obispo de aquella diócesis, y por último Provisor. Cuando el Ilmo. Sr. Obispo Gil Gutiérrez regresó á España, quedó él con el cargo de Gobernador eclesiástico de la diócesis; durante este tiempo padeció no poco en defensa de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los sagrados derechos de la Iglesia y de la autoridad que ejercía. Harto ya de disgustos y deseoso de parar á una diócesis gobernada por tan virtuoso Prelado como el de Cuba, obtuvo, como se ha dicho, en 1856 la Doctoral de aquella Santa Iglesia Metropolitana.

A la carta que escribió al P. Claret notificándole su nombramiento, respondió éste el 15 de Febrero desde Holguín manifestándole con cuánto gusto sería por él recibido, pues conocía sus nobles prendas, y en la postdata le decía: "Para poner esta firma ha sido la primera vez que he tomado la pluma después de las heridas; aún la mano derecha está envuelta en el vendaje." Al poco tiempo de tomar posesión de su nuevo beneficio, el 6 de Junio de 1856, S. E. I. le nombró su Provisor y Vicario interinamente, y en propiedad el 8 de Octubre siguiente, fecha en que entró en el Noviciado de la Compañía el P. Juan Nepomuceno Lobo. Con este nombramiento se le hizo menos penoso á nuestro Padre el verse privado de aquel valiente y sabio coadjutor en el gobierno del Arzobispado, y no parece sino que el Señor iba disponiendo maravillosamente las cosas para los sucesos que luego debían verificarse.

6. Antes de darlos á conocer, por cuanto sirven de paso ó transición á un nuevo período de su vida, cúmplenos tornar algunos instantes á contemplarle en su vida privada é íntima, secreto de pocos conocido y en donde, no obstante, se oculta el germen de todas las acciones exteriores, y lo que es más, contiene en sí misma mayores maravillas que lo que tanto llama por de fuera la atención de los hombres, puesto que lo exterior del hombre no es sino un débil reflejo de su interior, una manifestación más ó menos brillante de los tesoros de amor, virtud y sabiduría encerrados en lo escondido del corazón. La oración era para el Siervo de Dios la verdadera respiración del alma. El tiempo que en ella invertía es difícil calcularlo, pues era casi continua y sin interrupción. A más de la hora entera de oración mental que indefectiblemente hacía todos los días por la mañana con sus familiares, gastaba en ella muchas horas de la noche, pues es muy dudoso si en aquel tiempo hacía más que pegar los ojos recostado sobre alguna silla, como lo prueba el que sus familiares, en cualquier hora de la noche, hallaban luz en su aposento, según ya se indicó en otra parte, y veían siempre la cama arreglada sin

señal alguna de haberse acostado, y cuantas veces quisieron sorprenderle espiándole por la noche, le vieron levantado ocupado en el estudio ó en la oración. Su expresivo semblante daba á conocer las altas comunicaciones que con el Señor tenía su espíritu, y en su porte exterior se le echaba de ver en todas partes que conversaba habitualmente con Él y disfrutaba su presencia soberana, de donde nacían aquellas súbitas ilustraciones que recibía del cielo, ora en la predicación, ora en las mismas conversaciones familiares; luces que, por su carácter profético, dejaban admirados á los que le rodeaban, como acaeció en las profecías antes mencionadas y en otros varios casos, en los que el Señor le revelaba los futuros destinos de las personas con quienes estaba tratando ó de otras á ellas allegadas.

Del conocimiento profundísimo que de la grandeza de Dios y de su propia nada sacaba de la oración y contemplación, provenía en él aquella mansedumbre admirable en medio de las mayores injurias; aquella paz y serenidad inalterable en medio de los contratiempos; aquella dulzura inefable pintada en la expresión de sus ojos, con que robaba todos los corazones; aquella, en fin, noble y amistosa afabilidad que atraía y encantaba á los que le trataban, de tal manera que no sabían apartarse de su lado. Por esta causa todos sus familiares se le pegaron y aficionaron tanto que, por estar junto á él, renunciaban las brillantes posiciones con que brindaron á muchos de ellos, y se ajustaban incondicionalmente á sus órdenes con tanto gusto que no había más que pedir, lo cual es tanto más admirable cuanto que estaban bien persuadidos de que por estar á su lado no crecerían ni medrarían en los bienes y honras temporales; y así, perdida toda la esperanza del lucro y medro temporal, le servían en suma pobreza y estrechez, á imitación de la que en su santo Prelado resplandecía. Todo esto consta, no sólo por el testimonio unánime de los mismos familiares, sino también por las cartas de ellos, que tenemos á la vista, escritas por los años en que el Siervo de Dios estaba en Cuba, y dirigidas unas veces al mismo Sr. Arzobispo y otras unos á otros entre sí. En todas ellas la nota saliente es encomiar de un modo ú otro las virtudes y acciones de su Prelado. En ninguna de ellas, á pesar de ser muchas en número y tratar casi todas de asuntos relacionados con el Sr. Arzobispo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se nota la más ligera queja contra él, ni la más leve censura de alguna de sus disposiciones, ni siquiera parecer contrario al que el varón de Dios hubiera manifestado en algún negocio; antes todo es alabar su prudencia, encomiar su celo apostólico, admirar el maravilloso fruto que hacía en las almas y manifestar el contento que experimentaban por poder volver, tras breve ausencia, al lado del Sr. Arzobispo.

Y este suave perfume de atracción se extendía á todos los fieles, los cuales se consideraban dichosos en oir, encaminada á ellos, una dulce palabra, ó gozar de una amable sonrisa de sus labios. Sólo los impíos y malvados que, teniendo el corazón corrompido, cerraban obstinados las puertas al arrepentimiento, no podían sufrir aquella presencia angelical, porque delante del Siervo de Dios, como si se miraran en un espejo, veían claramente la horrible fealdad de sus almas, sentíanse como anonadados, y el gusano roedor de sus conciencias los atormentaba sobremanera; mas como apegados á sus vicios no se veían con fuerzas para triunfar de las pasiones y el orgullo que los dominaba no les permitía humillarse, enfurecíanse contra el P. Claret, huían de su presencia y deseaban verle desaparecer de la tierra para que no les inquietara en sus inicuos placeres. Empero la sencilla muchedumbre se acercaba á él con confianza, besábale con respeto el anillo y las vestiduras y no se hartaba de mirar aquel semblante divinamente hermoso por la modestia y santidad que en él se reflejaba. En algunos casos particulares, como solía acaecer cuando en los recreos trataba, según costumbre, del amor de Dios á los hombres, su semblante parecía mudarse por grados hasta adquirir un aire tan celestial, que tenía dulcemente arrobados y suspensos á sus compañeros. Nunca éstos, á pesar de la extremada mansedumbre, bondad y condescendencia con que los trataba, se atrevieron á faltarle en lo más mínimo al respeto; antes de tal manera les imponía la santidad que resplandecía en todas sus acciones y en todos sus miembros, que sin dejar de tratar y manifestarse con él con la confianza de hijos, le reverenciaban y se componían en su presencia de manera que no pudiera notar en ellos la más ligera falta; ni era esto sólo, pues de varios nos consta que guardaban ya entonces prendas suyas como reliquias de un Santo. Todo ello era efecto de la unión habitual que el P. Claret tenía con Dios, á quien tenía presente en todas sus cosas, por quien obraba cuanto hacía y á cuya gloria enderezaba hasta las respiraciones y los latidos de su corazón.

Una prueba fehaciente de la perfección á que el Siervo de Dios había llegado en Cuba, tenemos en la relación sellada y firmada por el actual Obispo de Córdoba, en donde se cuentan algunas cosas extraordinarias que el Señor obró en Cuba para dar á entender la santidad de su Siervo y de las que fué testigo ocular el Sr. D. Fernando Agullana, que fué varias veces compañero de Misión del P. Claret. El documento es tan interesante, que merece trasladarse íntegro. Dice así:

"19 de Marzo de 1892.—Recuerdo que en el año de 1860, si la memoria no me es infiel, conocí en Cádiz al Excmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret y tuve ocasión de admirar sus heroicas virtudes, su vida mortificada y penitente y su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Residía entonces en aquella ciudad mi buen amigo el señor D. Fernando Agullana, compañero que fué de Misión del venerable P. Claret, y ponderando yo la vida ejemplar de este señor, me dijo dicho religioso: "El P. Claret es un Santo. Le „he visto más de una vez en oración elevarse sobre el suelo á „la altura próximamente de dos metros, y en cierta ocasión „(no recuerdo el sitio), íbamos de Misión y nos encontramos á „la caída de la tarde sin poder llegar al pueblo adonde nos di„rigíamos, por impedirlo un riachuelo que llevaba gran cau„dal de agua, y era imposible vadearlo. Los conductores y „otras personas que nos acompañaban, unos en tartana y „otros en caballerías, dijeron que era imposible atravesar el „río, y el P. Claret contestó que precisaba llegar al pueblo „para dar comienzo á la Misión, y de pronto oímos gran ruido „de campanillas y nos encontramos con la tartana y las caba„llerías al otro lado del riachuelo, lo cual fué un milagro pa„tente. El P. Claret, oyendo nuestras exclamaciones, nos hizo „callar, y aquella noche comenzamos la Misión anunciada.„ He transcrito las palabras tales como las recuerdo, pues se me quedaron muy impresas en la memoria.= *Sebastián,* Obispo de Córdoba.„

Mas no se crea que por hallarse ya en tan levantada cumbre de perfección y por volar tan alto en sus contemplaciones descuidaba el ejercicio de las virtudes y el acomodar to-

dos los movimientos ó afectos de su ánimo á la voluntad de Dios, que es el fruto práctico de la meditación y contemplación; antes esto era en lo que ponia mayor empeño, como se verá discurriendo por los propósitos, luces y afectos que hizo en los años de su permanencia en Cuba. De lo que sobre esto anotó el Siervo de Dios en los ejercicios del año 1851, se habló ya en otra parte, y así aquí tan sólo hablaremos de lo escrito en los ejercicios de los años posteriores. Las contrariedades que á los principios del 1852 experimentó el Siervo de Dios de parte de algunos que por su posición debian favorecerle y secundar sus planes, fueron sin duda la causa por que en los propósitos hechos en los ejercicios de aquel año, que llevan la fecha del 20 de Abril, figura en primer término el de no poner su confianza para el éxito de sus tareas apostólicas en las autoridades civiles, acerca de las cuales resolvió observar la prudente conducta de aceptar y recibir muy bien la ayuda que espontáneamente le ofrecieren, y de no inquietarse, sino permanecer tranquilo, aunque no le favoreciesen, y hacer él de su parte lo que pudiere, dejando lo demás al cuidado del Señor.

Como de suyo tenía un carácter colérico, por más que á primera vista, por lo mucho que en él se había moderado, pareciese enteramente lo contrario, propuso también no incomodarse ni hablar á nadie con aspereza, sino con mucha dulzura y mansedumbre, para lo cual determinó reprimir hasta los primeros movimientos de ira que asomasen en su alma. Así es como llegó á tanta perfección en esta virtud, que, como otro San Francisco de Sales, parecía hecho de miel por la suavidad con que trataba y conversaba con todos, y por las maneras fáciles y agradables con que ejecutaba todas las cosas. Y porque en ese año estaba en el fervor de sus predicaciones y comenzaba más que nunca á notarse el movimiento extraordinario levantado por ellas en la Isla, resolvió no hablar nunca de sus sermones para estar más lejos de cualquier asalto de vanidad ó de vana complacencia.

Una de las cosas que ya entonces atormentaban su espíritu era la fuerte inclinación que sentia á renunciar el Arzobispado; pues como lo había aceptado con suma repugnancia y sólo por obedecer, siempre fué inclinado á dejarlo para tornar á su vida humilde y menos honrosa á los ojos del mundo. Aunque estas inclinaciones nacian en él de humildad, pensó que

por ventura el demonio intentaba valerse de ellas para hacerle algo remiso en el cumplimiento del elevado cargo episcopal; y así, para cerrar esta puerta al enemigo, propuso no hablar de renuncia, ni siquiera pensar en ello, sino trabajar con todas sus fuerzas en el recto desempeño de los oficios á que su dignidad le obligaba, porque, decia, el Señor, que me ha puesto en este cargo, me sacará de él cuando quisiere. Última resolución de estos ejercicios fué la expresada en esta breve nota de gran perfección: "Deseo el martirio, y, por tanto, sufriré las penas con ánimo de prepararme á este sacrificio."

Por los propósitos y observaciones de los ejercicios de 1853 se deja entender que su inclinación á dejar el Episcopado no había cesado aún á pesar de los propósitos del año anterior, y como esta persistencia le hiciera sospechar la voluntad de Dios en este asunto, para salir de toda duda y no inquietarse entretanto, escribió entre las resoluciones de aquel año: "Pediré la renuncia; pero me quedaré indiferente, tan contento de una cosa como de otra. En caso de poder escoger, elegiré lo más pobre, lo más humillante y doloroso, y cuando padezca alguna pena, persecución ó calumnia, me callaré, daré gracias á Dios y rogaré por los calumniadores." ¡Cuán bien lo cumplió cuando la impiedad le hizo en Madrid, como veremos, blanco de sus mordaces sátiras y de toda suerte de calumnias! Para animarse á abrazar la cruz de Cristo tenía escritas algunas sentencias de profunda y divina filosofía, tales como éstas: —Es gran valor sufrir sin murmurar, y gran sabiduría oir con paciencia. — Debemos mantener el puesto ú oficio que Dios nos ha señalado, luchando hasta morir, sin temer las consecuencias: lo único que hemos de temer es obrar injustamente. — Si queréis llegar á una grande virtud, no os elevéis en la grande estimación de vosotros mismos; creed que nada haréis, y lo haréis todo.

En los propósitos de 1854 se entrevén las persecuciones que le movian sus enemigos, los cuales, por este tiempo, trabajaban con ardor para destruir sus planes y derribar al Capitán general de la Habana, el digno marqués de la Pezuela, que los favorecia. Para levantar su ánimo y no decaer de espíritu, á pesar de todos los obstáculos, hizo este heroico propósito: "No desistiré por las persecuciones, calumnias ó contradicciones: cuanto más, mejor... Procuraré sufrir callando, alegrarme en

las penas, desear padecer más, dar gracias á Dios por las penas que me envía, y á los malos, porque me ayudan á ir al cielo, excusarlos lo posible y rogar á Dios por ellos.„

Receloso de que sus inclinaciones á dejar el Arzobispado nacieran de las muchas persecuciones, penas y trabajos que entonces le abrumaban, cuidó de fortalecer la inclinación contraria con el ejemplo de los santos Obispos de otros tiempos. "Venero mucho, — escribía á este propósito, — á los señores que renunciaron; pero la regla que debemos seguir es la que siguieron los santos Obispos canonizados por la Iglesia, los cuales, comunmente, no renunciaron, sino que cumplieron bien con su ministerio dando la vida por sus ovejas.„

En los propósitos de 1855 dejó el Siervo de Dios documentos de altísima perfección. "Si hablan, — dice, — mis enemigos por ligereza, no he de hacer caso: no sabe reinar quien no sabe disimular. Si hablan por malicia, he de perdonarlos: cuanto más santo es un hombre, tanto es más contrariado de parte de Dios y de parte del mundo. De parte de Dios, que le prueba como á Tobías, Job, Abraham y otros. De parte del mundo, ya porque está diametralmente opuesto á lo que él hace, y por lo mismo ha de chocar más, ya también porque Dios se sirve de los mundanos como de instrumentos para pulir nuestra alma. Son nuestros maestros, y como á tales los he de amar y pagar su salario con oraciones y dinero. Con oraciones, como lo hacían Jesucristo, San Esteban y otros Santos; con dinero, haciéndoles limosnas á imitación de los Santos, que dieron dinero á los calumniadores y verdugos.„ Acerca de la crítica de que son objeto las obras que se hacen, anotó esta admirable regla de conducta, que él observaba con toda puntualidad: "Si critican la obra porque se ha hecho mal, enmiéndese. Si porque se ha hecho bien los malos la censuran, no darle importancia. Si se ha hecho bien y la censuran y critican los buenos ó amigos porque lo comprenden mal, en este caso y en todos callar y ofrecer á Dios la pena.„

El ejercicio de la presencia de Dios, la confianza en Él, la mansedumbre y la humildad forman el objeto de los propósitos que hizo el santo Prelado en los ejercicios espirituales de 1856. Sobre la presencia de Dios renueva lo propuesto en los años anteriores; sobre la confianza en Él dice sencillamente: "Pensaré lo que sentí en la oración de la Samaritana sobre

aquellas palabras: *Ego sum:* "yo soy„; con las cuales le comunicó la fe, el dolor de los pecados y la gracia y celo de predicar y hacer conocer á Jesús.„ Acerca de la mansedumbre escribió estas palabras: "No hay inquietud exenta de culpa, por natural que parezca, ni apetito legítimo que no convenga á veces refrenar.„

Entre las varias reflexiones que se hace para el ejercicio de la virtud de la humildad, la que sigue es ingeniosísima y muy bien fundada. "Me figuraré, — dice, — que soy como un cuadro en que Dios ha pintado su imagen y semejanza; miraré detenidamente este cuadro por delante, y daré gracias á Dios *porque obra en mí cosas grandes el que es Todopoderoso.* Miraré el cuadro por detrás, en que está mi retrato, así como delante está el de Dios. Detrás de un cuadro no se ven sino listones y tachuelas que aguantan un lienzo manchado. Los listones son mis defectos, las tachuelas mis imperfecciones, la tela es mi vida y las manchas son mis obras buenas; pues, como dice Dios, *nuestras obras justas son como un trapo asqueroso.* Miraré á todos como cuadros y retratos que son de Dios: á ellos miraré por delante, y los apreciaré y veneraré; y á mí me miraré por detrás, y me humillaré y despreciaré. En ellos siempre miraré sus buenas cualidades, y en mí las malas, como lo hacía San Francisco.„

¿Qué de extrañar es que quien desde este punto de vista miraba las cosas fuera tan benigno, amable é indulgente con toda clase de personas, y sólo consigo áspero y riguroso? Sobre tan hondos y sólidos cimientos de humildad levantó en Cuba tan alto el edificio de la perfección, que la fama de su santidad era común, no sólo en su Arzobispado, sino en toda la Isla, como podría largamente probarse por las declaraciones de muchísimas y respetables personas que entonces vivían en aquella rica colonia de España. Prescindiré aquí del testimonio de sus familiares, los cuales están todos contestes en afirmar que el pueblo le llamaba vulgarmente *el Santo* y que todas las personas de virtud le tenían por tal; pasaré por alto las cartas que tenemos de los Excmos. é Ilmos. Arzobispos y Obispos de Santiago de Cuba, la Habana y Puerto Rico, en las que tan respetables Prelados claramente expresan el elevado concepto que de la santidad del Siervo de Dios tenían, y cómo ésta era opinión común en todos los que en Cuba le co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocieron, pues no quiero cansar al fatigado lector con repetidos testimonios de lo que ya sabe; sólo citaré un párrafo de la carta que el Rdo. P. Pablo Valier, de nuestra Congregación, antiguo Visitador de nuestras Casas en la República de Chile, escribió el 11 de Julio de 1880, por los curiosos datos que contiene. "Asegúrame, — dice, — la Madre Enriqueta Purroy, que durante el tiempo que nuestro Padre estuvo en Cuba se hallaba en la ciudad de la Habana, ser allí voz común entre las personas de verdadera piedad que el Arzobispo era santo, que se admiraban de la heroicidad de sus virtudes, y que tenían cierta complacencia y satisfacción en conocer á uno de esos hombres extraordinarios que Dios no envía sino de tiempo en tiempo á su Iglesia. Díceme que cuando el Padre Rector de la Compañía predicaba á las niñas del Colegio donde se encontraba esta religiosa, proponía á nuestro Padre como modelo de virtud, le comparaba con San Carlos Borromeo y les decía que habían conocido un santo que la Iglesia llegaría á canonizar. Esta misma religiosa me dijo una vez que se decía de público que el Sr. Arzobispo contenía los temblores de tierra aplicando al suelo su mano. El P. Francisco Javier Hernáez, de la Compañía de Jesús, en su monumental colección de Bulas, Breves, etc., pertenecientes á la América, pone la serie de todos los Prelados de esta parte del mundo. He leído varios de sus catálogos, y aunque distingue con elogios de virtud á algunos Prelados, en lo que es muy parco, sólo tras del nombre de nuestro querido Padre añade: *Murió en olor de santidad*."

Tres Padres jesuítas del Colegio de la Habana, donde, como se verá, estuvo el Sr. Claret, con fecha 27 de Noviembre de 1880 escribieron lo que sigue: "El Rdo. Padre Visitador Juan Nepomuceno Lobo, sabiendo que este Colegio poseía algunos objetos que pertenecieron al difunto Sr. Claret, dispuso se conservasen con sumo cuidado en la esperanza de que un día serán reliquias de un Santo."

CAPÍTULO X

CÓMO FUÉ LLAMADO EL SEÑOR CLARET Á ESPAÑA, Y DE SU VIAJE Á LA PENÍNSULA

1. Predice su llamamiento á Madrid.—Visita á Baracoa.—Última Misión del Siervo de Dios en Cuba.—La Reina le llama á Madrid.—Conjeturas que se hicieron sobre el fin de este llamamiento.—2. Sale de Santiago y se detiene en la Habana.—Cómo aprovechó el tiempo en esta capital.—Cura con su bendición á un moribundo.—Tranquiliza en pocas palabras á un alma que hacía años padecía muchos escrúpulos.—Encuentro providencial con el que había atentado contra su vida.—Ejemplos de humildad que dió en el Colegio de los jesuítas de la Habana.—Testimonios de afecto que dió al Siervo de Dios la ciudad de la Habana.—3. Se embarca en el vapor *Pizarro* para la Península.—Vaivenes de la navegación y pruebas de amor y respeto que recibió durante ella.—Llega á Cádiz, y recepción cariñosa que le dispensó el Ilmo. Arbolí.—Pide éste al Siervo de Dios unos Apuntes sobre los deberes del Prelado, y elogios que hizo de ellos.—Llegada del P. Claret á Madrid.

1. Algunos meses después de haber recibido la respuesta del Sumo Pontífice Pío IX, en que le decía ser su voluntad que continuase en el Arzobispado, á no ser que estuviera en peligro su vida, el Siervo de Dios, que por divina revelación sabía ya lo que dentro de poco había de acaecer, resolvió continuar con la carga hasta que el Señor dispusiese lo contrario. Así, pues, restablecido completamente de sus heridas, á mediados de Febrero de 1857 emprendió la santa visita pastoral de la jurisdicción de Baracoa, que era un punto en el que había estado una vez menos que en las demás partes de su diócesis. Antes de partir dijo á sus familiares: "Voy á hacer esta visita, porque de no ir pronto tendré que dejarla sin hacer"; y luego, dirigiéndose á D. Dionisio González, su nuevo Provisor, á quien acababa de nombrar Gobernador eclesiástico para mientras durase aquella ausencia, añadió con una sonrisa dulce y significativa: "Entérese Ud. bien de los asuntos del Gobierno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocieron, pues no quiero cansar al fatigado lector con repetidos testimonios de lo que ya sabe; sólo citaré un párrafo de la carta que el Rdo. P. Pablo Valier, de nuestra Congregación, antiguo Visitador de nuestras Casas en la República de Chile, escribió el 11 de Julio de 1880, por los curiosos datos que contiene. "Asegúrame, — dice, — la Madre Enriqueta Purroy, que durante el tiempo que nuestro Padre estuvo en Cuba se hallaba en la ciudad de la Habana, ser allí voz común entre las personas de verdadera piedad que el Arzobispo era santo, que se admiraban de la heroicidad de sus virtudes, y que tenían cierta complacencia y satisfacción en conocer á uno de esos hombres extraordinarios que Dios no envía sino de tiempo en tiempo á su Iglesia. Díceme que cuando el Padre Rector de la Compañía predicaba á las niñas del Colegio donde se encontraba esta religiosa, proponía á nuestro Padre como modelo de virtud, le comparaba con San Carlos Borromeo y les decía que habían conocido un santo que la Iglesia llegaría á canonizar. Esta misma religiosa me dijo una vez que se decía de público que el Sr. Arzobispo contenía los temblores de tierra aplicando al suelo su mano. El P. Francisco Javier Hernáez, de la Compañía de Jesús, en su monumental colección de Bulas, Breves, etc., pertenecientes á la América, pone la serie de todos los Prelados de esta parte del mundo. He leído varios de sus catálogos, y aunque distingue con elogios de virtud á algunos Prelados, en lo que es muy parco, sólo tras del nombre de nuestro querido Padre añade: *Murió en olor de santidad*."

Tres Padres jesuítas del Colegio de la Habana, donde, como se verá, estuvo el Sr. Claret, con fecha 27 de Noviembre de 1880 escribieron lo que sigue: "El Rdo. Padre Visitador Juan Nepomuceno Lobo, sabiendo que este Colegio poseía algunos objetos que pertenecieron al difunto Sr. Claret, dispuso se conservasen con sumo cuidado en la esperanza de que un día serán reliquias de un Santo."

CAPÍTULO X

CÓMO FUÉ LLAMADO EL SEÑOR CLARET Á ESPAÑA, Y DE SU VIAJE Á LA PENÍNSULA

1. Predice su llamamiento á Madrid.—Visita á Baracoa.—Última Misión del Siervo de Dios en Cuba.—La Reina le llama á Madrid.—Conjeturas que se hicieron sobre el fin de este llamamiento.—2. Sale de Santiago y se detiene en la Habana.—Cómo aprovechó el tiempo en esta capital.—Cura con su bendición á un moribundo.—Tranquiliza en pocas palabras á un alma que hacía años padecía muchos escrúpulos.—Encuentro providencial con el que había atentado contra su vida.—Ejemplos de humildad que dió en el Colegio de los jesuítas de la Habana.—Testimonios de afecto que dió al Siervo de Dios la ciudad de la Habana.—3. Se embarca en el vapor *Pizarro* para la Península.—Vaivenes de la navegación y pruebas de amor y respeto que recibió durante ella.—Llega á Cádiz, y recepción cariñosa que le dispensó el Ilmo. Arbolí.—Pide éste al Siervo de Dios unos Apuntes sobre los deberes del Prelado, y elogios que hizo de ellos.—Llegada del P. Claret á Madrid.

1. Algunos meses después de haber recibido la respuesta del Sumo Pontífice Pío IX, en que le decía ser su voluntad que continuase en el Arzobispado, á no ser que estuviera en peligro su vida, el Siervo de Dios, que por divina revelación sabía ya lo que dentro de poco había de acaecer, resolvió continuar con la carga hasta que el Señor dispusiese lo contrario. Así, pues, restablecido completamente de sus heridas, á mediados de Febrero de 1857 emprendió la santa visita pastoral de la jurisdicción de Baracoa, que era un punto en el que había estado una vez menos que en las demás partes de su diócesis. Antes de partir dijo á sus familiares: "Voy á hacer esta visita, porque de no ir pronto tendré que dejarla sin hacer"; y luego, dirigiéndose á D. Dionisio González, su nuevo Provisor, á quien acababa de nombrar Gobernador eclesiástico para mientras durase aquella ausencia, añadió con una sonrisa dulce y significativa: "Entérese Ud. bien de los asuntos del Gobierno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque podrá convenirle estar enterado.„ Ninguno de los presentes supo por entonces explicarse ni éstas ni las anteriores palabras, pues nada absolutamente hacía prevér ni lo uno ni lo otro que en las citadas expresiones se contenía, aunque bien las comprendieron poco después, cuando los sucesos vinieron á aclararlas. Mas no se crea que el Siervo de Dios las refiriese á los deseos que tenía de padecer martirio, y que por lo referido en el capítulo anterior podían acaso muy pronto cumplirse; pues sus enemigos andaban en Cuba, ahora más que nunca, poniéndole asechanzas, porque ya mucho antes él había declarado más en particular lo que había de ser en una carta dirigida al Padre Superior de nuestra Casa-misión de Vich, el reverendo P. Esteban Sala, en la cual se leen estas textuales palabras: "Tengo un presentimiento de que me llamarán á Madrid.„

La visita á Baracoa fué felicísima y muy fructuosa para todos sus habitantes, aunque al Siervo de Dios se le desarrolló de tal suerte una inflamación que tenía en los ojos, que apenas podía ver. Mas no por esto suspendió las tareas del confesonario, de la predicación y de responder verbalmente á las muchas consultas que le hacían. Vuelto á Santiago al mes siguiente, que era el de Marzo, comenzó, con motivo de la Cuaresma, á predicar una Misión en la iglesia de San Francisco. Nadie sospechaba que aquélla hubiese de ser la última Misión dada por el santo Arzobispo en Cuba, y que ni siquiera podría terminarla.

El día 18 del indicado mes, mientras S. E. I. se hallaba en la dicha iglesia predicando, recibió á mano una esquela, que guardó para leerla después. Terminada la función se dirigió inmediatamente á su Palacio arzobispal, acompañado, como de costumbre, por los canónigos, y después de haber conversado un rato amigablemente con ellos, se despidieron; pero el señor Claret hizo detener á su Provisor D. Dionisio González, á quien, después de introducirle en su gabinete, entregó la esquela, diciendo: "Hágame Ud. el favor de leer esa esquela, que han traído mientras estábamos en el sermón, porque yo con dificultad la leería.„ Era ésta del comandante de Santiago, señor Vargas, é iba acompañada de otra del Capitán general, Sr. Concha, que en substancia decía: "S. M. la Reina desea que V. E. pase inmediatamente á Madrid. Creo que será para

hacerle Arzobispo de Toledo. Mañana le enviaré la orden y pondré un buque á su disposición.„

Grande fué la sorpresa, tanto del Arzobispo como de sus familiares, al saber lo contenido en la esquela, bien que el primero, como había tenido revelación del Señor de que no permanecería en Cuba más allá de seis años, y aun de que sería llamado á Madrid, como ahora se estaba verificando, no tanto se maravilló del llamamiento cuanto del extraño silencio que en la esquela se guardaba acerca del fin ú objeto para que era llamado. Ni el mismo Capitán general lo sabía, como se traslucía bien por la misma esquela; las conjeturas hechas por el Sr. Concha de que el fin era hacerle Arzobispo de Toledo, suponían la muerte del cardenal Bonel y Orbe, que ocupaba aquella Silla, y por este medio tan indirecto fué como el Siervo de Dios tuvo la primera noticia del fallecimiento de tan esclarecido Purpurado. Las sospechas, empero, del Capitán general no tenían otro fundamento que el afecto que suponía tener la Reina al P. Claret por la fama de su apostólico celo, del que tenía informes muy favorables de las autoridades de la Isla. Por lo demás, claro es que si la llamada hubiese tenido semejante objeto, no se hubiera verificado por lo menos antes de que el interesado hubiera manifestado su consentimiento para la promoción, según es práctica hacerlo, y aun quizá hasta después de haber recibido las Bulas apostólicas. No obstante, aunque por este lado fueran infundadas las conjeturas del Sr. Concha, consta por otros conductos que S. M. le había presentado para la Silla de Toledo, pero desistió en vista de la oposición del Gobierno, que se apresuró á llamar al Padre Cirilo Alameda, Arzobispo de Burgos, para tan elevado puesto (1). El P. Claret pensó por un momento si sería para reprenderle por su empeño en mejorar las costumbres y las leyes de Indias, y otros hicieron otras suposiciones, casi todas

(1) Que la Reina pretendió hacer al P. Claret Arzobispo de Toledo, es indudable. He visto una carta del Siervo de Dios, en que él mismo lo asegura, y he aquí en qué términos: "S. M. quería que fuese Arzobispo de Toledo; pero, gracias á Dios, me he escapado. Dios quiera que me pueda escapar de todos los demás puntos; mi intención es de ser Arzobispo *in partibus*, y así estaré más libre para mis planes, que son de fijarme en una casa, en que viviré con algunos compañeros sacerdotes para dedicarnos enteramente á las Misiones y ejercicios espirituales por toda España.„ (Carta del Siervo de Dios á D. Antonio Barjau, 8 de Junio de 1857.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy favorables al Siervo de Dios. No faltó entre sus familiares quien, después de haberse enterado que el Emmo. Sr. Bonel y Orbe desempeñaba además en vida el cargo de confesor de S. M., juzgase con más acierto que acaso la Reina le llamaba para ejercer tan difícil cargo; pero así y todo, no dejaba de ser pura sospecha, y la incertidumbre era la misma.

La situación del P. Claret en este trance era en verdad angustiosa. Haciasele muy cuesta arriba ir á la corte de España, y más con el temor de que se le empleara en ella. Sus inclinaciones nada tenían de cortesanas y palaciegas, y sería para él un verdadero martirio el tener que pasar las horas en lo que otros tienen á honra y ambicionan desmedidamente. A esto se juntaba el sentimiento de abandonar las muchas obras que para la gloria de Dios tenía comenzadas en Cuba, y que empezaban ya á dar felices resultados. Mas como su intento principal era hacer en todas las cosas la voluntad de Dios, pidió parecer á su director espiritual sobre el modo como había de responder á las súplicas de la Reina. La respuesta, le dijo aquél, ha de ser ir á Madrid, porque las súplicas de los Reyes son como preceptos, pues el desatenderlas ó no hacer caso de las mismas podría traer graves perjuicios á la Iglesia.„

—Basta, —respondió el P. Claret; quien resuelto á verificarlo sin atender á sus afecciones y deseos, pasó inmediatamente á proveer los oficios eclesiásticos de la diócesis para que con su ausencia no se entorpeciesen los negocios. Nombró Gobernador eclesiástico á D. Dionisio González, y puestas en orden todas las cosas, deseaba partir ya al día siguiente; mas los familiares, aunque con gran trabajo, le detuvieron cuatro días más para que hubiera tiempo para hacerle una sotana y capa nuevas, de que tenía absoluta necesidad, pues la que llevaba no era ya decente, de vieja y remendada.

2. El día 22 se embarcó para la Habana en el vapor correo que salía para Cádiz. La ciudad entera de Santiago bajó á despedirle al puerto con interminables demostraciones de sentimiento por temor de que ya no tornarían á ver más á su buen Prelado. Sus familiares de un modo especial experimentaron una profunda tristeza en tener que separarse de él, y deseaban acompañarle; pero era tal el respeto y la obediencia con que cumplían sus insinuaciones, que permanecieron todos en sus respectivos puestos, acatando los deseos de S. E., quien al

partir, dirigiéndose de una manera especial á D. Antonio Barjau y al P. Galdácano, les suplicó continuaran al frente del Seminario hasta que fuese allí su sucesor en el Arzobispado. Seis días tardaron en llegar á la Habana, pues el vapor *Cuba*, en que iba, se vió forzado, á causa de las frecuentes lluvias, á detenerse en los puertos de Baracoa, Gibara y Nuevitas. Por fin, el 28, á las once de la mañana, arribaron felizmente á la capital de la Isla, en donde también hubo de aguardar algunos días mientras llegaba el buque en que había de ir á la Península. Se hospedó durante una semana en el Colegio de los Padres jesuítas, los cuales recibieron con ello un gran consuelo por poder contemplar de cerca los virtuosos ejemplos de tan santo Prelado.

Durante los catorce ó quince días que permaneció en la Habana no estuvo ocioso un solo instante; predicó todos los días la palabra de Dios en los diferentes templos de la ciudad, con asistencia de innumerable concurso que le oía con religiosísimo silencio; oyó en confesión á las personas más principales de la población; dió la primera comunión á la hija del Capitán general, la actual y virtuosísima marquesa de Tavara, á la que acompañó su buena madre en tan celestial convite, y respondió á las muchas consultas que le hicieron personas de todas jerarquías (1). También merecen notarse algunas cosas extraordinarias que en este breve tiempo le acaecieron y que llenaron de asombro á los que de ellas fueron testigos. Primeramente es digno de considerarse el hecho que se refiere en una carta firmada por tres Padres jesuítas del Colegio de la Habana, que se hallaban ya en él cuando el P. Claret pasó por allí en dirección á España. "Hallándose, —escriben, —el excelentísimo Sr. Claret en este Colegio de Belén en 1857, como al colocarse el monumento el Martes Santo se hubiese caído de cabeza un mozo desde lo alto de la armazón sobre una escalinata de piedra, retirándole á la enfermería con pocas esperanzas de que pudiera vivir, acercóse el dicho Sr. Clarét á verlo, y dándole la bendición comenzó desde el momento á mejorar hasta su completa curación. Esto atestigua haber visto el P. Antonio Tensa. Se halla también consignado en el libro diario del Ministro con fecha 7 de Abril (2).„

(1) Apuntes del Sr. Claret.
(2) Carta de los Padres Gallo, Royo y Santos, del 27 de Noviembre de 1880.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En otra carta que el P. Legarra, también jesuita, escribió al Rdo. P. Vallier, de nuestra Congregación, se refieren dos hechos notables. "En el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, — dice, — al pasar por la Habana, observé, entre otras cosas, que Dios nuestro Señor le había dotado con un gran don de poder aquietar las conciencias agitadísimas y sumamente escrupulosas, porque habiéndome pedido licencia para confesarse con dicho señor un caballero anciano, á quien no habíamos podido tranquilizar durante muchos años varios confesores, con pocos minutos que le tuvo á sus pies le envió tan contento y sosegado, que en los varios meses que seguí dirigiéndole no me parecía el mismo; tanta era la calma que le comunicó... No menos sencillo en su trato que recto y circunspecto en todo su porte, robaba el corazón á cuantos se le acercaban con buena fe y sin preocupaciones, y era tal el dominio de que disfrutaba sobre los movimientos de su alma, que no puedo dejar de referir lo que le pasó cierto día en nuestro Colegio ya citado de Belén á su paso para Cádiz. Había por aquel tiempo varios presidiarios ocupados en el trabajo de las paredes del comedor de los niños, y entre ellos el asesino que había herido á S. E. en Holguín durante la visita pastoral; al dirigir á todos palabras de aliento, estuvo tan lejos de inmutarse con la presencia del malhechor, que se hallaba harto cercano al Sr. Arzobispo, que no fué el que menos pudo aprovecharse (1).„

El buen olor de Cristo que dejó el Siervo de Dios en el Colegio de los Padres jesuítas hizo honda impresión en todos los ánimos, y todavía hoy se recrean con el recuerdo de los maravillosos ejemplos que les dió. Como prueba de ello basta anotar el afán con que todos los dichos Padres y muchas otras personas de la Habana trajeron millares de estampas para que el Siervo de Dios pusiera en ella su firma y rúbrica, como lo hizo, lo cual hacían aquellos benditos Padres con el intento de guardarlas como reliquias. El Viernes Santo, en acabando de comer con los Padres de la Compañía, besó los pies á todos los de la Comunidad, acto que enterneció sobremanera, estremeciéndose muchos al ver tanta humildad en un Prelado (2).

(1) Carta del P. Legarra, de la Compañía de Jesús, al Rdo. P. Vallier, de nuestra Congregación, 16 de Diciembre de 1850.

(2) Apuntes del muy ilustre D. Felipe Rovira, del 14 de Febrero de 1850.

Otro día que fué á visitar á los Padres de la Compañía, llegada la hora de comer, pidió humildemente al P. Rector permiso para servir á sus religiosos en la mesa; y como el Padre Rector, admirado de tal demanda, no accediese, volvió á pedírselo de rodillas y por amor de Dios cuando ya la Comunidad había entrado en el refectorio. A esta nueva petición el Padre Rector no pudo negarse, y el santo Prelado, con edificación de todos, sirvió á la mesa como si fuera el último de los Hermanos coadjutores (1).

Si con estos y otros actos parecidos dejó sumamente edificados á los Padres de la Compañía y les robó el corazón, acaeció otro tanto con los habitantes de la populosa ciudad, como puede apreciarse por el apreciable documento que publicaron varios periódicos de aquel año en Cuba y en la Península, y por lo que un testigo de vista escribió en la *Revista Católica* correspondiente al mismo año. "En los pocos días, — dice éste último, — que estuvo en la Habana, puede decirse que la población entera no tuvo otro pensamiento ni más ocupación importante que correr en pos del buen Pastor. Hospedóse en el Palacio del señor Obispo, Excmo. Sr. Fleix: el domingo de Ramos celebró de pontifical; pasó la Semana Santa en el Colegio de los Padres Jesuítas; apenas quedó iglesia en que no predicara. En el último de los sermones, despidiéndose, dijo con efusión: "Adiós, hijos míos, hasta la gloria.„ El Sr. Obispo y clero estuvieron á despedirle hasta la embarcación.„ No pareciendo al pueblo de la Habana testimonio suficiente de amor el bajar á despedirle en apretado haz al puerto y los entusiastas vivas que allí le dieron; quiso manifestarle por escrito su amor y respeto para que sirviera al santo Prelado de perpetuo recuerdo. El documento que le entregaron, firmado por las personas principales de la ciudad, en nombre de las demás, decía así:

"Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: El pueblo devoto de la Habana, por medio de los que suscriben, quiere dejar consignado del modo más solemne el profundo respeto y amor que V. E. I. le ha inspirado en el breve tiempo que ha tenido la dicha de poseerle. Sí, venerando Apóstol de Jesucristo; permitidnos que, postrados á vuestras plantas, os pidamos que

(1) Carta del P. Leandro González, del 5 de Abril de 1887.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

elevéis vuestras preces tan aceptas al Señor por este pueblo piadoso, y especialmente por los que en su nombre os dirigen su humilde voz, para que sobre todos y cada uno de ellos descienda la bendición del cielo; ya que partís, tal vez para siempre, acoged con benevolencia, cual amante Padre, los votos de vuestros cariñosos hijos que se agrupan en torno vuestro, y con las lágrimas del más puro amor os entregan su corazón, rogando al cielo lleguéis felizmente á las playas de la patria y os colme de sus infinitas misericordias durante vuestra preciosa vida.—Habana y Abril 12 de 1857.„ Siguen las firmas, entre las cuales figuran la del Marqués de la Real Proclamación, la del Conde de Peñalver, la de la Condesa viuda de Villanueva, la de la Condesa de O'Reilly, la de la Marquesa de la Real Compañía, la del Regidor perpetuo del Ayuntamiento, la del Sr. Ramírez, de la Real Universidad literaria, y otras muchas que sería largo enumerar. Pruebas de tan acendrado cariño y respeto sólo las dan los pueblos á los Santos, y ésta era en verdad la corriente mágica que conmovió en tan pocos días las fibras del amor y del entusiasmo del pueblo de la Habana en favor del P. Claret.

3. Embarcado el día 12 de Abril en el vapor de guerra *Pizarro*, salió para España ignorando la suerte que en ella le cabría, pero descansando tranquilo en la amorosa providencia del Señor. En Cayo Sal fué necesario detenerse porque el buque hacía mucha agua y no acertaban los marineros á ver el punto por donde se introducía. Al cabo de dos días, pasados en angustiosa zozobra, el Sr. Arzobispo les mostró un grifo roto ó descompuesto, que era por donde el líquido entraba. Pero Dios nuestro Señor, que parece intentaba probar la paciencia de los pasajeros, permitió que apenas tapado el grifo de la máquina varase el barco de modo tan espantoso, que todos creyeron que con la fuerza de la máquina se abría. Después de una hora de trabajar con increíbles esfuerzos y de echar al agua la mitad del carbón, el buque salió del apuro como por milagro. El 25 llegaron á las islas Bermudas, en donde se proveyeron los marineros de carbón y desde donde el P. Claret escribió una carta á su Provisor D. Dionisio, dándole cuenta de lo que llevaban de navegación. Tocaron en las islas Terceras, pertenecientes á Portugal; pero un desgraciado accidente los afligió en este punto, pues respondiendo al saludo que hizo al buque la ciudad de Fayal, murieron dos artilleros. Para hacerles las exequias saltaron á tierra, en donde fueron muy bien tratados por los portugueses. En el breve tiempo que el *Pizarro* estuvo detenido en el puerto de Horta, el Ayuntamiento de esta población dirigió al Sr. Arzobispo una entusiasta comunicación en portugués, pues tenía noticia de las virtudes apostólicas y de la santidad del Prelado, y como estaban en él muy vivos los sentimientos de fe, quiso manifestar sus simpatías por un tan esclarecido Pastor de la Iglesia, viva encarnación de todas las virtudes cristianas. "El Municipio de *Concelho de Horta*,—decía la comunicación, cuyo original tengo á la vista,—poseído del mayor júbilo y de la más viva satisfacción al ver entre ellos á un Príncipe de la Iglesia católica, apostólica, romana, cuya santa religión tiene igualmente á gloria el profesar; á un Príncipe como V. E., adornado de todas las virtudes evangélicas, en su nombre y en el de los pueblos que representa, no sólo deposita en las sagradas manos de V. E. I. los sinceros homenajes de su profunda veneración y elevado acatamiento, sino que también agradece á V. E. I. la señalada honra que se dignó hacer á esta ciudad visitándola toda con sus augustos y santos templos.—Este Municipio, Excmo. Sr., considerando como un feliz auspicio la honrosa visita de S. E. I., confía sobremanera que por medio de las oraciones y plegarias de V. E. en favor de estos pueblos, la divina Providencia se dignará mirarla con ojos de misericordia, apartando de sus cabezas los males y azotes con que suele á veces castigar nuestras iniquidades. Dígnese, pues, V. E. aceptar esta pequeña pero sincera muestra del cordial reconocimiento y de la respetuosa dedicación que este Municipio consagra á la sagrada persona de S. E. I., y echar su santa bendición á los miembros de este Consejo y á todos los que representan.—*Horta em Jereaçao*, 11 de Mayo de 1857.= El Presidente del Ayuntamiento, *Manuel Severino d'Avella*.„ Siguen las firmas de los demás Concejales.

Estas pruebas extraordinarias de afecto que daban al Siervo de Dios los pueblos de las costas en donde tocaban, convirtieron su navegación en casi un continuado triunfo, que fué todavía más completo cuando el 18 de Mayo entró el vapor en el puerto de Cádiz. Como en esta ciudad era ya conocido por los días que en ella se detuvo cuando iba á Cuba,

ahora á la vuelta fué el recibimiento muy cariñoso, y más de parte del Prelado de la misma, el elocuente orador Juan José Arbolí. Apreciaba mucho este Sr. Obispo al Siervo de Dios, y le obligó á estarse dos días en su Palacio episcopal para descansar de las fatigas de tan largo y penoso viaje. Durante este tiempo acertó á verle unos *Apuntes*, que para su uso particular había el P. Claret escrito, y que no eran otra cosa que una explanación del plan sinóptico sobre los deberes del Obispo, de que se habló en otra parte. Al Sr. Arbolí le vinieron ganas de leerlos detenidamente, pues como obra de tan santo Varón juzgaba que no dejarían de ser muy provechosos. Pidióle, al efecto, que se los dejase, y el Siervo de Dios, por no faltar á los deberes de tan franca hospitalidad, accedió á la petición á pesar de lo que repugnaba á su humildad. El 20 del mismo mes se dirigió el P. Claret á Sevilla con los dos únicos familiares que se había traído de Cuba, D. Felipe Rovira, que le hacía de Secretario, y el paje D. Ignacio Betriu, dejando los *Apuntes* en poder de su amigo el Obispo de Cádiz. Después que éste los hubo leído á su satisfacción, escribió al P. Claret con fecha 8 de Junio siguiente: "He leído y releído y vuelto á leer los preciosos *Apuntes* de Ud. Cuanto más los examino, más me gustan y mayor me parece su importancia. No hay que tocarlos; esto sería una profanación, no siendo Ud. mismo, que así estuvo inspirado de Dios al trazarlos. Es la doctrina que todos debemos seguir y todos debemos esforzarnos en reducir á la práctica. Tiene Ud. razón en llamarlos *plan para restaurar la hermosura de la Iglesia*. Si se ejecutase, ¡cuánto brillaría en nuestra pobre España la belleza de la Esposa de Jesucristo, y con cuánto provecho de las almas y medros de la sociedad que se desmorona! ¡Oh, si el Señor nos concediese ver ejecutado el diseño que Ud. traza!„

A esta fecha ya se hallaba el Siervo de Dios en Madrid, adonde había llegado el día 26 de Mayo por la mañana, sin saber aún lo que querían hacer de él. Lo que luego pasó forma ya parte del tercer período de su vida, que vamos á empezar.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
Informe del Censor	v
Aprobación del Ordinario	vii
Prólogo	1

PARTE PRIMERA

(1807-1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo.

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET (1807-1820)

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. — 2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. — 3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. — 4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. — 5. Su devoción á la Virgen Santísima. — 6. Primeras pruebas de su virtud. 9

CAPÍTULO II

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen Santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Anuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja..... 27

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ahora á la vuelta fué el recibimiento muy cariñoso, y más de parte del Prelado de la misma, el elocuente orador Juan José Arbolí. Apreciaba mucho este Sr. Obispo al Siervo de Dios, y le obligó á estarse dos días en su Palacio episcopal para descansar de las fatigas de tan largo y penoso viaje. Durante este tiempo acertó á verle unos *Apuntes*, que para su uso particular había el P. Claret escrito, y que no eran otra cosa que una explanación del plan sinóptico sobre los deberes del Obispo, de que se habló en otra parte. Al Sr. Arbolí le vinieron ganas de leerlos detenidamente, pues como obra de tan santo Varón juzgaba que no dejarían de ser muy provechosos. Pidióle, al efecto, que se los dejase, y el Siervo de Dios, por no faltar á los deberes de tan franca hospitalidad, accedió á la petición á pesar de lo que repugnaba á su humildad. El 20 del mismo mes se dirigió el P. Claret á Sevilla con los dos únicos familiares que se había traído de Cuba, D. Felipe Rovira, que le hacía de Secretario, y el paje D. Ignacio Betriu, dejando los *Apuntes* en poder de su amigo el Obispo de Cádiz. Después que éste los hubo leído á su satisfacción, escribió al P. Claret con fecha 8 de Junio siguiente: "He leído y releído y vuelto á leer los preciosos *Apuntes* de Ud. Cuanto más los examino, más me gustan y mayor me parece su importancia. No hay que tocarlos; esto sería una profanación, no siendo Ud. mismo, que así estuvo inspirado de Dios al trazarlos. Es la doctrina que todos debemos seguir y todos debemos esforzarnos en reducir á la práctica. Tiene Ud. razón en llamarlos *plan para restaurar la hermosura de la Iglesia*. Si se ejecutase, ¡cuánto brillaría en nuestra pobre España la belleza de la Esposa de Jesucristo, y con cuánto provecho de las almas y medros de la sociedad que se desmorona! ¡Oh, si el Señor nos concediese ver ejecutado el diseño que Ud. traza!„

A esta fecha ya se hallaba el Siervo de Dios en Madrid, adonde había llegado el día 26 de Mayo por la mañana, sin saber aún lo que querían hacer de él. Lo que luego pasó forma ya parte del tercer período de su vida, que vamos á empezar.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
Informe del Censor	v
Aprobación del Ordinario	vii
Prólogo	1

PARTE PRIMERA

(1807-1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo.

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET (1807-1820)

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. — 2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. — 3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. — 4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. — 5. Su devoción á la Virgen Santísima. — 6. Primeras pruebas de su virtud. 9

CAPÍTULO II

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen Santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Anuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja..... 27

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

CAPÍTULO III

CARRERA ECLESIÁSTICA Y ORDENACIÓN DEL SEÑOR CLARET (1829-1835)

1. Trasládase á Vich: método de vida que allí entabló aconsejado de su nuevo director. — 2. Va á la Cartuja, y suspende luego su entrada en ella. — 3. Sus estudios, su aplicación y talento. — 4. Prueba de su castidad, y cómo la Virgen se le apareció, premiando su victoria. — 5. Cómo se dispuso para la ordenación con el ejercicio de todas las virtudes. — 6. Recibe las sagradas órdenes y celebra su primera Misa... 47

CAPÍTULO IV

VIDA SACERDOTAL DEL SEÑOR CLARET HASTA QUE ES LLAMADO Á LAS MISIONES (1835-1839)

1. Cómo cumplió el Sr. Claret con las obligaciones del estado sacerdotal. — 2. Primeros actos de su celo. — 3. Es nombrado teniente, y luego cura ecónomo de Sallent. — 4. Su conducta en este empleo. — 5. Siéntese llamado de Dios á las Misiones..... 71

CAPÍTULO V

DEL VIAJE DEL SEÑOR CLARET Á ROMA Y DE SU VUELTA Á ESPAÑA (1839-1840)

1. Preliminares del viaje. — Quiere juntársele un compañero, y se frustra su intento. — Encuentro con los malhechores de *Font del Picassó*. — La Virgen Santísima le libra de ellos y á los que antes que él habían sido arrestados. — Buena acogida que halló en su viaje hasta Marsella. — 2. Un ángel le sirve de guía y compañero mientras permanece en esta ciudad. — Se embarca para Civitá-Vecchia. — Lances curiosos de su navegación. — Llega á Roma, y la Providencia le depara albergue. — 3. Encuentro providencial. — Frústrase su entrada en la Congregación de Propaganda y entra en la Compañía de Jesús. — 4. Lo que aprendió en el Noviciado. — 5. Cómo creció en él su fervor, y en especial su devoción á la Virgen. — 6. Cae enfermo, y obligale el Señor á dejar la Compañía y volver á España..... 86

CAPÍTULO VI

ES NOMBRADO REGENTE DE VILADRÁU Y DA COMIENZO Á LAS MISIONES (1840)

1. Prudencia del Sr. Claret en la elección de su residencia en España. — Es nombrado regente de Viladráu. — Su conducta en este empleo. — 2. Inaugura sus Misiones. — Fruto de las primeras que dió en Viladráu, Espinelvas, Seva, Igualada y Santa Coloma de Queralt. — 3. El Señor autoriza su misión con milagros. — Extingue con su bendición un incendio. — Cómo curaba los cuerpos el Siervo de Dios. — Eficacia de sus recetas espirituales y corporales. — 4. Ingeniosa manera con

Págs.

que curaba á los que se creían endemoniados. — 5. Deja el cargo de Regente y se traslada á Vich..... 107

CAPÍTULO VII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET EN GENERAL

1. Objeto y utilidad de las Misiones. — 2. Cómo se preparaba para ellas. — 3. Del método y estilo con que predicaba. — 4. De los medios de que se valía para hacer fruto en las Misiones. — 5. De otros medios con que atendía al provecho de las almas. — Sus pláticas en los caminos. — Cómo interpretaba las bellezas de la Creación. — Facilidad con que por este medio se elevaba á Dios é introducía conversaciones espirituales. — Una *Samaritana* convertida. — Milagrosa confesión de un arriero y un carretero. — Contrabando milagroso. — Distribución de estampas, libritos y hojas sueltas. — Conversión de un comandante. — Repartición de rosarios, escapularios y medallas. — 6. De los obstáculos que halló en las Misiones. — Paso milagroso de un torrente. — Un ángel le acompaña en el camino por entre la nieve. — Trasládase milagrosamente á Vich para consolar á su bienhechor D. Fortián Bres. — El manteo rasgado y milagrosamente compuesto. — Persecuciones de los hombres. — Circular del Arzobispo de Tarragona defendiendo al Sr. Claret. — Los demonios le hieren y la Virgen le cura. — Cómo los demonios trastornaban los elementos para impedirle predicar. — El demonio flautista..... 119

CAPÍTULO VIII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET HASTA LA CAÍDA DE LA REGENCIA (1841-1843)

1. Estado del clero español en este tiempo, y de las persecuciones movidas contra el P. Claret. — 2. Vese éste obligado á retirarse á la parroquia de Pruit. — 3. El P. Claret en Vich. — 4. Misiones en San Juan de Oló y en los pueblos vecinos. — 5. Su vida privada en este tiempo: cae el Gobierno de la Regencia..... 167

CAPÍTULO IX

DE LAS EXCURSIONES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET EN CATALUÑA Y EN CANARIAS (1843-1849)

1. Misiones y ejercicios dados en 1843: Igualada y Campdevánol. — Preciosa conquista hecha en Gombrén. — La Misión de Roda. — 2. Misiones en 1844: Manresa y Barcelona. — Profetiza en Santa María del Mar. — Curación maravillosa. — Carta consolatoria á un Obispo desterrado. — Misión de Olot. — Librada Ferraróns, ó sea la doncella extática. — Fruto extraordinario de esta Misión. — 3. Misiones en 1845: Mataró. — Misión de Villanueva y Geltrú. — Atentan contra él mientras confesaba. — Misión de Bañolas. — 4. Misiones en 1846: Valls. — Castigo milagroso y conversión de un joven que insultó al Siervo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

Dios.—Misión de Tarragona.—Documento capitular acerca de ella.—Misión de Falset.—Curación de un niño ciego.—Fruto extraordinario que hizo en Lérida.—Luchas por oirle en la Catedral de Vich.—Misión de Arenys de Mar.—5. Sus ocupaciones en 1847 y persecución que contra él se levantó en aquel año.—6. Cómo se trasladó á las Islas Canarias.—Trabajos apostólicos que llevó á cabo en ellas.—7. Vida admirable que hacía.—Anécdota curiosa.—8. Cómo el Señor le glorificó con algunas cosas maravillosas.—Descubre por revelación la curiosidad de una mujer y la de un criado.—Faroles milagrosos.—Cómo el Señor le manifestaba las conciencias de sus penitentes.—Predicciones del Siervo de Dios: cosecha de Moyá.—Castigo repentino.—Rebaños sin pastores guardados por la palabra del P. Claret.—El trigo milagroso.—Otras varias predicciones.—Varias curaciones milagrosas..... 184

CAPÍTULO X

DE VARIAS COSAS MARAVILLOSAS OBRADAS POR EL PADRE CLARET EN LAS MISIONES (1840-1850)

1. Su actividad y sus fuerzas extraordinarias.—2. Discreción de espíritus.—D. Joaquín Masmitjá consolado por el P. Claret.—Sor Ana Artés.—Cómo leía el Siervo de Dios en las conciencias.—Marañas de una fingida endemoniada descubiertas por el santo Misionero.—3. Don de profecía.—Presagia la impenitencia de una pecadora.—Trabajos previstos de una joven.—Anuncia el nacimiento de un niño y salva la vocación religiosa de una doncella.—El autor de la historia del santísimo Misterio.—La señorita Maspóns: su vocación milagrosa anunciada por el Siervo de Dios.—Lluvia que no moja por el dicho del P. Claret.—Anuncia públicamente en unos ejercicios la próxima muerte de un sacerdote que asistía á ellos.—4. Don de curaciones.—Enferma desahuciada curada por el Siervo de Dios.—Restituye bromeando la salud á un predicador.—Estudiante remediado.—El niño giboso.—Isabelita la paralítica.—Curación repentina de una enfermedad crónica de cuatro años.—Un pequeñito Job curado con las oraciones del Siervo de Dios.—Curación de un ciego.—Operación hecha en una rodilla al P. Claret.—5. Libra éste á un joven de ataques epilépticos y de su repugnancia á los actos de religión.—Conversiones extraordinarias obradas por el Siervo de Dios.—Conversión de tres hombres que habían intentado asesinarle.—El heresiarca de Alforja convertido con sus predicaciones..... 233

CAPÍTULO XI

DE LAS OBRAS QUE PUBLICÓ Y DE LAS INSTITUCIONES QUE FUNDÓ Y AFIANZÓ EN ESTE TIEMPO

1. Escritos del P. Claret.—Advertencia general á todos ellos.—Opúsculos y hojas volantes.—*Camino recto:* extraordinaria aceptación que tuvo y fruto que ha hecho.—*Catecismo explicado con láminas:* su excelencia y ediciones que de él se han hecho.—Actividad asombrosa que prueban sus escritos.—2. Fundación de la Librería Religiosa.—Cómo nació en el Siervo de Dios semejante proyecto.—Sus orígenes.—Cómo quedó organizada.—El Dr. Caixal y el P. Claret.—Importancia que tuvo en su tiempo la Librería Religiosa, y bienes que por su medio se consiguieron.—Defensa de sus colaboradores contra los que los acusaron de corruptores del lenguaje.—Ingratitud de los impresores con el Siervo de Dios.—Pío IX le felicita por la fundación de la Librería Religiosa.—3. Fundación de la Sociedad contra la blasfemia.—Las Hijas del Corazón de María ó las *Religiosas en sus casas.*—Fin de esta institución.—Organización de la misma.—Correspondencia interesante sobre ella con el Dr. Caixal.—Origen del regalado título de Hijos ó Hijas del Corazón de María.—Cómo el Señor lo inspiró primeramente al P. Claret.—Influencia que ejerció el P. Claret en la fundación de las *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, del Sr. Masmitjá.—Noticias importantes sobre esta fundación.—4. Cómo cooperó al incremento de otras Sociedades.—La Virgen le escoge por apóstol del santo Rosario.—Cómo propagó con todas sus fuerzas la Archicofradía del Corazón de María, y de la obrita que sobre ella escribió..... 259

CAPÍTULO XII

DE LA FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

1. Preparativos para la fundación.—2. El Seminario de Vich escogido para cuna del nuevo Instituto.—Noticias de los primeros Padres.—D. Esteban Sala: su vida angelical y sus bellas cualidades.—D. José Xifré: energía de su carácter y su celo apostólico.—El joven D. Manuel Vilaró: dulzura y jovialidad de su carácter.—Su muerte edificante.—D. Domingo Fábregas: su observancia y celo.—Candor amable del P. Clotet, último de los confundadores.—Su providencial vocación referida por él mismo.—Providencia amorosa de Dios en la fundación del nuevo Instituto.—Inauguración del mismo.—El Misionero definido por el P. Claret.—La regla viva y la regla escrita de la Congregación.—3. Traslación de la pequeña Comunidad al convento de la Merced.—Pobreza primitiva.—Segunda edición de Fr. Junípero.—El P. Claret convertido en enfermero.—4. Individuos que fueron admitidos en los primeros años de la Congregación.—El P. Bernardo Sala.—D. José Homs.—El P. Ignacio Carbó: Su muerte angelical.—El P. José Reig.—Otros individuos.—Virtud de dos hermanos.—Las Carmelitas terciarias.—Su origen y sus pruebas.—El P. Claret levanta su decaído espíritu.—Reorganización de su Instituto y reforma de las Constituciones.—Incremento de las Hermanas bajo la dirección del P. Esteban Sala.—Cómo floreció el Instituto bajo la dirección de su hermano Bernardo.—5. Contrariedades que tuvo la Congregación, y causas de ellas.—6. Sucesos y trabajos apostólicos de los primeros Padres.. 295

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

CAPÍTULO XIII

DE LAS VIRTUDES APOSTÓLICAS DEL PADRE CLARET

1. Su celo y rectitud de intención. — Pasaje notable de sus Manuscritos. — Su lenguaje apostólico.— 2. Su recogimiento y mortificación.— Extraordinaria modestia de sus ojos. — Cómo cortaba las conversaciones inútiles. — Su gran abstinencia. — Penitencias que hacía. — Respeto que infundía su modestia. — 3. Humildad del Siervo de Dios. — Comparaciones de que se valía para arraigarse en el conocimiento de su nada. — Tristeza que el Señor le enviaba entre los aplausos para mantenerle en humildad. — 4. Mansedumbre de su corazón. —Admirables reflexiones del P. Claret sobre esta virtud. — Cómo trabajó para vencer su carácter. —5. Su voluntaria pobreza. — Providencia del Señor en alimentar á su Siervo. — Limosna de un mendigo. — Un ángel en forma de niño le ayuda á pasar el río Besós. — 6. Obediencia del Siervo de Dios. — 7. Su amor á Dios y al prójimo. — Cómo aman los santos las criaturas. —El corderillo que busca refugio en el P. Claret. —Cómo en la práctica de la caridad están cifradas todas sus virtudes apostólicas..... 351

PARTE SEGUNDA

(1849-1857)

Desde que fué presentado para el cargo de Arzobispo de Santiago de Cuba hasta que fué nombrado confesor de la Reina Doña Isabel II.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL NOMBRAMIENTO DEL SEÑOR CLARET PARA EL ARZOBISPADO DE CUBA Y DE CÓMO TOMÓ POSESIÓN DE ESTE CARGO

1. Estado moral de la isla de Cuba en 1849. — 2. El P. Claret es presentado para Arzobispo de Santiago. — Su resistencia. — Obligado á aceptar, sigue trabajando sin mudar de vida.—Viaje á Tarragona.—Cómo dibujó su sello arzobispal. — Parte para Gerona. — Predica desde un balcón por no caber la gente en la Catedral. — Últimos trabajos en esta ciudad. — Encuentro con su amigo Masmitjá. — 3. Su preconización y consagración. — Emprende el viaje á Madrid. — Deja la corte y se despide de su pueblo natal. — Convierte á cuatro reos condenados á muerte. —4. Breve noticia de los compañeros que se le juntaron. —5. Sus ocupaciones hasta el día de su embarque. —Salva á una novicia.—Tranquiliza á una religiosa.—6. Se embarca en Barcelona.—Entusiasta despedida de la ciudad. — Peripecias de la navegación. — Reglamento que seguían en el buque. — Borrasca en Gibraltar, que les obliga á retroceder hasta Málaga. — Desembarca en esta ciudad. — Fruto espiritual que hizo en sus habitantes. — Se ve privado de desembarcar en Canarias. — Espíritu poético del P. Currius. — Misión sobre cubierta. — Confiesa y comulga toda la tripulación. — Llegada á Cuba y recepción hecha al Siervo de Dios. — Dan gracias á Dios por el feliz viaje..... 385

Págs.

CAPÍTULO II

DE CÓMO ATENDIÓ AL DESEMPEÑO DE SUS DEBERES PASTORALES, MAYORMENTE EN LAS SANTAS VISITAS Y EN LAS MISIONES

1. Propósitos que hizo en el nuevo cargo. — Cuán presentes tenía los deberes del Prelado. — Cómo atendía al bien espiritual de sus familiares. — Su solicitud pastoral para con el clero. — 2. Misiones en la capital de la diócesis. — Comunión general extraordinaria. — Correspondencia interesante. — Distribución de cargos. — Envía á sus compañeros á las Misiones. — 3. Visita pastoral en Santiago, en el Caney y en el Cobre. — 4. Pasa á visitar á Puerto Príncipe. — Estado de los ánimos en esta ciudad con motivo de la guerra. — Prudencia con que se portó. — Cómo contribuyó á la pacificación de Puerto Príncipe. — Intercede por los rebeldes arrepentidos. — Frutos de sus desvelos. — 5. Misiones de sus compañeros y fruto de ellas. — Enfermedad del P. Currius y su convalecencia. — Misiones del P. Claret en Nuevitas, Mayá, San Miguel y San Jerónimo, y su vuelta á Puerto Príncipe. — Enfermedad gravísima del Padre Barjau. — El Siervo de Dios profetiza su curación. — Vuelve á Santiago. — 6. Nuevas excursiones pastorales por su diócesis, y trabajos que en ellas pasó. — Escena encantadora. —El caballo perezoso. — Curación milagrosa. — Resultados maravillosos de su celo pastoral..... 426

CAPÍTULO III

DE LAS CONTRADICCIONES QUE TUVO EN LAS VISITAS PASTORALES, Y CÓMO LAS VENCIÓ

1. Contradicciones que sufrió de la autoridad civil. — Origen de ellas. — El Capitán general D. José de la Concha. —Causa de sus desaciertos. —2. La cuestión de los esclavos. — Su triste condición. — Cómo trabajó el P. Claret por mejorarla. — Cuánto le favoreció en esta empresa el señor Marqués de la Pezuela. — Los enemigos de la Religión y de la Patria ocasionan la destitución del señor Marqués. — 3. Ley de Indias sobre el matrimonio entre gentes de distinto color. — Falsas interpretaciones de dicha ley, apoyadas por las autoridades civiles de Cuba. —Cómo las impugnó el Siervo de Dios. — Carta á D. José de la Concha. — Respuesta de éste. — Otra carta sobre lo mismo al Capitán general D. Valentín Cañedo. — Publica un extracto sobre la legislación de Indias para desvanecer los errores sobre esta materia. — Protección decidida que le dispensó el señor Marqués de la Pezuela, y frutos de esta protección. —Persecuciones que se acarreó el Sr. Marqués con su noble conducta. — 4. Excomulga el P. Claret á un amancebado público. —Persecución que padeció por esta causa. — Fortaleza apostólica del Siervo de Dios en este asunto, y saludable efecto de ella. — Ex-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

pone con valentía al Capitán general de Cuba los abusos y la corrupción de varios empleados del Gobierno y la guerra que le hacían.—Orden del Capitán general para defender al P. Claret.—Paz inalterable del Siervo de Dios en medio de estas contradicciones. — Su completo triunfo, y conversión del excomulgado. — Cuánto contribuyó con su celo á la pública moralidad.— El Gobierno y el Papa le felicitan por ello..... 459

CAPÍTULO IV

DE LO QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS PARA REFORMAR EL CLERO DE LA DIÓCESIS

1. Cómo arregló el Seminario de Santiago de Cuba.—Oficio que dirigió al Gobierno de S. M. para asegurar la buena organización del Seminario.—Sus resultados.—Últimas diligencias que hizo en favor de dicho Establecimiento.—2. Arreglo parroquial.—Estado triste de las parroquias á su llegada.—Diligencias que practicó para su arreglo.—Cómo le favoreció en ellas el señor Conde de Villanueva.—Excelentes resultados de las mismas.—Agradecimiento del Padre Claret al Sr. Conde. —Caballerosa generosidad de éste.—3. Reales cédulas en que se determina el arreglo parroquial de las diócesis de Cuba.—4. Medios de que se valió para la reforma de su clero —5. Manera de aplicarlos y resultados que dieron en general.—6. Contradicciones que tuvo por parte de algunos malos sacerdotes y cómo triunfó de ellos..... 481

CAPÍTULO V

DE TRES CALAMIDADES PÚBLICAS QUE PRONOSTICÓ EL SIERVO DE DIOS EN CUBA, Y DE SU EXACTO CUMPLIMIENTO (1852 Y SIG.)

1. Anuncia los terremotos de Santiago. — Cosas admirables que en ellos acaecieron. — Confianza del pueblo en el Siervo de Dios. — Destrozos materiales.— El Siervo de Dios predice la continuación de los temblores de tierra y el tiempo en que habían de cesar. — Serenidad del santo Prelado en medio del común peligro. — Cómo con esta ocasión atrajo á la penitencia á los habitantes de Santiago. — Caridad que desplegó en reparar los daños causados por los terremotos. —2. Graciosa comparación con que predijo desde el púlpito el cólera morbo.— Estragos que hizo el terrible azote, y heroica caridad y extraordinario celo que mostró el Siervo de Dios durante él.—Providencia del Señor en librar al P. Claret y á sus compañeros.—Anuncia la guerra de Cuba, y cómo se cumplió al pie de la letra su predicción. — El cisma del señor Llorente, previsto por el P. Claret..... 513

CAPÍTULO VI

DE LAS CARTAS PASTORALES Y DE OTROS ESCRITOS QUE PUBLICÓ EN CUBA EL P. CLARET (1852-1855)

1. Pastorales que publicó el Siervo de Dios. — Pastoral dirigida al clero de la diócesis. — Pastorales al pueblo. — Pide oraciones por medio de una Pastoral para que sea declarada dogma de fe la Concepción inmaculada de María.— Análisis de otra hermosa Pastoral congratulatoria después de la declaración de dicho dogma. — Háblale la Virgen aprobándole esta Pastoral. — Ofrecimiento del Siervo de Dios á la Santísima Virgen.—2. Escribe al Romano Pontífice dándole cuenta del estado de su diócesis.— Respuesta de Pío IX.— 3. Publica el compendio de Teología moral del P. Larraga por él adicionado. — 4. *La llave de oro.* — Calumnias levantadas contra el Siervo de Dios con ocasión de este libro. — 5. Defensa que de él hicieron hombres eminentes..... 525

Págs.

CAPÍTULO VII

DE VARIAS FUNDACIONES QUE HIZO EL SIERVO DE DIOS EN SU DIÓCESIS DE CUBA PARA MORALIZAR Á SUS HABITANTES

1. Plan de moralización. — 2. Cómo lo llevó á cabo. — Trata de instalar en su diócesis varios Institutos religiosos.— 3. Funda un Instituto de religiosas para la enseñanza de las niñas.—Establecimiento del Noviciado en Tremp.—Cómo alcanzó la autorización del Gobierno. — El Nuncio faculta al Siervo de Dios para que tres religiosas salgan de la clausura á fundar el Noviciado.—Nuevas dificultades que retardan la salida de las religiosas. — Cómo se orillaron y se llevó á cabo la fundación. — 4. Intenta fundar un grande asilo y granja modelo. — Pone manos á la obra en la ciudad de Puerto Príncipe. — Obstáculos que halló y cómo, á pesar de ellos, prosiguió con gran actividad las obras. —Oposición obstinada de las autoridades.—El ser llamado á la Península le impide concluirla.— 5. Publica el libro de las *Delicias del campo* para fomentar el bienestar espiritual y temporal de sus feligreses. — 6. Establece una caja de ahorros.— Varias otras cosas que hizo en favor de los pobres enfermos y presos. — Es nombrado socio y Presidente honorario de la Sociedad "Amigos del País„..... 547

CAPÍTULO VIII

DE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA DE SAN MIGUEL

1. Idea de la fundación.—Proyecto de un Padre Jesuíta.—Aprobación del Reglamento de la Academia.—2. Real cédula de aprobación.—3. Preámbulo notable del Reglamento: consideraciones á los literatos.—Importantes documentos de estética cristiana para los socios de la segunda jerarquía.—4. Objeto de la tercera jerarquía.—La Academia no debe meterse en la política.—5. Parte dispositiva del Reglamento.— Disposiciones generales.— Dirección de la Academia.— Obligaciones respectivas de los socios.—6. Juicio crítico de la Academia.—Gusto artístico del P. Claret.—Carta de Pío IX alabando al Siervo de Dios por la fundación de tan grandiosa obra.—7. Comienzos y desarrollo de la Academia.—Personas notables que de ella formaron parte.—8. Lámina para los socios dibujada por el Siervo de Dios.—Personas que le ayudaron en la dirección de la Academia.—Bien inmenso que ha hecho en España la Academia de San Miguel..... 571

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

CAPÍTULO IX

DE LAS HERIDAS QUE RECIBIÓ EN HOLGUÍN, Y CÓMO CONTINUÓ SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS (1856-1857)

1. Heridas recibidas en Holguín: su curación y cosas notables que en ella ocurrieron.—2. El Siervo de Dios pide perdón para el reo.—Cómo con sus diligencias le consiguió el indulto.—Muerte misteriosa del reo en Ceuta.—3. Cómo le quedó impresa en la cicatriz de la mano derecha la imagen de Nuestra Señora de los Dolores.—Milagrosa curación de una fístula.—Carta fervorosísima en que manifiesta su hambre y sed de padecimientos.—Intenta renunciar la Mitra de Cuba.—Consulta á Pío IX.—Respuesta cariñosísima de éste.—4. Vuelta á Santiago.—Nuevas emboscadas contra el Siervo de Dios, y cómo la divina Providencia le libró de ellas.—Sigue de nuevo trabajando en la diócesis.—5. Nombramiento de nuevo Provisor en D. Dionisio González.—Breve noticia de este señor.—6. Vida privada del santo Prelado.—Cómo el Señor le favorecía en la oración con éxtasis y otras gracias extraordinarias.—Propósitos que hizo en Cuba, en los que se manifiesta el estado de su alma..... 591

CAPÍTULO X

CÓMO FUÉ LLAMADO EL SEÑOR CLARET Á ESPAÑA, Y DE SU VIAJE Á LA PENÍNSULA.

1. Predice su llamamiento á Madrid.—Visita á Baracoa.—Última Misión del Siervo de Dios en Cuba.—La Reina le llama á Madrid.—Conjeturas que se hicieron sobre el fin de este llamamiento.—2. Sale de Santiago y se detiene en la Habana.—Cómo aprovechó el tiempo en esta capital.—Cura con su bendición á un moribundo.—Tranquiliza en pocas palabras á un alma que hacía años padecía muchos escrúpulos.—Encuentro providencial con el que había atentado contra su vida.—Ejemplos de humildad que dió en el Colegio de los Jesuítas de la Habana.—Testimonios de afecto que dió al Siervo de Dios la ciudad de la Habana.—3. Se embarca en el vapor *Pizarro* para la Península.—Vaivenes de la navegación y pruebas de amor y respeto que recibió durante ella.—Llega á Cádiz, y recepción cariñosa que le dispensó el Ilmo. Arbolí.—Pide éste al Siervo de Dios unos *Apuntes* sobre los deberes del Prelado, y elogios que hizo de ellos.—Llegada del P. Claret á Madrid..... 619

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
6	30	subtancioso	substancioso
25	8	á conservarse	á conservarse bueno,
31	8	de ellos	de ella
46	10	á el	á Él
48	38	*senó*	*senyó*
71	22-23	con el acero de la	como el acero con la
108	12	Vilardell	Casadevall
111	22	arrasta	arrastra
116	40	Poreste medi lle ovó	Por este medio llevó
134	7	*parabolis*	*parabola*
„	Nota (2)	Matt., XVII	Marc., IV, 34.
137	29	jnstificarse	justificarse
159	16	á defensa	á la defensa
175	21	entre cosas	entre otras cosas
194	31	obispado	Principado
207	14	nvitados	invitados
235	31	hallándese	hallándose
252	38	entcones	entonces
275	Not. 1. 9	favens	favent
329	31	veinte	veintiséis
349	25	con las	con los
364	Nota	20	29
380	22	Teniendo	Tener
394	27	Siervo	Siervo de Dios
„	Not. 1. 9	Milessimo	Millessimo
405	25	impertinentes	impenitentes
412	32	runca	nunca
428	16	manuscritas	manuscritos
478	23	habló.	habló.
481	19	dirige	dirigen
505	31	oral	ora-
535	Nota	pág. 125	pág. 479
562	8-9	con-descendiendo	condesciendo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D AUTÓNOMA DE N
N GENERAL DE BIBL